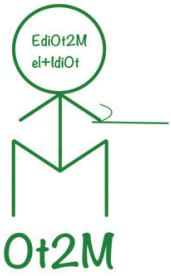
Un Principio

I Parte



Infeccion

Ot Mercè Manel


EdiOt2M
el+IdiOt
Ot2M

Un Principio

1a parte: Infección

Ot Mercè Manel

UN PRINCIPIO

1a Parte:

Infección

Ot Mercè Manel.



Un Principio Infección

Segunda edición: marzo de 2021

©Prólogo: Iris D. Sess

Ot Mercè Manel:

©Texto

©Pintura portada y contraportada

©Maquetación y diseño

Edición: Ot2M

otmercemanel.com

ot2m@otmercemanel.com

otmercemanel@gmail.com

@otmercemanel

Impresión: Letter Cotton

www.lettercotton.com/

Concepto y vida: iridescente.com / potestatemtravel.com

@potestatemtravel.com

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso del autor.
Queda prohibida la venta.

Cualquier parecido con la realidad es circunstancial. Designios de un destino desconocido e incierto que convierte situaciones sin relevancia en sucesos posibles, en realidades paralelas.

Sigo soñando.

Agradecimientos:

Gracias a papá.

Mamá, sin ti nada existiría.

A mis nonagenarias, por tanto amor y enseñanzas.

A mis difunt@s

No hay letra sin música.

A la vecina de enfrente por sus lecciones de constancia, que me ayudaron a no desfallecer. Tantas páginas empezadas para seguir tu ejemplo.

Irene, gràcies per rescatar-me.

Isa y Mónica, gracias por estar y sacarme de casa.

María y Maria.

Índice

Prólogo 1
I: EL CARTEL 5
II: EL PARTE 17
III: LA CENA 33
IV: CAN POBLE 39
V: LA SIEMBRA 55
VI: LA INFECCIÓN 69
VII: CARLOS 85
VIII: LA INSPECCIÓN 101
IX: LOS ESPÍAS 111
X: LOS DE PALS 119
XI: LOS INTRUSOS 129
XII: LOS PROFESORES 141
XIII: EL CAMPAMENTO 155
XIV: LA CLÍNICA 179
XV: EL CAMINO 191
XVI: LA DOCTORA 211
XVII: SUSSY 221
XVIII: LA MARCHA 225
XIX: LA PÉRDIDA 237
XX: LA RADIO 255
XXI: LA CLASE 271
XXII: LA INCURSIÓN 281

XXIII: EL COLEGIO 303
XXIV: EL PLAN 321
XXV: LA PUNTERÍA 341
XXVI: LA MISIÓN 355
XXVII: LA PERSECUCIÓN 379
XXVIII: LOS DEL PUEBLO 387
XXIX: LA INFUSIÓN 397
XXX: EL RETORNO 409
XXXI: LA REUNIÓN 419
XXXII: LOS INVITADOS 437
XXXIII: LA NORMALIDAD 449
XXXIV: LA CEREMONIA 465
XXXV: LOS DESCONOCIDOS 475
XXXVI: EL CONSENSO 485
XXXVII: EL INFILTRADO 501
XXXVIII: LA PREGUNTA 513
XXXIX: MÁS PREGUNTAS 519
XL: OTRA INFUSIÓN 535
XLI: LA PRESA 551
XLII: LA TENSIÓN 577
XLIII: EL INTERROGATORIO 589
XLIV: SIMONE 607
XLV: LA CONFESIÓN 619
XLVI: LA EMBOSCADA 625
XLVII: EL ALUMBRAMIENTO 635

XLVIII: LA MEMORIA 651
XLIX: LOS PRISIONEROS 665
L: LA GRANJA 675
LI: EL PROGRESO 699
LII: AARÓN 709
LIII: LOS PREPARATIVOS 735
LIV: LAS PRESENTACIONES 747

Prólogo

Un Principio de Ot Mercè Manel es una novela de intriga y suspense. Crea expectación e impaciencia. Sumerge al lector en un constante estado de inquietud, de tensión, dejándole con la necesidad de saber qué va a pasar a continuación y cómo será el desenlace.

Es un libro con un enfoque crítico hacia la actual jerarquía dominante, que dirige nuestra sociedad capitalista y que nos lleva a la destrucción del planeta. Denuncia la explotación que el hombre hace del planeta y apuesta por la ecología social. Su alternativa nos recuerda a uno de los pioneros del movimiento ecologista, Murray Bookchin (Estados Unidos, 1921-2006). Este estadounidense consideraba que la sociedad ideal sería una sociedad ecológica, la cual, lejos de seguir los dictados del capitalismo, se organizaría en comunidades independientes autogobernadas que vivirían respetando los límites ecológicos del planeta y bajo una economía basada en la sostenibilidad y la autorregulación.

El inicio del libro es sorprendente: secuencias de los últimos momentos vividos con su padre. Un canto entrañable y de

añoranza por la pérdida de un padre que no dejó a nadie indiferente. Su último adiós es su final y, a la vez, un principio.

La verdadera historia del libro empieza en un pueblo de Girona. El protagonista deja la ciudad con el deseo irrefrenable de escapar de esa vida ajetreada y estresante. Busca la masía perfecta, alejada de la contaminación, para convertirla en una casa ecológica autosuficiente, desconectada de cualquier suministro. Un lugar para vivir como granjero, encontrarse a sí mismo, disfrutar de la música, la cocina y de los amigos que vendrían a visitarle. Pero de pronto esta construcción de vida queda truncada. La vida, la sociedad que conocemos, deja de existir. Se inicia una nueva forma de sociedad que recuerda a la medieval, donde los fuertes oprimen a los débiles. Empieza la lucha por la supervivencia y los derechos como seres humanos. Las comunidades se autoorganizan y se preparan para la defensa de sus tierras.

Diversos personajes aparecen en la novela, construidos adecuadamente para dar vida y acción al relato. Cada uno interpreta un papel diferente y es fácil ponerse en su piel, incluso algunos nos despiertan rápidamente y espontáneamente un cariño especial.

Un libro de amena lectura, que nos transporta a un apasionante periplo y que además de ser entretenido, es una llamada de atención para la toma de conciencia sobre la sociedad que entre todos hemos construido.

Iris D. Sess

I: EL CARTEL

Comenzaré por un final que tampoco fue tal. Tampoco fue el principio de una historia, pues ya llevaba tiempo explicándose. Fue, más bien, un punto de inflexión.

La enfermedad de mi padre nos llevó a pasar muchas horas juntos, a pensar en común, a indignarnos mutuamente y a celebrar pequeñas victorias. Algunas eran estúpidas, como que se mantuviera un cartel que reivindicaba educación y limpieza. Otras eran grandes triunfos, como que ganara peso. Mi madre compartía nuestra fantasía. Todo parecía suspendido, sin movimiento, exento de cualquier rutina, increíblemente lejos de la realidad.

Cada día teníamos mil conversaciones. El tiempo parecía transcurrir de forma diferente para nosotros. Éramos conscientes de que el planeta seguía girando. Pero, para nosotros, el mundo era la planta y la milla verde. Y lo que más nos importaba fuera de nuestra planta era si ese cartel seguiría en su lugar un día más.

Aparecían actores invitados que cambiaban los diálogos e improvisaban. Cada una de las diferentes versiones de las personas que transitaban por nuestro reducido mundo aportaba pinceladas de color y alegría a un lugar sobrio, de emociones contenidas. Los hermanos de mi padre me parecían como

propios. Sus amigos me acogían como a un hijo. Pasé más horas rodeado de esta gente que de nadie más. Me conecté con el pasado como no creía que fuera posible. Fue como hacer borrón y cuenta nueva con toda la experiencia de los años transcurridos.

Así me sentía en ese tiempo, cuando volví a pisar la casa del mejor amigo de mi padre, una vivienda que recordaba como si fuera un sueño y no una experiencia vivida. Volví a sentirme niño. Aspiré el aroma de un pasado inocente, pulcro de errores. El corazón marcaba una marcha conocida y a la vez lejana. Y allí estaba ella, María. Bueno, su foto. Fue como sentir el primer amor ajeno al familiar. Recordé que, en cada ocasión en que había salido a relucir cualquier tema concerniente a esta familia, había recuperado ese sentimiento cálido de hogar. Como si ella fuera mi punto de anclaje, mi faro en las tempestades, mi tranquilidad, mi serenidad. De todas maneras, nos distanciamos. Crecimos sin demasiado contacto ni mutuo conocimiento. Aun así, cada vez que aparecía, mi mundo se volvía a iluminar. Era incapaz de retirar la mirada de aquellos ojos que me prometían amor y felicidad, amistad y todo un mundo por descubrir juntos.

En los últimos años, ya no escondía los sentimientos que ella me despertaba. Al menos no a mi padre. A él se los exteriorizaba sin tapujos. Era perfectamente consciente de ellos. Creo que no me veía preparado para estar con un ser tan perfecto. Temía que mis actos pudieran dañarla. Yo era consciente de ello y creo que por eso no me atreví nunca a dar ningún paso en esa dirección.

Eran pensamientos fugaces, ya sin imágenes. Nos fuimos enamorando de personas de tránsito. Al menos, ese parecía mi caso. En cada fin, ella aparecía, como si el destino quisiera que no la olvidara, pero cuando preguntaba por ella, siempre obtenía la misma respuesta: «Está muy bien. Tiene un novio estupendo». Aunque me dé vergüenza reconocerlo, nunca me sentaban bien esas frases. Me alegraba que estuviera bien, pero lo del novio fantástico me consumía. Eran celos acallados con dos palabras: «Me alegro». Palabras fingidas, pero que conseguían convencerme de que nunca estaría a mi alcance.

Por mi parte, siempre parecía estar en prácticas. Mis relaciones comenzaban con mujeres que rompían con alguien. Por consiguiente, cuando encontraban algo mejor, pasaban a por el siguiente. Supongo que todas fueron necesarias para que comprendiera que repetir los mismos actos no me iba a llevar a nada diferente. Jamás podría forzar una situación así con ella. Era preferible no tenerla antes de interponerme en su felicidad. Romper una pareja era una promesa de que yo también rompería posteriormente, y tendría que iniciar una vez más el mismo proceso. Era impensable. Esta vez dejaría todo en manos de la providencia, sin forzar las circunstancias ni intentar conquistas trágicas, de pico y pala. Me centraría en seguir mi camino en busca de mi mejor versión. Quizás nos volveríamos a encontrar en una situación mejor, tal vez los dos solteros. Quizás nuestro destino fuera terminar nuestros días juntos, sentados en un

balancín, con la naturaleza como testigo de nuestro descanso. Disfrutar de la brisa, hablar, reír y amarnos. La esperanza de este final alimentaba fantasías, hasta el punto de plantearme si todo lo que sentía solo era una consecuencia directa de la situación que vivíamos.

Intenté volver a centrarme en nuestra milla verde y recordé los frenos necesarios para no volver a tropezar con la misma piedra. Además, no era el momento oportuno, vivíamos una época intensa, relevante. «Paciencia y sigue progresando». Intentaba darme ánimos a la desesperada para no repetir lo ya vivido. ¡Es tan fácil caer en las costumbres, aunque no tengan futuro!

Los días transcurrían, se mezclaban hasta el punto de desdibujar la temporalidad de los acontecimientos. Se acercaba el día de la operación. Se nos notaba nerviosos, aunque los dos fingíamos normalidad. Cuando la aplazaron, simulamos molestia por tener que permanecer más días en el hospital. En el fondo, nos sentimos bastante aliviados. Terminaríamos por afrontar la intervención más temprano que tarde, pero el cambio de planes nos garantizaba más horas juntos.

Las visitas eran continuas y mi padre tenía buenas palabras para todas, tanto para las laborales como para las enfermeras, los médicos o los familiares, en el más amplio sentido de la palabra. Reconozco que en el momento aparentaba llevarlo bien, o eso

creo. En realidad, después de unos años de reclusión voluntaria, este exceso de sociabilidad terminaba por dejarme rendido.

Al llegar el nuevo día de la operación, albergaba la esperanza de que la volvieran a aplazar. O tal vez fuera una intuición. En cambio, mi padre necesitaba enfrentarse a la enfermedad. A su pesar, volvieron a retrasarla. Esta vez sí parecía decepcionado. Se sobrepuso rápido y retomamos la rutina del cartel y la milla verde, pero cambió de habitación. De compartir una con otro enfermo y sus allegados, pasamos a una individual. Ninguno de sus excompañeros se había ido de la habitación sin haber explicado su vida. Ahora se tendría que entretener solo con nosotros.

En estas estábamos cuando mi serenidad apareció por la puerta. Fue como si hubiéramos estado cenando la noche anterior. Volví a sentirme como en casa. Para mi padre, era parte de la familia, lo que aumentaba mi necesidad de estar con ella, aparte de que llevaba amándola toda la vida aun sin ser consciente de ello. Su aceptación en el círculo más íntimo de mi progenitor favorecía mi fantasía. Ella tenía su propia historia con él. Yo permanecía como un mero oyente, fascinado sin remedio. Cuando se hizo tarde, la acompañé hasta casa de sus padres. Hablamos de todo y de nada. Resultaba fácil conversar con ella. El camino fue corto y nuestro paso, demasiado acelerado. Eso me pareció. Una última mirada antes de cerrarse las puertas del ascensor, y de regreso al hospital.

Los días pasaban. El cartel se mantenía impoluto. Recorríamos la milla verde sin cansancio; se convirtió en el principal centro de reunión. Se explicaban historias, anécdotas de la infancia. Se arreglaba el mundo, paso tras paso, bajo la estrecha vigilancia del goteo, que le seguía allá donde fuera.

Llegó el día definitivo de la operación. Lo único que cambió fue el médico que lo operaría. Eso no nos hizo demasiada gracia, pero poco podíamos rechistar. La intervención se preveía complicada y larga. Ya no había escapatoria. Teníamos que enfrentarnos definitivamente a lo que tanto temíamos. Las palabras parecían ausentarse.

El día en cuestión, estuve allí desde primera hora. La ciudad permanecía en el último sueño, antes del amanecer. Tenía la esperanza de que la aplazaran de nuevo. Andaba nervioso, pero reflejaba seguridad, o eso pretendía. Después de saludar a las enfermeras, cuando estaba a punto de entrar en la habitación, una de ellas se me acercó. Su voz rompió el silencio reinante.

—Intenta tranquilizarlo, está muy nervioso.

—Gracias, a ver si consigo no alterarlo más —dije con una sonrisa, intentando bromear un poco para aplacar mis propios nervios. Ella me miró más escandalizada que risueña, por lo que me apresure a tranquilizarla—: No te preocupes, en cuanto entre, se quedara más tranquilo.

Sin más comentarios, abrí la puerta. Él estaba a los pies de la cama, trajinando con sus cosas de un lado para otro. Lo ordenaba todo para dejar otra habitación disponible. Ya era la segunda de la que se despedía. Después de la operación, estaba previsto que estuviera un par de días de recuperación en la UVI. Las camas de un hospital no pueden estar vacías, por lo que, al regresar a planta, seguramente estaría en otra habitación distinta.

—Buenos días, papá. ¿Cómo estás? ¿Qué tal has dormido?

—Buenos días. Me costó dormir, pero bien.

—Me han dicho que estás un poco nervioso.

—No, qué va, todo bien. Tranquilo y esperando el momento de bajar al quirófano.

Seguimos hablando despreocupadamente hasta que llegó el camillero, un joven agradable y divertido. Su actitud hacía más llevadera la situación. Relajaba de verdad el ambiente, aunque solo fuera de forma momentánea. Era de agradecer.

Mi padre se despidió una por una de todas las enfermeras de la mañana. Empezamos el recorrido por ascensores, salas y pasillos, hasta llegar a la puerta de los quirófanos. El día no había amanecido aún, y nos tuvimos que despedir con un simple intercambio de palabras que nunca está a la altura de las circunstancias. Podría ser nuestra última conversación, pero terminas por hacerla banal para no enfrentarte a ello.

—Hasta luego, pórtate bien.

—Siempre me porto bien.

Su cara de paciencia al contestar se debía a que no le terminaba de convencer que usara sus muletillas con él mismo. A mí sí que me gustaba.

Las puertas del quirófano se abrieron. El celador empujó la camilla y desaparecieron en su interior. Las puertas se volvieron a cerrar como si no hubiera sucedido nada, indiferentes a los nervios que generaban. Los pasillos que tantas veces había recorrido durante la larga estancia ahora permanecían oscuros, ausentes del ajetreo diurno que no tardaría en irrumpir para despertarme de la ensoñación de salir de allí junto a mi padre. No tenía mucho sentido permanecer a la espera de noticias. Aún era demasiado pronto. Era mejor salir a tomar el aire circulante y despejar el letargo producido por el ambiente del hospital.

Encontré una terracita donde fumar, tomar café y observar el mundo, que durante las últimas semanas había perdido importancia. Miraba al vacío. Pensaba en mil estupideces, nervioso por la lentitud de la espera. Escribía cualquier cosa que se me pasara por la cabeza. A los pocos sorbos, ya escribía sobre ella. Animé y relajé los pensamientos, y así aumentó la esperanza, que entonces tanto necesitaba para mantener la compostura.

El sol ya bañaba toda la ciudad cuando regresé a esos pasillos. A esa hora ya estaban muy transitados: trabajadores, pacientes y visitantes, todos ellos con sueño en la cara. En cuanto llegué a la puerta en la que me darían la información relativa a la operación, la ilusión de llegar y obtenerla se esfumó de inmediato. Me puse a trabajar en el libro que escribía. Aceleraba el proceso todo lo que la situación permitía con el único propósito de poder mostrárselo. ¡Qué incómodo es hacer cualquier cosa en las sillas de una sala de espera! Es irónico que sea incómodo un objeto cuya única función es facilitar la espera.

Al poco apareció mi madre. Hablamos de eso y de aquello. Comentó que el cartel aún seguía en su sitio. Esto siempre despertaba sonrisas en todo aquel que sabía de qué iba el tema. No demasiado rato después, apareció la hermana de papá. Pasamos el rato hablando de nada. Yo no desaprovechaba las oportunidades para airearme. Al marcharse mi tía por trabajo, salió el médico gritando el nombre de mi padre. Lo oiríamos mucho en los días posteriores.

—*Familiars de Joan Poble.*

Saltamos de la silla como si tuviera un resorte que nos impulsara o nos hubiéramos sentado en un cactus. Casi corrimos para llegar lo antes posible a las noticias. Entramos en una pequeña sala. El hombre hablaba y realmente no decía nada o, al menos, no daba la información apremiante. Necesitábamos oír un «la operación

ha sido un éxito» o al menos un «todo ha ido bien». Se enrollaba como una persiana explicando los pormenores de la intervención, sin disipar nuestra preocupación y angustia. Cuando hizo una pausa para respirar, no dudé en interrumpir su monólogo para cerciorarme que estaba entendiendo bien su mensaje: la operación había ido bien pero mejor no cantar victoria antes de tiempo.

—Disculpi'm. Amb tot això que ens explica, entenc que la intervenció ha anat bé, però que no es pot tastar la victòria. És això?

—Això mateix.

No le gustó demasiado la interrupción, ya que no volvió a reanudar su gran discurso. Se limitó a contestar nuestras preguntas con monosílabos o aquel «eso mismo» que me había soltado de buenas a primeras. Le teníamos que sacar la información con palanca. En cuanto consideró que ya era suficiente el tiempo invertido en nosotros, se despidió, dejándonos aún con preguntas en la boca. Se giró y, sin más, desapareció. Esperamos dos horas más para obtener más información. Nadie nos decía nada. Las demás visitas iban desapareciendo y dejaban las sillas frías. Intentábamos preguntar, pero no sabíamos a quién, hasta que mi tía regresó. Al ser médica, consiguió entrar para hablar con las personas de la sala donde en teoría estaba su hermano. Estaba en reanimación. Nos darían los

siguientes informes al cabo de tres horas. Esto nos permitió ir a comer, ya casi a merendar. Intenté dar conversación amena a mi madre mientras comíamos algo, pero creo que no lo conseguí. Al final optamos por permanecer en silencio, cada cual con sus pensamientos.

Media hora antes de lo acordado, estábamos de regreso. Costaba permanecer quieto. Al llegar a la puerta, vimos que mi tía ya estaba a la espera. Por el fondo del pasillo aparecía el mejor amigo de mi padre, el padre de María. Todos esperábamos que el reloj marcara la hora indicada. Segundos antes ya estábamos levantados, sin necesidad de mediar palabra. Buscábamos al informante, que no aparecía por ninguna parte. En cuanto llamamos al timbre, apareció una doctora muy amable que nos dio la información de la que disponía. No era demasiado esclarecedora. Lo único que pudimos sacar en limpio fue que, si todo progresaba adecuadamente, lo llevarían a planta en un par de horas. No cuadraba con lo esperado. Entendimos que, si lo subían a planta, significaba que estaba suficientemente bien. De inmediato mi cuerpo reaccionó y empezó a calmarse. Se alejaron los pensamientos fatalistas.

Las horas transcurrían y la conversación llenaba el aburrimiento de la espera. Mi padre continuaba sin aparecer. Los tiempos no se cumplían y el nerviosismo regresaba. Hasta que no se finiquitó el último minuto del día, no nos fuimos. Justo a tiempo

para verlo dormido en su habitación. Necesitaba estar tranquilo, por lo que nos fuimos a descansar.

El cartel permanecía en su lugar, impoluto. Todo iba bien.

II: EL PARTE

A primera hora, volvía a circular por esos pasillos aún durmientes. Como cada día, tras el obligado saludo a las enfermeras, fui directo a la habitación. Él ya estaba despierto. Se le notaba nervioso.

—Buenos días, papá. ¿Cómo te encuentras?

—Buenos días. Bien, dolorido.

—No te veo muy animado.

—Según lo que he entendido, tendré que volver a entrar al quirófano. De la siguiente, no salgo.

—No digas eso. Lo que yo he entendido es que la operación fue más corta de lo esperado. En principio, han extirpado todo el tumor. Ahora falta la analítica de las paredes cercanas. En un rato pasará el médico y nos dará el parte. Ya les he pedido hora para que aclaren todas las dudas.

Para romper el silencio que se creó, le informé que el cartel se mantenía. Pareció dar resultado. Cambió de expresión por un momento. Seguimos hablando de lo cotidiano, de las noticias bárbaras que se colaban por el televisor de pago.

Al poco, apareció el médico con todo su séquito, formado en su mayoría por mujeres. Se estaba demostrando que eran el futuro.

Después de un formal saludo, nosotros pasamos a ser invisibles. Mi padre permanecía perplejo en el centro del semicírculo que habían creado. Su hijo, relegado al exterior de este. El «jefe» comenzó un discurso magistral. Tenía hipnotizadas a sus discípulas admiradoras. Mientras, nosotros nos quedamos completamente descolocados. En un momento en que el gran maestro cesó su discurso en un intento de crear expectación, a mi padre, para aclarar sus inquietudes y temores, se le ocurrió hacer la pregunta del millón, para saber si tendría que pasar otra vez por quirófano.

—*M'intervindran de nou?*

El gran gurú lo miró como si lo viera por primera vez, y se acordó de que los pacientes oían y hablaban. Adoptó una postura altiva. Mi padre, al estar postrado, pareció empequeñecer ante su fulminante mirada.

—*Sí, sí, sí.*

Fue la única respuesta que recibió el hombre. Le fue cambiando la cara después de oír la triple afirmación. Lo había matado, y el elocuente doctor seguía con su genialidad sin inmutarse ni percatarse. Cuando dio por concluidas sus enseñanzas, se despidió y se dio la vuelta, seguido por sus ordenadas alumnas. Yo ya salía a la carrera, pero una de sus discípulas de mayor rango se interpuso. Se presentó muy educadamente como la doctora Pérez, la anestesista que había participado en la

intervención. Nos comunicó la hora para las consultas, que suponía un aplazamiento de tres horas respecto a lo previsto. No había otra salida más que aceptar. Cuando nos dejaron, la habitación quedó en completo silencio. Solo nos mirábamos.

—¿Qué te pasa? —fue lo único que se me ocurrió decir en ese momento para romper el silencio en que nos habían dejado.

—Van a tener que volver a abrir. Significa que no lo han sacado todo.

—No he entendido eso.

—¡Pero si se lo he preguntado! —me dijo mientras me miraba, como diciendo «¿no estabas aquí?».

—Papá, creo que ni te ha escuchado. Le has interrumpido en su pausa crítica y te ha contestado cualquier cosa. En unas horas saldremos de dudas, o no saldrán de la habitación.

La única persona que se presentó a la hora indicada fue mi tía. Solicitamos información, pero nadie sabía decirnos nada. No teníamos otro remedio que permanecer a la espera. Una hora después, aparecieron dos médicas. Teóricamente eran las personas de confianza del gran maestro. Lo curioso era que recurrían al mismo vocabulario técnico. La única que parecía comprenderlo todo era mi tía. La clave para poder entender fue interrumpir de nuevo sus discursos grandilocuentes.

—Tenemos un problema —hice una breve pausa dramática con la única finalidad de captar su atención—. Soy muy tonto, pero hasta que no entiendo, no cejo en mi empeño. Agradecería que se explicaran de forma que una persona como yo las pueda comprender.

Simplemente se miraron sin dar demasiado crédito a las palabras que acababan de oír. Respondieron con claridad. Al menos la suficiente para entender todos los cambios producidos y la situación a la que nos enfrentábamos. Las nuevas explicaciones y aclaraciones dejaron más tranquilo a mi padre. Ya podía preguntar por el cartel.

Estaba dolorido. Era lo esperado. Intentamos que las visitas fueran más graduales y breves. Era el consejo médico para que recuperara fuerzas. Parecía conservar cierta inseguridad. Derivaba las conversaciones a todo lo que se tenía que hacer en caso de su fallecimiento. Por el contrario, yo intentaba hablar de las cosas que haríamos en cuanto se recuperara. Nuestras necesidades eran del todo opuestas.

De vuelta a casa, siempre comprobaba el cartel. Se había convertido en un hábito, un indicador de que todo iba bien. Ese era el sentido que le dimos hasta conseguir creerlo. A veces, nimiedades como esa hacen más llevadera cualquier situación. Y en eso nos aferramos.

Las noches se hacían cortas. El cansancio no conseguía llevarme al mundo de los sueños, que parecían evadirme. Dormía unas escasas cuatro horas y las mañanas llegaban sin remedio. Al poco de despertar, me llegó un mensaje de mi padre: «Me vuelven a operar. Ven en cuanto puedas». Él no respondía mensajes ni llamadas, por lo que, sin tomar café, me presenté en su habitación. No estaba. Me temí lo peor. No podía ser: el cartel permanecía en su lugar. El sonido de la cisterna me devolvió a una calma normal. Nunca el ruido del agua de un váter me había producido tanto alivio. Cuando salió, se sorprendió de verme allí.

—No hacía falta que vinieras tan pronto.

—¿No has leído lo que me has enviado?

Parecía que habían localizado una pequeña infección. Lo prudente era atajarla lo antes posible para evitar mayores complicaciones. Estábamos a la espera de un quirófano. Se lo llevarían en cuanto quedara disponible. No esperábamos esta noticia, por lo que tardamos en reaccionar.

Lo que tenía que ser inminente se prolongó hasta bien entrada la tarde. Aprovechamos para seguir hablando. Volvimos a solicitar la presencia médica. Nos explicaron más de lo mismo. No había demasiado que discutir. Los nervios seguían, igual que la espera. Esta vez iría más acompañado al quirófano.

Al rato, sin casi darnos cuenta, volvíamos a recorrer los pasillos. Estos nos llevaron de nuevo hasta las mismas puertas, donde

unos se despidieron para desaparecer tras ellas, dejándonos a mí y a mi madre atontados. Nos quedamos en ese silencio que no sabes muy bien cómo romper ni si debes hacerlo. Como teníamos para unas horas, salimos del hospital para intentar despejarnos y que el tiempo transcurriera con mayor celeridad. Las relaciones se afianzaban, con la ayuda de la preocupación que nos tenía atrapados a todos. La hora determinada no tardó en llegar. La experiencia nos decía que tendríamos que mantenernos a la espera. La intuición no nos falló. La inquietud conseguía que los escasos diez metros de la sala y los otros diez pasos del pasillo continuo se convirtieran en una minimilla verde improvisada. Después de mucha espera, lo único que conseguimos sacar en claro fue que en algún momento saldría de la sala de reanimación. Un nombre nada tranquilizador. Sala de recuperación habría sido mejor. Aporta tranquilidad y le quita gravedad a la situación, o eso pensaba en esos momentos en los que buscaba cualquier distracción, por muy estúpida que fuera. La necesitaba.

Cuando ya estábamos a punto de alcanzar la una de la madrugada, nos aconsejaron irnos a casa. Ante cualquier novedad, nos llamarían.

Toda esta experiencia que estábamos viviendo había cambiado nuestros hábitos y rutinas. Mi móvil volvía a estar con sonido después de casi una década silenciado. Cada vez que sonaba, me alteraba, siempre a la espera de noticias de papá.

Cuando ya llevaba una hora en casa, antes de que me venciera el sueño, me puse en contacto con el hospital. Ya estaba en la sala. Esa noticia permitió que el sueño me venciera. Al despertar, tenía una llamada perdida del hospital. Antes de poner un pie en el suelo, ya estaba llamando, más asustado que dormido. Al cuarto tono, conseguí las respuestas necesarias. Mi agitación quedó resuelta e injustificada. Era la llamada prometida, que llegaba tres horas tarde.

Los horarios de visita de la UVI eran mucho más restringidos. Daban el parte médico una vez al día, aproximadamente a la una del mediodía. No tardamos en descubrir que, como todo, este horario era orientativo. Estuve allí media hora antes. Cuando faltaban escasos cinco minutos, llegaron mi tía y el mejor amigo de mi padre. Fueron llamando al resto de los familiares que estaban a la espera y nos dejaron para el final.

Habían controlado la infección y lo mantenían en sedación para un mejor seguimiento. Tenían previsto retirársela al día siguiente, si todo seguía su pronóstico de evolución.

Una hora de visitas, con el número de personas restringido. Papá completamente inconsciente y repleto de tubos y máquinas que facilitaban sus funciones vitales. Era bastante descorazonador, no tranquilizaba. Tocaba fingir normalidad, permanecer aparentemente reflexivo y transmitir un parte escrito a familiares

y amigos lo más positivo y esperanzador posible. Me estaba volviendo experto en adaptar el idioma médico al cotidiano.

En el siguiente parte, dijeron que habían aplazado la retirada de la sedación unas cuarenta y ocho horas como mínimo. Teníamos que seguir racionando las visitas. Nos dieron bastante margen. Me pasaba todas las horas que me permitían junto a él, con la esperanza de recibir buenas nuevas. El cartel permanecía en su lugar, impoluto.

En las raras ocasiones en las que estábamos los dos solos, aprovechaba para trabajar. El silencio solo era interrumpido por los pitidos ocasionales de las maquinarias que lo ayudaban a permanecer allí o por alguna enfermera que entraba para controlar que todo estuviera correcto. El tiempo transcurría sin más. Aquella monotonía transitoria ya me parecía una eternidad: recibir el parte, retransmitir la información lo antes posible para no olvidar detalle y realizar visitas silenciosas.

A última hora del día, cuando se cumplía la segunda ampliación de la sedación, a setenta y dos horas, apareció María acompañada por su padre. Tenerla allí dando apoyo y cariño a mi padre me concedió aire y energía para mantenerme fuerte ante las circunstancias que estaban por venir. Después de un rato de hablar sobre la enfermedad y su estado, empezamos a conversar como si él estuviera despierto y fuera un participante más. Mientras la escuchaba, reparaba en cada milímetro de su

rostro: era hipnotizador. Hasta la fecha no la había contemplado con tanta intensidad. Lo único que conseguía desviar mi mirada era el movimiento de sus manos, finas y delicadas, que enfatizaban sus palabras. Todo ello acompañado de mi sonrisa tonta, que era incapaz de controlar. Estaba enamorado de su esencia y ahora contemplaba su envoltorio perfecto.

Al concluir el horario, nos despedimos de papá. Sin darme cuenta, estaba acompañándolos a su casa. No podía desprenderme de ella, no tan pronto. Cuando nos encontrábamos a medio camino del hogar que la vio crecer, algo dentro de mí me hizo reaccionar: no podía manifestar tan claramente los sentimientos que me despertaba. Ya había hecho antes ese trayecto con su padre. Estábamos llegando al punto donde siempre nos separábamos. No era el momento de que se enteraran de mi pasión por ella. Mi padre estaba en el hospital y, sobre todo, ella tenía novio. Mejor no complicar las cosas más de lo que ya lo estaban. Al mismo tiempo, no quería que se alejara. Nos despedimos con tonterías que pretendían ser graciosas. Dudo que lo fueran. Ya de regreso, oí que me llamaba. El corazón me dio un salto. Pareció indicar la maniobra al resto de mi cuerpo para que me girara con una sonrisa sincera y luz en la mirada. Rubén solo quería que le enseñara los tatuajes a su hija. Le tenía alucinado lo que me había hecho. No sé si de forma positiva, pero me daba la oportunidad de mostrar algo más de mí, algo que podía alejar definitivamente mis posibilidades, pero,

cuanto antes los viera, mejor. Además, me permitía permanecer cinco minutos más con ella. Cuando al final nos despedimos, descubrí que caminaba sonriendo mientras pensaba en lo idiota que había sido por no acompañarlos hasta la mismísima puerta. Seguía con la sonrisa boba, ya no podía volver atrás. Lo mejor era disfrutar de ese momento.

Sin darme demasiada cuenta, ya estaba de regreso al hospital. La noche pasó sin gloria. Me encontraba de nuevo a la espera del parte. Otra vez, fuimos los últimos en recibir noticias. Curiosamente, los pequeños detalles rutinarios como ese se llenaban de significados ocultos y alentaban la esperanza, me regalaban la sensación de que todo iba a salir bien.

En la habitación estaba él, acostado, dormido, conectado y controlado. Parecía empezar a escuchar. Intentaba responder las preguntas con movimientos de cabeza. Trataba abrir los ojos. Quería dar muestras de conciencia. Eran buenas noticias. Le habían bajado las dosis de narcóticos y demás medicación. Era probable que en el horario de visitas de la noche estuviera despierto. Al poco rato de llegar a casa, me llamaron del hospital. Había surgido una complicación. Tenía una hemorragia interna. Lo habían trasladado de urgencia al quirófano.

Pasamos horas a la espera de noticias. La falta de ellas nos tenía nerviosos, ansiosos e incómodos en la inmovilidad. No queríamos ausentarnos por miedo a perder la posible llegada de

información. Después de muchas horas, vinieron a hablar con nosotros. Había sido una intervención muy delicada. La abundante pérdida de sangre y sus problemas de coagulación dificultaban dar un pronóstico claro. Para taponar, le habían puesto una especie de parche que ayudaría a ganar tiempo para que se pudiera recuperar. La situación era bastante descorazonadora. Lo positivo, por llamarlo de alguna manera, era que permanecía con nosotros, y todo el mundo, incluso él mismo, hacía todo lo posible para que saliera adelante.

Días y horarios se confundían. Las mejoras obtenidas luego eran contrarrestadas por nuevas complicaciones. Era una montaña rusa de sensaciones. El hospital era el único universo que daba sensación de realidad. La rutina consistía en partes, visitas y consultas. Todos intentábamos hacer la situación lo más llevadera posible. El cartel se mantenía. Todo iría bien. Esas palabras no cesaban. Intentaban convencernos y ayudarnos a permanecer enteros.

El empeoramiento coincidió con varios días festivos intercalados, por lo que mucha gente estaba fuera de la ciudad. Todos ellos, atentos al teléfono para conocer la evolución de mi padre. Con el pasar de las horas, alguno decidía volver para estar más cerca. Una noche coincidieron varios amigos de la infancia de mi padre. Al terminar el horario de visitas, nos sentamos en una terraza. Recordaron tiempos más alegres y descubrí facetas

desconocidas de mi progenitor. Una noche agradable de amistad era de agradecer.

Al día siguiente, me fui al hospital con fuerzas renovadas. Llegó la primera sorpresa. Alguien había garabateado una estúpida justificación de la suciedad en el cartel. El cuerpo se me estremeció. Creo que hasta palidecí. La mala sensación que me quedó era difícil de aparcar, por mucho que me esforzara. El sufrimiento adelantado se transformó en indignación contra el individuo que había violado mi engaño necesario.

La espera del parte se hizo más espesa que de costumbre. A la hora indicada, llegó la segunda sorpresa.

—*Familiars de Joan Poble.*

Nosotros, y los primeros. El muro construido se tambaleaba. Dos malos augurios. Eso me estaba afectando más de lo que esperaba. Los peores presentimientos parecían cumplirse. Nos explicaron todas las complicaciones sufridas. La falta de riego en el cerebro en algún momento de todo el proceso le había causado daños neuronales considerables. Tantos como para no dar señales viables de vida.

Durante una pausa silenciosa, los gritos sin sonido resonaron y aumentaron la presión que experimentaba para ahogar las explicaciones de la realidad y mantener la fe en que las siguientes palabras dieran una solución, que no llegaba.

—*S'hi pot fer alguna cosa?* —fue lo único lógico que atiné a decir, en un intento por saber si había alguna posibilidad de mejora, por remota que fuera.

No solo recibimos una negativa: teníamos que decidir cuándo desconectar su cuerpo de las máquinas que lo anclaban en esta realidad de forma ficticia. Mantener el tipo hasta salir de ese pequeño espacio, al que llamaban despacho, fue de todo menos fácil. Al salir, la necesidad de coger aire se hizo imperiosa, como si necesitara más bocanadas de lo habitual para conseguir enfrentarme a la situación y a todo lo que conllevaba.

Mi primera llamada fue a mi madre. Las palabras escasearon. Me quedaba sin aire. Un nudo doloroso trepaba por mi garganta hasta convertirse en una explosión de lágrimas incontrolables. Conseguía recuperar la compostura para volver a caer sin remedio antes de terminar la siguiente frase. Luego hablé con mi tío, su hermano pequeño. Otra conversación de llanto y dolor. Redactar el mensaje para informar a familia y amistades se me hizo estúpidamente complicado. Dar este tipo de noticias sin una concreción tajante me resultaba incómodo. No podía decir simplemente: «Papá ha muerto». Tenía que ser ligeramente más extenso y preparar la información hasta la conclusión final, el mazazo que me estaba destrozando lentamente, pero sin descanso. Al poco ya recibía respuestas escritas y llamadas, todas ellas demasiado difíciles y dolorosas como para recordarlas con claridad.

Aún faltaba terminar aquel primer día sin él y prometía ser duro e intenso. Las restricciones de visitas quedaron anuladas. Iban apareciendo familiares y amigos, hasta que llegó la madre de mi padre. A sus noventa y tres años, iba a ver morir a su hijo mayor. No se procedió a la desconexión. Sus signos vitales bajaron rápidamente hasta mantenerse en la pequeña línea que separa la vida de la muerte. Su cuerpo aún estaba allí, vivo ante nosotros, aunque sabíamos que su mente ya había partido. Eso no hacía más comprensible ni fácil la situación en que nos encontrábamos. Al llegar María me sentí reconfortado, sosegado, y por un momento el dolor se hizo más llevadero. Lo que no habían conseguido el amor y el cariño de familiares y amigos, lo logró ella con su presencia. Sin necesidad de palabras, nos fundimos en un abrazo arropador. Allí estábamos, compartiendo uno de los momentos más tristes de mi existencia.

La situación era francamente incómoda y poco deseable. La música —canciones de Leonard Cohen, Bob Dylan, John Lennon, Joaquín Sabina, Nina Simone y Barbara, entre otros: un reparto que seguramente habría entusiasmado a papá— parecía ayudarnos a todos. Todas aquellas canciones que tantas veces habíamos escuchado juntos adquirían otro sentido. Hubo dos temas en especial que nunca volvieron a tener otro sentido que recordar a mi padre: *L'aigle noir* de Barbara e *Imagine* de John Lennon. Imposible escucharlas sin emocionarme.

El tiempo transcurría y traía normalidad a una situación anómala. Cinco horas después, llegó el momento que no queríamos afrontar. Exhaló su último aliento. Relajado, con buena música y acompañado de la gente que lo quería. El día se estaba haciendo largo y demasiado cargado de emociones. Sin tiempo para asumir nada, me embarqué en la organización del funeral y el posterior entierro. Debía estar en todo, pero no estaba. No cesaban las conversaciones, los pésames, besos y abrazos. Unas palabras escritas. Un poema que pretendió descargar el peso de lágrimas aún no derramadas. No hay muchos recuerdos concretos de esos días: solo mucho cariño y mucha tristeza. La calidad humana de quienes nos rodeaban, su presencia, prometía tiempos más felices.

Lo enterramos escuchando a Barbara y Lennon. Sonaban a despedida que, a la vez, nos incitaba a vivir antes de seguir sus pasos.

III: LA CENA

Al hacer memoria de los días siguientes, no consigo ver más allá de una neblina. Como si de un sueño se tratara, solo veo la confusión y me planteo si alguna vez fue real. Mucha gente, muchos sentimientos y poco tiempo para ser consciente y asumir la realidad.

Los siguientes sucesos fueron una prueba de paciencia y autocontrol. Aparecieron buitres amenazadores, saqueadores, amigos que tiraban por el suelo una vida de confianza. Todo por mejores primas económicas o bienes materiales.

En los meses posteriores, me sorprendía pensando en preguntas que me hubieran gustado hacer a papá. Tardaba en darme cuenta de que no existía la posibilidad de obtener respuestas. No habría tenido importancia en otras circunstancias, pero, en ese momento, era muy frustrante y descorazonador. Convencido de que en la vida es mejor tener una actitud positiva que lamentarse por las esquinas, me esforzaba por estar bien, y eso se notaba en la gente que me rodeaba y permitía que no se preocuparan más de la cuenta.

Volvió la tranquilidad: no existían ni el estrés, ni el rencor, ni la envidia. Estaba realmente bien conmigo mismo. El único inconveniente, por así llamarlo, eran las muchas horas dedicadas

a pensar y darle vueltas al intento de aumentar mi felicidad. Siempre llegaba a la misma conclusión. Ese todo era ella. Me sentaba en terrazas y la buscaba entre los transeúntes ajenos a mi propia locura. Era consciente de la imposibilidad de un encuentro fortuito, pero no cejaba en el intento de verla por casualidad. Paseaba cerca de su casa o iba a por recados a comercios próximos, pero el azar no jugaba a mi favor. Vivíamos en una gran ciudad, donde los encuentros fortuitos son escasos, pero suceden. Sin quererlo, me tropezaba con otra gente conocida, pero nunca con María. Era mi primer y último pensamiento de los días que transcurrían sin ella, que eran muchos.

No es que no fuera feliz. Iba asimilando la pérdida de mi padre y me sentía orgulloso de mi fortaleza y mi entereza para ser un buen apoyo para mi madre, pero seguía notando un vacío dentro de mí que sería difícil de llenar a corto plazo.

Se organizó una cena en casa de los padres de María. Asistirían su familia, mi madre, yo mismo y el novio de María y el de su hermana Mar. Las perspectivas del resto y las mías eran completamente diferentes. Para ellos era una cena más. En mi mente, la cena abría multitud de posibilidades: un principio, un final o, la peor opción, la inmovilidad, el estancamiento sentimental.

Mi imaginación volaba. Soñaba hasta alcanzar cuotas de irrealidad, impensables en la vigilia. Sobre todo, dos eran las razones: la primera y evidente, estaba locamente enamorado de ella; la segunda, seguramente la manipulación de mi propia ilusión y mi fantasía persistente.

Todo surgió como pasan estas cosas, sin buscarlo. Quedaba de vez en cuando con su padre. Necesitaba mantener el contacto con él. Era como si ello me mantuviera conectado con papá. En casa, ya se había hablado de organizar algo. Mi madre consideraba que era una buena oportunidad para agradecerles su amistad, su cariño y todo el apoyo recibido en los últimos meses. Mi motivación era mucho más primaria. Deseaba volver a verla y sentirme de nuevo en casa. Intenté dirigir la conversación con Rubén hasta conseguir concretar una fecha. Por suerte, él se adelantó a mis propósitos.

—María me ha dado instrucciones para que organice una cena y vernos de nuevo.

La cabeza ya afirmaba antes de terminar de escuchar la frase. Los momentos posteriores, los pasé abstraído, pensando en los posibles mensajes ocultos de aquella conversación. ¿Sabrían de mis sentimientos? ¿Tenía la bendición de Rubén? ¿Ella sentía algo similar? La ensoñación desapareció en cuanto nombró al novio. Estábamos poniendo fecha para conocer al afortunado que compartía la vida con la mujer que yo amaba. Los sueños

abrieron todas las posibilidades: hasta que en la cena ella anunciara su reciente soltería y termináramos quedando para un primer desayuno, seguido de la eternidad a su lado. También acudió la idea de que el susodicho apareciera y se comportara como el típico malo de película. Yo me convertiría en el bueno que intentaría comportarse para no crear más tensión. En otras ocasiones, imaginaba que le daba un discurso educado y grandilocuente que conseguía ponerlo en su lugar, siempre con el posterior reproche de mi madre. Sin conocerlo, sentía que sería el archienemigo de nuestra historia de amor.

Por mucho que intentara no pensar en todo ello, me resultaba del todo imposible. Era mi clavo ardiendo. Además, tenía fecha de caducidad. El desenlace quedaría resuelto en pocos días.

Al fin llegó el momento en que se desvelaría cuál de todas las posibilidades soñadas se iba a cumplir. No fue ninguna: el ser cuya fortuna amorosa envidiaba no asistió por temas laborales propios de su desempeño como médico. Aquella noche tenía guardia. No cenamos en la casa de Barcelona donde tantas veces había estado yo de pequeño correteando. Nos invitaron a su segunda residencia, en la costa, donde pasaban la mayoría de fines de semana. La casa tenía un pequeño patio ajardinado muy agradable, con la medida justa para albergarnos a los siete asistentes a la cena tan esperada, sobre todo por mi parte. La temperatura era agradable, con una leve brisa marina que nos transportaba más allá de las cuatro paredes que nos rodeaban. La

velada fue rodada, había química y alegría. Lo mejor, poder disfrutar de su preciosa sonrisa. No se resolvió nada, pero conseguí recargar fuerzas para centrarme con la única intención de llegar a ser alguien con quien a ella le valiera la pena estar.

IV: CAN POBLE

Cuando conseguí concluir el primer proyecto literario, tal y como le había prometido a mi padre, pareció que se desencadenaba la buena fortuna. Poder publicar y obtener cierta aceptación era todo un éxito. Estaba en el buen camino. Pero ¡qué difícil es intentar vivir de lo que se considera cultura! Eso me impedía avanzar más con María. Bueno, y que su novio permanecía a su lado.

Las fechas de nacimiento y defunción de mi padre trajeron un premio de la lotería en forma de números premiados. Ello me permitió poner las piedras de proyectos mucho más ambiciosos con mayor celeridad. Al no tener que preocuparme por llegar a final de mes, al disponer de recursos, llegó una buena época creativa.

Concluida o contenida la euforia inicial, la facilidad para realizar lo que deseaba alteró por completo mi ritmo de vida. Ya no existían excusas. Al principio, hasta me molestaba. Era indignante que algo como el dinero pudiera convertir sueños inalcanzables en tangibles. ¿Cuántos sueños no se habían materializado por falta de recursos? Todo por algo que no deja de ser un invento humano, que no cesa de devaluarse hasta convertirse en unos y ceros manejados por computadoras sin conciencia y nos convierte en súbditos de mentes frías.

Con la ayuda de una pareja de amigos, que se dedicaron a hacer todos los trámites y papeleos pertinentes, pusimos en marcha una empresa. Esta sería la matriz de otras más pequeñas, todas ellas basadas en el bien común y la cultura. Las sociedades empezaron a llegar de la mano de amigos y conocidos. Destiné la mayor parte del premio de lotería a la matriz, la encargada de repartir los fondos para iniciar los proyectos que teníamos en mente. Estel e Isaac se encargaron de la mayor parte de la gestión. Sin su inestimable ayuda, no habría podido seguir viviendo tan bien. No hay nada como contar con gente de confianza.

Adapté como caravana un vehículo que cumplía y cubría mis necesidades. Podía viajar, vivir y trabajar sin necesidad de demasiado más. No tardé en estar en la carretera. Escribía sobre las diferentes opciones y posibilidades de nuestra sociedad. Buscaba alternativas para incentivar historias con continuidad. Conocí lugares mágicos. Descubrí el territorio gironés como si contemplara sus bellos paisajes por primera vez. Vivía y respiraba su geografía cinco días a la semana. Los otros, los dedicaba a estar con mis mayores, principalmente mi madre y mis abuelas, a las que se sumaba más gente.

Éramos muchos de familia, con multitud de diferencias, sobre todo en el modo de entender el sentido de la vida. Estar pendiente de tantos proyectos nuevos, aun sin ser el principal impulsor, me absorbía demasiadas horas, lo que contribuyó a limar asperezas con mi familia. Tener tantas cosas en la cabeza

tenía un efecto directo: dejar de escuchar la mayoría de las conversaciones. En el fondo, hacía lo que me habían hecho. Con la diferencia de que no me molestaba ni en fingir interés en los silencios que seguían a sus discursos, ya trillados por la prensa, un sector cada vez menos periodístico, convertido en un mecanógrafo de intereses económicos y políticos. Ahora solo sonreía. No me calentaba la cabeza intentando hacer entender algo que se habían negado a escuchar durante décadas. Nunca pareció que se dieran cuenta del cambio de actitud.

Mi carga laboral descendió a medida que delegaba todo lo que fuera posible. Era mejor hacer el seguimiento que la tarea misma. Gracias a ello, podía estar más tiempo en la naturaleza y menos conectado. La vivienda con ruedas, construida con mis especificaciones, era una maravilla. Tenía todo lo necesario y me permitía estar donde quería estar: lejos de la ciudad, lejos de la vida ajetreada, lejos de la sociedad. Lo último que persistía de la antigua vida era el móvil. Estar pendiente seguía molestándome. Había gente que dependía de las decisiones que pudiera tomar. Después de un tiempo, Isaac optó por implantar un horario de comunicación. Entonces todos empezamos a ser más eficaces, ya que no teníamos tantas interrupciones.

El trabajo excesivo de María y la presencia de su novio fueron la causa de que no nos viéramos durante meses. De vez en cuando manteníamos conversaciones por medio de mensajes, siempre por mi iniciativa. Cualquier excusa era buena. No tardé

demasiado en entender que la insistencia podía llegar a incomodarla. Ese sentimiento me hizo desistir de intentar quedar con ella. Por suerte, veía una vez al mes a sus padres. La relación con ellos seguía siendo excelente y me permitía saber de ella. No era lo mismo, pero me bastaba para seguir aferrado a su existencia.

Pasaba los días rodeado de la naturaleza gironesa. Una de las veces que fui hacia allí tarde, huyendo de la masificación y el estrés que me producía Barcelona, llegué con noche cerrada a la zona del parque nacional de la zona volcánica de la Garrotxa. Me equivoqué en un par de desvíos. Cerca de las doce, desistí de continuar. Viajaba con mis tres perritas, que ya empezaban a cansarse de permanecer en el vehículo. Necesitaban oler la naturaleza exterior y pasear un rato. En cuanto encontré un lugar adecuado para pernoctar, aparqué la caravana y abrí puertas. Las tres salieron disparadas. La escasez de luz las hizo desaparecer sin dejar más rastro que saber que estaban por allí.

Al amanecer, los primeros rayos de sol nos fueron acunando hasta el dulce despertar. Mientras ellas olfateaban y marcaban el territorio alegremente, yo contemplaba el paisaje matutino. Era un espectáculo hermoso. La luz bañaba las hojas y descubría infinidad de matices en su colorido, que se preparaba para entrar en el invierno. Nunca había estado en ese lugar. Era realmente bello, idílico. Una explanada con cierta pendiente. El verde intenso del prado brillaba cada vez que los rayos solares hacían

acto de presencia sobre el campo repleto de rocío. Las perras habían labrado caminos en el perfecto manto hasta dejar un paisaje cambiante. Recordaba vagamente a un delta. Todo el terreno despejado estaba rodeado de arboledas autóctonas, como si protegieran un paraíso secreto. En el fondo, las ruinas de una antigua masía. ¡Cuántas historias debían haber sucedido entre aquellas paredes casi inexistentes! Detrás de esta, empezaba de nuevo el bosque, que se elevaba progresivamente hasta perderse en el horizonte. Era casi incomprensible que hubiera terminado en ese lugar. Hasta con luz era difícil ver el acceso.

El aroma a bosque, a hierba húmeda, era el complemento perfecto del café matutino. La música que brindaba la naturaleza, ajena a la contaminación acústica que sufría la mayor parte de la sociedad, inspiraba la siguiente palabra como si me susurrara al oído.

Ese mismo día ya teníamos fecha para firmar la compra de una finca de dieciocho hectáreas de bosque y un cuarto de terreno despejado. Tenía un pozo de agua potable con caudal suficiente para permanecer desconectado de compañías de agua. Cuanta más información tenía, más me enamoraba. Era como si estuviera pensada, diseñada y puesta para que la encontrara. Era perfecta para mis propósitos.

Las posibilidades eran infinitas. Necesitaba asesoramiento y contaba con las personas perfectas. Dos de mis primos eran

arquitectos. Al ser familia, podría explayarme y ellos tenían la confianza suficiente para devolverme a la realidad sin problemas.

No cabía duda: aquel precioso lugar era ya mi base de operaciones, mi pequeño mundo. Los vecinos estaban suficientemente alejados para no molestarnos. Los más cercanos se dedicaban a la agricultura o al ganado. El primer pueblo lo tenía a unos cuatro kilómetros de carretera secundaria. Todo era inmejorable.

Mi principal exigencia era que la finca se acercara lo más posible a la autosuficiencia, independiente de los suministros generales. Esta petición hacía dudar a mis primos. Estaban poco acostumbrados a trabajar en estos términos. Tenían un reto por delante.

Javier fue de los primeros en venir. Era mi mejor amigo. Tanto que nos considerábamos hermanos. Después de pasear por la finca guiados por las perras, preparamos un fabuloso arroz de verduras mientras barajábamos todas las posibilidades de la propiedad, tanto las factibles como las que no lo eran. Soñar es gratis y en la imaginación todo es posible. Las opciones que suponían una dedicación excesiva eran descartadas. Otras no me lo parecían, pero Javier me sacaba de mi engaño. La tecnología y la maquinaria podían solucionar muchos de los trabajos más monótonos y pesados, siempre que hubiera dinero y un diseño claro de organización.

La primera estructura que se puso sobre plano fue un invernadero, seguido de un corral, un gallinero y un almacén. La casa principal aún tardaría. Vivir en la autocaravana, plantada donde iba a estar la casa, era más que suficiente. La felicidad que sentía me impedía molestarme por los pequeños inconvenientes que surgían. Mis dos primos la estaban diseñando. Aún no habían estado en el lugar. Nos habíamos reunido siempre en Barcelona. Estaba prevista una visita para comprobar que lo que habían creado encajara en la realidad.

Pocos días después de la planificación que hice con Javier, empezaron a montar las estructuras. Su equipo se encargó de todo. Mi único cometido, pagar y tocar las narices si algo no me terminaba de convencer.

Cuando comenzaron a circular vehículos por la zona, antes de causar alguna posible molestia a los vecinos, me fui a presentar. Los informé de lo que hacíamos y los invité a visitarme en cuanto estuviera todo listo. Los vecinos más cercanos eran una familia compuesta por una pareja de mi edad con un niño que rondaría los doce o trece años. A este se le veía tímido y a la vez observador. Siempre lo seguía una enorme hembra de gran danés. Los padres se dedicaban a la cría porcina. Tenían montado un sistema impresionante. Daba la sensación de que todo funcionaba solo porque era un sistema bien engranado. La realidad era que seguía siendo un trabajo que no te dejaba ni un día de fiesta. Como toda mi vida había sido en el asfalto, la

comodidad nos hacía olvidar los esfuerzos requeridos para que los alimentos comprados en cualquier mercado o gran superficie llegaran hasta allí.

El siguiente vecino quedaba algo más lejos, por lo que el perjuicio o las molestias que le podíamos causar eran mínimos o nulos. Aun así, intenté hablar con ellos. Era una pareja cercana a la setentena. Ella era una mujer atenta, con mano izquierda. Él transmitía la sensación de ser un gruñón. Aunque se mostraron educados, se notaba que al señor le hacía poca gracia que estuviera por allí. Creo que para él era un intruso de la ciudad que no pintaba nada en lo que consideraba su tierra. Vamos, que no parecía que fuéramos a tener una relación de amistad.

Poco a poco la vivienda móvil dejó de moverse. La finca me proporcionaba todo lo que necesitaba desde el punto de vista creativo y me daba mucho trabajo. Es muy satisfactorio participar en la adaptación de tu parcela de cielo. Las perras estaban encantadas. Nuevos olores, mucho terreno que inspeccionar y nueva fauna que conocer. Las siguientes en instalarse fueron tres gallinas autóctonas de la zona que me consiguió un amigo de la infancia. El coste: una barbacoa, cervezas y recordar los viejos tiempos.

El proyecto de mis primos evolucionó rápidamente en cuanto conseguí que vinieran a ver el emplazamiento donde plantarían su creación. La construcción tardó menos de lo esperado. Habían

diseñado una estructura preciosa. Aprovechaba los cimientos y parte de la masía extinta, y se integraba en el paisaje. Era eficiente y autónoma. Placas solares en todos los tejados, perfectamente disimuladas por el diseño. En el extremo izquierdo había una torre circular de dos pisos. Arriba estaba el despacho, con unas vistas privilegiadas: casi toda la parte frontal era de cristal. Era imposible no sentir tranquilidad y paz. Contaba con una chimenea pequeña de leña. Estaba decorado con instrumentos de todo tipo y época, cámaras de fotos antiguas e incluso alguna máquina de escribir que había pertenecido a mis abuelos. En la parte de abajo, dos dormitorios con sus respectivos baños. Uno de ellos tenía que ser el principal, pero al final el despacho también me haría de dormitorio, por lo que hicimos un anexo para un baño completo. Descansaba sobre la sala de estar, el comedor y la cocina, todo diáfano. Quedaba una planta muy luminosa. Para los inviernos, había una preciosa chimenea central que, a la vez, podía hacer de mesa para comer alrededor del fuego o usarse como encimera para cocinar. El sistema de la chimenea conseguía calentar la casa por completo. En la parte superior, habíamos montado una especie de depósito de agua con dos cometidos: calentar agua que circulaba por todo el suelo de la casa, y conseguir más energía. La cocina era un lujo, cómoda, espaciosa y bien equipada. Me brindaba la posibilidad de cocinar lo que quisiera y para la cantidad de gente que fuera. En el otro extremo estaba la zona de dormitorios, un comedor y un baño comunitario. La idea era ceder esa parte a

gente que necesitara un espacio para crear. Quería invitar a escritores, pintores, escultores, músicos, actores… Daba igual: gente que aportara y apostara por la cultura. Con ello conseguiría enriquecer más la vida en la finca.

El pozo dejó de ser el único suministro de agua. Instalamos redes para capturar la humedad ambiental y almacenarla en unos depósitos subterráneos. Del mismo modo, aprovechábamos el agua cuando se nos bendecía con lluvia.

Una vez concluida la obra, era el momento de ponerlo todo en marcha. Unas cabras se encargarían de mantener la vegetación a raya, además de proporcionar leche y carne. Unos cuantos conejos ayudarían a reducir el consumo de carne ajena. El invernadero se llenó de plantas de todo tipo. Todo mecanizado para evitar el exceso de trabajo que representaba mantener todo aquello. Unos cuantos frutales completaban el principio del camino a la autosuficiencia. El resto de las cosas que necesitara se las compraría a gente de la zona. No me importaba si era más caro que lo procedente de la otra punta del mundo. En la medida de lo posible, intentaba no favorecer el abuso laboral que sufrían esos países. Mi abuela siempre decía: *«Si els veïns viuen bé, tu viuràs bé»* y mucha razón tenía: si tus conciudadanos están bien, repercutirá en tu bienestar. Consideraba el consumo de cercanía como la única manera decente de mantener la armonía económica.

Ya tenía todo lo necesario. Las empresas que se habían ido creando durante este tiempo, todas ellas basadas en la economía del bien común, estaban vinculadas con la matriz. Como en su gran mayoría trabajaban en ellas familiares, amigos o amigos de estos, organizábamos comidas en la finca. Los que tenían pareja o niños los traían. Estos, acostumbrados al asfalto, no tardaban en desvelar su lado más animal y disfrutaban como nunca. Corrían por el campo y jugaban con las ramas caídas a modo de espadas, aunque lo que tenía más éxito eran los animales. Al principio estos parecían estresarse. Con el tiempo, se adaptaron hasta el punto de que parecían esperar las atenciones de las visitas. Terminó por ser uno de los mejores puntos para socializar. En muy poco tiempo, había conseguido plasmar sueños antes intangibles.

El hecho de tener el despacho y la habitación en la segunda planta me aseguraba cierta intimidad y tranquilidad cuando se instalaba gente para pasar unos días. Para los que venían, era como ir de vacaciones. Los niños disfrutaban de la infancia en total libertada. Cuando volvían por segunda vez, los adultos coincidían en reconocer que estar allí les servía en gran medida como terapia. El mundo de fuera se había convertido en algo feroz, repleto de engaño y sumisión forzada. Recordaba demasiado a tiempos pasados, en los que rezumaba putrefacción por todos los poros sociales. Ello entristecía el sonido de las

esperanzas que surgían de la fe en uno mismo. ¡Qué burda ilusión!

El desprecio hacia el individuo ganaba la batalla de la desidia. Profanaba y violaba nuestras precarias mentes, demasiado acostumbradas a la inmediatez, incapaces de mantener un estímulo más de trece segundos o la concentración en más de ciento cuarenta caracteres. Necios de nosotros, capitulábamos ante la crueldad demostrada hacia el impotente, incapaz de ver otra salida que someterse a los designios enfermizos de los representantes políticos. La maquinaria estaba cada vez mejor engrasada para volver a demoler los derechos laborales y así garantizar un teórico rendimiento perfecto para la macroeconomía, confiando en la ignorancia y la parsimonia de los corderitos en que nos habíamos convertido.

Los grandes problemas parecían suceder demasiado lejos. Los propios quedaban ocultos, camuflados, ignorados, olvidados y tapados. El miedo a encontrarse en la situación de los más desfavorecidos nos llevaba a convencernos de que eso nunca podría pasar a las puertas de nuestra casa. Los medios enmudecían los matices y sus palabras perdían todo rigor. Evitaban alterar el equilibrio de somníferos y estimulantes que mantenía la esperanza y la ilusión de vivir libres. Un vil engaño, demasiado fácil de comprar para no ver las ventajas de ser parte de la euforia reinante en la sociedad. Las voces se hacían sordas y los oídos, mudos. A los tontos que seguían sin entender cada

vez se los aceptaba menos, eran molestos. ¿Cómo se le puede ocurrir a alguien discrepar en sociedades democráticas? De ser tratados de pobres locos ilusos, pasaron a considerarse peligrosos. Esos descerebrados querían destruir la ficción de felicidad establecida. Se los vigilaba en las redes sociales. Eran personajes de interés por su posible radicalización o influencia en las masas, cosa poco conveniente. En un principio, únicamente se daba a entender que podrían terminar como terroristas. Con el tiempo, se incluyó un «presuntos». Posteriormente la ley les sacó la presunción por el «bien común». Por fortuna, la sociedad, convencida de su libre albedrío, discutía acaloradamente sobre fútbol y se felicitaba por el buen tiempo que traía el cambio climático, concepto inexistente para más de un mandatario de importancia mundial. Sonreíamos como autómatas, si teníamos el día inspirado. Los que pensaban por su cuenta se empezaban a recluir. La censura no se imponía, pero las letras llegaban sesgadas. Donde antes se permitían debates abiertos, ahora el silencio los engullía, meciendo lentamente las mentes y manteniendo el sueño intacto.

Las vacaciones de las visitas aumentaban. Era rara la vez que venían y no se quedaban un par de días. La gente parecía rejuvenecer con la tranquilidad de los quehaceres propios de vivir en la naturaleza. Experimentaban y probaban, y todo ello los devolvía a la infancia. El color grisáceo de los rostros de los niños daba paso a coloretes de salud. Regresaba el movimiento

a los cuerpos de sofá y consola. La finca se transformaba por completo; todo era más alegre y animado. Las despedidas conjugaban sentimientos encontrados: por un lado, la tristeza por la inminente ausencia, y por el otro, la paz de volver a la normalidad. La soledad o la desconexión permitían regresar al recuerdo de fantasías irreales acerca de lo que podría llegar a ser.

Cuando necesitaba ausentarme de la finca, venían a pasar unos días mi primo Jaume y su pareja Anna. Me hacían el favor de cuidar de los animales y ellos aprovechaban una escapada en un pequeño paraíso a escasa hora y media en coche de sus viviendas habituales.

La finca estaba terminada. Era satisfactorio ver lo que se había conseguido. El grado de autosuficiencia era espectacular. Dada la falta de conocimientos de horticultura y ganadería, los principios requirieron más esfuerzo de lo esperado. Con el auxilio del tiempo, las amistades, los agricultores de la zona, los libros e Internet, fueron mejorando los frutos del esfuerzo. Potencié mi propio aislamiento. No me negaba a las visitas ni a las salidas, pero yo no las organizaba. Los visitantes lo sabían, y se autoinvitaban sin problema. Su presencia siempre era emocionante. Traían noticias nuevas. Inspiraban personajes e historias. Me devolvían a la conciencia de los días y las horas. Sus vidas estaban muy alejadas de mi amada realidad.

V: LA SIEMBRA

Llevaba tiempo sin saber de María. Eso conseguía empañar un poco la emoción de realizar mis sueños. La falta de alguien con quien disfrutar y compartir empezaba a pesarme. Intentaba conocer otras mujeres, pero nunca eran ella. Buscaba la manera de ser realista. Al ser alguien que despreciaba la realidad por falta de capacidad para adaptarme o cambiarla, guardaba la justa medida de esperanza que me permitía seguir esperándola. Este pensamiento dio lugar a inaugurar la finca formalmente con gente que todavía no había gozado de ninguna visita a mi pequeño paraíso. Era la excusa que me brindaba el destino para justificar una invitación a ella y al resto de su familia. No quería levantar sospechas que pudieran llevar a malentendidos con demasiados fundamentos.

Sentados en una terraza, detrás de dos jarras de cerveza, Rubén y yo pensábamos en fechas para que él se las planteara al conjunto familiar e intentar congregar al mayor número de ellos. No tardaron en concretarse. Aunque no hubiera oportunidad, los nervios pasaron a formar parte de toda la semana previa. No tenía mucho sentido, pero allí estaban, acelerando el deseo de su presencia, cargándome de un estrés incompatible con el estilo de vida que pretendía. Cuando dejaba los sueños volar, me la imaginaba predispuesta a compartir mi vida. Ese tipo de

fantasías evitaban que mi felicidad luciera con todo el esplendor que merecía.

El día en que estaba previsto que vinieran María y toda su familia, los primeros en llegar fueron sus padres, Tessa y Rubén. María, Mar y el novio de esta llegaron media hora después que sus progenitores. La pareja de María volvía a ausentarse por trabajo. El destino o los turnos de guardia parecían confabularse para que no nos conociéramos. Ciertamente, eso me evitaría las estupideces surgidas de competir por el amor de su mujer. Competir es una forma de hablar. No tenía pensado actuar ni seguir los mismos pasos transitados. Ella estaba bien con quien estaba, la competición era imposible, al menos en esa etapa de la vida.

Después de los saludos de rigor y de mostrarles la casa, la finca fue el siguiente destino. Estaba vallada, salvo toda la zona boscosa, que quedaba libre de fronteras. Me sentía muy orgulloso de lo conseguido. Como en todas las visitas, el foco de atención, lo que provocó más simpatía, fueron los animales. Supongo que los visitantes nunca piensan que terminarán en la cazuela.

Albert, el novio de Mar, se ofreció a encender y controlar el fuego hasta conseguir las brasas necesarias. Se hacía tarde y comenzaban a hablar los estómagos. Rubén me acompañó a la cocina. Preparamos unas bandejas con aceitunas, anchoas de la

Escala, unos dados de queso, fuet, jamón y pan con tomate. Llenamos un barreño con agua, sal y hielo para mantener las bebidas frías y accesibles. La experiencia de barbacoas anteriores había demostrado que el mejor lugar para poner las bebidas era junto a la barbacoa. De esa manera, quien preparaba el fuego o cocinaba no quedaba desconectado. Lo primero en caer en las brasas fueron las patatas y verduras. En cuanto las verduras estuvieron en su punto, pusimos las diversas carnes en el asador. Teníamos butifarras, chistorras, choricitos, butifarras negras y entrañas previamente maceradas. Varias salsas: alioli, mostaza y *Juls.* A esta última la había creado a partir de la típica receta de salsa barbacoa. La había modificado tanto que ya no se parecía a la salsa que la había inspirado. Todo, regado con un buen vino elaborado por Javier, que además de ser mi mejor amigo, era un gran viticultor.

En cuanto todo estuvo en la mesa, nos sentamos en el asiento más cercano y a comer, justo cuando el apetito estaba en lo más alto. El día acompañaba: soleado, sin excesivo calor. Las conversaciones se sucedían sin dar tiempo al silencio. La música rellenaba esos escasos instantes. Las horas transcurrían velozmente. Sin darnos cuenta, el sol casi se despedía. Esto hacía poco apetecible el regreso. Estábamos demasiado animados como para dar por concluida la visita. Todavía había vino sobre la mesa.

Al desaparecer el sol, el ambiente comenzó a enfriarse. Optamos por trasladarnos alrededor de una fogata. Rubén apareció con una de las guitarras. Tocó un poco para comprobar la afinación del instrumento. Mar regresó con otra guitarra, una flauta y unos bongós, que se quedó ella. Entregó el viento a su pareja y las cuerdas a su hermana. La velada se convirtió en un concierto improvisado para los propios participantes. ¡Cómo me gustaba verla cantar! La alegría se respiraba en el ambiente. Era como si todo encajara, como si fuera habitual. Completaba el hogar. La música y los bailes iban en aumento a medida que el vino desaparecía y la luz de la hoguera tomaba protagonismo. Danzamos alrededor de ella con la misma felicidad que nuestros congéneres milenarios habían experimentado antes. Era un sentimiento primario, esencial, sensual, natural, perfecto en su improvisación. Hasta me animé a sacar la armónica y acompañarlos en la *jam session.*

La luna llena de febrero, pletórica, ya lucía todo su esplendor. Su luz casi borraba la presencia del firmamento. Lo bañaba todo con su luz y con su magnificencia, ofreciéndonos un espectáculo digno de embobar a cualquiera. Era la noche perfecta para plantar.

Mientras ellos mantenían una conversación animada sobre cuestiones de familia, entre sus voces y sus risas, pude escabullirme sin llamar la atención. Me siguió Llum. Las otras dos perras estaban demasiado entretenidas con los agasajos y las

caricias de los invitados. Entramos en casa en busca de las semillas, que estaban en la sala, por lo que podía ver la diversión externa sin esfuerzo. Sin poderme resistir, mi mirada se posó en ella y por un momento me quedé embelesado, lo suficiente para que se sintiera observada. En el preciso instante en que ella dirigió su precioso rostro hacia donde me encontraba, yo desaparecí por la puerta trasera, el acceso más directo a la zona escogida, en teoría la más adecuada para las futuras plantas.

Ya se había trabajado el terreno, por lo que el proceso sería rápido y esperaba que no alcanzaran a notar nuestra ausencia. Llum iba y venía, mordisqueaba mi calzado y volvía a alejarse. Odiaba esa manía. Su capacidad para acelerarse sola era sorprendente, como si su cerebro hiciera clic y perdiera el control, todo entusiasmo y juegos. Cuando no le hacías caso, no tardaba en encontrar algo que perseguir o lugares que inspeccionar. Su pelaje de tonos negros y grises era el perfecto camuflaje. El tamaño también la ayudaba a pasar desapercibida. Si pasabas un rato contemplándola, en algún momento conseguía recordarte a los felinos. Era una perra encantadora y de comportamiento extraño. Perseguía a todas las aves. Su credulidad la llevaba a pensar que podría atraparlas. Escalaba muros y tocones hasta encaramándose a lo más alto. Era sorprendente cómo aprovechaba las grietas. Resistente e inconsciente a partes iguales, en ocasiones aparecía con el lomo

ensangrentado por algún corte y ni se inmutaba. Se dejaba curar sin demostrar alteración, solo agradecimiento y cariño.

El sorpresivo contacto de una mano estremeció todo mi cuerpo.

—Què fas?

—Quin ensurt! Pensava que el soroll era de la Llum —dije para justificar mi susto inicial. Poner la excusa de la perra era bastante infantil. Casi antes de terminar la frase, me puse a reír.

María me miraba perpleja con su bonita sonrisa, acompañada de esa mirada repleta de alegría y bondad, esa tan suya, que inspiraba mi sonrisa involuntaria y sincera. En cuanto me serené lo suficiente, pude responder su pregunta inicial sobre mis quehaceres y le conté las bondades de la luna llena para la siembra.

—És lluna plena. Diuen que, si es planta en aquesta nit, les llavors arrelen millor i les plantes surten amb més força. No sé si serà cert, però crec que té gràcia.

—També diuen que el cabell creix millor si el talles les nits de lluna plena —respondió ella, compartiendo su sabiduría popular sobre la luna llena y el pelo.

Nos miramos y empezamos a reír sin poder ni querer remediarlo. La invité a participar en mi ritual de siembra, que de repente había adquirido un significado nuevo para mí.

—Ara que hi ets tu, hauríem de fer-ho més formal. M'ajudes?

—És clar. Què faig?

—Posa't al meu costat, amb les mans com si fossin una safata o oferissis un obsequi a un ésser diví.

Ella me miraba divertida, mientras colocaba las manos a modo de bandeja, como si sostuviera una ofrenda, como yo le indicaba.

—Molt bé —sentencié con tono solemne, aprobando su actuación.

Su involuntaria carcajada anuló lo ceremonioso del momento. Mi cara de asombro la hizo seguir riendo. La miraba con mi sonrisa perpetua, sin saber de qué se reía la tía loca. Cómo me gustaba. En cuanto pudo volver a respirar con normalidad, vio que mi cara reclamaba una explicación. Tanta ceremoniosidad podía con ella y mi aprobación de su actuación, en una tarea tan fácil como poner las manos en forma de cuenco, ya la superaba.

—Perdona, però m'ha fet molta gràcia que em diguessis «molt bé», tot sorprès, com si fos molt complicat. A més, tu estaves posant les mans com tocava, mentre ho explicaves. I la cara de després, que demostrava que no entenies res, ha sigut magnífica.

Sin más, volvió a reír sin control. Era adorable, no pude hacer nada más que reír por contagio.

—*Va, prou, centrem-nos* —dijo ella haciendo un esfuerzo por controlarse y centrarse en la labor, mientras adquiría la postura requerida.

Deposité las semillas en sus manos. Ella se esforzaba en permanecer solemne a la espera de que iniciara la ceremonia o dijera algo. Estaba a la expectativa y yo me había quedado en blanco. ¡En qué lío me había metido! Para ganar tiempo, me giré hacia la luna. Alcé los brazos como si pretendiera abrazarla. Una última gran bocanada de aire fresco consiguió terminar de despertar mis sentidos.

—*Deessa de la nit, marees, collites i talls de cabell* —empecé a invocar a la luna, incluyendo la gran aportación sobre peluquería de María, con lo que pude notar su mirada y su sonrisa cómplice—, *et demanem que beneeixis aquestes llavors. Que germinin i en surtin plantes sanes i poderoses. T'oferim el goig d'aquesta magnífica nit.*

Bajé la mirada a la tierra. Me puse en cuclillas. Con una fugaz mirada, ella siguió mi ejemplo. Yo perforaba la tierra con el dedo índice, y ella acercaba las manos para ofrecerme las semillas bendecidas. Así una vez tras otra, con el único deseo de no terminar. Irremediablemente solo quedaba una. Me iluminé, mejor tarde que nunca, y le ofrecí el papel principal.

—*Vols plantar-la tu?*

—*Pensava que no m'ho demanaries.*

—*Podries haver-ho dit* —le pedí, ya que en todas las relaciones, incluso la de labrador y ayudante, expresar las ideas y los sentimientos es la mejor forma de entenderse.

—*És el que estava a punt de fer, si la intentaves agafar* —se defendió ella con una sonrisa, mostrando su determinación.

Los dos rompimos a reír. Éramos como niños. Esa planta iba a ser la que recibiera mayor atención, a pesar de las dudas de María por su participación, que me apresuré en desvanecer.

—*Com aquesta no surti, em sentiré fatal.*

—*Segur que serà la millor, la més maca de totes. Ara només falta regar-les.*

Nos quedamos observando hasta que la tierra absorbió todo el líquido de vida, sin mediar palabra. Cuando ya regresábamos bajo la luz de la luna, dijo:

—*La veritat és que és impressionant* —dijo María sobre mi creación en medio de la nada. En otra época y a otra mujer, no habría dudado en decirle que lo realmente impresionante era ella, pero con María todo tenía que ser diferente.

—*Diuen que, si demanes un desig mentre li ensenyes el cul a la lluna plena, es compleix.*

Paró en seco ante mi provocación, miró intensamente a la luna, pidió un deseo sin compartirlo, sonrió y le mostró el culo a la

diosa, y de refilón a mi encantada persona, aunque solo fuera una fracción de segundo. Ella me miraba divertida, como una niña traviesa.

—*Ja trigues. Només es complirà el meu desig?* —me retó ella a mí. María no era de las que se amedrentaban.

Seguí sus pasos: miré a la luna y, sin remilgos, le presenté mis posaderas. El deseo seguramente no se cumpliría, pero las risas de ambos sellaron una noche para el recuerdo. El mundo parecía haberse reducido a nuestro entorno inmediato. Daba la sensación de que el presente permanecía estático y le restaba importancia a la temporalidad verbal. Sin ser conscientes, ya estábamos reunidos con el resto de su familia. Permanecimos en un leve segundo plano. La hoguera emitía sus últimas ondas de calor. Esto llevó a María a cogerse de mi brazo para protegerse del frío. Sonreía disfrutando de aquel momento en familia.

Mar reclamó la presencia de su hermana y así me devolvió a la realidad. Me senté junto a sus padres y compartimos unas risas. Conversamos y recordamos épocas pasadas junto a mi padre. Con ellos, siempre terminaba sintiéndome como si regresara a un tiempo en el que no había conocido el dolor, virgen de traumas. Era como resucitar a mi padre y ser consciente de las rarezas coincidentes.

La noche fue haciéndose dueña de las circunstancias y nos invitó, uno a uno, a adentrarnos en su reino de sueños. Como no estaba

previsto que se quedaran a dormir, la única parte acondicionada era la zona habitual. Tenían cama todos si cedía la mía. Dormí en el sofá, que tantas siestas había gestado.

El día había sido muy intenso y emocionante. Tanto que no podía conciliar el sueño. Por muchas vueltas que daba, no había manera. La impaciencia ganó la batalla. Decidí ponerme a trabajar hasta que por fin el cansancio venciera al trastorno de tenerla bajo el mismo techo. Tantas horas compartidas, únicamente igualadas en tiempos de infancia. Una vez convencido de que iba para largo, fui a prepararme una infusión: zumo de limón, miel, poleo menta y tila. Relajante y reconfortante, todo un éxito de bebida. En ello estaba cuando oí un ruido a mi espalda. La falta de hábito de tener gente en casa hizo que me girara con algo más de energía de lo que habría sido normal.

¡Qué hermosa era! Me quedé completamente absorto ante su presencia.

—*Perdona, t'he despertat* —atiné a decir sin mucha dificultad, pensando que mis trasteos nocturnos eran la causa de su insomnio.

—*No, no podia dormir. En sentir moviment, he preferit sortir en comptes de continuar donant voltes el llit.*

—*Em deixes més tranquil* —le esbocé una sonrisa cálida, y entonces pensé que quizás podríamos alargar el momento tomando algo—. *Vols que et prepari alguna cosa?*

—*El mateix que prenguis tu.*

En cuanto las tazas ya calentaban nuestras manos y las hierbas reposaban, nos fuimos al dormitorio improvisado. La suerte me llevaba a gozar de su compañía en vez de trabajar. Se prolongaba la intensidad del día. Puse música de fondo a un volumen que no molestara a los durmientes. Hablamos de infinidad de temas, demasiados para recordarlos. Sorbo a sorbo, apuramos hasta la última gota de la infusión. Palabra a palabra, se fue quedando dormida. Cualquier movimiento podía desvanecer aquel frágil momento. No tardé en quedarme dormido junto a ella. La felicidad y la incomodidad de la postura me hicieron despertar con los primeros rayos del astro rey. Sentí un extraño hormigueo por falta de riego en donde mi cuerpo tomaba conciencia del suyo. Aun así, prefería perder el brazo antes que despertar del todo de ese sueño. Era tan bella. Transmitía tanta paz y tranquilidad. La incansable necesidad de enamorarme de cada milímetro de su rostro no me permitía apartar la mirada.

Las cánidas no tardaron en hacer acto de presencia. Buscaban mi atención y mi colaboración para salir a saludar al nuevo día entrante. Con mucho cuidado y movimientos suaves y precisos, la fui acomodando hasta dejarla completamente recostada y

arropada. Un último vistazo a mi más profundo anhelo y me fui directamente a la puerta. En cuanto esta se abrió, Shyra y Llum salieron disparadas, compitiendo por el primer puesto. El resultado siempre era el mismo: por su mayor tamaño, la perra de aguas se imponía al principio, pero poco después arrasaban la juventud y la vitalidad de la perra de contenedor.

Mientras preparaba café, ellas corrían por el terreno y marcaban territorio. Antes de salir junto a mis pequeñas, observé una vez más la belleza del ángel durmiente que tenía en el sofá. Realmente era hermosa, pero qué lejos quedaba la posibilidad de tener una cita romántica.

Al rato, la casa comenzó a cobrar vida. Lentamente, pero sin descanso, todos fueron desfilando. Después de desayunar, no tardaron en marcharse. Rehusaron la invitación a comer por estar ligados a compromisos previos. No los volvería a ver hasta los días previos al incidente.

VI: LA INFECCIÓN

Llevaban un tiempo avisándonos, pero no vimos o no quisimos ver los indicios. Un pequeño brote de ébola por aquí, unos años después otro por allí y allá. Cuando la gente parecía haber olvidado su existencia, hubo una gran epidemia en el continente primigenio. El mundo lo miraba e intentaba proteger los accesos a sus territorios. La ayuda ya la enviarían cuando no existieran posibilidades de infección ni de salvar a nadie. Faltó muy poco para que la falta de acción infectara al mundo entero. Se transportaron cepas del virus a todos los rincones del planeta para su investigación. Parecía que cualquiera podía tener una cepa de ébola en la nevera.

Años después, se anunció la propagación de otro virus casi a nivel mundial. Como muchos otros, lo transmitían los mosquitos, que viajaban gratis gracias a la globalización del comercio. Era como una gripe, pero mucho más agresiva que la común. Era potencialmente peligrosa para las mujeres embarazadas. Mataba o malformaba los fetos. Los casos eran contados, pero constantes. Los Estados invirtieron en vacunas. En cuanto estuvieron en su poder, la enfermedad desapareció tal y como había empezado, sin dejar demasiadas pistas.

Tantos indicios y no lo quisimos ver. El ambiente mundial cada vez estaba más crispado. La población parecía no aceptar la

información ni las formas de hacer de los Gobiernos, que creaban alianzas impensables meses antes de su anuncio.

El aviso definitivo llegó con el virus del Zika. Se transmitía por la picada de los mosquitos. Años antes nos había colonizado el mosquito tigre, cuyo aguijón puede atravesar hasta la ropa tejana. Estos bichos no tardaron en controlar el entorno. El aumento de las temperaturas favoreció a estos molestos invitados, que pudieron proliferar durante casi todo el año.

También el Zika tenía síntomas parecidos a la gripe, pero mucho más virulentos. Al principio, los casos de contagio eran importados, pero la infección se extendía muy rápido. Pasamos de alguno a cientos. Los casos graves eran escasos, aunque había muertos. Los noticiarios relativizaban su importancia y equiparaban las muertes con las causada por la gripe común. Todo estaba a punto de cambiar. No éramos capaces de imaginar lo que se nos venía encima.

Unos días antes, viajé a Barcelona para ver a la familia y hacer varios recados. La intención era estar un par de días, como máximo tres noches. La ciudad me saludó con una tromba de agua, como si quisiera impedirme la entrada. Conducir se hacía molesto. Era como separar una cortina de agua para encontrar otra. La visibilidad era nula. Después de tanto tiempo sin llover, ahora parecía caer todo de golpe.

El primero al que me encontré fue Rubén. Era factible, ya que estaba cerca de los locales que frecuentaban él y mi padre. Nos sentamos a tomar una cerveza. Hablamos animadamente de los últimos sucesos de nuestra vida, de la familia y del mundo en general. La conversación típica de dos amigos que hace tiempo que no se ven. En eso estábamos cuando apareció María. Se dirigía a casa de sus padres y nos había visto desde la otra acera. Para ser más concreto, primero nos había oído. Verla era siempre un placer, pero, cuando era inesperado, tenía un sabor diferente. Los latidos siempre se me disparaban, pero de forma progresiva mientras me preparaba para la ocasión. En cambio, cuando simplemente el destino me regalaba su presencia, mi ritmo cardiaco subía de golpe. Era vertiginoso, como dar un paso y descubrir que no hay suelo bajo tus pies.

—*Hola! Què hi feu, aquí? Perdoneu que no us faci petons, que estic com una sopa* —se disculpó por su resfriado, permaneciendo un poco alejada de nosotros, pero con su sonrisa intacta.

Con otra persona, en otra ocasión, habría sido más remilgado, pero esa vez no podía desaprovechar la cercanía que me brindaban los besos de rigor, así que decliné su cortesía y reclamé los besos reglamentarios de cualquier encuentro, alegando una supuesta inmunidad inventada.

—María, no puc desaprofitar l'oportunitat de rebre dos petons teus. Segur que soc immune.

Entre sonrisas, conseguí mi preciado tesoro. Estuvimos un rato hablando. La pobre tomó una limonada caliente con miel. Intentaba evitar los estornudos. Fue en vano. Estaba para arroparla y prepararle una sopita. Con tal panorama, no tardaron en marcharse a casa. Había sido corto, pero este encuentro fortuito con María iba a salvar vidas.

La mañana empezó a demostrar que la teórica inmunidad había quedado en simple palabrería. Empecé a sentir una pequeña molestia general, pero intuí que solo era el principio. Por la noche todas las sospechas se confirmaron: tenía fiebre. Había estado paseando y plantando el virus de la gripe a mi madre, a las abuelas, a alguna que otra tía, tío, primas y primos. Varios amigos también tuvieron la fortuna de ser contaminados. Este contagio me recordaba a cuando dejas caer gotas de color en agua estancada. Allá por donde nos movimos, la enfermedad se propagó y se extendió a otros focos.

En cuanto me bajó algo la fiebre, volví a mi finca. Ya tenía suficiente, necesitaba recuperar el relax de la vida cotidiana en mi refugio, alejado de la ciudad. Pero estaría solo por poco tiempo: en dos días subirían tanto mi madre como mi abuela. Las dos eran mujeres fuertes, pero mi abuela, l'Àvia como siempre la habíamos llamado en casa, era una matriarca digna de admirar.

Y como no podía ser de otra manera, quería saberlo todo de todos. Eso incluía ver dónde vivía su nieto. Conseguí que superara su reticencia a pasar la noche fuera de su casa. A su edad, la comodidad de su propio hogar era importante. Así que quedamos en vernos en mi finca al cabo de dos días. Yo necesitaba irme de la ciudad en cuanto antes: ya añoraba mi vida en el campo. Y estaba convencido de que el aire puro aliviaría mi congestión, y de paso la de mi madre y mi abuela.

La lluvia persistía. Me preocupaba cómo encontraría la finca. Los vecinos habían pasado a cuidar de mis animales. Eran buena gente. Enfilé el camino de tierra que llevaba a casa. La lluvia era del tipo calabobos, esa que parece que no moja hasta que estás empapado hasta los huesos. Todo estaba bien. Para no contagiar a más gente, llamé a los vecinos por teléfono para agradecerles el favor y ofrecerme para lo que necesitaran. Todo de lo más normal.

El día siguiente amaneció sin rastro de la tormenta. Habíamos vuelto loco al clima. Estábamos a finales del invierno, pero aún no habíamos tenido días de frío. Lo peor de la estación habían sido las lluvias, pero si permanecías un ratito al sol, te podías poner en bañador. Los charcos se evaporaban. Tocaba desinfectar la propiedad para evitar una proliferación insoportable de insectos. Vacié restos de agua de macetas y demás cuencos que tenía por el jardín y me aseguré de que no quedara agua estancada en ningún rincón.

A media mañana, llamó mi madre. Aplazaban el viaje. Las dos tenían algo de temperatura. Subirían en cuanto les bajara la fiebre. Tendría un poco más de tiempo para recuperarme por completo y dejarlo todo listo para ellas.

Era un buen momento para preparativos varios. En breve tendría el primer encuentro creativo en la finca. Mer, una buena amiga actriz, estaba organizando una especie de retiro para artistas de diferentes campos que necesitaran alejarse de su cotidianidad. Era una buena oportunidad para conocer gente interesante. Me preocupaba tener desconocidos en la finca tantos días: la experiencia podía resultar enriquecedora o un desastre. De cualquier manera, aprenderíamos algo.

La temperatura en los días posteriores a la gran tormenta era preveraniega. La gente estaba en las terrazas y playas, como en el periodo estival. Pero, mientras nosotros vivíamos ajenos a la naturaleza, ella se preparaba para darnos una respuesta a nuestros actos.

Al séptimo día de calor, mi madre y mi abuela aparecieron cerca del mediodía. Las perras les brindaron su espectáculo de bienvenida. Después de enseñarle la casa y los alrededores por las ventanas, l'Àvia se sentó a descansar un rato. Se puso a leer uno de los centenares de libros que tenía en su *ebook*.

A la hora en que estaba previsto que salieran los hermanos Torres, encendió la televisión. Le encantaban los programas de

cocina. Miraba todos los que podía. Los hermanos le gustaban especialmente, tanto los platos que elaboraban como la forma como llevaban el programa. Pero de repente, la suculenta receta se vio interrumpida por una noticia de última hora: era una imagen de plano abierto de la plaza de Catalunya en Barcelona. El sol desaparecía detrás de una inmensa nube negra. Parecía tener vida propia. Se movía de forma extraña. Al principio la gente miraba, grababa y se hacía fotos. Algunos intentaban acercarse al fenómeno. El ruido de fondo era ensordecedor. Uno de los valientes se acercó demasiado. La nube lo engulló. Poco después reapareció, saliendo a la carrera. El hombre se transformó rápidamente en un ser repleto de bultos e hinchazones de color carmesí. Su rostro quedó irreconocible. Antes de llegar a dar más de diez zancadas, se desplomó. La gente estaba pálida, paralizada. Segundos después, un grupo intentó rescatar al joven. No tardaron en correr el mismo destino.

En ese preciso momento se generalizó el pánico. Todos corrían como pollo sin cabeza, se empujaban y se golpeaban. Los que se quedaban atrasados o eran heridos por sus congéneres desaparecían dentro de la nube, que no era otra cosa que un inmenso enjambre de mosquitos. Dudo que podamos olvidar el espectáculo que presenciamos, no solo por lo brutal de la situación, sino por la crueldad que es capaz de desplegar el ser humano con tal de sobrevivir.

Había pocas imágenes de personas que arriesgaran su vida por el prójimo. Lo bueno nunca vende tanto como el dolor, la catástrofe y la barbarie. Todo ello llamaba a más tragedia. Daba la sensación de que todo y todos habían perdido el control. Solo te venían ganas de encerrarte y desconfiar de todo el mundo. Los cadáveres ─pálidos, retorcidos, sin semejanza con la imagen humana─ se encontraban repartidos como un rastro desgarrador del paso de la plaga. El mobiliario estaba medio derruido a causa de los accidentes de los vehículos circulantes en el momento del incidente. Imposible distinguir quiénes habían muerto por atropellos y quiénes por el ataque de los mosquitos. Las principales poblaciones se estaban quedando como si hubieran vivido un conflicto armado.

Había fuegos por todas partes. Avanzaban de coche en coche, causaban explosiones que propagaban el fuego entre locales y viviendas. Los saqueadores no tardaron en hacer acto de presencia. La ley del más animal se implantó con patética facilidad. Todo era descontrol. Con la aparición de nuevas olas de mosquitos, la gente corrió a refugiarse. El pillaje reaparecía en cuanto se creía superado el peligro.

Las fuerzas de seguridad no daban abasto. Tampoco los bomberos y sanitarios. Internet iba lleno hasta el colapso de imágenes y vídeos de ataques protagonizados por los insectos chupadores de sangre. Parecía que el caos se había apoderado

del mundo. Como si la naturaleza hubiera orquestado un magistral ataque contra toda la población mundial.

Las cadenas de televisión únicamente retransmitían información sobre lo sucedido y lo que estaba pasando. Enviaban corresponsales a los lugares claves. Ataviados con trajes de apicultores, algunos parecían astronautas.

Los mensajes gubernamentales con instrucciones para gestionar la crisis se repetían hasta la saciedad. Las recomendaciones eran las típicas. Se nos advertía del riesgo de salir de casa. Se nos instaba a buscar algún refugio para aislarnos de posibles nuevas oleadas. Si no era posible regresar a las respectivas residencias, se recomendaba no pisar el exterior en la medida de lo posible. Tres días de encierro. Eran medidas que pretendían evitar más altercados para poder ocuparse de todas las incidencias y de los cadáveres que se encontraban repartidos por doquier.

El mundo se iba paralizando. Los únicos que seguían trabajando hasta la saturación eran los sanitarios, los bomberos y los diferentes cuerpos de seguridad. El resto debía permanecer escondido hasta nueva orden. Solo se nos permitía salir en casos de fuerza mayor.

En casa alucinábamos. Nos pusimos en contacto con todos los que pudimos. La mayoría estaban en su casa o se encontraban en alguna segunda residencia. Los menos afortunados, en sus lugares de trabajo. Su imposibilidad de regresar era preocupante,

pero al menos estaban vivos. Todos los que estaban en los grandes núcleos habían sufrido picadas de varios mosquitos. No se había escapado nadie.

Los padres de María estaban en la costa, en su segunda residencia. En un principio, no corrían ningún peligro. Mar iba de camino; había conseguido comunicarse con ellos y ya estaba a punto de llegar. María estaba trabajando en el hospital. Se había quedado atendiendo a los pacientes y a todo aquel que se pudiera desplazar. La mayor parte de los supervivientes eran quienes estaban a resguardo o cerca de un lugar donde refugiarse. No había constancia de que se hubiera salvado nadie de los que habían permanecido en el exterior.

Cuando los medios retransmitieron más imágenes, los ataques ya se extendían por las poblaciones más pequeñas y menos pobladas. Eran mucho menos virulentos que los que habían tenido lugar en las ciudades. También es cierto que contábamos con la ventaja de haber visto con antelación lo que podía suceder, por lo que no nos cogería por sorpresa.

La urgencia de la situación convenció a mi cuerpo de la inexistencia de los síntomas residuales de la gripe. Encerré a todos los animales en el cobertizo, que hacía a la vez de almacén y taller para todo. Con trapos, toallas y sábanas, intenté tapar todos los accesos que pudieran encontrar los mosquitos. Lo mismo hacía mi madre en casa. Tapaba principalmente los bajos

de las puertas. Al ser de construcción reciente, la casa no debía tener desperfectos que permitieran la entrada de diminutos intrusos. Preparamos repelentes caseros, tales como clavos pinchados en limones. En el pasado había funcionado poner en un tarro lima, limón, romero y citronela, todo cubierto de agua, y una vela. Era el repelente más efectivo. Preparamos los aerosoles como armas de último recurso.

Unas horas más tarde, cuando ya nos habíamos convencido de que todo había terminado y de que no nos veríamos afectados, un zumbido creciente invadió el entorno. El sol cedió el camino a la oscuridad hambrienta. Al poco, las correderas, que no estaban pensadas para evitar la entrada de insectos, les permitieron pasar hasta las inmensas cristaleras de la estancia principal. Lo mismo debía estar pasando en el piso superior. Los cristales paraban su avance, pero era aterrador ver la inmensidad de mosquitos que revoloteaban en el reducido espacio entre los cierres exteriores y las puertas corredizas de la sala. ¿Cómo unos seres tan pequeños podían hacer tanto ruido y haber causado toda aquella devastación?

Aun en el peor de los casos, nosotros teníamos la suerte de poder vivir en aquellas circunstancias el tiempo necesario. A las perras se las notaba nerviosas, no sé si contagiadas por nosotros o porque intuían lo que pasaba fuera.

El número de mosquitos fue descendiendo paulatinamente hasta que desparecieron. Dejaron el rastro de sus congéneres muertos o agónicos.

Las redes sociales se llenaron de especulaciones. Unos veían conspiraciones por todos lados, otros defendían la hipótesis del castigo divino por la bajeza moral de nuestra sociedad. Los más catastrofistas anunciaban el fin del mundo. Las circunstancias no ayudaban a apaciguarlos. La gente no tardó en enfermar. Fiebres altas, náuseas y sarpullidos eran los principales síntomas provocados por la picadura de aquellos insectos. Llegó un momento en que había más gente enferma que sana.

Los molestos insectos eran la herramienta que usaba un virus nuevo y desconocido para propagarse. El caos reinante favorecía su extensión, así como la casi nula investigación para ponerle remedio. No cabía albergar esperanzas de una solución inmediata. Era como estar viviendo la época de la gripe española o de la peste. Algo microscópico estaba diezmando a la población mundial y la información oficial brillaba por su ausencia. La desinformación y el descontrol llevaron a la muerte a millones de personas antes de concluir las primeras setenta y dos horas.

No tardaron en fallar los suministros de agua y electricidad. No había nadie que pudiera mantener su correcto funcionamiento. Lo siguiente en fallar fueron las comunicaciones. El acceso a

Internet desapareció. Sin duda, era el medio más completo. Sin él, tenías la sensación de haber regresado a la época de la imprenta. Lo único que seguía retransmitiendo eran las ondas radiofónicas. Las cadenas oficiales ya ni pasaban el comunicado del Gobierno, el mismo y el único que habían retransmitido en bucle hasta que se cayó la red eléctrica. Ahora solo se oía a los radioaficionados y a los piratas de las ondas, gente que debía tener generadores o era energéticamente autosuficiente, como lo éramos nosotros.

Entre las antigüedades que decoraban la casa, había una radio. No era común tener una, pero la conservaba porque era una de esas cosas que, no sé por qué, me evocaban una época no vivida, pero de cierto romanticismo. Lo mismo me sucedía con las máquinas de fotografiar, de escribir, instrumentos musicales de diversas culturas, espadas, sables y floretes. Todo un repertorio de tonterías provenientes del pasado, que ahora parecían volver a ser necesarias, a estar de actualidad. Supongo que se me podía considerar un tipo raro, con ciertas excentricidades, sin duda heredadas de mi padre.

Las ondas nos informaban del estado de las ciudades. Por lo que decían, estaban desiertas. Habían desaparecido hasta las fuerzas del orden. Eran lugares de enfermedad y muerte. Allí ahora era difícil sobrevivir. Nos habíamos convertido en una especie demasiado dependiente. De los núcleos más pequeños, no se sabía prácticamente nada.

En casa recaímos en la gripe o en lo que pensábamos que era una gripe. Pasamos de estar en la recta final a volver a la casilla de inicio, con la penalización de peores síntomas. Visto con perspectiva, serían fiebres a consecuencia de las picaduras de los pocos mosquitos que lograron infiltrarse en casa. La fiebre hace del recuerdo algo confuso. Los momentos de lucidez eran escasos. Me acuerdo de oír que la radio rompía el silencio. Hablaba de suicidios, violaciones, palizas y asesinatos. La gente se encontraba desesperada y demasiado débil para defenderse. Se empezaban a oír los primeros disparos en las ciudades. Estaban aflorando las armas de fuego en un país en el que no eran lo común.

Explicaban los efectos de la pandemia en la gente mayor, los niños y las embarazadas. Muchos nunca se recuperarían y los que lo hicieran no estarían libres de riesgos. La debilidad posterior podía ser igualmente peligrosa, sin contar con que muchas comodidades habían desaparecido. Un gran número de embarazadas sufrían abortos. A otras se les adelantaba el parto. Los recién nacidos resultaban demasiado vulnerables y pocos nacían con asistencia médica, por lo que muchos morían tanto por contagio como por complicaciones. Lo que estaba bastante claro era que no había mosquito que no fuera un peligro. Una sola picadura era garantía de infección.

Parecía que el virus no afectaba de la misma manera ni a las perras ni al resto de los animales. Seguían necesitando que les

dedicara unos mínimos. Por suerte, no tardé en poder valerme de nuevo y pude evitar que mi madre, más sufrida y dura, cargara con toda la responsabilidad. Comparamos nuestro caso con la situación general, y supusimos que nuestra pronta mejora y la falta de efectos secundarios podía atribuirse a que habíamos protegido bien la casa de insectos y solo habíamos sufrido un par de picaduras cada uno, con lo que nuestra carga viral debía ser muy inferior a la habitual.

Al escuchar todo lo que sucedía —o quizás influenciado por todos los libros, películas y series que durante años habían bombardeado nuestras cabezas con los posibles efectos de un apocalipsis—, en cuanto tuve fuerzas suficientes, armé la casa con todo lo que podía usarse con ese propósito. Obligué a mi madre y a mi abuela a llevar un cuchillo siempre con ellas. Distribuí bastones y bates de béisbol por la casa. Escondí hachas y machetes en todo lugar bueno para camuflarlos y de fácil acceso en caso de necesidad.

VII: CARLOS

Me atavié con ropa oscura, calzado cómodo, una mochila con agua y algo de comida. Tenía un juego de *walkies*. Uno viajaría conmigo y el otro se quedaría en casa. Aunque no creía necesitarlo, también llevaba un mapa de la zona y una brújula. Cuaderno y pluma siempre venían conmigo allá donde fuera. Para completar la bolsa, una linterna y una navaja del ejército suizo. Mi atuendo se completaba con el gorro que llevaba desde hacía dos décadas, recuerdo de l'Avi, junto con un bastón espada, que había adquirido y modificado, producto de una ilusión infantil. Además, era el arma más efectiva y disimulada de la que disponíamos. Solo faltaba lo esencial en cualquier película apocalíptica: armas de fuego. No esperaba tener complicaciones, pero el miedo a lo que podría suceder no cesaba en gritarme: «Sin una triste pistola, estás perdido».

La idea era ver cómo estaban los vecinos más cercanos. De los que podían necesitar ayuda, eran los únicos a quienes se la podía proporcionar de forma más inmediata. Por no gastar el combustible fósil y conservarlo para emergencias, emprendí el camino a pie por la ladera del bosque junto a Llum, la más joven de las tres perras. Las otras se quedarían en casa para alertar a mi madre y a mi abuela en caso de que alguien se acercara a la finca.

Todo se encontraba en calma, como si nada hubiera cambiado. Caminar por la naturaleza siempre me ayudaba a pensar. Me planteaba el peor panorama que podía imaginar y lo que sería necesario para sobrevivir. De vez en cuando, los pensamientos iban destinados a la gente que conocía y apreciaba. No dejaba de imaginar cómo se encontrarían, en qué circunstancias. ¿Cómo lo estarían afrontando?

En estas me encontraba cuando, a lo lejos, comencé a ver la masía de los vecinos. Era una construcción antigua, acondicionada para ser más eficiente sin perder el encanto de la herencia familiar. Aparentemente estaba tranquila. A medida que me acercaba, el exceso de quietud empezó a escamarme. No se veía a nadie. Me acerqué haciendo todo lo posible para ser visible. Nadie notaba mi presencia, por lo que no quedó más remedio que llamar al timbre. Este resonó por toda la finca, interrumpiendo la calma reinante. Pájaros invisibles emprendieron el vuelo desde las copas de los árboles cercanos. Momentos después, apareció corriendo Lira, la inmensa gran danés. De no conocerla, la velocidad con la que se acercaba a mí le habría helado la sangre al más gallardo. Pero habíamos coincidido varias veces paseando por el bosque y se llevaba bien con mis perras. Cuando las veías a las cuatro, parecían animales de diferentes especies debido a la desproporcionalidad de su tamaño.

Al no obtener respuesta, intenté abrir la puerta. Por norma general, nadie de la zona cerraba la cancela con llave. Esta no fue la excepción. La entreabrí. No terminaba de fiarme de un perro tan grande en su territorio por mucho que nos conociera. Nuestros encuentros siempre habían sido en terreno neutral y meter a Llum en su casa a las bravas podía llevar a conflicto. Pero nada más lejos de mis temores: la pobre Lira nos recibió con alegría, entraba y salía para saludarnos, como invitándonos a pasar. En cuanto la complacimos y estuvimos dentro, las perras se pusieron a correr por toda la parcela, siempre en dirección a la puerta principal y de regreso, como controlando mi paso.

Ya en la entrada, volví a llamar al timbre. Esta vez no resonó por toda la finca, solo en el interior. Esperé atento algún sonido que delatara la presencia de alguien, sin éxito tampoco en esta ocasión. Entré sin más esfuerzo que el de girar el pomo. La casa estaba en absoluto silencio, ordenada y limpia. Les debía haber cogido el incidente fuera de casa y no habían podido regresar. Estas especulaciones se borraron de golpe al entrar en la habitación de matrimonio. Estaban allí, descansando en su lecho, sin vida. Los tapé con una manta que había sobre una butaca a los pies de la cama. No había rastro del niño de la pareja.

De camino a los otros dormitorios, me temía lo peor. Carlos era un niño de tan solo doce años. Era poco probable que no estuviera por la casa. No lo encontré en las otras habitaciones. Lo llamé por su nombre, pero no obtuve respuesta. Tenía que

encontrarlo como fuera. Si seguía con vida, necesitaría ayuda. No tuve más éxito en el exterior. Seguía llamándolo mientras escrutaba la finca con la mirada. No había indicios de su presencia, pero la granja parecía seguir en funcionamiento. Las porquerizas estaban llenas. Estaba todo tan mecanizado como era posible. Era una buena fuente de alimentos a tener en cuenta.

Llum llamó mi atención. Se acercaba y se alejaba constantemente en la misma dirección. Lira estaba delante de su caseta, con toda su cabezota dentro. Al acercarme, la perra se apartó lo suficiente como para que viera los pies del niño en el interior. Estaba acurrucado, tembloroso por el frío, con los ojos cerrados, en el refugio de su mejor amiga. Al tomar contacto con él, se sorprendió, aunque en su mirada febril también había reconocimiento y agradecimiento. Intentó incorporarse, pero la escasez de fuerzas causada por la fiebre casi lo lleva de nuevo al suelo. Aparté a las perras y lo cogí. Lo saqué de la caseta y lo llevé en brazos hasta la casa para intentar conseguir que entrara en calor y le bajara la fiebre. En cuanto lo tuve estirado en el sofá, bien tapado con varias mantas que encontré en la sala, busqué medicamentos en los lugares típicos: la cocina, el baño y las mesitas de noche de los padres. Encontré varios antigripales, antiinflamatorios y antibióticos. Un botiquín con vendas, tiritas, alcohol, yodo, tijeras, pinzas, hilo, aguja y un termómetro, al que no tardé en darle uso. A los pocos minutos, el pitido marcaba cuarenta y dos grados de temperatura. Tenía que bajarle la fiebre

como fuera. Recordé que en mi infancia lo más efectivo era un baño de agua fría. No era bueno que permaneciera mucho más tiempo con temperaturas tan altas. En cuanto la bañera estuvo llena, desnudé a Carlos y lo metí poco a poco. El niño intentaba zafarse y sus delirios iban en aumento. Lloraba y gritaba mientras me suplicaba que no lo metiera. Se me partía el corazón, pero era lo único que sabía que podía funcionar. No tardó en hacer efecto. Lo sequé bien y le puse un chándal, una camiseta larga y una sudadera, lo primero que encontré en la habitación del muchacho. Lo volví a envolver en mantas. Se tomó un antigripal y se quedó dormido. Lira no se separaba de él. Con Llum, fuimos a la cocina para intentar prepararle una sopa. No sabía cuándo había comido algo caliente por última vez.

Carlos estaba dormido, pero seguía llorando y llamaba a sus padres en voz baja. En cuanto tuve preparada la sopa, fui a dársela, pero parecía que le había bajado algo la fiebre y podía dormir más tranquilo. Lo dejé hasta que comenzó a mostrar indicios de despertarse. Le calenté la sopa y terminé de despertarlo. Cuidadosamente, lo ayudé a incorporarse. Se encontraba mejor. Tomó toda la sopa y se volvió a dormir, esta vez profundamente.

Aproveché su descanso y salí. Tenía que preparar la sepultura de sus padres antes de que el hedor a muerte impregnara la casa. Mientras buscaba un pico y una pala, repasaba todo lo que nos podía ser útil en algún momento. Tenían maquinaria agrícola,

pienso en los silos para una larga temporada y un depósito de gasoil. Un par de burros y una yegua preciosa, de un color negro tan intenso que su sombra parecía gris. Los tres pastaban sin mayor preocupación. Recordé que usaban los asnos para tirar de un carromato, sobre todo en las festividades del pueblo, y algún domingo los había visto irse a pasar el día al monte.

En una parte de la finca, había una especie de montículo causado por el desmesurado crecimiento de un imponente roble. Era un lugar precioso, perfecto para el descanso eterno. Encontré el pico y la pala en el almacén, junto con una infinidad de herramientas. Aquello iba a llevar un buen rato. Carlos no se encontraba en condiciones de salir a despedirse de sus padres. Antes de ponerme en faena, hablé con mi madre por *walkie*. Le expliqué la situación que me había encontrado y la intención de enterrar a los vecinos. Subiría en cuanto terminara. Con un poco de suerte, el niño se encontraría menos febril.

Un par de horas después, ya tiraba las primeras paladas para cubrir los cuerpos de mis vecinos. Carlos estaba mejor, pero no lo suficiente como para asistir al funeral de sus progenitores.

Las llaves de la camioneta estaban en la entrada. Subiríamos con ella. El niño no estaba en condiciones de caminar ni de ir cargado como un saco de patatas. Ya no tenía fiebre, pero seguía débil y le pesaba la muerte de sus padres. Nos montamos con las dos perras en la trasera. Si Carlos se levantaba sin fiebre,

volveríamos a bajar al día siguiente a recoger todo lo necesario. Ahora solo nos llevamos algo de ropa, la necesaria para un par de días, y su neceser.

En cuanto abrí la cancela de la finca, mi madre salió para darnos la bienvenida junto con las otras perras. Llum y Lira saltaron de la camioneta. Una aterrizó con mejor resultado que la otra. Seguro que Llum se había rascado el morro, pero ella parecía inmune al dolor. Jugaba junto a las otras como si nada hubiera pasado.

Mi madre, que tampoco estaba muy fina, ayudó a Carlos a descender del vehículo y entraron juntos en casa. Lo llevó hasta el que iba a ser su cuarto, lo acostó y deshizo el poco equipaje. El resto del día, Carlos permaneció en cama. Ya casi no tenía fiebre, pero necesitaba descansar, sentir seguridad y tranquilidad y recuperar fuerzas. Dado el agotamiento de los días pasados, no tardó en quedarse dormido. Cualquiera de los tres pasaba de vez en cuando por su habitación para comprobar que todo siguiera bien. No se levantó ni para la cena. Decidimos dejarlo dormir. Lira solo se ausentó un momento para hacer sus necesidades, comer y beber. El resto del tiempo permaneció a los pies del niño.

Por la mañana, no tenía fiebre y parecía haber recuperado fuerzas. La tristeza por la pérdida era lo que más le pesaba. Después de desayunar, decidimos hacer un pequeño funeral a

sus padres. Mi madre quiso asistir. L'Àvia no, estaba demasiado débil.

Caminamos hasta tocar el tronco del viejo roble. Permanecimos un rato bajo su copa. Era precioso el juego de las luces al filtrarse entre sus hojas, creando un mosaico de color a nuestros pies. Una obra de arte cambiante, mecida por el viento.

—*Aquí veníem a berenar els dies de calor* —dijo Carlos con una leve sonrisa provocada por un momentáneo recuerdo de felicidad, rememorando las meriendas con sus padres a los pies del inmenso roble.

Estuvimos un rato allí presentes. Nos despedimos como supimos. Dejamos a Carlos un rato a solas. Acompañé a mi madre para abrirle la puerta y que pudiera salir directamente.

Cuando volvía para la casa, él ya venía. Se puso a hacer su equipaje. Yo me encargué de preparar el carro con todo lo que podía ser de utilidad. Como me constaba que el padre era cazador, busqué sus armas de fuego. Tenía tres escopetas y cinco cajas de munición. Ya había reunido los medicamentos el día anterior, por lo que me puse a recopilar todo el alimento. Tendríamos que volver cada dos o tres días para comprobar que los animales estuvieran bien. Por lo tanto, si necesitábamos algo más, lo podríamos coger en cualquiera de los viajes necesarios para mantener la granja en funcionamiento. En cuanto estuvo todo cargado, fui a buscar los bultos que Carlos quisiera llevarse.

Lo encontré sentado en la cama mirando al infinito. Había empezado, pero se había quedado paralizado. Al percatarse de mi presencia, una honestidad de fortaleza y fragilidad a la vez le hizo hablar. No sabía qué llevarse consigo.

—*Tranquil, jo t'ajudo.*

La falta de hijos me había hecho olvidar que tan solo tenía doce años. Estuvimos un rato seleccionando juguetes. La ropa le daba bastante igual. Cuando tocó coger la foto con sus padres, el pobre volvió a romper a llorar. Tiempo después supe que había estado junto a sus padres hasta el último momento. La visión de los dos cadáveres le acompañaría mucho tiempo. Le costó volver a recordarlos en situaciones felices.

Terminamos de llenar el carro con sus cosas. En el espacio sobrante, sacos de pienso canino y equino. Le esperaban días duros al muchacho, pero creo que nunca olvidaría aquellos primeros días sin su familia.

Mientras intentaba atrapar a los burros y atarlos al carro, Carlos terminó de despedirse de sus padres. Estuve un rato enzarzado en una lucha inútil con los cuadrúpedos. Al final fue el niño, con su pequeño tamaño, quien los trajo tranquilamente y los mantuvo calmados mientras me indicaba los pasos a seguir. Era evidente que había ayudado a sus padres en suficientes ocasiones como para poder instruirme. Atamos la yegua a la parte trasera sin dificultad y, tras echar un último vistazo y cerrar la casa

como si nos fuéramos de vacaciones, emprendimos el camino de regreso.

La escena debía ser como las de los antiguos colonos. En otras circunstancias, habría sido una imagen bella, repleta de esperanza en el futuro y de cierta nostalgia. Pero ni nuestra situación era muy animada ni nuestro aspecto se correspondía con la imagen de unos triunfadores. La estampa era bastante lastimera.

El trayecto se hizo rápido. No soltamos ni una palabra en todo el camino. Los dos estábamos absortos en nuestros pensamientos y agradecíamos ese momento de tranquilidad. Entonces caí en la cuenta, por primera vez, de que los únicos sonidos que se oían, aparte del tronar del carro y de los cascos de los animales contra el suelo, eran los de la naturaleza. Supongo que hacía días que no sobrevolaban helicópteros ni aviones, pero no había sido consciente de ello.

Empleamos el día en acomodar a los nuevos animales y descargar el carro. Esta última parte fue dirigida por mi madre y ejecutada por un servidor. Los demás se quedaron en casa, intentando superar los últimos síntomas de la enfermedad. La cena no tardó en llegar a la mesa. Preparé sopa para todos.

La mañana despertó sin que nadie tuviera fiebre. Las perras corrían por el jardín. En realidad, para ser exactos, solo corrían tres de ellas: la más pequeña se limitaba a mirarlas.

Carlos parecía intimidado. Solo hablaba para responder. Necesitaba tiempo. Ocupamos el día en terminar de colocar las cosas. El niño me seguía sin decir nada y a este le seguía Lira. Las otras aparecían y desaparecían. La fidelidad de la gran danés hacia Carlos era más que evidente. Cada vez que salíamos, mi madre iba detrás de él con una chaqueta, una bufanda y un gorro. La cara de paciencia de Carlos era su expresión más natural. En el manual de las madres debe figurar la norma de abrigar a los niños en exceso.

El sol ya estaba en su descenso final, y el niño parecía apagarse igual que este a medida que la noche ganaba terreno.

—*Tot anirà bé* —le dije situándome a su altura. Su mirada me indicó el siguiente paso. Lo abracé fuerte para transmitirle que iba a estar bien y a salvo con nosotros—. *M'ajudes a preparar el sopar?*

Hizo un gesto afirmativo ante mi invitación y nos fuimos a la cocina. Pusimos algo de música tranquila y empezamos a preparar la cena. Él pelaba zanahorias y patatas mientras yo cortaba cebollas, puerros y una col. Le añadimos unas judías pintas y lo salpimentamos todo en una olla grande. Cubrimos el potaje con agua y lo dejamos cocinar a fuego lento durante una hora y media o dos. Era temprano, por lo que la sopa estaría lista a la hora de la cena. Tal como estábamos, nos iba a sentar bien algo calentito. Componíamos una estampa rara: un adulto

seguido de cerca por un niño y cuatro perras, todas muy diferentes, dando vueltas a la isleta de cocina al ritmo de la música sonante.

Como estaba previsto, en cuanto la mesa estuvo lista, la cena también lo estaba. Los calores que sentimos eran deliciosos. La próxima llevaría tocino y ternera, pero disfrutaríamos del potaje actual algunos días más hasta hacerlo desaparecer por completo. Lo íbamos ampliando con arroz o pasta, según la apetencia del momento, pero era una comida reconfortante que a todos nos satisfacía.

Al terminar, pasamos a la sala. Teníamos películas y series, tanto originales como piratas. Estas últimas, de la época en que el dinero era para alimento. Escogió una de dibujos que a todos nos pareció bien. Nos gustaban esas películas. Tanto mi madre como l'Àvia intercalaban la televisión con el libro que tenían entre manos. En cuanto terminó, ellas se despidieron para irse a dormir. Carlos y yo fuimos a sacar a las perras. Paseamos por la finca. Tenía la costumbre de recorrerla para comprobar que todo estuviera bien. Además, me ayudaba a aclarar pensamientos. Carlos era como mi sombra y también parecía recapacitar. No osé preguntarle en qué pensaba.

Cuando entramos de nuevo en casa, lo acompañé a su cuarto y lo acosté. Ya estaba por salir, pero él interrumpió mi marcha.

—*Perdona, pots fer-me companyia fins que m'adormi?* —preguntó tímidamente. Su necesidad de presencia adulta me conmovió. Le sonreí y me senté junto a la cabecera, donde me despertaron los sonidos del amanecer.

Al abrir los ojos, me encontré con la cara de Carlos. Me observaba sin hacer el menor ruido. Le sonreí.

—*Bon dia. Fa gaire estona que estàs despert?* —era una pregunta de cortesía, para saber si había dormido largo y tendido o hacía rato que no pegaba ojo.

No contestó, se limitó a encogerse de hombros. Se incorporó en cuanto me puse en pie. Salí de la habitación. Él me seguía con la mirada, sin terminar de saber qué hacer. Después de la visita al baño de rigor, les abrí la puerta a las tres perras, que esperaban ansiosas. Salieron disparadas, chocando y saltando unas sobre las otras, ladrando de forma histérica. Tenía que corregir esa actitud. ¡En qué estupideces puede llegar a pensar uno! Con todo lo que sucedía y yo preocupado por la educación de unos animales...

Llamé a Carlos y este apareció como un ninja. Supongo que me había seguido sin que me enterara. Fuimos a la cocina, necesitaba mi dosis de cafeína. Y el niño tenía que desayunar. Saqué unos cereales con chocolate y una jarra de leche de las vacas de unos vecinos de la región. Le pareció bien. Antes de que la cafetera sonara, ya había dado buena cuenta de todo. Se

sirvió otra tanda. Yo bebía mi café con leche, único combustible necesario para arrancar. Contemplábamos por la ventana cómo se divertían las perras. Faltaba una y Carlos se percató de inmediato. Le gustaban los animales, se le notaba en la mirada.

—On és la Maggi?

—Dormint a l'habitació de la Inés.

El silenció volvió a reinar hasta hacerse molesto. Era el momento de la música. Había una canción que me animaba cada vez que la escuchaba: *Hero,* de Family of the Year. Al principio era muy melódica, con una suave voz, y cada acorde le daba más ritmo hasta parecer un grito a la esperanza. Claro que mi inglés era mediocre, por lo que no tenía ni idea de lo que decía, pero el sentimiento que despertaba era fantástico. En el momento álgido de la canción, subí el volumen y me fui arriba. Me puse a cantar desastrosamente, pero con la máxima alegría. Por un momento el niño pareció renacer.

Mamá apareció por detrás. Esperó a que terminase el espectáculo y descendió el volumen a niveles más adecuados. Nos dio los buenos días y se interesó por nuestro estado. Me dio un beso en la mejilla y uno en la frente a Carlos. Este se echó en sus brazos y rompió a llorar. Ella solo lo mantenía abrazado, mientras lo mecía ligeramente, intentando apaciguar su desesperanza. Consolaba sus penas. En ese momento entraron las perras a todo correr, hasta que vieron el percal. Se turnaban

para acercarse al niño y llamar su atención como podían, con cuidado. Casi podían hacerle mimos las tres a la vez, dadas sus escalonadas medidas. Lira le llegaba por los hombros, y eso que estaba sentado en un taburete; Shyra le llegaba al regazo si se levantaba, y Llum, a las rodillas o a la cintura una vez incorporada. Todas necesitaban su dosis de mimos del niño, que terminó por sonreír ante sus atenciones.

Al poco rato me despedí. Tocaba seguir investigando cómo estaba la situación en el exterior.

VIII: LA INSPECCIÓN

La primera expedición no había sido del todo agradable. La expectativa de esta segunda salida, con la experiencia previa, era diferente. Ahora esperaba encontrar cadáveres en vez de supervivientes. En esta ocasión, tenía la ventaja de la yegua, aunque no era un experto y solo había montado un par de veces cuando era un niño. Era claramente preferible ir en su lomo que andando. Mis nociones ecuestres se basaban en recuerdos de infancia, pero no por ello iba a dejar de intentarlo. Si se ponía nerviosa o sucedía cualquier imprevisto, podía llegar a pasarlas canutas, pero era un valor al que debía aprender a sacarle el máximo partido. La conclusión final fue que los beneficios superaban con creces a los posibles inconvenientes.

La marcha se inició con precaución. A un paso prudente, que la propia yegua aceleró progresivamente, como si nos acomodáramos el uno al otro. No tardamos en alcanzar su antigua morada. Eché un vistazo rápido. Todo estaba tal como lo habíamos dejado.

La siguiente parada se encontraba justo después de una curva pronunciada, tras la cual aparecía una masía. Si con los padres de Carlos había tenido escaso trato, con estos vecinos aún menos. Rememoré cuando, tras instalarme en la finca, les había hecho una visita de cortesía y él no se había mostrado nada amable.

Aflojé el paso de la montura. Lo más prudente era aproximarse lentamente, pero a la vista, para evitar malas interpretaciones que pudieran terminar en tragedia. Apareció la recta de unos setenta y cinco metros. Al final de esta, donde empezaba otro giro de noventa grados, se encontraba la entrada a la finca.

Me paré en la cancela. La altura adicional que me proporcionaba el animal me permitía mirar sin esfuerzo por encima del muro. No había movimiento. Me disponía a descabalgar, cuando por la puerta de la casa apareció una figura y me gritó:

—Quieto parado.

Consiguió toda mi atención, más después de ver que alzaba un rifle y me apuntaba directamente a la cabeza. Su actitud dejaba poco a la imaginación. Instintivamente, supongo que por haberlo visto tantas veces, levanté las manos. No distinguía ningún rasgo identificable del individuo.

—Buenos días. ¿Puede dejar de apuntarme? Se lo agradecería.

El tono algo cínico no debió de gustarle y, sin bajar el arma, me increpó:

—No se mueva y no tendrá problemas.

El hombre me repasaba como si intentara reconocerme.

—¡Esa yegua no es suya!

—Tiene razón, es de la familia Puig, mis vecinos.

Mientras terminaba la frase, pretendí sacarme el sombrero para que me reconociera. Antes de poder hacer el intento, el hombre me gritó:

—No te muevas o te desmonto de un tiro.

Su marcado acento alemán dotó a la advertencia, por llamarla de manera suave, del don de dejarme paralizado. El hecho de que me apuntaran era una novedad que no me ayudaba a entender la situación. Éramos vecino. ¿Así sería el mundo nuevo?

—Pretendo descubrirme la cabeza para que me reconozca.

Hice otro intento. Como no hubo advertencia ni disparo, entendí que me daba el consentimiento. Daba la sensación de que me reconocía, pero persistía con el arma.

—¿Cómo es que la tiene usted?

Entendí que se refería a la montura y le expliqué que había encontrado a los vecinos muertos en su lecho. Antes de que pudiera continuar, oí la potente voz de una mujer que provenía de más allá del vecino.

—¿Carlos está bien? —su pregunta denotaba preocupación.

—Está bien dentro de lo que se puede esperar en las circunstancias que le toca vivir. Está con nosotros.

Los dejé asimilar la información y luego intenté convencerlos de que nos alternáramos en las tareas de la granja. Todo eran

ventajas, o eso creía. No obtuve respuesta a la proposición, por lo que no me quedaba más remedio que continuar camino.

—Voy a las siguientes casas. Quizás necesiten ayuda. De regreso, le explico lo que averigüe y me dice si le podemos ayudar en algo. ¿Le parece bien?

—Lo que necesitamos es que no se nos moleste —sentenció.

No había nada más que decir. Lo había dejado todo muy claro. Sin más demora, reemprendí la marcha. Un pequeño silbido y Llum apareció de detrás de unos arbustos. Feliz y alegre, ajena a todo, disfrutaba de ese momento. Su actitud era envidiable.

Continuamos relajadamente bajo la atenta mirada del vecino. La notaba en mi cogote hasta cuando era humanamente imposible que nos siguiera viendo.

La siguiente parada fue en un conjunto de tres casas apareadas. Eran las últimas antes de llegar al pueblo. Estaban proyectadas unas cuantas más de ese estilo, pero con la crisis se cortó la financiación. Situaciones similares recorrían todo el país. En otros casos, la corruptela se había destapado, pero nunca se procesó a los enjuiciados. Solo fue noticia en las barras de los bares. Cuando me estaba acercando, volví a extremar las precauciones. Después del último éxito, la intranquilidad y las dudas dominaban mis pensamientos.

La primera vivienda en aparecer solía estar vacía. La usaban sobre todo en las vacaciones estivales. Las persianas permanecían bajadas y las hojas se acumulaban en el jardín, sugiriendo que los dueños llevaban semanas sin venir. Las otras dos casas estaban en las mismas condiciones, aunque sin hojas. Como no tenían energía propia, los timbres no funcionaban, por lo que llamé a gritos, con la inestimable ayuda de la perra, que ladraba con cada uno de ellos. Ni con todo el escándalo apareció nadie. Tardé en darme cuenta de que no era la mejor manera de pasar desapercibido. Seguro que, si había alguien en las cercanías, nos habría oído. Tal como se estaba desarrollando mi expedición, era mejor regresar a casa y esperar que el día siguiente fuera más positivo. Estaba rebasando la segunda vivienda cuando un chistido, como el de intentar hacer callar a alguien, sonó tan tímidamente que ni desvió a la yegua de su camino ni llamó la atención de la perra. Me giré en la dirección de la que creí que provenía el sonido. No encontré nada diferente de lo visto en mi última ojeada. No creía haber imaginado el sonido, pero, si alguien no quería ser encontrado, lo mejor era dejarlo. Continué mi ruta sin dejar de prestar atención. No quería ser sorprendido. Esta vez sentí una voz claramente femenina que susurraba a alguien más lo que parecía un deseo: que yo me largara lo antes posible.

—*Marxarà.*

¿O quizás era para dar señales de vida? Paré de nuevo la montura e intenté comunicarme.

—*Bon dia?* —Esperé casi un minuto, pero no obtuve réplica, así que me limité a verbalizar mi predisposición a ayudar—. *Intentaré tornar a passar en un parell de dies per si necessiteu alguna cosa.*

Sin esperar respuesta, retomé el regreso, prometiéndome a mí mismo no olvidar la promesa y volver en un par de días. Ya cerca de la casa del vecino armado, mis nervios volvieron a hacer acto de presencia. Era la primera vez que me apuntaban con un arma de fuego. Cuando volví a llamar, fue la segunda ocasión. Después dejé de contar.

—Hola de nuevo.

Ninguna respuesta audible. Estaba siendo un día de lo más sociable.

—En las casas apareadas hay gente. No sé cuántos. Han permanecido todo el rato escondidos.

—Porque no tienen un rifle —fue lo que se prestó a decir.

—En un par de días volveré a pasar. Nos vemos.

El camino hasta desaparecer de su vista fue demasiado largo para mi gusto. Estaba excesivamente expuesto y, para rematar,

de espaldas a ese individuo tan amigable. Si era mi momento, poco podría hacer.

La casa de los Puig no tardó en aparecer. Sin disminuir el paso, contemplé la inactividad esperada. En cuanto el sonido de los cascos llegó a los oídos del resto de las perras, sus ladridos avisaron de nuestra llegada a casa. Desde la entrada, saludé a mi madre y a Carlos, que estaban en el porche y me daban la bienvenida. Mientras Inés entraba en la casa, el niño me ayudó con la yegua. Llum recuperaba el tiempo de ausencia jugando con sus congéneres, pero antes saludó a mi madre. Mantenían conversaciones que solo ellas dos entendían. Entramos por la parte de atrás. L'Àvia hacía punto en la sala. Tejía un gorro de lana para el nuevo miembro de la familia. Sus gorros eran el mejor remedido para los días de frío.

Las noticias eran escasas. Dedicamos el día a hacer inventario de los alimentos, tanto para nosotros como para los animales. Los medicamentos y las posibles armas fueron lo siguiente. A pesar de nuestra nula formación, debíamos intentar estar preparados para lo que se presentara. Lo poco que habíamos visto del mundo exterior era desconfianza. Rezumaba miedo y muerte. Estaba claro que el mundo seguía parado y que tardaría en volver a la normalidad pasada, si regresaba algún día.

Todos nuestros pensamientos iban dirigidos a la familia y los amigos, de los que no habíamos tenido información en ningún momento. Hacía días que no sabíamos nada de nadie.

Era el momento de comprobar si aún funcionaba el viejo aparato de radioaficionados que tenía en el despacho. Era un elemento decorativo y no teníamos muy claro si aún transmitía. Cuando lo llevé a la sala, *l'Àvia* dio con una clave que hasta entonces ni me había planteado: necesitábamos una antena donde conectar la dichosa radio. Era el primer proyecto aplazado del apocalipsis.

El niño andaba tras de mí cada vez que tenía ocasión. No hablábamos, lo que parecía relajarlo. Me ayudaba en todo lo que le pedía y observaba lo que hacía. Le arrancaba una leve sonrisa cada vez que tropezaba con Lira por la falta de costumbre de tener un perro tan grande. Debería ser más sencillo, pero no lo era. Encontrabas partes del animal por donde te movieras.

En la cena, compartíamos las inquietudes que nos planteábamos durante la jornada. La conversación se centró en la importancia de conseguir información y de contactar con los nuestros. Solucionar los problemas de la radio parecía un buen punto de partida.

El plan del día siguiente era regresar a la casa de Carlos para comprobar que todo estuviera en orden y controlar a los animales. El niño me miraba a la espera de que lo invitara a venir. Yo pretendía que me lo pidiera él para forzarlo a articular más

palabras que los simples monosílabos con los que respondía nuestras preguntas. En ello estaba cuando l'Àvia me miró y me dejó claras sus instrucciones sin necesidad de soltar palabra: debía invitarlo yo.

—*Voldràs acompanyar-m'hi?*

Enderezó la espalda y asintió con una sonrisa. No conseguí una palabra, pero sí alegrarle. Aunque fuera una alegría momentánea, era mejor que ninguna.

IX: LOS ESPÍAS

Todos miraban una película en la sala menos Llum, que me hacía compañía mientras limpiaba la radio. Estaba comenzando esta labor cuando, sin previo aviso, las perras salieron disparadas ladrando como si persiguieran una presa. Pararon a escasos metros de la puerta de entrada de la finca. Sus ladridos no cesaban y su tono sonaba cada vez más amenazante. Su comportamiento no era normal o, al menos, no era el acostumbrado. Cogí la escopeta, la armé con un par de cartuchos de sal y metí dos de los normales en mi bolsillo. Teníamos que averiguar qué pasaba. La desconfianza ya se había apoderado de nuestra morada. Era una noche bastante oscura: el cielo estaba tan encapotado que no se veía la luna y apenas había señales de las estrellas. Cuando me acerqué a las perras, conseguí que dejaran de ladrar. Todo se silenció: el bosque, el camino y la finca. Por un instante nada transmitió sonidos. Progresivamente la naturaleza recobró su propio cantar nocturno. Permanecimos en silencio a la espera de escuchar algo anómalo.

—*Que hi ha algú?* —Este «¿hay alguien ahí?» fueron las únicas palabras que salieron de mi garganta mientras pensaba para qué lo preguntaba. Si me contestaban, era probable que me fuera de vareta del susto. Si, por lo contrario, había alguien y pretendía

hacer algo en nuestra contra, no me contestaría. Por último, si no había presencia humana, estaba hablando solo.

Sin dar del todo la espalda a la puerta, regresé a casa. Permanecí allí un rato sin entrar, revisando el perímetro por si detectaba algún movimiento. Las perras se paseaban sin mayor preocupación, por lo que, si había habido alguien, era probable que ya no estuviera. Controlaría otra vez la periferia durante el paseo nocturno. El resultado fue el mismo: ninguna señal visible.

Al despuntar el día, salí con la escopeta cargada con los cartuchos de sal, seguido por las perras, que parecían entender mis intenciones. Las tres más grandes se dirigieron directamente a la puerta de entrada. Olfatearon el espacio entre el suelo y la puerta. En el exterior, tampoco había señal de que hubiera merodeado nadie por la cercanía. Dejé que las perras inspeccionaran los alrededores, sin esperar realmente ningún resultado. Un poco más arriba había unos setos chafados, pero podía haber sido un jabalí. La falta de conocimientos para identificar rastros me impedía deducir qué ser había causado esas señales. Mis dudas quedaron solucionadas unos metros más arriba: detrás de unos árboles, que permitían observar sin ser visto, había huellas claras de pisadas humanas. Como mínimo, había tres pares de huellas muy diferenciadas. Unas eran enormes. Mis huellas a su lado eran como las de Carlos comparadas con las mías. Debían pertenecer a alguien francamente grande. Había otras de tamaño similar al mío y otras

muy pequeñas. Estas últimas eran las más difíciles de detectar porque eran superficiales. Debía tratarse de un niño. El bosque estaba tranquilo, igual que las perras. Era de suponer que ya no estaban. Parecía sencillo seguir el camino que habían tomado, pero refrené el primer impulso de seguirlas para ver hasta dónde me llevaban. De regreso a casa, continué examinado lo que me rodeaba en busca de más pistas.

—Buenos días. ¿Has encontrado algo? —La voz de mi madre me sacó de mis cavilaciones.

—Había pisadas algo más arriba. Estuvieron merodeando por los alrededores. Diría que ahora no están. Creo que será mejor que me quede hoy.

—No —sentenció firmemente y hasta que no tuvo toda mi atención, no prosiguió—: Si comenzamos a dejarnos vencer por el miedo, no saldrás nunca, y hoy toca ir a casa de Carlos. Tenemos que mantener la granja y la huerta el mayor tiempo que sea posible.

—Ya, pero ¿y si aparecen?

—No creo que vuelvan a plena luz. Si nos han estado vigilando, saben que tenemos armas y que estaremos en guardia. Si aparecen, valoraremos la situación y, si se ponen farrucos, tenemos la escopeta. Nadie sabe que no sé disparar.

Esto último lo dijo muy bajito y con una sonrisa. Tenía razón. Antes de partir junto a Carlos, le enseñé cómo funcionaba el arma. L'Àvia y el niño escuchaban atentos. Aunque era poco probable que su artrosis le permitiera ser efectiva, no estaba de más que tuviera los conocimientos.

Partimos a lomos de la yegua. Parecía gustarle salir de paseo, aun cargada con nosotros. Comenzaba a tener algo más de confianza con el animal, por lo que le deje más rienda suelta. Era el camino hacia su casa y estaba seguro de que conocía el recorrido. La velocidad se iba incrementando, y ello parecía alegrar al niño. Su sonrisa crecía a medida que la yegua aceleraba. Lira nos seguía a cierta distancia, pero sin problemas. Me preocupaba haber dejado solas a mi madre y a mi abuela. Tenían a Llum, que era la más fiable para detectar cualquier movimiento. A la perra no le había gustado quedarse, pero era lo que le tocaba hacer.

Carlos parecía ajeno a todo. Disfrutaba de la sensación de ir al galope. Lo imité y empecé a disfrutar de la monta, del contacto con aquel animal tan poderoso, del cambio del paisaje a mi alrededor y del fresco viento que me revitalizaba. Entendí la pasión que despiertan estos equinos. Cuanto más tiempo compartía con la yegua, más me amoldaba, casi hasta sentirme uno con ella. Tenía que ser realmente un placer saber montar bien, pero la realidad era que estaba perdiendo el control. Tiré suavemente de las riendas para que descendiera la velocidad.

Poco después apareció nuestro destino. A Carlos y al animal se les notaba contentos de regresar a su hogar. No desmontamos hasta que estuvimos seguros de que no había nadie que nos pusiera en riesgo. Lo primero que hicimos fue ir a ver a sus padres. Lo acompañé unos minutos. Luego lo dejé allí, para que pudiera estar tranquilo. Le informé de mis planes, que pasaban primero por revisar maquinaria y animales.

—*Haig de revisar que tot estigui en funcionament i veure com estan els animals. Et pots quedar el temps que faci falta.*

Al terminar la frase, le removí la cabellera con intención cariñosa. Me miró de tal manera que me acordé de cuando me lo hacían a mí.

—*Perdona.*

Me sonrió para dar a entender que no pasaba nada. Todo sin usar palabras. Parecía mejorar, aunque permaneciera en silencio.

Después de dar un vistazo rápido a las porquerizas, me dirigía hacia el huerto cuando vi a Carlos venir a mí a todo correr. Su expresión era feliz, por lo que no pasaba nada malo. Desapareció detrás del cuerpo del enorme animal que tenía por mascota y volví a verlo en cuanto Lira cambió de dirección. No había motivo alguno de preocupación, pero en mi mente no cesaban las escenas que me recordaban películas, series y libros leídos sobre situaciones similares, y recordé que siempre terminaban con violencia. Al valorar los recientes acontecimientos,

aumentaba mi preocupación por la necesidad de defender a la gente que amaba.

No tardamos mucho en estar de regreso. En cuanto estuvimos bastante cerca de casa, le pedí a Carlos que agudizara el oído y permaneciera atento. Terminaba de decirlo cuando se oyeron los ladridos de alegría de las perras, fáciles de distinguir por ser habituales. Era imposible que supieran que llegábamos. La yegua pareció percibir mi inquietud y aceleró el paso. Al superar la última arboleda, apareció la finca. Mi madre estaba en la entrada. Hablaba con dos personas que habían llegado en moto. Debido a la distancia, no podía distinguirlos. Pero, por los abrazos que se daban y las fiestas que les hacían las perras, estaba muy claro que se trataba de una visita amigable, personas que probablemente conocíamos.

Antes de llegar a la cancela, Inés me gritó:

—¡Mira quién ha venido!

Se notaba la alegría en su voz. Los dos visitantes se dieron la vuelta y los reconocí en el acto. Eran mi primo pequeño, Jaume, y su novia Anna. Yo era catorce años mayor que Jaume, pero me sacaba una cabeza, con lo que a todas luces ya había dejado de ser mi primo pequeño. ¿Dónde estarían sus padres y su hermana? Nos abrazamos y les presenté a Carlos, que permanecía en un segundo plano. Pasada la euforia inicial, la necesidad de información pudo más que los formalismos.

—¿Dónde están el resto de la familia?

—Ahora nos lo contarán. Entremos en casa, que l'Àvia también querrá saludarlos —se apresuró a cortar la conversación mi madre.

Por su mirada, me dio la sensación de que me estaba perdiendo algo. Intenté fijarme en los detalles. Me percaté de algo tan evidente que no entendí cómo me había pasado desapercibido: la cara de Anna no era de alegría excesiva. Tenía la misma mirada de pena que solía ver en Carlos. Entendí que no todas iban a ser buenas noticias.

Mientras ellos entraban en la casa para seguir con los saludos, el niño me acompañó a liberar a la yegua de todo lo externo a su naturaleza. La dejamos pastar libremente.

Cuando entramos, ya no podía aguantar que Jaume siguiera reteniendo la información. Fueran buenas o malas noticias, necesitábamos saberlas cuanto antes. Mis especulaciones siempre eran catastróficas, me ponía en lo peor, por lo que era mejor evitar el tiempo para pensar. No veía a la familia completa de Jaume desde la celebración de nuestros cumpleaños y de los santos de su madre y su hermana. Días después, el mundo había colapsado. Al fin, ya en la calma de estar en casa con parte de la familia, nos explicó cómo habían vivido ellos toda la situación.

X: LOS DE PALS

El día en que todo se fue por el retrete, estaban en Pals. Habían subido todos los de casa más Anna. Pretendían pasar unos días haciendo deporte y disfrutando de las diversas opciones que ofrece la naturaleza de la zona: mar o montaña. Las perspectivas eran espectaculares. Volvieron a casa tras hacer una excursión en bici por el camino de ronda. Mientras preparaban algo de aperitivo, encendieron el televisor por primera vez en el día. Lo único que se transmitía eran las imágenes que a todos nos habían escandalizado y que acabamos hartos de ver. Por suerte, esto los alertó justo a tiempo.

Cerraron la casa como si no fueran a volver en una temporada. Taparon puertas y ventanas con postigos de madera. Casi parecía que esperaban un huracán. Jaume usó ese símil, que me evocó más los destrozos posteriores que los preparativos. Era fácil imaginar todas las ventanas y puertas bloqueadas con maderas para evitar la rotura de cristales. Antes de cerrar la puerta, recibieron las primeras picaduras de mosquito, pero consiguieron terminar y encerrarse antes de la llegada del grueso de los diminutos agresores. Durante la noche, todos sufrieron fiebre o molestias. Aún tenían comunicaciones y pudieron hablar con la familia de Anna. Vivían más cerca de Barcelona, donde los daños sufridos por la población eran mucho mayores.

No conseguían localizar a su padre. La última vez que se había comunicado, había dicho que regresaba a casa. Pero no había llegado. Su madre tenía mucha fiebre. A los pocos días, empezaron a salirle ronchas y sus delirios, transmitidos por teléfono a su hija, eran evidentes. No sabían si había superado la crisis porque las comunicaciones se habían cortado.

Sus hermanos estaban en el hospital universitario Sagrat Cor, donde uno de ellos empezaba las prácticas ese mismo día. Habían superado las picaduras, pero también tenían fiebre. La comunicación con ellos se interrumpió incluso antes que con la madre.

El único síntoma que sufrieron los cinco de Pals fue la fiebre. Al estar en una segunda residencia, los víveres no tardaron en escasear. En los alrededores empezaban los saqueos. De vez en cuando se escuchaba algún tiro lejano. Barajaron diferentes posibilidades: volver a la ciudad era demasiado arriesgado y sobrevivir en la vivienda habitual de Jaume y Anna tampoco parecía factible. Como todos ellos conocían mi propiedad y sus características, decidieron venir. Jaume y Anna tenían experiencia en cuidar de la finca, ya que lo habían hecho algún día en que yo me ausentaba. Eran conscientes del potencial del lugar.

La noche previa a la travesía, mientras dormían, un fuerte golpe en la puerta de entrada los despertó a todos. La rapidez de

reacción de mi tío evitó que los intrusos pudieran entrar. Como la desesperación aún estaba en sus inicios, los atacantes decidieron que no compensaba el esfuerzo de desalojarlos, dado que había muchas casas vacías. Este suceso los reafirmó en la necesidad de alejarse de allí. El planteamiento quizás habría sido distinto de haber estado en la parte antigua del pueblo, parcialmente amurallado. Esto podía facilitar defender la posición, y el problema del alimento quedaba parcialmente solucionado ya que seguía habiendo campos cultivados en los alrededores. Pero estaban en las urbanizaciones costeras. No había otro remedio que abandonar Pals y buscar refugio en mi finca.

En cuanto despuntó el sol, emprendieron el viaje. Mi primo y Anna vinieron de avanzadilla en moto. Los demás se acercaban en el cuatro por cuatro, lleno hasta los topes de todo lo que creían que podía ser útil. Jaume y Anna se mantuvieron a distancia de *walkies-talkies,* eligieron rutas secundarias y evitaron las poblaciones. No por ello se ahorraron algún que otro susto, pero la velocidad y la facilidad de movimientos los ayudaron a poner tierra por medio, y luego buscaron caminos alternativos para que pasara la familia. Estaba previsto que llegaran en un par de horas. Mientras hablábamos, Carlos se acercó a Anna. El dolor que sentían por la pérdida o la incerteza los aproximaba.

Como llevaban varios días de viaje, lo primero que necesitaban era un buen baño. Mientras ellos se aseaban, el niño y mi madre

prepararon las habitaciones del anexo para que pudieran descansar, a la espera de la llegada del resto. L'Àvia veía una película y hacía punto. Yo puse música en la cocina y empecé a cortar cebollas, puerros, pimientos verdes, zanahorias, tomates, apio, espinacas y ajos. Eran verduras del huerto de casa o de los vecinos que, una vez terminados los pasos requeridos, se transformarían en un delicioso arroz con verduras, acompañado de un buen vino de la tierra.

Me encontraba en pleno llanto causado por cortar cebollas cuando las perras reaccionaron. En cuanto salí de casa, nuevamente armado, distinguí el sonido de un motor. Luego aparecieron unos faros en la distancia. Jaume se incorporó y me miró sorprendido. Era la primera vez que me veía con un arma de fuego.

—Más vale prevenir.

No tengo muy claro si estuvo conforme, pero no mencionó nada al respecto. Volvió a dirigir su atención a la oscuridad. La noche estaba más despejada que la anterior. Después de un rato en el exterior, pudimos discernir las formas del entorno nocturno y diferenciar las siluetas. En cuanto el vehículo estuvo más cerca, constatamos que era el de mis tíos. Las perras captaron el cambio de actitud y pasaron de la tensión a la alegría sin mayor preocupación. No creo que ninguno de nosotros tuviera esa facilidad. Con lo que estaba por venir, era poco probable que la

tensión constante desapareciera pronto. Cuando llegamos a la entrada, ellos ya nos esperaban.

—¿Somos bienvenidos? —oímos incluso antes de alcanzar la cancela.

—Como siempre, estáis en vuestra casa.

—Sería conveniente que nos abrieras para que se cumpla la premisa —dijo mi tío mientras soltaba una risotada.

—Ya va, ya va, no seas impaciente.

En cuanto entraron, repasé el exterior en un intento de averiguar si éramos observados. En el porche los esperaba el resto de la familia. Los saludos, como siempre, fueron efusivos y, para no variar, las perras llevaron la alegría a otro nivel. Iban locas reclamando atención. Las conversaciones de rellano los introdujeron uno a uno en casa. En un instante de despreocupación por parte de los demás, mi tío me cogió del brazo. Su rostro era serio, teñido de preocupación.

—Cuando faltaban un kilómetro para llegar, hemos visto a tres personas que intentaban esconderse. No sé decir si tenían más compañía.

—Supongo que son los mismos que merodeaban ayer por la noche. Tendremos que estar pendientes. Esta mañana he encontrado un rastro.

—Deberíamos seguirlo.

—Lo tenía pensado. Vuestra llegada facilitará que pueda inspeccionar sin preocuparme por los que se quedan en casa.

En el interior, las perras seguían hiperactivas por la alegría, hasta el punto que era difícil no tropezar con alguna de ellas. Lo más sorprendente era la actitud de Carlos. Al ser el primero en llegar, se portó como un buen anfitrión, y así demostró la responsabilidad adquirida con sus padres. Supongo que ocupar su mente le acercaba a la normalidad. Inés, que seguramente fue consciente de ello mucho antes que yo, no tardó en alabar su actitud.

—Muchas gracias, Carlos. Ya veis qué excelente ayudante tenemos.

El niño se sonrojó al verse en el centro de la atención, al tiempo que mostró una sonrisilla de orgullo por el reconocimiento a su esfuerzo. A todo el mundo le gusta sentirse útil.

Las conversaciones se entrecruzaban, hasta que el tema de los visitantes salió a la luz. Todos fuimos centrando la atención. Empezaríamos a hacer guardias. Poca cosa más se nos ocurrió. Inés me envió a la cocina a terminar la cena e invitó a la exhausta familia a asearse. Anna y Jaume, tras mi negativa a su ofrecimiento de ayuda, se quedaron hablando con l'Àvia. No tardó en sumarse mi madre a la conversación. El niño estaba

entre la sala y la cocina, sin saber muy bien adónde ir. Le facilité la decisión:

—M'ajudes a la cuina?

Su alivio al tener algo que hacer era evidente. Mientras terminaba de cortar las verduras, él removía lo que estaba en la paella para evitar que se pegara. Todo estaba demasiado silencioso. Faltaba volver a disfrutar de la música. Un buen recopilatorio de *folk* llenaría los silencios con tranquilidad acústica.

En cuanto estuvieron todos listos y aseados, añadimos el arroz a la paella para que se dorara un poco. Luego, el caldo, que ya estaba en ebullición. En unos dieciséis minutos tendríamos el arroz en la mesa.

Durante la cena, pusimos en común lo que sabíamos de familiares y amigos. No reunimos mucha más información de la que disponíamos. Recordar a la gente no era mala terapia. Lo relevante era que aún teníamos el lujo de tomárnoslo con calma y estar reunidos.

Los visitantes trasnochadores se convirtieron en la primera preocupación. Les enseñé a todos el funcionamiento de las armas y dónde encontrar la munición. Mi tío me miraba y confirmaba mis explicaciones. Él era el único que tenía experiencia real. Esa misma noche, empezaban las guardias. No se sometió a discusión.

La primera en hacer guardia fue mi tía, seguida por mi tío, que compartió la primera guardia con su mujer. Él me despertó cuando llegó mi turno, que alargué un poco para que mi primo durmiera lo más posible. Entré en su habitación intentando no despertar a Anna. Al tocarle el hombro, Jaume se sobresaltó y la despertó de todos modos.

—Tranquilo, todo está bien. Es tu turno de guardia. Te espero en la cocina.

Al poco, apareció con la cara recién lavada. Mientras me tomaba una infusión de tila, poleo menta, miel y limón, él se preparó un vaso de leche con cacao en polvo. Hablamos hasta terminar las bebidas. Las perras estaban distribuidas por la casa. La más pequeña, con mi madre. Las otras dos, conmigo. Shyra siempre deambulaba por la casa mientras yo estaba despierto, y Llum, por norma general, permanecía a mi lado. Supongo que, como la había encontrado abandonada en un contenedor cuando tenía pocos días y la había alimentado con biberón, se había creado un vínculo muy especial entre nosotros, casi de dependencia. Lira estaba a los pies de la cama del niño o, más bien, él estaba en la cabecera de la cama de la perra, que ocupaba más espacio. Tras cerciorarme de que todos estaban bien, regresé a la cama.

XI: LOS INTRUSOS

Al abrir los ojos, aparecieron las perras, contentas de mi despertar. La sensación de haber dormido demasiado desapareció en cuanto comprobé que habían transcurrido solo cuatro horas. Todos ya estaban en pie. Aunque era invierno, la temperatura exterior era de unos dieciocho grados. El sol calentaba de tal manera que era un placer desayunar fuera. Estábamos todos en un estado de normalidad fingida. Nos permitíamos camuflar lo asustados que estábamos realmente, pero nos conocíamos demasiado bien para engañarnos, aunque nos esforzáramos por no mostrar ni contagiar nuestros miedos.

Ahora que ya habían podido descansar todos un poco, dialogamos con más profundidad de los pasos a seguir, hasta alcanzar un plan de actuación. Planificamos el día. Estaba claro que averiguar las intenciones de las personas que nos acechaban era una prioridad, pero aún no habíamos reunido el valor suficiente.

El plan era separarnos en tres grupos. L'Àvia, Inés, Jaume y Anna se quedarían custodiando la casa. Mis tíos y mi prima, junto a Carlos, irían a casa de este último a terminar de hacer inventario de todo lo que había. Por mi parte, volvería a saludar al vecino del rifle y a comprobar las casas vacacionales, tal como me había comprometido a hacer. Se repartieron las armas entre

los demás. Yo prefería no llevar ninguna. No estaba acostumbrado a ellas y me hacían sentir inseguro. A la hora de partir, como seguíamos con la idea de ahorrar el combustible fósil, descargaron las bicicletas de la baca. Como Carlos la tenía en su casa, montaría conmigo en la yegua y luego ya regresaría pedaleando. Llum y Lira vendrían con nosotros. Las otras dos tenían cerca de catorce años y no habrían podido seguir el ritmo. Y, de todas maneras, Inés no me habría permitido que me las llevara.

En cuanto Lira comenzó a acelerar el paso y a divagar menos por los alrededores del camino, supimos que nos encontrábamos cerca de la primera parada prevista. Dejé a Carlos con mis tíos y mi prima en sus tareas. No tardé más de cinco minutos en volver a emprender camino. Daba cierta tranquilidad contar con la familia cerca. Por otra parte, empezaba a cabalgar con más comodidad, después de montar varios días. Ya no estaba tan pendiente de la cuadrúpeda. Era todo más instintivo. Ahora podía dedicar el trayecto a pensar en las posibles conversaciones con el fusilero en vez de preocuparme por no caer del caballo.

La idea principal era dejarle uno de nuestros *walkies* para que el susodicho pudiera comunicarse con nosotros en caso de necesidad o avisarlo en caso de peligro. También era conveniente informarle sobre las personas que nos vigilaban y la llegada de mis tíos. Ellos podían haber detectado algo, pero

convenía alertarlos de todas formas. Esperaba poder dejar otro transistor en mi último lugar de destino.

Una de las decisiones tomadas por la mañana fue que cada grupo o persona que saliera de la finca llevara una mochila de emergencia con un botiquín básico, comida para varios días, agua, un cuchillo, una linterna, una brújula y un encendedor. Sería útil tanto si no podíamos regresar el mismo día como si encontrábamos a alguien que requiriera ayuda.

Al llegar a la última curva antes de la casa, aflojé un poco el ritmo para darles tiempo a que me vieran y no ponerlos nerviosos. Poco después de enfilar la recta, distinguí movimiento en una de las ventanas. Aceleré el paso de la montura para no demorar la llegada en demasía. Antes de alcanzar la cancela, ya lo saludé con el sombrero en alto. Este gesto pareció ser de su agrado, ya que el rifle no me apuntó en ningún momento. Empezábamos a hacer avances.

—Buenos días. ¿Cómo va todo?

—Hola.

Ese brusco saludo fue seguido de una pausa excesivamente larga. Tanto que ya iba a dejarle el *walkie* y proseguir con la ruta cuando volvieron a salir palabras de su garganta. Todo un logro.

—Todo igual, sin novedad —parco en palabras, concisas y directas. Lo justo para hacerse entender.

—Le dejo un *walkie-talkie* para poder comunicarnos si fuera necesario. Solo tiene que encenderlo.

—No sé para qué.

—Se lo dejo, nunca se sabe. Voy a ver si la gente que estaba en las casas vecinas ha pensado en aceptar la propuesta de ayuda.

No dijo nada más, pero su mirada hablaba por si sola. Estaba claro que lo consideraba un error. Como estaba claro que la conversación se daba por concluida. Le sonreí y seguí camino sin más comentario. Ya le hablaría de los intrusos y de mi familia a la vuelta.

Cuando estaba a escasos treinta metros de la vivienda donde había escuchado las voces días atrás, una voz masculina interrumpió mi pensamiento con sus órdenes, improperios y amenazas a todo pulmón.

Paramos en seco. Desmonté sin perder de vista la dirección de donde procedían los gritos. No me pareció buena idea amarrar la yegua. La dejé en el descampado ya salvaje de lo que tendrían que haber sido viviendas y se había quedado en una cicatriz que la naturaleza curaba paulatinamente. Suelta, podía huir si había problemas o se asustaba, y regresar a alguna de las dos casas, lo que alertaría de posibles problemas a la familia y, a la vez, la mantendría a salvo.

Di instrucciones a Llum para que permaneciera en el mismo lugar. La orden surtió efecto durante el tiempo que tardé en llegar a la puerta. Al revisar el perímetro, antes de intentar asomarme, allí estaba ella, sentada a mis pies. La entrada estaba forzada. Bueno, es una manera amable de decirlo. La fuerza bruta se había encargado de ese destrozo. Abrí la puerta con sumo cuidado para no hacer ruidos innecesarios. ¡Cómo se acentúan los sonidos cuando quieres pasar desapercibido! La perra ya pretendía lanzarse al interior, pero un chasquido de mis dedos la hizo volver a sentarse. Me miraba con ansiedad evidente. Dentro se seguía oyendo vociferar al desconocido. Abrí lo suficiente para ver sin ser visto. Vi a un par de niñas atadas a unas sillas. Un chico, que debía estar en la franja alta de la veintena, iba de un lado a otro de la sala. La corredera de cristal estaba rota. La mayor parte de los cristales estaban en el interior, junto con un par de troncos, posiblemente los proyectiles causantes de la rotura.

En el lateral, donde ya se apreciaba el jardín, había otros dos hombres, algo mayores que el primero. Insultaban y golpeaban a otro. Supuse que era el padre de las niñas y que obligaban a la a madre a presenciar los actos de barbarie sufridos por su marido. El hombre maltratado estaba de frente a mí. Se habían ensañado con él. Su rostro, deformado por la hinchazón y teñido por su propia sangre, era prueba de ello. No tenía nada que ver con las películas. Sentí perplejidad, incredulidad y cierto miedo a

encontrarme en esa situación. El instinto de supervivencia me suplicaba que me fuera o que evitara ser descubierto. En síntesis, que no hiciera estupideces y ni intentara ser un héroe.

—¿Dónde están el resto de las cosas de valor? —gritaba uno de los agresores a escasos centímetros del maltrecho rostro de la víctima. Parecía un perro colérico dando dentelladas a la nada.

El hombre suplicaba que pararan, y no dejaba de repetir que no tenían nada más de valor.

—Como no hay colaboración, entre todos nos encargaremos de tu mujer —dijo con una calma y un odio que helaban la sangre. El pobre no cesaba en sus lamentos y súplicas. Juraba una y otra vez que ya les había dado todo lo valioso. Recordé que los vecinos de un asesino en serie, tras su detención, solían decir: «Parecía normal y tranquilo». De estos tipos se podría haber dicho lo mismo. No tenían nada de especial. El que custodiaba a la señora comenzaba a propasarse con ella. La pobre parecía tan pequeñita entre las zarpas del degenerado que sus intentos por zafarse eran inútiles. ¿Cómo, en apenas tres semanas de caos, podíamos degradarnos de esa manera? En esos momentos lamenté no tener la escopeta. Como armas, solo contaba con el bastón espada, un cuchillo y el tirachinas. Con este último, poco podía hacer. No era muy diestro con él. Y las nociones de esgrima que tenía eran exclusivamente teóricas, de la ficción.

El dilema era evidente. Hacer algo o ir en busca de ayuda. Trataba de tomar la decisión más acertada cuando los gritos de terror de ella decantaron la balanza hacia el intento de socorrerlos. En ese momento, los dos que estaban fuera me daban la espalda. Estaban demasiado centrados en torturar. Inicié un acercamiento menos discreto de lo previsto. El hombre delató mi presencia con una mueca de asombro que hasta le provocó dolor. El que acosaba a su mujer debía estar mirándole la cara de desesperación al contemplar los abusos. Se dio la vuelta cuando estaba llegando a él. Su sorpresa me proporcionó el tiempo suficiente para propinarle una patada de aquellas que lanzarían el balón a la otra punta del campo. Inclinó el tronco a tiempo para chocar con mi rodilla. Cayó al suelo desplomado.

Llum corría y ladraba por el jardín y entre la gente. El que parecía el cabecilla. Se abalanzó hacia mí. Llum, más por azar que por intención, se metió entre sus piernas y él perdió el equilibrio. Aproveché el traspié para recuperar una posición más defensiva. Él, por su parte, pateó a la perra, que se revolcó por la hierba. Que pegara a un animal, y justamente a ella, me encolerizó. La ira se apoderó del instinto. Me puse en guardia. No me quedaba rastro de duda ni de parálisis. No lo podía entender. ¿Cómo eran capaces de hacer todo aquello?

Sin esperar a que volviera a prestarme atención y viera el secreto que escondía el bastón, lo embestí con tal furia que no supo reaccionar. Le alcancé en la cara y se la corté de arriba abajo. Le

dejé una huella clara y permanente de la trayectoria de la espada. Su lado derecho quedó abierto. Completé el movimiento y le amputé cuatro dedos de la mano izquierda. Cayeron sin vida, regados por aspersión. Se desplomó de rodillas. No sabía qué hacer, si intentar parar la espectacular ducha de sangre de sus dedos, sujetarse la cara o recoger los desechos de su cuerpo, que descansaban sin vida junto a él.

El tercer hombre abandonó la custodia de las niñas y salió a la carrera. Al ver el panorama, paró en seco y dejó caer el cuchillo de cocina que portaba.

—No me hagas daño —suplicó sin apartar la mirada del filo de la espada, de la que goteaba la sangre de su compañero—. Déjanos ir. No volveremos a aparecer. Te lo juro.

Sin mediar palabra, lo hice agruparse con sus compinches. Se movía como un corderito obediente. Mientras los vigilaba, saqué el cuchillo para cortar las ligaduras de la mujer. En cuando se sintió liberada, salió corriendo a comprobar el estado de sus hijas. Llum estaba bien. Algo asustada, pero nada más.

La mujer regresó, liberó a su marido y comprobó que sus heridas eran menos graves de lo que parecía. Ella tenía sus propios planes. Cogió la silla que escasos minutos antes había sido su prisión la descargó con toda la impotencia acumulada en la cabeza del que aún no había recibido su dosis de karma.

El que ya no tendría descendencia empezaba a despertar. Pero, al ver la soberana paliza que recibía el chaval, decidió permanecer en el suelo, se cubrió la cabeza y se taponó la nariz rota. Ella paró cuando ya no tuvo más fuerzas para seguir descargando su rabia, con la que intentaba superar el miedo pasado. Un intento vano: solo consiguió liberar la tensión acumulada.

—¿Tiene algo con qué atarlos? —mi pregunta la volvió a la realidad de quién era ella realmente. Por un momento, sus ojos reflejaron arrepentimiento. No era capaz de reconocer su acto como propio.

En cuanto se recuperó, entró en la casa y reapareció con un rollo de cinta americana. El marido había conseguido ponerse en pie. Se tambaleaba un poco, pero tenía suficiente equilibrio como para darles una última dosis de la medicina que él mismo había recibido minutos antes. Cuando quedó satisfecho, tomé la cinta y los maniaté. Después de haberse desahogado, la pareja se desentendió del asunto y entró en la casa con sus hijas. Una vez más, se notó nuestra falta de experiencia en estos menesteres. Como no les até las piernas, en la primera oportunidad se dieron a la fuga. Con el rabillo del ojo, vi al último salir por la puerta. Los perseguí sin demasiado entusiasmo ni intención. Corrían en dirección al pueblo. Intenté convencerme de que habrían aprendido la lección. Los contemplé hasta que desaparecieron en la distancia. En la lejanía, oí el encendido de un motor. Antes

de regresar con la familia, quise comprobar si aún estaba la yegua. No había rastro de ella.

Resignado, entré de nuevo con Llum. La pobre iba pegada a mí en busca de protección. Al verme, la familia salió a recibirnos, sin demasiada efusividad ni confianza.

—*Gràcies* —dijo la mujer con un hilo de voz. Las lágrimas le recorrían las mejillas. Al hablar, afloraba todo lo que había contenido con sollozos casi incontrolables.

—*Només faltaria. Entre els veïns ens hem d'ajudar* —dije tan amigablemente como pude, recalcando que era vecino y que solo me acercaba a su casa para ayudarles.

Ella intentó dibujar una sonrisa. Él no podía hacer gran cosa. Cada segundo transcurrido tenía el efecto de inflamar su cara un poco más. Su rostro se modificaba hasta volverse prácticamente irreconocible.

—*Serà millor que li netegem les ferides* —dije preocupado por posibles infecciones de las heridas abiertas—. *La resta esteu bé?*

La mujer y las niñas asintieron sin abrir boca. Debían estar en *shock*. La perrita ya estaba más tranquila y se acercó a las niñas en busca de atención. Estas comprendieron sus intenciones. Una de ellas debía tener la misma edad que Carlos. La otra, algo menor, fue la primera en acariciar a Llum.

La mujer limpiaba las heridas de su marido. Me disponía a salir para llamar a casa, cuando me vi reflejado. Mi imagen era aterradora. Me resultó difícil reconocerme en el reflejo. Con el sombrero negro y el rostro, la barba y la ropa ensangrentados parecía un personaje extraño, espeluznante. La espada desenvainada no dejaba duda de que ese ser no era la víctima, sino más bien el causante del dolor, el verdugo. Devolví la espada a la forma original de bastón. Me descubrí la cabeza en un intento de neutralizar la sensación que me había quedado tras verme con ese aspecto. Les pregunté si me permitían ir al baño. Necesitaba lavarme.

—*No tenim aigua corrent. Utilitzem una galleda que omplim a la piscina* —contestó la mujer, a la vez que me indicaba con la cabeza donde podía encontrar el cubo de agua.

Llum hizo el intento de acompañarme, pero, con un «quieta» a tiempo, se quedó tranquila, estirada en el sofá entre las niñas.

¡Qué difícil es limpiarse la sangre ajena! Se pega como si intentara impedir que olvides los actos cometidos.

XII: LOS PROFESORES

Tenía que informar a mis tíos. Estaba seguro de que la yegua ya habría llegado y estarían preocupados. Contestó mi tía Marian y me confirmó la llegada del animal. Mi tío Eduard y Georgina, mi prima, venían de camino con la ranchera de la familia Puig. Tener aquellos *walkies* era un verdadero lujo, pero todos éramos conscientes de que escasearían cuando hubiera problemas. Pronto se oyó el ruido de un motor que se acercaba. Como debían ser ellos, salí a la carretera para que me localizaran y así poder tranquilizarlos.

Una vez explicado y aclarado todo, entramos para que conocieran a la familia. También esperábamos que la presencia de mi prima, con su aspecto tan dulce y de buena niña, los tranquilizara. Era poco probable que durante un tiempo se fiaran de nadie. Persistiría un recelo que no debían haber experimentado nunca antes. Aun así, les ofrecí la seguridad de mi finca:

—*Voleu venir amb nosaltres o preferiu quedar-vos?*

Se miraron un momento.

—*Després del que ha passat, preferim estar amb més gent* — respondió el padre, sin mucha confianza, pero seguro que estando con más gente no tendrían tantos problemas.

—*Teniu vehicle?*

Asintieron. Les dimos instrucciones para que hicieran el equipaje con lo imprescindible: medicinas, alimentos, ropa sufrida y de abrigo, armas y algún juguete o recuerdo. Estábamos lo suficiente cerca como para volver si era necesario, pero era mejor salir lo antes posible de ese lugar. La rapidez con la que estuvieron listos constató que compartíamos la urgencia por dejar atrás lo sucedido.

Nos seguían con su coche. Cuando llegamos a la altura del vecino, bajé del vehículo. El *walkie* que le había dejado por la mañana ya no estaba. Había movimiento en las cortinas, pero no salía nadie, por lo que optamos por llamarlos por radio. Para eso servía que tuvieran uno de nuestros *walkies*.

—¿Me reciben? Soy Jan, el vecino. Cambio. —No hubo respuesta. En el fondo era de prever—. Tengo que darles información que también es de su interés. Cambio.

El silencio solo dejaba la opción de entrar por la puerta. Antes de dar el primer paso, una voz femenina me interrumpió.

—Es muy cabezota, te escuchamos. Cambio.

Les expliqué el periplo vivido y les advertí que los atacantes aún podían andar por la zona. Era importante que estuvieran alerta. Fue el único consejo que me pareció útil. Les recordé que podían contar con nosotros para lo que necesitaran.

—Gracias.

Se entrecortó un momento la comunicación y luego sonó la brusca voz de él.

—Cambio y corto.

Poco importaba, lo principal estaba dicho. Me faltaba informarles sobre los visitantes nocturnos y la llegada de más familia a mi finca, pero la falta de comunicación lo impidió.

Recorrimos el camino de regreso en silencio. Llegamos a la casa de los Puig, donde nos esperaban mi tía Marian, Carlos y su inseparable Lira, que seguían con el inventario. Entramos los vehículos. La nueva familia no parecía dispuesta a bajarse del suyo. Ella mantenía las manos en el volante y tenía la mirada fija en el horizonte, como si repasara lo vivido. Él estaba espachurrado en el asiento del copiloto. Dada su carencia de movimiento, debía dormitar. Las niñas estaban tranquilas detrás, a la espera de nuevas instrucciones.

Mis tíos y mi prima se quedaron un rato más en la casa para terminar el inventario. Carlos prefirió volver a la que ahora consideraba su casa. Además, ahora estaban las niñas, que eran de su edad. Ensillamos de nuevo la yegua, que pastaba ajena a todo. Carlos cogió su bicicleta, tal y como estaba previsto. Nos acercamos al nuevo grupo para intentar relajar el ambiente o al menos hacerlos pensar un momento en otra cosa. Les pregunté si podían llevar a Llum. Di como excusa la dolorosa patada que

la pobre había recibido. Antes de terminar la explicación, las niñas ya gritaron un sí, acompañado de algún que otro *«sispli, sispli».* Aquel «por favor» infantil siempre me transportaba a tiempos felices, sin preocupaciones.

—*Cap problema* —contestó la madre sin demasiado entusiasmo, mientras las niñas botaban de alegría en sus asientos por poder llevar a Llum con ellas y el padre se resentía de dolor en estoico silencio.

En cuanto abrí la puerta de las niñas, Llum saltó dentro y se deleitó con la alegría del recibimiento. Luego Lira intentó entrar. Al no ser esperada, se quedó atascada, lo que desató la risa general. El pobre marido se contenía, y cada intento de evitar reír delataba su sufrimiento.

Una vez que la perra tuvo claro que iba al trote, siguiéndonos a mí y a Carlos, emprendimos el tramo final hasta casa. Las dos bestias corrían emparejadas. Lira parecía un potrillo de grandes orejas, que bailaban al ritmo del trote y la velocidad.

Marian había informado al resto de la familia, que ya nos esperaba. Mi madre había preparado una habitación para los cuatro nuevos huéspedes. Habían salido todos a recibirnos. Solo l'Àvia se había quedado dentro, pues le costaba estar mucho rato de pie.

Puesto que era el final del viaje, a los recién llegados no les quedó más remedio que bajarse del coche. Las presentaciones

fueron rápidas. Ella se llamaba Pepita. Las niñas, por orden de edad, Alba y Júlia. El magullado marido, Víctor. Eran profesores. Ella, del último curso obligatorio, y él, de primaria. No hubo tiempo para mucho más. Mi madre los hizo pasar mientras los demás descargamos su coche. Una vez dentro, les presentaron a l'Àvia. Enseguida les enseñaron la habitación que compartirían, la que habían ocupado mis tíos la noche anterior, que estaba en el edificio principal. Estos se trasladarían al anexo, junto a sus hijos. La nave pensada para ser un centro de artistas se estaba convirtiendo en un refugio. No podía evitar pensar en cómo estaría mi amiga Mer. Si todo hubiera sucedido unas semanas más tarde, habrían estado en casa ella y el primer grupo que iba a inaugurar el centro. Todas estas especulaciones correspondían a otra línea temporal, que no tenía pinta de converger en ningún momento con la realidad actual.

Lo que estaba claro y quizás nosotros no habíamos valorado era que todo era diferente y nada volvería a ser como antes. Muchas de las cosas antes normales, cotidianas, probablemente no regresarían jamás. El arte, paralizado temporalmente. La industria, inmovilizada, sin garantías de regresar. Todo un estilo de vida agonizaba en los recuerdos de aquellos que vivíamos el tránsito. El pasado quedaba condenado a convertirse en batallitas y anécdotas. Con el tiempo, las experiencias vividas se confundirían con las fábulas.

En el ambiente se respiraba preocupación. Lo sucedido incrementó la sensación de inseguridad. Las visitas nocturnas que recibíamos recobraron importancia. Sus posibles intenciones ya no se antojaban sencillas. Por momentos, el miedo parecía tomar el mando. Las relaciones con otros seres humanos se pusieron en entredicho de buenas a primeras. El exceso de confianza y la falta de preparación nos podían llevar a sufrir lo mismo que nuestros nuevos compañeros, o algo peor.

No podíamos tener la certeza de que los individuos que habían irrumpido brutalmente en la vida de los profesores no pertenecieran al grupo que nos acechaba por las noches, aunque el tamaño de las huellas los descartaba. Al menos dos pares de hormas de zapato no eran suyos con seguridad. Fuera como fuese, no íbamos a arriesgarnos a pensar que sus intenciones eran pacíficas. Al final, el viejo del rifle resultaba ser el más sensato.

Estaba previsto hacer una reunión al terminar la cena. Era importante saber lo que les había sucedido para intentar anticiparnos. También teníamos que planificar la búsqueda de los desconocidos que tanto interés demostraban en nosotros.

Mientras yo hacía un caldo de verduras, que serviríamos con *galets* pequeños, Anna preparaba su famosa quiche. Era su tortura desde que la conocía. La pobre la había hecho infinidad de veces, todo para no oírme pedírsela cada vez que no la preparaba.

En dos días la población de la finca casi se había triplicado. Teníamos que empezar a organizarnos y mirar hacia el futuro. Si queríamos permanecer en el mundo de los vivos, debíamos llevar al límite nuestra capacidad de supervivencia y de adaptación constante a las circunstancias que nos presentara el momento.

Las niñas salieron de su estancia una hora antes de la cena. Supongo que estaban hartas de estar encerradas y sus padres no debían ser la alegría de la huerta. Llum se percató y salió dispara de la cocina. Con todo lo sucedido, lo primero que pensé fue que había detectado la llegada de intrusos, pero nada más lejos de la realidad: la perra solo buscaba las caricias de sus nuevas amigas. La inmovilidad inicial de las menores desapareció gracias a las correrías de las perras, que se fueron sumando para recibir su dosis de cariño. La última en llegar fue Lira, seguida de cerca de Carlos, que se situó junto a mí para observar la escena. No le permitieron estar mucho tiempo sin participar en el juego que se había improvisado. Era como el pillapilla, pero con canes, resultando en un caos de movimientos, ladridos y alegrías infantiles. Cuando volvía a la cocina, me percaté de que no había sido el único en disfrutar del espectáculo. Hasta Pepita había salido para contemplar el significado de tanto alboroto. Como los demás, no se había podido resistir y su boca dibujaba una sonrisa tierna. Cosas tan simples como aquella estampa pueden aliviar mucho una situación como la que vivíamos y permiten

encararla de forma diferente, aunque no haya ningún motivo para alegrarse.

—*Com es troba el seu marit?* —le preguntó l'Àvia en cuanto la vio, preocupada por el estado de salud de Víctor.

—*Prou bé, ara descansa. Moltes gràcies pels calmants i per tot el que heu fet per nosaltres* —respondió con calma Pepita, agradecida por nuestras atenciones.

—*No teniu res a agrair, només faltaria* —concluyó l'Àvia tranquilamente. Su preocupación por todos era auténtica. Daba igual que los hubiera conocido poco rato antes.

Pepita se ofreció para ayudar en lo que fuera menester. Nuevamente l'Àvia tomó la palabra y contestó por todos. Hoy tocaba descansar y recuperarse del difícil trance sufrido. Sus palabras eran dulces, como siempre. Tener a l'Àvia nos reconfortaba a todos, familiares y recién llegados.

—*Avui l'únic que has de fer és descansar, relaxar-te a la mesura del possible i agafar forces.*

Al ver la predisposición de todos a crear un ambiente de normalidad, y puesto que su marido dormía, se sentó en el sillón situado en frente de la matriarca. Desde la cocina, las oía hablar. Con el extractor encendido, solo me llegaban sonidos inconexos, pero se respiraba buen ambiente, por lo que nuevamente la música dominó las ondas, amenizando la cocción.

En cuanto tuve todas las verduras limpias y troceadas, las puse a hervir con sal y pimienta. Para incrementar un poco la carga calórica, incluí un par de butifarras blancas y una negra, elaboradas en Olot. En la medida de lo posible, intentaba comprar productos de proximidad. Ya antes era importante cuidar de la gente más cercana y no colaborar con la explotación mundial. Era insólito que resultara más económico comprar tomates procedentes de la otra punta del mundo que los producidos por el vecino. Ahora eso era impensable, lo que en los inicios podía jugar a nuestro favor. Teóricamente nos podíamos abastecer. Sabíamos adónde ir.

El comedor del anexo era el de mayor tamaño, más grande que el de la casa. Con los que éramos, haríamos las comidas allí o en el jardín, según el tiempo y las circunstancias.

El tema de interés era la historia de la reciente incorporación. Como él no se encontraba bien, todas las atenciones y expectativas recaían en Pepita. Nos explicó que, como el invierno era suave, durante el último mes habían subido a la segunda residencia mucho más que los inviernos anteriores. El día que debían volver a la ciudad, Júlia se encontraba mal. Todo alimento le provocaba vómitos. Su estómago no retenía ni el agua. Su fiebre fue en aumento en el transcurso de esa jornada. Uno de los vecinos era médico. Les hizo el favor de pasar antes de marcharse para comprobar su estado y le diagnosticó una gripe estomacal severa. Les advirtió que era muy probable que

todos sucumbieran a la enfermedad y les recomendó que se quedaran hasta que se recuperaran. El pronóstico se cumplió. En los días siguientes, cayeron uno tras otro. El ataque general de los mosquitos los cogió en cama y en su segunda residencia.

Apenas pudieron, intentaron abrir las puertas de los vecinos, sin éxito. En una de esas ocasiones, oyeron el ruido de un motor. Sabían que los disturbios estaban a la orden del día y no querían exponer a riesgos innecesarios a sus dos niñas, así que se asomaron con cuidado por encima del muro, gracias a la ayuda de un árbol, que rebasaba de sobra la altura del muro que delimitaba la parcela.

El vehículo procedía del camino que venía del pueblo. Eran unos chavales que hacían el idiota con el coche. Uno estaba sentado en la ventana con medio cuerpo fuera. Bebían de una botella que sin duda contenía algún licor. Su actitud no les transmitió demasiada seguridad, por lo que se apresuraron a encerrarse en casa. Los intrusos no tardaron en intentar abrir la puerta, sin éxito. Saltaron el muro para comprobar puertas y ventanas. Cuando ya se iban, los oyeron decir que regresarían con las herramientas necesarias para reventar las puertas.

El alimento escaseaba y el agua de la piscina no era la más adecuada. Por suerte, al ser invierno, llevaban meses sin ponerle cloro. Podían hervirla gracias a que tenían bombonas de gas. Pero no dejaba de ser agua de piscina.

Pocos días después aparecí yo. Les di más seguridad, pero no se terminaron de fiar. Como les dije que volvería, lo estuvieron discutiendo. Víctor era el más reticente, pero al final quedó convencido. Tenían medio preparadas las cosas que querían llevarse cuando un sonido de motor los interrumpió. Supusieron que eran los que habían intentado entrar y que volvían preparados para cumplir su amenaza. Se encerraron de nuevo con la única esperanza de que empezaran por otra casa para que les diera tiempo de escabullirse y tomar la dirección en la que me habían visto partir, la opuesta de la que traían los otros.

El coche volvió a ronronear y se alejó hasta perderse en el silencio. Pensaron que estaban seguros. Cuando más convencidos estaban de ello, un estallido procedente de la puerta del jardín los advirtió de que continuaban allí y de que iban a ser los primeros en recibir visita. La suerte no se puso de su parte. La corredera que ocultaba la vidriera principal no tardó en ceder y en dejar el acceso a la vivienda a un tiro de tronco. El estruendo de la cristalera al romperse en pedazos asustó a las niñas, que cedieron a los impulsos y emitieron un pequeño grito. Este delató su presencia. Antes de que pudieran reaccionar, se encontraban en la situación en la que los hallé.

Eso quería decir que los intrusos no estaban solos. Ese dato cambiaba las cosas. Eran más peligrosos de lo que en un principio habíamos supuesto.

Era extraño que todos los allí reunidos hubiéramos pasado un estado gripal. Fue el comentario que aportó Inés y que hizo pensar al resto de la mesa. El médico también suscitó interés. No había regresado. Teníamos que revisar su casa. Cualquier cosa nos podía ayudar en el futuro. Cada vez estaba más claro que íbamos a tener que buscarnos la vida. Era poco probable obtener ayuda. Ya no se oían noticias oficiales. Las radios pirata o de radioaficionados cada vez transmitían menos a menudo.

Los primeros en irse a dormir fueron la nueva familia al completo. Aunque las niñas hubieran preferido quedarse jugando con Carlos y las perras, no rechistaron demasiado. Sin demasiada ilusión, se fueron al cuarto con sus padres. Salí a revisar el exterior con el niño. Aprovecharíamos el paseo nocturno para ver que todo estuviera en orden. Mientras las perras olfateaban, nosotros mirábamos a la lejanía y disfrutábamos del aire fresco que nos ofrecía la noche. Cuando nos quedaba un paso para dejar atrás el rastro de luz del porche, Jaume y mi tía Marian salieron para acompañarnos. Un paseo antes de ir a dormir siempre viene bien. Una vez todos congregados, nos dispusimos a dar la vuelta por la finca. Mi tío Eduard era más consciente de los posibles riesgos. En su espalda colgaba una de las escopetas.

Marian, sin aviso, se puso a corretear con las perras. Estas saltaban a su alrededor. En cuanto se calmaron, algo las volvió a alterar. Salieron disparadas en la dirección del sonido. Las

seguimos con la mirada, adelantándonos a ellas. En la negrura del bosque exterior, me pareció ver una figura que se alejaba hasta desaparecer, como si nunca hubiera existido. Suerte que las caras del resto reflejaban claramente que no eran visiones. La falta de reacción facilitaba fingir que no los habíamos visto para no poner sobre aviso a los visitantes. No sé cómo, pero nos entendimos todos. Jaume se quedó vigilando y los otros terminamos de dar la vuelta a la finca, bastante asustados.

XIII: EL CAMPAMENTO

En cuanto entramos en casa, transmitimos los últimos acontecimientos a los que permanecían despiertos.

Antes de terminar el relato, tanto mi tía como su hijo aparecieron vestidos de negro para camuflarse en la noche y perseguir a los intrusos. Nunca decepcionaban. Me seguía sorprendiendo su impulsividad. Mi tío Eduard, que tenía bastante más sentido común, les paró los pies. Antes de que rechistaran, añadió:

—¿Podemos hablarlo antes?

Los dos lo miraron con cara de corderos degollados. Estaban hasta arriba de adrenalina. Jaume no dejaba de mover las piernas y de rebotar convulsivamente sobre las puntas de los pies. Ella se mordía los labios sin parar. No podían permanecer quietos. ¡Qué paciencia tenía mi tío!

—Vuestra inconsciencia puede ir bien si conseguís controlarla cinco minutos. Vosotros dos, que ya estáis preparados, acompañaréis a Jan para inspeccionar y averiguar lo que podáis. Recordad que es una expedición de reconocimiento, lo que significa que debéis evitar ser descubiertos.

Él se quedaría a vigilar hasta que regresáramos. Como en las películas que habíamos visto, el silencio era importante, por lo que los de casa no debían contactar con nosotros hasta las siete

de la mañana. Si sucedía algo, dispararíamos dos veces. De noche y con la tranquilidad del nuevo mundo, tan silencioso, unos tiros al aire se oirían a bastante distancia. Nos llevamos dos *walkies* por si teníamos que separarnos.

Salimos por la puerta trasera para evitar ser vistos antes de empezar. Georgina y Anna sacaron a las perras por la parte delantera para que comprobaran que no hubiera nadie. Esperábamos que, si alguien merodeaba, las perras volvieran a salir disparadas y el invasor se alejara de nuevo. Escondido en la oscuridad, Eduard lo controlaba todo. Rodeamos la finca con tanto sigilo que rayaba lo absurdo. Al llegar a la zona en donde habíamos visto al acechante, encontrar una pista no fue tan sencillo como esperaba. Estaba oscuro y no podíamos encender linternas para no delatarnos. ¿Era más arriba?, ¿más a la derecha? Comenzaba a desanimarme cuando Jaume llamó nuestra atención. Fuimos hasta él y nos enseñó una rama rota. Se aseguró de que lo comprendíamos y señaló algo más arriba: una huella clara de calzado deportivo dibujada en el suelo. No necesitamos subir mucho más para encontrar más rastros humanos. Empezamos a seguirlos, atentos a cualquier sonido anómalo, mientras descifrábamos las sombras, que se aliaban con nuestros temores.

Si un mes antes me hubieran dicho que me iba a encontrar caminando por el bosque a aquellas horas, no lo habría creído. La noche dotaba al bosque de un aire siniestro del que carecía

con luz diurna. Las encinas, los robles y los castaños conseguían crear peligros inexistentes. Nuestra imaginación colaboraba incansable para crear el bosque embrujado de los cuentos infantiles.

Debíamos llevar una hora y media en el bosque cuando, a lo lejos, distinguimos una fogata. Los habíamos localizado. Permanecimos un rato contemplando la luz sin movernos, hasta sentirnos seguros de nosotros mismos y comprobar que no había nadie en los alrededores. Las nuevas situaciones siempre son complicadas. Esta, además, podía tornarse belicosa. Temíamos no ser capaces de hacer lo necesario llegado el momento. Nos acercamos con una lentitud exasperante para evitar que alguna rama nos delatara al crujir. Intentábamos controlar el sonido de la respiración y del corazón. No debían ser audibles, pero resonaban en nuestra cabeza como tambores antes de la batalla.

Nos detuvimos al oír voces. Creo que hasta dejé de respirar. Las palpitaciones corrían desbocadas en nuestro inmovilismo. Vimos un campamento situado en una antigua cabaña de pastores medio derruida. Alrededor de esta, habían montado cuatro tiendas de campaña. Habían techado la construcción. En el centro de todas esas viviendas improvisadas, estaba el hogar, fuente de calor, luz y fuego para cocinar para los habitantes. A nosotros nos servía de indicador de su presencia, como un faro en la oscuridad. Entre lo que podíamos ver y oír, deducimos que eran ocho personas, entre ellos, dos niños. Poca cosa más se

podía aclarar desde esa distancia. Nos aproximamos un poco más, para intentar entender lo que decían. Jaume se quedó en esa primera posición para tener una visión más general y avisarnos en caso de necesidad. Los *walkies* podían vibrar sin hacer demasiado ruido. Sería la señal de peligro. El carácter de Marian era despreocupado. Yo le aportaba prudencia para compensar su tendencia a arriesgarse demasiado. Nos compensábamos. En cuanto pudimos distinguir las palabras, nos detuvimos. Unos arbustos nos proporcionaron una posición resguardada para camuflarnos tras su espesura y su altura. La primera frase que pudimos oír fue:

—Tenen totes les comoditats possibles.

Era evidente que hablaban de nosotros y de nuestra vida relativamente fácil en la finca, en comparación con la vida en aquel campamento. La conversación continuó:

—Hem de pensar com actuar, està clar que alguna cosa hem de fer. En aquestes condicions no aguantarem molt de temps, i menys si torna el fred.

El silenció se volvió a apoderar del entorno, como si todos los presentes meditáramos las palabras que acabábamos de oír. Supuse que llevaban días espiándonos. Nuestra finca les resultaba atractiva y, como era lógico, temían el frío invernal en aquellas condiciones. La calma se rompió con el llanto de un bebé. Debía estar en alguna de las tiendas.

Aprovechamos el estruendo provocado por la criatura para retirarnos con extremo cuidado antes de ser descubiertos. Nos reunimos con Jaume en la primera posición y continuamos el camino de regreso. Hasta que no perdimos de vista la hoguera, no dejamos de mirar en su dirección para comprobar que no nos seguían. Ya cerca de casa, llamamos a Eduard para anunciarle nuestra presencia y evitar posibles sustos y accidentes.

Como siempre, las primeras en recibirnos fueron las perras. Se turnaban para darnos la bienvenida y conseguir su propia dosis de caricias y cariño.

Eran las tres de la mañana y estuvimos un rato más hablando sobre lo averiguado. Me costó conciliar el sueño. Era evidente que, de no hacer nada, en unos días los tendríamos allí. Si lo gestionábamos bien, podríamos evitar conflictos. De lo contrario, si esperábamos demasiado y llegaban al límite, podían emprender acciones desesperadas, poco provechosas para ambos grupos. A más gente, menos recursos, pero eso no sería un problema inmediatamente, y conseguiríamos mayor seguridad, avanzar de forma significativa. A nuestro parecer, entendernos podía ser mucho más beneficioso que perjudicial, aunque éramos conscientes de que juzgábamos sin saber demasiado de aquella gente. Quizás el llanto del bebé nos había enternecido lo suficiente como para no valorar otras posibilidades. Como si el subconsciente me contestara, apareció la imagen del enfrentamiento de ese mismo día. Un escalofrió

me recorrió el espinazo. Había evitado pensar en ello. Nunca antes había herido voluntariamente a nadie. Ni siquiera había dado un mísero puñetazo. Ahora tenía un historial violento. No me sentía satisfecho de ello. Intentaba imaginar alternativas, y la única que hubiera podido evitar el problema habría sido contar con alguna arma de fuego o con un grupo de respaldo. No había muerto nadie, que en principio era algo positivo. No me gustaba la idea de las armas, pero no cabía duda de que, en épocas en que la gente carece de humanidad y únicamente embiste, solo se la podía detener de forma violenta. Siempre en defensa propia. Al menos, esa era otra de las ideas que me repetía para justificar mis actos.

A la mañana siguiente, hasta a Víctor se le veía mejor. Tenía la cara menos hinchada y estaba animado. Pepita se desenvolvía como si le hubiera otorgado la propiedad de la casa. Mantenía conversaciones distendidas con todos, pero demostraba preferencia por l'Àvia.

En el desayuno, volvimos a hablar de lo averiguado acerca de nuestros visitantes nocturnos. Los que ya lo sabían tuvieron paciencia hasta que terminaron las explicaciones. En el fondo, todos entendían lo que pasaba. Después de desear los buenos días de rigor, las siguientes palabras fueron sobre el campamento improvisado que teníamos cerca de casa. Lo llamamos Campamento Pastor. Solo estábamos de acuerdo en que se tenía

que hacer algo. ¿Qué? No lo sabíamos. La idea que tenía más apoyos era la de adelantarnos a ellos y dar el primer paso.

Pepita y Víctor permanecían al margen de la toma de decisiones. Una vez más, l'Àvia intentó integrarlos. Los miró directamente con una sonrisa y les preguntó abiertamente cómo lo veían.

—*Vosaltres què n'opineu?*

Víctor carraspeó, como si fuera a decir algo, pero no lo hacía. Parecía repasar sus palabras para no excederse. Se crearon unas expectativas que nos dejaron mudos, a la espera.

—*Nosaltres no podem dir gran cosa. Ens heu salvat i acollit. Només podem estar agraïts* —las palabras de Víctor eran honestas, de agradecimiento por haberlos salvado. No quería inmiscuirse en nuestras decisiones. Daba la sensación de que acatarían lo que nosotros dijéramos.

—*Molt bé, però ara sou aquí, i les decisions que es prenen també us afecten. És important la vostra participació* —contestó l'Àvia con dulzura, pero a la vez determinación, recalcando que todos y cada uno de los presentes tenían derecho a opinar y votar en la toma de decisiones.

Tomó la palabra Pepita, más desenvuelta, empatizando con la situación del Campamento Pastor, con niños e incluso un bebé:

—Pel que expliqueu, la situació d'aquesta gent, amb nens i un nadó, és perillosa per a ells o ho serà aviat. Crec que hauríem d'intentar ajudar-los abans que les circumstàncies s'agreugin.

Y Víctor agregó una puntualización que nos hizo meditar a todos. Habíamos estado eludiendo ese tema, pero era un punto a tener muy en cuenta: no debíamos olvidar qué es capaz de hacer la gente cuando se ve necesitada, por lo que teníamos que actuar con sumo cuidado. No solo en esta ocasión, sino que deberíamos recordarlo siempre para evitar problemas similares en el futuro.

—No podem oblidar el que aquells desgraciats van fer amb nosaltres. Hauríem d'actuar amb molta cura —fueron sus palabras, con la voz entrecortada al recordar lo vivido en carne propia.

Las deliberaciones fueron rápidas. El peso del bienestar de las criaturas superó el miedo de colocarnos en una situación complicada. Esa misma mañana iríamos a su encuentro. La idea era ir en son de paz y ofrecerles ayuda, pero siempre preparados y atentos por si la visita se torcía.

Esta vez, Eduard vino en sustitución de su hijo. Él nos protegería desde la misma posición ocupada por Jaume la noche anterior. La edad le confería mayor tranquilidad para no precipitarse y tomar mejores decisiones. Era más reflexivo y, como había hecho el servicio militar, era el que más sabía de armas.

Cuando estábamos a punto de salir, apareció Pepita para llamar a sus hijas a clase. Estas jugaban con Carlos y no le hacían caso.

—Alba, Júlia, a classe. No penso repetir-ho.

Nos miramos un poco incrédulos, a la vez que divertidos por la cara de las niñas, que se hacían las despistadas. Era una buena decisión para mantener entretenidos a los niños y que siguieran aprendiendo con cierta normalidad. Cuando las niñas intuyeron que su madre iba a repetirlo, a pesar de haber dicho que no lo haría, Alba se hizo la sueca:

—Hola, mama. No t'havia vist. Estem jugant, volies alguna cosa?

Evitar reírnos fue difícil. Pepita no dudó y con un tono algo más severo las mandó para dentro de la casa a estudiar. A coro, ambas le rogaron quedarse un poquito más con Carlos. El niño, que previó las consecuencias de las palabras de sus compañeras, las miró con cara de pocos amigos. Quería evitar ser el centro de las miradas, temiendo que pasara lo que sucedió al cabo de pocos segundos.

—No us preocupeu, ell també vindrà a classe —sentenció Pepita.

Carlos se giró hacia mí, como si yo pudiera salvarlo. Me limité a sonreírle. Resignado y con la cabeza gacha, se fue detrás de su nueva maestra. Lira siguió a su amo hasta el comedor, donde se impartirían las clases. Al comprobar que el niño iba a estar bien, volvió a salir y se sentó en el porche junto a la perra más pequeña,

que era como su punto en la I. Esta vivía en la contemplación, con arranques de alegría absoluta. Las otras dos estaban entre la gente. Shyra, con la intención de buscar atención y controlar. Su comportamiento se asemejaba al de la nana del cuento de Peter Pan. Llum, en cambio, trataba de pasar desapercibida y se colocó cerca de la puerta de salida, con la firme intención de apuntarse a la expedición prevista.

Los que se quedaban en casa lo prepararían todo para acoger a los nuevos, en caso de que decidieran unírsenos. Estaríamos atentos por si las cosas no iban según lo previsto.

Como yo no le indicaba lo contrario, cada vez que dábamos un paso hacia la puerta, Llum se nos adelantaba. Se sentó en un lugar que le permitiría ser la primera en salir. Llevársela no era mala idea. Tenía un don con la gente. A todo el mundo le caía bien, la encontraban graciosa. Su única mala experiencia con humanos había sido la del desgraciado que la pateó, pero no parecía haberle pasado factura. Seguía igual de alegre que siempre. En cuanto vio que no la retiraba de la posición en la que se encontraba, dejó de intentar pasar desapercibida y pasó a la alegría contenida. El único reflejo de ello era el movimiento acelerado de la cola, que barría el suelo. Al abrir la puerta, salió disparada. En el primer tramo, la dejé ir a su aire. Corría de un lado a otro, alterando al resto de la fauna del lugar. Principalmente perseguía lagartijas, pero de vez en cuando encontraba un conejo. Se volvía loca de alegría. Si la guiaba

hasta su madriguera, permanecía en la entrada, ladrando y moviendo la cola. No tenía instinto asesino. Convivía con los animales de granja de casa sin demasiada interacción. En libertad, podía correr y perseguirlos sin temor a reprimendas. En cuanto estuvimos más cerca del lugar de destino, le di instrucciones para que permaneciera junto a nosotros. Lo hizo, con algún que otro intento de salir en persecución de a saber qué.

El bosque de día era otro mundo. Seguir el rastro resultaba muy sencillo, por lo que avanzamos a mejor ritmo. También influía saber dónde íbamos. A medida que nos acercábamos al campamento, nos asaltaron los nervios y las dudas. Muchas cosas podían salir mal. Había muchas maneras de llegar a algún malentendido. Perdimos parte de la seguridad con la que habíamos partido. Nuestro mundo, por mucha normalidad que le quisiéramos dar y que en cierto modo consiguiéramos en la finca, no era representativo de la realidad del resto de los supervivientes. Empezábamos a tenerlo claro, y eran muy altas las probabilidades de que todo fuera a peor.

No tardamos en encontrar nuestro punto de observación de la víspera. Nos paramos sin mirarnos para no delatar nuestros miedos. ¿Dónde había quedado el valor de los primeros pasos?

El campamento parecía tranquilo. La gente se paseaba por él. Otros cocinaban en el hogar central. No estaban todos los que habíamos visto la noche anterior. Los niños correteaban entre las

tiendas de campaña. No tenía mucho sentido demorarse demasiado. Si nos descubrían espiándolos, podían sentirse amenazados. Conté hasta tres y me levanté. Pretendía hacerlo en silencio, pero no fue así, ya que Marian se incorporó de golpe. Llum tenía la intención de salir disparada, pero nos conocíamos demasiado bien. Un gesto y permaneció pegada a mí. En cuanto nos encontramos a una distancia en la que resultaba fácil vernos, procedí a saludar con un tono lo suficientemente elevado para ser oído y pedí permiso para acercarnos, de forma que nuestra presencia no resultara amenazadora.

—Bon dia. Podem apropar-nos?

El campamento al completo se giró en nuestra dirección. Se incorporaron más asustados que preparados para atacar. Levanté las manos y me descubrí la cabeza con la derecha, mientras mantenía firme el bastón en alto en la mano izquierda. Lo mismo hizo mi tía, con la diferencia de que ella llevaba un rifle, pero en ningún momento los apuntó. Intentábamos demostrar que no éramos peligrosos y que veníamos en son de paz. En ese momento se me ocurrió lo de la bandera blanca. Era tarde para eso. El caos se apoderó de ellos y la organización que seguramente tenían prevista no les sirvió de nada. Volaban las instrucciones. Casi todas provenían de un hombre muy corpulento. La prioridad era poner a salvo a los niños. Los llevaron a la construcción de piedra.

Como no decían nada y ya estaba cansado de mantener los brazos en alto, insistí mientras volvía a colocarme el sombrero.

—*Venim d'una finca propera. Necessiteu ajuda?*

El hecho de indicar que éramos vecinos y que pretendíamos ayudarles no surgió un efecto inmediato. El que parecía estar al mando nos miraba en silencio, evaluando sus posibilidades.

—Acercaos lentamente, sin hacer cosas raras.

Volvimos a pararnos a unos tres metros. Llum se tomó la licencia de entrar en el campamento como Pedro por su casa. A alguno de los presentes no pareció hacerle demasiada gracia. Era mejor que la llamara. Me costó dos intentos antes de que me obedeciera.

—Buenos días —repetí en un intento vano por relajar el ambiente —. Me llamo Jan, ella es Marian y la perrita se llama Llum. Venimos a ofreceros nuestra ayuda, si la necesitáis.

—¿Por qué?

La brevedad y sequedad no ayudaban a tener la sensación de que todo fuera a salir bien. Es raro tener que explicar por qué se ofrece ayudar. A saber qué les habría pasado para que preguntaran eso.

—Vimos a alguno de vosotros cerca de casa.

—¿Y? —dijo a la defensiva.

Su cara era la viva expresión de sus nulos deseos de ser nuestro amigo. No sé si le molestaba que los hubiéramos descubierto o que mi respuesta no aclarara su pregunta.

—Ayer noche os seguimos y vimos en la situación en que os encontráis. —El hombre cada vez se veía menos entusiasmado con nuestra visita—. Después de hablarlo y barajar varias opciones, la que nos pareció más conveniente para todos es la de ofreceros techo y comida. Es evidente que aquí no disponéis de todas esas comodidades.

—¿A cambio de qué?

—De vivir tranquilos, colaborar, ayudarnos, reducir preocupaciones. En definitiva, si mi vecino está bien, es más probable que no me cause problemas.

No parecía convencerlos. La verdad no siempre causa el efecto esperado ni deseado.

—Está claro que, si continuáis aquí y las condiciones empeoran, terminaréis viniendo y no sabemos si la desesperación o la necesidad podrían desencadenar situaciones indeseables. Creemos que es innecesario. Estamos a tiempo de ayudarnos.

—Eso es porque nos tenéis miedo.

Soltó alguien desde atrás del hombretón. Este se giró y debió fulminarlo con la mirada, porque no dijo nada más.

—Claro que tenemos miedo, nunca hemos tenido que matar a nadie y no tenemos ganas de empezar ahora, si podemos evitarlo —dijo mi tía, algo indignada ante sus reticencias —. Lo pensáis con calma, lo discutís y, si queréis venir, ya sabéis dónde estamos. En estos momentos están preparando comida para todos. Si a la hora de cenar no habéis venido, entenderemos que tenéis previsto seguir por vuestra cuenta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que, en tal caso, respetamos vuestra decisión de seguir solos. A la vez, tendremos que empezar a vigilar más para evitar que intentéis algo en nuestra contra.

Como no dijeron nada más, emprendimos el camino de regreso, vigilando la retaguardia en todo momento. La misión no había salido todo lo bien que esperábamos, para qué engañarnos. Igual de cierto era que podría haber ido todo mucho peor. La única que estaba completamente satisfecha era Llum, que seguía correteando alegremente, disfrutando de todos los olores que le ofrecía el bosque.

Al comenzar a descender la última colina, avisamos de nuestra llegada. Comprobamos que nos seguían. Entraba dentro de lo esperado.

La cara de los adultos en casa era de preocupación. Las niñas jugaban y las perras, una vez más, repartían alegría para todos. Puesto que estábamos todos y no tardaríamos en estar vigilados,

nos reunimos alrededor de la mecedora de l'Àvia, que desentumecía sus huesos a la calidez del sol.

Explicamos todo lo sucedido. Nos habían transmitido una sensación de desconfianza. Todos volvimos a llegar a la misma conclusión: debían tener una historia previa a su llegada al Campamento Pastor. Se la debían haber jugado en varias ocasiones. Era la única razón que se nos ocurría para justificar sus temores. Eran como el vecino del rifle, recelosos y precavidos. Por suerte, la visita permitió descartar la posibilidad de que los atacantes de Pepita y Víctor pertenecieran a ese grupo.

Éramos conscientes de que en la finca no teníamos sitio para todos. Disponíamos de la casa de Carlos, pero era mejor no separarnos hasta saber si realmente nos podíamos fiar de aquel grupo de gente. Todo ello si venían. De lo contrario, las preocupaciones serían otras.

—*Espero que vinguin* —sentenció l'Àvia, dando por concluida la reunión.

Decidimos no darle más vueltas al asunto y pasar a otros temas. Mi mirada se fijó directamente en Carlos, que había asistido a su primera clase con Pepita, y se le veía contento.

—*Carlos, com han anat les classes?*

—*Millor del que em pensava.*

Era todo un éxito. El trato con personas de su edad que también habían pasado por una situación traumática le había impulsado a dejar sus angustias en un segundo término. Quería ser fuerte para sus compañeras. Se lo pasaban bien juntos.

Continuamos con los preparativos para tener la casa a punto en caso que llegaran los nuevos huéspedes. Dimos por hecho que aparecerían en el transcurso del día. Los nervios eran patentes, pero intentábamos disimularlos como podíamos. La presencia de los niños ayudaba a encontrar la fortaleza necesaria. Nadie quería preocuparlos en demasía.

En un intento por liberarnos de pensamientos negativos, repasamos las cosas pendientes. Teníamos que regresar a las casas de fin de semana. Si volvían los atacantes de Víctor y Pepita, podían saquear todas las casas y perderíamos la oportunidad de aprovisionarnos. No era plato de buen gusto, y menos para cederlo a gentuza como aquella. Por otro lado, era conveniente seguir en contacto con el vecino. No hacía falta interactuar, pero tenía que ver que estábamos por allí y que no le causábamos complicaciones. Todos estos planes quedaban a la espera de saber si tendríamos compañía extra o no. Si al final nos entendíamos con lo del campamento pastor, seríamos suficiente gente como para hacer cuantas expediciones quisiéramos.

La sensación de estar vigilados no había desaparecido en todo el día, pero las probabilidades de que así fuera eran lo bastante elevadas para descartar que estuviéramos paranoicos. Entrada la tarde, vimos al grupo que empezaba a descender por la ladera. No nos extrañó que dos personas se incorporaran unos cien metros por delante del grupo. Al verlos, Marian los saludó con la mano. Quizás no la vieran por la distancia o no les apeteciera responder, pues no lo hicieron. No reaccionábamos porque queríamos dar sensación de «normalidad». Georgina, Jaume y Anna llevaban armas de fuego, que mostraban sin pudor. Eduard permanecía oculto. Inés y los profesores se encargaban de los menores. L'Àvia seguía sentada en el porche, posición que le confería un estatus de mando, por su altura con respecto al resto. Marian y yo nos acercamos a la puerta, dispuestos a dar una cálida bienvenida. En cuanto estuvieron lo suficiente cerca, les abrí la cancela y retuve a las perras para que no los incordiaran. Les ofrecimos nuestra mejor sonrisa.

—Buenos días.

—Dirás buenas tardes.

Contesté el hombretón, sin perturbar su rostro. No parecía que portaran armas de fuego, pero ese tipo ya era un arma en sí mismo.

—*Bon dia, tot el dia* —amplié el saludo con esa coletilla que tantas veces había oído y que oiría, dicho y que diría. Me salía

por inercia. Acompañé la frase con un gesto claro de ofrecimiento a entrar, pero no parecían dispuestos a hacerlo inmediatamente.

—Hola —otro intento—. Si entráis, la cena no tardará en estar lista.

Seguían sin entrar. No se movieron hasta que desde atrás del grupo sonó la voz de una mujer mayor.

—Queréis hacer el favor de entrar. Mis huesos necesitan reposar.

El resto pareció despertar de su ensoñación. Entraron y saludaron, cada uno a su manera: miradas, gestos o sonrisas, un hola, un buenas y un gracias de la señora mayor. Fue la única que nos cogió las manos para agradecer la ayuda. Le ofrecí el brazo para acompañarla, y ella aceptó con una amplia sonrisa. Era de una generación de otra pasta. Como l'Àvia, había vivido todo tipo de escenarios en la vida. Nosotros solo los habíamos visto en ficción o documentales. Esto les venía menos grande que a nosotros, aunque les pesaran los años.

Los demás permanecían estáticos, sin terminar de entrar. Nos miraban a la expectativa. Miré a la señora y empezamos a caminar. Mi tía cerró la cancela mientras las perras olfateaban a los recién llegados. Con paso firme, llegamos a los pies de l'Àvia. Me percaté de que habían puesto otro balancín junto al de ella. Di por hecho que era el destino de mi acompañante. La dificultad al respirar y la tos que de vez en cuando perturbaba el caminar

de la señora indicaban que arrastraba un resfriado difícil de curar. Era peligroso que permaneciera mucho más a la intemperie. Esos achaques, a su edad, pueden empeorar muy rápido.

En cuanto estuvimos a la altura de l'Àvia, la señora se presentó. Se llamaba Esther. Volvió a agradecer la ayuda prestada.

—*Mercè* —se presentó l'Àvia. Les dio la bienvenida a todos y me cedió las presentaciones. Repasé a todos los presentes. Antes de terminar, las niñas y los niños de los dos grupos ya jugaban juntos. Qué fácil lo podían hacer todo. No sabían ni cómo se llamaban, pero allí estaban, hablando y acariciando a las perras. El buen hacer infantil ayudó a relajar la tensión que persistía entre los adultos. Por último, apareció mi tío con una bandeja. Se presentó y ofreció bebidas. Cada uno de los nuevos dijo su nombre, como si pasaran lista. En medio de la presentación, oímos el llanto del niño, recordándonos uno de los motivos que nos habían convencido a invitarlos. Parecía gozar de buena salud. No así su madre, Susana. Estaba pálida y se la notaba fatigada.

Los acompañé a las habitaciones libres, que habíamos dispuesto para ellos. No había para todos, así que debían compartirlas, pero sí que disponíamos de camas suficientes. Los dejamos para que descansaran y se asearan. Se empezaron a oír duchas, junto con agradecimientos a lo divino por tener agua caliente.

—Por cierto, en un par de horas estará la cena. ¿Va bien o necesitaréis más tiempo? —pregunté a los que todavía no habían entrado en sus aposentos.

—*Quan estigui llesta* —soltó Oriol, un niño con hambre en la mirada. Debía tener un año más que Carlos. Su abuela no tardó en reprenderlo con cariño por su ansiedad.

—*Si vols acompanyar-me a la cuina, mirem què podem agafar per matar una mica el cuc de l'estómac* —le ofrecí al muchacho. Con hambre nadie piensa con claridad, así que mejor ir juntos a la cocina a ver qué le apetecía antes de cenar. Seguro que esto relajaría la tensión del ambiente. El niño, ilusionado, buscó la aprobación de su abuela. Durante la cena nos enteraríamos de que tanto Oriol como su hermana Aina eran nietos de Esther. Sus padres habían fallecido a causa de la infección, igual que los de Carlos. La niña nos miraba tímidamente detrás de las faldas de Ester. Le ofrecí que se uniera a la expedición a la cocina, pero no respondió a mi invitación, simplemente se escondió detrás de Esther.

Entramos en la cocina Oriol y yo. El niño estaba encantado de comer algo. Casi caminaba dando saltitos de alegría. Le ofrecí un poco de todo lo que teníamos.

—*Què prefereixes: fruita, un tros de pastís, galetes o patates de bossa?*

—*Pastís, pastís* —contestó rápidamente el muchacho. Estaba claro que el dulce ganaba la batalla. Cortamos varias porciones de un pastel de chocolate y otras tantas de uno de frutas. Lo habían preparado por la tarde, pensando precisamente en estas posibles visitas.

Volví con el niño y una bandeja con pastel para todos los que quisieran. Oriol ya le daba buena cuenta a una porción, que desapareció antes de que nadie pudiera verlo. Los dejé tranquilos para que pudieran hacer sus cosas y no se sintieran controlados.

Aunque la noche era cálida, comeríamos en el gran comedor del centro. Pondríamos a los niños en una mesa aparte. Ya habían pasado suficientes cenas bajo las estrellas. Aquella noche lo harían bajo techo.

En cuanto los primeros alimentos comenzaron a decorar la mesa, los recién llegados se fueron situando alrededor de esta, sin atreverse a sentarse. Habían liquidado todas las porciones de pastel, pero en sus miradas se seguía leyendo la necesidad de una cena completa, aunque ahora su aspecto aseado disimulara la urgencia. La mesa estaba repleta de embutidos y quesos. Habían hecho pan. Junto a este, ajos, tomate, aceite y sal.

Tan pronto como las dos abuelas se sentaron, lo hicimos los demás. Sin pretenderlo, terminé sentado delante del grandullón. Se llamaba David. Antes de la catástrofe había sido bombero. Al lado de David se sentó Susana, con su bebé al pecho. Al

principio nos estábamos sentando cada uno con los de su grupo a un lado u otro de la mesa, pero mi tía Marian cambió la tónica, usando como excusa su interés real por la criatura para sentarse junto a Susana. Así nos enteramos del nombre del bebé: se llamaba Marcel. El padre no había llegado a conocerlo. Murió el primer día del incidente, mientras intentaba llegar a la clínica. Ella estaba a la espera de una revisión rutinaria. En plena crisis de exterminio de la humanidad, un embarazo era una bomba de relojería. La siguiente generación iba a dar su primera bocanada en este mundo caótico. Susana solo podía desear que sucediera en el momento oportuno y en lugar seguro. La tan reciente viudez y todo por lo que debía haber pasado y sufrido explicaban su actitud tan poco comunicativa. Su debilidad física y su color grisáceo, acompañados de una evidente falta de sueño, le conferían un aspecto fantasmagórico. Era esperable que en pocos días de comer bien y dormir en una cama bajo techo su condición general mejorase.

Al fondo de la sala, como si intentara pasar desapercibido, un hombre se escondía bajo la capucha de su sudadera. Me había fijado en su comportamiento al llegar y lo había atribuido a la desconfianza que debíamos despertarle, pero tampoco se juntaba con su grupo. Permanecía siempre en un segundo plano. Al notar mi interés, David me explicó que era uno de los supervivientes del virus, puesto que se había confirmado que la infección había sido vírica. Pedro era de los pocos ingresados por las picaduras

masivas de mosquitos que había sobrevivido en la clínica Sagrada Familia, que parecía ser el nexo de unión de todos ellos. El motivo por el que se mantenía separado eran las deformidades de su rostro, una de tantas posibles secuelas de la enfermedad. Todo era demasiado reciente y aún estaba luchando por aceptarse.

Mientras David me explicaba todo esto, se presentó Jorge, un salamanquino que llevaba más de una década en Barcelona. Se había ganado la vida en el campo de la arquitectura, pero lo que le apasionaba era la escultura y el arte en general. Era un tipo interesante. Despertaba confianza. Junto a mi tía, se sentaron los profesores, y junto ellos, Marc, un chico divertido que no perdía la sonrisa. Pertenecía a la segunda generación de una familia procedente de Kenia. Estudiaba telecomunicaciones. Debía rondar la veintena, como mis primos y Anna. Estos se sentaron en frente de él. Quedó un asiento libre, que ocupó mi tío Eduard. El último en aparecer fue Álex. Era enfermero en la clínica Sagrada Familia, donde habían coincidido todos, por un motivo u otro. Arrastraba con él a Pedro, que no se había movido de la misma esquina desde su aparición en el comedor. Los niños llevaban rato sentados, picoteando discretamente.

XIV: LA CLÍNICA

Debido a la proximidad, entablé conversación con David y Esther. Escuché cómo habían vivido desde el día en que el mundo intentó exterminarnos. La tromba de mosquitos los había encontrado en la clínica Sagrada Familia. Unos como pacientes, otros trabajando, otros de visita y alguno huyendo de la nube infecciosa y succionadora de sangre. Lo que más le sorprendió a Esther desde el principio fue la rapidez con la que aconteció todo. Pasó de estar esperando tranquilamente a que atendieran a su nieto, que estaba con gripe, al caos absoluto. Por su edad, le habían cedido un asiento que la situaba de cara a la puerta de entrada. La amplia cristalera permitía ver oscurecer. Hubo un asombro inicial, una parálisis generalizada al mirar el cielo. De repente, los cuerpos en el exterior empezaron a agitarse para protegerse de algo que los atacaba. Como dar manotazos resultaba inútil, el siguiente impulso de la gente fue correr caóticamente. Chocaban con lo que encontraran en su camino, como si no vieran los obstáculos. Tropezaban unos con otros. Los vehículos intentaban alejarse y olvidaron toda norma básica de circulación. Esquivar peatones se volvió imposible. En menos de un minuto, el desastre era monumental.

Desde el interior de la clínica, no entendían lo que sucedía. Se veía gente destrozada, partida, desgarrada. La única manera de

no ver muerte era cerrar los ojos o ser uno de ellos. En un momento todo desapareció, engullido por una niebla espesa, repleta de insectos cuyo ensordecedor zumbido alertaba de la cercanía de la muerte. En ese momento de negrura viva, gente en busca de refugio empezó a chocar contra las puertas automáticas, que al final se abrieron y permitieron entrar a los desesperados. Algunos caían al suelo y casi terminaron formando un tapón humano, como en los encierros, cuando todo sale mal. También entró la causa de todo aquello y trajo el caos exterior al interior.

—En ese momento, le conocí a él —dijo Esther mientras acariciaba el brazo de David, cuyo tamaño total equivalía al de una de mis piernas. Y una vez más nos regaló su sonrisa afable. Era como su firma personal.

Continuaron con su historia. Me sentía como cuando era pequeño y me contaban un cuento, con la única diferencia de que en este caso eran sucesos reales, recientes y explicados por los propios protagonistas.

Al ver lo que se les venía encima, David se abalanzó sobre Esther y sus nietos y los cogió a todos en un gran abrazo de oso. Los alzó y corrió por el pasillo para huir tanto de los mosquitos, que ya habían empezado a picarlos, como de la desesperación humana. Sus amplias espaldas no permitían ver que llevaba a tres personas con él. Consiguieron llegar al edificio contiguo por

un pasillo soterrado. Todas las puertas a la vista eran automáticas. Un cartel de *exit* señalaba la única puerta tradicional. Unas escaleras brindaban dos posibilidades. Decidió descender y alejarse de las puertas de acceso. Los gritos de desesperación y angustia resonaban por las paredes acostumbradas al silencio. La puerta de acceso al último piso estaba bloqueada. Dejó a sus protegidos en el suelo y volvió a intentarlo. La puerta cedió un poco, pero volvió a cerrarse. Alguien desde el otro lado intentaba evitar que entraran. Después de súplicas y peticiones de piedad por los niños, lo único que funcionó fue la promesa del grandullón de hacerlos pedazos en cuanto la situación se calmara. Desapareció toda resistencia.

Se encontraron con todo el mundo acurrucado. Todos menos el grupo que había intentado evitar su entrada. Al verlos amontonados, apelotonados en grupo, sintió que estaba ante unas crías a la espera del regreso de mamá con comida. El caos continuaba. David hacía de muro infranqueable. Los gritos quedaban amortiguados. Nadie volvió a intentar entrar ni tampoco evitarlo. Una calma extraña les indicó que el enjambre ya había pasado. Al abrir las puertas, por un momento solo reinó el silencio. A medida que fueron subiendo, empezaron a oír lamentos y llantos. De los mosquitos, solo quedaba el rastro de su destrucción y mortandad.

Los que se podían valer por sí mismos no tardaron en intentar regresar a sus hogares. Fuera, no encontraron ninguna facilidad.

La ciudad estaba patas arriba. Coches por las aceras, semáforos en el suelo, paradas de autobús reventadas, tiendas de ropa convertidas en concesionarios. Pero lo que más se veía eran heridos y muertos por doquier.

Otros se quedaron en la clínica, junto a unos cuantos voluntarios que quisieron ayudar a los heridos. Entre ellos estaban David y Marc, que habían ido a extraerse sangre para una analítica. El uso masivo de los teléfonos pronto bloqueó la red, como nos había pasado aquí, por lo que Esther no pudo hablar con los padres de sus nietos. Se comunicaban por mensajes. Estaban los dos en casa. Habían podido llegar, no sin experimentar la agresividad de los mosquitos.

En poco tiempo, todo estaba desbordado. La calma se volvió un concepto extraño a partir de ese momento. Era cosa del pasado. Los intentos de poner orden por parte de las autoridades quedaban en anécdotas. El clima extrañamente cálido de aquel día no tardaría en favorecer la descomposición de la gran cantidad de cadáveres. Empezaron los saqueos. La gente no solo destrozaba todo lo que le era de presunto interés, también «atracaba» a los cadáveres para despojarlos de las pertenencias que portaban. La frase «una vez muerto no te llevas nada» se cumplía literalmente. Los agentes no eran capaces de ordenar a las jaurías humanas, convencidas de que tenían el derecho por el poder de sus santos cogollos. Solo la consecuencia de las picaduras de los mosquitos puso fin a los saqueos.

Al acabar el primer día e iniciarse el siguiente, todos fueron cayendo enfermos. La gravedad variaba de un individuo a otro. A simple vista, daba igual la edad o el género (por descontado, la raza y el credo). Las fiebres no discriminaban entre los que favorecían el caos y los que pretendían establecer el orden. La ciudad quedó desierta. Nadie circulaba. Y en la clínica tampoco se distinguía entre sanitarios y pacientes: con muy pocas excepciones, todos fueron notando los síntomas. Esther describía su estado como gripal. Su nieto fue de los primeros en recuperarse. Por suerte, sus casos habían sido de los leves, con gripes de mayor o menor duración. Algunos ni eso. Pero los que más abundaron fueron los muertos.

A Pedro el ataque lo pilló cuando estaba tranquilamente en la calle. Consiguió entrar con el último suspiro de cordura. Mientras recibía las continuas picadas, retiró las plantas de una gran jardinera, consiguió tumbarla y refugiarse dentro. Tenía molestos compañeros, pero menos aterradores que sus parientes que le esperaban fuera y luchaban por entrar. Casos de la gravedad del suyo se resolvían pronto: lo que fuera que transmitían los mosquitos mataba a los afectados dolorosamente. Les subía la fiebre hasta que deliraban. Luego les salían ampollas como de quemaduras, causando picores insoportables que incitaban a rascarse. Entonces las bolsas se reventaban y dejaban fluir un líquido transparente, que rezumaba libremente y producía nuevas irritaciones. Si estas no se trataban, se

convertían en nuevos depósitos preparados para continuar expandiéndose. Muchos terminaban sufriendo convulsiones. Al pasar la crisis, no volvían a moverse. No hubo manera de conseguir reanimar a ninguno.

A los que sobrevivieron a este calvario y se recuperaron, como Pedro, les quedaron manchas abultadas en donde antes había habido ampollas. Manchas de todos los colores que abarca un morado en curación. El tono se degradaba como en los mapas de color que señalan la altura o la temperatura. A otros se les retorcían los dedos, como si sufrieran una artrosis muy avanzada. A los más afortunados esto les ocurría solo en una o varias extremidades, pero en los casos más severos la afectación era total. Sus lamentos eran escalofriantes. Los pocos que sobrevivieron a este proceso sufrieron tales atrofias en las extremidades afectadas que les resultaban inútiles. Muchos perdieron los miembros.

En el exterior las cosas no mejoraban. Las gaviotas, las ratas y demás carroñeros se apoderaron de la ciudad. Campaban a sus anchas, picoteando los cadáveres que permanecían abandonados como desechos. No tardaron en aparecer limpiadores, todos enmascarados para protegerse del hedor. El miedo a un brote de peste convirtió la infinidad de glorietas en crematorios improvisados. Desde lo alto de la clínica, podían ver las columnas de humo. Daba igual por dónde miraras, allí estaban. La ciudad entera era una barbacoa humana. Su olor se

enganchaba a la ropa y a las fosas nasales. Era como pasarse el día entre fritos. Al tercer día, la hija y el yerno de Esther dejaron de responder a los mensajes.

La limpieza no terminó. Los trabajadores desaparecieron paulatinamente. Las fiebres les impedían continuar con su labor. Sucedió lo mismo con las fuerzas del orden. En cuanto los mensajes oficiales cesaron, la humanidad pareció entender que el libre albedrío sin consideración ni consecuencias inmediatas tenía que ser la actitud reinante. Así lo demostró el reinicio de los saqueos. Los militares de la zona se acuartelaron con sus familias. Otro tanto hicieron *mossos,* urbana y guardia civil. Todos ellos se convirtieron en pequeños ejércitos en sí mismos, a su propio servicio.

Las armas escondidas por todo delincuente que se preciara empezaron a aflorar y a resonar por la ciudad. Se presenciaban luchas impensables en las calles a plena luz del día con solo asomarse a las ventanas, a riesgo de recibir un tiro perdido. Así lo ponía de manifiesto el mosaico de cristales rotos.

En la clínica, se hizo acopio de todas las existencias de alimentos y medicinas. La gente permanecía aislada en un ala del piso superior, que les brindaba la posibilidad de contemplar gran parte de su entorno con una vista de casi trescientos sesenta grados. La porción que les faltaba quedaba supervisada por una

partida que hacía guardia. Las cosas se estaban poniendo violentas.

Si alguien se acercaba en busca de refugio, se le abría la puerta. Al principio se respetó el centro porque seguían haciendo curas a los que lo requerían y se acogía a quienes buscaban cobijo. Nadie entró a saquear. Lo mismo ocurría con el convento que había al lado. Cuando ya no había tiendas de alimentación en pie, las monjas repartieron el alimento que tenían almacenado, de las donaciones. Cocinaban y la gente acudía con sus fiambreras, ollas o cualquier recipiente que pudiera usarse para tal cometido. Por suerte, en la clínica tenían también para abastecerse: tenían existencias, cocinas y generadores. Hasta se había instalado alguna placa solar antes de que las leyes las convirtieran en casi delictivas.

Esther y sus nietos, junto con David y Marc y otras personas, permanecían allí porque no tenían dónde ir. Estaban bien y se sentían seguras. Pero la principal razón era su fe en que el Gobierno arreglaría la situación, por lo que solo hacía falta ser pacientes y sobrevivir unos días más.

El primer altercado llegó al poco. Entraron unos tipos en busca de drogas y de todo lo susceptible de convertirse en ellas. Las armas les dieron la razón en la discusión. Su argumento fue más eficiente que la necesidad de que el centro contara con ellas para continuar ayudando a los necesitados. Eran hechos y palabras

huecas para la depravación. La gente seguía muriendo a su alrededor, pero eso no importaba. Imperaba la ley de la fuerza, el poder por el miedo. Afloraron las frustraciones del pasado reciente. Quienes se habían considerado despreciados se convirtieron en auténticos descerebrados, sedientos de un poder que les había sido negado.

A partir de ese momento, todo fue de mal en peor. Los medicamentos escaseaban y se necesitaban en gran cantidad. Esto tuvo sus efectos en la población enferma de la clínica Sagrada Familia, que decrecía cada hora. Pronto solo quedaron unos pocos supervivientes.

La cena no daba para más. Me había quedado tan absorto que no me di cuenta de que habían traído unas ensaladas variadas y el puchero de verduras con carne de cerdo.

Se turnaban en sus explicaciones. Ellos sí habían comido. Yo no demasiado. Por mi parte, yo habría continuado. Necesitaba saber su historia, como llegaron a asentarse en el campamento pastor. Seguro que, si mi madre no les hubiera dado pie para que se fueran a descansar, los pobres aún estarían contando su historia.

Mientras recogíamos, varios de los nuevos inquilinos parecían guardar comida. No me había fijado hasta ese momento y no sabía si lo habían hecho antes. Hasta retiraban un servicio y lo guardaban, en vez de llevarlo a la cocina. Era raro, pero no podía juzgarlos y menos llamarles la atención. Con la visión general

que me habían descrito, esto nos escandalizó. No es la palabra exacta, ya que estábamos hartos de ver escenas de ese tipo en la televisión, casi sin distinguir las reales de las ficticias. Pero no se me ocurre una palabra mejor.

Una vez que lo recogimos y lo limpiamos todo, salí con Carlos, que se había quedado solo de nuevo. Al resto de los niños los habían llevado a acostar. Salimos a dar el paseo de rigor. A Maggi la dejé en el suelo de la entrada. Era tan larga mi lucha para convencerla de salir si no quería que en días como aquel optaba por transportarla en brazos y dejarla a una distancia prudencial para que hiciera sus necesidades y volviera a casa, si tanto le molestaba estar fuera. En cuanto tuvo las patas en el suelo, se quedó contemplando el infinito, con la diferencia de que esta vez por su infinito se acercaba Marc, que venía alegremente de la entrada. Cuando llegó a nuestra altura nos sonrió.

—La costumbre de controlar que todo esté bien cada noche.

Era un buen argumento, aunque no habíamos preguntado. Como nosotros hacíamos lo mismo, nos pareció normal. Le deseamos buenas noches y emprendimos nuestro propio paseo de control. Las perras estaban un poco alteradas, pero lo achacamos a la cantidad de nuevos olores y sonidos que ahora albergaba la propiedad.

Las guardias iban a continuar. La historia reciente le daba una importancia renovada a esta medida. Tampoco podíamos olvidarnos de los gamberros que le habían destrozado la cara a Víctor. Quedaba claro que no estaban en casa, por lo que andarían por allí fuera.

La finca permaneció en silenció durante toda la guardia. Era sorprendente la gente tan diversa que nos habíamos reunido. De no haber sido por las circunstancias, posiblemente no nos habríamos cruzado, y menos cenado y dormido bajo el mismo techo. Aunque todos éramos diferentes, predominaba la buena gente, o esa fue la sensación con la que al fin alcancé el sueño.

El día siguiente se preveía prometedor. No sería tarea fácil, pero, si conseguíamos entendernos, las posibilidades eran casi infinitas. Todo tipo de proyectos se me antojaban factibles. La finca de Carlos podría convertirse en un recurso fijo. Las inspecciones y la búsqueda de suministros podrían ser constantes. Ellos aportarían su experiencia en el nuevo mundo exterior y nosotros, el conocimiento de la zona y nuestros hogares. También teníamos que informar a nuestro vecino de todo lo sucedido aquel día. Esto podía aumentar su desconfianza, pero también le podía llevar a darse cuenta de que cooperar era la mejor manera de sobrevivir.

XV: EL CAMINO

El olor del café recién hecho anunció el momento perfecto para incorporarse y empezar el día. Estaba contento: teníamos muchas cosas de las que hablar y mucho que hacer.

La primera en desearme los buenos días fue la fiel Llum, que acostumbraba a dormir en un almohadón en el suelo de mi habitación, al menos parte de la noche, ya que a veces la encontraba en el sofá de la sala. Al despertar, siempre estaba preparada para saludar. Shyra no tardaba en aparecer. El resto salía al encuentro.

Ya había bastante movimiento. En el jardín estaban los niños. Al salir con las perras, estos dejaron sus juegos para dedicarse a perseguirlas. No estaba muy claro quiénes disfrutaban más. Como estaban todas distraídas, aproveché para buscar mi preciada taza de café con leche, la droga a la que tenía acostumbrado el cuerpo por las mañanas. El desayuno de ese día fue un poco como de hotel. Como pretendíamos que descansaran y se recuperan, preparamos un poco de todo y lo dejamos en el comedor grupal: pan, embutidos, quesos, cereales, mantequilla, mermeladas, galletas, tomates, aceite y sal, además de un termo con café y otro con leche. Tenían una cocina completa para terminar de hacer, calentar, tostar o lo que quisieran, como si estuvieran en su casa.

En mi caso, tomaba una taza de café con leche del tamaño de una bañera. Tal cantidad me obligaba a tener que volver a calentarlo porque tardaba en acabarlo. Una de las veces que volvía después de recalentar el café, vi a Pedro regresar de uno de los extremos de la finca. Por su forma de caminar y su vestimenta, seguía siendo imposible saber qué rostro se escondía bajo la capucha. Se cruzó con Esther, que paseaba tranquilamente, disfrutando de los rayos del astro rey.

En cuanto estuvo a mi vera, me preguntó si l'Àvia ya estaba en pie. No la había visto. Por la hora, no tardaría en salir. La invité a entrar y nos sentamos en la sala. Volvió a agradecer la ayuda. Al ver a sus nietos, su gran sonrisa demostró la alegría que le producía que tuvieran amigos con quienes jugar y crecer. Cuando se enteró de que Pepita y Víctor eran profesores y que diariamente impartían clase, no se pudo controlar y se echó a reír. Yo no tenía demasiado claro lo cómico del asunto, hasta que me dijo que Oriol no dejaba de repetir que lo único bueno de todo aquello era la ausencia de clases. Cuando se enterara de que volvería a tenerlas, podía sufrir una rabieta. Pero a ella le hacía gracia. Reconozco que la situación tenía ironía, aunque estaba convencido de que él no le encontraría la ironía por ningún lado. Esperaba que sucediera como con Carlos y que le terminaría agradando, o al menos que no lo detestara. No tenía nada que ver con lo que había experimentado, por lo que no tardaría en aceptarlo y disfrutar como hacían los demás.

La idea era hacer una pequeña reunión con los que se sintieran con fuerzas antes de la clase de los niños, para decidir qué hacer aquel día y los siguientes. Seguirían contándonos su historia durante las comidas, los descansos, los corrillos y en las demás ocasiones en que coincidiéramos. Todos estábamos muy interesados en sus vivencias, pero no podíamos atosigarlos. Nos tendríamos que ir conociendo poco a poco, ganando confianza y amistad. Para ello, todos tendríamos que poner de nuestra parte.

Le ofrecí a Esther alguna bebida caliente mientras esperábamos que l'Àvia hiciera acto de presencia. Me aceptó un té verde. Aproveché el cometido para calentar de nuevo mi café con leche. Cuando regresé, Esther observaba las fotos distribuidas por la sala. Principalmente eran de amigos y familiares que habían venido de visita. En cuanto notó mi presencia, con su habitual sonrisa, me pidió que me sentara. Me dijo que su historia me resultaría interesante y que era importante que tuviera conocimiento de ella lo antes posible.

En la clínica, antes de que les robaran, hacían expediciones para ayudar a los heridos de la zona. Era un área residencial, con edificios cuadrados cuya belleza variaba según la época de su construcción. Algunos eran majestuosos, repletos de detalles en piedra y hierro forjado, distribuidos en la cuadrícula perfecta de la zona. La Sangrada Familia, la clínica, constaba de dos edificios separados por una manzana y unidos por un túnel peatonal. El más próximo al mar solo tenía como vecino el

convento de las Josefinas. La orden de las Teresianas también estaba presente en la zona: tenían una gran escuela con unos edificios magníficos del arquitecto Antoni Gaudí en la manzana contigua. La primera expedición fue para ver a las Josefinas. David, Sussy y Aarón salieron en aquella ocasión. Eran los más preparados para cualquier eventualidad. Los acompañantes que yo no conocía eran dos profesionales de la esgrima. Habían acudido a la clínica por una lesión sufrida por él en la muñeca durante un entrenamiento de exhibición para el colegio de las Teresianas.

Las monjas fueron prudentes, pero al final los dejaron entrar. El aspecto de niña buena de Sussy le abría cualquier puerta. Les comentaron que habían intentado entrar a la fuerza en el convento en varias ocasiones. Solo habían conseguido saltar los muros. Las puertas del convento eran demasiado robustas y, por el momento, habían aguantado las embestidas. Las monjas confiaban en que las puertas resistieran también en los siguientes intentos. Estaban perplejas, ya que ellas ofrecían alimento a cualquiera que lo solicitara. Habían visto colas de gente ante sus puertas en infinidad de ocasiones. Los incidentes sufridos las pusieron en alerta. Se habían vuelto más reacias a exponerse o abrir las puertas del convento, aunque con Sussy y sus compañeros demostraron que hacían excepciones.

Ayudaron a las monjas a ponerse en contacto con los conventos cercanos. En las inmediaciones, había tres congregaciones de

órdenes diferentes, por lo que no tardaron en tener un pequeño ejército de feligreses dispuestos a defender a las siervas de su Dios. Este grupo, cada vez más numeroso, disponía de una red extraordinaria de catedrales, iglesias, conventos, parroquias, edificios, pisos, locales, tierras y demás, que les permitiría comunicarse con cierta velocidad por cualquier sitio del mundo. Solo tenían que volver a aprender a conectar y activar su gran infraestructura empresarial para adaptarla a los nuevos tiempos, que se asemejaban al pasado casi olvidado. Los nuevos soldados de la cristiandad servían a cambio de alimento, cama, cuidados y las oraciones pertinentes para la salvación eterna.

Antes de volver a la clínica, David, Sussy y Aarón decidieron dar una vuelta en busca de armas para protegerse en caso de amenaza y no volver a ser sorprendidos. Había una ferretería cerca. Podía ser un buen lugar, quizás el único, donde aprovisionarse. No conocían armerías por la zona, por lo que tendrían que improvisar con el material que encontraran, siempre que nadie se les hubiera adelantado en el saqueo. Para abrirla, estaba David. De profesión era bombero, con lo que estaba acostumbrado a abrirse paso a través de cualquier puerta. Además, era robusto y fornido, con una fuerza superior al resto. Él era la mejor garantía de poder entrar en cualquier sitio, por lo que era el primer candidato siempre. Encontraron un poco de todo. Incomprensiblemente aquella ferretería no había sido saqueada aún, con lo que volvieron al refugio improvisado de la

clínica con un buen surtido de protección personal: hachas, picos, puñales...

Mientras tanto, las pocas doctoras que permanecían en la clínica seguían atendiendo las dolencias de los enfermos supervivientes. También atendían a los nuevos pacientes que acudían en busca de auxilio. Seguían con su ajetreo normal, hasta que volvieron a entrar quienes ya les habían robado. Entre los que morían y los que decidían optar por buscar suerte en otro lugar, se creó un descontrol evidente de gente que llegaba y se iba. Cualquiera podía entrar y tenía que ser así: no podían dejar de atender a los enfermos que acudían a diario. Los asaltantes no intentaron ser discretos: entraron amenazando y golpeando. Fue realmente violento y Esther todavía se estremecía al recordarlo.

Cuando el grupo de expedición regresó, lo único que pudo hacer fue lamentarse por no haber estado. Tampoco es que hubieran podido hacer demasiado para evitar el asalto. Por muy letales que fueran las espadas en sus manos, eran de competición. No tenían punta ni filo. Poco podrían haber hecho ante unas armas de fuego en manos de gente dispuesta a todo para conseguir lo que habían venido a buscar.

A partir de ese momento, las condiciones en la clínica cambiaron. Ahora se disponía de armas, que se repartieron por el centro para asegurar la protección. Los especialistas en esgrima consiguieron fabricar espadas letales y dieron formación a los

demás sobre cómo utilizar de la forma más eficaz posible hachas, picos, palos y machetes. Les faltaba saber si serían capaces de usarlas o, por lo contrario, se paralizarían. Pero la seguridad personal no era el único problema del grupo allí confinado: empezaron a acabarse ciertos medicamentos. Las pocas médicas que quedaban se fueron marchando, junto con el resto del personal del centro, al ver que poca cosa podrían hacer allí sin suministro médicos. No se supo qué suerte corrieron.

Fuera, las cosas no pintaban muy bien. La ciudad había perdido su movimiento normal. Los edificios antes magníficos ahora eran puntos de vigilancia o agresión. Nadie se sentía seguro, ni en la propia casa. La gente que seguía acudiendo a la clínica en busca de ayuda les explicaba auténticas atrocidades. Poco podían hacer por ellos. Curaban sus heridas lo mejor posible con lo que aún disponían. Les ofrecían alimento, que era lo único que quedaba en abundancia en el almacén, lleno de latas de conserva, refrescos, pasta, arroz, legumbres, sacos de harina, azúcar, sal, pimienta y otras especies. El agua embotellada tampoco era un problema. Aun así, estaba claro que no podían quedarse a vivir allí para siempre. La gente barajaba opciones sobre dónde ir. Se los oía discutir durante horas diversas posibilidades hasta que desaparecían.

Unos se dirigieron al cuartel del Bruc con la esperanza de que el ejército les proporcionara seguridad. Otros decían que lo mejor era alejarse lo máximo posible de las ciudades. Muchos tenían

familia en las afueras y querían arriesgarse a salir de Barcelona por sus propios medios, en búsqueda de algo mejor, sin estar seguros de lo que encontrarían más allá de la zona metropolitana. Por la falta de electricidad, mucha gente se había vuelto incapaz de habitar sus pisos y los abandonaba, pensando que la vida en el campo sería más factible. Las ciudades no estaban pensadas para sobrevivir al fin del mundo.

Corrían rumores sobre los animales del zoo de Barcelona. Muchos habían escapado o habían sido liberados y campaban libremente por la ciudad. Costaba de entender cómo había podido suceder. Entendería que algunos animalistas quisieran liberar a aves, animales de granja, pequeños herbívoros… pero ¿grandes carnívoros, animales venenosos o demás especies peligrosas? Quizás los mismos que los liberaron se convirtieron en sus primeras presas. Los carroñeros, como las hienas, hacían su agosto. Los cazadores, como las leonas, los lobos, los leopardos, las panteras y los osos, habían convertido la zona de la Ciutadella y el Gòtic en su coto de caza y atacaban a cualquier imprudente que se adentrara en el parque y sus cercanías.

Los herbívoros eran un buen reclamo para que se acercaran los cazadores humanos, confiados en que sería sencillo atrapar unos animales criados en cautividad. Era probable que así fuera, pero pocos conseguían salir de allí con vida, y menos con una presa. Los carnívoros parecían respetar la baja población de herbívoros y apreciar en demasía la dulzura de la carne humana. Sus

antiguas presas ahora eran parte del proceso de caza que actuaban como señuelo para los incautos que pretendían alimentarse de ellos.

La península ibérica ahora disponía de fauna autóctona de todos los lugares del mundo: todos aquellos animales por los que no nos habíamos tenido que preocupar, como serpientes venenosas, arácnidos letales, caimanes, cocodrilos y todo lo que habíamos almacenado en jaulas para saciar nuestra curiosidad. Un verdadero éxito de integración forzada, por no hablar de las mascotas de toda índole, que ahora circulaban libres, en busca de sustento. La ciudad cada vez se hacía menos apetecible.

Permanecer en la clínica, por muchos contactos que se hicieran, se volvió peligroso. Era un caramelo suculento para todos y no eran suficientes para proteger los dos edificios y todas las posibles entradas. Comenzó a imponerse la idea de refugiarse en la sierra de Collserola. Muchos lo repetían como si fuera la única posibilidad. No era mala idea. La población de conejos y jabalís eran abundante, igual que las fuentes de agua potable. La espesura de su vegetación permitía esconderse sin demasiado esfuerzo.

Uno de los últimos días que estuvieron allí, apareció una pareja. Fingieron que ella estaba de parto y consiguieron que se los dejara entrar para asistirla. Una vez dentro, mientras se la atendía a ella, él abrió las puertas a otro par de tipos. Entraron con una

pistola y un bate de béisbol. Mientras uno usaba el bate para destrozar e intimidar, el otro los encañonaba para exigirles lo que ya no tenían. La supuesta parturienta se encargó de requisar los cuchillos y demás armas blancas de todos los presentes.

Entonces fue cuando Aarón apareció de la nada, tan sigiloso que nadie se percató de su presencia hasta que se oyó el sonido de la caída de una mano inerte junto a la pistola que sostenía, resonando en el frío suelo, seguido de un grito de dolor y otros de pánico. Pocos segundos después, el bate y los cuchillos sustraídos caían por iniciativa de sus portadores.

La doctora que quedaba decidió curar la amputación, en contra de la opinión de muchos, que se limitaron a susurrar comentarios, aunque con clara intención de ser oídos. Cuando el hombre estuvo fuera de peligro, al menos de morir desangrado, los echaron de la clínica, con la certeza de que no tardarían en regresar por venganza y para saquear. La decisión de irse de la clínica y buscar un refugio más seguro se tornó sencilla.

Llegaron a un pacto con el convento contiguo. Los acogerían hasta que decidieran qué hacer a cambio de toda la comida que quedaba en el almacén y todo lo que quisieran de la clínica. Igualmente se lo habrían quedado si se hubieran ido sin más, pero así se aseguraban de que nadie llegara antes que ellas para saquearlo. En tres días, la Sagrada Familia fue despojada de todo lo bueno que podía ofrecer. Repartieron los alimentos entre las

diferentes congregaciones y las monjas se quedaron con todo el material médico y la maquinaria.

El convento les ofreció la calma necesaria durante unos días, pero era una calma ficticia. Los buitres humanos no tardaron en aparecer, cual aves nunca antes vistas en los cielos de Barcelona. Como confirmación de que los animales del zoo estaban sueltos, los lobos también se hacían oír. Estaba claro que ya no estaban en el parque. Su territorio parecía crecer cada noche. Pero la preocupación inmediata siempre eran los humanos, mucho más «animales» que la nueva fauna que ahora albergaba la ciudad. Necesitaban encontrar un lugar más seguro, protegido de verdad, sin estar tan a merced de saqueadores de todo tipo.

La doctora tenía a su pareja, también médico, en el hospital Clínic. Los militares habían cercado toda la manzana al poco de empezar la crisis. Podía ser un lugar seguro. Era la opción que más agradaba a todo el grupo y la que mayor consenso tenía. Pero para llevar a cabo su decisión de llegar hasta allí, tenían que exponerse a ser protagonistas de todas aquellas historias urbanas que los peregrinos les habían explicado.

Las calles vacías, en vez de contagiarles la calma reinante, les causaron cierto desasosiego. Eran muchos para pasar desapercibidos: veintiuna personas, incluyendo ancianos, niños y una embarazada. Escogieron meticulosamente el camino más seguro, en dirección hacia la montaña en vez de en dirección al

mar. Lo primero que se iban a encontrar era la plaza de Ferran Casablancas, conocido popularmente como parque la Paz, al estar justo delante de la parroquia que llevaba ese mismo nombre. Era un lugar que ellos mismos podían controlar. Llevaban haciéndolo desde el principio. Todos sus alrededores se podían ver desde la torre del convento o desde lo alto del edificio de la clínica. Era uno de los puntos de vigilancia diarios desde el segundo saqueo.

Fueron por calles estrechas, que facilitaban pasar más desapercibidos, aunque en esos días eso era difícil para un grupo. Ante cualquier movimiento, se ponían en alerta y hacían una parada técnica, extremando las precauciones. Las calles más cercanas en la dirección correcta estaban demasiado expuestas por su anchura y sus grandes edificios con cientos de ventanas por donde ser vigilados.

No obstante, no tardaron en detectar gente. La cantidad de ventanas por las que podían ser sorprendidos era exagerada. Nunca antes se habían parado tanto tiempo a contemplar las maravillosas fachadas de algunos edificios de la ciudad. Lo más sorprendente era el enorme número de construcciones con torreones en lo alto. Una ciudad repleta de puntos de águila para un francotirador. Daba lo mismo si te tocaba uno de bueno o malo, podías ser atacado sin saber desde dónde y encontrarte muerto o corriendo para salvar la vida. Muchos edificios parecían vacíos, pero era imposible saberlo con certeza sin

inspeccionarlos, lo cual estaba muy lejos de sus intenciones. Cualquiera que estuviera dentro lo tendría fácil para no ser visto desde la calle, si era lo que pretendía. Tardaron tres días en recorrer un camino que se podría hacer en veinte o treinta minutos a buen paso.

Las monjas les habían facilitado un mapa con la situación de las demás congregaciones que les podían dar cobijo. Habían marcado aquellas con las que ya mantenían contacto y los puntos conflictivos que habían detectado. También llevaban consigo una carta que, en principio, les abriría las puertas de los conventos, donde podrían alimentarse y alojarse.

Emprendieron camino hacia el noreste, ya que había un paso más estrecho que en la avenida del General Mitre para llegar hasta la calle de Muntaner. En aquella esquina había una gasolinera, marcada en el mapa como un lugar conflictivo, por lo que era conveniente extremar las precauciones y no confiarse en ningún momento. Al llegar a la calle de Mandri, vieron muchos comercios saqueados. Otros mostraban huellas de que los saqueadores habían fracasado en sus varios intentos. También vieron la ferretería que los había provisto de armamento en su día, ahora completamente vacía.

Aarón iba unos metros por delante, a modo de avanzadilla. David cerraba el grupo con sus grandes espaldas. Sussy, con su aparente inocencia, permanecía junto a los más indefensos.

—Ella podía pasar por un ser indefenso si no la conocías. Nadie podía sospechar de su capacidad para defenderse y causar dolor —las palabras serias y contundentes de Esther me mantenían intrigado, necesitaba saber qué había ocurrido con los miembros del grupo que no habían llegado a casa. Sobre todo, Sussy.

Con mucho temor, cruzaron los cinco carriles de la avenida sin problemas. Sentían una falsa sensación de seguridad. Habían atravesado el tramo marcado como peligroso, el primero de muchos otros que quedaban en el camino antes de llegar al destino. Les subió el ánimo. La primera parada quedaba cerca. Era el monasterio de Santa Maria Magdalena. Las monjas se habían hecho cargo del geriátrico que tenían enfrente y de los edificios del colegio Els Arcs y del CAP, situados en sendas esquinas.

La parroquia no era demasiado grande, pero el resto de los equipamientos, como el edificio de la residencia, el jardín y el huerto, ocupaban más de media manzana. No tardaron en llenar la parte residencial y las estancias del convento con adeptos feligreses que les juraban lealtad eterna. Adaptar los otros edificios fue algo más lento, aunque nunca estuvieron en desuso. Se instalaron literas, camas, separadores y demás para acomodar al mayor número posible de feligreses. Eran una fuerza creciente. La fe los unía en el desamparo. Era asombroso lo organizados que estaban. Todo el que podía valerse aportaba algo a la comunidad creciente.

Estas organizaciones vinculadas con la espiritualidad eran capaces de albergar a una gran diversidad de individuos, desde gente acaudalada hasta los que los habían esperado a la salida de la misa para pedirles las monedas sobrantes. Ahora, todos bajo el mismo techo, colaboraban para la supervivencia.

Les tentaba la idea de quedarse, igual que en la congregación que ya habían dejado, pero no era lo que les convencía. De todas las sugerencias, la mejor era acompañar a la doctora y refugiarse en el Clínic. Si no era posible, la segunda opción más aceptada era buscar un lugar lejos de la ciudad donde intentar establecerse como antaño habían hecho tantas generaciones.

El hecho de haber afrontado la primera crisis juntos los unió como grupo. Se percibían como una unidad fuerte y estable, lo que favorecía la seguridad en sus actos. No se sentían desamparados, ni habían tenido que afrontar todo lo sucedido en soledad. Tampoco habían sufrido escasez como les había sucedido a muchos de los que ahora eran soldados de la Iglesia. Seguían prefiriendo su unidad.

Aunque contaban con autorización y les llevaban recambios, un feligrés se encargó de dejarles claro que no necesitaban más bocas que alimentar. Sussy atajó el problema. Con dos movimientos, lo arrinconó contra la pared y deslizó la punta de un lápiz hasta su carótida con la presión justa para que lo notara. No le hizo falta decir nada. El mensaje fue entendido. Sussy

estaba convencida de que estupideces como esas suponían un verdadero problema a corto o medio plazo, y de que era preferible atajarlo lo antes posible. A partir de entonces, cada vez que la veía acercarse, el hombre la rehuía y se alejaba lo más posible. No se le volvieron a oír comentarios despectivos, pero estaba claro que debían partir. Ese no era su lugar.

Esther seguía con la historia y la gente se unía e iba ocupando las sillas. Los que no encontraron asiento, se apoyaron donde buenamente podían. Los niños estaban en el suelo, junto con las perras, que disfrutaban de sus caricias. L'Àvia escuchaba sin perder detalle. Agradecía el silencio generado ya que, de lo contrario, desconectaba. Con su sordera incipiente, se le cruzaban las conversaciones y terminaba por no oír ninguna.

Comenzábamos a ser conscientes de lo que habían vivido. Eso despertaba dos tipos de sentimientos: uno de solidaridad y otro de cautela, de inquietud. Habían sobrevivido a todo aquello y aún no conocíamos más que el principio del viaje que los había llevado hasta la sala de estar de casa, donde nos apelotonábamos todos para escuchar sus peripecias. Me bastó mirar a Eduard para entender que pensaba lo mismo. Seguro que también se centraba en los peligros que podían entrañar los nuevos inquilinos.

Con las aportaciones de los presentes de su grupo, Esther siguió explicándonos su tránsito hacia el hospital Clínic, tras aquella primera noche en Santa Maria Magdalena. Con las primeras

luces del día, los despertó el aroma de un rico café, acompañado de unos sobaos de propia elaboración. Era como volver a la infancia, hasta los vasos y platos la recordaban. Pero ni un buen desayuno les seducía lo suficiente como para olvidarse de su objetivo. Por un momento el exterior se les antojó liberador, refrescante. Aunque la polución de la ciudad había desaparecido, ahora estaba mucho más sucia y ruinosa, pero no olía a rancio como aquel monasterio. Supongo que también influía la mala ventilación de la estancia en la que habían estado confinados durante las horas nocturnas.

En cuanto dieron cuenta del desayuno, los acompañaron hasta la salida sin demasiados remilgos ni despidos ceremoniosos. La marcha se hacía lenta. Fuera de las zonas ocupadas de la ciudad, seguían los cuerpos esparcidos. No se había terminado de hacer limpieza. Las criaturas de la muerte proliferaban y creaban cultivos potenciales de enfermedad e infección. Además, la ciudad disponía de un surtido cada vez mayor de ratas enormes que campaban a sus anchas y reclamaban la superficie que antes les había sido vedada.

Moverse en grupo, con niños y ancianos, era lento y tedioso, igual que proveerse de alimento y agua potable suficientes. Esas tareas ocupaban gran parte del día, aunque la búsqueda de alimento era relativamente fácil, siempre que llevaras a un David contigo. Su fuerza y su maña les abría de par en par todas las puertas todavía cerradas.

Por primera vez en sus vidas, comenzaban a vislumbrar lo que significaba vivir al día y no tener fe ciega en despertar al siguiente. La falta de experiencia en vivencias de ese tipo ralentizaba la marcha y favorecía las disputas por tonterías. El miedo se apoderaba de sus actos y palabras cada vez con mayor frecuencia. Parecía contagioso. Rara vez afectaba en dos ocasiones seguidas a los mismos individuos. Todos necesitaban derrumbarse en algún momento. Por suerte, en esas situaciones solía aparecer alguien con capacidad de sobreponerse o construir una coraza que lo aguantara todo hasta que los demás volvieran a centrarse. Tampoco era cierto que estos salvadores no sufrieran bajones ni que fueran más fuertes. Simplemente no podían evitar actuar así. Por suerte siempre quedaba alguien del grupo lo suficientemente optimista para dar coraje y ánimos para seguir adelante.

Ahora era muy evidente que había más hábitats que habitantes en la ciudad. Muchas casas estaban cerradas y sus antiguos inquilinos, desaparecidos. Pasaron la siguiente noche en uno de los pisos inspeccionados en busca de alimento, medicamentos o armas. Podrían haber accedido a alguno de los puntos cristianos, pero la hostilidad latente de los feligreses aconsejaba ser precavidos y usar esa opción solo en caso de necesidad o emergencia. Limitar los encuentros con otras personas menguaba las oportunidades de conflicto. La idea era dormir en lugares seguros y alejados de otros humanos, en la medida de lo

posible, aunque no descartaban tener que acudir a las congregaciones. En esos tiempos, no te podías permitir el lujo de cerrar ninguna puerta definitivamente.

Los sonidos de la ciudad eran del todo diferentes. Un silencio extraño reinaba en el ambiente, hasta que era interrumpido por disparos, explosiones y gritos. Más entrada la noche, se empezaban a oír aullidos y rugidos. Nada que ayudara a sentirse seguro y tranquilo.

XVI: LA DOCTORA

En la mañana del tercer día, llegaron al perímetro del hospital Clínic. Los militares habían vallado la manzana que ocupaba junto con el parque que colindaba con la entrada trasera. También se hacían cargo del mercado y del solar donde había habido una estación de bomberos. David recordó que había decidido hacerse bombero con ocasión de una visita escolar a esa antigua estación. Es raro ver como la vida puede cambiar tanto en tan poco tiempo… Su pasado como bombero parecía muy lejano y no lo era. Simplemente era otra vida.

El único acceso al hospital parecía ser el trasero. Allí se congregaba gente que intentaba refugiarse. Mientras unos hacían cola, otros, desesperados, desistían en su intento y volvían a la cruda realidad de buscar un lugar seguro donde esconderse.

Permanecieron un rato observando lo que sucedía con la gente que intentaba entrar. Se mantuvieron a distancia para permanecer ocultos, por lo que solo podían imaginar conversaciones y sucesos, lo que les servía de poco. El grupo al completo se puso a hacer cola. La pareja de la doctora teóricamente estaba en el interior. Al menos tenían que intentar averiguar si realmente él permanecía en el Clínic. Que los dejaran entrar era otra cosa. No parecía que esa gente ejerciera la violencia, o eso pensaron hasta que el avance paulatino los

dejó bastante cerca del primer control, donde un grupo al que no habían dado el visto bueno intentó entrar de todos modos. Una ráfaga de balas a escasos centímetros de los pies del cabecilla apaciguó sus ánimos. El grupo emprendió la retirada sin más discusiones ni intentos.

El sonido de las balas al salir disparadas e incrustarse en el suelo los puso algo más nerviosos de lo que ya estaban. Alguno pareció tener la intención de recular, pero el grupo permaneció compacto. David se encargaba de mantener la retaguardia y apaciguar a los que dudaban. Por delante, encabezaba el grupo la doctora para poder llamar la atención de su pareja si estaba por los alrededores. Los demás habían visto fotos de él, pero eso no hubiera ayudado a que él les prestara atención. Junto a ella, iba Aarón, capaz de defender a todo el grupo si las cosas se ponían mal. Detrás iban los niños, los mayores y Susana, que por entonces seguía embarazada. Sussy los protegía pasando inadvertida. El resto los seguía de cerca.

Albergaban la esperanza de que esta composición les facilitara el acceso, aunque fuera por pena y compasión. No tardaron en descubrir que no iba a ser así. En cuanto les llegó el turno, los repasaron desde la distancia. Estaban en clara desventaja y a merced de los militares que protegían el hospital. El pasillo por el que los habían hecho desfilar durante horas les impedía toda escapatoria.

La doctora intentó preguntar por su compañero a los tres hombres que se acercaban armados con metralletas. Era una situación incómoda a la que no estaban acostumbrados. Eso generaba una tensión que, mal gestionada, podía llevar a malentendidos de mal desenlace. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, los militares la mandaron callar de forma tajante. El tono no sugería réplica. Uno de ellos se mantenía un poco más alejado, apuntando con su arma. El que daba las órdenes seguía gritándoles instrucciones. «Manos arriba», «silencio» y cosas por el estilo. Un tercer hombre desapareció tras una camioneta que hacía de contención. Pronto regresó empujando un carro de la lavandería del hospital. Uno a uno, fueron desfilando para ser registrados y desprovistos de todo aquello que pudiera ser susceptible de usarse como arma. Si antaño las normas de seguridad llegaban hasta el absurdo, ahora rayaban la obsesión.

Concluido el primer filtro, le preguntaron a la doctora el motivo de la visita, simplemente por ser la que iba en cabeza. Todo muy seco y a la vez educado. Ella les explicó que venía en busca de su compañero, que él era médico y que ella también, que todos habían sobrevivido a la catástrofe juntos y pretendían continuar unidos. La única información a la que atendieron fue el nombre del novio. Uno de ellos se alejó para comprobar la presencia del doctor Ordóñez.

No tardaron en aparecer otros tres soldados, que los escoltaron, a ellos y sus armas, hasta una carpa justo en el exterior de los muros del recinto. Allí los hicieron sentar a unos en el suelo y a los otros en los bancos y sillas existentes. El grupo aún mantenía la educación mínima y cedieron los asientos disponibles a quienes más los necesitaban: los enfermos, los mayores y la embarazada. Esta última se mantenía fuerte, pero convenía cuidarla. Al poco, otros dos guardias aparecieron y se llevaron a la doctora. No pudieron evitarlo. Entraron y se la llevaron casi en volandas, haciendo oídos sordos a las quejas.

Unos diez minutos después, apareció un chavalín repelente vestido de militar. Se limitó a mirarlos con desprecio, como si fueran desechos inaprovechables. Sin volver a mirarlos, recitó una lista de profesiones: sanitarios, mecánicos, químicos, militares, bomberos, informáticos, ingenieros, policías o profesiones similar. En cuando terminó, se giró para aclararles que solo quienes tuvieran una de ellas podrían quedarse. Al resto se les devolverían sus cosas y los acompañarían a la puerta. Les daba cinco minutos para despedirse. Sin esperar los reproches, salió de la tienda. Todas las preguntas que hicieron a los guardias que permanecían allí se quedaron sin respuesta.

Antes de que se dieran cuenta, se había cumplido el tiempo otorgado. Volvió el finolis. Esta vez, arropado por dos armarios empotrados. Ordenó que se acercaran los candidatos. Acudieron cuatro personas: una de las pocas enfermeras que se habían

quedado hasta el final, un chico joven que estudiaba una ingeniería y un matrimonio, ambos mecánicos. Él se dedicaba a los coches y ella era una forofa de las dos ruedas.

Les informaron que la doctora había sido seleccionada. El reclutador desapareció otra vez, seguido por los que habían sido sus compañeros y que ahora apostaban por la seguridad del centro. Otros del grupo que se podrían haber quedado, como David, optaron por permanecer con los desechados para protegerlos. Ahora entendían mejor las maldiciones del grupo que había sido desalojado. «*La supervivència podia ser molt barjaula*», digo a menudo.

Los empujaron amablemente para desalojarlos de la tienda y los acompañaron hasta la casilla de inicio. Por el pasillo de división de los dos edificios, se acercó corriendo la doctora. Fue interceptada justo antes de llegar a la gran puerta cerrada, que daba acceso al hospital, pero estuvo lo bastante cerca para poder despedirse. En ese punto de la historia, Esther se detuvo. En el comedor, estaban todos en silencio. Al desaparecer la voz de ella, no se oía ni respirar.

Sus vivencias estaban muy bien. Nos ayudaban a entender cómo estaba la situación fuera y qué podíamos esperar de ellos. Pero yo no entendía por qué el relato no podía esperar hasta la hora de cenar. Teníamos muchas cosas por hacer y debíamos

aprovechar la luz del día. Cuando iba abrir la boca, como si lo estuviera esperando, ella continuó.

Durante todo el tiempo que pasaron juntos, se habían explicado sus vidas pasadas y habían planificado posibilidades e ilusiones. La doctora les había dicho dónde se encontraban sus padres y su hermana. Hasta aquí, todo continuaba siendo irrelevante, pero Esther continuaba hablando. Algo cambió en su forma de contar la historia a partir de ese momento. Solo parecía hablarme a mí.

—También nos aconsejó que viniéramos a verte —soltó sin más.

Me quedé perplejo solo una fracción de segundo. Fue entonces cuando caí en que todo el tiempo había estado hablando de María. Ella era su doctora. No sabía cómo reaccionar. Por una parte, eran muy buenas noticias. Estaba viva y a salvo. Pero también me recordaba la imposibilidad de estar algún día con ella. Cuando pude controlar mis pensamientos, atiné con la pregunta adecuada: ¡decir que venían de parte de María tenía que haber sido su carta de presentación inicial!

—Per què no ho heu dit abans?

El tono sonó más severo de lo que pretendía y de lo que sentía realmente. Se notó una pequeña reacción en ella y en los otros integrantes de su grupo. Los demás no entendían nada de lo que sucedía. Esther siguió explicando. Estaba claro que era una conversación entre los dos.

Al parecer, no era la primera finca que habían tomado por su destino final. Un par de semanas antes, no se habían percatado de un error de dirección y habían girado a la derecha en vez de a la izquierda. Una simple decisión podía representar problemas inimaginables. Así fueron a parar al que pensaron que era el lugar indicado. Se acercaron muy confiados. Les aseguraron que habían llegado. En cuanto se confiaron, los amenazaron. La actuación de Aarón les salvó la vida y les permitió escapar.

El silencio volvió a la sala. El clima se cargó rápidamente de tristeza y dolor al recordar. Yo ya no podía más, necesitaba saber por qué Aarón y Sussy ya no estaban en el grupo.

—En les vostres vivències, no pares de parlar de la Sussy i l'Aarón. Que se n'ha fet, d'ells?

—L'Aarón és mort.

Me quedé helado. Esther me contó que murió aquel mismo día. Había logrado ponerlos a salvo, pero él no sobrevivió. Era entendible y lógica la tristeza de todo el grupo al hablar del compañero que ya no estaba con ellos. Perder a Aarón aquel día, después de que él les salvara la vida, era de difícil digestión. Pero aún faltaba saber sobre la otra espadachina, que tan temible era y tanto los había defendido. Esther vio mi cara de duda y me sacó de la oscuridad: Sussy seguía viva, atenta al grupo. Sussy seguía siendo su plan de salvación en caso de que se volviera a torcer todo.

—Sussy està fora, protegint el perímetre per si ens ha de rescatar.

—Per què ara i no ahir? —pregunté en un alarde de honestidad y obviedad. No entendía que hubieran tardado tanto en contar su historia y cómo esta estaba vinculada a mí a través de María.

—Fins ara no he vist la fotografia que tens amb la María i la seva família. Encara que ens heu tractat fantàsticament, havíem d'estar-ne segurs.

Me fijé en la fotografía que había justo detrás de Esther. Salíamos todos: mi madre y mi padre, María con sus padres y su hermana, y yo mismo, detrás suyo, con una mano reposando en su hombro. La habíamos tomado poco antes de saber que a mi padre tendrían que ingresarlo. Todos sonreíamos, ajenos al sufrimiento que estaba por llegar. Me encantaba aquella fotografía, por eso la había enmarcado y situado en un lugar bien visible de la sala.

—És el que té més sentit —sentenció l'Àvia antes de que a nadie se le ocurriera sentirse ofendido o demostrárselo a aquella gente que tanto había sufrido. Además, ahora eran sus invitados.

¡Suerte de la fotografía!, pensé en mis adentros. Quizás, sin ver la foto, nunca se hubieran sentido lo suficientemente seguros para compartir su verdadero motivo de montar el campamento pastor tan cerca de mi finca. Y también me gustó saber que Sussy estaba bien, vigilando la retaguardia. Ya no era necesaria su

reticencia y su prudencia, por lo que no hacía falta mantenerla más en el bosque. Sussy merecía cobijo y alimento.

—Si ho creieu convenient, podeu cridar-la, per si vol menjar i descansar.

David fue quien se levantó para ir a su encuentro. Mientras salía por la puerta, se notaba que todos queríamos seguirlo, pero nadie osaba. Por suerte, los niños no fallan: sin ningún tipo de complejo, se levantaron y lo siguieron. Así nos abrieron la puerta al resto de los curiosos. Aceleré un poco el paso y no tardé en alcanzarlo. David movía los brazos para llamar su atención a la distancia. Inspeccioné la zona a la que él se dirigía, pero no fui capaz de ver nada anómalo, y menos una figura humana.

XVII: SUSSY

Después de todo lo que había oído hablar de ella, hasta estaba nervioso. Seguía teniendo muchas preguntas sobre María y su familia, pero lo primero era conocer a la última componente del nuevo grupo, a alguien tan temible que era su último recurso, su rescatadora en caso de que las cosas no fueran como eran de esperar. Como había dicho l'Àvia, sus precauciones eran lógicas y teníamos que tomar nota de ellas.

De repente, Sussy salió de un lugar completamente diferente al que nos dirigíamos. Un abrigo con la capucha echada, más parecido a una capa, le otorgaba una presencia magnífica. Su aparición fue para cortar respiraciones. A medida que ella se acercaba, pude ver claramente que era una mujer menuda. No se le podía apreciar el rostro, pero gracias al vuelo del abrigo, su fabulosa figura quedaba al descubierto, con un andar decidido.

Le abrí la puerta para que entrara. Antes de proceder, se plantó delante y me examinó de arriba abajo, como si me evaluara, cosa bastante probable. Tenía un rostro dulce, salpicado de pecas que le daban un toque más mágico y aumentaban su belleza. Su mirada conseguía intimidar. Era fría y calculadora. Un mechón pelirrojo le caía por el lateral. El resto de su pelo estaba cubierto por la capucha. Pude ver la empuñadura de la espada que sobresalía por su espalda. En el cinturón llevaba un par de

cuchillos bien visibles. Uno a cada lado. En ellos reposaban grácilmente sus dos pequeñas manos enguantadas en cuero. En líneas generales, era un ser que parecía extraído de los cómics de manga.

Mi repaso fue menos calculado y más hormonal. Era una mujer de las que te giras tres veces para mirar, las dos primeras para maravillarte y la última para comprobar que es real. Intenté mostrarme lo más amable posible y la invité a entrar.

—*Bon dia, com si estiguessis a casa teva* —le dije con la pretensión de relajar la tensión que me trasmitía. «Mi casa es tu casa» acostumbraba a funcionar bien, pero al decirle mi nombre, su rostro se volvió severo de nuevo y, sin mediar palabra, entró dándome la espalda. De inmediato abrazó a su compañero e intercambiaron saludos.

Los siguientes en saludarla fueron los niños de su grupo, que le presentaron a los nuestros. Entonces se volvió a relajar y pude oír su melódica voz. Era un encanto con los niños. Pensé que quizás no le gustaran los adultos, pero pronto quedó claro que su problema era conmigo. Con el resto estuvo encantadora, sonreía amablemente. ¡Hasta con las perras! Estuvo igual de simpática con los que salieron a recibirla como con los que habían permanecido en el interior. Yo era la única persona por la que sentía desprecio. ¡Todo un éxito! Caerle mal a la persona

probablemente más peligrosa del recinto no me dejó con buen cuerpo.

Mientras ella se aseaba, comenzamos a hablar de cómo organizarnos y repartir las tareas, intentando evitar conflictos. Para no separar a los recién llegados y estar algo menos apretados, mis tíos, con sus hijos y Anna, bajarían a la finca de Carlos. Después de las historias que habíamos oído, separarnos no era lo más lógico, pero los nuevos eran amigos de María y parecía que hacíamos buenas migas. Era necesario conocernos más y aprender a trabajar conjuntamente. Con los días, quizás alguno de ellos también bajaría a vivir con mis tíos y mis primos. El tiempo diría si la decisión de trasladar a la familia había sido acertada o, por lo contrario, un error trágico.

Tenía muchas preguntas pendientes sobre María y su familia, pero tenían que seguir esperando. Lo primero era terminar de organizarnos. Se repartieron las tareas propias de la finca, que no eran demasiadas. Lo que sí urgía, con tanta gente en casa, era limpiar, ordenar y cocinar. Todo fue rodado. La gente se ofreció voluntaria para cada una de las tareas. Iba a ser un día relajado, aunque el ambiente no lo estaba tanto. Nos vigilábamos los unos a los otros. En el exterior siempre estaban David o Sussy. Era como si quisieran tener la oportunidad de escapar o de controlar el mayor espacio posible.

A medida que pasaba el día, el roce propio de los quehaceres consiguió romper barreras y reticencias. Sin darnos cuenta, hablábamos unos con otros de cosas cotidianas, sin importancia. Era de lo más «normal», hasta que lo pensabas. Entonces carecía de sentido. Vivíamos el declive de la humanidad y no nos conocíamos de nada, pero no importaba. Al final del día, la buena química entre todos quedó patente. El único punto de fricción era mi falta de relación con Sussy. Por mucho que intentara reconducirlo, ella me rehuía, como si estuviera apestado.

Durante la tarde, mis tíos bajaron hasta la finca de Carlos para instalarse en ella. Antes de cenar, estaban de regreso. Esto brindó una nueva oportunidad de hablar e intentar resolver todas las dudas que se habían planteado durante la jornada. Para mí, lo primero era averiguar todo lo posible sobre María. Necesitaba saciar mi curiosidad. Esther percibió mi interés, más que evidente, pero no pudo ampliar demasiado la información. María estaba segura, en el recinto del Clínic, pero aun así... Antes de separarse, ella dejó claro su deseo de reunirse con ellos y su familia en cuanto le fuera posible. Esa última frase me atormentaba. El punto de reunión sería la finca. Mientras Esther me lo explicaba, yo notaba la mirada de Sussy y presentía su ira y algo más que no sabía identificar.

XVIII: LA MARCHA

Esther siguió con su relato de los hechos. Faltaba mucha información para saber cómo habían llegado hasta mi finca, seguramente en un periplo no exento de peligros y más pérdidas. Según mis recuentos, del grupo de veintiún supervivientes de la clínica Sagrada Familia, solo salieron del hospital Clínic dieciséis. Ahora ya sabía que por desgracia Aarón estaba muerto, pero en mi casa solo habían llegado Sussy, David, Esther con sus nietos, Susana con su bebé, Jorge, Marc y el único con conocimientos médicos del grupo, Àlex.

La información que habían recopilado de toda la gente que había acudido a la clínica y los pocos con quienes habían podido hablar luego indicaba que salir de Barcelona no iba a ser tarea fácil ni carente de peligros. La primera decisión a tomar era dónde ir.

Se habían planteado diferentes opciones en el transcurso del tiempo compartido. La decisión de salir de la ciudad era la más apoyada. La dirección a tomar era, sin lugar a dudas, hacia la provincia de Girona, donde se encontraba la familia de María. Estaban en su segunda residencia, en un pueblo de la costa. Seguirían su plan. Le habían prometido que irían a buscar a su familia y luego encararían todos juntos la ida hasta mi finca. Ella siempre había cuidado de ellos y había insistido en la viabilidad

de esta opción. Además, si en algún momento era posible algún reencuentro, sería allí.

Tenían dos posibles salidas: por la montaña o por la costa. Según la información obtenida, la montaña era más segura. En la costa se habían congregado varias guerrillas, sin olvidar que el zoo, situado en el litoral metropolitano, había ampliado sus límites y hacía jornadas de puertas abiertas para incautos y desesperados cada día.

Sufrir emboscadas era factible en ambos caminos, pero el grupo tenía la sensación de que era más seguro refugiarse en la sierra de Collserola y seguir por la montaña. Implicaba un largo camino y necesitaban descansar mucho, sobre todo Susana y Esther. Pasarían la noche en algún apartamento de los edificios ubicados frente al hospital. Era lo acordado en caso de separarse, esperando un reencuentro más temprano que tarde. Entraron en el escogido. Estaba más poblado de lo que esperaban. La mayor parte de la gente intentaba evitarlos. Los que no lo hacían buscaban algo de ellos. Se respiraba desconfianza y oportunismo.

Subieron hasta encontrar una planta vacía. David se encargó de abrir la puerta de uno de los apartamentos. El resto revisó el piso en busca de alimento, armas y medicamentos. El piso no había sido saqueado, así que pudieron reponer algo de alimento. Encontrar armas era más un deseo que una posibilidad real, pero debían seguir buscando sin desistir. Nunca se sabe lo que la

gente puede llegar a esconder en su casa. Con las medicinas era más fácil: en toda casa de vecino hay botiquín con remedios para cualquier mal. Éramos una sociedad en la que los medicamentos parecían no caducar y se acumulaban religiosamente.

Un grupo se encargó de preparar la seguridad y comprobar el resto de la planta. En el piso más alejado de ellos en el mismo rellano estaba habitado. No quisieron molestar a ningún vecino ni delatar su presencia. Regresaron al piso, donde comerían y descansarían, a la espera del nuevo día.

Quehaceres antes impensables ahora se convertían en rutina. Todos tenían su cometido y lo llevaban a cabo sin necesidad de indicaciones. Encendieron un fuego en la bañera. La ventaba aseguraba una buena ventilación. Prepararon la cena en el baño. La pasta con tomate era su principal alimento, y lo que encontraban con mayor frecuencia. Cada uno había adquirido unos antojos especiales. Buscaban pequeños caprichos para el paladar y celebran su encuentro. La mayoría coincidía en los dulces, pastelitos, chocolate y cosas similares. Esther era más de las mías: le apasionaban los frutos secos.

Una bocina los despertó del encantamiento que llega con la calma de la jornada concluida. Asomados por la ventana, vieron a los soldados acompañar a comerciantes fuera del recinto, tras expulsar a los que mendigaban por allí o buscaban una oportunidad para colarse en el interior. En cuanto todo el mundo

estuvo fuera, fortificaron de nuevo la zona para impedir la entrada y apostaron soldados para vigilar todo el perímetro. Parecía más una fortaleza que un hospital universitario.

Las noches sin televisión obligaban a mantener conversaciones o a leer. Había mucho tiempo para pensar. Sus horarios habían cambiado por completo. Funcionaban con el sol. Cuando salía, se ponían en marcha. En cuanto empezaba a ponerse, era el momento de encontrar refugio. Compartían la sensación de que debían aprovechar el día. No tardaron en quedarse dormidos, vencidos por el cansancio y el cúmulo de emociones derivadas de la separación forzosa de gente apreciada. Solo quedó despierto el encargado de hacer guardia.

Alrededor de las dos de la madrugada, un estruendo en la puerta despertó a todo el grupo. Intentaban entrar a la fuerza. Todos saltaron como resortes. Unos se pusieron a cubierto y otros cogieron sus armas blancas. Por suerte, el barullo de voces y movimientos hizo desistir a los invasores, pero la alteración y la inyección de adrenalina impidieron a muchos volver a conciliar el sueño.

Al amanecer, lo recogieron todo para preparar el ascenso de la ciudad. David estaba de guardia. Miraba cómo despertaba la ciudad, sobre todo la zona del hospital Clínic. De noche todo había estado casi desierto, pero al despuntar el día, el edificio y sus alrededores empezaron a cobrar vida tímidamente. De

repente, su mirada se paró en un detalle: vio una toalla desplegada en el pasillo exterior que separaba dos de los edificios. Era el lugar donde se habían visto forzados a despedirse de la doctora. En la toalla se podía leer claramente «Jan Poble». Era María. Pronto unos guardias le arrancaron el cartel de las manos de mala manera. La vio protestar airadamente y agarrar de nuevo la pancarta improvisada para volver a exponerla en dirección al edificio donde sabía que estaban los suyos. Poco tardaron en arrastrarla al interior, tras tirar con desprecio al contenedor el objeto de su rebeldía, para desparecer por el edificio de la izquierda.

David informó del suceso inmediatamente al resto del grupo. La doctora se había tomado muchas molestias para asegurarse de que el grupo veía su mensaje, afrontando la posibilidad de sufrir consecuencias. Todo para enviarlos hasta la finca de Jan. Lo tuvieron todos claro: su meta era ahora llegar a Can Poble.

Cuando estuvieron preparados para partir, dieron un último vistazo al edificio de enfrente para intentar volver a ver a María o a alguno de los antiguos integrantes del grupo. La gente ya hacía cola para comerciar o intentar refugiarse, pero ni rastro de la doctora ni de los demás.

Reprendieron la marcha, sabiendo que les esperaba una jornada larga y cansada. David solía cerrar el grupo en las travesías para ayudar a los rezagados. Su tamaño intimidaba lo suficiente como

para, al menos, plantearse dos veces la idea de robarles o atacarlos.

Ascender por la ciudad no era un paseo agradable. Restos de cadáveres, cristales de los escaparates esparcidos por el suelo, coches volcados y calcinados en las aceras convertían la ciudad en generadora de futuros traumas. Tomar precauciones tenía varias ventajas. La más evidente, prever problemas. El aumento en su capacidad de observación aportaba un valor añadido. Miraban y descubrían miles de cosas que estaban allí y en las que jamás se habían fijado, por más veces que hubieran pasado por el lugar. Caminar y buscar se convirtió en algo tan automático como respirar.

Durante el transcurso del día, y viendo la precariedad de sus movimientos, varios decidieron volver al convento del punto de partida. La experiencia de moverse sin seguridad y sin saber dónde pasarían la próxima noche superó las ganas de seguir con la aventura. Aunque no era el camino más directo para salir de Barcelona, decidieron regresar todos sobre sus pasos para asegurarse de que los que volvían al convento lo hicieran de la forma más segura posible. Los acompañarían hasta el destino que habían escogido, intentando mantener el grupo unido hasta el final.

El monasterio de Santa Maria Magdalena, en el que habían dormido en el camino de descenso, ahora estaba bajo la

dirección de otra persona que no tenía intención de cumplir el compromiso de las congregaciones con ellos. Las situaciones cambiaban de un día para el otro.

No se lo tomaron como un drama. La humanidad ya los había decepcionado y ya estaban adquiriendo práctica en buscar refugio en la ciudad. No tardaron en encontrar un buen lugar lo bastante alejado de donde se concentraban los adeptos. El último uso que se había dado al edificio que ocuparon esa noche era el de cocina de una charcutería de éxito de la zona. Pasaba desapercibida desde el exterior y no era conocida por demasiada gente en el barrio.

La fortuna les sonrío una vez más. Tuvieron el placer de ser los primeros en entrar a saquearla tras el colapso total. Todo seguía ordenado e intacto. El almacén, repleto de producto, a la espera de los afortunados que se hicieran con él. Sería una buena información para intercambiar en el convento si también ponían problemas para cumplir su pacto. Se la darían de todos modos si los aceptaban sin reticencias, para que pudieran subsistir una temporada más.

Esa noche hicieron un festín. No se privaron de nada. Caviar, jamón de jabugo, embutidos, salmón ahumado, quesos, vinos, licores… casi cualquier antojo gastronómico se podía satisfacer en aquel almacén. Sabía a última cena, una cena especial antes de que el grupo se volviera a disgregar.

Al despuntar el sol, cargaron lo necesario y se aseguraron de no ser vistos al salir. Aquello permanecería intacto si nadie se enteraba. Como la vez anterior, previeron que habría conflictos en la gasolinera. Ni se molestaron en comprobar su estado.

Con la poca luz que prestaba el nuevo día, cruzaron la avenida del General Mitre cubriéndose entre los vehículos esparcidos por doquier. Ya podían ver lo alto de la clínica que los había unido y resguardado. La tentación era ir directo hacia allí por la avenida, pero el sentido común o el miedo les hizo seguir subiendo para descender por calles más estrechas, menos interesantes, pero a priori más seguras.

Cuando estaban llegando al parque de la Paz, justo a una manzana de la clínica Sagrada Familia y del convento, oyeron un disparo. El grupo se detuvo en el acto. Aarón se adelantó, mientras el resto permanecía en las sombras, intentando no llamar la atención. Vieron a un grupo que pretendía traspasar las barricadas que envolvían la manzana. Eso era nuevo. Las barricadas conferían a los edificios un aspecto de castillo con foso muy poco esperanzador. Sonó otro disparo. Aarón aseguró que provenían del convento. Parecían más una advertencia que un intento real de matar. Aquellos disparos eran una demostración de que podían defenderse para disuadir a posibles agresiones.

La situación de invasión que estaba sufriendo el convento no facilitaba llegar a destino. No estaba claro que pudieran conseguirlo a corto plazo ni que los que resistían dentro del convento fueran a cumplir su palabra de acoger a los que pretendían quedarse. Todo cambiaba demasiado rápido para dar nada por sentado. El grupo tendría que permanecer escondido hasta que el parque quedara desierto.

Después de informarles de lo que sucedía, Aarón volvió a marcharse, esta vez acompañado por Marc. Rodearían la fortificación y comprobarían si existía algún acceso despejado para solicitar asilo. La misión no estaba exenta de riesgos para ellos ni para el grupo. En cualquier momento podían ser descubiertos. Era una vida insegura y de constante incertidumbre.

A los niños, les resultaba más pesado estarse quietos y en silencio. Era recomendable buscar un lugar donde pasar la noche en caso de necesidad. Cualquier vivienda vacía serviría. A resguardo, podrían actuar con cierta normalidad. Escogieron la misma portería que les hacía de refugio improvisado para buscar un piso. Primer piso, primera puerta. Ningún ruido en su interior. Llamaron suavemente con los nudillos a la espera de escuchar algún ruido. Sin movimiento aparente. David era cada vez más diestro en invadir la propiedad ajena. En menos de cinco minutos, ya estaban dentro. Revisaron todas las estancias antes de que entraran los niños. Después de asegurar el lugar, todos

empezaron con sus rutinas de inspección en busca de las tres cosas más preciadas en aquellos momentos: alimento, medicinas y armas.

Mientras el grupo se instalaba, Sussy permanecía en la calle a la espera del regreso de los dos exploradores. Por su parte, David cubría el resto de la calle, escondido tras una ventana del comedor. Los niños jugaban en relativo silencio en uno de los cuartos interiores.

Los exploradores comprobaron que la situación en el resto del perímetro era similar. La puerta de acceso habitual daba a una calle estrecha que habían llenado de obstáculos para impedir el acceso, aunque los invasores formaban un grupo organizado y numeroso y era posible que consiguieran llegar a ella. El único acceso posible al convento para el grupo de supervivientes de la clínica era la puerta trasera. No solía usarse. Era tan pequeña que resultaba fácil defenderla y, dada la visibilidad que ofrecía la puerta trasera, esconderse e intentar entrar sin ser visto cuando la abrieran, era prácticamente imposible.

Por turnos, vigilaron el parque, atentos a los posibles cambios, esperando una oportunidad para acercarse al convento.

La historia de Esther se había alargado hasta altas horas de la noche, y con ella la sobremesa de la cena. Los niños se habían quedado dormidos en la mesa. Cuando nos dimos cuenta, pospusimos el siguiente capítulo para otra oportunidad.

Nos distribuimos por las habitaciones. Pronto la casa quedó desierta. Como cada noche, salí con las perras a pasear y a revisar toda la finca y sus aledaños en busca de posibles observadores o atacantes. Los nuevos habían demostrado que nuestra vigilancia era insuficiente: Sussy había pasado casi veinticuatro horas observándonos sin que nos percatáramos de su presencia.

XIX: LA PÉRDIDA

El nacimiento de un nuevo día, acompañado de un buen café, siempre afianza las afinidades entre la gente que se acaba de conocer. Esto seguía vigente aún en el nuevo mundo, loco y cambiante. Noté que nuestros nuevos invitados cada vez estaban más cómodos y relajados en casa. Con los nuevos alumnos pasó lo mismo que ya había ocurrido con Carlos: cuando Víctor y Pepita los llamaron a todos a clase, los nietos de Esther mostraron sus reticencias iniciales, pero los profesores rápidamente se ganaron su confianza y su complicidad. La buena relación entre todos los menores era clave para el entendimiento y la cooperación, y ello ayudaba en gran medida a integrar al grupo de forma rápida y eficaz.

La historia de sus vivencias dejaba claro que tenían bastante más experiencia en lidiar con el nuevo mundo de la que nosotros habíamos adquirido en la seguridad de nuestro emplazamiento, por lo que le propuse a David que me acompañara a casa del médico, el que había sido vecino de los profesores. Así también afianzábamos más la relación entre nosotros. David me caía bien, se le notaba que era un buen tipo, a pesar de su aspecto de fortachón. Por su parte, no tuvo ningún inconveniente. Noté que hasta le hacía cierta gracia salir a inspeccionar. Luego me explicó que era uno de los momentos en los que podía centrarse

en lo que hacía sin necesidad de estar pendiente del grupo ni preocupado por la seguridad de los demás. Esperaba que, con el tiempo, podría liberarse un poco del peso que había decidido acarrear voluntariamente y con agrado, pero tanta responsabilidad sobre sus hombros empezaba a pesarle demasiado. La preparación para la partida terminó de entusiasmarlo: ¡sería su primer viaje en un carro tirado por burros! Cosas tan simples como esa le alegraron la mirada.

Antes de cerrar la cancela, Sussy saltó dentro del carro, sin dar opción a oposiciones. Por mi parte, incluso me alegré de ello. Pasar tiempo juntos podía ayudar a limar las asperezas que persistían. No quería pensar que podría contribuir a ampliarlas... En todo caso, si surgía algún problema, su presencia sería un buen seguro.

Por el camino, hablamos sobre todo de cómo nosotros habíamos vivido la situación. Les conté mis contactos (algunos más fructíferos que otros) con las casas vecinas, la llegada de mis tíos y mis primos, la incorporación de vecinos en apuros a nuestras vidas… Con un breve relato, pudieron comprobar que nuestra experiencia era muy diferente de la suya.

Muy pronto estuvimos en casa de Carlos. Nos recibió parte de la familia, que ya se sentían como en casa en esta nueva finca, y les ofrecimos una pequeña visita guiada. Alguno de ellos podía terminar por instalarse en aquella finca, siempre que Carlos

accediera a ceder su casa. Era importante que el niño se sintiera partícipe de ese tipo de decisiones. Ya no significaban nada los títulos de propiedad, pero, en la medida de lo posible, las cosas se hablarían y aquella finca seguía siendo su casa, donde tenía a sus padres enterrados y donde guardaba sus mejores recuerdos de felicidad.

Mi primo Jaume se apuntó a la misión de reconocimiento de la casa del médico. Creo que sobre todo quería protegerme las espaldas, por si mis nuevos acompañantes no resultaban tan amigables como me lo parecía a mí. Su presencia aportó alegría e hizo relucir el sentido del humor de los nuevos integrantes.

Entre bromas, apareció la recta que desembocaba directamente en la puerta del vecino cascarrabias. Les advertí a todos de que no hicieran nada raro, ya que era un hombre muy desconfiado, siempre con el rifle a punto. Mi comentario se reflejó de forma más significativa en el rostro de Sussy. Su dulce mirada se tornó gélida y calculadora. Saqué el *walkie* de mi bolsillo y llamé sin demasiadas esperanzas de recibir contestación.

—Buenos días. Ahora salgo.

La sorpresa fue doble: de recibir respuesta inmediata y de que fuera la mujer quien contestara. No oír al hombre ni renegando de fondo era inusual. En nada, la mujer se asomó por la puerta. Su cara de sorpresa al ver tanta gente no nos pasó desapercibida, como tampoco su ansiedad.

—Hola, soy Mari Carmen. Mi marido ha enfermado. Tiene mucha fiebre y ronchas por todo el cuerpo. No sé qué hacer…

Se la notaba cansada, aunque nadie podía dudar de su fortaleza. Su preocupación era evidente. Seguía habiendo mosquitos, aunque en menor medida gracias a las precauciones que tomábamos todos para eliminar posibles focos de agua estancada, y los supervivientes que no estaban inmunizados podían seguir contrayendo el virus. Queríamos pensar que los que sí estábamos inmunizados por haber pasado ya fiebres y demás síntomas, lo estaríamos de por vida, pero no había partes médicos ni diagnósticos oficiales, por lo que eran solo corazonadas. Era una forma de pensar en positivo y no obsesionarnos con la pandemia.

—Ahora vamos hacia la casa de un médico. No esperamos encontrarlo allí, pero quizás sí que haya medicamentos, antibióticos o algo que nos pueda ser de utilidad.

—Podemos decirle a Álex que baje. Es enfermero —intervino David. Aquel hombretón tenía el instinto de ayudar siempre y no se le pasaba nada por alto.

—Os estaría muy agradecida —contestó Mari Carmen, con alivio, y le regaló la primera sonrisa a David—. No sé qué hacer para que le baje la temperatura.

Nos pusimos en contacto por *walkie* con mi tío Eduard, que fue en busca de Álex para prestar servicio a los vecinos. Pretendíamos esperar, pero Mari Carmen estaba demasiado

ansiosa por acudir junto a su marido y volvió a entrar. Nos despedimos de ella con la intención de regresar lo antes posible con lo que encontráramos en casa del médico

Durante el trayecto que aún nos faltaba, hablamos de los casos que habían visto en la clínica. Explicaron que los que habían recibido muchas picaduras solían vivir poco. No confiaban en que el vecino continuara en el mundo de los vivos demasiado tiempo si su infección era con alta carga viral. Tanto Jaume como un servidor estábamos atentos a los casos que explicaban. Ambos habíamos pasado alguna fiebre por picadura de mosquito, pero no nos habían acribillado, con lo que superamos la infección con relativa facilidad. Escuchar tantos sucesos con final letal estaba haciendo mella en los ánimos del carromato. Además, Sussy era parca en palabras. Estaba atenta a todo, pero costaba oír su voz. Su terquedad no facilitaba la relajación.

Avanzamos a buen ritmo. Los nervios empezaron a invadir mi estómago. Nos acercábamos a la pequeña urbanización sin terminar de los profesores. Mi reciente experiencia en aquel lugar motivaba mi intranquilidad. Puesto que ya les había contado lo sucedido en casa de los profesores, todos se pusieron en guardia. Mis nervios se hicieron tan evidentes que hasta Sussy hizo un paréntesis en su antipatía para dedicarme una de sus escasas sonrisas.

Nuestro objetivo principal era la casa del médico, pero antes inspeccionamos los alrededores. Era primordial evitar sorpresas no deseadas. No encontramos indicios humanos por la zona. Me consolaba pensar que no había transcurrido el tiempo suficiente como para que aquellos tipejos se hubieran lamido las heridas.

A pesar de la creciente experiencia de David en allanamientos, entrar en casa del médico no le resultó tan sencillo ni rápido como en las películas. También es cierto que no pretendíamos destrozar la propiedad. No sabíamos si la podíamos llegar a necesitar para nuevos inquilinos.

La casa era pulcra, minimalista, casi sin muebles. La única estancia repleta era la que debía ser el despacho del doctor. Era una biblioteca médica. El escritorio estaba saturado de documentos, recortes de artículos médicos y estudios clínicos. Algún día podíamos necesitar esa información y nos entraron dudas sobre si era imprescindible trasladarlo todo. Si lo dejábamos allí, corríamos el riesgo de no encontrarlo al volver. Al final, aunque sin ganas de trasladar todos aquellos libros y documentos, decidimos hacerlo. Encontramos también material esterilizado y muchos medicamentos, que seguro que tarde o temprano nos serían de utilidad.

Mientras llenábamos el carro, Sussy se encargó de garantizar nuestra seguridad. Aunque no la conocía, las historias

escuchadas sobre ella bastaron para tranquilizarme y hacerme sentir más seguro bajo su protección.

Cuando el despacho tuvo el mismo aspecto que el resto de la casa, recibimos la llamada de Álex por *walkie*. Hacia rato que estaba en casa del vecino y le había administrado antitérmicos, pero el estado del hombre no mejoraba. La fiebre se mantenía demasiado elevada y su situación se volvería crítica si persistía así. El sarpullido se había transformado en gangrena en su pie izquierdo. Esa era la causa principal de la alta temperatura. Àlex estaba convencido de que la única oportunidad de salvar al enfermo era amputarle el pie y dejar la herida limpia. La solución era un riesgo en sí misma. No teníamos médico ni nadie que supiera cómo hacerlo.

Buscamos entre los libros del médico. Lo único que encontramos fue un libro de prácticas médicas de la guerra civil, dedicado a la experiencia del tren quirófano número 20. Había ilustraciones de amputaciones y de las diversas maneras de proceder. Los principales inconvenientes, tanto durante la operación como en la posterior recuperación, estaban tan bien explicados que aún acongojaban más. Tendríamos que apañarnos con eso.

Mientras Jaume, Sussy y David revisaban la tercera casa, me dirigí a ayudar a Álex. Me llevé el libro en cuestión, antibióticos y el material esterilizado. No tardé más de un cuarto de hora a

buen paso. Había echado un vistazo tanto al material que necesitaríamos como al que teníamos. Todo lo imprescindible estaba entre lo incautado. Mari Carmen debía tomar la decisión: dejarnos intervenir o esperar a que la evolución de la gangrena matara a su marido.

Eduard me abrió la cancela apenas planté un pie ante ella. Álex vino a nuestro encuentro. Se le notaba nervioso, alterado y preocupado. Comprobaba el material, leía una vez y otra las mismas páginas, repasaba las ilustraciones… No cesaba de mover los pies y las manos, incapaz de quedarse quieto. En cuanto intentaba tranquilizarse y parar, aparecían los temblores típicos de un exceso de nerviosismo. Observaba el material en busca de respuesta.

—¿Te ves capaz de amputar?

Su mirada pasó de nosotros al instrumental para al final detenerse en la ilustración que recreaba una amputación en el vagón quirófano. Me pareció que iba a desvanecerse. No tardó en recuperar la compostura, pero seguía sin pronunciarse. Finalmente consiguió emitir respuesta.

—No he participado en ninguna operación. Estaba empezando las prácticas cuando todo se colapsó —sus palabras no transmitían seguridad ni contestaban mi pregunta.

—Ahora necesitamos coraje y hacer todo lo posible para ayudar a este hombre. No nos podemos permitir el lujo de derrumbarnos. ¿Tenemos todo lo necesario? —dije.

Álex tomó una gran bocanada de aire en un intento de controlar sus nervios. Sin mediar palabra, revisó una vez más el material y las instrucciones del libro

—En el hospital utilizarían algo para ir cauterizando a medida que se separa el músculo del hueso.

—Mari Carmen, ¿tendría un soldador de estaño?

—Seguramente en el taller. Voy a ver.

Se la notaba preocupada, pero eso no le impedía estar al pie del cañón. Todo un ejemplo para nosotros. Pocos minutos después, apareció con lo solicitado. Desinfectamos todo lo que podríamos necesitar en la amputación.

—Tendremos que trasladarlo a la mesa del comedor y mantenerlo inmovilizado —fueron las primeras instrucciones de Álex.

Después de desinfectar la mesa y cubrirla con sábanas limpias, trasladamos a Gerardo en volandas. El hombre estaba inconsciente. La alta temperatura y unos Valium lo habían dejado fuera de combate. Le afeitamos y desinfectamos la pierna en cuestión. Le quedó de un color amarillento extracorpóreo. Lo inmovilizamos lo mejor posible. Era probable que en algún

momento el dolor le hiciera despertar. Teníamos que evitar todo posible movimiento.

Álex temblaba de nuevo. Se empezaba a mimetizar con la sábana blanca que cubría la mesa.

—Tranquilo, respira, tú me ayudarás. Vosotros lo sujetáis por si se despierta —dije.

Ella se puso en la cabecera, sujetándolo por los hombros, cerca de su rostro. Mi tío le sujetaba las piernas, justo por encima de las rodillas.

—Álex, tú ve cauterizando y dame instrucciones. Yo corto.

Asintió, sin ser capaz de pronunciar palabra.

—Mari Carmen, perdone. ¿Tendría algo de whisky?

En nada, ella regresó con una botella.

—Álex, bebé un buen trago.

Sin rechistar, cogió la botella. El primer sorbo pareció quemarlo por dentro. El segundo le devolvió el color. El tercero, el valor. Evitó el cuarto.

—Vamos allá —dijo, ya dispuesto.

Me tomé unos segundos para tranquilizarme. No me causaba problemas rajarlo, lo que me alteraba era tener su vida en mis manos. Para acelerar el proceso, tomé un trago de whisky. Todos

nos pusimos guantes. Uno de los principales riesgos era el de una infección posterior, por lo que debíamos procurar ser tan asépticos como fuera posible.

Miraba la pierna a amputar y luego el bisturí en mi mano. Tenía una sensación rara. La vida del vecino estaba en nuestras manos. No me había imaginado nunca en una circunstancia similar.

Álex preparó la pierna. Le hizo un torniquete para evitar que se desangrara. La piel teñida por el desinfectante ayudaba a evadirse un poco de la realidad y a no pensar que era una pierna sujeta al vecino. Una buena bocanada de aire, buscar la mirada cómplice del resto de los participantes en aquella locura y proceder con la intervención. El primer corte me sorprendió. Esperaba sangre a borbotones, pero fue tan fino que tardó en empezar a sangrar. Un hilo rojo se deslizaba marcando el contorno que procederíamos a seccionar. Comencé a profundizar bajo la atenta mirada de Álex, que cauterizaba con el soldador a medida que avanzábamos. La estancia no tardó en oler a carne a la brasa.

Gerardo recuperó la conciencia de golpe. Intentó liberarse y soltó una sarta de improperios propios de un experto. No tardó en desvanecerse de nuevo, esta vez por el dolor.

—¡Quieto! —me gritó Álex. Separé el bisturí mientras lo miraba en busca de una explicación—. Estás a punto de llegar a una artería. Primero tenemos que pinzarla, o se desangrará.

Hicimos espacio para dejar la arteria visible. Una vez bien atada, cortamos a un par de centímetros de la sutura. No había pérdidas aparentes. Seguimos el mismo proceso hasta encontrar la tibia. Después de despojarla de todo rastro de músculo, Álex me pasó una especie de escarpa para terminar de limpiar el hueso. La siguiente acción era serrar, un trabajo más arduo de lo que esperaba. El sonido impresionó momentáneamente a Mari Carmen, que, sin soltar a su marido, se aproximó una de las sillas que habíamos apartado y se sentó. También se podría achacar al cansancio que arrastraba.

De la delicadeza del corte inicial, el trabajo pasó a recordar más el propio de un taller que a la idea que se tiene de un quirófano. Una vez terminado el primer hueso, tocaba despejar el peroné y repetir las mismas acciones: atar arterias, cauterizar el resto y cortar hueso. Teníamos que dejar suficiente piel y músculo sanos para cerrar el muñón.

Las gasas absorbían la sangre que entorpecía la operación. La experiencia más cercana que había vivido era el deshuesado de una pata de cordero, y puedo asegurar que no tenía nada que ver con lo que estábamos haciendo. Si en algún momento se dudaba de ello, bastaba con levantar la vista para presenciar el sufrimiento de aquel matrimonio.

A medida que avanzábamos, nuestra sincronización mejoraba. Con ello aumentó la velocidad de la operación. Los escrúpulos

casi habían desaparecido por completo. Lo importante era terminar cuanto antes, sin cometer errores.

Cuando al fin quedó la pierna suelta, recuperamos de golpe la impresión de lo que habíamos hecho. Por un momento, todos nos miramos. No sabría decir qué expresaban sus rostros ni en qué pensábamos, pero no tardamos en volver a mirar aquel pie inerte. La voz de Mari Carmen rompió el bucle de miradas en que habíamos entrado.

—¿Queréis que os ayude a coser? Se me da bastante bien.

—Si te ves capaz, seguro que lo harás mejor que yo.

Intercambiamos posiciones. Àlex y Mari Carmen desinfectaron y cerraron el muñón. Los otros seguimos sujetando a Gerardo. Seguía respirando, pero no había vuelto en sí desde que el dolor le hizo desvanecer.

Aflojamos el torniquete poco a poco. Era esencial comprobar que no sangrara y que el drenaje funcionara correctamente. La primera impresión fue que todo estaba bien. Lo vendaron concienzudamente y, con mucho cuidado, lo trasladamos de nuevo a su cama, que estaba recién hecha, con sábanas limpias para evitar infecciones. Ahora solo cabía esperar y controlarle la temperatura con paños fríos. Ella se quedó junto a su marido. Los demás salimos para airearnos. Era de agradecer poder respirar aire fresco y ver campo abierto.

Quedaba aproximadamente una hora de luz. ¿Qué estarían haciendo Jaume, David y Sussy? Era el momento de empezar a informar del resultado de la intervención al resto de los componentes del grupo. Todos estaban en el mismo canal del *walkie* a la espera de noticias. Pasar el parte era lo primero. Todos demostraron su preocupación, aun sin conocer a Gerardo. Cuando finalicé la explicación, mi primo Jaume informó de que ya estaban cerrando la segunda casa y se disponían a volver con el carro bien cargado.

Álex entró para a acompañar a Mari Carmen en el cuidado del enfermo e intentar que ella descansara un poco. Nosotros nos pusimos a devolver su aspecto original al comedor, que parecía más un matadero que una sala de estar. Por suerte, teníamos analgésicos suficientes para que Gerardo pudiera pasar los primeros días del postoperatorio sin dolores insoportables, pero no tardarían en terminarse y seguro que, si sobrevivía, necesitaría muchos más. Tendríamos que volver a salir a buscar suministros de farmacia antes de lo deseado.

En cuanto terminamos con nuestro cometido, volvimos a salir a respirar aire fresco. Aprovechamos para hacer una visita improvisada a la finca, nunca se sabe qué se va a necesitar. Justo entonces apareció el grupo de saqueo. Pararon el carro únicamente para preguntar de nuevo por el estado de Gerardo y ofrecer su ayuda en caso de ser necesaria. También traían los analgésicos que habían encontrado en la segunda casa para

dejárselos a Gerardo. Con la intención de conseguir desconectar por un momento de lo que acabábamos de hacer, les pedimos más detalles sobre la segunda casa. No habían encontrado gran cosa. David preguntó por Álex. Al informarle de que estaba cuidando del vecino y que había estado a la altura de las difíciles circunstancias, se le notó cierto orgullo. Los pesares y el tiempo compartidos habían creado una complicidad familiar entre ellos.

Como no había nada que pudieran hacer, continuaron su camino con lo expoliado hacia casa para descargar todo el material encontrado en la urbanización. En cuanto nos despedimos, mi tío y yo seguimos con la inspección de la finca. Principalmente tenían frutales y huerta. Si conseguíamos convencerlos de que se unieran a la especie de comunidad que, sin pretenderlo, se estaba formando, podríamos disponer de alimento y espacio extra. Al estar relativamente cerca, la colaboración era perfectamente viable.

Regresamos al interior. Una vez superada la crisis, empezamos a prestar más atención a la casa. Era grande, espaciosa. Se notaba que se había renovado su interior hacía pocos años.

Álex no se separaba de su paciente. Ahora se le notaba cómodo con su cometido. Mari Carmen también permanecía junto a su marido, sin poder descansar ni el cuerpo ni la mente. En cuanto intuyó nuestra presencia, nos brindó una sonrisa que denotaba agradecimiento.

—¿Cómo se encuentra?

—Parece que comienza a disminuir la fiebre.

—Me refería a usted.

—Bien, preocupada, pero bien.

Comenzaba a anochecer. Teníamos que empezar a plantear el regreso, pero era una mala idea dejarla sola. Tampoco podíamos obligarla a mudarse con nosotros. Gerardo no podía ser trasladado justo ahora. Estaba con estos pensamientos cuando Álex se encargó de solucionar el problema.

—Cuando os vayáis, si Mari Carmen no tiene inconveniente, me gustaría quedarme y ayudar en los cuidados.

Sus miradas coincidieron. En la de ella se notaba agradecimiento, pero sobre todo alivio. Àlex le aportaba seguridad y compañía, y Mari Carmen necesitaba ambas cosas, no sólo un enfermero.

—Agradecería tu ayuda.

Nos despedimos de ambos. Tenían el *walkie* para cualquier necesidad que surgiera. Mi tío había traído a Àlex en moto por lo apremiante de la situación y regresamos en ella. Eduard me dejó en la cancela de mi finca y él volvió con mi tía y mis primos. Estábamos ambos muy cansados y afectados por las vivencias del día. Necesitábamos el calor del hogar y sentirnos arropados por nuestras respectivas familias. Las perras, como siempre,

fueron las primeras en venir a saludar. Los burros ya pastaban libres por la finca. Vi a mis compañeros de finca descargar el carro y me apresuré a ayudarlos. Al terminar, entramos. En cuanto mis posaderas tocaron el sillón orejero de la sala, desapareció la tensión acumulada, dejando libre el camino a un corto sueño, profundo, reparador y, más que nunca, necesario.

XX: LA RADIO

Media hora después recuperé la conciencia, mucho más recuperado de todo lo vivido aquel día tan intenso. En el despacho, encontré a Marc con la radio. Había conseguido que funcionara conectándola a la antena del televisor, pero su actitud no denotaba victoria sino preocupación. Era evidente que algo no iba bien. La falta de confianza me hacía dudar de si preguntar o no. Casi no habíamos intercambiado palabras y no sabía lo que había dejado atrás. Intenté controlar el impulso de mi curiosidad. Por suerte, apareció David. Después de echar un vistazo a la situación, notó rápidamente lo mismo que yo.

—¿Qué te pasa, Marc?

Marc dio un pequeño salto en la silla. No se había percatado de nuestra presencia. Cuando recuperó la compostura, contestó.

—He conseguido poner la radio en marcha.

—Esa es una buena noticia, pero tu cara dice otra cosa.

—He hablado por radio con un tipo —esperábamos más información y su pausa se nos hizo eterna—. Dice que está en el pueblo, con más vecinos, y tienen problemas.

—¿Qué clase de problemas? —mi ansiedad por saber era más veloz que las explicaciones de Marc.

—Un grupo armado los tiene sometidos y encerrados. Han torturado y ejecutado a quienes han intentado rebelarse o escapar. Hay mujeres, niños y ancianos, todos ellos acatando el mandato de sus captores. Deben hacer lo que se les mande sin rechistar. No saben cuánto más podrán aguantar en esa situación. Solicitan… suplican nuestra ayuda.

—Podría ser una trampa…

—Sí, es cierto… pero por su forma de hablar y explicarse, dudo que sea el caso.

—Justo necesitábamos ir al pueblo en busca de más calmantes para Gerardo, pero, si la información es cierta, la cosa se complica bastante —señalé.

—Podemos ir a cualquier otra población —dijo David, siempre buscando soluciones.

—Tienes razón, pero el problema lo seguimos teniendo a cinco kilómetros de casa. ¿Cuánto tardará en llegar hasta nosotros? ¿Y quién nos garantiza que en otras poblaciones las circunstancias no sean similares? Necesitamos conseguir más información, tanto por radio como visual.

Durante la cena, Marc explicó lo averiguado a todos los presentes. Nadie quería más problemas de los que ya habían sufrido, pero todos éramos conscientes de que era mejor tomar cartas en el asunto antes que no hacer nada y encontrárnoslos por

sorpresa. La mejor manera de proteger a la comunidad era avanzarnos a nuestros posibles enemigos. Y, antes que nada, necesitábamos recopilar más información. Conocíamos el riesgo que corríamos. Tendríamos que estar atentos, priorizar la defensa de nuestras posiciones, trazar planes de fuga y establecer puntos de encuentro, en caso de que los problemas llegaran a nuestras puertas.

Los nervios dominaban el ambiente. Tener una preocupación en común nos unía a marchas forzadas. Las perras aprovechaban la mínima oportunidad para que las acariciaran. Al prestar un momento de atención a alguna de ellas, la tensión de los semblantes se relajaba. De repente, las perras salieron disparadas hacia la cancela. Mis tíos y mis primos llegaban para cenar. Por mucho que ahora dormíamos en casas diferentes, nos seguíamos comportando como una manada. Marc volvió a explicar lo poco que sabíamos. Era imprescindible conseguir más información.

No se podía demorar demasiado la visita al pueblo. Había dejado de ser una posibilidad de abastecerse para convertirse en un problema prioritario a solucionar. Era una fuente de conflictos inmediatos y de suministros futuros. Todos hablaban y daban su punto de vista. Todos menos Sussy. La encontré en el exterior mirando las estrellas. ¿En qué estaría pensando? Aquella mujer me fascinaba, a la vez que me tenía perplejo. No sabía cómo acercarme a ella ni si dicho acercamiento sería positivo o desastroso.

—Hola, Sussy. ¿Podemos hablar?

—Ya lo hacemos —respondió de una forma tan seca que sin duda no invitaba a continuar.

—Tengo la sensación de que no te caigo demasiado bien. Si he hecho algo que te ha molestado, lo lamento. Aun así, quiero pedirte un favor.

Ella no contestó, ni siquiera se molestó en dirigir su mirada en mi dirección. Aquella conversación, o más bien soliloquio, me estaba constando más de lo esperado. Como tampoco tenía ninguna negativa por su parte, proseguí con la petición.

—Todo lo que sé de ti es que eres una gran espadachina y que te preocupas por los demás. Necesito que me enseñes a utilizar esto —le dije mientras desenvainaba la hoja de mi espada de su funda de madera—. He de ser capaz de defender al grupo y a mí mismo.

Aún no había terminado de desvainar la espada y ya estaba desarmado. Un bufido y un gesto negativo con la cabeza fueron su única respuesta. Se giró y empezó a caminar hacia la casa. Se cruzó con David, que venía a mi encuentro con una sonrisa. Ella le entregó el arma que tan fácilmente me había arrebatado. Supongo que David había presenciado la escena. La cara de incredulidad y pesar que yo debía tener también me delataba.

—No te lo tomes como algo personal —dijo sin dejar de sonreír.

—Creo que es evidente que es personal para ella. Es encantadora con el resto.

—Aarón murió a causa de alguien que se hacía pasar por ti. Tu presencia no deja de recordarle su pérdida. Eran amigos desde la infancia, entrenaban juntos… A su manera, considera que tú eres culpable de su muerte. Si no te hubiéramos estado buscando, quizás Aarón seguiría con vida a su lado. Ya sabe que no es culpa tuya, obviamente, pero buscar culpables nos ayuda a menudo a descargar parte del peso que acarreamos en nuestras espaldas.

—¿Qué puedo hacer para cambiar eso?

—Tener paciencia y darle tiempo.

Los dos nos quedamos en silencio. No había nada más que decir sobre el tema, pero interiormente agradecí el gesto de David por poner luz ante tanta oscuridad. Mi madre se asomó por la puerta y nos llamó. La gente del otro lado de la radio volvía a comunicarse.

Todos estaban alrededor de Marc, que había instalado la radio en la sala. Oíamos voces, pero nadie entendía lo que decían. El silencio no bastaba para salvar la distancia. Nos fuimos acercando. El hombre del otro lado hablaba en susurros con evidente nerviosismo. Por su parte, Marc le contestaba con el mismo volumen para no delatarlo. Lo primero que conseguí distinguir fue una pregunta en tono de súplica, pidiendo ayuda.

—No sabem si podrem. No coneixem prou bé la situació —respondió Marc a su interlocutor, disculpándose por no poder asegurar dicha ayuda ante la falta de información sobre su situación real.

—Quants sou? Teniu armes?

Ante estas preguntas tan directas sobre nuestro grupo y nuestro arsenal, estuve a punto de frenar la conversación, pero Marc se me avanzó con una respuesta a la altura de las circunstancias.

—Prefereixo no desvetllar massa informació.

Me gustaba el estilo de aquel chico. Estaba claro que no iba a dar información sobre el grupo a nadie. La experiencia los había vuelto desconfiados, y con razón. Conseguir el máximo de información y desvelar el mínimo posible: esa era la clave.

El sonido de una sirena hizo enmudecer a nuestro interlocutor. Luego hubo un susurro, que solo Marc alcanzó a oír. La comunicación se interrumpió antes de que a nadie se le ocurriera preguntar qué habían dicho.

—Tenían que acudir al recuento antes de cerrar los generadores del centro de reclusión.

Debían estar viviendo una situación bastante penosa. No terminábamos de reaccionar ante todo esto. Por mi cabeza pasaban imágenes de los campos de concentración. Era angustioso pensar que a escasos kilómetros gente como nosotros

era privada de su libertad por otras personas teóricamente iguales. Por mucho que la historia estuviera plagada de casos similares, nunca pensamos que tendríamos que vivirlo a las puertas de casa.

La cena fue intensa. Todos dábamos nuestra opinión. Predominaban la precaución y el temor. Delatar nuestra existencia y nuestra posición era un riesgo que no estábamos preparados para afrontar. En uno de los momentos más caóticos del intercambio de puntos de vista, l'Àvia quiso intervenir, pero no conseguía hacerse oír. Como los demás no parecía percatarse de ello, Esther tomó cartas en el asunto. Dio un golpe seco de cuchara en la mesa y se hizo silencio de inmediato. Todos dirigimos la mirada en dirección al estruendo. Sin alterarse ni levantar la voz, l'Àvia expuso su parecer.

—Està clar que, tant si és una trampa com si la situació és com ens expliquen, cal que esbrinem què passa realment al poble amb urgència. En cas que la situació allà s'assembli mínimament a la informació que tenim ara, no ens podem quedar asseguts amb els braços plegats.

Esther confirmaba cada palabra con leves asentimientos de cabeza. Lo primero era averiguar qué pasaba realmente en el pueblo más cercano y, en caso de confirmarse lo recibido por radio, actuar. Estábamos todos conformes, o al menos nadie se opuso a este razonamiento. Ahora la cuestión era cómo superar

los miedos que nos impedían hacer lo correcto. La gente estaba más reflexiva y menos charlatana.

—Mañana al anochecer nos acercaremos al pueblo —sentencié, sin tenerlo demasiado claro. El resto del grupo parecía dudar de que esto fuera lo más conveniente, pero nadie decía nada—. Tenemos todo el día para pensar cómo hacerlo y así disminuir al máximo los riesgos.

En cuanto terminamos de cenar, nos pusimos en contacto con Álex. La fiebre remitía lentamente. Nos alegramos de las buenas noticias, siempre conteniéndonos para no generar falsas esperanzas, y pasamos a hablar de otros temas. Teníamos muchos frentes abiertos, no solo las comunicaciones por radio.

Jorge y Susana solicitaron bajar a la finca de Carlos junto con mis tíos y mis primos. Ella aún estaba débil tras el parto y el niño no la dejaba dormir demasiado. Además, cuando conseguía dormirlo, alguien pasaba jugando y haciendo los ruidos típicos de cualquier infancia pasada y futura, con lo que Marcel se despertaba y la cansada primeriza enloquecía. En casa de Carlos estarían más tranquilos, el benjamín del grupo podría dormir mejor y su madre por fin lograría descansar. Además, seguro que mi tía sería una buena ayuda por su experiencia y su buen don de gentes. El caso de Jorge era puramente técnico. Había inspeccionado y estudiado a fondo toda la finca y quería hacer lo propio con las otras propiedades a las que podíamos acceder.

—Jan, si la casa de Carlos es como la tuya, creo que podríamos ampliar tu red eléctrica para abastecer otras casas.

Me maravillaban las cabezas como las de Jorge, capaces de ver más de lo que había.

—Estaría muy bien —le contesté, realmente admirado—. Sería una buena manera de tejer alianzas y ganar espacio, aunque la situación actual no aconseja que nos disgreguemos demasiado.

—Supongo que tienes razón.

Estaba claro que había chafado sus ilusiones. Se desanimó un poco. Recordé lo importante que es sentirse útil y lo poco productivo que resulta cortarle las alas a la gente, así que rectifiqué un poco mi respuesta.

—Eso no quita que lo estudies, incluso podrías prepararlo todo para implementarlo en cualquier momento. Podrías aprovechar y buscar maneras también de preparar la defensa ante posibles incursiones. Quizás lo necesitemos en breve.

Pedro estaba atento a la conversación, pero se mantenía demasiado alejado para poder participar de ella. Siempre estaba apartado. Yo no recordaba haber escuchado su voz. Es cierto que yo no había estado mucho en casa últimamente, pero en algún momento había cruzado palabras con cada uno de ellos, menos con Pedro. Hasta con Sussy, que parecía detestarme, había conseguido intercambiar algún monosílabo. Antes de que Jorge

diera por concluida la conversación y Pedro aprovechara para desaparecer, como tantas veces hacía al sentirse observado, lo llamé.

—*Pedro, a què et dedicaves abans de tot això?* —le pregunté, acercándome un poco a él sin rebasar su zona de confort. Saber qué habilidades tenía cada uno de nosotros era imprescindible para sacar el mayor rendimiento posible a nuestras fuerzas como grupo.

—*Músic.*

Acompañaba sus escasas palabras con los gestos necesarios para cubrir su rostro.

—*Quin instrument toques?*

—*El piano.*

Continuaba sin conseguir arrancarle más que respuestas escuetas. Su inseguridad me parecía exagerada, pero estaba claro que cada uno lleva las cosas como buenamente puede. Seguía estático, sin moverse, evitando a toda costa que viéramos su rostro. Recordé que guardaba un teclado, junto con otros instrumentos, en mi despacho. Quizás aquel ofrecimiento le resultara balsámico para canalizar sus complejos y hacerle recuperar la autoestima.

—*Al despatx tinc un antic teclat de quan era nen. No és un piano, però segur que et servirà, fins que te n'aconseguim un de debò*

—le dije con una sonrisa, en busca de su complicidad, que no logré—. *Has vist la resta d'instruments que tinc?*

Y sin darle tiempo a responder, me planté junto a él y le pedí que me acompañara al despacho para ver qué encontrábamos. Un músico es siempre músico, independientemente de las experiencias vividas. Le puse la mano en la espalda, intentando encauzar su primer paso. No opuso resistencia. Me acompañó hasta el despacho. Jorge nos seguía. Nos miraba divertido, pues adivinaba mis intenciones.

Al entrar, Pedro olvidó por completo sus complejos. Miraba las guitarras, el violín, el saxofón, las trompetas, las armónicas, las flautas y demás instrumentos de cuerda, percusión y viento de diferentes lugares del mundo que yo almacenaba con cuidado, como si fueran auténticos tesoros. Yo no tocaba bien ninguno. De hecho, tenía pocas nociones de música y un oído más bien justito, pero me maravillaban su belleza y la vida que cobraban cuando alguien sabía hacerlos sonar.

Le ofrecí el teclado con la mejor de las intenciones. Él miró el pequeño órgano Casio. Levantó la vista, repasó el repertorio de instrumentos de los que podía disponer y una frase completa salió de sus labios.

—*Se'm donaven bé uns quants instruments.*

Obviamente, mi Casio no era ni un instrumento para él. Saber tocar todo tipo de instrumentos era un don que yo admiraba, por

lo que no dudé en ofrecerle todo el repertorio musical allí almacenado. Esta vez mi sonrisa fue correspondida. Pedro parecía despertar de un largo letargo. Apuré el éxito obtenido e intenté alargar la conversación tanto como pude, disculpándome por la tardanza en mi ofrecimiento.

—Perdona, no t'ho havia ofert abans perquè pensava que ja els hauries vist.

—No, preferia quedar-me fora de casa per no molestar —sus respuestas eran cada vez más honestas y relajadas.

—No molestes a ningú. A més, si tenim la sort de comptar amb algú que sàpiga fer sonar bé aquests instruments, ho hem d'aprofitar per gaudir de la meravella de la música —le respondí con entusiasmo sincero: contar con un músico en nuestras filas era un regalo, una bendición, porque la música tiene el poder de apaciguar hasta la fiera más indomable.

Pedro no paraba de contemplar mi colección como si hubiera encontrado algo que creía haber perdido para siempre. Le expliqué que yo no sabía tocar bien ninguno de ellos porque me faltaba fuerza de voluntad para estudiar y dedicarle horas. Los tenía porque me transmitían una belleza inexplicable, y le confesé que alguna vez me animaba a tocar, pero que mi destreza era prácticamente nula. Su sonrisa ahora era evidente, igual que la satisfacción de Jorge al ver los avances de su compañero. Pensé que le gustaría estar solo con mi colección para

familiarizarse con todos y cada uno de mis instrumentos, que ahora ya eran suyos. Me retiré, no sin antes darle una palmadita al hombro por aquello de volver a tener un poco de contacto físico antes de cruzar el marco de la puerta.

—*Moltes gràcies* —sonó tras de mí, de la boca de un hombre que había renacido de sus cenizas. Era todo un éxito.

Antes de llegar al comedor, noté una presencia extraña en el pasillo, pero no conseguí ver a nadie. Pensé que ya me estaba emparanoiando… La casa era segura, nadie podía entrar sin que las perras no nos advirtieran del peligro

—Mañana a las seis en punto en el jardín. No llegues tarde.

En cuanto me giré en la dirección de la voz, ya no estaba. Me privó de la oportunidad de agradecérselo. No pensaba que Sussy fuera a cambiar de opinión tan rápido y aceptara instruirme en el arte de la esgrima. Los últimos acontecimientos parecían haberla afectado, mermando su odio hacia mi persona. O quizás este cambio era fruto de una decisión racional: cuantos más supiéramos defendernos bien, más posibilidades teníamos de sobrevivir a los acontecimientos que todos preveíamos afrontar tarde o temprano.

Con una sonrisa en los labios, volví al comedor. Los niños correteaban por la casa jugando todos juntos. Las perras estaban distribuidas entre la gente en las diferentes estancias. A los adultos se nos notaba nerviosos. Creo que todos sufríamos por

el futuro inmediato. Los niños conseguían vivir el presente y disfrutarlo. ¡Qué bueno habría sido no haber perdido esa facultad!

—Más vale que te vayas a dormir pronto. Mañana Sussy te va a dar una paliza —antes de terminar la frase, David ya se reía a carcajada limpia en mi cara. Lo miré asombrado de su inmensidad. Su caja torácica subía y bajaba al ritmo de su nada discreta risotada. A los pocos segundos, no pude evitar acompañarlo. Los demás, ignorantes de mi futura clase con Sussy, nos tomaron por locos.

El grupo que dormía en la finca de Carlos no tardó en emprender camino. Después de dar la vuelta de rigor por la propiedad con la única compañía de las cánidas, me senté en el porche para disfrutar de la calma nocturna. Antes de que se abriera la puerta, ya supe que se acercaba Carlos. Lira se había olvidado por completo de sus compañeras y salía disparada hacia la puerta. Solo lo hacía con él, que venía a desearme las buenas noches. Aproveché que estábamos solos para poder hablar con calma de todo y de nada.

—Com estàs?

—Bé, és una mica com estar de colònies.

—Ara que ho dius, sí que sembla una mica un campament d'estiu.

Nos reímos, mientras las perras demandaban nuestras caricias. Su ocurrencia de comparar la situación actual con unos

campamentos o colonias de verano era realmente insólita y daba a entender que el muchacho, poco a poco, se iba sintiendo más seguro con nuestra compañía. Sabía que podía contar conmigo para lo que quisiera y que siempre estaría allí para él. Nuestro vínculo empezaba a ser sólido, lo que se reflejaba en su comportamiento, más seguro y confiado.

—*Bona nit.*

—*Descansa, fins demà.*

Antes de marcharse, me dio un abrazo. Era un gran gesto de cariño y confianza. Me cogió un poco desprevenido, pero me hizo inmensamente feliz. Lira lo siguió sin mirar atrás. Como cada noche, dormiría a los pies de la cama de su adorado compañero humano.

La casa estaba tranquila. Con los niños en la cama, se notaba la ausencia de energía. Los demás componentes del grupo también se relajaron. Unos veían una película en la sala. Marc seguía con la radio, intentando localizar más radioaficionados. Pedro, en el despacho, solo tenía ojos para los instrumentos, sin decidirse a coger ninguno. Los que permanecían en el comedor común seguían hablando de la situación del pueblo y sus posibles consecuencias, pero en un tono casi de susurro para no despertar a los niños ni molestar a los que preferían olvidarse del tema por unos momentos.

Siguiendo el consejo de David, me dispuse a ir a la cama. Llum me acompañó. La pequeña Maggi estaba en el sofá, de apoyabrazos de Inés, que veía una película. Shyra se había ubicado entre la cocina y la sala, en un punto que le permitía controlar a casi todos los habitantes de la casa. En poco tiempo, todos teníamos claro nuestro papel y nuestro rincón de la casa.

XXI: LA CLASE

Dormir me costó menos de lo que esperaba. La intensidad del día se hizo presente y dejó mi cuerpo incapaz de ningún movimiento. Las noticias se apoderaron de mis sueños. Llevaba años intentando gestionarlos a voluntad. No era un experto, pero cuando conseguía comprender que no eran la realidad, jugaba con las diversas opciones hasta alcanzar la más oportuna, según el prisma de mi inconciencia.

Hacía años que no usaba despertador. Sonó a las cinco treinta de la mañana, recordándome mis años de traje y corbata. había llegado la hora: era mi primera clase de esgrima.

Poner el primer pie en el suelo equivalía a activar a Llum, que se encargaba de despertar al resto de sus compañeras para el paseo matutino. Solo dejaba tranquila a Maggi, que dormía en la misma cama que mi madre. El carácter de ambas perras era completamente opuesto. Una era puro nervio y energía; la otra, meditación, contemplación, un poco de terquedad y ataques esporádicos de alegría absoluta.

En calzoncillos y camiseta, abrí la puerta para que salieran las perras, que esperaban con evidentes ganas su dosis de actividad al aire libre. Sin pensarlo dos veces, salieron escopeteadas para perseguir la nada y empezar a olfatear. El aire fresco es como la

mejor ducha: despierta la mente y airea las ideas. Mientras ellas hacían sus cosas, entré a preparar el café que arrancaba los días. Al entrar de nuevo en casa, me percaté de que Marc estaba en la sala. Me miraba y sonreía por mi cara de asombro.

—*No t'havia vist. Bon dia! Vaig a preparar cafè, en vols?*

—*No, gràcies, crec que me'n vaig a dormir.*

Me acompañó a la cocina para luego salir por detrás en busca de la cama. Seguro que llevaba rato pensando en ella, tras una larga noche intentando establecer comunicaciones. Además, le había tocado el último turno de guardia, con lo que estaría realmente cansado. El olor del café me transportó a las mañanas en que vivía sin humanos, solos yo y mis perras. Duró poco, pero la visión de aquella mujer hacía que valiera la pena perder la noción de soledad.

—No te veo muy preparado para empezar la clase.

En esta ocasión, mi repaso a su figura fue muy evidente. ¡Era espectacular! En el segundo escrutinio pude ver su calzado y su indumentaria, más adecuados para hacer deporte que los míos, propios de una tarde de sofá.

—Aún hay tiempo —le contesté mientras le servía una taza de café.

—Gracias. Pero esto no te permite llegar tarde.

Sin esperar respuesta, se dio media vuelta y desapareció, no sin antes embobarme con su magnífica espalda y el bamboleo de su preciosa coleta rojiza. Su movimiento rítmico habría seguido el compás de cualquier melodía de pasión. Cinco minutos antes de la hora acordada, estaba esperándola vestido de forma más adecuada.

—Al menos eres puntual.

—Buenos días —dije amablemente.

—Comenzaremos con unos estiramientos.

Su concepto de estiramientos era completamente distinto de lo que imaginaba. Según mi experiencia previa, consistían en mover las articulaciones y estirar las extremidades y el cuello unos cinco minutos. Pero fueron tres cuartos de hora de estiramientos varios en poses diversas. Estiré músculos olvidados y otros cuya existencia desconocía. Pasé de disfrutar de la visión de aquel monumento de mujer a sudar como un cerdo y maldecir a toda su ascendencia. Estaba pagando la dejadez física de los últimos tiempos.

Sin tiempo para recobrar el aliento y recuperarme del sofoco, empezamos a correr rodeando la finca por el interior. Antes de terminar la vuelta estuve a punto de abandonar, pero el orgullo no me lo permitió. Ella parecía dar un paseo. Sussy permanecía perfecta, como una rosa bañada por el rocío. Para seguir su ritmo, yo iba sacando la lengua, cada vez más rezagado. Pensar que me

quedaba poco para completar la vuelta me dio las fuerzas necesarias para recuperar la dignidad y mejorar algo mi rendimiento. Llegábamos a lo que yo pensaba que era la meta, a punto de alcanzarla, y le dediqué una mirada de triunfo, que desapareció cuando me di cuenta de que debíamos continuar. Los metros cuadrados de la finca parecían duplicarse. Se eternizaban en mi dolor y mi falta de aire. Cuando estuvo a tal distancia que ya no pude verla, los pies se me clavaron en seco. Encogí todo el cuerpo y volví a estirarlo como si el efecto fuelle llenara más rápido mis ardientes pulmones.

Cuando el aire ya entraba de forma más regular, intenté volver a correr. Las piernas me respondieron solo dos pasos. El tercero ya era casi de fatiga. Caminé lo más rápido que el cuerpo me permitía y troté unos pocos metros hasta acercarme a la que esperaba que ahora sí fuera la meta. De lo contrario, Sussy no tardaría en aparecer por detrás de mí. La vergüenza de que me viera llegar andando o al término de su tercera vuelta consiguió convencer a mi cuerpo de volver a correr. Estaba extenuado. Ella me miraba, pero la falta de aire no me permitía identificar lo que pretendía ni lo que expresaba. Lo aclaró su palabra.

—Caminando.

—¿Me has visto?

—No, pero has tardado tanto que o caminabas o te arrastrabas, y no tienes barro en la ropa.

Antes de que pudiera responder, volvimos a estirar y a hacer flexiones y abdominales.

—Mañana a la misma hora.

Fue el final de la clase. Me dejó medio muerto, tendido en el suelo, incapaz de incorporarme por el esfuerzo de la última serie. La falta de aliento no me permitió preguntar por el uso de la espada en clase. Contemplé cómo se alejaba desde el suelo. Mientras ella subía los escalones y desaparecía por la puerta, me quedé maravillado, confuso y exhausto. Mantenía la cabeza algo erguida para poder contemplar su marcha. Cuando desapareció, la cabeza me cayó desplomada contra el suelo. Sonó a hueco. Las risas delataron la presencia de espectadores. Ni me había percatado de que estaban allí. ¡Qué poco percibimos y qué poco conscientes de ello somos! Recé para que fueran pocos los que habían presenciado mi ridícula actuación.

Al contemplarme en el espejo antes de ducharme, comprobé que mi aspecto era lamentable. Persistía el sofoco. Salir todo aseado fue un gusto, después del sufrimiento al que me había sometido Sussy. Por suerte, no hubo más risas ni comentarios al respecto. Teníamos mucha faena por delante y todos eran conscientes de ello.

Álex se había puesto en contacto a primera hora de la mañana Gerardo había amanecido sin fiebre. Seguía durmiendo. Solo quedaba esperar. Eran buenas noticias, pero debíamos tener en

cuenta su estado. Si en algún momento lo del pueblo se complicaba, tendríamos que pensar en cómo ponerlo a salvo. Por otro lado, mis primos y Anna llevaban también noticias: mis tíos y Jorge se habían quedado a terminar las tareas de reconocimiento e inspección de la finca de Carlos y sus alrededores. No desayunarían con nosotros. Tampoco lo haría Susana, que había logrado dormir un poco y quería aprovechar para estar tranquila con su niño.

Dedicamos la mañana a mirar mapas de la zona, incluyendo un folleto turístico del pueblo en el que se señalaban los puntos de interés: la escuela, el ayuntamiento, la iglesia de Santa Maria en la plaza Major, el castillo y los diferentes puentes que unían el casco antiguo con la zona más nueva. Los lugares donde esconderse y los nidos de águila (siempre quise usar estas últimas tres palabras en una conversación) estaban claros.

Surgieron mil ideas acerca de cómo acceder al pueblo, unas más temerarias que otras. Cuando se nos terminaron los disparates, acordamos que sería una misión de observación. Debíamos evitar ser descubiertos a toda costa. Sussy, que había estado atenta a lo que se decía, nos interrumpió y se pronunció por primera vez.

—Lo primero que deberíamos planificar es cómo defendernos y qué hacer si la cosa se complica más de lo esperado.

En toda la mañana, no había vuelto a pensar en ese tema. Nos habíamos enfrascado en tareas de inspección, olvidando por completo la seguridad de los nuestros. Asentimos un poco avergonzados por no haberlo recordado.

—Tenemos niños, un bebé, gente mayor y un amputado que está a unos kilómetros del resto. Aunque estemos organizados, no lo tendremos fácil para huir si hace falta. Y menos aún si no lo estamos. ¿Dónde nos reuniríamos en caso de separarnos? Hay que tenerlo en cuenta todo. Cada uno debe tener muy claro su función y lo que tiene que hacer en cada caso.

—Es lo más sensato que hemos oído durante toda la mañana —intervino Esther, que parecía hablar en nombre de ambas nonagenarias.

—Lo que haría en primer lugar sería replegar a todo el mundo aquí, en el cuartel general —dijo Marc.

—Eso sería en caso de vernos superados. Antes tenemos que defender las posiciones de las que ya disponemos. No podemos cederlas al primer problema —lo interrumpió David, asertivo.

—Tienes razón, David, pero no negarás que trasladar aquí a los niños y a todo aquel que necesite ayuda para huir debe ser lo primero.

David iba a rechistar, pero lo pensó un instante y asintió. Tener a gente tan vulnerable en diferentes puntos los debilitaba en

exceso. Debían defender todas las posiciones, sí, pero también ser capaces de poder renunciar a alguna de ellas si la cosa pintaba mal, sin poner en peligro a nadie. De repente, una voz rompió el silencio, devolviéndonos a todos a una realidad más tangible.

—Sussy, perdona. Parece que hay muchas posibilidades de que las cosas se compliquen. ¿Me podría apuntar a tus clases?

Lo sorprendente no fue la petición en sí, sino más bien el solicitante: Pedro estaba saliendo de su enclaustramiento. Cuando superamos nuestro asombro, todas las miradas se dirigieron a la aludida a la espera de respuesta. Al sentirse el centro de atención, el rostro de Sussy se tiñó de un rojizo tímido que realzó aún más su belleza natural. Por un momento, nuestras miradas se cruzaron y me permitió ver su vulnerabilidad. En otra vida, habría perdido la cabeza por una mujer como ella.

—Sin problema —fueron sus palabras en el momento en que su cara alcanzaba la máxima coloración. Luego respiró aliviada de ceder el protagonismo.

Con la petición de Pedro, me di cuenta (o más bien, confirmé mis temores) de que la mayoría de los presentes estaba al tanto de mis clases con Sussy, y seguramente también de mi fracaso estrepitoso en la primera sesión de entrenamiento. Intenté disimular y no parecer demasiado avergonzado por mi actuación

matutina, pero me prometí estar a la altura en la siguiente ocasión que me brindara la espadachina.

XXII: LA INCURSIÓN

Establecimos que mi finca sería nuestro cuartel general. Durante la misión, permanecerían allí los niños, las abuelas, mi madre, los profesores, Marc, Pedro y Susana con el bebé.

Sería el centro de comunicaciones y el punto de reunión de todos en caso de vernos obligados a salir huyendo. En caso de tener que abandonar la casa sin estar todos reunidos, el punto de encuentro sería el campamento pastor, donde los últimos en llegar habían acampado antes de venir con nosotros.

En la finca de Carlos se quedaron mis tíos y mis primos. Estarían atentos a la información que pudiera surgir. Su función sería entorpecer y retrasar un posible ataque para dar tiempo a los de casa a poder huir, llegado el caso.

En la finca de Mari Carmen, seguiría Álex, que no se separaba de su paciente, y se le sumaría Jorge para ayudar a trasladar a Gerardo hasta el cuartel en caso necesario. Apenas detectados los problemas, saldrían escopeteados y darían la voz de alarma. En cada casa había *walkies* y al menos un arma de fuego.

Como ya habíamos hecho antes, preparamos varias mochilas equipadas con lo imprescindible para sobrevivir dos o tres días. Todo resultaba poco para sentirse seguro, a la vez que todo

ayudaba a aumentar las posibilidades de éxito, sin poder garantizarlo.

En un momento de la tarde, Carlos me vio solo en el jardín y aprovechó para acercarse. Lo vi caminar muy serio. No me miraba directamente. Cuando se me plantó delante, sus palabras salieron de sopetón, como si se las hubiera estado repitiendo durante todo el trayecto.

—Sé que soc petit, però voldria ajudar. Ensenya'm a fer servir una arma!

Entonces levantó la vista. Era una súplica, pero intentaba parecer firme. Era consciente de su corta edad, por lo que tenía que quedarse en casa con los demás niños sí o sí, pero el hecho que quisiera ser de ayuda me hizo ver lo valiente que podía llegar a ser un chaval tan joven. No le iba a gustar mi respuesta lógica, por lo que busqué una más elaborada. Le pedí que me acompañara hasta el despacho, donde tenía mi mochila de supervivencia. Saqué un tirachinas y se lo di. En sus manos, el arma parecía medir el doble que en las mías.

—Practica, entrena't, afina la punteria i la velocitat. Així, si arriba el moment, podràs ajudar.

La propuesta del tirachinas como arma no terminaba de convencerle, pero le hice ver que su misión era estar atento, vigilar, y en caso de ser necesario, proteger a los demás, incluyendo a las perras.

—Podem comptar amb tu?

Creo que lo que le gustó fue que contara con él. Y lo de las perras le hizo sonreír. Adoptó una pose con la que pretendía parecer mayor, y afirmó su compromiso con mucha solemnidad.

Después de cenar, nos distribuirnos en los diferentes puntos. Los que íbamos a inspeccionar el pueblo esperaríamos en la finca de Gerardo. La despedida fue rara, como de película trágica. Los nervios hicieron aflorar el miedo y, con ellos, los peores presagios. Afrontar los propios temores provocaba una subida de adrenalina diferente a la que se siente al hacer actividades deportivas consideradas de riesgo.

Un dato positivo del posible conflicto en el pueblo era que había unido al grupo de una forma natural, pero acelerada. Hasta el momento, no había habido ningún roce desagradable. La relación más tensa era la mía con Sussy, pero estábamos en proceso de mejorarla, o eso parecía y esperaba. Al menos ahora no me rehuía.

Marchamos con los vehículos a motor. Era una distancia suficiente para poder salir como alma que lleva el diablo si era necesario. Al despedirnos de los que se quedaban en la finca de Carlos, Jaume insistió en acompañarnos. Me negué rotundamente. Era la primera incursión que hacíamos sin saber nada con certeza. Era más necesario con el grueso del grupo, pues era joven, fuerte e inteligente. Su personalidad afable y

atenta facilitaba la convivencia. Era mi primo pequeño. No podía cargar con el peso en la conciencia de que le pasara nada malo.

—En algún momento tendrá que desaparecer esa actitud protectora tuya —me advirtió David.

Bajamos emparejados en las motos. Eran los vehículos idóneos para escabullirse y zafarse si era necesario. Al estar preparadas para la montaña, anulaban las restricciones del terreno. Nos seguía de cerca la camioneta, conducida por Jorge y con Sussy como copiloto. Nos reuniríamos en el punto en que realmente iba a empezar la misión.

Nos recibió Mari Carmen. Por lo que sabíamos, su marido estaba mejorando, pero su vida seguía corriendo peligro. En los próximos días, el riesgo de infecciones era muy elevado. Al verla, comprendimos que algo había cambiado. Estaba sonriente, cansada pero alegre.

—Hola. ¿Qué tal evoluciona su marido?

—Me puedes tutear —me dijo con una amable sonrisa—. Esta tarde se ha despertado. Ya vuelve a refunfuñar.

No tardamos en devolverle el gesto, cómplices de su satisfacción. Álex apareció en cuanto entramos en la sala. Gerardo volvía a dormir. Era mejor no alterarlo demasiado y teníamos claro que los extraños no eran santos de su devoción. Jorge pidió permiso para visitar los terrenos. Incluso antes de que Mari Carmen le

diera su consentimiento, ya iba de camino a la puerta. Estaba enfrascado en la inspección, consideraba que era su misión. Supongo que centrarse en algo le ayudaba a sobrellevar mejor el peligro. Repasamos el plan. Mari Carmen resultó ser de inestimable ayuda. Antes de su jubilación, había sido profesora en el colegio que al parecer ahora se usaba como campo de concentración, por lo que conocía todos sus rincones, entradas y salidas y demás secretos. A los tres nos relajaron sus explicaciones y descripciones, gracias a las cuales no iríamos tan a ciegas.

En cuanto sonara la alarma que marcaba la hora del recuento en el campo, Marc nos pasaría el parte de la última conversación por radio. Tenía que averiguar el número de carceleros y sus movimientos de patrulla, dónde se situaban los guardias de vigilancia y cosas por el estilo. Todo ello sin revelar nuestra disposición y menos aún informar de nuestra inminente visita.

Nos aproximaríamos justo después, aprovechando las últimas luces para evitar que vieran los focos de las motos. Buscaríamos una posición elevada y aguardaríamos hasta que llegara la hora de entrar en el pueblo.

El parte que nos pasó Marc era conciso en detalles. Quizás en demasía. Había quince personas fuertemente armadas. Su principal actividad era atormentar, golpear y violar. De vez en cuando, mataban para recordarles que sus vidas carecían de

importancia. Estaban medio borrachos la mayor parte del tiempo. Vivían en la impunidad, lo que los había vuelto descuidados con el exterior. La gente que permanecía bajo su yugo estaba demasiado atemorizada para considerarla una amenaza. Todo ello jugaba a nuestro favor, siempre que siguieran ignorando nuestra presencia y los cogiéramos por sorpresa. Si los vecinos nos ayudaban, teníamos alguna posibilidad de ganar la partida. Pero antes debíamos verificar la exactitud de lo que explicaban y las posibilidades sobre el terreno.

La urbanización estaba como la habíamos dejado, sin rastro de otra presencia. Continuamos camino. Pocos kilómetros antes de llegar al pueblo, cogimos un pequeño sendero que nos llevaría cerca de la cima del monte. Desde lo alto, tendríamos una panorámica general. El sendero se convirtió en una senda de animales a medida que ascendíamos. Las dos ruedas facilitaron el ascenso, que podía llevar unos cuarenta y cinco minutos a pie. Lo hicimos en escasos quince minutos, y porque íbamos con sumo cuidado. La oscuridad comenzó a jugar con nuestra mente. Escondía pequeños obstáculos que casi conseguían tirarnos. Los movimientos de sombras alertaban a los fantasmas de nuestro miedo.

Escondimos las motos entre la maleza, justo en el punto en que esta empezaba a escasear. Antes de quedarnos al descubierto de posibles vigías, permanecimos en silencio y ocultos unos tres minutos. Escuchamos los sonidos normales de la naturaleza e

intentamos distinguir sus alteraciones. Todo parecía tranquilo, y el avance se hizo a buen paso. El último par de metros lo hicimos agazapados, a rastras, como en las películas.

Sin iluminación, el pueblo parecía inexistente. En la parte más alejada de nosotros, se distinguía el colegio. La luz de una gran fogata los delataba al destacar en el oscuro horizonte, como un canto de sirenas o un faro en la tempestad. Se veía movimiento, pero la distancia no permitía distinguir nada más.

Sussy sacó dos prismáticos de su mochila. Le cedió unos a David y ella se quedó con los otros. Se puso a inspeccionar la zona con mayor detenimiento, mientras David me miraba. De mi mochila, saqué un antiguo catalejo al más puro estilo pirata.

—¡Qué friki! —dijo David, y se le escapó la risa, atenuada por su manaza a modo de tapón. Hasta Sussy tuvo que sonreír por el comportamiento de uno y por la pinta del otro.

Muy dignamente, fingí ignorarlos y adopté una pose de vigía. Pude comprobar que los cuatro de la hoguera formaban parte de los captores. Su actitud despreocupada no les confería demasiada credibilidad como criminales. No había rastro de los vecinos. La primera en divisarlos fue Sussy. Nos indicó la dirección. Estaban acostados en las aulas. Buscamos al resto de los vecinos. Teníamos en mente las explicaciones de Mari Carmen.

En el otro extremo de nuestro campo de visión, se encendió una luz. Como autómatas, los tres cambiamos el objetivo de nuestro interés. En la segunda planta, en la zona de despachos, se había encendido una lámpara de aceite.

El cierre de los generadores era completo. Ahora empezaban a encenderse linternas en los pasillos, por los que se movían como en el Pac-man. Debían estar haciendo la ronda para comprobar que ningún vecino se hubiera quedado rezagado, fuera de las celdas improvisadas.

Marc tendría que averiguar el número de vecinos privados de libertad, en qué condiciones estaban y si serían capaces de salir corriendo en caso de necesidad. También era interesante saber si estaban dispuestos a luchar para volver a ser libres, cómo estaban distribuidos y las actividades que realizaban durante la jornada. Teníamos que exprimir la fuente de información, ahora que no cabía duda de que el pueblo tenía problemas.

El topo podía pertenecer a la banda y atraer gente para desplumarla. Tendríamos que averiguarlo a medida que los acontecimientos se fueran desvelando. No pensábamos quedarnos con los brazos cruzados.

La escuela era un buen lugar para agrupar a todo el pueblo en caso de emergencia. Pero, como fortín, era difícil de defender. No costaba acercarse sin ser visto. Menos con los que eran y solían embriagarse. Habían ocupado la parte nueva del edificio.

Toda la parte antigua estaba libre de presencia humana, igual que todo lo que no fuera el nuevo campo de concentración. La vigilancia se limitaba al centro de formación.

Nos turnamos para vigilar y descansar. En realidad, los turnos eran una constante. Dada nuestra curiosidad y que éramos difíciles de detectar, podíamos darnos ese lujo. De no ser por la gravedad de la situación, era como estar de acampada con los amigos. A Sussy cada vez se la veía menos incómoda conmigo. Disfrutamos de una buena charla en susurros, comentando lo que veíamos. Las posibles vías de acceso y de huida centraron nuestro pensamiento durante la primera hora.

En cuanto la última linterna se apagó y solo quedaron los rescoldos de la hoguera del patio, emprendimos el descenso. Aunque estábamos acostumbrados a la oscuridad, los golpes y los tropiezos eran constantes. David era nuestro muro de contención en caso de resbalar. Sus pies parecían soldarse al terreno que pisaba.

Por debajo de nosotros, todo seguía tranquilo. La oscuridad era nuestra mejor aliada, pero también escondía los posibles peligros. Lo más importante era que nos ocultaba y así nos facilitaba el acercamiento. Terminar el descenso trajo un momento de alivio. Habíamos superado el primer escollo de la misión. Permanecimos quietos unos instantes en busca de señales de presencia humana o de algún dispositivo que pudiera

hacer de alarma. Un quitamiedos nos separaba de la carretera principal de acceso al pueblo. Por muy tentador que fuera ir por ella, habría sido sumamente imprudente quedarse al descubierto en aquellas circunstancias. Teníamos que ser invisibles y no dejar ningún rastro de nuestra visita.

El torrente que separaba claramente la parte nueva de la antigua era el mejor camino para acercarse sin ser visto. Un valle nos ocultaría con los imponentes edificios medievales, por un lado, y las casas nuevas, por el otro. Las dos laderas estaban repletas de vegetación. Varios puentes peatonales y uno para vehículos permitían cruzar.

Quedábamos resguardados y la oscuridad nos hacía prácticamente invisibles. Caminábamos más agazapados de lo necesario, pero, cuando te pones en plan comando, el personaje entra con facilidad. La escuela comenzaba donde terminaban las antiguas edificaciones y aparecía una carretera que rodeaba toda la parte amurallada. Por la otra dirección, seguía rodeando el pueblo hasta acceder a él. Alcanzamos a ver la estructura del centro desde abajo. En ese punto, esperábamos encontrar barricadas que nos impidieran el acceso, pero no había nada. Retrocedimos en busca del último puente para acceder a la parte antigua del pueblo. Desde allí, nos resultaría mucho más sencillo observar y controlar lo que sucedía, con la panorámica y la altura que conferían la cresta donde estaba ubicado. Era un lugar

seguro para vigilarlos y guiarnos en el acercamiento que pretendíamos.

El proceder de Sussy cambió. Se quedó unos cuantos metros rezagada. Di por buena su mayor experiencia e interpreté que era nuestra retaguardia en caso de que fuéramos detectados. Me sentía como un espectador invitado a participar en el espectáculo.

La pendiente era pronunciada, pero el ascenso resultaba sencillo, siempre que no te salieras del camino marcado. La visión del campanario sobre los tejados de las casas de dos plantas nos indicó nuestra siguiente parada. Entramos por la parte del castillo. Una calle empedrada nos separaba de él. Nos dirigimos a la plaza Major, donde estaba la iglesia de Santa Maria con el torreón del campanario. La puerta lateral de la iglesia no supuso demora. David la abrió con la habilidad de un artista. La delicadeza de movimientos de aquellas enormes manos no carecía de belleza.

La torre tenía el ambiente solemne que esperábamos encontrar. El allanamiento le daba un toque más espeluznante y devoraba la sensación de seguridad. Las aspilleras filtraban algo de la escasa luz exterior. Llegamos al primer piso del campanario, con sus cuatro grandes arcos y su campana. Aún podíamos subir unos metros más por una escalera vertical. Ya no había muros que redujeran la visión. No existían los puntos ciegos. Allí arriba, te sentías insignificante en la inmensa oscuridad y, a la vez, el

rey del mundo, con todo bajo tus pies. El motivo de nuestra visita nos devolvió a la realidad.

Desde lo alto del campanario vimos todo el pueblo. No cabía duda de que esta era una construcción sólida, pensada para resistir el paso del tiempo. Con luz diurna, se vería una vasta superficie del Parque Natural de la zona volcánica de la Garrotxa. Era un muy buen punto para controlar todo el pueblo. Disponíamos de unas tres horas antes de que el sol hiciera acto de presencia.

La cercanía nos permitió distinguir dos salas repletas de gente acostada en los suelos. Dormían o lo intentaban.

—Están separados por género, pero no veo criaturas —el tono de Sussy era de sincera alteración. Estaba indignada y preocupada—. Hasta los más lerdos repiten las crueldades del pasado —dijo en voz alta lo que había pretendido guardar como un pensamiento.

David asintió con evidente inquietud. Con cada dato que recabábamos, se iba dibujando la situación a la que deberíamos amoldarnos a medida que aumentaran nuestros conocimientos de la situación real.

El exceso de confianza de los captores era evidente, pero no parecían desorganizados. Por mucho alcohol que tuvieran en la sangre, pasaban la ronda cada hora. El resto del tiempo, los que

estaban en guardia permanecían en un aula del piso inferior, jugando a las cartas.

David se quedó en el campanario. Mientras, nosotros intentamos aproximarnos lo más posible a la zona de los presos, esta vez, sin la protección del valle fronterizo. Lo cruzamos y accedimos al recinto desde arriba. Llevábamos rato observando. Aparte de los que ya teníamos localizados, no circulaba un alma por el resto de la población.

El centro escolar tenía una serie de patios que colindaban con una arboleda. Nuestra intención era llegar hasta allí y aproximarnos hasta tocar la valla metálica, como si fuera el juego de retarse para demostrar absurdamente el valor. Resguardados por la oscuridad y los árboles, nos plantamos en la calle que desembocaba en nuestro destino. Si no hacíamos nada, nos lo encontraríamos de frente. Cruzar el foso natural fue arriesgado. Cometimos el error de bajar la guardia por la ausencia de seguridad. Por suerte, no sufrimos ningún incidente. Los dos fuimos conscientes de ello en cuanto pisamos el asfalto.

Nos protegíamos con los muros de las casas y los edificios, en busca de invisibilidad. De allí descendimos hasta abordar el colegio por donde era más propicio. No tardamos en estar tumbados, protegidos por el muro inferior que sujetaba la valla.

En cuanto estuvimos seguros de la ausencia de vigilancia, procedimos al reconocimiento visual. En la clase que daba al

patio cerrado que teníamos delante, estaban los niños. También dormían en el suelo. Los tenían separados de sus progenitores y no en un aula contigua, sino lo más lejos posible de estos. A pesar de la indignación que sentíamos, no debíamos precipitarnos. Habría sido una estupidez monumental, condenada al fracaso. Probablemente, a la muerte. No podíamos demorarnos mucho más. Debíamos partir antes de que el campamento despertara, o seríamos detectados. Tendríamos que volver. La próxima vez, en horas diurnas para observar el comportamiento de unos y otros.

La vuelta aún fue más rápida. En cuanto alcanzamos la iglesia, David salió por la puerta. El ascenso fue más duro, estábamos cansados. La adrenalina comenzaba a disminuir y se notaba la falta de sueño. Antes de ir en busca de las motos, dimos un último vistazo. Nos fuimos con la impresión de no haber hecho lo suficiente. Tal fue la frustración que, en cuanto llegamos al lugar donde habíamos escondido el transporte, intercambiamos miradas que nos indicaron el siguiente paso sin necesidad de decir palabra.

Preparamos la zona para descansar la escasa hora que quedaba antes de la salida del sol. Antes de echarse a dormir, Sussy colocó varias alarmas caseras. Nos avisarían si alguien se acercaba. No se puede decir que llegáramos a dormir, pero sí a descansar, a ordenar un poco las ideas y asimilar lo que se nos venía encima.

El primero en levantar la cabeza fue David. Sussy y yo no tardamos en unirnos a él. Teníamos cierta ansia por comenzar la segunda etapa de la misión. Volvimos a encaramarnos hasta alcanzar otra vez la visión completa del pueblo. Aprovecharíamos para ver el funcionamiento del campo al despertar. Así avanzaríamos el plan casi un día, lo que podía llegar a salvar alguna vida. El sol comenzaba a bañar los techos de las viviendas. Aún sin humanidad, el pueblo cobraba vida. El colegio permanecía en estado de quietud. No se divisaba ni la rotación de los guardias.

Era el momento perfecto para desayunar. De la mochila, saqué galletas y frutos secos. Estábamos dando cuenta de ello cuando el sonido del timbre nos puso en alerta. El campamento despertaba. En el patio se podían ver un par de guardias armados esperando delante del acceso.

Los primeros en salir fueron los hombres. Caminaban derrotados y harapientos. Sin necesidad de instrucción alguna, se situaron en orden para ser contados, como soldados para el recuento. Un anciano se estaba demorando. Recibió tal empujón que terminó en los brazos del joven que caminaba delante de él. Su recompensa por no dejarlo caer fue un golpe de vara que le dobló la espalda, pero no soltó al anciano. Por la forma en que se movía el guardia, debía estar vociferando improperios. La cosa era peor de lo que nos habíamos permitido imaginar. Cuando estuvieron todos en su lugar, hicieron acto de presencia las mujeres, con

aspecto de haber sido tratadas peor que los hombres. Ellas se dirigían al otro extremo del patio, evitando cualquier posible contacto entre géneros. Empezaron a contarlas sin esperar a los niños. En cuento terminaron, las hicieron sentar en el mismo lugar en que estaban. Unas pocas mujeres volvieron a entrar en al edificio.

En el patio donde nos habíamos resguardado por la noche, empezaron a salir los niños y niñas. Les hicieron sentar. Los más mayores se encargaban de los lactantes. Desde la distancia, parecía que todas las criaturas seguían las instrucciones de una niña. Por su altura, debía ser de las mayores del grupo debía rondar los diez años.

Al poco, salieron mujeres con pucheros, cuencos y cubiertos. Los niños se pusieron en fila. No pudimos distinguir qué les servían. Supusimos que serían gachas o algo similar. Los intentos de comunicación con los niños se cortaban tajantemente con algún golpe. Cuando sirvieron al último, las mujeres volvieron a desaparecer y reaparecieron en el centro del patio, entre los dos grupos sentados, a la espera de su turno para desayunar. Las primeras fueron ellas, al terminar de servir a sus compañeras. Hicieron lo mismo con sus respectivos cuencos y se sentaron en el lugar que les correspondía. Al terminar la última mujer, la primera de cada fila se encargaba de llevar los cuencos y los cubiertos al carro de la comida.

Cinco hombres ocuparon su lugar. Los demás se levantaron en orden para seguirlos y formar una fila de a uno. Hicieron lo mismo que las mujeres. Los que se habían encargado del servicio también hacían la retirada y la limpieza.

Entonces vimos que los golpes se volvieron más contundentes, como si después de desayunar pudieran tolerar mejor las palizas. Un recuerdo para el resto del día si se respiraba más fuerte de lo estrictamente necesario. Llegados a este punto, nuestra indignación era máxima. En cuanto los hombres volvieron de limpiar, un grupo de mujeres, no sabría decir si las mismas, entró en el edificio. Trajeron una mesa, una silla y todo lo necesario para que alguien se sentara a comer justo en el centro de todos ellos con el fin de que lo pudieran admirar.

Sussy desvió nuestra atención hacia la zona donde estaban los niños. Un guardia había empujado a una niña al suelo y alzaba la vara para golpearla. Sin dudarlo, la niña que parecía ejercer como lideresa se interpuso entre la vara y la pequeña, que no dejaba de temblar tendida en el suelo del patio. David tuvo que sujetar a Sussy, que parecía querer salir disparada a cortarle la cabeza a ese ser que se atrevía a tocar a criaturas indefensas. El hombre, enfurecido, golpeó a la niña mayor. Ella aguantó el golpe y se agazapó para proteger a la más pequeña, por si seguían las agresiones. Esa chica era fuera de serie, dura en las peores circunstancias posibles. Sus compañeros tenían suerte de contar con ella.

No parecía que el tipo fuera a continuar. Las niñas se incorporaron y se alejaron todo lo posible de él. El resto de menores se congregaron a su alrededor. Era una forma de apoyarla y protegerla en la medida de sus posibilidades, como hacen las potenciales presas ante la presencia de depredadores.

Volvimos a centrar la atención en el patio de los adultos, donde apareció un tipo corriente, nada destacable, resguardado por dos mastodontes, uno a cada lado, que le daban un aspecto cómico. Por desgracia, aquel lugar hacía muy poca gracia. En cuanto se hubo sentado, empezaron a desfilar las señoras con vino y comida en abundancia. Embutidos, huevos fritos con patatas, pan, tomates y una fuente con fruta.

La creciente indignación de Sussy nos llevó a considerar que era prudente concluir la misión. Regresaríamos antes del toque de queda. Sussy se resistió un poco, pero no tardamos en tener las motos a punto para partir.

—Sería mejor que alguien se quedara.

—Sussy, no podemos hacer nada más. Lo único que podría pasar es que nos descubrieran y arruinar la última oportunidad que tiene la gente del pueblo de recuperar su libertad.

Yo me limitaba a mirarlos. No tenía intención de participar en la conversación. David conocía a Sussy mejor que yo, por lo que su opinión seguramente valía más que la mía a sus oídos. A Sussy no le gustó, pero se enfundó el casco a la espera de la

partida. Seguimos sus pasos. Era tal la costumbre que no se me habría ocurrido montar sin casco. ¿Qué se sentiría al conducir sin él? En estas tonterías pensaba cuando llegamos al camino principal. En ese punto el cansancio empezó a hacer mella. Subir la visera y sentir el viento fresco nos despejó lo suficiente para evitar dormirnos mientras conducíamos. Sin darnos cuenta, vi que ya estábamos en la finca de Gerardo. Estábamos demasiado cansados para pararnos allí a informar a Álex y Jorge sobre nuestros avances y preguntar por el estado de salud del amputado. Habíamos informado a todos de la demora y del regreso, por lo que continuamos camino hasta llegar donde nos esperaban nuestras respectivas camas, sin parar tampoco en la finca de Carlos. Anna nos saludó desde el porche. Sabíamos que antes de acostarnos nos tocaría explicar lo sucedido a los que ya estuvieran despiertos en casa, pero yo solo podía pensar en el momento de irme a dormir. No tenía ganas de hablar ni interactuar con nadie.

En cuanto las perras oyeron las motos, acudieron a la cancela. Estaban sobreexcitadas, corrían de un lado a otro, se tropezaban entre ellas. Por suerte, ese comportamiento nos apaciguó. Nos ayudó a olvidarlo todo, aunque fuera un momento. Era de agradecer. Como estaba previsto, explicamos con pelos y señales todo lo acontecido a los que ya deambulaban por casa. David proporcionó el único dato nuevo: el supuesto cabecilla le recordaba al actor Pepe Viyuela. Pensándolo bien, me pareció

cierto. Contestamos preguntas, vimos sus reacciones y compartimos pensamientos y planes, pero atajé rápidamente la conversación. Ya planificaríamos más cosas cuando hubiéramos dormido un poco.

—*La planificació la farem a la tarda. Ara, amb el vostre permís, vaig a dormir una estona.*

Ya emprendía el camino hacia la deseada cama cuando la dulce voz de Sussy desmontó mi ensoñación.

—Ahora toca entrenar, vamos unas horas tarde.

No tenía ganas ni de contestar. Resignado y cabizbajo, seguí camino y regresé vestido adecuadamente. Todos los presentes sonreían, pero nadie dijo nada. En mi cabeza solo me preguntaba en qué momento la información de que me iba a dormir se había convertido en una sugerencia, petición o pregunta que requiriera consentimiento. Me maldecía por mi falta de asertividad, pero por muy cansado que estuviera y pocas ganas que tuviera de sufrir lo mismo que la mañana anterior, si ella estaba dispuesta, yo no podía ser menos. Además, estaba convencido de que ella consideraba muy necesario que supiéramos defendernos y enfrentarnos a unos maleantes tan despreciables como los que no tardaríamos en conocer, por lo que el entrenamiento no era un antojo suyo para reírse de mí, sino una necesidad.

Pedro ya estaba a la espera. Lo saludé simulando ganas de comenzar. La tortura de los estiramientos no tardó en empezar.

Mientras contorsionaba el cuerpo, mi mente se cansaba solo de pensar en los próximos cuarenta y cinco minutos de tortura. Mi espíritu se animó cuando, a los quince minutos, ella dio esta parte por concluida. Nos indicó cómo ponernos en guardia correctamente. Sussy desprendía una energía diferente. Enseñaba su deporte con la pasión propia de quienes explican lo que aman y los apasiona. Se la notaba calmada, en paz consigo misma. Era sorprendente la diferencia en su actitud mientras había visto golpear a las niñas.

Nos entregó unos tutores que había cogido del almacén. Serían nuestras espadas de prácticas. Nos enseñó a marchar y a romper. Su paciencia para explicar y posicionarnos correctamente, sumada a lo vivido y al sueño, me hacía verla entre neblinas, como si un aura mágica le confiriera una presencia angelical. Aprender una buena posición de guardia me resultaba difícil. Por lo contrario, Pedro tenía cierta facilidad. Eso aumentó su seguridad y hasta me ayudó en mi progreso.

En el porche, las niñas imitaban nuestros movimientos. Ellas también habían encontrado tutores y cada una tenía el suyo. Debían llevar rato en ello, pero hasta que no fuimos conscientes de su presencia, la maestra no las invitó a unirse. Lo hicieron de inmediato.

Estuvimos un rato marchando y rompiendo. Con las crías, la clase era mucho más divertida. Como siempre, su sinceridad al

resaltar nuestros errores nos ayudaba a corregirlos de forma más rápida. La prudencia de los adultos, que edulcoran la realidad para no ofender, en ocasiones ralentiza el aprendizaje.

Las niñas no habían empezado a sudar, pero mi camiseta goteaba y la rojez de mi rostro contrastaba con las mejillas sonrojadas de las compañeras de clase. La piedad de Sussy no se hizo esperar.

—Unos últimos estiramientos y a la ducha.

Ahora percibía los ejercicios como la antesala del descanso. Con una buena actitud, los terminé pronto.

La ducha fue reconfortante, relajante y también un estímulo para las ideas. El agotamiento parecía irse por el desagüe con la suciedad, dejando una calma comparable con un estado de somnolencia consciente. Caminé en dirección a la cama como si flotara por el mundo de los vivos, sin formar parte de él.

XXIII: EL COLEGIO

El olor a comida me devolvió a la vida. Los primeros sonidos que oí eran de adultos. Hablaban sobre la situación del pueblo. A falta de más noticias, dedicaríamos el resto del día a planificar. Partir a plena luz representaba un riesgo considerable, y aún más acercarse a la escuela. Por suerte, nadie hizo amago de desentenderse del asunto. No habría querido estar en su lugar y afrontar la ira de nuestra pequeña maestra pelirroja. Entre todos decidimos que repetiríamos la actuación de la noche anterior, pero avanzaríamos la partida unas cuantas horas. Iríamos los mismos. Estábamos ansiosos por empezar. La adrenalina resulta adictiva. Cada vez era más sencillo conquistar los miedos. La inercia no te permitía prestarles demasiada atención.

En el jardín, los niños practicaban lo aprendido con sus espadas. Sussy salía de vez en cuando para hacerles alguna corrección o darles nuevos ejercicios para practicar.

Las noticias del estado de salud de Gerardo eran favorables. Pasaba la mayor parte del tiempo despierto y empezaba a incorporarse. Ya sin fiebre, se impacientaba. Tendríamos que buscar unas muletas o una silla de ruedas para que empezara a moverse. Quizás así se tranquilizaría y se recuperaría antes. También era conveniente para la salud mental de Mari Carmen.

Aquella tarde sentí la necesidad de un momento de soledad. Un paseo por el bosque con las perras terminaría de centrarme y ordenar los pensamientos acerca de lo que nos acontecía. Cerca de la cancela, Carlos practicaba con el tirachinas. No me importó que se apuntara. Su compañía no me causaba estragos. Caminamos junto a las perras sin decir nada, solo atentos a la naturaleza y a las compañeras que corrían a nuestro alrededor. Pararse a observar el mundo era reparador. No podíamos demorarnos demasiado, por lo que el paseo fue corto, lo suficiente para despejarnos. Los dos éramos conscientes de que esa paz podía terminarse en cualquier momento si algo salía mal.

Al entrar, ya estaban preparados para partir. Como las prisas nunca son buenas, queríamos acercarnos con tranquilidad. Llegar antes del toque de queda era el punto número uno del plan. Si llegábamos demasiado pronto, nos quedaríamos en el primer punto de vigilancia. Necesitábamos un tiempo para sentirnos seguros y aproximarnos sin ser descubiertos.

El camino fue algo más familiar. Mil veces había realizado ese mismo trayecto, pero no me había fijado tanto en él ni conocía tantos recovecos como había descubierto desde que el temor había invadido nuestro estado de inopia. Esta vez sin paradas, llegamos a las casas de fin de semana, el punto donde considerábamos que terminaban nuestros dominios. Continuamos hasta llegar al lugar donde habíamos escondido las

motos. Volvimos a hacerlo. El sitio no había sido descubierto y ya teníamos el material necesario para cubrirlas con vegetación.

Seguía sin haber rastro de vigilancia por la zona. Una vez en el punto más alto, detectamos pocas variaciones con respecto a la mañana. Toda la actividad se centraba en el colegio. Los vecinos seguían en los patios. En vez de permanecer estáticos, ahora podían moverse, limitados a su mitad del patio. Por el centro solo pasaban los guardias con sus metralletas en mano.

El despacho donde habíamos visto luz la noche anterior estaba ocupado por el hombre que parecía al mando. En la sala contigua, se reunía parte de su séquito. Las ventanas del centro favorecían la observación y, a la vez, ponían en peligro nuestra invisibilidad.

De día fue fácil encontrar un camino de descenso al pueblo más resguardado y sencillo. Accedimos a este por detrás de la zona amurallada. Era imposible que nos vieran si seguían sin aparecer por el casco antiguo. Estábamos convencidos de que no había nadie en todo el pueblo. Eso nos daba cierta tranquilidad. El acceso al campanario ahora tenía truco. Para evitar que vieran que la puerta estaba abierta, David la había preparado para poder abrirla con un simple clip, al más puro estilo MacGyver. De lo contrario, permanecía cerrada. La vista desde el campanario confirmó que en aquella zona éramos los únicos pendientes de lo que sucedía.

Los nervios no tardaron en hacer acto de presencia. Volvió a cubrirnos David. Era demasiado grande para pasar desapercibido con facilidad. Llevábamos auriculares conectados a los *walkies*. David nos podría guiar o avisar en caso de necesidad sin temor a ser delatado.

Cuando bajábamos los primeros escalones, el sonido de un motor nos paralizó en el instante y lugar en que nos encontrábamos. Casi nos quedamos con el pie colgando en el trayecto de escalón a escalón. En cuanto conseguimos reaccionar, regresamos a la posición de observación.

Era una furgoneta de reparto pequeña. Paró pocas calles antes de llegar a nuestra posición. Dos tipos bajaron y desaparecieron dentro de un edificio. Al poco, salieron con cajas de alcohol. Era el bar de la parte baja del pueblo medieval, justo después del único puente de acceso transitable en coche. Entraron un par de veces más y cada vez salieron cargados con cajas que ayudarían a mantenerlos en su estado de intoxicación alcohólica.

Se confirmaba que los conquistadores consideraban el pueblo entero como su despensa particular. Más bien, como su centro comercial privado. No temían que alguien les pudiera arrebatar nada de lo que consideraban sus pertenencias por derecho de conquista. ¿Quién tendría tal osadía?

Nosotros nos limitábamos a observar, sin pronunciar palabra ni movernos. Era poco probable que nos localizaran, y menos si no

nos estaban buscando, pero el temor no suele ser demasiado racional. No debieron tardar más de diez minutos en emprender el camino de regreso. A nosotros nos pareció una eternidad.

Cuando se dieron por satisfechos, regresaron para descargar el botín. Verlos descargar la mercadería para sus fiestas nos indignó y, a la vez, fue la señal para iniciar el acercamiento a una posición más ventajosa.

Esta vez descendimos la escalera de caracol sin interrupciones. Ya en el exterior, Sussy abría camino mientras yo vigilaba que no nos siguiera nadie. Esas habían sido sus instrucciones, y su consejo: «Nunca te fíes del todo». Después de la interrupción sufrida, estaba claro que llevaba toda la razón.

No habíamos detectado ningún punto en el que pudiéramos ver los dos patios a la vez. Como la acción se desarrollaba con los adultos, buscamos el mejor sitio para observar su patio sin ser vistos. No tardamos en encontrarlo. Teníamos una panorámica del patio y el edificio quedaba casi enfrente. Durante un buen rato no sucedió gran cosa. La mayor parte del tiempo, los presos eran ignorados por sus captores, que se dedicaban a beber y a bromear entre ellos, como si estuvieran en la terraza de un bar compartiendo unas copas con los amigos.

Recordé las obras con fotografías modificadas de gente que se hacía selfis irrespetuosas en los monumentos en conmemoración a las víctimas del Holocausto. Los artistas transportan las figuras

de gente en actitud irreverente y la solapan con fotografías históricas de lo que representa el monumento en cuestión. Así se consiguen imágenes impactantes. Una verdadera denuncia contra las gracietas de los faltos de conocimiento, consideración, moral, respeto, empatía o memoria. La versión que teníamos delante recordaba las fotografías de los torturadores nazis mientras disfrutaban y gozaban de la vida en medio de la barbarie desatada. A diferencia del artista de origen israelí Shahak Shapira, nosotros no necesitábamos retocar la imagen para mostrar su auténtico significado.

El timbre los puso en faena. Se notaban sus pocas ganas de dejar las risas. Aun así, el sonido los puso en pie de inmediato. Los vecinos acudían a su lugar de recuento como autómatas, como los animales de granja al oír llegar la comida. Se respiraba cierta resignación y un pesar diferente al de la mañana.

En cuanto se alinearon todos, aparecieron dos guardias. Por la ropa, dedujimos que eran los mismos que habían cargado el alcohol. Ahora acarreaban a un chaval de unos veinticinco años, todo magullado. Lo arrastraban cogido por los hombros, y el rastro de sus pies quedaba en la tierra del patio, como si dibujara dos carreteras paralelas para que los niños jugaran con sus cochecitos.

Al llegar al centro, se pararon de espaldas a nosotros y miraron hacia lo alto del edificio. Fue cuando nos dimos cuenta de que

en el techo había tres hombres a la espera de que todo estuviera a su gusto para proceder con su cometido. El del centro era el cabecilla de los captores. Era el único de todos ellos que no hubieras encontrado en el mercado de esteroides. De cerca, realmente se parecía mucho al actor Pepe Viyuela.

Aparecieron otros guardias y formaron una barrera justo al final del porche y delante de la puerta de acceso al centro. Quedaron perfectamente alineados con los de arriba. Para rematar, el hombrecillo se subió a lo que debía ser una tarima. Ahora su altura superaba la de sus guardaespaldas, que parecían sus muletas. Era una pirámide de poder perfecta. Él, arriba de todo, seguido de la gente de su confianza, su ejército y, por último, sentados en el suelo, sus esclavos. El de su derecha, le pasó un megáfono. Sin dudas ni fallos de trasmisión, empezó a hablar. Estaba claro que quería que todos lo oyeran. Hasta David, desde lo más alto del campanario, podía oír lo que este tipo decía.

—Así me gusta que estén mis corderitos, mansos y ordenados —tras una pausa perfecta para que asimilaran las palabras, prosiguió—. Como sabéis, hoy hay celebración. Evitar la evasión de uno de nuestros preciados miembros siempre es motivo de alegría.

Era un buen orador, un cínico, un ególatra sociópata (en su significado más literario, que no literal). Le gustaba oírse. Su mirada reflejaba la amplia satisfacción que le daba portar el

megáfono. Miraba a los cautivos con suficiencia, mientras ellos mantenían la cabeza gacha.

—Ya sabéis lo que toca en estos casos. Cualquiera que cause un problema, se unirá a los funerales.

Sus palabras eran escalofriantes. Estaba claro que matarían a aquel joven que había intentado fugarse. Seguramente era el joven que vimos apaleado. Pero había hablado de *funerales* en plural. ¿Habían matado a alguien más o tenían otras víctimas preparadas?

—Las cinco siguientes, que formen delante sin demora.

Entre las mujeres llamadas, había una especialmente afligida. Su mirada iba del suelo al joven maltratado. En cuanto la detectó, el líder sentenció:

—La cuarta es la escogida. Las otras, que estén limpias y preparadas.

Todo sucedía a cámara lenta, perfectamente orquestado. Mientras se llevaban a las cuatro, dos hombres agarraron a la elegida, que intentó resistirse. Gritaba con un llanto descontrolado. Suplicaba por su vida. Los lamentos hicieron efecto en el semiinconsciente chaval, que recuperó fuerzas. Se zafó por sorpresa y consiguió golpear a uno de los guardas que la sujetaban. Un esfuerzo desesperado que no podía dar más fruto que la seguridad de haber luchado hasta el final. Un

puñetazo en el estómago le hizo expulsar hasta la última molécula de aire de su golpeado cuerpo. Cayó al suelo mientras luchaba para llenar los pulmones del preciado elemento. Así concluyó su acto de rebeldía. El intento de ella por acudir en su auxilio fue frenado de inmediato con un tirón de su cabellera por parte del guarda que la mantenía agarrada.

Una vez controlada la situación, los rostros de unos manifestaban ira y los de los otros, satisfacción. La desesperación más absoluta se reflejó en la voz del joven.

—Ella no ha hecho nada. Es todo culpa mía.

Se lamentaba y suplicaba. No sé si el malnacido líder lo oyó, pero sus palabras parecían una respuesta.

—Conocéis las normas. Son sencillas. Romperlas se castiga con la muerte. Pero antes del deseado final, veréis morir a alguno de los vuestros. Es lo que este desconsiderado nos obliga a hacer.

Ese hombre estaba despertando toda nuestra antipatía hacia su persona. El que procedería a la ejecución permanecía oculto desde nuestra posición. Los muchachos estaban uno delante del otro, de rodillas, inmovilizados por dos hombres cada uno. El avance del arma ejecutora hacia la cabeza de la chica, sin llegar a tocarla, para que no sintiera el arma, impidió que me fijara en su portador.

—Todo por tu culpa.

Ni el estruendo del arma ni la visión de aquella vida extinguirse sobre su compañero pudieron borrar la frialdad de esas palabras ni el timbre de su voz, que me resultó familiar. Los intentos de rebeldía fueron sofocados antes de que se iniciaran a golpes aleatorios de vara, mientras les repetían en forma de mantra:

—Por su culpa.

Mantenían el cuerpo inerte de la chica en volandas, a la altura del joven, para que siguiera viendo su obra hasta el último aliento. El verdugo mostró su rostro, que casó de inmediato con la voz: era uno de los que habían apaleado a Víctor. Avanzó con calma hasta apoyar el cañón en la frente del joven. Intentó que este le mirara, pero su mirada estaba perdida en aquella vida ausente. Sin más, le repitió el mantra.

—Todo por tu culpa.

Luego su cabeza corrió la misma suerte que la de la pobre difunta. Con el mayor de los desprecios, soltaron los cuerpos, que se desplomaran solo acompañados por la gravedad y sus burlas. Los dejaron atrás como si nunca hubieran importado a nadie. La rabia empezó a consumir todo mi ser. La inmovilidad me provocaba temblores, como si mi cuerpo pidiera acción y lo contuvieran con correas para evitar el florecimiento de la ira primaria.

—*Hauria d'haver matat a aquests mal nascuts quan en vaig tenir l'oportunitat* —musité. La tensión de la mandíbula me impedía

vocalizar, lo que provocó una mirada de incomprensión de mi compañera—. Esos dos fueron parte de los asaltantes que apalearon a Víctor, tendría que haberlos matado entonces, cuando tuve oportunidad de hacerlo.

Faltaba el tercero, el que mandaba. En el patio no estaba. La sirena del megáfono dirigió nuestra mirada al tejado. Allí estaba el que faltaba, junto al gran líder.

—Ahora descansad y meditad sobre vuestro comportamiento. No quiero problemas esta noche. Hay mucho que celebrar. Quien me contradiga acompañará a los que han intentado aguar la fiesta.

Sin más, descendió de las alturas y desapareció. Los guardas empezaron a repartir golpes, mientras los vecinos intentaban incorporarse. Primero se llevaron a los hombres y los encerraron. Las mujeres no tardaron en desfilar, entre golpes y manoseos. En cuanto no quedó nadie en el patio, las luces se apagaron y empezaron a encenderse lámparas y linternas en el interior.

Un par de soldados añadiendo combustible a los rescoldos de la hoguera extinta para encenderla. En el tejado se reflejaba el fuego en su apogeo. Preparaban la fiesta para los escogidos. Mientras, el resto permanecía vigilando de la manera acostumbrada, con su arma y su botella. Lo único que soltaban en algún momento era la botella para cambiarla por otra llena.

Seguía con los temblores, incapaz de moverme. La mano que Sussy apoyó en mi hombro me devolvió el control sobre el cuerpo. Continuaba reacio a moverme. Deseaba demasiado matarlos.

—Hoy no podemos hacer nada, o lo pagarán con el resto de los vecinos.

Sussy tenía razón. De haber actuado ahora en un calentón, por la mañana los habrían ejecutado a todos. Ahora era ella la que refrenaba mi impulso e impedía que se me fuera la cabeza. Con los ánimos por el suelo, desandar se hizo lento y pesado. David llegó en cuanto estuvimos en la puerta. Aunque había presenciado los hechos desde un lugar diferente, la experiencia para él había sido igual de traumática.

Llegar a casa para explicar malas noticias no era plato de buen gusto. Ser conscientes de que teníamos en nuestras manos la vida de tantas personas no servía de consuelo, pero encendía la llama de la decisión de terminar con el malvivir de nuestros vecinos. No nos sentíamos tranquilos al marcharnos a casa dejando la situación como estaba, pero era preferible hacerlo antes de que aparecieran las mujeres seleccionas y ya aseadas. Teníamos claro lo que iba a suceder y no queríamos presenciarlo, ni siquiera susurrarlo. Eso no nos quitaba la angustia con la que partíamos, pero podía evitar que nos sintiéramos con la obligación moral de actuar. Ya les habíamos fallado a los dos

jóvenes. No queríamos defraudarlos más de lo ya sentíamos que habíamos hecho.

No eran ni las once cuando llegamos a lo más alto. Dimos un último vistazo y nos prometimos volver y resolver la situación. Cuando llegamos donde estaban escondidas las motos, ya más resguardados, avisamos de nuestro regreso. En mi mente se repetían las imágenes como una película macabra que no puedes sacarte de la cabeza.

Antes de llegar a la finca de Mari Carmen, Jorge ya nos abría la cancela. Era el primer punto posible de contacto, si los maleantes del pueblo se acercaban. Era preferible montar guardia. Para ello, Gerardo tendría que consentir que más gente se quedara en su hogar. De momento, podíamos contar con Álex, al menos hasta que su paciente se valiera por sí mismo o se encontrara lo suficiente bien como para echarlo. Y también estaba Jorge, que había solicitado quedarse unos días y ayudar con las labores de la finca. Mari Carmen, que era un encanto, no tuvo ningún problema y hasta demostró agradecimiento por el intento de protegerlos.

Los sucesos recientes hacían mella en todos. No necesitaban haberlo presenciado para indignarse y temer. No esperábamos que se acercaran esa noche, menos con la fiesta que preparaban. Pero teníamos que estar preparados para cualquier caso. En la finca de Carlos también nos esperaban. Hablamos un rato. Poco

antes de las doce, me despedí para llegar antes de que todos en casa se hubieran ido a dormir. Los compañeros de misión se quedaron un rato más. Estaban entretenidos hablando. Cuando estaba a punto de encender la moto, Sussy me recordó la clase del día siguiente a las siete de la mañana. Pareció disfrutar al ver la pereza reflejada en mi rostro.

En casa, el mismo ritual. Antes de llegar, la cancela abierta. Inés con todas las perras ya me esperaban. Por detrás, llegaban Pepita y Víctor. En cuanto saludé, vi a Pedro apartar las cortinas y quedar al descubierto con su rifle. Era de agradecer que se tomara la seguridad tan en serio. Las posibles reticencias del último grupo a unirse habían desaparecido por completo. Integramos sus costumbres de vigilancia y desconfianza. Siempre atentos, siempre preparados para cualquier eventualidad y nunca terminar de confiarse.

Me reuní en la sala con los que permanecían despiertos y les expuse lo sucedido. Comprobé que las noticias habían llegado antes que yo, cuando Marc preguntó:

—*És cert que han matat a dues persones aquesta nit?*

—*Sí. Ho ha fet un dels que van atacar la vostra família* —dije dirigiéndome a los profesores. Él palideció como si reviviera cada golpe. Ella enrojeció de ira. Saber que sus atacantes era parte del problema les encendía. Todos pensamos en aquel

momento en la necesidad de haberlos matado cuando los teníamos a tiro.

Marc expuso algo que me rondaba por la cabeza desde hacía rato. Con lo que habíamos visto, no solo confirmamos que la información que nos habían dado por radio era cierta, sino que habíamos comprobado que la realidad era aún peor. Pero Marc seguía sin fiarse del informador. Me miró expectante. Yo compartía su desconfianza en cierto grado. A él, la experiencia no le permitía poner la mano en el fuego por aquel radioaficionado, seguramente por nadie. Y lo entendí.

—Demà, si es torna a comunicar, voldria sentir la seva veu. L'home que els dirigeix em fa molt mala espina. El veig capaç de fer-se passar per un dels veïns només per atreure més gent i esclavitzar-la.

Pensé que quizás podría reconocer la voz, si el informador resultaba ser el cabecilla de tal despropósito humano. Era lo suficientemente listo para liderar aquella barbarie, por lo que no debíamos subestimar sus estratagemas. Después de especular y expresar nuestros temores, fuimos desfilando en busca del deseado descanso.

Antes de pasear a las perras, fui a dejar las cosas en el despacho. Al regresar al salón, solo estaba Pedro, que continuaba de guardia. Como estaba solo, se había retirado la capucha. Le invité a salir a pasear conmigo. Sin decir nada, asintió y se cubrió

con la capucha, que parecía no querer cooperar. Caminamos por la finca en silencio, observando la oscuridad y oyendo la noche. A medio camino, se destapó la cabeza para sentir la brisa en el rostro. Supongo que no prestarle demasiada atención le ayudaba a quitarle importancia. No dijimos ni una sola palabra, pero ese paseo fue el inicio de nuestra mutua confianza, por muy corto que hubiera sido. Al terminar, nos deseamos buenas noches y, junto con Llum, me fui a intentar dormir. A él le quedaba un rato antes de poder descansar entre sábanas de sueños. Mi cansancio era absoluto, pero era superado por la angustia creciente, que no me dejaba dormir por mucho que diera vueltas en la cama, cambiara de sitio el cojín, entrara o saliera de las sábanas. No había manera de conciliar el sueño.

Tras intentar dormir una hora sin éxito, desistí y me levanté. Dispuesto a hacer algo más provechoso, empecé a escribir. Las palabras bailaban sobre el papel y no tenía muy claro hacia dónde me llevarían. Sus trazos describían los sucesos acontecidos y revivían algo tan cercano y, a la vez, tan alejado de la realidad de escasos meses atrás.

Terminé durmiendo en el sofá del despacho, por si volvía a surgir la inspiración. No me apetecía volver a dar vueltas en la cama. Los cambios de guardia se iban produciendo y me despertaban momentáneamente, lo justo para ser consciente de ellos, comprobar el reloj de pared y calcular el tiempo disponible antes de empezar las lecciones con nuestra maestra de esgrima.

No los había oído llegar. Debían haber decidido quedarse a dormir en la finca de Carlos. Con un poco de suerte, ella se retrasaría.

XXIV: EL PLAN

El aroma de café fue invadiendo mis sueños hasta recuperar la conciencia de que ya tocaba despertar. Sussy no tardaría en llegar. En la cocina estaba Pedro. Si no hubiera oído los cambios de guardia, habría pensado que había pasado toda la noche en vela, protegiéndonos. Se le notaban las ganas de empezar la clase. Estaba casi hablador. En algún momento me dio la sensación de que iba a arrancar con un discurso. Cogía una bocanada de aire, como pretendiendo tragar, y las palabras luchaban por salir. Mi estado de somnolencia no ayudaba a desencallar el afluente que quería recuperar el cauce normal. En cuanto el café estuvo listo, nos servimos sendas tazas y salimos. Afuera ya correteaban las perras en su inspección matinal. Tomarse el café en plena naturaleza era infinitamente mejor que hacerlo encerrado en casa. Los últimos acontecimientos me hacían disfrutar de las pequeñas cosas. Los instantes de placer y felicidad recuperaban un valor que jamás habrían debido perder.

Cinco minutos antes de la hora, Pedro y yo estábamos preparados para las lecciones. El sonido de una moto nos indicó que alguien se acercaba. La sorpresa fue cuando no vimos aparecer al grandullón. Conducía mi prima Georgina. Me constaba que Sussy no había conducido una motocicleta en la

vida. Era sorprendente ver a mi prima despierta tan pronto. No le gustaba demasiado madrugar.

—¿Dónde está David?

—Buenos días. ¿No te alegras de ver a tu primita?

—Sí, perdona, buenos días. Es la grata sorpresa de ver a una preciosidad cuando esperas a un grandullón.

Sussy y Pedro nos miraban reír. Ellos se limitaban a sonreír.

—Es que también me quiero apuntar a las clases. Estamos en un momento en que más vale saber defenderse. Y mejorar mi estado físico no me vendrá mal.

Seguía riendo. Era una muchacha divertida, amable y cariñosa. En general, poco complicada. Feliz, ante todo.

—¿Queréis café o algo antes de empezar?

—Venimos desayunadas de casa.

La sonrisa cómplice entre ellas no me pasó desapercibida. Si conocía a mi prima, debían haber comido algo repleto de crema de chocolate. Con su capacidad para comer dulces, era de envidiar su metabolismo. Estaba en su peso perfecto.

Cuando estábamos a punto de empezar, aparecieron los cuatro niños mayores. También querían aprender. El encargado de la petición fue Carlos, que, antes de dirigir su pregunta a la maestra,

me dedicó una sonrisa. Nuestra relación se forjaba a una rapidez natural y, a la vez, insólita. La dulzura de Sussy con sus jóvenes aprendices resultaba hipnótica. Era fácil perder la noción del tiempo, olvidar las normas de cortesía y quedarse fascinado contemplándola, pero el dolor de cada uno de los músculos que estiraba terminó de borrar mi atontamiento y empecé a sufrir las consecuencias de entrenar bajo las instrucciones de aquella menuda mujer, de pelo naranja atardecer.

En esta tercera clase quedó claro que en la primera sesión había querido castigarme. La práctica de la esgrima era realmente divertida, aunque el motivo de la instrucción fuera defenderse. No solo aprendíamos un deporte nuevo, sonreíamos mientras intentábamos mejorar las posturas. Durante la hora y poco que duró la clase, los problemas desaparecieron. Nos centramos por entero en el arte de la esgrima. Quien dude de las palabras arte o belleza aplicadas a la esgrima, seguro que no han conocido ni visto a nuestra maestra. Solo puedo comparar la gracilidad de sus movimientos y cambios de ritmo con el baile de los cisnes. Es lo primero que me viene a la mente al recordar esas sesiones.

Los más aventajados eran los menores. Su aprendizaje era extraordinariamente acelerado. Pronto supe su secreto. Aparte de la juventud, la práctica de este bello arte era su juego principal. La diferencia entre nuestros niños y los encerrados en el colegio era tan abismal que un escalofrío recorrió todo mi ser. Por suerte,

la felicidad y la despreocupación de los nuestros hacían más llevadera la situación general.

Cuando salí de la ducha, la casa al completo estaba en pie. Marc estaba con la radio. Justo entonces oímos a Álex, que intentaba comunicarse con nosotros por el *walkie*.

—Bon dia. Em sentiu? Canvi.

—Bon dia. Com esteu? Canvi.

La voz de Álex denotaba alegría, por lo que la preocupación inicial desapareció.

—Tot bé, ja no té febre. Sembla que està cicatritzant bé i no té infecció. Canvi.

Sin fiebre, buena cicatrización… Habíamos empezado el día con muy buenas noticias. Todos nos alegramos por Mari Carmen y su marido. En casa, todo eran sonrisas. Estábamos aprendiendo a apreciar y disfrutar de los momentos de felicidad, aunque duraran un suspiro. Estábamos mejor que la mayoría de los supervivientes, al menos de los que teníamos conocimiento, y éramos conscientes de ello.

Si a media tarde Gerardo continuaba con buen pronóstico, podríamos aprovechar y hablar con él. Era necesario que entendiera que la situación requería unirnos. Estaba convencido de que Mari Carmen, que tan bien conocía a su marido, prepararía el terreno y conseguiría que consintiera cuando se lo

planteáramos. Lo conocía poco, pero tenía la sensación de que la terquedad era necesaria para él, como si eso le diera más valor que ceder ante su mujer a la primera. Pero todo matrimonio es un juego de equilibrios, y Mari Carmen era buena jugando.

Poco después, llegó el resto de los habitantes de la finca de Carlos, todos en bicicleta. David había llegado un rato antes con Susana y el bebé. Improvisamos una reunión. Todos hablábamos de lo mismo. Cada uno aportaba su opinión o matizaba la de algún otro. Lo único que no se discutía era la necesidad de hacer algo lo antes posible. La situación en el pueblo era insostenible. Desentenderse no era una opción. Con su participación, Esther centró la reunión.

—El que sigui que fem ha de ser planificat. No podem anar a la bona de Déu, cometent errors, posant en perill tant les vides dels veïns com les nostres. Hem d'intentar reduir els riscos al màxim. L'única manera és concretar i posar fil a l'agulla. Seria convenient vincular-hi a la gent del poble. Dubto que nosaltres sols podem alliberar-los.

—És important per a ells mateixos. Alliberar-se pot ajudar-los a superar tot el que han viscut, a recuperar l'orgull robat.

L'Àvia y Esther eran las matriarcas del lugar y sus opiniones tenían un peso diferente. Todas las escuchábamos con mucha atención. Las ancianas suplían con creces sus impedimentos físicos con su personalidad caritativa y su sabiduría. Esther tenía

razón: era importante planificar bien, no correr riesgos innecesarios (ni hacérselos correr a los vecinos prisioneros) e involucrarles en su propia salvación. Era otro de los detalles que no era necesario rebatir. Pero lo primero era asegurarse de que nuestro interlocutor era realmente un prisionero, y no uno de los carceleros tendiéndonos una trampa. Marc se dio por enterado e hizo un gesto afirmativo.

—Marc, ¿a qué hora se suele conectar el confidente del pueblo? —preguntó David, tejiendo alguna idea en su mente.

—Todos los días, entre las ocho y las nueve de la noche.

—Esta noche podemos estar en lo alto del campanario e intentar localizarlo.

—*Acordeu un senyal.*

Todos nos sorprendimos. La sala se quedó en silencio. La idea de acordar una señal era de Carlos, que procuraba estar en todas las reuniones, aunque pasara desapercibido del todo. En las últimas, se situaba siempre junto a Sussy. Admiraba a aquella mujer. Le gustaba escuchar sus estrategias.

—Es buena idea —la confirmación del grandullón hinchó tanto de orgullo al niño que parecía crecer en nuestra presencia.

Marc retransmitiría la conversación por los *walkies* para comprobar que no fuera la voz de Viyuela. Como Mari Carmen y Gerardo eran de la zona y ella había sido directora del colegio,

conocían a mucha gente. Quizás ellos pudieran identificar la voz del informante.

Entre hablar y asignar tareas, llegó la hora de comer. El tema siguió siendo la situación en el pueblo. Al terminar, pretendía relajarme un poco, pero vi a Sussy practicando en el jardín y me acerqué.

—¿Te molesta si te acompaño?

Después de un consentimiento no verbal, me puse junto a ella. Reforzábamos la postura de guardia, romper, marcha, doble marcha, fondo y flecha. En una de estas, me dijo:

—Recuerda que es la punta lo que se clava. Es lo primero que tiene que tocar y siempre dirigida al cuerpo del enemigo.

Mientras me lo explicaba, el rostro serio al que me tenía acostumbrado se fue transformando en una mirada cariñosa y una sonrisa preciosa. Por un instante, creí que eran para mí. Las risitas de las niñas me devolvieron a la realidad. Se habían apuntado a continuar practicando con nosotros. Faltaba Pedro. Víctor y Pepita intentaban convencerlo de que impartiera clases de música a los niños. Sin duda, ellos tendrían mucha más facilidad que yo.

—Buena clase, niñas. Jan, tienes que esforzarte más.

Dos frases cortas enlazadas. Con tonos y expresiones completamente diferentes. Las niñas eran felices. Las

entusiasmó que yo les pidiera ayuda para mejorar y estar a su altura.

Durante la sesión, Víctor había salido a buscar a los niños. Repartían las clases durante el día, según las necesidades de la jornada. Al ver que estaban disfrutando y aprendiendo algo que ahora nos parecía necesario, aunque meses atrás eso fuera impensable, esperó hasta que Sussy pusiera fin a su lección. Yo empezaba a entender que la esgrima tenía mucho que ver con su forma de pensar. En el poco tiempo que llevaba en contacto con esta disciplina, me había dado cuenta de que se asemeja al ajedrez en la necesidad de prever antes de actuar. Lógicamente, el factor físico es infinitamente más agotador. Pero no hay ataque sin planificación ni cálculo previo de las opciones. Siempre enfocado al éxito.

Me aseé y concreté detalles tales como la hora de salida, los vehículos que usaríamos y quiénes iríamos. Me quedaba tiempo. Ensillé la yegua para visitar a Gerardo con el fin de exponerle la situación y la necesidad de agruparnos. Estaba perdido en mis pensamientos cuando Carlos me interrumpió con su mejor cara de niño bueno suplicante.

—*Puc acompanyar-t'hi?*

No me parecía mala idea. Quizás, al ver al niño, al vecino se le ablandara el corazón y ponía menos reparos. Como era hora de clase, le dije que primero lo consultara con sus profesores. Salió

disparado en busca de la autorización. En menos de dos minutos, apareció con una gran sonrisa, perseguido por Inés, que le traía una chaqueta y un gorro de lana confeccionado por l'Àvia. Tejía para distraerse. Casi todos ya tenían un gorro para cubrir sus cabezas.

Lira y Llum daban por hecho que nos acompañarían. Corrían de donde estábamos a la puerta y volvían a empezar hasta el punto de poner nerviosa a la montura. Con la inestimable ayuda de Carlos, apaciguamos sus ansias o, al menos, conseguimos que se sentaran y se quedaran quietas. Nos desplazaríamos en el magnífico animal. Cuando Carlos debía subir a su grupa, volvió a correr hacia la vivienda. Reapareció con su mochila de supervivencia y el tirachinas colgado del cinturón, junto a una bolsita de canicas que utilizaba como proyectiles.

Una vez abierta la cancela, las perras salieron en dirección al antiguo hogar del niño. Si se alejaban demasiado, regresaban. Con su diferencia de tamaño, formaban una estampa graciosa. Lira se asemejaba más a una potra que a un ejemplar de la misma especie que Llum. Una zancada suya equivalía a cinco de la otra. Nuestro paso era de paseo. Hablábamos de la naturaleza que nos rodeaba. Las perras se pararon en la puerta de la antigua casa de Carlos. Como no había nadie, proseguimos camino.

Desde la distancia, vimos a Jorge caminar por la finca. Tomaba notas en un cuaderno. No tardó en levantar la mano en forma de saludo. Cuando llegamos, ya teníamos la cancela abierta.

—Hola, veo que traes refuerzos —dijo Jorge con una gran sonrisa.

Por un momento, Carlos se encogió con timidez. No era la reacción que esperábamos. En cuanto estuvo de nuevo en el suelo y con la inestimable ayuda de las dos perras, el niño volvió a sentirse cómodo. Antes incluso de que mis botas soltaran las estriberas, Mari Carmen asomaba por la puerta.

—Buenos días. Sí que vienes bien acompañado.

Su sonrisa era cálida y sincera. Esta vez el niño se la devolvió.

—Entrad, que os pongo algo para merendar.

Carlos se debatía entre emociones: de la euforia de sentirse mayor y ser mi único acompañante a la timidez típica de la edad. Mari Carmen estaba radiante y cariñosa con el niño. Se notaba que tenía mano con ellos. Nos llevó hasta la habitación donde descansaba Gerardo. Lo saludamos. Tenía en mente cómo buscar el modo de plantearle la situación con el fin de conseguir su consentimiento y su cooperación. Lo encontramos recostado en la cama. Estaba un poco pálido, pero era de esperar. La pérdida de sangre en la amputación y todo por lo que había pasado en los últimos días no podían pasar desapercibidos. Aun

así, tenía mucho mejor aspecto que la última ocasión en que lo había visto. Sin previo aviso, su voz resonó en la estancia.

—¿Tú eres el que me cortó la pierna?

Su voz grave y su marcado acento alemán dotaban a sus palabras de una fuerza intimidatoria que se reflejó en el rostro de Carlos. Se puso pálido, mientras su mirada se quedaba atrapada en el espacio vacío donde debería estar la continuación de la pierna. Habíamos hablado de la operación en casa, pero el niño no parecía haber sido consciente de ello hasta ese preciso momento.

Gerardo advirtió su torpeza y brusquedad, e intentó dibujar una sonrisa, que se pareció más a una mueca. Antes de ser reprendido por su mujer, quiso corregir sus palabras.

—Perdona por la broma. Quería daros las gracias por salvarme. Gracias por ayudarnos.

Todas esas palabras fueron dirigidas al niño, que seguía petrificado. Posteriormente, miró a su mujer en busca de aprobación.

—Es un placer ayudar en lo que se pueda. Nos alegramos de que se encuentre mejor. Le presento a Carlos.

El niño saludó casi imperceptiblemente. Su mirada seguía fija en la ausencia.

—Hola, Carlos. Siento lo de tus padres.

—Gracias, yo lo de su pierna.

Gerardo soltó tal carcajada que, del susto, Carlos se puso en guardia como en clase de esgrima.

—Cariño, ¿por qué no le das de merendar a Carlos? Creo que la visita no es de cortesía.

El niño me miró para saber qué hacer. Mari Carmen le colocó la mano en el hombro para guiar su primer paso, que él dio sin vacilar. En cuanto nos quedamos solos, la severidad a la que me tenía acostumbrado regresó a su rostro.

—¿Qué es lo que quieres por haberme salvado la vida?

Estaba claro que no era un hombre que se fuera por las ramas.

—Nada, es lo que se tenía que hacer.

—Nadie hace nada de forma altruista.

—Seguramente tiene razón.

—Entonces, dime, ¿cómo puedo pagar la deuda que he contraído con vosotros?

Discutir sobre la bondad o sobre cualquier cosa con gente que ya tiene una idea preconcebida es demasiado tedioso. La forma de atajar es darle lo que quiere y dedicar el tiempo a cosas de mayor provecho.

—Jan, no te dejes intimidar. Sabe la situación en que se encuentra la zona. Además, es un trozo de pan —apuntó Álex, que se asomó por la puerta.

Eso último era una broma entre ellos, ya que se lo dijo con una sonrisa y no fue reprendido por ello. La intervención de Álex me dio tiempo para pensar en la mejor manera de que el hombre se sintiera cómodo asociándose con nosotros. Gerardo se destapó la pierna para facilitar la cura. La visión de nuestra obra, mientras Álex retiraba el vendaje, me impresionó lo suficiente como para que Gerardo se aprovechara. Sentía cierta satisfacción por mi incomodidad.

—¿Te gusta tu obra? ¿A qué esperas para empezar a hablar?

—Sí, perdona. La verdad es que no lo hicimos nada mal —una última pausa para terminar de ordenar las ideas—. Como ya te habrás dado cuenta, cada vez somos más.

—¿Ahora es cuando te quedas con mi finca?

—No —crédulo de mí, pensaba que me lo pondría algo más fácil—. Que el grupo crezca favorece el reparto de las tareas y facilita al máximo las posibilidades de sobrevivir. Queremos ofreceros que os unáis a nosotros.

—¿Podemos rechazarlo?

—Podéis hacer lo que queráis. Supongo que te han informado de que el pueblo está tomado por unos malnacidos que retienen a nuestros vecinos.

—¿Pretende ser una amenaza?

—Ni mucho menos. Es la realidad que tenemos a escasos kilómetros de nuestras puertas. —No estaba teniendo demasiado éxito en el intento de que empatizara con la situación que estaban sufriendo—. Parece que uno de los vecinos se ha hecho con una radio.

—¿Parece?

—No estamos seguros. Por eso, esta noche, pasaremos la conversación por los *walkies*. Si la escucháis, quizás identifiquéis la voz como la de uno de nuestros vecinos.

No cesaba en mi empeño de recalcar las palabras integradoras. En algún momento podían surtir efecto, como mensajes subliminales. A falta de más preguntas, proseguí contándole nuestro plan. Aunque la persona del otro lado fuera uno de los carceleros, el grupo había decidido tomar cartas en el asunto igualmente. Primero, porque no se puede permitir tal atrocidad. Por otra parte, tarde o temprano los problemas llamarían a nuestra puerta. Le recalqué que éramos del parecer de que es mejor anticiparse, y que necesitábamos estar todos unidos, para nuestra seguridad y para mantener nuestra libertad. Su cara no

mejoraba. No sabía cómo seguir argumentando para conseguir algún tipo de reacción.

—No te voy a engañar, sois la primera casa habitada entre nosotros y ellos. Eso os pone en el punto de mira, por lo que preferimos que estéis de nuestra parte. En caso de peligro, podríamos trasladar a los niños, las mujeres y la gente mayor a otro lugar más seguro, siempre que se nos avise con tiempo.

—Mientras escapáis, ¿nosotros los invitamos a galletas?

—No, hay diversas posibilidades.

—Al grano.

—No seas impaciente.

Mari Carmen apareció apoyada en el marco de la puerta. No sabía cuánto tiempo llevaba allí.

—Carlos está fuera con Jorge y las perras.

Terminó de entrar y se sentó en la cama junto a su marido. Pensé que era el momento para soltar la opción más sensata, aunque era muy probable que no fuera bien recibida.

—Podríais trasladaros a casa.

—¿A la tuya? ¿Es una broma?

—Suponía que no sería una opción para vosotros, pero ofrecer la posibilidad no está de más. Si no os queréis mover de esta casa,

se puede quedar gente con vosotros. Colaborarían en las tareas de la finca. En caso de peligro, defenderían la propiedad y también podrían ayudar en la retirada, si en última instancia fuera necesario huir. Y la tercera opción es que permanezcáis solos. Si requerís nuestra ayuda, podéis llamarnos o no, según os convenga.

Gerardo me miraba. Intentaba averiguar intenciones ocultas. Ella lo miraba a él, a la expectativa. Estaba clara su postura. Álex terminó la cura y se sentó en una butaca. No le veía mucha intención de intervenir en la conversación.

—Debéis tener claro que haremos todo lo posible para liberar a nuestros vecinos —proseguí—. Es evidente que sumar fuerzas aumenta las posibilidades de devolverles la libertad y resguardar la de todos nosotros. ¿Qué opináis?

—Nos vais a poner en peligro.

No me esperaba esa sentencia tan tajante. Me cogió tan desprevenido que Mari Carmen tuvo que acudir en mi auxilio.

—Gerardo, ya estamos en peligro.

—Por su culpa.

—No digas burradas. Sabes que no es cierto.

—Tendrías que estar de mi parte.

—Cuando dices absurdidades, no puedo estarlo, y no lo estaré.

—Mujer, pues dime tu lo que debemos hacer, si lo tienes tan claro…

—Ya lo sabes, no hace falta que nadie te lo diga. *Sei nicht stur*!

—*Was auch immer du sagst*.

A Álex parecía divertirlo la discusión de la pareja, como si viera una telenovela. Solo le faltaban las pipas y un sofá más cómodo que aquella butaca vieja. A mí me cogió desprevenido que pasaran al alemán, pero por la cara de Gerardo pensé que cedía y que se haría lo que Mari Carmen dijera.

Gerardo recuperó su cara de pocos amigos y su tono ronco, que definitivamente, y por suerte para ella, no eran los mismos que usaba con su mujer, pero su mensaje era de rendición total.

—Contad con nosotros.

—Para lo que necesitéis. Tenemos espacio de sobra. La compañía y la ayuda siempre vienen bien —añadió Mari Carmen. Esta aportación de su mujer no acabó de agradarle, pero no abrió la boca ni para fingir un intento de protesta.

—Esta noche, cuando volvamos a pasar, recogeremos a Jorge. Queremos que estudie la estructura del colegio.

—No hay nadie que sepa más de esa escuela que mi mujer —recalcó Gerardo, con un tono delatador de lo orgulloso que estaba de su mujer.

—Tengo los planos del centro de cuando hicimos las reformas.

Sin esperar reacción, Mari Carmen desapareció de la habitación. Yo no sabía qué hacer, pero este giro en el guion me cogió por sorpresa. Gerardo, divertido ante mi inacción, me soltó un gruñido de los suyos.

—Será mejor que la sigas. No le gusta repetir las cosas.

El hecho de que yo le hubiera cortado la pierna, sumado al de presenciar la influencia que su mujer ejercía sobre él, pareció crear cierta complicidad entre nosotros. Pero, con aquel hombre, no había garantías. Álex me siguió. A la vez, entraban Carlos y Jorge. Los invitamos a unirse. Encontramos a Mari Carmen en la mesa del comedor. Recordaba esa mesa repleta de sábanas sangrientas, pero hoy solo veía planos y más planos en ella. Mari Carmen estaba muy enfrascada estudiándolos. Carlos se situó junto a ella.

—*És l'escola?*

—*Exacte* —confirmó mientras repasaba todos los papeles que tenía entre manos.

Señalamos los patios donde estaba la gente y las aulas donde los encerraban y dormían. También el despacho en el que habíamos visto al cabecilla. Resultó que era el que ella ocupaba cuando era la directora. Como usaban a los vecinos como servicio, nos

indicó las cocinas y los almacenes. Nos enseñó lugares de observación mejores que los que habíamos utilizado.

La interrumpió el pitido de una tetera y envió a Álex a la cocina a buscarla, y también una bandeja que ya estaba preparada en la encimera. Era evidente que a Álex ya lo consideraba parte de la familia. Ella siguió estudiando los planos y explicándonos lo que le parecía que podía ser de interés. Cuando aparecieron las infusiones y las galletas, se impuso una pausa.

—Es nuestra última caja de galletas. Saboreadlas.

Se echo a reír. Le ofrecimos una taza y la caja abierta para que escogiera las que más le apetecieran del surtido. Colocó un par de galletas en un platito junto con la taza y desapareció. Pronto regresó con las manos vacías. No se olvidaba de nada ni de nadie, y menos de su marido. Su vitalidad parecía inagotable.

Nos indicó el lugar donde podía estar la radio. No era lejos de la zona de los patios. Después de un rato, la conversación entre Jorge y ella se volvió demasiado técnica. Álex desapareció con la excusa de comprobar el estado de Gerardo. Ya no regresó. Carlos, asomado a la ventana, miraba a las perras correr.

—Ya nos vamos. ¿Necesitáis algo?

—Analgésicos —intervino Álex, que solo asomó la cabeza.

—Si trajeras algo de carne, conquistarías a Gerardo de por vida —agregó Mari Carmen. Era una mujer divertida y alegre, aunque seguro que en su época de directora había sido severa.

—Cuenta con la carne. Creo que también con los analgésicos, pero ese tema lo controlo menos.

XXV: LA PUNTERÍA

Aún era temprano. Aprovecharía que estábamos allí para echar un vistazo a la urbanización de los profesores. Los informé de mis intenciones para que tuvieran constancia de ello. No tenía que haber problemas y tomaría todas las medidas de seguridad, pero nunca se puede estar seguro del todo.

—Jorge, cuando vuelva a pasar, si no te sabe mal, quisiera que subieras con nosotros. Así explicas lo que averigües del colegio. Creo que te puedes ahorrar el desplazamiento hasta el pueblo. Mari Carmen, ¿nos podrá dejar el plano para que se lo mostremos al resto de los compañeros?

—Tendrá mejor uso en vuestras manos.

—Esta noche, si os parece bien, mi primo y su pareja vendrán a cubrir nuestra retaguardia. Me preguntaba si les permitiríais pasar la noche aquí.

—Les prepararé una habitación.

—¿Le parecerá bien a Gerardo?

—No te preocupes por él. Ladra mucho, pero es inofensivo. Si le traes carne, será incapaz de pensar en nada más.

Su risa era agradable, de aquellas que se contagian sin remedio. Nos despedimos de Gerardo, que nos respondió a su manera, con

algo parecido a un gruñido que resumía a la perfección todo lo que pretendía decir. Carlos insistió en acompañarme. Montamos y volvimos a disfrutar de la calma de nuestra mutua compañía. No tardé en arrepentirme de mi decisión. Al llegar a la última curva, incluso antes de asomarnos por si veíamos intrusos, los pudimos oír.

En la casa del médico, se oía cómo vociferaban al menos dos hombres. Discutían sobre la mejor manera de forzar la puerta de acceso principal. Ni se habían tomado la molestia de comprobar la puerta trasera, que habíamos dejado abierta durante la última visita.

Dirigimos la yegua fuera del camino principal, seguidos por las perras, que estaban pendientes de nuestras instrucciones. Nos paramos en el muro de la pequeña urbanización para protegernos de miradas indiscretas. No quería a Carlos allí. Le mandé volver con las perras a casa de Gerardo y Mari Carmen, pero él insistió en quedarse conmigo. Le dije que las perras podían delatarnos y terminé con un «por favor» que sonaba casi a súplica. Mi cara de suplicio consiguió que el niño se resignara. Tras asegurarnos de que no había nadie, cruzamos hasta que el propio camino escondió el sonido de los visitantes. Llegados a este punto, me aseguré de que realmente me hacía caso y de que las perras lo seguían. Con Lira no tendría problema, pero a Llum le costaba dejarme atrás. Carlos tenía que llamarla repetidamente. En

cuanto la primera curva los engulló, mis pensamientos se centraron en la visita a la casa del médico.

Antes de volver a exponerme, llamé por el *walkie* e informé de la situación. Lo más importante era que Jorge interceptara a Carlos lo antes posible, para mayor tranquilidad. Desde el resto de las casas, los compañeros también emprendieron camino para ayudarme. Con el tiempo, veo claro que ese día no fue de los más inspirados en la toma de decisiones. Aplicar la lógica no siempre resulta fácil.

Al conocer la presencia de los intrusos, cambié por completo mi actitud durante el segundo acercamiento. Me sentía despierto, atento a todo sonido y movimiento, como un depredador al acecho. ¡Qué maravillosa es la mente! Fue capaz de conseguir que yo, un tipo que no tiene ni media bofetada, se sintiera como todo un lobo.

El sitio donde había escuchado las voces marcaba el punto de no retorno. Seguían quejándose y burlándose del que intentaba abrir la puerta principal. Yo daba un paso tras otro. Cada uno me costaba menos que el anterior, pero mi voz interior no se acallaba: *«No és bona idea».* No obstante, la curiosidad, aquella que mató al gato, me tenía atrapado. Para no ceder a la prudencia, me autoconvencí de que la información que obtuviera sería de vital importancia para salvar vidas y vivir en libertad.

Unos dos metros antes de llegar a la puerta, había un poste de luz de cemento, de esos que parecen una escalera vertical. Era un buen lugar para trepar e intentar ver sin tener que entrar. Ya estaba a un escalón de poder ver el interior.

—La de atrás está abierta.

La cercanía de las voces me paralizó y me planteé seriamente la retirada, a la espera de los refuerzos que no tardarían en aparecer. Antes de tener el tiempo necesario para que la prudencia tomara el control, sentí otra voz:

—Pajarito, baja sin hacer tonterías o te desplumo.

Una cabeza completamente rapada me apuntaba con una metralleta. En cuanto puse el primer pie en el suelo, me agarró y me empujó contra la pared. Me cacheó en busca de armas de fuego, pero me dejó los cuchillos y el bastón, que había colgado del cinturón para poder usar las dos manos al trepar. Volvió a empujarme, esta vez hacia el interior, al encuentro de sus compañeros. Fingí un tropiezo. Esto me permitió coger el bastón, me apoyé en el fingiendo una leve cojera.

—Ni hables. Vigila lo que haces o te dejo tieso.

Acompañó sus palabras con un movimiento de su chisme mortal, que le daba el toque teatral a su prohibición y posterior amenaza. Ya no había duda de que había sido muy mala decisión. Esperaba que Jorge ya hubiera encontrado a Carlos.

—¿Dónde estáis? He capturado un pajarito fisgón —se reía solo con su gracia ornitológica.

—Detrás —fue lo único que se dignaron a contestarle.

Sin esperar que aparecieran, me propinó otro empujón para indicarme la dirección a seguir.

—Salid a ver el regalo que traigo.

Otro empujón me llevó contra el muro trasero. Aparecieron los otros dos tipos. Me miraban de arriba abajo y se reían. Se frotaban las manos como si fueran a disfrutar de darme una paliza. No sé por qué, pero no tenía miedo. En mi cabeza se repetía el estribillo de una canción del señor Portet:

Tinc una bèstia a dintre meu que malda i lluita per sortir;
tinc una bèstia a dintre meu i ho juro per Déu:
no hi ha lleis per a mi.

Por otra parte, la voz que antes me recordaba la mala idea de mis actos, ahora me decía: «Antes asesino que víctima». Esas palabras se repetían en bucle, junto con la canción de fondo. La ira reprimida desde la infancia quemaba todo mi cuerpo. Su centro estaba en la boca del estómago, aunque siempre había pensado que la rabia salía del corazón. Dejé de verlos como humanos. Se convirtieron en pedazos de carne que ponían en riesgo mi integridad física.

—Debe ser uno de los que atacaron a mis hermanos y a mi primo.

—Lo llevamos al pueblo. Seguro que estarán contentos de devolverle el favor.

—Él querrá interrogarlo —se apresuró a decir otro.

—Este mierda va a saber lo que es bueno.

No paraban de reír. Yo no le veía la gracia. Pero un pensamiento positivo encontró su camino entre la nube de ira: no iban a matarme, al menos no inmediatamente. Eso daba tiempo para que llegara el rescate. Estaba seguro de que Sussy venía de camino. Esos tres no eran rivales para ella. Esa manipulación de la realidad, únicamente basada en la esperanza, me dibujó una sonrisa que molestó a los gorilas. Mantenía sujeto el bastón como si me fuera la vida en ello. Mi sonrisa no desaparecía, aunque sabía que me jugaba más de un golpe. La euforia y la adrenalina empezaron a invadir mi razón, que otra vez me advertía: «No es buena idea». En vez de esperar, buscaba una oportunidad.

Entonces, sobre mi cabeza se oyó un zumbido y luego el golpe sordo de un impacto. Al cazador de pájaros, le habían reventado un ojo. Cayó desplomado ante la mirada atónita de los que permanecíamos en pie. Reaccioné antes de que los gorilas levantaran la vista de su compañero fulminado. Desenvainé la espada con fluidez. Tanta que le rebanó el cuello a uno, como si fuera mantequilla. Sus rodillas tocaban la que iba a ser su última

morada. Sus manos soltaron el arma que antes le confería poder, en un intento de frenar la vida que se le escapaba por la sonrisa abierta en su garganta. En un último instante de desesperación, se inclinó en dirección de su camarada de armas, en busca de salvación. Su mirada gritaba y su garganta expulsaba borbotones de sangre, que salpicaron el pantalón y las botas del presunto salvador. Esto activó el lado más primario del hasta entonces petrificado maleante que quedaba en pie. Sorteó a su desesperado colega y me embistió con toda su corpulencia. Espada en mano, solo me faltaba un capote de torero. La principal diferencia era que, en este caso, no sentía ningún pesar por el animal. Su destino, ser sacrificado. Esquivó mi estocada con una gran zancada lateral. Cuando estaba a punto de pegarme, otro zas y otro golpe seco. Una canica se incrustó en su cráneo como si decorara un huevo de pascua. Su frenada y posterior búsqueda de la procedencia del proyectil me dio el tiempo suficiente para atravesar su corazón. Nos miró con incredulidad: no podía creer que su fin llegara de manos de un niño y un friki.

En un instante, habían dejado de existir. Para asegurarme y por la obcecación del momento, le clavé la espada al que aún no la había catado. No había visto a Carlos, pero sabía perfectamente que él era quien me había salvado la vida. Lo vi sentado en lo alto del muro, con una pierna a cada lado, como si siguiera en la montura. Con el tirachinas aún en tensión, apuntaba

alternativamente a los cadáveres por si a alguno se le ocurría volver a la vida.

—Estàs bé?

Como no contestaba, lo llamé por su nombre en un tono más elevado. En cuanto me prestó atención, le repetí la pregunta. Esta vez afirmó con un gesto. El niño seguía alerta. Había dejado de apuntar a los muertos, pero continuaba en tensión. El instinto me pedía salir corriendo a su encuentro para calmarlo, pero la sangre que se deslizaba por el filo de mi espada aconsejaba prudencia y sigilo. Mientras no hubiera nadie más merodeando, estábamos a salvo. El niño trepaba árboles como un mono. No tendría ningún problema para bajar del muro al que se había encaramado él solo.

Comprobar que estábamos a salvo me dio tiempo para sosegar un poco mi alteración general. No podía permitir que Carlos desobedeciera, pero me había salvado la vida. Había dado muerte a una persona. El pobre ya tenía suficiente mierda encima para aguantar una charla sobre la importancia de obedecer.

Al girar la esquina, las perras saltaron de alegría. Carlos estaba otra vez en la yegua. Miraba al suelo para que nuestras miradas no se cruzaran. Sabía que me había salvado la vida, pero a la vez era consciente que muy probablemente me enfadaría con él por haberme desobedecido. Le di las gracias por apuntar tan bien y dejar tendido en el suelo al primero. Sigo sin estar muy convencido de que me creyera que no lo había matado él. Estoy

seguro de que agradeció el intento de aliviar la pesada carga que acarrearía toda la vida. Por desgracia, las circunstancias indicaban escasas probabilidades de que fuera su última vivencia de este tipo.

Volvimos a la carretera principal. Debíamos hacer desaparecer los cuerpos, así como apropiarnos de sus armas y demás objetos de interés que llevaran consigo. Su vehículo estaba aparcado detrás de los contenedores de la urbanización. No era un buen escondite, pero pasaba desapercibido a primera vista.

La repentina tensión de las perras se transmitió a la yegua. La tirantez de las riendas me hizo volver a elevar la espada. Una nueva canica apuntó en la dirección que marcaban los animales. Falsa alarma: eran los refuerzos. Llegaban en buen momento para tomar mejores decisiones que las mías, preso de adrenalina. La relajación llegó tan pronto como lo había hecho la tensión. Las perras salieron a su encuentro. La montura pareció entender que no había peligro. Nosotros dos guardamos nuestros utensilios de muerte.

Mientras examinaban los cadáveres, les explicamos lo sucedido. Las reacciones fueron diversas. Sussy y David parecían acostumbrados, diría que incluso satisfechos del resultado. Jaume ni prestaba atención a los muertos, se centraba en Carlos. Jorge resultó ser el más analítico.

—¿Esto cambia en algo los planes de rescate del pueblo?

Tenía razón. Las cosas se complicarían cuando se dieran cuenta de la desaparición de tres de sus hombres. Eso podía dar al traste con el efecto sorpresa, sin contar las probables consecuencias para la población. Nadie aportaba nada, por lo que Jorge tomó las riendas de la situación y la primera decisión importante:

—Lo primero es esconder los cuerpos.

—Mejor enterrarlos, o los animales los esparcirán por toda la zona —fue mi humilde aportación. No se la esperaban. Pero había visto tantos documentales que tenían que ayudar en algo. Si no queríamos que los encontraran, teníamos que evitar que la patrulla que los buscara diera con una mano en medio del camino.

David y yo cavamos la fosa para los tres. La tarea en sí era reconfortante. Centrarse en un trabajo rutinario y físico aliviaba el pesar del pensamiento. El resto registró el vehículo y los bultos que íbamos a enterrar. Cogieron todo lo que podía ser de utilidad. El arsenal que llevaban superaba con creces al que ya teníamos. No les había servido de gran cosa. Con un poco de suerte, podría decantar la balanza a nuestro favor y ayudar a liberar el pueblo. Que sus propias armas pusieran fin a la situación sería muy satisfactorio y tendría un toque poético. Pensado fríamente, era como si hubieran aparecido para abastecernos de armas y ayudarnos en su próxima destrucción.

En cuanto desapareció el cansancio de cavar, la sensación de que todo se aceleraba golpeó la parsimonia con que me solía tomar

la vida. Todos corríamos peligro por mi idea de haber ido a inspeccionar. El único «consuelo» era que las probabilidades de que nos hubiéramos topado con ellos antes o después eran muy altas. Y que seguíamos con vida. Todo ocurría demasiado pronto, se precipitaba. Esto nos obligaba a adelantar la solución a los problemas de los vecinos. Debíamos hacerlo esa misma madrugada. Si abortábamos la misión, todo se volvería mucho más complicado: sus medidas de seguridad aumentarían, probablemente saldrían en busca de los suyos y de respuestas sobre su desaparición y eso los llevaría hasta nosotros con total seguridad.

El vehículo era un buen *jeep*. Las llaves estaban puestas. Jorge se llevó el coche a la finca de Mari Carmen. Era el único que había venido a pie, ya que teóricamente se tenía que reunir con el niño a medio camino. Teníamos que reagruparnos y revisar toda la información que había aportado Mari Carmen. Mi primo Jaume se quedó de guardia en la zona. Escondimos su moto en un punto que le permitiera huir sin ser visto, y a poder ser sin ser oído, si alguien aparecía.

Tanto a los padres como a la novia de Jaume los preocupó que este hiciera la primera guardia en el lugar donde acabábamos de matar a tres personas, pero no me sentí culpable. Era lo que se tenía que hacer, y si no había conseguido que Carlos desistiera, menos lo iba a lograr con Jaume.

La comunidad estaba algo conmocionada. Sobre todo, los que no habíamos vivido la tragedia entre la multitud. No me salvé de la bronca de mis mayores por haber puesto en peligro la vida de Carlos. El apremio en resolver todos los problemas y liberar al pueblo aquella misma noche evitó que se extendieran en sus reproches. Todos insistían en que nuestro papel era ayudar y que ellos tenían que participar en su liberación en la medida de lo posible, o estaríamos destinados al fracaso. Por muchas armas o sorpresas que pudiéramos preparar, no éramos profesionales en el arte de emboscar ni de conquistar fortalezas. Ellos tenían más efectivos armados. Sin la colaboración de los retenidos, nuestras posibilidades de éxito escaseaban.

Dedicamos las horas restantes a repasar cada fase del plan una y otra vez, antes de llegar al punto de no retorno. Todos tenían que informar de su situación para decidir si continuar o abortar.

En algún momento, todos dedicaron parte de su tiempo a Carlos para darle refuerzo emocional. Cada uno lo hizo como buenamente podía. Unos tenían más maña que otros que, con toda la buena intención del mundo, terminaban diciendo burradas del estilo: «Ya eres todo un hombre». Carlos no le hacía mucho caso a nadie. Estaba con Lira, pero seguía atento a cualquier detalle del plan. Parecía memorizar cada fase. No entraba en sus planes ser excluido. La conciencia repentina de cómo funcionaba el mundo, la experiencia de presenciar la violencia tan de cerca y participar en ella, había cambiado su

forma de mirar las cosas. Parte de su inocencia le fue robada ese día.

Tanto la vida del niño como la mía habían dado un giro que jamás habría creído posible. A medida que la cuenta atrás llegaba a su fin, la tensión se notaba en los rostros y la adrenalina invadía cuerpos y mentes. Teníamos claro que el futuro más inmediato no iba a ser un paseo. Cada vez nos parecía más difícil que regresáramos todos sin sufrir ningún rasguño. Al amanecer, habríamos hecho cosas que meses antes hubiéramos reprobado. Ahora a todos nos parecían justificables. A partir del día siguiente, nadie ni nada volvería a ser igual.

Los que se quedaban en las fincas estaban preparados para evacuarlas. El punto de encuentro era el campamento pastor. Gerardo consintió ser trasladado esa noche a nuestra casa, como acto excepcional. No se mudaban. Solo pasarían la noche allí por si era necesario salir huyendo. Se quedarían en la habitación de Inés, y ella dormiría en mi cuarto. Era un gesto para apaciguar el malestar de encontrarse dolorido en casa ajena, que garantizaba que no era una mudanza de por vida. En casa de Gerardo dejamos parte de la munición y de las armas. Si teníamos que retroceder hasta allí para frenar la invasión, nos serían de utilidad, aunque el plan inicial era que no se acercaran a nuestro territorio. Si no lo lográbamos, sería de agradecer contar con munición y armas de repuesto en la primera de nuestras fincas habitadas.

Entre las armas que esa noche portaríamos y la ayuda de los habitantes del pueblo, podíamos superar con creces los individuos que los retenían. Tendría que ser suficiente para expulsar o eliminar la amenaza. El coste era lo que realmente faltaba averiguar.

XXVI: LA MISIÓN

Antes de partir, comprobamos que todas las radios y los auriculares funcionaran correctamente. Teníamos que poder comunicarnos sin ser descubiertos. Hicimos un último repaso de todo el material que podíamos necesitar para desempeñar el cometido. Las despedidas cada vez eran menos protocolarias. Resultaban más emotivas con cada nueva partida.

Carlos estaba subido en uno de los vehículos que íbamos a usar. Miraba hacia cualquier lugar, menos en nuestra dirección. Era testarudo, no quería quedarse en casa.

—*Per avui ja has tingut suficients aventures, no?* —le dije, mientras golpeaba suavemente con los nudillos el cristal de la ventanilla que le quedaba más cerca.

—*I si passa alguna cosa?* —respondió, sin girarse para atenderme. Le entendía, yo era ahora su referente, no quería perderme.

—*Carlos, ara en Jan no hi va sol, va en grup, i es protegiran els uns als altres* —le dijo mi madre mientras abría la puerta y le tendía la mano para ayudarlo a bajar.

De alguna forma le estaba diciendo que él no era necesario en la misión porque ya iba acompañado de gente mucho más preparada. Sin su ayuda, Carlos bajó de la camioneta. Empezó a

alejarse con toda la dignidad que se puede reunir. Sorprendía que un chaval tan joven fuera capaz de poner tanta solemnidad a su andar. Lo paré y nos apartamos lo suficiente para poder conversar con intimidad.

—La teva missió aquesta nit és que jo estigui tranquil per poder fer la meva. Necessito saber si puc comptar amb tu per protegir a tota la gent que es queda.

El niño me miraba atento. Había cierto brillo de orgullo en sus ojos por la tarea que se le encomendaba. Su rostro estaba serio y atento. Estaba ávido por sentirse útil. Que yo contara igualmente con él, no en la misión de rescate sino en la misión de protección de nuestro grupo y nuestra finca, le hizo volver a sentirse parte del plan. Asintió con la cabeza, pero su mirada parecía exigir más información.

—La teva missió principal és procurar que els més petits estiguin segurs. Agrupar-los i guiar-los cap al refugi del campament pastor si cal. Et veus capaç de fer-ho?

—Pots comptar amb mi, Jan. Tu estaràs bé sense mi?

No pude menos que reír. Que Carlos se sintiera con la necesidad de protegerme a mí me resultó incluso agradable, pero se le veía contento también con la asignación de protector y responsable de los más pequeños. Abandonó su solemnidad para acompañarme en las risas, contagiando al resto que nos observa en la distancia. Sin poder oír nada, reaccionaron a nuestras

carcajadas con sonrisas. Esto me sorprendió gratamente. No era mala manera de atajar los nervios. Los demás niños empezaron a mirar a Carlos de forma diferente. Ahora era su líder juvenil. La admiración se leía en los gestos y comportamientos de cada uno de ellos.

Antes de traspasar el límite de la finca, los niños formaron con sus espadas de madera para saludarnos con ellas tal como les había enseñado la maestra. Con el tiempo averiguaríamos si era o no conveniente que se lo tomaran todo como una especie de juego, pero por el momento su actitud desenfadada nos apaciguaba los ánimos y nos permitía concentrarnos en otras preocupaciones. Ahora no era el momento de pensar en su cordura y consciencia de la situación real, sino de preocuparse por lo que acontecería en las próximas horas.

Primero Jaume y después Pedro habían hecho guardia en la urbanización. No había aparecido nadie en busca de los tres difuntos. Si conseguíamos comunicarnos con el pueblo, podríamos intentar averiguar si había sucedido algo anómalo. Fuimos al encuentro de Pedro donde habíamos escondido la moto de fuga. El cambio de guardia se había producido con un vehículo no sonoro ni contaminante: una bicicleta. No lo vimos. En realidad, nos encontró él. Todos y cada uno de nosotros pasamos por su lado y nadie se percató de su presencia. Apareció sigiloso, sin alterar nuestra búsqueda. Cuando nos saludó por la retaguardia, saltamos para intentar visualizar la procedencia del

sonido. El descubrimiento de que el músico tenía esa habilidad para esconderse dejó patente que todos contábamos con algo que aportar o con alguna destreza oculta que descubrir. El mundo era otro y nuestra evolución y adaptabilidad serían lo que marcaría la diferencia. Teníamos que aprender a explotar las habilidades naturales de cada miembro de la comunidad. Podíamos tener más de una grata sorpresa.

Para evitar encuentros fortuitos, me adelanté con una de las motos. Esta vez llevaba una metralleta colgada a la espalda, junto al bastón. Siempre era aconsejable llevar un arma que no necesitara recambios para funcionar. Era una de las normas que me había autoimpuesto. Al llegar al punto de desvío, comprobé que todo estaba tranquilo y les di la señal para acercarse.

El *jeep* parecía medido para el camino que nos desviaba del principal. En algún punto, creímos que no iba a pasar hasta alcanzar la altura de las veces anteriores. No fue así. Una vez más, subimos el último trecho medio agazapados. Aparte de algún traspié, no hubo incidentes. Se nos notaba nerviosos, ansiosos. Sentíamos el pulso acelerado y en algún momento teníamos que acordarnos de respirar.

El sol aún estaba demasiado alto para asomarnos todos sin arriesgarnos a ser vistos, por lo que solo uno permanecía de guardia. En cuanto nos pudiéramos confundir con las sombras de las últimas horas diurnas, partiríamos. Teníamos que estar en

lo alto del campanario antes de que empezaran a trasmitir por la radio para intentar localizar el origen de la comunicación y al interlocutor.

Georgina, Anna y Jorge se quedaron vigilando las motos y asegurándose de que ninguna patrulla se nos acercara durante el descenso. Llevaban un par de las pistolas incautadas. Toda precaución era poca para evitar ser sorprendidos. No estábamos mentalmente preparados para sufrir bajas. Eso jugaba en nuestra contra. Las decisiones no se tomaban a la ligera.

No ser descubiertos era más importante en cada nuevo acercamiento. De ello dependían nuestras vidas y el éxito de la misión. No estaba previsto anular el rescate, por lo que no había nada peor que ser detectados antes de estar cada uno en su posición y preparado. Ser interceptados supondría precipitarnos aún más. Incrementaría los posibles errores. Tener que enfrentarse en las calles, lejos de nuestro objetivo, era poco deseable. Probablemente sufriríamos bajas. Ello planteaba diferentes resultados: vencer sin poder asaltar el colegio o vernos forzados a emprender la retirada. La única opción sería despistar a los perseguidores para no llevarlos hasta el resto del grupo. Eso era de vital importancia.

Cuando lo pienso con perspectiva, veo que sabíamos que podíamos morir, pero en el fondo no lo habíamos asimilado. Era una posibilidad, pero igual de poco presente en nuestras cabezas

como la de que te caiga una maceta encima mientras caminas por Barcelona. Era algo remoto, que no iba con nosotros, algo que podía afectar al resto del mundo más que a nosotros.

Sin improvisar, aprovechando lo conocido, no tardamos en llegar al campanario. En la puerta de acceso, volvimos a dividir al grupo. En el nido de águila se quedaron Eduard y Víctor para guiarnos por el buen camino a los demás destinos sin demora. Teníamos que llegar antes del horario de retransmisión para intentar localizar la fuente. Según quien fuera el informador, tendríamos que tomar unas medidas u otras.

En cuanto ambos se situaron, aprovecharon las vistas para comprobar los movimientos en el interior del colegio y cerciorarse de que los guardas estuvieran en el lugar acostumbrado. Me constaba que mi tío tenía buena puntería. Había hecho la mili. Además, había ido a un campo de tiro para mantener la práctica y la puntería. Víctor, como la mayoría de nosotros, no había tocado un arma de fuego en su vida. Rifles y machetes fueron su equipamiento bélico.

Una manzana antes de llegar al recinto, nos separamos en dos grupos. Marian, Jaume y David se dirigieron al recinto donde estaban los niños. Marian y Jaume llevaban la otra metralleta. David, una escopeta y una pistola. Su cometido: liberarlos en el momento adecuado y llevarlos lo más lejos posible, en dirección al campanario, para distanciarlos del conflicto que estaba por

producirse. Víctor partiría a su encuentro. Esperábamos que el alboroto previsto evitara que persiguieran a los niños, sin antes encargarse de nosotros.

Sussy y yo nos dirigimos a una pequeña trampilla en desuso. Antaño tenía como función la entrada de suministros. Por ella se accedía al sótano, almacén de la cocina. Luego todo empezó a bajarse en un pequeño montacargas, pues las escaleras habían causado alguna que otra caída y las consiguientes bajas laborales. Allí esperábamos encontrar los primeros obstáculos, y también los aliados suficientes para exterminar la plaga de cucarachas que asolaba el pueblo.

Llegar hasta la trampilla sin ser detectados era, sin duda, muy complicado. Las posibilidades de ser descubiertos por el camino eran elevadas. Teníamos que recorrer una larga distancia casi al descubierto. Había coches, contenedores y algún árbol detrás del cual podríamos ocultarnos, pero poco más. Era un laberinto en el que un camino te acercaba al lugar deseado y otro te ponía a la vista de los vigías. Por suerte, los nuestros tenían una visión completa del campo de juego. Sus indicaciones fueron imprescindibles para llegar a buen puerto.

Todo estaba saliendo rodado, demasiado. La sensación de que algo podía salir mal aumentaba con cada paso acertado. Una vida de películas condicionaba tanto los pensamientos como las acciones.

Permanecimos escondidos cada uno en su lugar, a la expectativa de las comunicaciones por radio. Parte de nuestro plan dependía de que la persona que se comunicaba con nosotros realmente fuera una de las víctimas. Una vez confirmado, Marc tenía la tarea de convencerlos para que lucharan por su liberación. Llegado el momento, tendrían que decidir si intentar salvarse o permanecer estáticos y conformarse con lo que vivían. Si la conversación y las verificaciones pertinentes se realizaban como deseábamos, les daría el aviso para que se prepararan. Aquella misma noche iban a luchar por su libertad.

En cuanto las comunicaciones terminaran, Sussy y yo entraríamos casi a ciegas. Teníamos la esperanza de poder neutralizar a los que vigilaran en la cocina, sin alertar al resto de los captores. La invisibilidad y la sorpresa eran nuestras mejores bazas. De lo contrario, todo se podía descontrolar y todos podíamos terminar sometidos o muertos.

Agazapados bajo los ventanales, oíamos el ruido de la cocina en movimiento. No había voces, solo el sonido de ollas y platos. En casa siempre había música de fondo, y más recientemente también alguien con quien hablar mientras se cocinaba. No podíamos sacudirnos del temor a ser descubiertos en cualquier momento.

El ambiente en general era de una calma rara. No se percibía a nadie en el centro. Cuando había sido un colegio, el jolgorio de

los juegos infantiles se podía escuchar con claridad desde la distancia. Como campo de concentración, era un lugar deprimente. La espera se eternizaba. Cada vez costaba más frenar las ganas de levantar la cabeza y echar un vistazo al interior. Desde nuestra posición, no se veían los vecinos ni la actividad en los patios. Pero, si asomábamos la cabeza por la ventana que nos quedaba encima, eran altas las posibilidades de que nos la volaran.

Justo a tiempo, antes de que la desesperación nos hiciera precipitarnos, los auriculares rompieron el silencio. La voz de Pedro susurró:

—Atentos, empiezan a transmitir. Corto.

Los únicos que no prestaríamos atención a la procedencia de la señal seríamos nosotros, pues era nuestro momento para acceder al sótano. Las cizallas facilitaron la tarea de deshacerse del candado que protegía el acceso. Descendimos lentamente, orientándonos con la única luz que nos proporcionaban la Luna y la ventana de la cocina.

—Mari Carmen no ha reconocido la voz. Pasamos al plan B. Permaneced atentos a cualquier anomalía. Corto.

Pedro era el encargado de informar desde casa, mientras Marc hablaba con el individuo que buscábamos, sin que se lo pudiera identificar hasta el momento. El plan no variaba demasiado, pero ahora era de vital importancia localizar al transmisor y

asegurarse de que fuera un vecino. Que no fuera alguien conocido por Mari Carmen no descartaba ninguna opción.

Volvimos a quedarnos quietos, intentando oír o ver algo diferente. Lo que tuviera que pasar ocurriría ya. Era imposible que no viéramos al informador desde alguno de los puntos en que nos encontrábamos.

—Uno de los vecinos sale del edificio. Se dirige al centro del patio — informó Víctor desde el campanario.

Era raro. Normalmente no se movían sin instrucciones de sus captores. No podíamos considerar el movimiento del vecino como indicador de nada. Podía ser por cualquier motivo.

—Se ha parado. Está levantando las manos, como si rezara a lo divino.

—¡Que la ira caiga y nos libere!

El grito de aquel hombre resonó e interrumpió el silencio. No pudimos evitar mirarnos y sonreír por la ocurrencia de la frase. Era la señal. Marc tenía que intentar ponerlos sobre aviso, ahora que quedaba clara la autoría de la retransmisión. Suerte que no había tiempo para analizar lo que se avecinaba. Podía convertirse todo en un infierno.

Cuando los sorprendidos captores reaccionaron, lo hicieron con la misma intensidad.

—¿Qué mierdas dices? Ven aquí.

Al parecer, el hombre no se dio por aludido. Sin tiempo de acallar el eco de su carcelero, insistió:

—¡Que la ira caiga y nos libere!

No hubo más avisos. Lo golpearon con la culata de un rifle. Perdió el equilibrio. Lo frenó el suelo. Dos de sus compañeros fueron a su rescate.

—Eso, mejor os lleváis a esta rata o la despellejo aquí mismo.

El plan de rescate ya no tenía vuelta atrás. Creo que nunca lo consideramos como una opción. Seguimos descendiendo por la trampilla. La escasa luz no representaba un gran obstáculo. Había barandillas a cada lado y los escalones eran de la medida lógica. En nada, estuvimos en el silencioso sótano. Desde allí no se oía ni el trasteo de los cacharros. El único punto de luz era la trampilla que acabábamos de dejar atrás. La cerramos para no levantar sospechas y nos iluminamos con frontales. Por suerte, los captores no eran suficientes para tener una persona a cargo de la vigilancia del almacén. Eran pocos para controlar todo el centro. Su afición al alcohol tampoco lo favorecía.

Las estanterías estaban bastante llenas. Muchas latas y potes en conserva, pasta, embutidos y sacos de avena, harina, azúcar y sal. Las cámaras frigoríficas continuaban en funcionamiento. Debían estar conectadas a un generador aparte. El que se

encargaba de dar luz al edificio y a los exteriores se apagaba con el toque de queda. Una voz susurrante volvió a interrumpir nuestros pasos vacilantes hacia la puerta que nos adentraría directamente en la misión.

—Vemos un solo guardia en la cocina. Cambio —nos informó Víctor desde lo alto del campanario.

Mejor solo uno. Supongo que, al faltarles tres personas, se habían redistribuido. No teníamos información sobre los efectos de esa desaparición. La ignorancia al respecto nos inquietaba.

Faltaba poco para el recuento y posterior reparto del rancho. Teníamos que ponernos manos a la obra, o la posibilidad de contar con aliados sería solo una ilusión. Sussy encabezaba el ascenso. La puerta no dejaba pasar ningún sonido proveniente del otro lado. Tomó el pomo con sumo cuidado. Antes de realizar ningún movimiento, me dedicó una mirada con la que claramente me preguntaba si era idiota. Como no la entendí, me susurró su desaprobación:

—La linterna.

Ni me había percatado de que ella ya había guardado la suya. La oscuridad más absoluta engulló todo rastro de color. La negrura, preludio de la batalla que nos esperaba. El primer resquicio de luz a través de la puerta que Sussy entreabría trajo el sonido y, con él, la aceleración desbocada de mi corazón. La adrenalina hacía horas extras. Antes de entrar, Sussy desenfundó un puñal.

La cosa empezaba e iba en serio. Sin darme tiempo a hacer lo propio, ella ya tenía la cabeza dentro, observando la situación de todo y de todos, en busca de la primera pieza que precipitara la caída. Al menos, eso era lo planeado.

La escasa luz nos ayudó a aclimatar la vista para no quedar cegados al entrar. De momento, lo único que veía era la estupenda retaguardia de mi compañera. Ella entró del todo y yo seguí sus pasos. Estábamos en una parte que quedaba algo resguardada. Consistía en un pasillo con dos cámaras, una a cada lado. Los nervios iban tomando mayor control. Teníamos que actuar ya o existía la posibilidad de que me paralizara. Era matar o morir, y no estaba preparado para ninguna de las dos opciones.

El estruendo de unos cacharros nos dejó sin respiración. Delante nuestro, pero en el extremo más alejado, una señora nos había visto y se le habían caído las sartenes que llevaba. El estruendo y su reacción podían poner fin a todo en ese instante. Se me heló la sangre. No sabía si atacar, quedarme quieto o huir. Sussy le indicó que permaneciera en silencio.

—¡Maldita bastarda, recógelo inmediatamente! ¡A la próxima, recibirás vara!

Mientras la señora recogía lo que la sorpresa había tirado, no podía evitar mirarnos de reojo. Los gritos, las amenazas y la mirada de súplica de aquella mujer encendieron algo en Sussy.

Pude verlo en sus ojos. Cuando se giró para comprobar que la seguía, ardían de ira.

La voz del hombre provenía de la izquierda. Sussy se arrimó a la pared y avanzó sigilosamente con una seguridad que imponía confianza. Antes de que llegara a la esquina, conseguí reaccionar. Me planté justo detrás de ella, puñal en mano, con el cuerpo concienciado para no fallar en la tormenta que se iba a desencadenar en unos segundos. «Antes asesino que víctima», me susurraba mi voz interior con cada palpitación del cerebro, marcada por el latido del tambor que luchaba por liberarse de la caja torácica. Me permití el lujo de pestañear y mi compañera ya había desaparecido. Seguí sus pasos y me precipité sin pudor a lo que el presente nos deparara.

La pequeña pelirroja saltó a la espalda de aquel muro de metro noventa, cultivado en los gimnasios y alimentado a base de cócteles proteínicos y esteroides. Era como ver a una adorable ratoncita de campo abalanzarse contra un oso enorme. La nuestra era una superratona. Con un salto que pareció un vuelo, hincó las rodillas en los omoplatos del oso. Sujetó su cabeza hacia atrás con la ayuda del arqueo de su precioso cuerpo, como si de una doma se tratara, con la diferencia clara de que se enfrentaban dos seres humanos. La mano libre rebanó su garganta con un grácil movimiento y regó a las presentes, que no salían de su asombro. El descenso fue lento y suave, como desinflar una colchoneta. A medida que la sangre perdía

intensidad, las piernas cedían, hasta que la joven que acababa de bañarlos en sangre quedó frente a ellos con la cabeza del tipo aún sujeta. Antes de soltarla, limpió el cuchillo en el hombro del extinto, que terminó de desplomarse inerte a sus pies.

La gente la miraba glorificándola, pero con cierto temor. Sus ojos danzaban entre el saco de carne que los había martirizado y la joven que, sin mediar palabra, les daba la ocasión de empezar la luchar. Ahora llegaba el turno de las explicaciones rápidas. Dar a cada una de ellas la oportunidad de escoger el camino que considerara mejor. En esos momentos, todas las opciones eran una locura. No había sopa que hiciera pasar los tragos amargos que habían sufrido. Liberarse o permanecer escondidas a la expectativa: esa era la cuestión.

—Venimos a ayudaros. Coged las armas de este malnacido y todo lo que se pueda usar como tal.

Estaba claro que los rodeos no eran una de sus virtudes. Daba las instrucciones de tal manera que no les dejaba muchas opciones. Para ella, no existía la posibilidad de quedarse sin hacer nada. Así lo transmitían sus palabras y gestos.

—Va, no hay tiempo que perder. Muchos dependen de nosotras—les espetó de nuevo, a la espera de alguna reacción.

Como dirigidas por control remoto, me miraban y luego volvían a mirarla a ella. ¿Estarían valorando sus posibilidades de éxito si se nos unían? Luego se miraron entre ellas como

consultándose qué hacer en absoluto silencio. La mujer más mayor tuvo que ayudar:

—*Va, espavileu-vos!* —Siguieron su instrucción de inmediato, y añadió—: *Sense fer soroll.*

Era importante la instrucción de no hacer ruido. Seguir contando con el factor sorpresa nos favorecía en gran medida. En cuanto reunieron en la encimera todo lo que podía considerarse un arma, cada una se agenció un cuchillo. Lo mantenían en alto para darse valor unas a otras.

—*Ara heu d'intentar estar tranquil·les. Heu de calmar-vos si voleu que tot surti bé* —les dije en un intento por asosegarlas. Los nervios no jugaban a nuestro favor.

—*Els nens* —me interrumpió una de ellas, bastante exaltada.

—*Dels nens ens n'encarregarem nosaltres. Eliminarem els guàrdies i els evacuarem a tots. Tenim gent esperant-los a la part de darrere.* —Con esta información sobre nuestros planes de evacuación de los niños, la ansiedad de la mujer se apaciguó lo suficiente para atender las instrucciones—. *Vosaltres heu de repartir la resta d'armes entre les companyes de forma molt discreta. No podeu ser descobertes sota cap concepte. Teniu fins a les 20.11 hores per fer-ho. Serà el moment en què haureu d'encarregar-vos de capturar o matar tots els guàrdies que us vigilen.*

Mis palabras eran claras, pero no sus miradas de alteración. Repartir armas entre las demás compañeras y capturar o matar a sus captores a una hora en concreto era mucha instrucción en poco tiempo. Sus miradas se dirigieron a Sussy. Esperaban su confirmación o que diera ella el primer paso. Estaba claro quién consideraban que era su líder ahora.

—Esconded el cadáver.

Su orden se acató sin rechistar, sin dudas. En nada, estaba metido debajo de la encimera. Era imposible verlo. Había que agacharse expresamente en su búsqueda.

—Discreción. Limpiad para que no se vea la sangre desde fuera y haced el favor de sacaros los delantales.

No tengo muy claro si, de ser yo el que diera las instrucciones, habrían actuado con tanta celeridad. Sussy era consciente de ello, por lo que recalcó mis instrucciones:

—Recordad: armas repartidas y a punto para atacar a las 20.11 horas. No os precipitéis. Sed cautelosas, pero determinadas a la vez. Que podamos sacar a vuestros hijos sin correr demasiado riesgo depende de vosotras. Cuando los niños estén fuera del recinto, volveremos para ayudaros.

El aspecto general de la cocina era como si no hubiera pasado nada fuera de lo habitual. Escondieron el resto de las armas en los carros de comida y cubertería. La pistola de su vigilante fue

bien escondida entre trapos de cocina. Las armas que no pudieron camuflar, las ocultaron entre sus ropajes, cada vez más holgados como consecuencia de una alimentación insuficiente.

Ellas fueron las primeras en salir. Si alguien merodeaba, sería raro que nos viera salir a nosotros. Nos habían advertido de que no había problema si salían de la cocina sin el guardia. Había cierto descontrol entre ellos. No siempre cumplían todos con sus funciones. Si no se hallaban en su lugar, era probable que estuvieran atormentando a alguien del campo. En cuanto nos indicaron que todo estaba despejado, salimos. Ellas por la izquierda, nosotros por la derecha. Íbamos pegados contra la pared para no ser vistos desde las puertas que las compañeras dejaban atrás. Mi función, por el momento, era acompañar a la maestra de esgrima y cubrirle la retaguardia.

El pasillo hacía un giro de noventa grados y continuaba hasta donde solía apostarse la guardia. Al asomarse por la parte más baja de la esquina, Sussy observó a dos de ellos que charlaban tranquilamente, sin prestar demasiada atención a nada. Recuperó una posición más resguardada y pidió información a David acerca del número de guardias que acompañaban a los niños. Había uno más en el patio, cerca de la puerta que comunicaba con el colegio. Se volvió a asomar y regresó sin tiempo de ver gran cosa. La inercia del regreso la paró con su mano en mi pecho y nos empotramos contra la pared del pasillo. Con la otra mano, me indicó silencio. ¡Qué fuerza tenía para lo pequeña que

era! Su velocidad y su agilidad ya estaban comprobadas, igual que su certeza. Su capacidad de adaptación muy pronto iba a quedar patente.

Un hombre giró la esquina. Cuando Sussy le atravesó el corazón, su única reacción fue poner cara de asombro e incredulidad. Llegué justo a tiempo para sujetar la mole que caía sin remedio encima de su ejecutora. Lo acompañé suavemente hasta el suelo de baldosas. Así evité que el desplome alertara a sus compañeros.

—Escondámoslo.

Lo primero accesible que vi fue el cuarto de mantenimiento. Arrastramos al recién fallecido y lo depositamos con cuidado entre escobas y fregonas. Recogí su fusil y su pistola. El rastro de sangre era mínimo, pero existía.

Ella se volvió a acercar a la esquina, sigilosa como una leona acechando a su presa. Probablemente fuera bastante más letal ella que cualquier felino. Con el fusil en la espalda y la pistola en el cinturón, fui a su encuentro, igual de sigiloso, pero con menos gracia y armonía. Cada tanto yo miraba a retaguardia, seguramente más de lo necesario. De ninguna manera podía fallar en mi único cometido.

Nos quedaban un par de minutos para empezar la liberación del resto del campo. No debíamos precipitarnos, pero tampoco dormirnos en los laureles. Estaría preparado en el momento en el que ella se adentrara. La seguiría sin dudarlo.

Nos asomamos. El hombre que quedaba en el pasillo nos daba la espalda casi por completo. Miraba al exterior.

—¿Hacia dónde mira el guardia del patio? Cambio.

—En nuestra dirección. Cambio —le respondió David. Se notaba que David y Sussy estaban bien sincronizados y que se entendían sin demasiadas explicaciones. Por un momento, envidié al grandullón.

—Todos preparados. Cambio y corto.

La aceleración de esa mujer era asombrosa. Sin el menor ruido, cruzó toda la distancia que los separaba. Desenvainó su espada produciendo un suave seseo y le atravesó la espalda hasta que la punta le asomó por el pecho. Él no tuvo la más mínima posibilidad de reacción.

El último por liquidar seguía sin enterarse de lo que sucedía a escasos metros de su posición. Esta vez no nos molestamos en esconder el cuerpo. No había tiempo que perder. Cuanto salimos por la puerta, las caras de asombro fueron generalizadas. Ni los niños ni su captor entendían lo que pasaba.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis? —fueron sus últimas palabras antes de que su cabeza se despidiera del resto del cuerpo y se precipitara sobre la tierra del patio infantil.

Una gran entrada, traumática para aquellas mentes en formación. Lo que habían vivido tampoco era plato de buen gusto. Aquella decapitación sería un trauma más que superar en la edad adulta.

En la valla se abría un agujero. Mi tía y mi primo entraron en el patio. David permanecía en el exterior para asegurar la salida. Era necesario calmar a los niños, pero lo urgente era sacarlos de allí. Las cosas no tardarían en volverse extremas. Teníamos que ser diligentes. El resto de los vecinos necesitarían ayuda.

—*Tranquils* —me apresuré a decir—. *Venim al vostre rescat. No feu soroll i comenceu a anar amb la Marian i en Jaume. Ells us trauran d'aquí. Nosaltres alliberarem les vostres famílies.*

Los pequeños se arremolinaban alrededor de la niña que, según habíamos detectado, ejercía de lideresa o de mamá de todos. Ella pareció entender la situación. Miró a Marian y a Jaume, y luego a mí con una mirada que lo decía todo. A esas alturas, era poco probable que todos aquellos niños conservaran a sus progenitores. La comunidad tendría que hacerse cargo de los huérfanos de madre y padre. Su mirada se volvió más firme y fuerte de repente y no lo dudó. Lentamente, pero con paso seguro, se acercó a mi tía, seguida por el resto. Jaume se acercó a los más pequeños. Su cara amigable ahuyentaba el temor. Cogió a unos de la mano y al más pequeño en brazos. Algún niño arrancó a llorar, pero los otros lo calmaron antes de que aquel llanto se

transformara en un berrinche. El cautiverio sufrido había fortalecido la camaradería.

En cuanto el primer niño salió del recinto, emprendimos el camino de vuelta para socorrer a los adultos. Los menores ya estaban en manos de mi tía, mi primo y David y cada cual tenía que proseguir con su misión. David se uniría a nosotros cuando todos los niños estuvieran a salvo de camino al campanario. La protección que les confería el valle del torrente era muy superior a la que ofrecían las calles de la parte nueva. Víctor los interceptaría durante el recorrido. Tanto él como mi tío podían ver a la perfección todo lo que sucedía en los patios, por lo que suponíamos que Víctor ya estaría en camino.

Al cruzar los mismos pasillos donde habíamos dejado cadáveres, no llegué a sentir arrepentimiento, pero lo cierto era que no les habíamos dado ninguna oportunidad de rendirse. De hecho, la rendición no había entrado en nuestros planes. Supongo que nadie de nuestro grupo no veía muy factible que los vecinos accedieran a hacer prisioneros y perdonar vidas a quienes se las habían arrebatado. La masa, en ocasiones, no entiende de razones.

La cocina estaba tal cual la habíamos dejado, con su muerto pertinente. Llegamos a la puerta doble. Sus ventanas de buey facilitaban ver al otro lado sin necesidad de abrirlas. En la sala había un guardia. Varios vecinos terminaban de colocar las cosas

para servir la cena. Reinaba una calma extraña, aunque el rostro de algunos reflejaba la ira floreciente. Las ganas de vengarse, de tomarse la justicia por su mano, eran un sentimiento creciente. Supongo que lo notábamos porque sabíamos lo que iba a suceder en pocos segundos, pero los captores permanecían ajenos a nuestro plan.

El reloj de la pared marcaba las 20.10 horas. Las miradas empezaron a volar. Todos fueron fijando su objetivo. En cuanto el 10 se convirtió en 11, se puso en marcha una coreografía sincronizada. Se levantaron y el instinto homicida se apoderó de ellos. Empezaron a acuchillar sin descanso a los pobres desgraciados que los habían torturado, violado y vejado.

Vimos claramente que de los guardias de la primera planta no hacía falta preocuparse. Era imposible que ninguno sobreviviera y a nadie en concreto se podría asignar la autoría del crimen. Tantas cuchilladas y golpes los dejaban irreconocibles.

En cuanto nos vieron aparecer, la ola de ira que los arrastraba los llevó a encararse a nosotros con los sanguinolentos cuchillos en alto. Sus rostros manchados y sus ojos inyectados transmitían la sensación de que se iban a abalanzar sobre nosotros en cualquier momento. Esperaba que supieran que éramos los artífices de esa rebelión.

—On són la resta?

No hubo respuesta ni reacción. Elevé algo el tono y concreté un poco más la pregunta. Preguntar dónde están los demás podía tener múltiples interpretaciones, y no era momento para sentarnos a debatir, así que pregunté directamente dónde estaba el jefe de la banda de secuestradores. No se podía considerar un grito, pero el aumento de volumen pareció despertarlos de su catarsis de violencia.

—En el piso de arriba, en el despacho del director.

El hombre que respondió debía tener mi edad y éramos de complexión similar. La voz me resultó familiar, pero no teníamos tiempo que perder. Si todo iba bien, ya encontraríamos un buen momento para hace representaciones formales.

XXVII: LA PERSECUCIÓN

Tuvimos que parar a mitad de las escaleras. Los vecinos del patio se habían hecho con las armas de sus captores y empezaban a disparar hacia el edificio, deteniendo nuestro avance. Nos fuimos asomando, escalón a escalón, seguidos por unos cuantos vecinos. David apareció justo en el momento en que divisamos al jefe con tres de sus compinches. Respondían al fuego desde las ventanas. Teníamos que intervenir. Podían producirse demasiadas bajas si esperábamos a saber el resultado final del intercambio de proyectiles.

Hasta el momento mi misión había sido proteger la retaguardia de Sussy. No había hecho más que esconder cadáveres. Volví a asomarme. Sussy previó mis intenciones y me atrajo de nuevo junto a ella. Cuando me tuvo a su alcance, cogió la pistola de mi cinturón. Miró a todos los que estábamos a su alrededor y, sin que diera una orden, reaccionamos a su primer paso. En cuanto los tuvimos a la vista, empezamos a disparar. Alguien le dio a uno de los guardaespaldas. Al verse superados, iniciaron la fuga. El jefe la tenía planificada. Sabía cómo largarse lo más rápido posible. Saltó por la ventana de un extremo del despacho y desapareció por efecto de la gravedad. Los que quedaban siguieron sus pasos, no sin antes obsequiarnos con una de sus ráfagas, que nos llevó a buscar refugio detrás de cajas y muebles.

Los vecinos se dieron por satisfechos con la huida y su consiguiente liberación. Podían volver a sus casas. Ya habían tenido suficiente sufrimiento y venganza. Nosotros los seguimos sin precipitarnos. Miramos por la ventana y comprobamos que debajo tenían preparado un contenedor de obra repleto de colchones. Se subían a un coche para huir. Ahora los que corrían peligro eran los niños y los nuestros. Les advertí por radio para que pudieran esconderse antes de que el vehículo les diera alcance.

—*Amagueu-vos. Un vehicle va cap a vosaltres. Canvi.*

Antes de terminar de transmitir, Sussy saltó sin esperar más planificación. Nos miramos. No sé cómo, pero entendí que era mi turno. La caída fue suave, hasta habría sido divertida en otra situación. Antes de que pudiéramos alcanzarlos, el coche salió haciendo chirriar las ruedas. Llegamos cuando ya nada se podía hacer. Sussy descargó las balas que le quedaban contra el coche a la fuga. Le rompió el parabrisas trasero y le hizo un par agujeros en el maletero, pero no fue suficiente para detener su avance. Teníamos que localizar transporte para darles caza. Nos percatamos de que uno de los vecinos estaba justo detrás de nosotros. Era el único que nos había seguido en el salto, el mismo cuya voz me resultaba familiar.

En la distancia, se oyeron varios disparos y un posterior choque. La quietud del mundo permitía que los sonidos llegaran con

claridad. Me paralicé. Pensé en todos los escenarios, incluyendo los más desastrosos para nuestro grupo y los niños que pensábamos resguardar.

—Eduard les ha dado. Han chocado contra los coches aparcados. De momento, no se mueve nadie.

Aquella transmisión alejó todas las malas premoniciones de mi mente. Teníamos que encontrar algo con que acercarnos a ellos. Estaban a un kilómetro escaso de nosotros. La corta distancia nos brindaba otra oportunidad de terminar definitivamente con la amenaza que había atormentado al pueblo durante todo este tiempo. Los coches modernos eran demasiado difíciles de puentear. Buscábamos un coche con cierta antigüedad, con solera. Un dos caballos con techo descapotable reclamó nuestra atención con su precioso color verde lima.

—¿Alguien sabe hacer un puente? —dije señalando el coche.

David se dirigió hacia él. Forzó la capota y accedimos al interior sin dificultad. En menos de dos minutos, el motor ronroneaba. La falta de techo nos permitió ir con medio cuerpo fuera. En principio, eso tenía que facilitarnos la tarea de disparar. Sussy se puso al volante. Por un momento, me cruzó un pensamiento que podría tacharse de machista. No era el momento ni la persona adecuada para hacerle ningún tipo de comentario. Era preferible abstenerse de hacer bromas. Y creo que tampoco tenía demasiada gracia mi ocurrencia.

Al arrancar, quedaron claras dos cosas: la tía conducía como pocos y la amortiguación de aquella antigualla no iba a jugar a nuestro favor. También estaba el factor humano: las espaldas de David ocupaban medio coche y dejaban poco espacio para deslizarse. Y, cuando todo su cuerpo se balanceaba, los demás se clavaban las barras laterales. Mantener el equilibrio para apuntar sería como surfear a la pata coja.

El sonido de otros dos disparos hizo aumentar la velocidad de la pequeña reliquia. Sussy conducía tan rápido que veía casi imposible poder apuntar bien y acertar en el blanco. En las curvas, era como estar en una montaña rusa. Tenía que bajar el centro de gravedad. Me daba la sensación de que iba a salir despedido si no lo hacía.

—Han conseguido arrancar otro coche. Cambio.

—Estamos a punto de llegar. Cambio.

Justo cuando llegábamos a su posición, el chirriar de las ruedas dejó claro que la persecución no había concluido. Dado que las balas salían sin ningún acierto y nuestro coche se movía como una barca, tomaron cierta distancia, pero por raro que parezca, la diferencia de categoría de los coches no fue lo que decantó la balanza. Tomaron mal una curva, chocaron y rascaron todo un lateral. Eso los ralentizó lo suficiente para volver a tenerlos a tiro. Esta vez tuvimos respuesta. Era emocionante, me sentía como si estuviera dentro de un videojuego, sin ser consciente ni por un

instante de que todo aquello era real. La adrenalina reducía la capacidad de analizar la posibilidad de morir.

Nos turnábamos en los disparos, con la precaución de no volarnos una oreja o la cabeza. Nos acercábamos a la salida del pueblo. Si conseguían llegar a la carretera general, iba a ser muy poco probable frustrar su huida.

—Disparad a las ruedas —insistía Sussy. La miré con incredulidad. Ella ya tenía suficiente con mantener el otro coche a poca distancia para que hiciéramos lo que nos pedía. Pusimos toda nuestra voluntad en cumplir sus instrucciones, pero no lo logramos. En cambio, en uno de los envites, ellos sí que siguieron sus instrucciones a la perfección: le dieron a uno de nuestros neumáticos. Nos desviaron sin remedio de la trayectoria, para incorporarnos a la carretera general. Volteamos como peonzas hasta quedar en el centro de esta. Destrozamos el pobre dos caballos. Por suerte, el vehículo fue el que se llevó la peor parte. Nosotros salimos con el orgullo herido y poco más.

Cuando nos apeamos, vimos desaparecer a los perseguidos, engullidos por la primera de las muchas curvas que acariciaban la preciosa ladera en su recorrido hasta la próxima población.

—Los hemos perdido. Cambio.

—Siguen por la carretera. Están pasando por delante nuestro. Cambio.

Se oyó una ráfaga a la distancia, justo después de que la voz de Anna se apagara.

—Están a punto de desaparecer detrás del valle. Nosotros tampoco hemos podido detenerlos. Cambio.

La máquina que tantos años de alegrías debía haber dado a su propietario quedó en las últimas, incapaz de devolvernos de regreso. Lo dejamos plantado en medio de la carretera general, como si de una estatua moderna se tratara.

—Los niños ya regresan a la escuela. Cambio —informó mi primo. Eso calmaría y templaría los ánimos de los adultos. Los habíamos dejado atrás en la persecución, sin darles explicaciones acerca de dónde estaban sus hijos. Debían estar, como poco, preocupados. Tampoco sabíamos si había heridos o bajas entre los vecinos.

Se nos había escapado el hombre capaz de manipular a toda aquella tropa de energúmenos. Tendríamos que corregir muchos de los errores que habíamos cometido. Mientras siguiera con vida, sería una amenaza latente y la herida en las almas de los vecinos no se cerraría fácilmente. Pero eso tocaría recapacitarlo más adelante, porque por ahora nuestra misión podía considerarse todo un éxito. En el camino de regreso a la escuela ya no teníamos que escondernos. Es más, diría que caminábamos con cierta chulería, o al menos con un par de centímetros más de altura. Íbamos directamente por la calle

principal. El casco antiguo nos quedaba a la derecha. Preciosa estampa, solo iluminada por la Luna y las estrellas. Sentíamos cierto orgullo y tranquilidad por haber conseguido liberar al pueblo sin que nuestro grupo hubiera sufrido bajas. En casa, todos estarían más tranquilos. *Tots tornaríem sans i estalvis.*

XXVIII: LOS DEL PUEBLO

Durante el camino de vuelta tuvimos la oportunidad de conocer al único vecino que nos había acompañado. Se llamaba Javi. Era algo mayor que yo. Era vasco y llevaba viviendo en Barcelona desde hacía años. El día de la infección, estaba en el pueblo preparando un evento. La enfermedad y el posterior secuestro no le habían permitido regresar a casa con su pareja. No sabía nada de los suyos. Debía haber sido un tormento pasar todo aquello y preguntarse constantemente si los de casa seguirían vivos y, en caso de estarlo, en qué estado. O si estaban padeciendo una situación tan penosa como la suya. Cuando nos contó que era la voz del otro lado de la radio, la familiaridad cobró sentido. Era un tipo afable. Tal y como acababa de demostrar, no se estaba para hostias. Era resolutivo, determinado y muy echado para adelante. En cierto modo, aquel triunfo era suyo, por habernos contactado incesantemente por radio y habernos seguido a ciegas.

Las luces de un coche que se acercaba nos pusieron en alerta. Venía del interior, por lo que probablemente fuera alguien del pueblo. Pecar de prudencia a estas alturas de la noche no tenía mucho sentido. Era Víctor. Después de que Marian y Jaume volvieran con todos los niños al colegio, él había buscado un coche para darnos alcance. Apareció con un UMM, un vehículo

de fabricación portuguesa más parecido a un tanque que a un todoterreno de última generación. Una gran máquina que parecía indestructible. Subimos todos. Nos llevó hasta la plaza Major. Allí se apeó para regresar a su puesto en lo alto del nido de águila y yo cogí los mandos del vehículo. Eduard seguía vigilando desde el campanario para asegurarse de que no regresaran los recién expulsados. Era poco probable, al menos aquella noche, pero toda precaución era poca. ¡Vete a saber lo que puede pasar por una mente tan enfermiza como la de aquellos tipos!

Tampoco sabíamos cómo iban a reaccionar los vecinos una vez que se sintieran libres de su calvario. El mundo era raro antes, ahora estaba loco. Más valía prevenir que curar. Que nos cubriera desde las alturas nos daba cierta tranquilidad y la oportunidad de salir escopeteados si era necesario. En lo más alto de la zona, seguían Georgina, Anna y Jorge, vigilando la gran panorámica, atentos a cualquier percance. Parte de su labor era intentar recogernos si en algún momento el plan se torcía. La misión no terminaba hasta que el último de nosotros estuviera en casa descansando. No podíamos bajar la guardia.

¡Qué recuerdos me trajo conducir aquel bicho! Sin dirección asistida, con una palanca de cambios de verdad y una consistencia general indestructible. Su parachoques, más parecido a una cornamenta, transmitía la sensación de poder atravesar una casa sin dañar más que la pintura. Con uno de esos vehículos mi padre me había enseñado a conducir. Recordar a

mi padre en aquel momento me abstuvo de todo lo demás. Lo echaba de menos, pero vivíamos tan centrados en el día a día que no tenía ni tiempo para recordar los que ya no estaban con nosotros.

Antes de lo que me hubiera gustado, llegamos a la entrada del colegio. Allí nos esperaba la recién liberada vecindad. En cuanto bajamos del vehículo, nos rodearon.

—Javi, ¿no nos presentas a tus amigos? —le preguntó una señora que debía rondar el medio siglo. Creo que era la misma que había dado instrucciones a sus compañeras en la cocina. Los nervios del momento no me permiten asegurarlo. Se notaba que ni sus atuendos holgados ni su actual estado físico habían sido los habituales en ella. Empezaba a surgir un remanente de la persona que no le habían dejado ser durante meses. Este tipo de liberación suele pasar desapercibida, pero confiere una belleza especial de autenticidad.

Estaba claro que el cautiverio había creado lazos afectivos fuertes. En poco tiempo, habían padecido tal calvario que tenían la sensación de que había transcurrido una eternidad. Este tipo de relaciones eran, son y serán difíciles de forjar en la cotidianidad de una vida tranquila y segura.

El centro de atención, la más observada, era Sussy. Seguramente también era la que más incómoda se sentía. La leona parecía un cervatillo asustado. Los halagos y miradas de agradecimiento,

con varias pinceladas de temor, se sucedían con espontaneidad. En alguna época no demasiado lejana la habrían tachado de demonio o poseída por cómo se había mostrado durante la batalla. A mi entender, era como si dos mujeres completamente diferentes compartieran un mismo cuerpo. Ambas sorprendentes y adorables. Conseguir conocerla en su plenitud, siendo simplemente ella, debía ser una experiencia maravillosa. Todo lo que iba averiguando de ella me asombraba. ¿Qué más escondía aquella mágica mujer?

Tanto Marian como su hijo ya parecían integrados. Los niños eran acogidos y abrazados, para consuelo de estos y de los adultos. Los rostros infantiles reflejaban quiénes estaban con los genéticamente suyos y quiénes con los que terminarían ejerciendo de padres sin serlo.

Después de las pertinentes presentaciones, un par de vecinos fueron a reemplazar a Víctor y Eduard, que no tardaron en aparecer en una Montesa. Estaba seguro de que mi tío llevaba rato mirándola desde lo alto, con ganas de poder montarla y recorrer mundo en sus lomos. Su sonrisa era como la de un niño con un juguete muy deseado. Mi tía lo miró con satisfacción. Su hijo, con cierta vergüenza, pero también con envidia por no ser el conductor y con mucho orgullo de su progenitor. Habían conseguido pararlos y proteger al grupo de menores.

Ceder de buena voluntad el control del pueblo era lo lógico. No éramos conquistadores ni mentes enfermas con ganas de buscar nuevos problemas. Ellos tenían mucho que organizar. Nos invitaron a celebrar la liberación, pero declinamos. Comprendieron nuestra necesidad de reunirnos con los que estaban en casa y tranquilizarlos. Aplazamos una celebración en toda regla, a la que esperaban que pudiéramos asistir todos, para más adelante, cuando todo estuviera en su sitio. La euforia y la necesidad de no pensar en todo lo sucedido predominaban entre el gentío. Al verlos, no dejaban de surgirme ideas acerca de lo que podíamos hacer ahora que éramos tantos. Con la superficie con la que contábamos, podíamos llegar a vivir francamente bien, con un nivel de autosuficiencia que hubieran deseado muchos en la época preinfección.

Llevaba mucho tiempo alejándome de la sociedad y ahora tenía la oportunidad de ayudar a crear las bases de una nueva. Era una idea estimulante, un reto para el pensamiento y el diálogo. No obstante, seguía con la cabeza en su sitio: por mucho que intentara negarlo, lo realmente difícil iba a ser defender nuestro confort. Tal y como parecía vivir el resto de civilización superviviente, muchos intentarían arrebatarnos lo conseguido entre todos.

Teníamos mucho por hacer y, sobre todo, mucho de qué hablar. No éramos tantos, pero sí los suficientes como para que hubiera opiniones diversas sobre cómo actuar en los días siguientes y

más allá. El futuro se preveía inestable e inesperado. Vivir en este nuevo mundo requería nuevas asociaciones, comportamientos y normas. Surgían necesidades antes inexistentes y había que cubrirlas a medida que se presentaban.

Era evidente que todos íbamos a necesitarnos los unos a los otros, pero estaba claro que nuestra finca estaba mejor preparada para la vida extrema que se nos presentaba. El pueblo siempre sería un lugar más vulnerable y más difícil de defender y de organizar. En casa teníamos la prueba. El grupo había crecido y habíamos conseguido hacer lo impensable. De otro modo, probablemente los vecinos seguirían bajo el yugo de la opresión.

Dejaron que nos lleváramos el UMM. Entendí que su propietario no estaba presente y que nadie iba a reclamarlo. Además, querían agasajarnos con algo y supongo que la emoción que me producía no había pasado desapercibida.

El camino de vuelta fue tranquilo, como si regresáramos a casa después de una larga jornada laboral o una copiosa cena entre amigos. En la intersección donde nos habíamos desviado todas las veces anteriores, se encontraban Anna y Georgina con una de las motos y el Wrangler. Habíamos consumido una cantidad de combustible considerable en esta misión, pero podríamos dormir más tranquilos ahora que sabíamos que no teníamos al enemigo a pocos kilómetros de casa. No obstante, no podríamos relajarnos demasiado: el jefe había escapado, era conocedor de

la zona y tendría planes. Además, era poco probable que fuera el único energúmeno que había sobrevivido a la infección. Por desgracia, el mundo anda lleno de malnacidos que aprovechan cualquier ocasión de indefensión y vulnerabilidad para atacar.

Mi tío y su hijo se empecinaron en ir en busca de la moto que había quedado en lo alto. Mi tío estaba un poco decepcionado por no haberse llevado la Montesa. Le iría bien un rato más de moto. Consideramos que era una noche segura para no tener que estar todos tan pendientes de cada uno de los miembros de nuestro grupo. Saborear la libertad de movimientos y poder despreocuparse un poco de todo nos iba bien a todos.

Como la casa central estaba completa, Gerardo nos cedió su finca para pasar la noche. Víctor subiría hasta mi finca para dormir junto a su mujer e hijas y así poder seguir con las clases con cierta normalidad. También lo haría Pedro, que se había aficionado a cuidar al benjamín del grupo, y así liberaba de un poco de carga a Susana, quien agradecía los momentos de tranquilidad y descanso. Los que ya solían dormir en la finca de Carlos subieron hasta allí.

Los demás nos quedamos en la finca de Mari Carmen, que había preparado todas las camas por si era necesario. Jorge, que ya había dormido allí, nos enseñó las diferentes camas. Mari Carmen había dejado dicho que su cama era para mí por haberles cedido la mía. En realidad, era Inés quien les había cedido su

cama, pero no iba a contradecirla. Aproveché el detalle. El resto se repartió en las otras. No éramos muchos y la casa era grande. La colaboración comenzaba a dar sus frutos.

Me ofrecí a hacer la primera guardia. Estaba cansadísimo, pero aún me notaba alterado y con la cabeza revolucionada. Me iba a resultar difícil conciliar el sueño y prefería explotar la excitación persistente a dar vueltas en la cama. Cogí el bloc de notas y aproveché la tranquilidad y el silencio para escribir lo sucedido y aclarar ideas y sensaciones. Era un método efectivo y económico de ordenar los pensamientos que surgían de un bello caos. Así cobraba sentido hasta el detalle más asombroso. Las percepciones se distorsionaban con demasiada facilidad. Era difícil identificar cuándo ocurría cada cosa. La continua sucesión de acontecimientos, que requerían de actuación casi inmediata, desdibujaba su cronología.

Cuando la fluidez se bloqueaba, me despejaba haciendo ronda de reconocimiento por la finca. Prestaba especial atención a la zona lindante con el camino en dirección al pueblo. La otra única ruta llevaba donde estaba el resto del grupo, por lo que era más difícil sorprendernos.

Entre unas cosas y otras, estaban por cumplirse las tres horas sin que el sueño venciera a la agitación. Me faltaba un escaso cuarto de hora para despertar a Sussy. En un último intento para

apaciguarme, me preparé una infusión, la única que me gustaba: poleo menta, tila, limón y miel.

XXIX: LA INFUSIÓN

En cuanto la chimenea de vapor y el pitido de la tetera avisaron de la ebullición, apareció ella como por arte de magia, vestida únicamente con una camisa enorme de hombre, arremangada. Por lo visto, era su pijama. Yo era plenamente consciente de su letalidad, pero no podía evitar mirarla embelesado: era una mujer por la que jugarse el cuello.

—Hola. ¿Has conseguido dormir? —le pregunté.

—No demasiado.

—¿Quieres que te prepare algo?

—Lo que te estés preparando estará bien.

Surgió un silencio natural, nada incómodo. No hacía mucho que nos conocíamos y el trato al principio no había sido muy amigable, pero ahora ya habíamos conquistado una fortaleza juntos, habíamos liberado a un grupo numeroso de desvalidos y habíamos ejecutado a parte de sus captores. Nos podíamos dar por satisfechos y disfrutar tranquilamente de nuestros pensamientos en mutua compañía, mientras dejábamos reposar la infusión. Lo raro e incómodo hubiera sido hablar, puesto que, en realidad, a pesar de lo vivido juntos, no habíamos cruzado más de un centenar de palabras.

Nos esperaban unos días bastante ajetreados de reuniones y preparativos. Estaba acostumbrado al retiro, pero desde el incidente gozaba de pocos momentos de soledad. La guardia y el silencio compartido con la peligrosa y angelical pelirroja me ayudaron a reordenar las prioridades en las necesidades a cubrir.

En las fincas teníamos muchas comodidades de las que los vecinos del pueblo carecían. Ahora eran libres y estaban en sus casas, aunque también había gente como Javi, que se había quedado atrapado allí sin remedio. Si queríamos que reinara la paz y la tranquilidad entre todos los vecinos, teníamos que ayudarlos a alcanzar nuestro nivel de bienestar. De lo contrario, corríamos el riesgo de despertar envidias y rencores, sobre todo si las circunstancias empeoraban.

El mundo era raro e imprevisible. Estaba convencido de que la cooperación y la búsqueda de la mejora general eran la única vía posible. Encontrar la manera de que la gente se emocionara con un proyecto, que lo sintiera suyo, era imprescindible pero complicado. Podíamos conseguir hacer grandes cosas si colaborábamos todos.

Aun sin sueño, debía intentar dormir algo. Antes del mediodía se concretaría la hora de la primera reunión «oficial» con los vecinos del pueblo. Necesitaba estar descansado. Empezar bien era importante para favorecer el entendimiento. Lo que no se

podía predecir era lo que podía pasara a medida que aumentaran el contacto y los posibles roces.

El último sorbo de la infusión marcó el momento oportuno para tratar de dormir y dejarse de tantas historias por un rato.

—Voy a intentar dormir. ¿Necesitas algo?

Negó con la cabeza y aproximó su rostro a la infusión para absorber su aroma y su calor. Parecía que le gustaba tanto como a mí. Por un momento, me sentí orgulloso de mi creación, por mucho que fuera solo agua y hierbas.

—*Bona nit* —me dijo justo antes de que me fuera. Me sonrió y por un instante el mundo dejó de rotar. El tiempo se detuvo hasta que al fin una voz gritó dentro de mí: *«Respira, agafa aire».* Eso me ayudó a dejar aquel lindo rostro atrás. Se quedó acurrucada en la cocina, buscando calor y consuelo en la infusión.

—Si en algún momento necesitas hablar o cualquier otra cosa, cuenta conmigo. *Bona nit.*

No sé si fueron las palabras adecuadas, pero me salieron así. Volví a sonreír. Esta vez, me fugué antes de que me regalara la dicha de ver de nuevo su sonrisa. Dedicarse a fantasear no era lo más conveniente en el momento que vivíamos, pero no podía evitar sentir aquel cosquilleo por todo el cuerpo que te hace sentir tan vivo y tan vulnerable a la vez. Antes de perder de vista la cocina, di un último vistazo. Seguía en la misma posición,

buscando respuestas en el fondo de la taza. Aquella estampa se grabaría en mi retina como uno de los momentos de más belleza vividos en mi vida.

Nunca me ha gustado dormir en cama ajena. Siempre procuraba llegar a la mía, por muy tarde y lejos que estuviera, pero eran tiempos para adaptarse o morir. Y tampoco podía ser tan tiquismiquis. La habitación era amplia. Tenía un aire nostálgico, antiguo. La cama era sorprendentemente cómoda. Todo un placer, similar a la cama de un buen hotel. El convencimiento de que iba a conseguir dormir se apoderó de mis párpados. El proceso de desvestirme permitió que el cansancio empezara a ganar la batalla. Lentamente, el cuerpo cedió bajo su influencia, como la de la Luna con el mar.

Hacía años había descubierto el placer de dormir desnudo. Y lamentablemente, cuando uno adquiere este hábito, resulta muy incómodo cualquier tipo de prenda. Estirarse desnudo en aquella cama tan cómoda y reconfortante resultó glorioso. Tener los pies en alto, un descanso. Apagar la luz, una incitación al sueño. Y ver a Sussy abrir la puerta, la confirmación de que vivir valía la pena.

Las contraventanas de madera no estaban cerradas. La luz nocturna dejaba la estancia entre penumbras y le otorgaba un aura angelical. No me atreví a pronunciar palabra por miedo a despertar de alguna de mis fantasías, camuflada con la realidad

a causa del cansancio y las emociones extremas de las últimas horas. Me limité a observar a aquella figura que tenía delante, fuera un sueño o fuera realidad. No quería estropear el momento. Deseaba ser el afortunado de compartir lecho con aquel monumento de mujer.

Otro paso y cerró la puerta tras ella. Se sabía contemplada, y se acercó lentamente. Sus movimientos eran gráciles, sinuosos y estimulantes. La frase «cuando te provoque, lo notarás» parecía pensada, escrita y dicha para describir a aquella diosa. El movimiento de sus caderas al caminar dotaba de música al silencio. Su pelo suelto rojizo con brillos lunares danzaba al mismo ritmo. Sus delicadas manos desabotonaban lentamente su camisa de dormir. Con cada paso que daba, yo me incorporaba un poco más hasta tener el torso al descubierto y la espalda apoyada en el cabecero.

Cuando llegó junto a mí, ya no quedaba ningún botón abrochado. La camisa dejaba un escote completo. El brillo de una joya en el ombligo podía distraer, pero la curva de sus pechos asomando por el margen de la verticalidad reclamaba atención. La palidez natural de su piel tomó la luz de la luna como propia. No podía dejar de admirar su precioso cuerpo. Su rostro mostraba cierta inseguridad. No esperaba encontrar esa mirada. Enternecería hasta al más capullo de los insensibles. No pude contenerme más y deslicé mis manos por sus hombros para desprender suavemente la tela que escondía el deseo. La acompañé en todo

el trayecto hasta que Sussy quedó liberada de ella. La contemplé una vez más sin apartarme. Sin lugar a duda, es una de las imágenes más hermosas que conservo.

Notaba su mirada. Su timidez iba en aumento. No parecía propia de una mujer que entra en una habitación dispuesta a ser amada. Tal vez la causa fuera mi encandilamiento al ver cada milímetro de su piel. Absorbí los aromas que desprendían sus poros. Me alimenté de cada instante compartido con aquella bendición. Como dijo Sabina, «desnudos al anochecer nos encontró la Luna», que se reflejaba en esos brillantes ojos repletos de deseo.

Un pequeño culote era lo único que diferenciaba nuestra desnudez. Mi excitación era más que evidente. Puse los pies en el suelo y permanecí sentado en la cama. Ella quedó entre mis piernas. La contemplé una vez más hasta conducir mi mirada hasta sus preciosos ojos. Intentaba transmitirle lo hermosa que era y lo ansioso que estaba. No sé si lo comprendió, pero su sonrisa y un posterior mordisquito en el labio inferior dieron a entender que le gustaba lo que había visto. Era tan sensual, tan sexual, que deseabas eternizar el momento.

Primero acaricié sus dedos delicadamente para proseguir de forma ascendente por sus brazos. Al llegar a su rostro, lo atraje para probar sus deliciosos labios por primera vez. Permanecía el dulzor de la miel. Era imposible quedarse en el primero. La aceleración del día nos pedía calma. Descendí por su espalda

pasando las yemas suavemente. Se estremeció. Volví a subir por sus costados hasta la curva de sus pechos, coronados por unos pezones como fresitas que incitaban a besarlos, lamerlos, morderlos y succionarlos hasta el jadeo. Las manos tomaron conciencia del monumento que tenían al alcance y descendieron de nuevo hasta el final de su espalda, donde nacía su formidable trasero, trabajado para competir, igual que el resto de su escultural cuerpo. Su piel suave fue sustituida por la finísima tela que cubría las últimas fronteras. La atraje hasta que terminamos recostados en la cama. Nos fuimos acomodando entre caricias y besos.

Nos tomamos un instante para mirarnos y ver el deseo. La excitación que sentíamos en aquel preciso momento dio paso a un tango de lenguas lascivas, deseosas y hambrientas. Las manos exploraban nuestros cuerpos sin alcanzar las zonas más sensibles. Nos aproximábamos levemente. Incitábamos sin alcanzar para aumentar el deseo, si eso era posible.

Su cuello tenía un sabor dulzón. Su aroma natural era embriagador. Un éxtasis para el olfato que endurecía hasta el límite el mástil de mi pasión. Descender era una obligación de respeto para el resto de su piel. Reencontrarse con sus turgentes pechos me llevó a repetir maniobra. Sus pezones se endurecían, uno entre mis labios y el otro entre mis dedos. Su respiración se aceleraba. Me hubiera enfrascado en ello el resto de la noche, pero se tenía que cumplir con lo inexplorado, que denotaba

excitación, dados los movimientos de aquel delicado cuerpo, que ronroneaba melosamente. Dejé que mi mano siguiera con la tarea. Descendí a besos hasta su vientre, donde encontré el pequeño detalle en su obligo y un hoyuelo que necesitaba besar.

Al llegar a la goma del culote, me detuve un momento para mirarla de nuevo. Deseosa, me animaba a continuar. Abandonar su delicioso pezón no fue tarea fácil, aunque era imprescindible. Sin despojarla de la última prenda, continué besándola por encima de ella, mientras acariciaba sus piernas. La fragancia era embriagadora, una delicia que tenía que besar a su debido tiempo. Sus piernas se abrían invitándome a continuar. Las complací gustosamente. La humedad preludiaba el manjar. Lentamente, separé sus piernas mientras las besaba por el interior. Me acerqué con urgencia a la fuente del deseo. Un último descenso acompañó su culote hasta quedar liberado de su cometido. El ritmo de ascenso no se hizo esperar, denotando urgencia por saborear su anhelada feminidad. Lentamente, degusté cada rincón de la jugosa fruta. Me embriagué con su sabor.

Sus piernas se flexionaron para facilitar la labor y el acceso. Al pasar la punta de la lengua por el botón mágico, no tan difícil de encontrar, consiguió su primer jadeo. El aumento de la fricción, alternado con la succión, deleitaba el paladar y los oídos. Volví a recorrer la plenitud para terminar con el botón entre los dientes. Aún quedaba una puerta por saludar. La recepción fue de sorpresa, pero no tardó en ceder la resistencia bajo la influencia

de una lengua pertinaz. De regreso al botón, me acompañó una mano que ansiaba participar. Ella parecía agradecer la doble atención. El calor envolvía un par de dedos que se deslizaron delicadamente en busca de otro punto que estimular. Los movimientos de su vientre aceleraron el proceso y regresé con la mano de apoyo a una de sus deliciosas mamas, hasta oírla explotar. Fue hermoso ver el clímax en su rostro. Sentirla mientras se desvanecía toda su tensión y se recuperaba progresivamente de la agitación. Mientras la contemplaba, deseoso de más, ella sonreía y recuperaba el aliento.

Acerqué con prudencia mi cuerpo al suyo hasta encajar en una magnífica armonía de idas y venidas. Sus piernas no tardaron en rodearme. Profundizamos la unión y luego la aceleración de las embestidas. Sus senos bailaban al son de nuestros cuerpos ansiosos de placer. En cuanto cedió la presión, cambiamos de posición y me mostró su preciosa espalda, que escondía un mapa de estrellas.

Ver aquel monumento de retaguardia me dejó sin palabras. Por puro placer, volví a saborear los manjares que se me ofrecían. Le arranqué nuevos jadeos y un posterior ruego de navegación. Aunque era toda una tentación, me comporté y el barco regresó a sus mares. Con una mano en cada cachete, marqué un ritmo acelerado, profundo, casi hasta el desfallecimiento. Conseguir mayor intensidad a un ritmo menor requería estimular. Rodeé su cintura y encontré el botón. No dejaba de jadear. Conseguí

profundizar aún más. Sus movimientos procuraban un placer incalculable, hasta que se desplomó entre calambres y convulsiones.

Quedó tendida, ofreciéndome toda la constelación de su espalda. Me estiré junto a ella y la besé una vez más. Esto pareció despertarla de su tránsito. Me empujó hasta que quedé tendido. Me llenó de besos hasta alcanzar el timón de mando de todo mi pensamiento en aquel momento. Lo acariciaba, lo recorría, lo destapaba y cubría. Hasta que encontró oportuno probar. Sin remilgos, con pasión, ganas y destreza, me llevó a la locura. Creó la necesidad imperiosa de aumentar el placer saboreando de nuevo su manjar con un setenta menos uno. Con la diferencia de que esta vez mis manos, mis dedos lubricados, estimularon toda entrada posible. Con la lengua, recogía, acariciaba y enroscaba su delicioso clítoris. Mis dedos entraban a un ritmo cada vez más endiablado. A medida que me acercaba a la culminación, más me esmeraba en la labor. Le avisé que estaba por terminar y obtuve como respuesta mayor intensidad, fricción, succión y profundidad. Yo no podía ser menos, así que hice lo propio. Tener las bocas ocupadas evitaba que los jadeos traspasaran las paredes que presenciaban aquel acto de pasión.

Cuando la semilla se emancipó para no volver, ella me regaló su último orgasmo de la noche. Nos quedamos tendidos, mirándonos, relajados y agradecidos.

La nocturnidad comenzaba a convertirse en amanecer. Nos habíamos olvidado por completo de la guardia. Teníamos el tiempo justo para recuperarnos y encontrar su culote. Con la emoción, había volado hasta lo alto del armario.

La luz encendida confirmó y aumentó la hermosura de lo vislumbrado. No sabía si tendría la suerte o la oportunidad de repetir el vals sublime que acabábamos de bailar. Pero esa noche iba a quedar en los anales de la historia, en mi memoria para la eternidad, igual que el deseo y el placer de sus delicias de mujer.

Se vistió, me dio un último beso y desanduvo el camino realizado de madrugada, regalándome una última recreación con su magnífico culo. Antes de salir, se aseguró de que no hubiera nadie.

—Gracias, que descanses —fueron sus palabras antes de desaparecer, acompañadas de una hermosa sonrisa. Si me lo hubiera permitido, me habría enamorado de ella hasta la enajenación. Al cerrarse la puerta, estaba convencido de haberme vuelto adicto a esa mujer. Fue mi último pensamiento antes de perder el mundo de vista.

XXX: EL RETORNO

El ajetreo del exterior me devolvió a la consciencia de la estancia donde había sucumbido al placer. Tras una ducha, regresé al mundo de los vivos con energía y una alegría insólita. No tardaríamos en volver a casa. Jorge se quedaría al cuidado de la finca hasta el regreso de sus ocupantes habituales.

—Bon dia. Queda cafè?

La pregunta era innecesaria, ya que, mientras la formulaba, sostenía la cafetera italiana y comprobaba su ausencia. Prepararla suponía seis minutos.

El ángel nocturno estaba sentado relajadamente en el porche. Absorbía el calor del astro rey, su rostro cubierto con un sombrero. Su piel seguiría como la porcelana. Estaba seguro de que todos los presentes sabían lo sucedido, pero no parecían querer sacar el tema.

Los motivos de mi relajación estaban claros, pero los demás compañeros también parecían estarlo. Supongo que, aun sin haber anulado definitivamente la amenaza, durante un periodo podríamos evitar situaciones similares y ayudar al pueblo a progresar. Pensar en un horizonte tranquilo por unos días nos daba un respiro.

Cuando mis tíos avisaron por el *walkie* que salían hacia casa, terminamos de recoger e hicimos lo mismo. Las perras fueron las únicas en salir a recibirnos, con su desmesurada alegría y su afecto, también para los nuevos miembros, ya de todo derecho e integrados en el grupo.

El resto de la familia ya estaba reunida. Hablar de lo sucedido era lo principal en esa reunión, siempre con miras a lo que pasaría en el pueblo. Era probable que, al aumentar los lugares seguros, alguno de los presentes prefiriera instalarse en el pueblo. Todo se contemplaría y, como era lógico, cada cual tomaría sus propias decisiones.

Las preguntas empezaron a centrarse en Sussy. Se la notaba mucho más cómoda en casa que la noche anterior, con todos los vecinos observándola y adorándola. Su confianza con la mayoría de nosotros le daba un aire de pilla y traviesa, diferente de la timidez e incomodidad mostrada ante los vecinos. Estaba claro que se podía valer de sobra por sí misma. Su aspecto inocente te llevaba a querer protegerla, aun sabiendo que ella no necesitaba protección de nadie. Algunos lo llamarían machismo. Quizás lo fuera. Para mí, solo era ternura y admiración por una mujer tan impresionante. Mientras estaba absorto en su belleza, me hicieron una pregunta que no llegué a escuchar. Las risas y el vozarrón de David me despertaron y me sentí enrojecer. ¿Tan obvio era?

—Es que estuvo batallando hasta altas horas —dijo, y su sonrisa se transformó en carcajada. Contagió al resto. Los únicos que parecían indiferentes eran los niños, que miraban sin entender nada. En cuanto a Sussy, daba la sensación de que la cosa no iba con ella. Podía mantenerse fría en cualquier circunstancia, a la vez que podía ser un volcán de calor cuando menos te lo esperabas. Cuando la reunión se reanudó, después de algún que otro chasquido de Eduard, Sussy le propinó un puñetazo en el hombro al grandullón. Era evidente que se tenían un cariño especial.

La noticia de que en el pueblo había una pediatra decantó la balanza de Susana y el crío a favor de buscar una residencia allí. Los posibles desplazamientos aún tardarían en producirse, por lo que no era un tema urgente a tratar, pero a Susana se la veía con ganas de encontrar otras madres primerizas como ella y que su hijo tuviera un entorno más normalizado, dentro de lo que cabe en las circunstancias que nos tocaba vivir.

Lo primero era la seguridad y comprobar el estado y las oportunidades que realmente ofrecía el pueblo y su gente. Quedó claro que no todos íbamos a abandonar las fincas para ir a la reunión. Designaríamos a una pequeña comisión que iría hasta el pueblo en representación de todos los presentes. Ya habría tiempo suficiente para relacionarse. Teníamos que mantener la prudencia. Hacer lo que tocaba no significaba que los demás humanos conocidos en la zona actuaran de la misma forma. No

debían saber cuántos éramos hasta estar seguros de que el entendimiento iba a ser sincero, productivo y recíproco. No estaba previsto relajarse durante algún tiempo. El sentimiento de despreocupación podía representar el principio de una catástrofe.

—Nosotros volveremos a casa hoy, en cuanto sea posible —fue la única aportación de Gerardo. No me extrañó y lo entendí perfectamente. Por suerte, había hecho buenas migas tanto con los niños como con las dos ancianas del grupo y con mi madre, pero era hombre de costumbres y quería estar en su casa, con su mujer, y seguramente nadie más. Era obvio que seguiríamos en contacto, pero no era un hombre de vivir en comunidad.

De repente apareció Marc. No había notado su ausencia. Traía noticias del pueblo.

—Javi ha informado que hay un grupo que se va a Barcelona, él incluido.

—¿Esperarán hasta terminar la reunión?

—No, se ha puesto en contacto para agradecer el rescate y despedirse. Él no tenía problemas en quedarse un par de días a ayudar a reconstruir, pero han sido más los que quieren dejar la pesadilla atrás e intentar no pensar en ella nunca más. Y Javi no quiere aventurarse a ir solo por el mundo. Se ha visto obligado a claudicar y aceptar ir con ellos, si no quería hacer el viaje solo.

Marc había visto y sufrido el camino a la inversa, pero su experiencia sobre el recorrido no sirvió para convencerlos de que volver no era la mejor de las ideas, y menos aún sin estar bien preparados y equipados. Seguramente las armas de fuego incautadas y el asesinato de sus agresores a manos de la masa les habían otorgado un coraje que no habían tenido durante su cautiverio. El problema era precipitarse, pero nosotros no éramos nadie para impedírselo. Ya habían pasado suficientes penurias como para cortarles en seco una ilusión que ahora les movía para avanzar en sus vidas.

—Habría sido preferible que esperaran unos días y recopilaran información.

Pedro cada vez estaba más suelto. Todos coincidimos con él, que acertó en verbalizar nuestros temores, pero l'Àvia cortó el caos de opiniones al recordarnos lo evidente:

—No son nuestra responsabilidad ni nuestros súbditos. Cada cual termina haciendo lo que cree mejor y más conveniente. Si necesitaban irse y lo han hecho, no hay nada más que hacer ni decir.

—Contaremos con los que quedemos y saldremos adelante —sentenció mi madre, dando el tema por zanjado.

—*Què passa amb els que es van escapar?* —intervino inesperadamente Carlos. Lo sucedido en los últimos meses y, más concretamente, en el último par de días, lo había afectado y

marcado de una forma que aún no éramos capaces de comprender. Su preocupación por los maleantes que seguían vivos y en paradero desconocido era compartida por muchos de nosotros, aunque no lo verbalizábamos tan directamente como él, seguramente por miedo a volver a crear un ambiente de terror en nuestras vidas.

—*Ens haurem d'assegurar que no tornin. Estarem atents, vigilants i ens prepararem per poder afrontar qualsevol contratemps* —le respondí, viendo que buscaba mi asertividad. Aunque mi pócima no fuera milagrosa, estar prevenidos para afrontar cualquier contratiempo era nuestra única vía de seguridad. Y la mejor manera de poder conseguirlo era formar un grupo numeroso y unido. No todo el mundo parecía muy convencido de ello, pero nadie se oponía a intentarlo.

—*Sigui com sigui, jo em quedo aquí!* —agregó el niño, poniendo su cara más severa para demostrar su decisión de no cambiar ni de alojamiento, ni de grupo, ni de opinión.

—*És clar que tu et quedes. Has de defensar les àvies!* —El semblante de Carlos cambió por completo con las palabras de l'Àvia, como si le hubieran sacado un peso de encima. ¿Qué debía estar pasando por su joven cabeza? No pensé que necesitara que le reafirmáramos que contábamos con él, pero como siempre l'Àvia sí lo había notado y había puesto fin a sus dudas con una sola intervención.

—No hace falta que los otros toméis una decisión ahora mismo. Pero sí empezad a plantearos lo que queréis hacer. Aquí siempre será bien acogido cualquiera de vosotros cuando gustéis.

—No os precipitéis —añadió Pedro, y nos quedó claro que la frase iba dirigida a Susana. Las palabras tenían su efecto y todos se planteaban qué hacer, cuál sería el mejor paso. Nadie quería tomar decisiones a la ligera. Todos éramos muy conscientes que una mala decisión podía acarrear consecuencias funestas.

—Todo ha quedado muy claro menos un punto crucial: ¿cuándo comemos? —La participación del estómago de Gerardo relajó de nuevo el ambiente. Levantamos la sesión y nos repartimos entre las estancias y el jardín antes de volver para sentarnos a la mesa. El hombre parecía recuperarse sin problemas. Supongo que su constitución corpulenta y fuerte lo favorecía. Conseguí arrancarle una sonrisa en cuanto le llevé unas aceitunas y una tabla con un poco de queso y fuet, acompañado de una cerveza fresca.

El menú fue como de domingo. Se prepararon unas ensaladas con zanahoria, manzana confitada, frutos secos, pasas y trocitos de queso. Del sofrito, me encargué yo. Por la mañana, mi tío había matado tres conejos, que ya estaban limpios y troceados para preparar un suculento arroz. Era un día de celebración y, si algo había quedado claro en la actualidad era que teníamos que festejar cuando algo lo merecía. Nunca se sabe cuánto durará lo

bueno, por lo que sacudimos el cava que se enfriaba en la nevera y nos regalamos unos buenos momentos juntos. Siempre había alguna botella para ocasiones como esa.

La cebolla, el pimiento verde y el ajo ya estaban listos para echar un poco de tomate y llevarlo casi a punto de caramelización. En la paella, habíamos dorado las piezas de conejo. Yo preparaba un caldo de vez en cuando y lo guardaba en fracciones congeladas. Calculé la multitud y puse el doble de caldo que de arroz. Se me daba bien cocinar para mucha gente. Me sentía cómodo en este papel.

Todo el mundo estaba alegre. Hasta Sussy jugaba relajadamente con los niños.

—No la mires tanto que la vas a desgastar. —David estaba cogiendo confianza y se notaba que le gustaba hacer bromas a mi costa. Yo las encajaba, a la espera de poder devolverle alguna, pero en esta ocasión era mejor no echar más leña. Le ofrecí un golpecito amistoso en el hombro, un *«ets un cabró»* y una sonrisa, no fuera a ofenderlo. Él, lejos de ofenderse, persistió entre risas.

—*No siguis tan descarat.*

—*Tens raó, però avui deixeu-me gaudir-ne.*

Mis risas se sumaron a las suyas y causaron el escándalo suficiente como para que todos los que estaban cerca mostraran interés en lo que sucedía.

—Sí, es demasiado evidente. —Pedro estaba que se salía. Mientras hablaba, me sonreía y me tendía una cerveza fría. Tenía otra para el causante del chismorreo.

—Mira el que fue a hablar —dijo entre risas David, y casi se le cae la cerveza.

—No sé a qué te refieres.

Su risita y la cara de no saber de qué iba el tema me llevaron a seguir los pasos del compañero. Hasta el propio Pedro terminó riendo.

—Por la discreción —ofreció como brindis el incitador. Lo seguimos con alegría. Era un día de celebraciones.

En la finca, niños, adultos y perras jugaban sin preocupaciones aparentes. La felicidad reinante animó a Gerardo, que salió a tomar el aire y el sol, ayudado por su mujer y Álex, que seguía de cerca su evolución. Cuando solo faltaban cinco minutos para que el arroz alcanzara su punto justo de cocción, dimos aviso para que terminaran sus copas y quehaceres antes de sentarse a la mesa.

—*L'arròs no espera a ningú!*

Era una frase que solía decir mi padre. Es curioso, las cosas copiadas de los progenitores que terminamos por adoptar como propias. Gestos, andares, tics, manías, palabras, frases…

En general, las comidas se estaban convirtiendo en uno de los momentos más entretenidos. Explicábamos vivencias. En esta ocasión, el tema fue repetitivo. Revivimos la aventura de la noche pasada en el pueblo. La conversación volvió a ensombrecer la mirada de Sussy. Había hecho lo necesario, como en otras ocasiones, pero eso no le quitaba el pesar de haber arrebatado vidas. La aceleración de los acontecimientos había ocultado los sentimientos de culpabilidad. No quería ni debía enfrentarme a ellos en aquel preciso momento. Cuando las cosas se tranquilizaran y estuviéramos seguros, analizaríamos los propios actos y sus consecuencias. Al terminar de comer, solo faltaban unos tres cuartos de hora para la cita prevista en el pueblo.

XXXI: LA REUNIÓN

Cuando nos dirigimos a la ranchera, dispuestos a emprender camino, Gerardo ya estaba sentado, esperando. Era cabezota y quería regresar a su casa lo antes posible, y eso significaba hacerlo en aquel preciso momento, aprovechando nuestra salida hacia la reunión. La ranchera era lo más cómodo para bajarnos a todos. David y Jaume iban en la parte de carga. Mi tía, Sussy y Mari Carmen, en los asientos traseros. Gerardo, de copiloto. Y yo, de conductor. Había salido esta distribución de forma natural.

Al llegar, Jorge nos esperaba para abrir la cancela y acercar al cojo hasta la puerta. Sin esperar, Gerardo saltó del vehículo casi antes de parar el motor. Jorge tuvo que acudir en su auxilio. Mari Carmen le tomó el relevo. Entre los dos, se desenvolvían bien. Por nuestra parte, esperamos hasta que entraron y nos fuimos a la reunión. A Jorge le apetecía ir para inspeccionar y buscar unas piezas que necesitaba para un proyecto que maduraba en su cabeza. No preguntamos mucho. Ya teníamos suficientes cosas en qué pensar como para incluir una nueva y todos confiábamos ciegamente en su instinto creativo.

Al pasar por la casa de Pepita, reducimos la velocidad para comprobar que todo estuviera en su lugar. Así era. La siguiente parada, el pueblo. Se haría extraño seguir el camino normal en vez de desviarse y entrar a escondidas. Salvando las

circunstancias, entrar a hurtadillas tenía mucha más gracia que del modo formal. El acceso al pueblo desde nuestras fincas fue distinto al de la huida de la noche anterior. Ya se notaba el cambio. Se veía gente en las calles, en las ventanas. Parecía que intentaban recobrar cierta normalidad, aunque tardaríamos en conseguirla y no sabíamos cuánto duraría la calma. No podíamos dejar de repetirnos la necesidad de no relajarse.

Los vecinos nos saludaban al paso y nos indicaron que nos esperaban en el ayuntamiento, lugar escogido para la reunión, lo que le confería una formalidad mayor que si se hubiera realizado en el bar. Aparcamos cerca de la plaza, donde estaba nuestro destino inmediato. Era agradable caminar sin estar pendientes de ser sorprendidos, apresados o recibidos a balazos.

Desde la entrada del edificio principal de la plaza, se los oía vociferar. No se necesitaban indicaciones para encontrar el lugar de la reunión. Era una sala amplia, tan repleta de gente que nos costó encontrar sitio. Por lo que entendimos, la discusión trataba sobre la conveniencia de aventurarse a ir a la caza de los que se habían escapado, antes de que el rastro se enfriara. Era una decisión arriesgada, pero aún no se nos había invitado a participar. También era una buena oportunidad para ver cómo se desenvolvían. En cuanto se calmaron algo los ánimos, nos invitaron a sentarnos y a participar de la reunión. Nos habían reservado algunos asientos en la parte delantera de la sala. Al

parecer, haber contribuido a su liberación nos daba algo de crédito.

—*Bon dia. Com estan els ferits?*

—*Tot indica que aconseguiran refer-se.*

—*Ens n'alegrem.*

Preguntar antes que nada por el estado de salud de los heridos era una buena forma de empezar a entablar diálogo. Pero a la que terminaron dichas formalidades iniciales, en seguida nos preguntaron por el resto de nuestra comitiva. Éramos solo cinco allí presentes y sabían que éramos muchos más.

—*Pensava que vindríeu tots.* —Y con la cabeza indicó la fila de asientos vacía que habían reservado para nosotros.

—*La canalla i els grans estan a casa. Ja aniran baixant quan la situació es comenci a normalitzar* —respondí, esperando que dicha explicación fuera suficiente para justificar la ausencia de muchos de los nuestros.

—*Sí, aquí encara estem en un campi qui pugui* —reconoció con algo de pena. Era todo demasiado caótico aún.

Una mujer mayor dirigía la conversación. La recordaba dando instrucciones al resto, una vez que el colegio estuvo fuera de peligro, organizando a heridos y niños. Era la misma que le pidió a Javi que nos presentara. Parecía una mujer fuerte y con carácter,

pero abierta a hablar de todo con todos. Decidí poner cartas en el asunto y entrar al tema directamente.

—Hem vist que comenceu a posar punts de guaita. És molt important la seguretat. No desitgem que tornin, però, si ho fan, seria bo estar preparats. També ens ha semblat que heu començat a fer inventari.

Nos escuchaban con atención, aunque detecté miradas de cierta desconfianza. Que yo pusiera sobre la mesa que habíamos detectado vigías y que estaban haciendo inventario quizás despertó alguna susceptibilidad e inseguridad. Seguramente era lo normal, y les pasaría lo mismo si acudía gente nueva. Supongo que ya estaban escamados.

—Us voldríem demanar si en Jorge podria buscar unes peces que necessita per a un projecte...

Esto último levantó algunos rumores, como si la solicitud fuera un pago por los servicios, o esa fue la sensación que me dio. Nada más lejos de mi intención. Yo solo quería ir al grano y que Jorge pudiera buscar las piezas que necesitaba sin más, pero pidiendo permiso antes, obviamente. Me callé esperando a que ellos hicieran lo propio o al menos a que se dirigieran directamente a nosotros. Tanto murmullo y comentario por la espalda me incomodaba. Mientras la mujer que lideraba la reunión parecía meditar, Sussy, sentada a mi izquierda, les dedicó una mirada que les heló las palabras. Las bocas

permanecían abiertas, pero todo volvió a estar en silencio. Se me escapó una leve sonrisa que me ganó en complicidad de la mujer. Estaba claro que a ella le gustaban las personas con carácter, y Sussy había demostrado que, cuando tocaba, allí estaba. Y en primera línea, dando la cara. La mujer reaccionó y llamó a un joven ubicado detrás de su silla. Parecía un asistente. Más tarde supimos que era su sobrino. Lo envío a buscar a alguien. Segundos más tarde supimos que ese alguien era Pablo, el encargado de todo el inventario, quien ayudaría a Jorge con su cometido. No tardó en aparecer el tal Pablo. Se acercó todo sonriente, saludó a todos los presentes y recibió la instrucción de llevarse al salamantino y ayudarlo en su búsqueda.

—*Moltes gràcies!* —contestó el propio Jorge, a quien se le iluminó la cara, como si la búsqueda de piezas fuera toda una aventura. Antes de que salieran de la sala, ya parecían compartir confidencias. Supongo que es lo normal cuando se juntan dos personas que se emocionan con esas cosas. Era muy probable que hicieran buenas migas.

Sussy llevaba rato con cara de preocupación. Comenzaba a ponerse nerviosa, como si estuviéramos haciendo algo mal u olvidando algo que a ella la inquietaba. No pudo contenerse más y lanzó la pregunta que llevaba rato con ganas de poner sobre la mesa:

—¿Por qué se ha ido parte de la gente que rescatamos ayer noche?

Eso era lo que la preocupaba. Yo no entendía muy bien por qué, pero si a ella le interesaba tener esta información, a nosotros también.

—No hemos podido hacer nada para persuadirlos. Piensan que sus seres queridos podrían estar vivos. No se perdonarían nunca no intentar encontrarlos o conocer su destino. Contra la esperanza, se puede hacer poco. Los hemos equipado lo mejor que hemos podido.

—También saben que pueden volver cuando quieran —agregó un hombre que debía tener nuestra edad. Le dedicó una sonrisa a nuestra aguerrida compañera. No me causó una buena primera impresión. Seguramente lo sucedido en la madrugada me produjo ciertos celos. Estaba seguro de que, en cuanto nos relacionáramos un poco más, mis estupideces desaparecerían. No era mundo para inseguridades.

—Todo lo que decís está muy bien, pero el camino hasta Barcelona o cualquier otro destino es complicado. La ciudad es un peligro donde impera la ley del más violento —insistió la pelirroja.

—Esperamos que tengan suerte.

Se hizo un breve silencio, como para dedicar un minuto de quince segundos a la oración y buenos deseos para los que habían emprendido su camino.

Cuando se reanudaron los murmullos, pensé que podía ser un momento tan bueno como cualquier otro para abordar las relaciones que podíamos tener entre los grupos. Carraspeé y levanté la mano. Toda la atención de la sala se centró en nosotros.

—*Hi ha un altre tema que ens preocupa. Quines intencions teniu amb nosaltres?* —El silencio era absoluto, me miraron con sorpresa, como si no se esperaran este tipo de preocupaciones o preguntas. Que yo les preguntara sus intenciones para con nosotros les desmontó su idea mental. Necesitaba explicarme mejor, porque esa segunda intervención había resultado demasiado confusa—. *M'explico: tots som del mateix municipi o ens hem trobat aquí per diferents circumstàncies, i en principi ens hi quedarem. Creiem que hauríem de col·laborar i fer una comunitat forta, protegir-nos i cuidar-nos entre tots.*

Los rostros se relajaron cuando terminé con una sonrisa. Muchos comprendieron la preocupación y correspondieron con agradables sonrisas de aceptación. Creo que ahora mi mensaje llegó mejor: hablar de colaboración, de construir una comunidad fuerte para protegernos y cuidarnos entre todos eran las palabras adecuadas, que no siempre atinaba en verbalizar a la primera.

—*Era la nostra intenció. És més, ho donàvem per fet.*

La respuesta de la líder del pueblo me hizo sentir un poco ridículo. Que todos dieran por hecho algo que yo no sabía ni como verbalizar para ser aceptado me indicaba que, a menudo,

nos cegamos con nuestras propias dudas. Seguramente había quedado como un capullo, pero dejar las cosas claras desde un principio podía evitar conflictos y malentendidos que nos llevaran a situaciones incómodas o de riesgo.

—Gerardo y Mari Carmen están bien? —preguntó un hombre que debía ser de su quinta, rompiendo mi incómodo silencio. Todos conocían a la pareja, aunque desde su jubilación como directora de la escuela, ambos se prodigaban poco por el pueblo.

—Están bien. Le hemos tenido que amputar una pierna a Gerardo por culpa de la infección, pero ya está fuera de peligro. Ella, fantástica como siempre.

—Me alegra que estén vivos y a salvo. Lo de la pierna no ha debido ser fácil. Aquí, entre la enfermedad y esos... —se contuvo para no calentarse y soltar alguna palabrota descriptiva de sus captores—... más de la mitad del pueblo ha fallecido.

—Lo sentimos. Es una época difícil. Todos hemos perdido mucho. Pero seguimos aquí y debemos hacer todo lo posible para superar las dificultades que se nos planteen y mirar hacia adelante.

No me constaba que ninguno de mis allegados hubiera fallecido. También era cierto que no recibíamos noticias suyas desde hacía semanas. Pero, como todos ellos, seguía con la esperanza de que estuvieran bien. Creo que aún era más optimista que el resto. Pensaba que estaban vivos y a salvo. Estaba convencido de que

se contarían entre los afortunados. Suponía que se habían reunido los que estuvieran más cerca entre sí, como hicieron en su momento mis tíos y mis primos acudiendo a mi finca.

La reunión se alargó demasiado. Todos querían dar su opinión, como si el hecho de participar les diera relevancia, aunque dijeran lo mismo que los anteriores. Los comentarios y las interrupciones constantes no contribuían a aumentar la claridad. Antonia, que así se llamaba la mujer que nos había recibido, también parecía cansada de estar allí, sin llegar a nada claro. Hasta los niños se nos acercaban a saludarnos, viendo que la cosa ya era poco seria. Poco a poco, la reunión se convirtió en una discusión de bar más que en una ocasión para dar comienzo a nuestra comunidad. Entonces entró Jorge, hablando como si tal cosa con Pablo, mientras se reían a saber de qué. Fue el momento en que la mujer decidió que aquello ya no tenía sentido.

—*Silenci, silenci* —El tono de la primera llamada de atención fue amenazante y el segundo, además, potente. Al parecer, la conocían bien porque todos callaron. No permitieron que llegara el tercero—. *Tots els no convocats a la reunió, fora.*

Como nos miró también a nosotros, pensamos que tendríamos que reducir el grupo. No sabíamos quién había estado convocado y quién no, pero decidimos que Sussy y un servidor seríamos los que nos quedábamos en representación de nuestra pequeña comunidad. En poco menos de tres minutos, la sala estaba casi

vacía y las puertas, cerradas. Era agradable la nueva sensación de paz y tranquilidad que se respiraba allí. Transmitía cierta relevancia y solemnidad, ahora que estaba en silencio.

—*Anem per feina.*

Pudimos hablar tranquilamente y tocar varios temas. Los principales fueron la seguridad, el alimento y las actividades necesarias para la supervivencia. En cuanto a la seguridad, les sugerimos que instalaran una base en la parte antigua del pueblo, mucho más fácil de defender y con accesos limitados. Era lo que tenían previsto. El casco antiguo necesitaba alguna que otra reparación para albergar lo requerido en el lugar adecuado, pero no sería difícil convertirlo en un refugio fortificado en caso necesario. De hecho, nadie se sentía seguro en casa y cualquier ruido fuera de lo normal era captado como una posible amenaza. Por eso, muchos vecinos habían abandonado sus antiguas casas para agruparse en el casco antiguo, su fortaleza. Era de prever que todos acabarían viviendo allí, cuando lo tuvieran todo más ordenado y claro.

Con respecto al último tema, no concretamos nada. Era algo que tendrían que hablar entre ellos. El resto de las necesidades básicas ya estaban cubiertas, por lo que pensar en un futuro de autosuficiencia quedaba relegado a posteriores reuniones. Nosotros estábamos dispuestos a ayudar en todo lo necesario, pero no podíamos descuidar las granjas.

Proteger toda la zona para evitar ser sorprendidos con tanta facilidad era lo más urgente para el grupo. En eso coincidimos: la prioridad de todos era la seguridad. A ellos les preocupaba bastante más que a nosotros que regresaran en busca de venganza. La mala experiencia sufrida, para no decir tortura, los perseguía y no permitía que la sensación de seguridad se aposentara en sus hogares. Sus caras traslucían agotamiento. Llevaban tiempo sin dormir bien. Nos explicaron que una de las torturas que habían sufrido a diario era el régimen de sueño: no más de tres horas seguidas. Antes de proceder al cambio de guardia, los despertaban a todos para debilitar lentamente su voluntad.

Volviendo a la seguridad del casco antiguo fortificado, alguno propuso cerrar los muros y no dejar entrar a nadie ajeno al pueblo. Al intentar razonar, salió el tema de la precariedad, de los pocos recursos disponible y de la falta de capacidad para acoger a nadie más. Los desconocidos representaban un riesgo innecesario y, para colmo, consumirían sus pocas existencias.

Nosotros intentábamos permanecer en un segundo plano, pero el miedo parecía apoderarse de la reunión, y suele ser mal consejero. Era un tema importante que tratar, pero no de aquella forma. Tampoco se podía generalizar ni demonizar a toda persona que no fuera del pueblo. Tenían que entender que el número hacía la fuerza, y más en un mundo en el que el peor depredador era el ser humano. Bueno, eso no había cambiado

demasiado al largo de la historia, pero ahora cazaban a sus congéneres literalmente. Pensé en intervenir en aquel punto de la conversación, antes de que su discurso se hiciera más radical. Sin nosotros, no estarían en libertad, y no éramos del pueblo. Era una mala baza para que nosotros la utilizáramos, pero si la soltaba otro, acallaría alguna boca de las más reacias a la acogida de forasteros. Miré a lado y lado, buscando la complicidad de algún vecino. De repente, la conversación dio un giro. Alguien sugirió hacer incursiones a los municipios de los alrededores. Fue entonces cuando la líder intervino y acalló todas las tonterías que se estaban exponiendo.

—*Ja us he deixat dir prou rucades. Parlem seriosament* — Estaba claro que ella era quien presidia la reunión—. *No negarem ajut als necessitats. Penseu en la gent que ha marxat. Vam patir amb nosaltres el captiveri i el maltractament. No voldríeu que la gent que puguin trobar pel camí els ajudi?*

Era buena razonando. Pensé en Javi. En su camino, él siempre sería un desconocido, un recién llegado que levantaría suspicacias y recelos. En cambio, para los presentes, Javi era un puntal de su liberación. Nombrando a los que se habían ido en busca de sus familiares, todos empatizaron con la necesidad de acoger a quien lo solicitara, sin bajar la guardia, pero sin encerrarse en un mundo egoísta e insolidario. La líder siguió, exponiendo cómo integrar a nuevas personas en su comunidad:

—Els nous vinguts passaran per una quarantena i una sèrie d'interrogatoris fins que ens assegurem que són de fiar. Els que no passin pel sedàs seran expulsats.

Era razonable. Se tendría que planificar bien y ser muy concienzudo en la labor, pero era necesario establecer un periodo de vigilancia sobre los recién llegados y obtener toda la información posible sobre su procedencia y sus planes. Era tan cierto que el número hace la fuerza como que una manzana podrida podía estropear todo el cesto. Pero no debíamos olvidar que en el mundo había más manzanas jugosas que podridas.

—Què fem amb la gent que ens trobem en les incursions?

Volvían con el tema de investigar a pueblos vecinos. ¡Qué prisas por salir! ¡Con todo lo que teníamos que hacer antes! Antonia debió notar que yo negaba con la cabeza y que mi rostro reflejaba incredulidad. Me dio la palabra sin yo haberla pedido. Me lancé a dar mi opinión sin pensar demasiado en si era o no lo conveniente. Morderme la lengua sigue siendo una tarea pendiente.

—Les incursions per aconseguir provisions o material estan bé. De totes maneres, les descartaria fins que no ho tinguem tot inventariat. Abans de sortir, cal saber què tenim i protegir-ho bé. En cas de voler fer incursions, si és que realment cal i no som autosuficients, tothom que trobéssim pel camí i ens demanés unir-se al grup de supervivència, hauria de passar pel mateix

protocol que els nouvinguts. Sempre dependrà de cada cas. Vaja, és la meva opinió.

No sé si por la falta de confianza o porque se sentían en deuda, se tomaron la molestia de escuchar y reflexionar sobre lo que yo había dicho. No parco en palabras, mi discurso daba que pensar. Creo que todos asintieron cuando dije que antes de ir a saquear nuevos enclaves, debíamos saber qué teníamos aquí y qué nos faltaba para nuestra supervivencia. No vi si también asentían cuando dije que todo el mundo debería ser bienvenido, tras cerciorar-nos que era buena gente.

—No podéis dejar el pueblo desprotegido —agregó Sussy, a lo que todos al unísono asintieron—. Además, sería adecuado seguir formando a los niños. Habría que adaptar las enseñanzas a la situación actual. Tienen que aprender a defenderse y valerse por sí mismos lo mejor posible. Y también nosotros.

Ante las palabras de Sussy, el cambio de los gestos fue radical. Al oír su voz, todos callaron y se centraron en ella. Tenía cierta ascendencia sobre aquella población, todos la escuchaban y nadie le ponía malas caras. El tema de la educación los sorprendió. Cuando los incluyó a todos entre los necesitados de aprender, alguno se sintió menospreciado, pero nadie osó rechistar.

—Estoy completamente de acuerdo con ella —me sumé a su carro—. En casa, los niños tienen clases normales, pero además

los entrenamos en el arte de la esgrima y en cualquier otra habilidad útil para la supervivencia. Y a los adultos también. Vamos aprendiendo todos, sin excepción.

—Creo que no está de más brindarles una formación que los ayude a afrontar este nuevo mundo. Está claro que a nosotros también nos habría ido bien —reconoció Antonia, la voz más autorizada de la sala. Íbamos por buen camino si la teníamos a ella de nuestra parte. Esperaba que, con sus palabras, los demás también se sumaran a nuestro modo de funcionar—. Debemos recurrir a todos los medios disponibles para no necesitar que nos vuelvan a rescatar.

La palabra que nos otorgó prestigio y recordó el pasado reciente a los presentes fue *vuelvan*. Concedió cierto peso y credibilidad a nuestras opiniones. No sé si me precipité, pero di el tema por zanjado con esta intervención de su jefa. Teníamos que ir al grano con otros temas igual de importantes y muy urgentes.

Por un lado, teníamos que hacer un censo que nos incluyera a todos para saber a qué se dedicaba cada uno y aprovechar todas las habilidades y aficiones para alcanzar los objetivos de la comunidad. Hacían falta artesanos, agricultores, ganaderos y muchas otras personas con oficios magníficos, aunque duros y mal remunerados, que tendían a desaparecer y que eran, ahora, imprescindibles. Éramos conscientes de que había pocos profesionales con estas características, acostumbrados ya todos

a trabajos más de oficina y ordenador. Ahora, las profesiones útiles eran aquellas que se podían llevar a cabo con lo que teníamos y que ayudaban a mejorar nuestra situación.

—En casa, hablaremos con los profesores. Creo que les parecerá estimulante abrir una escuela aquí en el pueblo. Estaría bien que se reunieran todos los que pueden ser docentes. —Sussy estaba sorprendentemente interesada en el tema de la educación. Quería que arrancara lo antes posible. La posibilidad de tener un futuro estaba en las niñas y los niños de la comunidad.

Yo proseguí con mi lista mental. Tras el censo, teníamos que establecer grupos de trabajo, encargados de gestionar y llevar a cabo todos y cada uno de los quehaceres. Antonia asintió y propuso reunirnos una vez a la semana para pasar informe de cómo evolucionaba y avanzaba cada tarea. Como no hubo objeciones, procedimos a formar grupos. De los que vivíamos fuera, Víctor, Pepita, Pedro y Jorge podían colaborar en la enseñanza. Teníamos que confirmarlo con ellos. No podíamos obligar a nadie ni decidir por ellos. Las imposiciones propiciaban reproches y conflictos. Evitarlos era más práctico que solucionarlos. Me pasó por la cabeza nombrar también a Mari Carmen, pero preferí hablarlo primero con ella. David estaría en el grupo encargado del tema de la seguridad. Jorge iba a colaborar con ideas. Seguro que mi tío iba a estar encantado de enseñar a disparar, aunque que en el pueblo seguro que había cazadores con buena puntería. Pensé entonces en formar un

grupo de vecinos encargados de la caza y la pesca, para abastecernos bien. Desde un punto de visto sanitario, Álex vendría para ayudar a los enfermos y heridos de la noche anterior. La única médica del pueblo, la pediatra, no daba abasto con todo. Un par de manos más que supieran qué hacer siempre vendrían bien.

Sussy, por su parte, se comprometió a dar clases de esgrima y arma blanca a los interesados, pero no quería que ese fuera su único cometido. Los de la sala sugirieron que tanto ella como yo tendríamos que estar en las reuniones de seguridad. Era un honor y muy importante que nos dejaran formar parte de ese grupo, y más aún que no lo hubiéramos sugerido nosotros.

XXXII: LOS INVITADOS

Cuando se dio por concluida la reunión, Marian, Jaume y David vinieron a nuestro encuentro. Antonia no desaprovechó la ocasión de tenernos a todos juntos para llevarnos a dar una vuelta por el pueblo, acompañados de su sobrino, que se llamaba Germán. Era una mujer lista. Nos guiaba y derivaba la conversación hacia donde le interesaba. Quería obtener más información sobre nosotros de la que ya habíamos dado. Ya era demasiada para algunos de nosotros, pero escasa para ella.

—La veritat, Jan, és que ja et tenia vist. La gent parlava de tu com el paio raret de ciutat que es volia incomunicar.

Tengo que confesar que esa descripción me hizo ilusión. «El rarito de ciudad que quería incomunicarse» hacía justicia a mi yo de antes. Lo que continuó a ese preámbulo habría sido de esperar en el mundo de antes, pero ahora, con todo lo sucedido y todo lo que se nos venía encima, me sorprendió.

—Quan passejàvem per la zona, sempre tenia ganes d'entrar a veure casa teva. Et va bé si venim a fer-te una visita demà?

No encontré manera elegante de declinar su propuesta. Se estaba autoinvitando a casa. Sin darme cuenta, me dejó sin escapatoria elegante y convencionalmente educada. Por suerte, mi tía se avanzó, viendo que yo titubeaba. Me gustó su proceder.

—Clar, veniu a dinar. Tothom estarà amb les piles posades i amb ganes de noves històries viscudes. Sempre és agradable rebre visites.

Antonia se quedó satisfecha y quedamos en comer juntos al día siguiente en casa. Que solo pretendieran venir ellos dos, sin más protección, era una muestra de confianza incondicional. La confianza se tenía que convertir en uno de los pilares importantes de la comunidad. Aquel día comenzaba a tomar forma.

El tiempo estaba cobrando una relatividad que nunca hubiera creído llegar a vislumbrar. Las palabras *siempre* y *nuevo* caducaban a una velocidad vertiginosa. Las relaciones se fraguaban con una intensidad poco verosímil. El grupo de Sussy ya se consideraba veterano en casa, ¡y ya no digamos Víctor y Pepita con sus hijas! Antonia y su sobrino serían la novedad.

Cuando estábamos por volver a casa, nos percatamos de la ausencia de Jorge. Estaban a punto de mandarlo a buscar cuando apareció con Pablo. Reían como si fueran amigos de toda la vida. Seguían buscando piezas interesantes e intercambiando ideas acerca de qué hacer con cada una de ellas. Nos despedimos de todos. Los niños le pedían a Jaume que se quedara. El chico que había tirado la caña a Sussy en la reunión le sugirió lo mismo a ella. Finalmente, y para mi tranquilidad mental, nos fuimos todos tal y como habíamos venido, sin dejar a nadie atrás.

Nos volvieron a dar recuerdos para Gerardo y Mari Carmen y prometieron ir a visitarlos en cuanto la situación general estuviera más tranquila.

De regreso, paramos en casa de estos para transmitirles los recuerdos y el cariño de la gente del pueblo y explicarles por encima cómo había transcurrido la reunión. A Mari Carmen la emocionó que, entre las cosas planificadas, fuera prioritaria la reanudación de las clases.

—Si Víctor y Pepita tienen que bajar a diario, se terminarán trasladando al pueblo.

—No creo que ellos prefieran vivir en el pueblo. Les da seguridad estar entre nosotros.

—Quizás se podrían trasladar aquí, con las niñas.

—Ya se lo propondremos.

—No obligues a la gente, mujer. —Gerardo era un gruñón. Pero, después de verlo con los niños, estaba convencido de que a él le hacía más ilusión que a su mujer tener a los críos correteando por la casa.

Deseosos de llegar y relajarnos un momento, volvimos a la carretera. La penúltima parada fue rápida. Marian y Jaume saltaron con el vehículo en marcha. Los dos eran unos culos inquietos incapaces de estar mucho rato sin hacer nada. Creo que

por eso su relación funcionaba tan bien. Se entendían con solo mirarse un segundo.

Al llegar a casa, la rutina de siempre: alegría de las perras, niños corriendo y explicación de lo acontecido. Comenzaba a ser cotidiano, como cuando explicabas cómo había transcurrido el día al llegar a casa. Ante la falta de programación en directo y de tecnología móvil —bueno, de Internet en general—, recuperábamos una ancestral tradición: hablar con la gente que tenías delante.

A los profesores los sorprendió la propuesta de vivienda. No se pronunciaron, pero quedó claro que se lo plantearían seriamente. La opción del pueblo la descartaron ambos de inmediato. También se los notaba entusiasmados con el proyecto que se les presentó de retomar clases en serio en el pueblo, con todos los niños.

La noticia de la comida del día siguiente encantó a las más mayores. Todo el mundo estaba contento de escuchar las buenas nuevas que propagábamos. La verdad era que todo iba bien. Quizás demasiado bien. Podía ser preocupante si nos llevaba al descuido. Pero aquel día seguíamos mereciendo disfrutar un poco de lo conseguido. Dejamos los malos augurios para cuando nos dedicáramos a cubrir todos los posibles puntos de entrada para no dejar ningún acceso al descubierto. Las paranoias y conspiraciones mentales de cada uno nos irían bien para prever

las ajenas. Esperábamos que la imaginación de los presentes englobara todo el abanico de posibilidades de los invasores.

La noche fue tranquila. Se siguió hablando de la reunión en un tono mucho más informal, con chascarrillos de David respecto a las reacciones de la gente al ver y oír a Sussy. Mi tía se sumó a las bromas hasta que, entre los dos, consiguieron que Sussy se riera y participara. Sabía que, si yo intervenía, las tornas se volverían en mi contra. Me convenía seguir calladito.

Las guardias continuaban, pero los asistentes a la reunión nos las pudimos saltar. Llevábamos varios días intensos y necesitábamos dormir del tirón.

El paseo con las perras siempre terminaba de relajarme antes de ir a dormir. En esta ocasión, se apuntó Carlos. Ellas olisqueaban, corrían y se provocaban. El niño, piedra que veía adecuada, piedra que recogía. Cuando vio un blanco que le pareció interesante, desenganchó el tirachinas y en el segundo intento le dio de lleno. Luego me miró para comprobar que lo había presenciado. Estaba orgulloso de sí mismo. No pude menos que felicitarlo. Debía estar practicando mucho. Durante el resto del camino, se repitió el mismo proceso. Siempre acertaba en el primer o en el segundo intento.

Mi último acto antes de ser vencido por el sueño fue echar un vistazo a la puerta con la esperanza de que la diosa pelirroja entrara por ella. No apareció.

La mañana no tardó en hacerse presente. Un nuevo día, en el que tendríamos visita. El día anterior habíamos hablado de todo, menos de lo que íbamos a preparar para la ocasión. Tenía el tiempo justo para pasear con mi café antes de empezar con la instrucción de esgrima. Volver a sudar con ella sería todo un aprendizaje. No sé si la maestra influía, pero me estaba enganchando a este arte. Tras las prácticas o los combates, se generaban pensamientos analíticos acerca de cómo mejorar o salir airoso en caso de ser el receptor de la estocada, y eso me ayudaba a analizar otras situaciones en mi vida.

Me costó centrarme, hasta que Sussy debió percatarse y se encargó de que en pocos segundos no pudiera ni abrir los ojos a causa del esfuerzo físico. Por mucho que en ese momento sufriera el camino de ponerme en forma, me sentía satisfecho de no desfallecer y continuar allí.

Los tres niños mayores se apuntaron a mitad de la clase, cuando los ejercicios del calentamiento al que me había sometido ya concluían. La verdad es que Sussy tenía mano con los más pequeños. Conseguir que ellos mismos se levantaran por su cuenta para venir a aprender esgrima tenía muchísimo mérito. Claro que la parte de la esgrima era más divertida, compleja y estimulante que el calentamiento en sí.

Yo era plenamente consciente de que estar en buena condición física ayudaba a avanzar con mayor celeridad, aunque, no nos

engañemos, como en todo, si no tienes un don especial, la única manera de mejorar es practicar. Cuantas más horas de dedicación, más pronto se nota la destreza. En esto, los niños nos llevaban una clara ventaja. Habían incorporado dicha práctica a sus juegos, por lo que acumulaban horas fácilmente.

Fue una mañana tranquila. Los niños, en clase, y los adultos, repartidos en sus diferentes quehaceres. Cuando nos encontrábamos, comentábamos todo lo que se podía llegar a hacer. Nos permitíamos soñar y fantasear en voz alta.

L'Àvia decidió la comida. Preparamos una ensaladilla rusa, una de sus pasiones. Aprovecharíamos para mostrarles los productos que cultivábamos. El segundo consistiría en pollos al horno aderezados con limón, ajo, caldo de carne, sal y pimienta. Casi una hora de cocción, durante la cual convenía girarlos para dorar la piel por todo su contorno. Todos eran ingredientes frescos y producidos en las fincas, la mejor de nuestras cartas de presentación.

Cuando Mari Carmen se enteró de que Antonia venía a comer, se quiso apuntar. Estábamos seguros de que, antes de acudir a comer, encontrarían tiempo para ver a la antigua directora y a su marido convaleciente. Mari Carmen subiría con ellos cuando encararan el último tramo hasta casa.

—Conmigo que no cuenten —fue el comentario locuaz de su marido, que se oyó de fondo en la conversación entre Mari Carmen e Inés por *walkie*.

—En nuestra mesa, siempre pueden comer uno, dos, tres y los que haga falta. Cambio —respondió mi madre. Sin duda, siempre se podía hacer sitio.

Cocinar siempre me estimulaba. Escuchar música era parte del proceso. Disfrutaba mientras combinaba diferentes productos en la proporción adecuada. Me deleitaba entre aromas, gustos, texturas y aspectos. Me gustaba notar cómo se sumaban, para crear un nuevo mundo de experiencias sensoriales. La música y la carencia de más pensamientos que los dirigidos a mi labor me llevaban a arrancar con algún baile intuitivo. A medida que me acostumbraba a tener gente, mi cuerpo se movía con mayor libertad. La gente que entraba y me encontraba en ese plan no tardaba en animarse y marcarse algunos pasos espontáneos.

Nos encontrábamos en uno de estos festivales cuando las perras nos indicaron la llegada de los invitados. Todos salimos a recibirlos. Las presentaciones fueron rápidas. Mientras terminábamos de prepararlo todo, Antonia, Mari Carmen, l'Àvia y Esther se sentaron en el porche. Les ofrecimos bebidas y algo para picar. Era como el grupo de matriarcas. Faltaba Sussy de fondo como mano ejecutora para que formaran un grupo temible. Mantenían una conversación irrelevante. Las mujeres de casa

evaluaban cada respuesta y gesto de Antonia, al menos las que no la conocían, y ella hacía lo propio. Mari Carmen se empeñaba al máximo en que se llevaran bien. Era la única que las conocía a todas lo suficiente para saber que eran grandes mujeres y que no tardarían en encontrar el camino al entendimiento.

Antonia había enviado a su sobrino a relacionarse. Este iba un poco perdido, mirando la finca para no molestar. Un chico discreto. Como teórico anfitrión, lo fui a buscar. Hicimos la visita oficial a la finca y la casa. Cuando terminamos, me acompañó a la cocina. Allí, con Marc y Jaume, hablamos de bobadas. Sí, eran sandeces, pero fue el mejor tipo de conversación para reír un rato y disipar la tensión del joven. Después de todo lo que debía haber vivido Germán, supongo que agradeció ese momento de mente plana que le ofrecimos.

Marian apareció por la cocina. Tenía ganas de dar una vuelta antes de comer. Como sabía lo que realmente le apetecía, le pregunté si quería ir en buscar de Álex, montada en la yegua. Habíamos dejado a Álex de centinela para asegurarnos de que Antonia y su sobrino venían sin sorpresa detrás. No es que fuéramos desconfiados, que en el fondo lo éramos, pero toda precaución era necesaria. Mi tía se puso a dar saltos de alegría y nos cogió de las manos para incitarnos a seguirla. Era imposible no reír hasta quedarse sin aire. Antes de recuperarnos, ya salía montada. La diferencia principal con la imagen que se podría haber producido meses atrás era que en su espalda llevaba la

mochila de supervivencia y una de las metralletas incautadas. Lira y Llum salieron disparadas, siempre dispuestas a correr en libertad. La ausencia de circulación me dejaba tranquilo con respecto a posibles atropellos.

Los otros nos fuimos integrando en el grupo de las matriarcas. El picoteo dejó de ser una entrevista encubierta para pasar a un aperitivo en familia. Llegaba la hora de sentarnos a la mesa. Las barrigas más hambrientas fueron las primeras en pasar al comedor.

La pobre Antonia comió poco: era la principal oradora. A medida que el vino hacía sus efectos, Germán también participó en el relato.

—La nube de insectos llegó por el torrente, como si cambiara su curso. Estaba lleno después de los días de intensas lluvias. La gente se protegió donde podía. Todos los que no lograron refugiarse a tiempo murieron. La infección posterior se llevó a la mayoría. A otros, como habréis notado, les quedaron secuelas: algunas manchas, malformaciones, ceguera parcial o total. Como a Gerardo, a otros vecinos se le ha tenido que amputar algún miembro. —Antonia aprovechaba las interrupciones para comer. Para darle algo de tiempo, el resto comentaba o comparaba sus experiencias con el enjambre de mosquitos—. El pueblo parecía abandonado. La gente no salía de sus casas o de donde había caído enferma si no era estrictamente necesario. Al

pasar los días y ante la ausencia de noticias, intentamos agruparnos, organizarnos y ayudar a los más desvalidos. Encontramos casas en las que los niños permanecían junto a sus padres fallecidos.

Involuntariamente, algunos, y sobre todo los niños, dedicaron una mirada a Carlos. Creo que Antonia pensaba que todos los niños eran hijos de alguno de nosotros. Nada más lejos de la realidad: menos el recién nacido y las niñas de Pepita, todos los demás eran huérfanos de madre y padre.

—En cuanto la gente tuvo la fuerza necesaria, apilamos los cadáveres para evitar infecciones. Decidimos hacer una pira funeraria. La gran chimenea de humo se distinguía a kilómetros de distancia. Esa fue la señal. Horas después, mientras aún llorábamos a nuestros muertos, nos invadieron. Aparecieron varios *jeeps* disparando. La gente, incrédula y aún débil, no supo cómo reaccionar. A alguno que intentó correr, le dispararon. Flaqueaban las fuerzas para escapar, más para luchar. Nos cogieron con demasiada facilidad. Como a un rebaño de ovejas, nos condujeron hasta el nuevo corral. Allí nos tuvieron encerrados hasta que llegasteis.

Se extendió lo justo hasta llegar a los postres. Servíamos la otra gran pasión de l'Àvia: una coca de limón que me transportaba hasta una época de fiestas en casa con amigos, risas interminables y conversaciones surrealistas.

Nadie intentó indagar en las atrocidades sufridas.

Concluidos los cafés, no tardaron en regresar al pueblo. A Mari Carmen se le empezaba a notar cierta inquietud. Estaba a gusto, pero su cabeza estaba en casa, junto a su marido convaleciente, que por primera vez se había quedado solo. En cuanto a Antonia, había saciado su curiosidad y no podía demorarse en regresar a sus numerosas obligaciones.

XXXIII: LA NORMALIDAD

Las siguientes semanas fueron tranquilas, sin sobresaltos, sin desavenencias destacables ni amenazas externas. Nos centramos en la fortificación del pueblo, la adaptación de los diferentes edificios, los inventarios y la preparación de la nueva escuela. Las energías se destinaban en exclusividad al bien común. El tiempo libre se dedicaba a seguir mejorando las condiciones de vida. Todos estábamos exhaustos, pero orgullosos de lo que se construía. Mientras el colegio no existía como tal, se organizaron una especie de colonias con diversas actividades, siempre encaradas a mejorar las capacidades de los niños para afrontar el nuevo mundo y a devolverles la sonrisa perdida.

Se montaron excursiones a nuestras fincas para que aprendieran cómo funcionaban la horticultura, la fruticultura y la ganadería. Los cazadores nos enseñaron a seguir rastros, a camuflar el propio y diversas maneras de encender fuego, según el material disponible. Cualquier idea que nos ayudara a todos a ser más autosuficientes era bienvenida.

La esgrima tuvo un éxito tremendo tanto entre la juventud como entre los adultos. Las clases que impartía Sussy cada vez eran más concurridas. Llegó un momento en que asistía casi todo el pueblo, por lo que tuvo que trasladar las lecciones a la plaza

Major, bajo la atenta mirada del campanario. Era espectacular ver tanta gente con sus espadas improvisadas, siguiendo atentamente las instrucciones de la pequeña pelirroja. No había nadie que no respetara a la maestra y temiera su ira.

Lo más sorprendente eran las últimas habilidades descubiertas en nuestra maestra. Era química de profesión y nos enseñó a preparar explosivos caseros, por si alguna vez nos era de menester. Yo seguía alucinado con ella. En cierto sentido, se parecía a los niños en su capacidad de adaptación. Aportaba su experiencia según lo que las circunstancias requirieran. Y si no era necesario, no desvelaba sus cartas.

Se formó una especie de consejo de sabios, elegidos por la gente del pueblo. Antonia consiguió que también figurara el nombre de mi madre, a quien no conocía nadie. Creo que fue un acierto tenerla como representante. Se encargaban de solucionar las pequeñas rencillas cuando no había acuerdo entre las partes. Por suerte, tuvieron que intervenir en pocos casos, y resolvían los conflictos asignando las tareas más duras o desagradecidas. La sanción dependía de la falta y de su reiteración. Estábamos tan ocupados que les dimos pocos motivos para reunirse.

La principal fuente de energía del pueblo seguía siendo los generadores, por lo que dependíamos íntegramente de los carburantes. Estábamos bien abastecido de gasoil, puesto que teníamos varios depósitos en las fincas y en el pueblo. Pero se

tenía la certeza de que el tiempo jugaba en contra de nuestras posibilidades de adelantarnos al resto de los humanos, necesitados de este preciado bien, por lo que algunos pedían celeridad para abastecernos de más carburante. Algunos querían emprender una expedición hasta las gasolineras más próximas de inmediato. Todas estaban situadas en lugares muy arriesgados. Hasta el momento, Antonia los controlaba y apaciguaba. Quedaba demasiado que hacer para arriesgarlo todo. Si llegábamos a planificar incursiones, estaría bien encontrar material para conseguir la energía suficiente para todos los habitantes. Pero, por el momento, teníamos que funcionar con lo que había. El exterior era un mundo que no se debía explorar precipitadamente.

Por mi parte, prefería salir en busca de placas solares, animales de tiro o granja. Veía más garantías de futuro en ello. Tendría que encontrar el momento y la forma de exponer mis ideas. No era lógico arriesgarnos por algo sin futuro y que iba a representar un problema continuo. Cada cosa, en su preciso momento. Algunas de las casas que se habían reformado en los últimos tiempos tenían placas solares, pero las sanciones impuestas por el Gobierno en los últimos años habían conseguido persuadir a mucha gente de no ser energéticamente autosuficiente.

La formación de quienes hacían guardia fue una prioridad, igual que organizar los horarios. El nido del águila se convirtió en un punto de vigilancia permanente. Era curioso pasearse por el

pueblo sabiendo la cantidad de armas repartidas que teníamos. Las de fuego, únicamente en los puestos de guardia o en la armería. Pero todos llevaban al menos un cuchillo en el cinturón.

Al pasear por este nuevo mundo, se comenzaban a ver las diferencias entre los hábitos de antes y después de la hecatombe de la humanidad. No solo el mundo estaba cambiando; nosotros lo hacíamos con él, tanto en el sentido más amplio como en los pequeños detalles sin importancia aparente. Ahora muchos funcionábamos con el horario solar. Al desaparecer la televisión, el momento de acostarse dejó de ser marcado por el final de la película o el programa de turno. El trabajo pendiente seguía siendo un motivo para madrugar, pero ya no se tenía aquella sensación de falta de sentido. Ahora éramos realmente conscientes de que nuestra labor repercutía positivamente en el bienestar común. Madrugar para aprovechar todas las horas de sol era una forma más de garantizar la supervivencia, no solo personal sino de la comunidad. Se intentaba que todos estuvieran contentos con su cometido. Siempre es mejor hacer las cosas con placer que a desgana. Da mejores resultados.

Los cambios también eran físicos. A quienes habían pasado años encerrados en oficinas, detrás de un escritorio, les cambió el color, la posición del cuerpo y hasta el humor. De vez en cuando se acordaban, y siempre coincidían en que eso no lo echaban en falta en absoluto. Trabajar al aire libre era mucho más agradecido, y ahora, sin tanta contaminación, simplemente

respirar representaba un placer. Las alergias alimenticias parecían desaparecer, junto con otras dolencias que pensábamos que eran inherentes de la condición humana.

El mundo se estaba curando de nuestro paso masivo. Comenzaba a tener el mejor aspecto que yo era capaz de recordar. Los únicos vehículos que circulaban eran los nuestros, y en raras ocasiones. La gente se movía en bicicletas, patines y patinetes. La envidia general, la yegua y los burros. Los caminos estaban limpios de colillas, papeles y botellas. Generábamos una cantidad de residuos mínima. A hora se reutilizaba casi todo. Las industrias estaban cerradas. Los ríos cercanos al pueblo bajaban limpios y con un caudal que solo recordaban los abuelos del lugar. Los peces abundaban. Se controló mejor la plaga de mosquitos. Seguían siendo una molestia, pero no un problema de las magnitudes vividas. Aunque las picadas seguían causando fiebres, la mayoría tenía anticuerpos por haber pasado la infección, pero los recién nacidos y todo aquel que hubiera permanecido sano aún podía sufrir estragos, por lo que seguía siendo importante controlar la proliferación de insectos.

Se veían conejos y perdices por el camino al pueblo. La proliferación de fauna salvaje era evidente, o quizás era solo nuestra percepción. Al estar la humanidad más quieta, con menos movimiento y sin tanto ruido, los animales se prodigaban más en zonas antes consideradas solo aptas para humanos. Además, se fue generalizando la inclusión de ganado fácil de

criar en las casas. Todo el mundo intentaba tener algunos conejos y gallinas. Su distribución y su cuidado se repartieron. A la gente le resultaba estimulante cuidar de esos animales. A veces se encariñaban demasiado. Sabíamos que muchos no nos dejarían sacrificarlos para alimentarnos, pero era importante conservar las alegrías el máximo tiempo posible. Seguro que, en caso de hambre, ya nadie dudaría en la necesidad de sacrificar a lo que ahora veían casi como mascotas

Las nuevas costumbres no dejaban de sorprenderme. Uno de los sitios más concurridos era la biblioteca. Al sentirse relativamente seguros, la gente aprovechaba los momentos libres para formarse en cosas antes descartadas solo porque en el viejo mundo de economía global parecían poco productivas. La artesanía volvía a tener una oportunidad, pero nos faltaban maestros artesanos que formaran a los interesados. Necesitábamos con urgencia un armero o herrero. Cualquier profesión previa a la masificación tecnológica en todos los campos ahora era un punto a favor en el currículum.

El primer día de cole no tardó en llegar. Los más emocionados, Víctor, Pepita y Mari Carmen. Dada la falta de docentes y gestores, esta última volvió a echar una mano en todo lo necesario. El nuevo reto le cargó las baterías al máximo. Era una mujer vital. Encaró el proyecto, completamente diferente a la experiencia de toda su vida, con la ilusión de una joven en el primer día de su trabajo soñado. Yo también estaba ilusionado.

No tenía sentido: había odiado el colegio desde que tuve uso de razón. Pero ahora representaba un logro para la continuidad de la especie. Y me sentía en parte coautor de este logro, responsable de este éxito. Me apetecía mucho llevar a Aina, Oriol y Carlos a su nuevo primer día. Con el último, teníamos una relación muy estrecha. Me gustaba sentirme responsable de él. Me recordaba la relación que había tenido con Jaume, catorce años más joven, con la diferencia de que Carlos podría haber sido mi hijo, dada mi edad. Me sentía tan responsable de él como si realmente lo fuera. El pobre se tendría que conformar con nosotros.

Iba a llevar a los tres niños en el carro. Lo habíamos adaptado como autobús escolar. Si se le sacaban los asientos incorporados, volvía a ser una carreta de carga. Los burros tiraban y la yegua nos seguía amarrada atrás. Víctor y Pepita se quedarían el carro con los burros para devolver a los niños, junto con los suyos, a casa al terminar el horario escolar. La yegua y yo partiríamos de regreso mucho antes. El resto de los días, ya bajarían solos en bicicleta hasta casa de Gerardo y desde allí partían con el resto, pero hoy, por ser el primer día, quería acompañarlos y respirar con ellos el aroma de inauguración.

En su mochila, los niños llevaban un reducido kit de supervivencia y su bastón de entrenamiento. La esgrima se había convertido en el equivalente de lo que era antes el fútbol en el recreo, aunque resultaba algo más accidentado. De vez en

cuando, se les iba la mano y la supuesta espada se convertía en un garrote.

Conecté un viejo MP3 a unos altavoces y una batería solar para poner música durante el trayecto. La vida es más emotiva si lleva banda sonora. En el trayecto, empezó a sonar el característico principio de *Hotel California,* de los Eagles. Mi mente se transportó al pasado. Rememoré los tiempos en que esta canción sonaba a diario en el dial de la radio de mi padre cuando me llevaba al colegio. Siempre era el primero en llegar, aunque fuera el último en querer hacerlo. Pero el recuerdo era feliz, con nostalgia de una vida bajo las alas protectoras de los progenitores. Mi padre ya no estaba, y lo echaba de menos. En esta época que nos tocaba vivir, él habría sido un gran fichaje. Manitas como pocos y un relaciones públicas nato. Por los viejos tiempos, me puse a canturrear la melodía. Los tres niños me miraban como si hiciera el ridículo. Se rieron aún más cuando mis hombros empezaron a seguir el ritmo. La siguiente canción, también de los Eagles, *Heartache Tonight.* Con ella conseguí que me siguieran y cantáramos todos el estribillo. Quedaba claro que el volumen avisaría de nuestra presencia. Así fue.

Nuestra primera parada era en la antigua casa de Carlos. Recogimos a Susana y su bebé, que aprovechaban el viaje para ir a la pediatra. Salieron a recibirnos antes de que llegáramos a la puerta. Para no despertar al pequeño, bajé el volumen del aparato y de los niños. Ahora nos faltaban los profesores y sus

niñas, que ya vivían en casa de Gerardo. Se notaba la influencia de las niñas en el viejo gruñón. Las niñas conseguían de él lo que querían. Al parecer, eran su alegría. Su carácter se había suavizado, aunque cada vez que me veía y teníamos la oportunidad de cruzar algunas palabras, me soltaba:

—¿Vienes a por la otra?

En un principio, solo le sonreía. Con la repetición, empecé a contestar:

—Esperemos que no. No te veo andando con los cojoncillos.

Entonces era él quien me sonreía. Le gustaba la caña, viniera de donde viniera. Era una forma de amor al prójimo extraña, pero real.

En el trayecto final, todos estaban jugueteando. Gracias a las diferentes actividades organizadas antes de la apertura del colegio, todos los menores se conocían. Ese día, al pasar el cartel que indicaba la entrada al pueblo, la parte infantil del carromato enmudeció. Al ser observados y saludados por los vecinos, la vergüenza enrojeció sus mejillas y se apiñaron como hámsteres en la parte trasera.

Dejamos a Susana en el consultorio, situado junto al antiguo colegio, aunque pendiente de traslado. Allí la esperaba otra madre que había conocido. Su niño ya tenía año y medio, pero era otra madre primeriza y se daban apoyo mutuo. Durante ese

mes, los lazos de amistad se forjaron con asombrosa naturalidad. Iban a pasar la mañana juntas.

El antiguo colegio estaba fuera de la zona que habíamos establecido como segura o factible de defender en caso de invasión, por lo que las clases se impartían en el castillo, que se estaba adaptando para acoger la mayor parte de actividades comunales. Después de décadas en desuso, recobraba la relevancia de antaño. También se estaban adecuando las casas en torno a la plaza Major, como si se volviera a fundar el pueblo. Eran casas antiguas, sin las comodidades de las casas nuevas levantas fuera de las murallas, pero en la situación actual dichas comodidades no servían para nada y era preferible la seguridad entre muros. Incluso se trasladó el ayuntamiento a un edificio imponente en la plaza Baixa, encarado al caminito que pasaba por debajo de los arcos hacia a la plaza Major, que volvía a ser el centro neurálgico del pueblo.

Se había habilitado un corral para los animales. Por el momento, lo utilizaban nuestros burros y la yegua. Le pedí a Carlos que los guardara bien, incluyendo la yegua, ya que yo quería acompañarlos hasta su aula, y luego iría a ver cómo evolucionaban las cosas en el pueblo antes de volver a casa.

—Es diu Babieca.

—Com?

—Babieca, com el cavall del Cid.

—Ja, però des de quan té nom?

—Des d'ahir, que vàrem veure la pel·lícula de dibuixos del Cid.

Estaba todo aclarado. A partir de ahora, la yegua era Babieca, sin discusión posible. Bueno, era un nombre histórico. ¿Qué más se podía pedir?

—Els rucs encara no tenen nom? —preguntó Oriol, que se reía y buscaba la complicidad de sus compañeros. Estos no tardaron en seguir la broma. Yo estaba a la expectativa, a ver qué decía Carlos sobre los burros… Pobres animales, siempre acaban pagando el pato.

—Tenim nom per al burro, però no per a la burra. Es dirà Ruc Jan, més que res per les semblances —dijo Aina entre risotadas. La guasa de todos los niños se contagió a los adultos, que también reían.

—Serà un honor compartir nom amb el millor transport de la zona. —Esto aún les hizo más gracia, y al pobre animal le tocó cargar con el nombre de Ruc Jan.

—A la burra li podem dir Jana. Així seràs dues vegades afortunat. —Alba se apuntó a las bromas, mientras Júlia se reía de las ocurrencias de su hermana.

Con eso, dimos por bautizados a los tres équidos: Babieca, Jana i Ruc Jan. Para ser más escuetos, los dos últimos se quedaron como los Jans. Los menores estaban muy satisfechos con los

nombres escogidos. Tenían buena sintonía entre ellos, se cuidaban los unos a los otros, y podían tomar decisiones juntos y con amplio consenso, ni que fuera algo tan banal como bautizar a nuestros animales. Carlos, como cabecilla, los controlaba y no perdía de vista a los más pequeños. Estaba claro que no tendrían problemas con nadie y, si los tenían, pobre del que los provocara. Eran muy buenos niños, pero ya habían sufrido demasiadas atrocidades y no estaban dispuestos a que se repitieran. Al menos, no por indefensión.

La gracia del nuevo sistema era que, al haber tan pocos niños, era posible adecuarse a cada uno en vez de que estos debieran adaptarse a un sistema ideado de forma genérica. Como sus edades eran similares, todos menos Julia fueron a la misma clase. La pobre por un momento se sitió frustrada, pero Adela, la niña que había cuidado de los más pequeños durante el cautiverio, la escogió como su ayudante. Esto le devolvió la ilusión y la importancia.

La timidez que los invadió al entrar a clase con el resto de los compañeros se desvaneció rápidamente. Tenían buena relación y eran todos buenos compañeros. Ya se conocían y supongo que lo vivido los convertía en niños menos agresivos entre sí. Todos seguían sufriendo a su manera, pero su capacidad de recuperación era muy superior a la del resto de la población. Compartir el pesar común los hacía más comprensivos con sus semejantes y procuraban ayudarse los unos a los otros a superar

las crisis que surgían. Lo peor, las noches. Cuando cesaba la labor, los pensamientos relegados se agolpaban en busca de respuestas. Pero en esos momentos es en los que la presencia y el consuelo de algún adulto de referencia los devolvía a la calma de saberse cuidados y queridos.

Después de dejarlos y despedirme de ellos, salí dispuesto a dar una vuelta para ver los avances y el ambiente que se respiraba en el pueblo. Vi aparecer a Jorge en bici. No paró de saludar a quien fuera que se cruzara con él hasta llegar a mi altura. Tenía buen don de gentes y en seguida se ganaba el aprecio de los demás. Pablo lo había llamado para enseñarle unas piezas que podían ser de utilidad en el proyecto secreto que tenían entre manos. Lo único que sabía era que también participaba Marc en esta artimaña. Los tres mantenían la boca cerrada, sin dar pista alguna. No hablaban del tema en presencia de otros oídos que no fueran los suyos. Caminamos juntos, hasta que nos cruzamos con Pablo. Ambos desaparecieron casi como por arte de magia.

La nueva normalidad empezaba a instalarse en la calle. La gente vivía más sosegada y alegre, sin olvidar todo lo ocurrido. Pero al ser una vivencia comunitaria, pasando todos por un calvario similar, se hacía más llevable la pena de cada uno. Muchas mujeres podían compartir su rabia, su sentimiento de indefensión, su desgarrador relato de abusos. Algunas, y también algunos, se encontraban en fases avanzadas de depresión y cada cual lo gestionaba como buenamente podía,

pero nadie se sentía solo ni abandonado. Nadie se quedó sin alguien que se preocupara por él, lo cuidara y lo quisiera. El caso más grave era, quizás, el de un vecino que sufría una antropofobia. No había vuelto a salir de la habitación que se le había asignado y evitaba todo contacto visual y físico con la gente. Al pobre, no le quedaba nadie de su familia. Pero los vecinos no nos desentendíamos de nadie, por mucho trabajo que supusiera. Nuestra fuerza radicaba en que todos cuidábamos de todos. De no ser porque en teoría era lo normal, el comportamiento general podría considerarse admirable.

Cuando volvía al corral en busca de Babieca, vi a Susana entrar en una de las casas que se estaban preparando para ser ocupadas. No tardaría en trasladarse. Era joven y la atraía la compañía de otra mujer de su edad con una experiencia similar. Ahora todo parecía más seguro en el pueblo que en las fincas, rodeadas de naturaleza donde poder esconderse para emboscarnos, aunque esa percepción distaba mucho de la realidad. Al menos así lo entendía yo.

Pedro también era previsible que pasara más tiempo en el pueblo del que ya pasaba dando clases de música o tocando con algún otro músico que había conocido. Entre los supervivientes, había otros casos de deformaciones o manchas, por lo que su problema pasaba más desapercibido aquí que en nuestra casa. Entre estos nuevos vecinos, se sentía menos reacio a mostrar su aspecto.

También encontré a Germán. Nos tomamos un café juntos. Hablamos de los progresos del pueblo. Se le notaba orgulloso de todos los avances, y no era para menos. Las cosas habían ido francamente bien. Se estaba avanzando y, lo más importante, no habíamos tenido visitas inesperadas. Todo empezaba a tener sentido.

XXXIV: LA CEREMONIA

Ahora que las cosas estaban encauzadas y había seguridad, se podía proponer organizar una especie de ceremonia para intentar dejar atrás el pasado y encarar la nueva vida que se nos presentaba. Se notaba el esfuerzo general por superar las penas y estar lo mejor posible con todo el mundo, pero igual de cierto era que, cuando se los veía solos, se vislumbraba cierta sombra en sus miradas, perdidas en la distancia de los recuerdos.

Tanto l'Àvia como Esther estaban convencidas de que la gente necesitaba despedirse de un modo formal del pasado, de sus penas, de sus seres queridos que estaban desaparecidos o, en la mayoría de casos, muertos. Y yo no podía estar más de acuerdo con ellas. En tres días, habría luna llena. Sería una buena noche para la celebración. Era necesario hacer el duelo. Lo comentamos con varios vecinos y a todos les pareció buena idea cenar juntos aprovechando el plenilunio. Haríamos una hoguera en el centro de la plaza para que, junto con la luna, iluminara la noche. Desde tiempos inmemoriales, el fuego representa el renacimiento, la purificación y la protección. Era una buena oportunidad para que cada persona pudiera despedirse de sus muertos a su manera: unos tenían previsto quemar algún objeto o fotografía; otros, notas con palabras que quedarían entre ellos y las llamas, que las besarían hasta hacerlas desaparecer.

Muy pronto, en el pueblo no se habló de otra cosa. Era una locura, como si la era de la inmediatez hubiera vuelto. Lo que más preocupaba era a quiénes les iba a tocar hacer guardia. Algunos intentaban encontrar compradores de su turno, por si les tocaba. Se pidieron voluntarios. Como la convocatoria no tuvo mucho éxito, nos ofrecimos a hacer guardia nosotros, que no teníamos tanto duelo por superar, para que más gente del pueblo pudiera asistir a la ceremonia.

Se abrieron las bodegas. Hasta el momento, el único alcohol que había circulado eran las cervezas artesanas que seguíamos elaborando y lo que quedaba en las casas, que tampoco era mucho. Esto fue lo que colmó el vaso de Sussy. Cuanto más se relajaba la gente, más nerviosa se ponía ella. Era la única contraria a la celebración. Consideraba que no era el momento apropiado. Según ella, aún estábamos demasiado expuestos. Yo esperaba que se equivocara y no tuviéramos que lamentar haber intentado seguir con nuestras vidas. Para contentarla, se prohibió que quienes hicieran guardia probaran el alcohol en toda la noche, incluso una vez concluido su turno. Así garantizábamos un grupo sobrio. La noticia hizo muy poca gracia a más de uno.

Llegó el día en cuestión y la plaza se empezó a llenar a partir de las cinco de la tarde, principalmente de niños, que corrían y jugaban, entorpeciendo la labor de apilar la leña para la hoguera. La hoguera se iba a encender hacia las ocho y media de la noche para buscar el juego de luces entre el fuego y el atardecer.

La gente se atavió con las mejores galas que pudo reunir. En cada casa se cocinaban platos diversos, todo para compartir. Siempre se encontraba algún plato que sorprendía, tanto para bien como para mal. Era una lotería. En casa cocinamos nuestras especialidades, contentos de poder compartirlas con nuestros vecinos. L'Àvia se encargó de los postres: preparó un bizcocho de los suyos, que por mucho que intentaras imitar, nunca salían como los que horneaba ella. Yo, encantado de poder meterme en la cocina y abstraerme de todo entre fogones, preparé un estofado. Cocinar me ha calmado siempre, y más si sé que la comida va a ser punto de encuentro entre mi gente. Ante un buen plato todo se ve mejor, con más optimismo. A todos nos sentaba bien el festejo. Al menos, intentaríamos disfrutar de la velada y dejar de pensar un poco en todo lo pendiente, que no era poco, y en identificar los riesgos aún no detectados, que serían muchos.

Íbamos a bajar todos, incluyendo a las perras. Nuestras tres fincas quedarían desprotegidas durante un rato, cosa que Sussy también desaprobaba. Uno de nosotros, montado en Babieca, estaría recorriendo el camino desde casa hasta el pueblo constantemente, para detectar cualquier cosa anómala en alguna de las tres casas. Se perdería la ceremonia, pero a cambio nos quedaríamos todos un poco más tranquilos.

A nuestras mayores, junto con un grupillo de octogenarios del pueblo, se les reservó un lugar especial bajo los arcos que presidían la iglesia, el campanario y el castillo. Se les adecuó

una zona para sentarse a cenar y contemplar la festividad sin terminar agotadas. Los niños de casa, en cuanto vieron sentarse al matriarcado, corrieron a saludarlas y llenarlas de besos y abrazos. Alguna de ellas les debió de pedir algo para beber, pues se pusieron a servirles agua y alguna copa de vino. Los demás niños no tardaron en seguir sus pasos, como si fuera un juego. Sirvieron a todo el que concurría a esa zona. Si el juego duraba hasta la cena, sería el mejor servicio de cáterin nunca visto. Sin duda, eran los más adaptables.

El encargado de encender la hoguera consideró adecuado el colorido del cielo, repleto de matices de rojos, naranjas, amarillos, azules y blancos. Era como si alguien hubiera pintado el atardecer perfecto para la ocasión. La gente ya estaba congregada, por lo que no hizo falta aviso. Prender aquella montaña de madera era excitante, casi primitivo. Cuando empezó a crepitar, otra gama de colores, en perfecta sintonía con los ofrecidos por la naturaleza, nos dejó maravillados.

Marc, junto con otros del pueblo, había montado el sistema de sonido y luces. Si alguien ajeno a todo lo sucedido nos hubiera visto en aquel momento, sin duda habría pensado que el mundo no había cambiado. Era como la verbena de cualquier pueblo, como si por un momento regresara un tiempo ya desaparecido.

Estuve un buen rato observando, observándonos. Carlos estaba muy bien integrado entre sus congéneres. Lira lo seguía a todas

partes, lo que aumentaba aún más la fama del niño entre sus compañeros. Por contagio, el resto de los niños de nuestras fincas gozaban de cierto prestigio. Maggi iba como despistada en busca de caricias involuntarias. Shyra rondaba a mi madre, aunque a veces la dejaba un momento para ir a controlar al resto de su manada, tanto de perras como de humanos. Llum, siempre a mi vera. Si me paraba, ella se sentaba. Solo se ausentaba un momento cuando veía a alguien de casa para saludarlo con su alegría contagiosa.

Cuando se presentaron todas las estrellas, iluminando el firmamento y nuestra celebración junto con la luna y la gran hoguera, el ambiente se volvió solemne. Muchos, hipnotizados por el fuego, se perdían entre recuerdos y esperanzas. Empezó a sonar una melodía lenta y una voz de mujer me despertó la tristeza. Barbara entonaba *L'aigle noir.* No fui el único en sentir humedecer los ojos. Los niños fueron los primeros en proceder con la quema de los objetos escogidos. Muchos llevaban dibujos hechos en los últimos días. Fuimos desfilando todos los presentes. Los únicos ausentes eran los que estaban de guardia. Ya tendrían tiempo de hacer su ofrenda. Las lágrimas avanzaban con la música. Los que nos habían dejado volvían a hacer acto de presencia. Recordamos lo bueno compartido y lo mucho que habían influido en nuestra vida. Las canciones nos transportaban a la nostalgia, a recordar. La gente se explicaba anécdotas y reía.

Era como un funeral a la americana. Todos queríamos, necesitábamos, seguir adelante.

Pedro tenía la sorpresa de la noche. Durante las últimas semanas, mientras preparaba las clases de música, había reunido a varios del pueblo que tocaban algún instrumento para formar un grupo. Se iban a estrenar en esa primera fiesta. Se presentaron como Els Renascuts. El nombre («Los Renacidos») despistaba: no sabías si tocarían punk o música sacra. Subieron al escenario montado para la ocasión. La transformación de Pedro era asombrosa. Se notaba que en el escenario se sentía el rey del mundo. Era pura pasión por su arte. La gente se empezó a animar. Un par de mujeres fueron las primeras en salir a bailar. El resto se fue apuntando como si aquellas valientes les hubieran abierto las puertas de la pista.

Aconsejado por quienes tenían más experiencia, me aseguré de que los niños comieran bien y no bebieran lo que no debían. Era parte de la función de tutor que me encomendaron. Pero la verdad era que esos niños ya habían vivido suficientes emociones en su corta vida. Ahora tenían inquietudes que los hacían más conscientes de lo que había sido normal a esa edad para mi generación, así que no me dieron mucha guerra. Y los adultos tampoco: nadie se excedió demasiado con la bebida, exceptuando casos contados, pero entonces se suele decir: «Algo le sentó mal; no bebió tanto», o justificaciones por el estilo.

Cuando los primeros niños empezaron a quedarse dormidos donde mejor les parecía, los mayores los llevaron a cuestas hasta la cama. Era probable que muchos de los padres regresaran algo más tarde, tras asegurarse que de sus pequeños se quedaban bien dormidos en sus nuevos catres. Se habían improvisado unos dormitorios en el nuevo ayuntamiento como si fuera una casa de colonias o una academia militar, según los recuerdos o las películas que había visto cada uno. Era una buena manera de tener a los niños controlados y poder seguir con la fiesta, si les apetecía.

Inés aprovechó para llevarse de vuelta a la finca a las abuelas, los niños y las perras. Víctor y Pepita, con sus hijas, también se retiraron, junto con Mari Carmen y su marido. Susana ya hacía rato que se había ido a descansar con su bebé. Era buena hora para la retirada general de los más pequeños: justo faltaba un cuarto de hora para que empezara mi guardia, con lo que mi función de estar pendiente de los niños terminaba. Me tocaba hacer de centinela en la entrada principal del pueblo.

Me dejaron a Babieca en el corral. Con las fincas habitadas de nuevo, no consideramos que fuera necesario seguir con la inspección a lomos de la yegua. Monté y nos dirigimos al paso, tranquilamente, disfrutando de la brisa de la noche. Por las calles empedradas, los cascos de la yegua adquirían un ritmo sonoro. Pasados el antiguo ayuntamiento y el mirador, enfilé la recta desde la que ya se veía el puesto de guardia.

Había dos centinelas en cada turno. Los que me precedían estaban de cháchara mientras me miraban acercarme. Entendí que no lo estábamos haciendo tan bien como creía. La falta de seriedad y adiestramiento en este campo nos podía costar muy caro, demasiado caro. A medida que los veía mejor, mi indignación iba en aumento. Tenía que conseguir controlarme antes de aproximarme lo suficiente como para arrancarles la cabeza. Estaban relajados. Su despreocupación daba a entender que, después de casi un mes sin incidentes, la gente empezaba a olvidar del peligro real que corríamos. Hoy no era el día ni el momento para hablar de ello. Ya lo haríamos. Por suerte, parecía que no había ocurrido nada relevante, aunque estaba seguro de que no se habrían percatado ni que hubiera entrado un ejército entero.

Intentaba disimular mi monumental enfado cuando me distrajo el sonido de una moto acercándose por detrás. Era Georgina, que iba a compartir las horas de guardia conmigo. La suerte estaba de nuestra parte. No perdería los papeles, al menos no en ese momento. Mi prima era un ser encantador. Se podría decir que incluso era demasiado ingenua e inocente, aunque su forma de pensar estaba cambiando rápidamente al ver la crueldad del ser humano en directo y sin barrera de seguridad. Se extinguía el velo creado por Disney.

Los dos guardias la repasaron sin demasiado disimulo. Ella era amable con todo el mundo, pero también sabía ser tajante.

Cuando nos quedamos solos, le expliqué que su llegada había sido providencial. Ella abogaba por la paciencia y la comunicación. Mis intenciones eran más viscerales.

Al amanecer nuestra guardia llegaría a su fin. Para entonces, era de suponer que todos los vecinos estarían en su lecho, o en algún otro. La llegada del astro rey siempre daba paso a la sensación de entrar en una zona de mayor seguridad, de calma. Nuestros reemplazos llegaron puntuales. Fue de agradecer. El cansancio nos comenzaba a pesar. Solo deseábamos caer derrotados en una cama.

XXXV: LOS DESCONOCIDOS

Al ser relativamente pocos, nos conocíamos todos. Pero con los dos nuevos guardias nunca había cruzado palabra. Ambos saludaron a mi prima alegremente. Era una mujer muy atractiva, con una sonrisa conciliadora y una mirada tierna, no como la que debía estar poniendo yo. Cuando se percataron de mi presencia, sus sonrisas bobaliconas desaparecieron e intentaron asemejarse a los caballeros de antaño. El más lanzado decidió probar suerte.

—Buenos días. En la próxima fiesta, espero que me concedas un baile.

—No hay problema.

Estaba claro que no era su primera conversación. El otro se apuntó al carro y amplió la petición para él. Los tres se reían como adolescentes, y yo no estaba para ver aquello mucho rato más. Estaba cansado y seguía enfadado con la comunidad por la despreocupación general en los turnos de guardia, incluyendo aquel par que tenía ahora delante.

—Georgina, ¿qué tal si vamos a casa?

La desaprobación de la mirada de los varones me dejó claro que en ese momento no eran mis fans. Otra sonrisa de ella y sus males desaparecieron. ¡Somos tan simples los hombres!

Ya teníamos la silla puesta y las riendas de Babieca en la mano cuando la voz de uno de los jóvenes centinelas nos hizo girar.

—*Atureu-vos. Qui dimonis sou?*

Tres personas estaban paradas en la carretera, de la parte del pueblo que habíamos dejado aislada para concentrarnos en la mitad que albergaba el casco antiguo. Caminaban en nuestra dirección por la calle adyacente. En su retaguardia, parecía esconderse alguien detrás de una de las casas inspeccionadas y vaciadas de todo lo que podía ser de utilidad. No podíamos olvidar todo lo que ya teníamos como comunidad. Éramos un caramelo tentador para gran parte de la humanidad. Eso nos situaba como una diana difícil de esconder.

—*Porta principal, tenim companyia. Canvi* —avisé por *walkie* para que acudiera más gente—. Georgina, coge las riendas y quédate aquí con la yegua. Si la cosa se complica o te digo que te vayas, sal a todo galope y despierta a todo el mundo. Y no pares hasta llegar a casa, ¿entendido?

Ella asintió. Pero yo estaba convencido de que se iría acercando, igual que pensaba hacerlo yo. Era una mujer adulta. Mi exceso de protección se debía a que era mi prima, pero no podía ponerme muy terco.

Los guardias apuntaban a las tres personas que tenían delante. Yo avanzaba mientras alternaba la mirada entre ellos y el punto en el que había notado el movimiento. Todos los guardias que

estábamos en el lugar íbamos armados. No conocer su número ni sus intenciones nos hacía sentir incómodos. Necesitábamos que llegaran los refuerzos. Eso los intimidaría y aumentaría nuestra sensación de seguridad.

La figura que estaba en medio empezó a caminar en nuestra dirección con las manos en alto. Me costaba recordar que lo primero era desconfiar. Enviaba mensajes negativos a mi cerebro para proteger mi integridad.

—*Ni un pas més* —le ordené con la potencia suficiente para que me oyeran los que estaban escondidos. Los dos muchachos del turno de guardia me cedieron el mando sin ningún reparo.

—Necesitamos ayuda.

—Los que se han escondido en la esquina, que se reúnan en la carretera.

El hombre se giró y les hizo una señal para que salieran. Aparecieron tres mujeres. No terminaban de aproximarse. Dudaban si seguir o no las instrucciones. Sus compañeros las apremiaron. Con educación, les ordené que cedieran sus armas. Las depositaron lentamente en el suelo y luego retrocedieron un par de pasos. Uno de los chavales que hacía turno de guardia se puso nervioso y los apuntó enérgicamente, como si estuviera a las puertas de la guerra.

—*Tranquil.*

Lo que pareció calmarlo fue la aparición de una decena de vecinos con sus respectivas escopetas, fusiles y metralletas. Mis compañeros se relajaron. Los visitantes se desprendieron de todo lo que podía considerarse un arma. Como en los aeropuertos, hasta un cortador de uñas podía desencadenar un cataclismo en nuestra sociedad. Hasta ese punto reinaba el pavor en aquel momento. En cuanto los refuerzos se situaron y las mujeres se colocaron junto a sus compañeros, inicié el acercamiento arrastrando un cubo de basura con ruedas para depositar las armas en él. Llevaba el bastón en la otra mano, como protección. Suficientes armas de fuego apuntaban desde atrás. No necesitaba llevar una y arriesgarme a que me la quitaran en un momento de despiste. Tampoco quería encontrarme en fuego cruzado. La confianza en la puntería de los vecinos aún estaba por ganarse.

—¿Qué haces aquí? —Georgina había dejado su arma e intentaba arrebatarme el cubo de basura para llevarlo ella.

—Ayudarte a recoger las armas y cubrirte las espaldas. ¿Te parece poco?

Hacía años que había comprendido que discutir con aquella mujer era una causa perdida. De hecho, se me daba mal discutir con cualquier mujer. Decidí centrarme en lo que tocaba. La tensión y la subida de adrenalina a medida que nos acercábamos a los visitantes podían hacernos precipitar y cometer errores graves. A uno de los tipos se le veía muy nervioso. Me miraba,

y luego a las mujeres. Pude distinguir que una de ellas estaba en un estado de embarazo muy avanzado.

—Puedes ir con ella.

Las imágenes de tantas películas en que la embarazada era el señuelo, junto con lo sucedido en la clínica Sagrada Familia, me hacían dudar. Todos los escenarios posibles acudieron a la mente. Georgina recogió cuchillos, bates, martillos y una pistola con cuatro balas. Procedimos a los cacheos, uno a uno, en busca de cualquier cosa escondida que supusiera una amenaza o quisieran ocultar. Cada uno cacheó a los de su sexo y nos cubrimos mutuamente mientras procedíamos. Le pedí a Georgina que se asegurara de que el embarazo era real. Mejor descartar que lamentar por no tirar de tópicos. Una vez desarmados y registrados, les indicamos el camino a seguir.

Nos situamos en la retaguardia para vigilar que no apareciera nadie más y que ellos no intentaran nada raro.

Pasamos la cerca. A medida que avanzaban, los vecinos los rodeaban. Para ser la primera vista, todo iba muy bien. Apenas entramos, apareció el carro tirado por los burros, los Jans. Los hicimos subir. Un par de vecinos lo hicieron tras ellos. Era necesario controlar que no hicieran ni dijeran nada raro. Antes de que pudiera impedirlo, también subió Georgina. Para asegurar la jugada, ella misma manejó las riendas y me dejó mirándola mientras emprendían camino. Contrariamente a lo

que podía parecer, me quedé tranquilo: si alguien era capaz de diluir un poco la tensión de todos, era ella.

Monté en Babieca y los alcanzamos al llegar al ayuntamiento. El protocolo para nuevas incorporaciones indicaba que se los debía encerrar en una de las habitaciones que ahora ocupaban los niños. Habíamos planeado que estos desayunaran juntos y después realizaran alguna actividad en el campo, como si estuvieran de colonias o campamentos, y no quisimos romper con los planes establecidos en este sentido. Ya habían pasado suficientes penurias como para ahora sentirse castigados sin sus actividades lúdicas, que eran un bálsamo para sus jóvenes mentes. Los visitantes tendrían que permanecer en otra sala no tan bien adaptada para su descanso. Las próximas horas les resultarían pesadas. Eran los primeros y teníamos que organizarnos.

Cuando llegamos, aún sonaba música en la plaza y quedaban los más valientes. Estos se encargaron de divulgar la noticia. Antes de tenerlos custodiados, ya debía saberlo medio pueblo. A la otra mitad, se lo debían estar susurrando entre sueños en ese momento.

La presencia de Georgina causó el efecto esperado. Al menos ellas parecían más tranquilas. La embarazada incluso mostraba cara de esperanza. Cuando miré a mi prima, me sonrió y me dijo:

—Ya le he dicho que la pediatra pasará a visitarla en cuanto pueda.

Ni se me había ocurrido algo tan evidente, no sé si debido al cansancio o porque no terminaba de pensar en las necesidades ajenas. Estaba claro que, para aquella mujer, lo más preocupante era el estado del próximo miembro de la humanidad.

—Supongo que tendréis hambre. Dejaremos que os aseéis. Luego traerán algo para que desayunéis. Cuando terminéis, os haremos entrevistas personales. —Intentar ser conciso y transmitir autoridad sin tender a la tiranía no es tarea fácil.

—¿Después qué pasará con nosotros? — preguntó el que parecía el líder.

—Permaneceréis unos días en una habitación adecuada para ello, hasta que decidamos si sois seguros para la comunidad.

—¿Y si no somos aptos?

—Expulsaremos a quien consideremos un riesgo.

—Gracias.

No tenía muy claro el tono del agradecimiento, pero tampoco importaba demasiado. Estaba todo en el aire, no podíamos dar nada por sentado, así que aquellos primeros intercambios podían quedarse en nada. A la embarazada se la veía encantada de estar allí. Le daban igual entrevistas y encierros. Con nosotros, al menos tendría una cama, comida caliente y una médica.

—Si necesitáis algo, no dudéis en pedirlo.

No esperaba ninguna petición. Solo era lo que se dice antes de darse la vuelta y marcharse, por cortesía.

—¿Somos prisioneros? —preguntó uno de los hombres, que hasta entonces había permanecido en segundo plano. Tenía un acento italiano bastante marcado y cara de pocos amigos.

—No, estáis en cuarentena. La seguridad de la comunidad es la prioridad, y la gente parece haberse vuelto loca. No queremos correr riesgos innecesarios. Podéis pasar por esto o volver al camino. Lo que vosotros queráis nos parecerá perfecto. Tenéis tiempo para decidirlo. Al menos hasta que empiecen las entrevistas.

—Gracias por dejarnos entrar. Lo entendemos. —La embarazada intentó suavizar la tensión creada en un instante. Estaba claro que ella quería quedarse y que haría todo lo posible para ser aceptada. El hombre pretendía volver a participar, pero el interlocutor principal lo fulminó con la mirada y consiguió que se tragara las palabras que luchaban por salir.

En cuanto los niños salieran de excursión, los trasladaríamos a la habitación preparada para la cuarentena. Tenía barrotes en las ventanas para evitar fugas y un baño propio. Puesto que todo parecía ya encarrilado, lo dejamos en manos de los compañeros. Se había discutido mucho sobre el tema y hasta los que estaban en contra habían tenido que claudicar. Lo de las cuarentenas no generaba consenso absoluto, pero sí mayoritario. De vez en

cuando, alguien expresaba su descontento, pero todos remábamos en la misma dirección por el bien de la comunidad.

Nos subimos a Babieca y emprendimos el camino de regreso a casa. El camino a lomos de aquel magnífico animal era armonioso y casi reconfortante. Sabíamos que las ganas de dormir tendrían que esperar. La noticia de los visitantes ya debía ser tema de debate y todos en casa querrían tener más detalles de nuestra boca. Yo solo esperaba no tener que arrepentirnos de la defensa férrea de acoger a los visitantes.

Babieca nos devolvió de nuestra ensoñación al parar en su antiguo hogar, destino de mi compañera de guardia. Seguí solo hasta la finca principal. Las perras no entendían de cansancio. Su rutina era saludar, y cuando llegué allí estaban, a la espera. Aún era temprano, pero ya casi todos estaban despiertos.

Por suerte, el interrogatorio fue corto. Tenían más información que yo, hasta alguna inventada y todo, pero no tenía ganas de desmentir bulos. Que especularan un rato, eso daría vidilla al día. La teoría de la falta de garantías se estaba grabando en nuestra actitud hacia la vida. La futilidad de los momentos y la sucesión de situaciones antagónicas provocaban montañas rusas de emociones cuyos resultados era difícil garantizar. Reinaba el sentimiento de estar jugando a la ruleta rusa con unos psicópatas borrachos. Y yo solo necesitaba con urgencia visitar la cama durante cinco horas ininterrumpidas para volver a ser persona.

XXXVI: EL CONSENSO

Tras unas horas de descanso, el aroma de un buen guiso empezó a despertar mis sentidos. El sonido de risas y ladridos devolvió mi ser a la conciencia lentamente. Llum, que detectaba cuando estaba a punto de despertar, ya movía la cola a modo de saludo. Debía faltar poco para comer, pero no me perdería el café. Era parte del ritual para empezar con buen pie, ni que no fuera a primera hora del día. Ahora que tenía que ser sociable a jornada completa, no era momento para dejar adicciones. De camino a la cafetera, me crucé con algunos de mis nuevos y ya consolidados compañeros de casa. Se limitaron a desearme los buenos días. En la somnolencia de mis ojos, veían la necesidad de cafeína.

Carlos osó hacer una pregunta que me obligó a comportarme como una persona y no como un adicto obligado a correr tras una cafetera.

—*Quina opinió en tens, dels nous?*

—*Bon dia a tu també.*

—*Perdona, però com que és quasi l'hora de dinar...* —contestó sin esconder una sonrisa en busca de complicidad, para darme la razón, pero con una justificación. Sin duda, el niño me tenía ganado. Para él, mi café era irrelevante. Sus horarios, sin turnos

de guardia, eran más normales que los míos, pero aún no era lo suficientemente maduro para entender la carga mental de los adultos.

—*Haurem d'esperar. Crec que no és bo ni fàcil jutjar la gent o quedar-se amb la primera impressió. Amb un món tan canviant, seria imprudent* —respondí a su primera pregunta, intentando hacerle entender que no podíamos guiarnos por nuestros prejuicios, nuestros temores personales, nuestras vivencias pasadas. Cada caso era nuevo y debía analizarse con calma, sin precipitación. Seguro que no era la respuesta que buscaba. Él quería algo más rotundo y contundente, como un «me dan buena espina» o un «no son de fiar». Como no lo hice, dudó un momento. Luego afirmó con la cabeza, mientras me acompañaba a por mi dosis de cafeína.

Cuando la taza ya me calentaba las manos, me miró de nuevo y con una amplia sonrisa insistió:

—*Va, vinga, mulla't. Estem els dos sols.*

Ni las ganas de café pudieron evitar mi risa. Ante mi reacción excesiva, puso cara de perplejidad. Su necesidad de inmediatez, de tener información que aún no existía, me encantaba. Buscaba mi complicidad, ser parte de mis conocimientos, y no le cabía en su mente que yo no tuviera opinión formada aún. En parte tenía razón. Complací su curiosidad.

—*Crec que la majoria d'ells no ens donaran problema. Però no ho tinc tant clar amb dos* —le respondí con calma. Era cierto: había dos de ellos que no me daban buena sensación, pero los demás me parecían incluso buena gente.

—Para no querer opinar, te has quedado tranquilo. —La que interrumpía sin ningún tipo de disimulo era Sussy. Ni Llum se percató de su presencia hasta que ella quiso hacerla notar.

—Buenos días. Tienes razón, es culpa de este niño, que hace lo que quiere conmigo. —La estrategia me valió la sonrisa de ambos—. Recuerda que estás en el consejo, tu sí que tendrás que tomar partido.

—Lo haré, pero cuando toque.

—*Touché.* Nada que añadir.

—Falta un rato para comer. ¿Entrenamos un poco? —Ante mi falta de reacción, me dio un pequeño toque con la espada enfundada—. ¡En guardia, siempre en guardia! —añadió, mientras Carlos, con el beneplácito de la instructora, me pinchaba con su palo en la pierna. Los miré con paciencia mientras intentaba terminar de degustar el delicioso café.

No se podía negar que los dos se lo estaban pasando bien a mi costa. Ser partícipe de la alegría espontánea de unas personas que me apreciaban, en los tiempos que corrían, era un lujo que

valía la pena aprovechar y disfrutar, aunque toda la broma consistiera en jugar con mi paciencia.

No tuvieron que insistir demasiado para que me pusiera en guardia y emprendiera un ataque feroz de cosquillas contra Carlos. De la sorpresa, su espada fue a parar al suelo. Se desternillaba de risa. Sussy nos miraba, se reía y animaba a Carlos a liberarse. El jaleo y los gritos de auxilio del niño alertaron al pelotón, que acudió en su ayuda. Me derribaron al suelo entre todos e intentaron hacerme cosquillas. Los hacía volar de un lado a otro, defendiéndome como podía, mientras, desesperado, le pedía ayuda a la maestra para que se compadeciera de mí.

—En el patio, en diez segundos y todos en posición de guardia —fueron sus órdenes claras y concisas, que todos cumplimos. Yo lo hice tan pronto como los niños se me retiraron de encima y pude recuperar la verticalidad.

Con el café a medio bajar, empecé con los estiramientos y una carrera alrededor de la casa. Los niños iban acelerados y yo parecía arrastrar las sábanas. Luego, marchar y romper. Practicamos las paradas. Cuando estas me salían bien, me embargaba una sensación de control sobre el contrincante muy placentera.

En cuanto Sussy me dio cierto cuartel, me quedé a un lado observando a los niños. Eran inagotables. No sabría decir cuál

tenía más gracia. Carlos era el que tenía mejor puntería con el tirachinas. Practicaba siempre que podía. Lo sucedido en la urbanización lo había llevado a la firme convicción de convertirse en el mejor para defender a los suyos.

La comida se dividió en varios turnos, pues había gente trabajando en el pueblo o en las fincas. Acostumbrábamos a comer y cenar casi todos en mi casa. Los que vivían con Gerardo y Mari Carmen no eran tan asiduos por un tema de distancia. Era de suponer que hoy subirían. Sus niñas se habían quedado en casa para terminar la fiesta todos juntos, como habían hecho en el pueblo en la sala del ayuntamiento, que, a esas alturas del día, ya estaría ocupada por los visitantes. Estos fueron el principal tema de conversación en todos los turnos de la comida. Cada cual aportaba opiniones propias o ajenas y pocos datos reales. En el único punto en que sus especulaciones eran fiables era en suponer las situaciones tan complicadas que debía acarrear viajar con una mujer en estado de gestación tan avanzado. Pensábamos en todas las preocupaciones y las cosas que podían salir al revés, en todos los rezos sin fe para que no se pusiera de parto en un momento inadecuado y peligroso.

En casa todos estaban conformes en dar a los visitantes el beneficio de la duda, con la intención de que se pudieran quedar. Estaba igual de claro que se tenían que tomar todas las precauciones posibles para evitar sorpresas. Ahora el mundo era más difícil y peligroso. Resultaba más complicado y laborioso.

Pero el estrés por las situaciones sin verdadera trascendencia había desaparecido. Gracias a ello, aumentaron los momentos de felicidad compartida. El temor a lo que podía venir del exterior templaba los roces propios de la convivencia.

Llegamos a la reunión prevista para tratar el tema estrella de la mañana media hora antes de lo indicado. Era una buena manera de tantear las opiniones de los asistentes y saber a qué atenernos. ¿Cuán diferente sería esta reunión a la mantenida en casa?

Para nuestra sorpresa, se hablaba de lo bien que había transcurrido la fiesta. De los posibles romances y de lo graciosos que eran tal o Pascual. La gente empezaba a encontrarle el gustillo a hablar de las cosas buenas que sucedían. Ya teníamos todos suficiente mierda como para ir repartiéndola.

Empezó la reunión. La única orden del día, los visitantes. No teníamos que decidir nada, pero el protocolo estipulaba que se debía informar a toda la comunidad de lo sucedido lo antes posible. Luego nos volveríamos a reunir para que nos expusieran todo lo averiguado, y entonces tendríamos que decidir qué hacer: acogerlos o devolverlos al mundo. Seguirían en la sala preparada para la cuarentena hasta que se alcanzara un veredicto.

Éramos trece los que teníamos que tomar la decisión. De las fincas, éramos dos representantes: Sussy y un servidor. Germán estaba en el mismo comité que nosotros. En el fondo, todos sabíamos que la que estaba claramente representada allí era

Antonia, alcaldesa de la comunidad por sus propios actos y por consentimiento del resto. En el consejo general estaba mi madre. En caso de que no llegáramos a un acuerdo, serían los miembros del consejo general los que resolvieran el conflicto.

El primer tema por el que la gente mostró interés fue el estado de la embarazada y de su futuro hijo. Por lo visto, uno de los chicos era el padre de la criatura. Eran los únicos que tenían una relación previa a la infección. Con el resto se fueron encontrando durante la huida. De la sala, Sussy era la única persona que se podía hacer una idea real de lo que habían vivido. Tenía más conocimiento de causa que cualquiera de los otros que estábamos allí. Procuraría que el resto fuera consciente de ello.

El encargado de dar las explicaciones fue Germán. Nadie lo interrumpía. Todos estábamos pendientes de los datos que pudieran pasar por alto. Pero, sobre todo, nos interesaba saber qué noticias había conseguido de los otros puntos de civilización. No dejaba de tener gracia que una persona como yo, que había huido del tumulto de la sociedad, pensara ahora en posibles alianzas y rutas de comercio con otras comunidades.

Germán informó que, según los visitantes, los puntos que entrañaban mayor riesgo eran las ciudades. Los centros comerciales y cualquier otro lugar donde encontrar agua potable y comida estaban custodiados por grupos armados muy violentos, que se aprovechaban de la vulnerabilidad de la gente

que necesitaba ayuda para sobrevivir. Los caminos no son seguros, están plagados de grupos asaltantes. A menudo solo quieren robar, pero también hay violaciones, palizas e incluso ejecuciones. Lo que nos explicaba coincidía con lo que habíamos visto en libros, series y películas. No podían faltar los esclavistas apocalípticos. Todos escuchábamos y tomábamos conciencia de la realidad que habían vivido aquel grupo que teníamos en cuarentena. La gente del pueblo, en su calvario nada agradable, ignoraba la realidad del exterior, más allá de las pinceladas ofrecidas por el grupo de Esther. Las explicaciones de ahora eran de personas que muchos habían visto llegar. Extrañamente, eso les daba más sensación de realidad.

Un hombre que debía rondar la edad de Inés hizo la pregunta del millón: ¿por qué habían decidido acercarse a nuestro pueblo, si rehuían contacto con otra gente por miedo a ser asaltados? Su semblante había ido cambiando a medida que recibía la información. Ahora parecía realmente preocupado. Yo no tenía claro si su preocupación la provocaban los visitantes o el temor a que se colara alguno de esos animales de los que hablaban.

—*Es veu que feia alguns dies que ens vigilaven* —respondió Germán. Este era un dato grave que deberíamos tener muy en cuenta. No los habíamos detectado y casi llevábamos un mes de guardias, claramente insuficientes e ineficaces. No podíamos permitir que nadie estuviera vigilándonos de cerca sin nosotros ser conocedores de ello. Aquí habíamos fallado estrepitosamente.

Germán prosiguió con sus explicaciones. Al tener consigo a una embarazada en estado avanzado, decidieron arriesgarse. Vieron nuestra fiesta, con niños jugando y un ambiente familiar relajado, por lo que albergaron esperanzas de que en este pueblo las cosas iban mejor que en lo visto hasta el momento. Supongo que ver y oír festejos del estilo de antes era demasiado asombroso para pasarlo por alto. Lo verdaderamente preocupante era que habían estado cerca o en una posición bastante elevada para ver la plaza.

—*Hem d'esbrinar des d'on ens observaven.* —No pude contener la lengua. Que hubiera un puesto de observación que nosotros no habíamos detectado era demasiado preocupante para pasarlo por alto. Además, quedaba por saber si, a parte del embarazo, tenían otras motivaciones para asentarse aquí con nosotros.

Que la fiesta hubiera sido el detonante del acercamiento despertó un murmullo molesto, que se extendió por la sala. Curiosamente, poco rato antes se vanagloriaban del éxito de la celebración, que ahora se veía como un acto temerario. El ser humano tiende a ser un poco veleta. Siempre encontramos algún argumento para reconsiderar nuestras opiniones.

El goteo de información había cesado a la espera de que terminaran de chismorrear. El miedo volvía a dirigir los pensamientos. Unos consejeros que no consiguen controlarse pueden ser un peligro para sí mismos y para la comunidad.

—¿A qué se dedicaban antes de la gran infección? —preguntó una mujer que ya había demostrado tener espíritu práctico. El *antes* resonó por la sala y consiguió el cese de los rumores y la atención de los causantes de la interrupción. Así la reunión volvió a centrarse en los visitantes y no en los temores de todos.

—Diseñadores gráficos, camareras y vendedores.

—*Sabem on van trobar les últimes persones? A quina distancia nostra? Quin ha estat el seu recorregut?* —aportó otro que había permanecido en silencio. Parecía que la reunión informativa se había convertido en un interrogatorio a Germán, pero aquellas preguntas eran muy necesarias. Los visitantes tenían información muy valiosa para nosotros: saber qué gente habitaba los enclaves más cercanos a nuestro pueblo, qué recorrido habían hecho hasta llegar a nosotros era información vital para nuestra supervivencia.

Germán se sintió abrumado ante tantas preguntas. Nos confesó que, por el momento, no estaba claro. Daban información diversa y los visitantes tampoco se encontraban en la mejor de las condiciones para responder de forma coherente. Muchos estaban todavía agotados y recelosos. En lo único que sí coincidían era en que teníamos a un grupo armado establecido a pocos kilómetros. No sabían ni cuántos eran ni cómo estaban organizados porque se mantuvieron a mucha distancia, dándoles rodeo. Además, ninguno de nuestros visitantes era de aquí, por

lo que no conocían la zona y se liaban a la hora de determinar distancias y direcciones.

—*Farem les coses bé, amb calma i sense precipitar-nos. Amb rigor i cura. Creiem que amb el descans i quan vegis que atenem bé la dona embarassada, s'obrirà un camí de comunicació molt més fluid* —terminó nuestro informador. Entendimos que era demasiado pronto. Me sorprendió lo bien que Germán se desenvolvía ante situaciones de estrés.

Antes de salir, nos comunicaron que estábamos convocados a otra reunión en un par de horas. Esta vez era sobre seguridad. También estaba invitado David, que no tardaría en bajar. Los tres formábamos parte de dicha comisión. Empezaba a ser demasiado para mí. Supuse que, a medida que tuviéramos más información, las reuniones se diversificarían y se harían más frecuentes. Ese día ya tenía dos. Esperaba que no me incluyeran en ninguna más. Mi compañera pensaba lo mismo.

Teníamos previsto visitar a Susana, que se había quedado a dormir en el pueblo con el crío en una de las casas de próxima entrega. Quería enseñarnos su futuro hogar. Su nueva amiga era su vecina, y eso le daba una sensación de normalidad olvidada.

—Nos aprecia y no quiere ofendernos con su traslado al pueblo —agregó Sussy, como para advertirme de no poner mala cara si nos informaba de sus intenciones. Yo no tenía ningún problema

al respecto. Por mucho que los apreciara a todos, en mi foro interno añoraba dedicarle tiempo a la soledad.

No tardamos en llegar al futuro piso de Susana. El edificio contaba con dos plantas y dos viviendas en cada una. Gracias a los generadores, tenía electricidad un par de horas al mediodía y otras dos al anochecer. Disponían de calentadores solares, que ahorraban mucha energía. El desvío del río y la reactivación de los pozos aseguraban el suministro de agua corriente.

Nos enseñó el piso. Tenía dos habitaciones, comedor salón, cocina y un baño. Le iba a tocar uno de la planta baja, para facilitarle la tarea con la criatura. Disponía de un patio trasero lo suficientemente grande para que su pequeño jugara en él con seguridad. Su amiga estaba en la misma situación y eran vecinas de puerta, por lo que planeaban retirar la valla de separación para contar con un patio común más grande y que sus hijos jugaran juntos. Así podrían compartir la tarea de controlarlos. La maternidad en solitario es dura. Susana estaba emocionada. Yo intentaba demostrar entusiasmo, pero esas situaciones se me dan fatal, igual que las sorpresas y recibir regalos. Siempre termino con la sensación de estar poniendo cara de memo. Suerte que a Sussy se le daba bien. Hablaban de cómo decorar, de lo que quedaría bien en cada lugar. En un último intento por integrarme, aporté una idea que no cuajó: propuse instalar una barbacoa y un grifo de cerveza en el patio. Las dos me miraron como si hubiera prendido fuego a la cuna. Me rendí: no sirvo para estas cosas.

Suerte que justo llegó David, que estuvo completamente a favor de mi propuesta. Hasta empezó a tomar medidas bajo la atenta mirada de las dos indignadas mujeres. Lo hizo más para hacerme un favor, alegando que así Marcel nos podría invitar a él y a mí cuando fuera mayor. Siempre me adelanto demasiados años.

Sacamos unas sillas al patio y nos sentamos tranquilamente a hablar de las bondades del tiempo y de lo bien que se estaba allí sentado. Susana nos preparó unas infusiones. No nos permitió movernos, pero nos dejó a cargo de su niño, que era una alegría, siempre con una sonrisa, agradecido de que le hicieran caso. La infección le había dejado una marca que dividía su cuerpo por la mitad. Una parte era del color habitual y la otra, rojiza tirando a granate. *Com un bon vi de la terra.* El niño reclamó teta y Susana acudió sin demora.

Al que no esperábamos era a Pedro, que apareció por la puerta. Había terminado las clases. El nuevo apartamento de Susana le quedaba de camino y, como sabía que estábamos todos, decidió pasarse a ver cómo estaba la cosa. Susana fue la única que fingió creer lo que decía. El niño, al verlo, solo quería ir con él. La madre los miraba encantada.

El tiempo pasó rápido. Teníamos que partir a la reunión de seguridad. Conseguí la aprobación de Sussy cuando, al despedirnos, le dije a Susana que me gustaba su casa y que no podía perder esa oportunidad. Esto pareció quitarle un peso de

encima y sonrió ampliamente, como una niña que por fin ve cumplirse lo que lleva tiempo deseando. Supongo que, durante su periplo, una de sus preocupaciones había sido conseguir un techo para su hijo. Ese era un muy buen lugar para ese cometido. Entre los supervivientes de la clínica (o el grupo de Esther, como los llamaban en el pueblo) había una camaradería mucho más cómplice que conmigo. Habían compartido muchas penurias. Probablemente, las peores experiencias de su vida. Ese tipo de relaciones forjadas en la adversidad son difícilmente superables por otras. De todos modos, mis celos eran mínimos: esperaba no tener que vivir sus experiencias, y estoy seguro de que ellos tampoco deseaban repetirlas.

Aproveché mi momento de gracia con Susana para acordar una comida de todos en la finca dos días después. Como es lógico, invitamos a su amiga Pilar y a su crío. Estuvo encantada con la invitación. Era joven, pero la ilusión que le produjo la invitación fue algo exagerada. No iba a ser yo quien hiciera comentario gracioso alguno que me ganara la desaprobación de las mujeres de casa. En casa, estaba seguro que les entusiasmaría la idea de comer todos juntos y conocer a Pilar. Era un poco como Navidad: juntar a todos los tuyos y disfrutar de la compañía mutua. Ahora la vida era muy intensa. Todo parecía haber pasado hacía demasiado tiempo, aunque la realidad fuera otra.

De nuevo en el ayuntamiento, algunos seguían hablando de la reunión anterior. Discutimos diversas opciones, pero todas

conllevaban demasiado riesgo de sufrir emboscadas o capturas. Lo bueno de saber que durante días habíamos sido observados fue que no tuve que enfrentarme a nadie por la falta de seriedad en las guardias. Todos, sin excepción, nos pusimos las pilas. Terminamos por aplazar la reunión tres días, con el compromiso férreo de traer alguna idea mejor. Se estaba instalando cierta paranoia generalizada. En todo lugar parecía esconderse un posible mirón. Las sombras eran enemigos potenciales y todo lo que estuviera fuera del radio de la comunidad, un peligro. Teníamos la impresión que allí fuera habitaba un mundo repleto de gente que quería invadirnos.

Era mejor empezar a acostumbrarse y asimilar que no controlábamos nada. Lo máximo que podíamos hacer era estar alerta y preparados para cualquier imprevisto. Siempre nos quedaba la esperanza de que todo saliera bien, aunque por defecto nadie confiaba demasiado en la humanidad.

En los últimos años de la anterior era, la gestión de la prensa y los Gobiernos ya nos había vuelto paranoicos e incapaces de recapacitar. Nos habían vendido un miedo al terrorismo que les permitió abusar de toda libertad ciudadana simplemente para prevenir. Cualquiera era sospechoso o susceptible de ser cuestionado. Pensar por ti mismo estaba bien, siempre que coincidieras con el que mandaba. Fue una de las últimas lecciones que nos dejaron como herencia. Y era una herencia

que seguía pesando sobre nuestros hombros, ahora más cargados que nunca.

XXXVII: EL INFILTRADO

A diario acudían voluntarios a ayudar, sobre todo en la finca de Carlos. Los animales siempre tenían éxito. La que más trabajo iba a dar era la de Gerardo, con muchas hectáreas de árboles que cuidar y un invernadero repleto de hortalizas. Empezaban a implantarse huertos urbanos y la distribución de gallinas y de parejas de conejos se extendía con éxito. Se volvían a elaborar conservas, ahumados y embutidos. En previsión de la escasez de piensos, los animales empezaban a pastar más y a estar menos encerrados. También reciclábamos las sobras de comidas y cenas para los cerdos. A estos, cualquier cosa les valía. Los pescadores disfrutaban del río, que ahora bajaba lleno de vida. Años hacía que no disfrutaba tanto con el gusto que volvía a tener la comida.

Uno de los proyectos que ya estaba en marcha era utilizar energía hidráulica. No entendía cómo no lo habían intentado antes. Supongo que las sanciones a todo lo que fuera limpio y la corrupción reinante, con desviación de fondos a paraísos fiscales y amiguísimos, no había favorecido su progreso. Toda la energía que se planificaba obtener facilitaría aún más la vida. Podíamos recuperar las comodidades de las que habíamos disfrutado y a las que tan acostumbrados estábamos.

La música sonaba durante todo el día. Varios se ocupaban de gestionar el canal de radio de la comunidad. Hacían avisos y daban noticias del pueblo sin relevancia y, sobre todo, ponían música, mucha música, que alegraba las tareas y los corazones.

Era un poco como retroceder a otra época intentando hacer las cosas lo mejor posible. Parecía sencillo no repetir los errores de la historia reciente. No lo era. A mayor distancia en el tiempo, más complicado se volvía no caer en los mismos errores. Sin duda, la gente estaba entusiasmada con los logros. Ser capaces de disfrutar de los pequeños éxitos era una política de vida que se extendía alegremente.

Realmente éramos una comunidad próspera, con proyecto y futuro, siempre que supiéramos conservarla. Y teníamos que ser conscientes que éramos un caramelito para los demás, gente con menos recursos, menos organizada en comunidad, por lo que nadie podía abajar la guardia, aunque todos tuviéramos ganas de dejar el pasado más inmediato atrás.

Tampoco teníamos que autoengañarnos: ¡no todo era idílico! Seguíamos teniendo muchos problemas de salud, tanto física como mental. Mucha gente seguía mal y su progreso era muy lento. Los antibióticos no tardarían en escasear y sería una necesidad de primer orden encontrar dónde abastecernos de material farmacéutico y hospitalario. En busca de soluciones para tratar a los pacientes menos graves, acudimos a la

naturaleza. Las plantas medicinales tendrían que ocupar parte de los invernaderos. Las que había plantado con María aquel día de luna llena, hacía mucho tiempo, demasiado para mi gusto y mi pesar, ya se habían cosechado y secado. Gerardo se hacía infusiones para los dolores persistentes causados por la nueva postura. No eran tan eficaces como los analgésicos farmacéuticos, pero intentaba quejarse poco.

Yo seguía pensando que era muy arriesgado salir a aprovisionarnos de medicamentos sin estar medianamente preparados, y se había confirmado que no lo estábamos en absoluto. Un grupo con una embarazada habían podido acercarse hasta la puerta de nuestra comunidad sin ser detectados. Esto evidenciaba lo que algunos ya intuíamos: nos estábamos relajando, no éramos conscientes de que fuera de nuestra comunidad la vida seguía siendo extremadamente difícil, violenta y inesperada.

En el pueblo, las cosas transcurrían con calma. La mayor parte del tiempo la gente estaba ocupada, pero no faltaba un lugar en donde tomar alcohol y escuchar música para bailar. La principal diferencia, aparte de la poca variedad, era la hora de cierre. A las once de la noche cerraba el bar. Era como la ley marcial. La gente no solía pasear en demasía por la noche. Debíamos aprovechar al máximo las horas diurnas para ahorrar combustible, por lo que todos iban a dormir temprano, sin demasiadas quejas. Después de lo vivido, aquello era la gloria.

Los que hacíamos las guardias procurábamos estar atentos a cualquier movimiento o sonido proveniente del extenso mundo exterior. Teníamos mucho que aprender.

La segunda noche que los visitantes pasaron en la comunidad, uno de ellos decidió darse una vuelta por el pueblo sin autorización. Sus calles estaban completamente vacías, sin nadie que las rondase, por lo que pudo pasear a sus anchas. Visitó el nuevo dispensario médico y el almacén de víveres. La armería estaba en los sótanos del ayuntamiento. Era complicado acceder hasta allí sin ser visto, ya que siempre la vigilaba alguien. Tuvimos mucha suerte y lo detectaron durante el cambio de guardia. Los que pretendían descansar después de su turno lo vieron escudriñar entre los arcos de la plaza Major. Al darle el alto, salió escopeteado en dirección contraria a ellos. Por el cansancio o la falta de experiencia de los guardias, consiguió zafarse de ellos. La fortuna quiso que se inspirasen y dieran el aviso por *walkie*.

Como ocurrió a altas horas de la madrugada, la oscuridad jugaba a su favor. ¡Hay que ver cómo se puede amar la oscuridad cuando nos proporciona refugio y cómo se la puede odiar cuando esconde un riesgo de muerte!

La cuarentena de los visitantes empezaba a salir rana. El percance podía dar al traste con las políticas de acogida de los necesitados que pretendía implantar la comunidad. Los miedos

son demasiado fáciles de alimentar y seguramente tendrían su parte de razón, lo que dificultaría la armonía general. Pero, antes de preocuparnos por ello, teníamos que capturar al elemento que estaba causando todo el desbarajuste. Teníamos que atraparlo con vida. Necesitábamos interrogarlo, y ya no serían entrevistas tan amables como las anteriores. Más nos valía encontrarlo pronto.

Los que controlaban el perímetro no sabían si mirar dentro o fuera. No podíamos permitirnos que se fuera sin saber qué pretendía y adónde iba, pero su búsqueda y captura resultaba más complicada de lo previsto. Cuando ya llevaban una hora de inspección infructuosa, solicitaron nuestra ayuda y la del resto del equipo que se encargaba de la seguridad. Teníamos compañeros con muy mal despertar. Lo querían desollar por escupir en su confianza, aunque el motivo real de tanto enfado fuera que el tipo había osado estorbar su horario de sueño. Todo resultaba difícil de gestionar. Por mi parte, yo solo esperaba que fuera más una forma de hablar que una predicción de lo que iban a realizar si encontraban al prófugo.

Mientras la mayoría de nosotros íbamos en su búsqueda, Sussy se fue con el resto de los visitantes, que permanecían encerrados, con la intención de averiguar si estaban compinchados con el tránsfuga o si sabían algo al respecto. Su imagen dulce podía llevarlos a confiar más en ella que en los que pretendían matar al fugado.

Cubrimos todas las posibles salidas. Fuimos batiendo las calles y comprobando las puertas.

El vigía del campanario, que era quien tendría que haber controlado el pueblo, había hecho lo que todos: temer lo que podía llegar de fuera, sin vigilar lo que teníamos dentro. Ahora tenía la oportunidad de redimirnos a todos por nuestro error y que desde las alturas lograra dar con nuestra presa. Solo esperaba que no muriera nadie y que simplemente todo quedara como una de aquellas lecciones valiosas que aprendes a la fuerza, para no repetir jamás.

Rondábamos el pueblo, atentos a cualquier sonido o movimiento. Eran muchos los lugares donde esconderse y otras tantas las posibilidades de salir del radio de la comunidad sin ser visto. Éramos conscientes de que estábamos en una misión prácticamente imposible: era como buscar un político sin presunción.

Más de la mitad de las casas del pueblo estaban desocupadas. Los vecinos de la parte habitada dormían plácidamente, ajenos a lo que sucedía fuera de sus hogares, o eso es lo que pensábamos mientras recorríamos sin cesar todos los rincones habidos y por haber. A nadie se le pasó por la mente la posibilidad que el prófugo se hubiera metido en la casa de algún vecino y lo tuviera como rehén. Tenerla yo presente esta posibilidad me generó ansiedad. Sentí el impulso de despertar a

la comunidad antes de que lo hiciera el astro proveedor de calor, energía y vida. Por suerte, antes de que la psicosis se apoderara de mí, recordé que ya nadie tenía la costumbre de dejar puertas y ventanas abiertas. El temor a ser asaltados llevaba años implantado en nuestra psique, pero los acontecimientos recientes en el pueblo, que todos querían olvidar, habían convertido a cada vecino en un guardián implacable de su morada.

Las prisas, la somnolencia y la falta de criterio nos llevaron a dejar las perras en casa. Maldecí mi falta de reacción en el momento justo. Habrían sido una ayuda, no por su agresividad, que era nula, sino por su hiperactividad. A las perras les encantaba corretear, y os puedo asegurar que ni el más valiente se quedaba tranquilo si veía venir a Lira directamente hacia él. El aburrimiento y la falta de pistas me llevaron a seguir madurando la idea. Maggi no querría venir y, por su tamaño, era poco útil para aquella tarea, pero las otras sí que serían útiles si las dejábamos correr libremente. Si detectaban a alguien, nos enteraríamos de alguna manera.

Faltaba poco para el amanecer. En casa estarían a punto de hacer el cambio de guardia. Si me apresuraba antes de que Marc se fuera a dormir, podría convencerlo para que bajara a las tres perras. Cuando comenté la idea, un vecino, que pertenecía a la asociación de cazadores, propuso traer a los suyos, adiestrados para seguir cualquier rastro, en vez de a mis perras. ¡A buenas horas! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Tendríamos más

posibilidades de éxito con ellos que con las nuestras. Diez minutos más tarde, ya paseaban alegremente por el pueblo. Les hicimos oler la funda de la almohada que el joven había utilizado. Chocaban entre ellos, ansiosos por oler y encontrar el rastro.

Las casualidades quisieron jugar a nuestro favor y lo detectaron en el lado contrario de donde estábamos. Intentaba salir del pueblo a través del torrente. Se había escondido entre el material de construcción para los muros de protección.

Cuando llegué a la posición indicada por los perros, mis compañeros lo tenían tirado en el suelo, atado como a un becerro de rodeo. Lo sorprendente fue que nadie se había propasado ni ejercido la violencia prometida: estaban más cansados que coléricos.

El registro fue más minucioso. Se le despojó de todo lo que llevaba. Entre sus cosas, había una libreta con todos los datos relevantes de la comunidad. Se le tenía que reconocer un trabajo exhaustivo y muy bien hecho, parecía tener unas aptitudes interesantes para el reconocimiento del territorio... Quizás, una vez reconducido, podría sernos de utilidad como activo en la comunidad, pero siendo realista, yo sabía perfectamente que sería complicado, para no decir prácticamente imposible, convencer a los demás vecinos de esa posibilidad. Por ahora, aquel tipo era un peligro y un traidor de nuestra confianza. Debíamos tomar nota de ello: nuestras medidas de seguridad

nunca parecían ser suficientes. Las consecuencias de sus actos no tardarían en hacerse notar. Parecía que estábamos condenados a afrontar nuevos retos cada día. Y aprendíamos de ellos a pasos de gigante por cojones.

Para trasladarlo, le desataron los pies. Lo llevaron de vuelta al ayuntamiento, completamente rodeado por si intentaba escapar de nuevo. Esta vez lo encerramos solo, en un cuarto con una claraboya como único punto de luz y un par de guardias en la única puerta.

Lo primero que teníamos que averiguar era a quién pretendía llevarle la información de la comunidad y para qué. Este último punto era fácil de imaginar, sin demasiado miedo a errar. Como era de esperar, el tipo enmudeció y no contestó a ninguna de nuestras preguntas. Lo dejamos encerrado para que recapacitara. Necesitábamos tiempo para enfriar las animadversiones y pensar bien los pasos a seguir. No me atrevía a marcar los límites de hasta dónde estábamos dispuestos a llegar para conseguir la información.

Sussy había optado por no despertar al resto de visitantes en cuarentena, que dormía o lo fingía muy bien. Se quedó vigilando hasta que la reemplazaron. Los interrogaríamos a la mañana siguiente. Ella dijo que no los había despertado porque estaba demasiado nerviosa. Fuera como fuese, encontré que era buena idea. Si los demás eran conocedores de los planes de aquel tipejo,

tampoco se atreverían a decir nada o incluso nos despistarían todavía más, si cabe.

—Pentotal sódico —dijo la maestra de esgrima, química de profesión. Sussy seguía siendo la persona más preparada de la comunidad, no solo por su formación sino también por su capacidad de análisis frío y sin precipitación. Con aquellas dos palabras, aportaba una solución que no vulneraría el estado físico del espía. La cara de muchos de los presentes dejó claro que no sabían de qué hablaba, así que procedió a aclarar—: El pentotal sódico, más conocido en las películas con cuerpos secretos de seguridad como suero de la verdad, afecta a la actividad cortical superior. —Nuestras caras de memos persistían, por lo que insistió—: Actúa de tal forma que dificulta la construcción de mentiras. Si conseguimos dirigir bien la conversación, canalizándola hacia la información que nos interesa, es muy probable que se le escape la verdad. No está garantizado, pero no hará falta destrozarle la cara a nadie.

Con esta última frase, dejaba claro que la opción violenta quedaba descarta, muy a pesar de algunos de los presentes, que tenían ganas de pasar a las manos. Acordamos dejar al espía en custodia unas cuantas horas. Todos necesitábamos descansar. Me quedaban cuatro horas para dormir antes de empezar con los interrogatorios. Nos quedamos en el ayuntamiento, en una sala habilitada con algunos catres. Era importante descansar un poco y el desplazamiento de ida y vuelta de casa era tiempo perdido

de sueño. Nos esperaba un día en que las emociones extremas podrían aflorar con facilidad, por lo que tener las neuronas renovadas sería de mucha utilidad.

Empezaba a amanecer y se producía otro cambio de guardia en el pueblo. La primera medida que se tomó para paliar nuestras deficiencias fue ubicar dos observadores en el campanario: uno para vigilar el exterior y otro para los movimientos internos. Estaba claro que la tranquilidad de las últimas semanas ya era cosa del pasado. Su fin parecía cada vez más próximo y teníamos que estar preparados para afrontar cualquier cosa que pudiera poner en riesgo nuestra recientemente creada y próspera comunidad.

Mis pensamientos, antes de poder cerrar los ojos, se volcaron en los que se quedaban despiertos. Lo primero que harían sería comentar lo vivido, llegar a conclusiones y transmitirlas a todo aquel que quisiera escucharlos. Una masa enfurecida y encolerizada por el miedo puede ser imparable. En nuestra situación, sería muy difícil detener una revuelta de linchamiento. Siempre, en algún momento, la ficción sacaba a relucir mis peores expectativas respecto a la humanidad.

XXXVIII: LA PREGUNTA

Germán nos despertó con tiempo suficiente para ir despejados y aseados. Tuvo el gran detalle de traer café, lo que estuve cinco minutos agradeciendo. Tomé una segunda taza en medio de la plaza, ataviado con el sombrero, la taza en una mano y el bastón en la otra. Este me acompañaba casi siempre; era una especie de amuleto que podía salvarme la vida. El mérito era de la maestra, que predicaba con el ejemplo. Siempre preparada, siempre en guardia.

Los vecinos me miraban, pero ninguno se me acercó. Debía tener aún las marcas de la almohada en la cara y todo mi ser transmitía pocas ganas de comunicarme e intención de continuar en mi momento zen.

Primero presenciaríamos los interrogatorios de los que se habían quedado en sus literas. A mi entender, la embarazada era fácil de descartar como posible compinche de un plan para atacar a nuestra comunidad. No la veía muy capaz de orquestar una invasión y exponerse a ella y a su futuro hijo en esos momentos de su vida, aunque cosas más raras había leído. Pero, en principio, tenía más números cualquiera de los otros cuatro.

Sussy pidió hablar con ella primero. Nadie le llevó la contraria. Con un breve intercambio, la descartó casi de inmediato y la dejó

irse a descasar. La mujer sólo preguntaba si se podrían quedar, ella y su bebé. De vez en cuando, incluía al marido. Su pareja se desvivía para que ella estuviera bien. Del tipo que teníamos encerrado, dijo que era reservado con sus cosas. No hablaba demasiado y siempre procuraba ir un poco a la suya.

Las dos chicas restantes se habían conocido en una entrevista de trabajo. Para huir de la infección, se escondieron juntas en un armario durante unas cuantas horas. Cuando se atrevieron a salir, encontraron un mundo desconocido. El principio no les había sido fácil. No se explayaban mucho en sus explicaciones, pero contestaban a todo sin rechistar ni dudar.

Antonia también estaba en los interrogatorios, más interesada en ellas que en ellos. Mientras escuchábamos lo que decían, comentó algo que me sorprendió por la certeza en su tono y porque fuera capaz de llegar a esa conclusión:

—Les pobres han patit algun tipus de maltractament.

Me dio la sensación de que miraba a los otros dos como los posibles agresores. Eso me pareció precipitarse en demasía, aunque sí que era cierto que ellas siempre se mantenían a cierta distancia. Presuponer maltrato era ir muy lejos, pero mientras mantuviera la opinión para ella misma, mejor dejar las cosas así. Los conflictos se afrontarían cuando llegaran. No hacía falta reclamarlos antes de tiempo.

Nos generó dudas el que parecía el cabecilla. Era tan altanero que no despertaba especial simpatía. Pero algo debía de tener, si el resto parecía seguirlo.

Era un auténtico placer ver cómo Sussy gestionaba los interrogatorios. La gracilidad de los movimientos de sus manos al acompañar sus palabras, su timbre dulce y delicado. Los miraba con esos ojos de no haber roto un plato en la vida. Se ganaba con facilidad la confianza de los interrogados y de quien quisiera. Podía resultar irresistible. Su mano izquierda magistral para dirigir la conversación los llevaba a soltarse y a hablar como con quien está con una amiga o un posible ligue en una terraza.

No sacamos mucho más de nadie. El espía los había ayudado a escapar de una mala situación una semana atrás. No se habían planteado dudar de alguien que varias veces había favorecido que continuaran con vida. Todo era muy lógico, pero no lo que necesitábamos. Eso nos podía inducir a forzar las respuestas que queríamos oír. Sabíamos que teníamos un enemigo. Identificarlo era prioritario. Si el problema eran solo esas seis personas, quedaría resuelto rápidamente, pero no parecía ser el caso. Creerlo era una tentación que tarde o temprano nos podía costar todo lo que habíamos conseguido. Buscar la verdad, sin importar cuál fuera, era lo único que podría ayudar a salvarnos.

Poco más se podía hacer por ahora con aquel grupo. Tendríamos que vigilarlos de cerca. Ahora les iba a resultar más complicado

ganarse nuestra confianza, tuvieran o no la culpa de nada. Los actos de uno perjudicaban al conjunto.

El primer intento de interrogar al escurridizo espía, que se hacía llamar Simone, fue una pérdida completa de tiempo. No se justificó ni pretendió fingir un malentendido o un error. Por no decir, no dijo ni hola. Yo lo prefería a tener que aguantar estupideces que no nos llevaran a nada. Al menos, no perdíamos el tiempo. Las instrucciones eran impedir que el prisionero descansara. Los que lo vigilaban tenían que asegurarse de que no durmiera ni un instante. Lo queríamos lo más cansado posible. Tendría otras dos oportunidades para responder antes de aplicarle el pentotal sódico. La siguiente sería después de comer y la última, antes de cenar. Si persistía en su actitud de no colaborar, le inyectaríamos el pentotal y tendríamos que confiar en que la habilidad de Sussy para conquistar a la gente, sumada al químico, permitiera averiguar la verdad. No teníamos ninguna duda de su culpabilidad. Pero necesitábamos saber para quién trabajaba y con qué finalidad. Nada bueno, seguro. Para mí, lo más preocupante era que, quien fuera que lo había enviado a espiarnos, sabía de nuestra existencia.

El dilema radicaba en qué hacer con él una vez conseguida la información. Esa era la gran pregunta que me rondaba sin tregua en la cabeza. Sonsacarle información ahora era vital para nuestra supervivencia, pero saber cómo gestionar el futuro para mí lo era todavía más. Expulsarlo era una estupidez a todas luces. Sería

como atrapar a quien entra a robarte y después ayudarlo a cargar el camión con todas tus cosas, darle una palmadita de despedida y desearle buen viaje. Seguramente se barajaría la opción de ejecutarlo. Si se dejaban de lado los argumentos humanitarios, era una forma rápida de solucionar el problema. La apelación a la humanidad, tal como parecían funcionar las cosas, era un argumento flojo. Pero por mi parte, por la educación recibida y unos valores que parecían en desuso, no pensaba permitir que la barbarie se apoderara de la comunidad. Haría todo lo que estuviera en mi mano para impedirlo.

Seguía pensando en la posibilidad de reinsertarlo y llegar a confiar en él. Era complicado. Requeriría tiempo y mucho que demostrar, además de buena voluntad por nuestra parte. Vistas sus capacidades de análisis, podía llegar a ser una pieza importante en el tablero de juego que estaba por plantearse.

En la reunión tras el primer interrogatorio frustrado al fugitivo, antes de que tuviera tiempo de pararla, Antonia cedió a la tentación de poner sobre la mesa los posibles abusos sufridos por dos de las chicas.

—Eso no es lo que nos ocupa ahora. Es otro caso. Grave, pero irrelevante para el tema —la cortó Sussy. Pensé que ella había percibido lo mismo que Antonia, que a mí se me había escapado por completo. Pero Sussy tenía la cabeza más fría y era consciente del peligro que corría nuestra comunidad al sabernos

estudiados. Al ser una mujer la que reencauzó la conversación, nuestra alcaldesa no pudo contraatacar con el argumento del machismo. Era la primera vez que nos poníamos en contra de su opinión. Se notaba que se esforzaba para no mostrar su disgusto. Nadie quería enfrentarse a ella de forma directa: tenía mucho peso en la comunidad. Pero viendo su dificultad para controlar las emociones, no me habría importado jugar al póquer con ella. Era un libro abierto.

Al terminar la reunión, los que se habían mostrado nerviosos aún lo estaban más y los que no, salimos tal cual, quizás algo más preocupados por las posibles reacciones de los conciudadanos. Preveíamos reproches y falta de memoria a corto plazo.

Se procuró que, al salir de la reunión, no nos dedicáramos a alterar el ambiente. No sirvió de nada. Enseguida se formaron corrillos a los que se sumaba la gente. Se oían exclamaciones y suspiros a nuestro paso.

Todos habíamos mirado la libreta. Nos la llevamos para estudiarla mejor. Quizás en ella encontraríamos una pista sobre dónde pretendía ir Simone o a quién le debía explicaciones. Página a página, el espía había apuntado todos los datos relacionados con nosotros. Su esmero en estudiarnos nos resultó de mucha utilidad. Aprovecharíamos todos los puntos débiles que había listado con la firme intención de ponerles solución.

XXXIX: MÁS PREGUNTAS

Al llegar a casa, la cena prometía ser interesante. Los comentarios fugaces indicaban que habría debate. Como faltaban unas horas para cenar, me equipé y me dispuse a salir a pasear con tres de las cuatro perras. Lira salió con su propietario, que, sin preguntar, ya se había preparado para el paseo diario. El resto de niños se quedaron en casa viendo una película que él dijo haber visto ya un millón y medio de veces.

El rumbo de nuestro paseo fue completamente improvisado. Nos limitamos a seguir a las perras monte arriba. De vez en cuando, salía algún conejo. El mayor riesgo era encontrarse con algún jabalí y que las perras se pusieran pesadas, aunque todos lo teníamos claro: lo más peligroso era ahora otros seres humanos. Esperaba que las perras también los levantaran como hacían con los conejos y las perdices.

—*Jan, quina opinió tens sobre el que ha passat?*

—*A què et refereixes?*

—*Al destí de l'espia* —dijo Carlos sin titubear. No estaba preocupado por tener a un espía en el pueblo, sino por saber qué haríamos con él. Cada vez me sorprendía menos la agudeza y la curiosidad del niño, pero no podía evitar sonreír. Me gustaba que fuera tan directo con nosotros. En el pueblo, su comportamiento

con los adultos era más comedido, hasta con los que habían sido amigos de sus padres. Era como si con nosotros hiciera borrón y cuenta nueva, como si la relación con su pasado le doliera demasiado, por lo que procuraba mantenerse a cierta distancia de lo que le evocaba a su familia.

—*Ens falten dades, però no penso permetre que l'executin* —le respondí contundente, y era cierto: no se me pasaba por la cabeza permitir una ejecución, sería renunciar a toda nuestra humanidad.

—*Per quin motiu? Si et tanques en banda, no se't posaran tots en contra?* —siguió Carlos con su interrogatorio particular. Se le notaba preocupado, no quería que los demás vecinos me atacaran por mis ideales. Era de admirar su capacidad de análisis y de previsión.

No lo dudé ni un segundo y le respondí aludiendo a una gran figura inspiradora para muchos (por desgracia, no para todos): Gandhi. Por mucho que los demás opinen diferentes, la verdad es siempre la verdad. Tenemos que defender lo que creemos que es correcto, a pesar de quedarnos en minoría. Y, en mi caso, la humanidad iba siempre por delante de cualquier otro razonamiento. Para mí, la muerte no era nunca la primera opción.

Por un momento, me pareció que mi respuesta había sido excesiva, ya que el niño no contestaba. Seguimos caminando. Las perras nos habían llevado casi hasta el campamento pastor, donde había acampado el grupo de Esther. Parecía haber pasado

una eternidad desde entonces. No debíamos tardar en regresar si queríamos llegar a tiempo a la cena.

—*Crec que tens raó* —sentenció Carlos, rompiendo el silencio.

—*En que és qüestió d'humanitat?*

—*També. Però em referia al fet que ja trobarem ocasions en les quals no tindrem una altra opció. Si existeixen opcions, s'haurien de contemplar. El més fàcil no sempre és el correcte. En cas contrari, em podríeu haver deixat tirat per no ser dels vostres.*

Corrijo: me seguía sorprendiendo su capacidad de raciocinio, pero, sobre todo, cómo atendía, escuchaba y reflexionaba sobre lo que le explicabas o exponías. Que extrapolara su "adopción" por nuestra parte a la situación de desamparo del espía denotaba su madurez. A veces parecía un anciano. Por suerte, al rato ya se encargaba él de recordarte que era un niño con algún gesto o alguna tontería deliciosa de las suyas. Me guardé en la memoria su frase "lo más fácil no siempre es lo correcto" para utilizarla en caso necesario.

Lira se le acercó como queriendo decirle que nunca estaría solo.

—*Si t'arribo a deixar, la gossa em mossega* —le dije con una gran sonrisa, no exento de razón. Lira haría cualquier cosa para defenderle.

Quedaba poco para llegar a la cresta previa a la pequeña depresión donde se encontraba la cabaña, algo más arreglada tras el paso del grupo. Llum salió disparada como si hubiera visto un gato. Cuando las otras reaccionaron, Llum ya casi rebasaba nuestro punto de horizonte para emprender el descenso a la cabaña.

Ordené a Carlos que se encondiera y me cubriera las espaldas. Y que, en caso de peligro, no saliera de su escondite y avisara al resto por *walkie*. Tendríamos que dejar de hacer salidas juntos si cada vez nos encontrábamos en situaciones comprometidas. No pareció molestarle que le recalcara que se quedara escondido. Me miró todo serio y me preguntó:

—*Et cobreixo o m'amago?*

Me lo miré. Ese cabroncete se podía pasar de listo en los momentos menos apropiados. Su «te cubre o me escondo» en momentos no aptos para la broma era sorprendente y a la vez reconfortante. No di mi brazo a torcer y le repetí que se encondiera y me cubriera, y punto. Sin abrir la boca, se empezó a encaramar a un árbol lo bastante alto para ver la cabaña sin ser detectado con facilidad. Procedí a acercarme con cuidado. De golpe apareció Llum moviendo el rabo, contentísima y emocionada. Se sentaba y temblaba de la ilusión. Era un comportamiento que solo desplegaba ante la llegada de humanos que la apreciaban. Ante este comportamiento de la perra,

prácticamente desapareció mi tensión inicial. Me tomé el tiempo suficiente para observar desde lo alto sin ser visto. Carlos estaba seguro en el árbol. No podía verlo, pero estaba convencido de que ya tendría una buena posición y el tirachinas apuntando.

Vi a cuatro personas. Llum fue directa hacia ellos, correteando a su alrededor. Definitivamente, tenían que ser conocidos y próximos. Las otras dos perras siguieron su ejemplo. Estaba claro que Shyra también los conocía. La gran danés se acercaba y volvía a alejarse para mantenerse a una distancia prudencial. Los cuatro detuvieron su paso en cuanto fui visible. El sol me impedía distinguir sus rostros, pero no me preocupé. La ropa que llevaban dificultaba diferenciar el sexo. Mi fuerte silbido hizo acudir a Llum, seguida de las otras dos. La primera estaba muy emocionada. El grupo también emprendió el ascenso. La diferencia de velocidad entre perras y humanos era enorme. La pendiente era lo bastante pronunciada como para tomárselo con calma. No sabía en qué estado físico se encontraban. Era factible que alguno estuviera enfermo o herido. Cuando la distancia me permitió oír las palabras de saludo, no podía creer a quién pertenecía esa voz. Eché un último vistazo al escondite del refuerzo para indicarle que estuviera atento, pero calmado.

La alegría se iba apoderando del ambiente, pero no me podía permitir darle rienda suelta. Había reconocido a uno; los otros podían ser sus agresores. Al disminuir la distancia y cambiar el

ángulo de incidencia del sol, comprobé que me podía entusiasmar. Pero ¿dónde estaba el resto? ¿Dónde estaba María?

La familia estaba demacrada, deshechos de cansancio y mal nutridos. No debía haber sido un camino de flores el que los había llevado hasta aquí, sin ella. Al encontrarnos, Tessa se desplomó en un abrazo de gratitud por haber llegado al fin. Dejó caer todos los bultos que cargaba, como si llevara horas deseándolo. Rubén se sumó. Nos mirábamos, pero no arrancábamos a decir nada. Mar rompió el silencio.

—Jan, cuánto nos alegramos de que nos hayas encontrado. ¿Cómo supiste que llegábamos?

—Me alegro de que estéis aquí. Todo pura casualidad, salía a pasear. Debéis estar cansados. Falta todavía un buen trecho para llegar hasta casa, y nos queda poco rato de sol.

Les ofrecí agua y algo de comer. Lo aceptaron todo y no tardaron en dar buena cuenta de ello. Cargué todos los bultos que Tessa había dejado a nuestros pies. Intenté coger alguno del resto, pero se negaron en redondo. Le ofrecí a Tessa el brazo, a modo de bastón, y juntos hicimos lentamente el resto del camino hasta alcanzar la localización del refuerzo. Al llegar a lo alto, hice la señal convenida. El niño no tardó en aparecer detrás de ellos, aún con el tirachinas cargado y cierta tensión. La visión del niño, acompañado por su mascota, era un espectáculo digno de

película. Al acercarse y ver que hablábamos tranquilamente, disminuyó la tensión del arma.

La familia de Rubén no se percató de la presencia de Carlos. Estaban tan agotados que su estado de vigilancia era nulo. El primero en detectarlo fue el novio de Mar, que, al ver la estampa, dio un salto hacia atrás. Cuando el resto se giró en busca de la causa de su reacción, Carlos pareció encogerse. La vergüenza se apoderó de él. No era habitual verlo así. Recordé que no era más que un niño que se adaptaba a una época difícil. Me apresuré a hacer las presentaciones correspondientes.

—*Carlos, és la família Astir. Són amics dels meus pares de tota la vida.* —Los miraba sin demostrar mayor emoción que si oyera llover—. Son los padres de María. Los que enviaron al grupo de Esther hasta nosotros.

—¿Entonces han llegado bien? ¡Me alegro! —interrumpió Rubén.

El niño empezó a reaccionar positivamente. Recordaba la historia y les debía parte de su nueva familia. Ese nuevo concepto lo tenía atrapado. Valoraba a toda la gente que entraba en el círculo más íntimo. Visto desde fuera, supongo que se podía tener la sensación de que éramos facilones, pero eso estaba lejos de la realidad. Por suerte para nosotros, todos los que se unían sumaban y demostraban que se podía contar con ellos.

Para los que crean en la suerte, tuvimos mucha. Pero algo de acierto por parte de todos también había.

Carlos le dio la bienvenida al grupo y se ofreció para llevar él también parte de su equipaje. Sabía ser muy educado cuando quería, pareciendo mayor de lo que realmente era. Supongo que había madurado a marchas forzadas.

—Carlos es mi protegido o, más bien, mi protector. Mi mano derecha, un gran fichaje. —Mis palabras inflaron al muchacho de orgullo. Parecía casi haber duplicado el tamaño con el que se había acercado.

—*Aviso a casa?* —preguntó el muchacho, deseoso de ser él quien diera buenas noticias al resto.

—*No, que sigui una sorpresa.* —Todos me miraron. Supongo que oír el aviso de su llegada habría hecho más real el final del camino—. Prefiero que de momento nadie se entere de vuestra llegada.

El único que entendía mis motivos para tal precaución era el niño. Con calma y una vez descansados, ya encontraríamos tiempo para las explicaciones, pero no quería que el mal clima creado con los visitantes recientes afectara la llegada de nuestros nuevos inquilinos. La idea de no acogerlos no era una opción razonable a tener en cuenta, pero tampoco quería precipitar un conflicto garantizado.

Cuando faltaba poco más de cinco minutos para llegar, le pedí a Carlos que se adelantara, seguido de las perras, para asegurarse de no tener visitas inesperadas. No quería que algún vecino del pueblo estuviera en casa y presenciara nuestra llegada. Por la altura del sol, ya debían haber llegado todos los nuestros a la finca para cenar. Con lo sociables que éramos últimamente, alguno podía haber traído visita. Uno o dos platos siempre se pueden agregar a la mesa sin problema, pero en esta ocasión serían cuatro y no quería que fueran más. En tiempos de «normalidad», mi madre me habría fulminado con la mirada si le hubiera llevado cuatro personas más justo en el momento de sentarnos alrededor de la mesa. Pero ya nada era igual. Volver a ver a gente querida que ya dabas por perdida, verlos aparecer por la puerta, era una causa de alegría que llevaba a no plantearse las posibles molestias de aumentar el grupo de convivencia. Vivir la alegría del reencuentro inesperado en tiempos actuales era un bálsamo para cualquiera.

Debían estar agotados. Los había encontrado cuando decidían si acampar en el refugio. Aunque sabían que ya llegaban, este último esfuerzo les estaba suponiendo un gran esfuerzo físico y mental. Necesitaban descansar bien, entre personas de su confianza, sabedores de haber llegado a buen puerto. No pensaba permitir que se los expulsara ni se les pusiera en cuarentena, con interrogatorios. Y menos aún que se les hiciera ningún daño. De lo contrario, la única opción que nos dejarían sería la

desvinculación de la comunidad de nueva creación. Al menos, este sería el caso de mi finca. No podía hablar por el resto, aunque estaba convencido de que incluso Gerardo, que era el más arisco, en ese momento apoyaría nuestra posición. Vivir con las niñas lo habían docilitado y se sentía más parte de nuestro grupo que de la comunidad general.

Al llegar a la cancela, les eché un último vistazo. Parecían derrotados. Nunca habría imaginado verlos así. Carlos venía hacia nosotros para ayudar y pasarnos el informe sobre las posibles visitas en casa. No había nadie más allá de los integrantes de nuestro numeroso grupo. En un alarde de caballerosidad, Carlos les ofreció ir a su antigua casa, para que estuvieran más tranquilos y pudieran descansar mejor.

—No puedo con mi alma. Mis piernas ya no pueden llegar más allá de esta puerta —dijo Tessa apretándome el brazo y marcando la dirección de la puerta de entrada.

Al entrar, los presentes miraron a los que esperaban ser recibidos. Su aspecto no ayudaba a identificarlos. La primera en reconocerlos fue Inés, que se lanzó a los brazos de su amiga. Ambas lloraban de alegría y me hacían partícipe, pues Tessa se mantenía sujeta a mí. La falta de equilibrio a causa del cansancio la vencía, una vez alcanzado el destino. Conocían a casi todos los presentes. Sussy apareció de la nada y se abrazó con Mar. No me habían contado cómo fue su primer encuentro, pero sabía que

el grupo de Esther había pasado por su casa de la costa para advertirles que María se encontraba bien, a salvo en el Clínic, y que el plan era reunirse todos en mi casa.

Interrumpí los saludos cuando empecé a notar demasiado el peso de Tessa. La pobre se esforzaba por seguir en pie. Esquivé a los que se agrupaban y la llevé hasta los que iban a ser sus aposentos. Los otros tres seguían hablando. No lo dudé y pronuncié las palabras mágicas:

—*Crec que el que més necessiten és una dutxa.*

Como si se abrieran las aguas del mar muerto, se separaron y un pasillo humano les indicó el camino hacia el baño, que les serviría tanto para asearse como para relajarse. Supuse que, después de días sin contacto con agua caliente, les sentaría a gloria.

En su ausencia, que fue bastante larga, dejé clara la decisión que había tomado durante el camino de regreso a casa. Todos estuvieron de acuerdo. Quizás debido a la nueva visita, nuestra posición se había vuelto más férrea, hasta las últimas consecuencias. Si no éramos capaces de defender la idea de dar una oportunidad a los que en esos momentos eran presos circunstanciales, podíamos olvidarnos de no tener conflictos por la familia recién llegada.

Retrasamos la cena hasta que estuvieron a punto. Al menos, se sacaron las ropas mugrientas y el polvo de días de camino. La

ducha los devolvió a su aspecto cotidiano. Se les notaba el cansancio en el rostro. Tessa no vino. Le llevaron un poco de caldo a su habitación. Casi no pudo terminarlo; el cansancio se lo impedía.

El resto estaba pendiente de la cena. Carne y verduras a la brasa. Ya empezaban a chisporrotear y a cubrir el entorno con ese delicioso aroma que abre las puertas del hambre, todo bien regado con un buen vino tinto elaborado por mi hermano de otros padres. Las barbacoas siempre consiguen evocar una mezcla de sentimientos y emociones por un pasado en extinción. Cuando las primeras porciones estuvieron listas, servimos a los nuevos miembros. Después, a las abuelas y los niños. Los demás ya espabilábamos para llenar el buche, sin tanta prisa. Cuando me tocó servirme, lo tuve claro: di buena cuenta de una butifarra de la última matanza con un poco de alioli. Espectacular. Tomé pan tostado, froté ajo sobre su superficie, le unté con tomate y le agregué sal y aceite de oliva de la tierra. Una decisión que te condena a dormir solo. Notas cómo el saludable ajo envuelve por un momento tus papilas gustativas y tu olfato. El crujido del pan despierta de nuevo los sentidos para abarcar todos los aromas y gustos de algo tan simple como una tostada.

En un momento de distracción, David me llevó a un lado separado del resto. Quería hablar. Sussy se sumó a la conversación, que inició ella con una afirmación tajante:

—En el pueblo no se pueden enterar de que están aquí.

Su guardaespaldas afirmaba con la cabeza. Yo estaba completamente conforme, pero que todos estén de acuerdo es malo para la inteligencia grupal.

—Tenemos que pensarlo bien. La decisión que tomemos tendrá sus consecuencias, y hay que valorarlas. Hoy no importa: que cenen bien, que descansen y mañana lo hablaremos tranquilamente. Ahora solo hay que disfrutar de que nuestros amigos están aquí, sanos y salvos.

—Si los del pueblo pretenden echarlos, me voy con ellos —sentenció Sussy. No dudé de que cumpliría su palabra.

—Si sucediera lo que dices, tanto yo como mi finca nos independizaríamos del pueblo. No quiero volver a pertenecer a una sociedad cuya ética no comparta. —Esto la relajó claramente, y me regaló su preciosa sonrisa—. Y que quede claro que haré lo mismo si no se acoge como es debido a los refugiados encarcelados, o si se decide no recibir a nadie más que solicite asilo. Pero insisto en no preocuparnos demasiado y disfrutar. No tardaremos en salir de dudas.

—Les debemos la vida —añadió David. Su aprecio a la familia de Rubén era sincero. David era un hombre íntegro. Se tomaba muy en serio apoyar a la gente y más a quienes lo habían precedido con su actitud y le habían ayudado a superar una situación probablemente mortal.

—Pues todo claro —dije con una sonrisa relajada y levanté la jarra de cerveza para ofrecer un brindis—: ¡Por los desconocidos que se convierten en familia!

Estas últimas palabras eran ciertas: para mí, el grupo de Esther ya era parte de mi familia, igual que Carlos. Volvimos a integrarnos con el resto. Eran muchos los temas a tratar y las historias para contar. Pero el cansancio ganaba la batalla a las ganas de saber, con lo que dejamos a los recién llegados tranquilamente con sus pensamientos y su ansiada calma. No tardaron en disculparse, deseosos de volver a dormir en una cama. Desfilaron hasta sus respectivas habitaciones. Al final resultó que la decisión de repartirse entre las fincas y el pueblo había sido providencial para tener el espacio suficiente para ellos.

Me costó no interrogar a Rubén acerca de la hija faltante. ¿Cómo estaban allí sin ella? Esther nos había explicado que pensaban esperarla. Debía cultivar la paciencia. Iba a ser una tarea constante.

Al cabo de un rato, solo yo quedaba en pie. Empezaría el primer turno de guardia en cuanto me preparara una infusión. Tanto la visita de la familia como la de los refugiados dejaban muy clara la necesidad de vigilar constantemente. Teníamos que encontrar la manera de controlar los alrededores de nuestros dominios para protegernos. Para proteger a nuestra gente querida. Solo pensar que podía llegar a perder lo que ahora tenía y que tan

difícilmente se había logrado, me mantenía en un estado de alerta constante.

XL: OTRA INFUSIÓN

Cuando estaba por salir, con mi infusión en mano, apareció Rubén.

—¿No puedes dormir? —le dije mientras le tendía la infusión que estaba en reposo.

—Todavía no me hago a la idea de haber conseguido llegar hasta aquí.

Me puse a preparar otra infusión para mí. Él la necesitaba con mayor urgencia.

—Supongo que no ha sido fácil.

En cuanto estuvieron listas, salimos, seguidos por tres de las cuatro perras. Nos sentamos tranquilamente mientras ellas se perseguían unas a otras. Mientras las infusiones reposaban, permanecimos en silencio, contemplando la inmensidad del cielo estrellado. Por muchas veces que me parara a contemplar el firmamento, siempre me maravillaba. Pero, en aquella ocasión, mi mente solo podía evocar la noche de luna llena que había pasado con María y preguntarme qué había sido de ella. Dudé, pero tarde o temprano tendría que salir el tema, y no era extraño que preguntara por ella. Lo raro habría sido no hacerlo. La paciencia se cultiva a diario, pero hay momentos de flaqueza en todo aprendizaje.

—No sé si atreverme a preguntar por María.

—Eso es precisamente lo que no me deja dormir.

Su semblante era serio. Quería seguir preguntando, pero supuse que ahora sí tenía que poner en práctica la paciencia. Lo contemplaba mientras sorbía la infusión mirando al infinito

—Como ya sabrás o habrás podido notar, el grupo de Esther pasó por casa. Los envió ella cuando se quedó en el hospital Clínic, con el ejército y Paco. Ellos nos explicaron todo lo sucedido en Barcelona y las intenciones que tenía María de acudir a nuestro encuentro lo antes posible, junto con los planes del grupo de ir a Can Poble. Los plazos que había acordado se cumplieron con creces. Pasaban los días y aumentaba nuestra preocupación al no saber nada de nadie. Tampoco teníamos noticias de lo que ocurría en la ciudad. La situación por la zona de casa se volvió peligrosa. Continuar esperándola se estaba convirtiendo en toda una temeridad.

Rubén paró para calentarse el alma con un sorbo de la infusión. Siguió su relato. Sin entrar en muchos detalles, me contó que afuera reinaba el caos. Las existencias menguaban al ritmo que aumentaba su ansiedad por la hija faltante, por lo que finalmente tomaron la decisión que nunca habían querido tomar: dejar el refugio que les había mantenido seguros durante esos meses, aun sabiendo que era el primer punto de encuentro con María. Y sabían qué destino tomar: Barcelona. La dirección era la menos

acertada para eludir los peligros, pero no tenían más opción, si querían saber de ella.

—Salimos un par de horas antes del amanecer. ¡No te puedes hacer una idea de cómo ha cambiado todo! Las diversas guerrillas están descontroladas. Edificios derruidos, fuegos prendidos y vehículos empotrados. El olor a goma quemada impregna las calles que antes olían a mar. Procuramos hacer todo el trayecto por el monte. Nos agazapábamos entre arbustos o nos cubríamos detrás de los árboles cada vez que oíamos algo. Aarón nos había indicado el itinerario. Por cierto, no lo he visto. Pensaba que nunca se separaría de Sussy. Ellos dos eran inseparables, y formaban un equipo espectacular, ¡la mejor de las defensas!

Le tuve que explicar lo que había averiguado sobre su muerte. Realmente le afectó la noticia. Por lo visto, era un buen tipo, atento con todos los que le pudieran necesitar. Habría sido un gran miembro en la comunidad. Después de lamentar su pérdida, continuó con el relato. Me desquiciaba el ansia porque no iba al grano sobre el estado de María, pero el respeto y el amor que sentía por ese hombre me hacían controlar el impulso de interrumpir.

—¿Por dónde iba? El camino hasta Barcelona fue relativamente tranquilo, pero muy duro. La falta de costumbre nos pasó factura. Suerte de los chicos, que nos ayudaban y marcaban un paso

moderado. Nos dimos cuenta de que estábamos próximos a la ciudad muchos kilómetros antes de llegar. Se alzaba una humareda matizada por llamas rojas, naranjas, amarillas, azules y todas sus posibles combinaciones. La imagen del infierno se apoderaba de una ciudad que había sido ejemplo de creatividad y modernidad. Llegamos a uno de los tantos miradores. Fue asombroso. Las postales idílicas que se habían tomado desde ese punto quedaron en el olvido. Parecía prueba suficiente de la invasión del mal y la oscuridad. De la extirpación de la esperanza y la razón. Nos escondimos a la espera de la seguridad nocturna. Justo con los últimos rayos de sol, desde las alturas, vimos tres leonas caminar tranquilamente por la Gran Vía. La oscuridad dejó de parecernos tan segura. Esa noche no nos atrevimos a movernos del lugar de observación.

Rubén bebió un poco más de la infusión que le había preparado. Calentaba el alma. No era más que poleo menta, tila, limón y miel, mi favorita, pero era un valor seguro para relajar cuerpo y mente y sentirse como en casa, estuvieras donde estuvieras. A veces cosas tan sencillas como esta era lo único que te devolvía a una vida de paz y calma.

—Es realmente buena, esta infusión tuya, Jan. Sabe a hogar.

No le respondí, me limité a sonreírle y aguardar a que prosiguiera con su relato sobrecogedor. Esperaba poder tener noticias de María en breve, al acercarse ya a Barcelona, por lo

que cualquier pausa me ponía más nervioso de lo habitual. Rubén me devolvió la sonrisa sincera y siguió. Dijo que, al despuntar el día, emprendieron la marcha, directos hacia el Clínic. El arduo camino les había dado tiempo para preparar una pequeña ruta entre las casas de amigos y familiares. No encontraron señal de ninguno de ellos. A saber si esto era bueno o malo… Podían estar muertos, o podían haberse refugiado lejos de la ciudad. Los disturbios eran constantes. Moverse, siempre un riesgo. Solo la incerteza, el no saber, les ayudaba a no permanecer resguardados a la expectativa. Cuando al fin llegaron a la última ubicación conocida de María, dedicaron un par de días a observar desde el mismo edificio donde el grupo de Esther se había refugiado. Desde allí habían visto el último mensaje de María, pero Rubén y su familia no tuvieron la misma suerte. No vieron ni rastro de ella. Lo que sí que seguía igual eran las restricciones de acceso al hospital. Persistían las colas para entrar al recinto, tal y como les habían descrito Sussy y los demás.

—Se ha de reconocer que están bien organizados y mantienen la seguridad de lo que consideran su perímetro muy celosamente. No hay demasiadas advertencias si tratas de colarte. Aun así, vimos varios intentos frustrados. Todos se zanjaron con la vida de los pobres desgraciados, tan desesperados como para intentarlo. Por suerte, las noches eran tranquilas y pudimos descansar un poco. Los únicos movimientos eran los cambios de

guardia y alguna que otra guerrilla de la zona que trataba en vano de atravesar las defensas del hospital. En la tercera madrugada, nos atrevimos a abandonar la sensación de seguridad y exponernos a hacer cola con el resto de la gente que pretendía entrar.

Al despuntar el sol, Rubén y Mar abandonaron el escondite. La calle Casanovas y las aledañas se empezaban a llenar como afluentes de un río mayor que chocaba con la presa protegida por armamento pesado. Tessa y Albert se quedaron en el apartamento, afincados en la ventana. Ella no podía pasar todo el día allí expuesta y, en caso de necesidad, era difícil que pudiera salir corriendo. Él se quedó por si había algún problema. Mar no quería dejar a su padre solo, por lo que fue fácil dividir el grupo.

—Era como cuando vas a la playa para reservar la primera línea de mar —dijo mientras evocaba algún recuerdo con una sonrisa burlona —. Supongo que ya te habrán hablado de las colas que se forman, repletas de carros de la compra con producto que vender. La mayoría de la gente que hacía cola probablemente habría despreciado a los manteros meses atrás. Ahora, ante la necesidad de vivir e intentar prosperar en un mundo que te lo pone todo en contra, no les quedaba más remedio que vivir como los que antes desdeñaban. Me sorprendió el cuidado y el silencio con que se formó la cola. Ni cuando el mundo era mundo, había visto algo así. Ningún conflicto en todo el trayecto hasta las

puertas. Pero no había alegría en los rostros de la gente, ni cuando estaban a punto de ser los siguientes en atender. La gente estaba derrotada, y a la vez su aspecto más primario despertaba en los momentos en que la desesperación vencía al raciocinio.

Rubén paró unos segundos su relato para beber un poco más de la infusión. Estos segundos se me hicieron eternos. Saber algo de María era ahora una necesidad vital y Rubén parecía no percatarse de mi ansiedad. Con la garganta más hidratada, me contó que abrieron las puertas y cachearon al primero. Le revisaban los papeles. Por lo visto, en la cola había quienes eran habituales o conseguían cosas para la gente del interior. Era una manera de no exponer la base ni a los efectivos. Subcontrataban mano de obra para los trabajos externos, tanto de mantenimiento como de retirada de todo lo lanzado por quienes intentaban invadirlos. Todos los materiales que necesitaban se los encargaban a los habituales. Si era algo difícil de conseguir, ofrecían recompensas. De tan exhaustivos, los controles de los sin papeles eran absurdos. Pero pocos se quejaban y los que lo hacían eran expulsados de mala manera. Los que osaban plantar cara terminaban retirados en carretillas hacia el crematorio. Sin más reparos que al tirar la basura, volvían a sus puestos de trabajo, mientras otros se encargaban de limpiar el estropicio generado.

—Desde el escondite, no la habíamos visto —se lamentaba Rubén—. No sabíamos si aún estaba allí. Esperábamos que nos

informaran. No estábamos muy seguros de que nos dejaran entrar, pero suponíamos que nos dirían si ella estaba en el centro, y si estaba bien.

A media mañana, Rubén entendió claramente por qué no convenía liarla en la cola. Unos cuantos metros delante suyo, cuando ya estaban en el principio del pasillo más interior, empezó una discusión en la cola. Rubén me dijo que todavía ahora no sabe el motivo. El resto se apartó hasta dejar un espacio que momentos antes parecía imposible. La trifulca no fue a mayores, pero por desgracia, y sin querer, volcaron uno de los carros. Los guardias no lo dieron por concluido. Se acercaron cinco. Iban ataviados con todo el uniforme de los antidisturbios, por lo que era imposible reconocer sus expresiones ni quién se escondía debajo de tanta armadura. Los desgraciados que habían discutido palidecieron, lo que realzó la roña de sus rostros. Sin mirarlos, cuatro de los guardias se les acercaron decididamente y los golpearon hasta que terminaron en el suelo hechos un ovillo. Aprovecharon para patearlos. El quinto guardia controlaba a los posibles valientes. Ese día debían haberse tomado vacaciones, ya que nadie osó levantar la mirada.

—Era una vergüenza, Jan, ¡no sabes cómo se estaban despachando! Pero ninguno de nosotros fue capaz de salir a su rescate. Cuando se dieron por satisfechos, simplemente volvieron a sus puestos. Todos evitábamos hablar con nadie. Si alguien osaba preguntar, se le respondía dándole la espalda. Era

la mejor manera de evitar conflictos, aunque demasiado frustrante.

Faltaba poco menos de media hora para que terminara mi guardia. Era mi obligación dar una vuelta de reconocimiento, pero no quería dejar la conversación aquí. Llegaba el momento de saber de María. Casi vuelvo a morderme las uñas, vicio que había conseguido dejar años atrás.

—Rubén, ¿cómo te sientes para dar una vuelta de control por la finca?

—Casi en plena forma, después de la ducha, la cena y, sobre todo, de estar al fin aquí. No me cansaré de repetirlo.

—Pero ¿seguirás explicándome?

—No te preocupes, no te irás a dormir sin saber.

Tanto Shyra como Lira salieron al oír el movimiento. Llum, que descansaba a nuestros pies, ya estaba a la espera de las compañeras para poder alterarse un poco las unas a las otras. Siempre conseguían suavizar la tensión, el malhumor o cualquier sensación de agobio. Constantemente repartían alegrías y daban cariño. Al empezar a caminar, Rubén continuó su historia.

—No sé cuánto tiempo hicimos cola. Se eternizó. Llegó el cambio de guardia de la hora de la comida y aún teníamos delante a cinco mercaderes. Al quedar dos, los que controlaban

comenzaron a mirarnos con regularidad. Era evidente que no íbamos con ninguno de los grupos que pretendían comerciar con el hospital. No tardamos en ser el centro de sus miradas. Como puedes comprender, nuestros nervios aumentaron al vernos vigilados por tantos seres irreconocibles y armados. No fue plato de buen gusto. La cosa se complicó cuando no pudimos entregarles documentación. No nos permitían dar ninguna explicación. Lentamente, casi sin darnos cuenta, nos hacían retroceder. Eran como robots, incapaces de pararse un instante y plantearse las órdenes recibidas. La combinación perfecta con las armas y munición suficiente como para conquistar el Oeste. Por el rabillo del ojo, vi acercarse varios acorazados más desenfundando sus porras. Empezamos a retroceder conscientemente. Intentaba interponerme entre los guardias y mi pequeña, pero nos estaban rodeando. Sabes que siempre he defendido el diálogo y la paz. Soy más *hippie* que *yuppie*. Pero, cuando te sientes tan amenazado e impotente, se despierta la ira que has controlado toda la vida. Te puedo asegurar que, si hubiera podido, los habría eliminado de la ecuación sin pensármelo. Por el contrario, solo alcancé a gritar el nombre protocolario de mi hija. Grité repetidamente a todo pulmón: «¡Doctora Astir!». No sé qué esperaba conseguir realmente, pero funcionó. Tres chicas vestidas con bata de laboratorio llamaron a uno de los soldados. Entonces añadí que era el padre. No sé qué les dijeron, pero se separaron lo suficiente de nosotros como para no sentir la necesidad de salir huyendo. Mar aprovechó la

distancia creada para zafarse y llegar hasta la valla. La frenó un tiro a un palmo de su siguiente paso. La verdad, no sé en qué estaba pensando. Pero ella no le dio demasiada importancia. Empezó a llamar a su hermana. La volvieron a traer hasta mí a empujones. No pretendía moverme de allí, pero nuestros pies retrocedían en contra de nuestra voluntad. Las súplicas de información terminaron por tener su efecto. Respondió la voz de un hombre con un tono seco, supongo que pretendía que no preguntáramos más: «La doctora se ha ido».

Rubén paró su relato. Aquella frase le costó. Se le veía resentido. No me atreví a avasallarlo a preguntas, respiré hondo y esperé pacientemente a que su historia prosiguiera, cuando él estuviera preparado para seguir. Intuí que lo que seguía era un capítulo duro para él.

—Aún hoy no entiendo cómo aquel guardia esperaba que un padre y una hermana preocupados no le formularan todas las preguntas lógicas —prosiguió Rubén —. ¿Cuánto hace? ¿Adónde? ¿Con quién? Hasta pregunté por su pareja, pero el informante había vuelto al modo robot. El que se había situado detrás me inmovilizó. Su compañero me golpeó en la boca del estómago. No podía respirar. Me arrastraron hasta uno de los laterales y me tiraron como si fuera basura. Los dos que sujetaban a Mar la empujaron hasta situarla a mis pies. Allí nos dejaron, sin más explicación. Dos guardias se quedaron a unos cinco metros para custodiarnos y controlar nuestras posibles

reacciones. Tristemente, nadie movió un dedo para ayudarnos. Ni se atrevían a mirarnos, como si los pudiéramos hacer caer en desgracia. Por mucho que me doliera o me frustrara, no íbamos a conseguir nada permaneciendo allí.

Sus gestos tenían cierta carga de amargura. Estábamos a punto de llegar de nuevo al porche, tras la vuelta de reconocimiento. Me había fijado poco en todo lo que tenía que controlar, solo esperaba que mi descuido no conllevara consecuencias nefastas para nuestra gran familia. Seguía sin saber de mi amor platónico más que cuando habíamos emprendido el camino y la frustración podía leerse claramente en mi rostro. Por suerte, Rubén ni me miraba, tan apenado como estaba recordando sus periplos en la ciudad.

—La vuelta resultó algo penosa. No tengo edad para que me golpeen.

—Ni tú ni nadie —le dije sonriendo para intentar sacarle un poco de hierro al asunto.

—Mar me ayudó a incorporarme. Sin ella, habría sido más difícil. Los soldados nos terminaron de ayudar acompañándonos con suaves empujones. La verdad es que tanto ella como Albert nos han cuidado como pocos son capaces. Sin ellos, no habríamos conseguido llegar ni a Barcelona. Mucho menos hasta aquí. —Se tomó un momento, como si recordara todas las ocasiones en que habían dependido de su ayuda—. Al regresar al escondite,

lo encontramos abarrotado de gente desconocida. La alarma se apoderó de mí. No veía a mi mujer ni a mi yerno. Cuando nos abrieron camino, vi a Tessa atendiendo a un niño que había sufrido malformaciones en ambas manos. A primera vista, evocaban pinzas en vez de manos. Tenía fiebre. Tessa le ponía paños. Ya sabes que Tessa se desvive por ayudar a la gente, como María, y tiene buenas nociones de medicina, pero poco más podía hacer con lo que disponíamos. Pasó unas cuantas horas atendiendo a la gente. Tener a un médico (o a alguien que actúe como tal) es un lujo y nadie quería desaprovecharlo. Yo me recuperaba de los golpes y del orgullo herido, y controlaba la rabia por seguir sin saber nada de mi otra hija.

Entendía la incerteza de Rubén de no saber. Yo estaba a punto de sufrir un ataque cardíaco, y no era el padre. Pero por suerte, continuó su relato y con su primera frase me pareció que llegábamos por fin a la información más relevante.

—Jan, tú mejor que nadie sabes que las buenas acciones obtienen recompensa tarde o temprano. Y eso fue lo que nos pasó, gracias al buen hacer de Tessa. Una mujer, que iba acompañada de una chica preadolescente y había oído toda nuestra historia y sentía todo nuestro pesar, reconoció la semejanza entre ambas hermanas.

Rubén tenía razón, María y Mar tenían claras similitudes. Podía considerarse que las dos eran guapas, tenían un timbre de voz

parecido y sobre todo muchos gestos en común, pero para mí nadie en este mundo tenía la sonrisa de María, ni su mirada, ni sus graciosos movimientos al andar. Para mí, María era única.

—Confirmaron la presencia de María en el centro, ya que ellas eran parte del grupo que habitualmente entra en el hospital con mercancías varias y alimentos y la habían visto varias veces.

—prosiguió el padre—. Nos dejaron muy claro que los guardias nos habían mentido porque no se habían movido de la zona y en ningún momento habían visto a la doctora irse. Nos aconsejaron no volver a preguntar por ella. No daban segundas oportunidades. Si insistíamos, era probable que nos dejaran entrar, pero hasta el crematorio. Sentí alivio al saber que estaba sana y a salvo, pero la indignación por la mentira no tardó en aparecer. Le cedió el paso a la desesperación por la falta de opciones para conseguir verla. No entiendo por qué nos mintieron.

Pasaba por la misma montaña rusa de sensaciones que pasó Rubén en aquel momento. Pero me quedó el alivio de saber que estaba viva y, en principio, segura en el Clínic. Rubén me contó que aquella mujer, como pago por los servicios prestados y como prueba de su buena voluntad, se comprometió a meter en el centro a uno de ellos junto con su grupo. Los llevarían hasta donde existía alguna posibilidad de encontrarla, el punto más interior al que podía acceder a la gente de fuera. Rubén y Mar fueron descartados al instante puesto que podían reconocerles.

Tessa quería entrar. Por suerte, Albert también se ofreció y la elección fue fácil. Alegó que pasaría más desapercibido, ya que podía cargar bultos o tirar de un carro. Era cierto y Tessa lo reconoció al instante, aunque a regañadientes: ella levantaría sospechas, mientras que un muchacho joven y con salud era más creíble. Tenían autorizada la entrada en una semana, aunque eso no los libraba de pasar por el registro exhaustivo de rigor. Se encargaron de dejar bien claro que, en caso de problemas, ellos intentarían desentenderse y negar que lo conocieran, si les era posible, cosa que no parecía garantizada. Su miedo a las represalias era muy evidente. Entendí de inmediato el mal trago que pasó la familia: no tranquiliza mucho tener a tu hija en un lugar al que el resto de la humanidad teme.

Tessa pudo descansar muy poco esa noche. No paraba de acudir gente al saber que había una médica. Nadie les dijo que era psiquiatra. Lo importante era la palabra *doctora,* aunque lo hubiera sido en comunicaciones.

Estábamos por volver a sentarnos donde nos esperaban las tazas vacías cuando apareció el cambio de guardia. Pedro, que ya no se tapaba, llegó con un viejo ukelele del despacho.

—Buen… casi día —dijo con una sonrisa. Desde la integración con el pueblo, su estado de ánimo y seguridad en sí mismo habían mejorado tanto que era como comparar el viejo mundo con el actual. Vamos, nada que ver.

—¿Nos vas a tocar algo?

—Tocar para ti será un placer.

Dicho y hecho. Comenzó a acariciar, pinzar y rasgar las cuerdas del instrumento. Siguió por un canturreo en busca de tono y ritmo. Al poco, nos deleitaba con una canción de cosecha propia. Narraba parte de su historia con unos toques cínicos de lo más entretenidos. Alabamos su creatividad y el ritmo alegre de una letra con gran carga emocional.

Estaba claro que la conversación había concluido. Tendríamos que continuar por la mañana. Ahora que ya no tenía la obligación de estar despierto y sabía que ella seguía viva, el cansancio comenzó a apoderarse de todo mi ser. Cuando terminó la canción, me dispuse a despedirme.

—Continuamos hablando en unas horas. Vete a dormir, que estás a punto de hacerlo en la silla —se anticipó Rubén a mi proclama.

—Sí, me voy a la cama. Estoy agotado. ¿Qué vas a hacer?

—Me quedaré un rato más con Pedro.

Le di un abrazo y me fui seguido por Llum, que me acompañó en el sueño reparador.

XLI: LA PRESA

Al despertar, fui directo a la cocina para mi dosis matutina de cafeína. Me encontré con Carlos. Lo vi demasiado decidido como para no pararlo y preguntarle dónde iba antes de mi adorado café.

—*Bon dia. On vas tan ràpid?*

—*Surto! Intentaré caçar.*

—*Quina vols que sigui la teva presa?* —intervino Rubén. Algo debía haber dormido, ya que se le veía mejor cara que durante la guardia. Su interés por la caza era real y no solo una cortesía.

—*Conills, perdius, el primer animal que es posi a tret.*

A Rubén le sorprendió la respuesta del muchacho, daba por hecho que no cazábamos nada al tener en la finca conejos y demás animales de granja que nos alimentaban. Carlos le aclaró que era mejor no confiar demasiado en lo que teníamos ahora y que prefería practicar en movimiento que con dianas estáticas. Al no conocer bien a Carlos, Rubén se quedó completamente perplejo, sin saber cómo seguir la conversación con un niño que parecía prepararse para lo peor. Ciertamente, no cuadraban mucho las respuestas que daba con la edad que aparentaba y tenía. Al confirmar la edad del niño, aumentó su asombro. Carlos era muy maduro y estaba muy curtido. Demasiado, quizás. De

todas formas, yo seguía tratándolo como al niño que era, y le pedí que no saliera de la finca. ¡No estábamos ahora para misiones de rescate!

—*Hi vas amb algú?* —le pregunté con un atisbo de esperanza de que estuviera acompañado por si se ponía en algún apuro.

—*Ja saps que la Lira sempre ve.*

—*Algú més?* —insistí ya con un tono menos paciente. Había momentos en que su actitud podía ser desesperante, y la falta de cafeína me volvía algo más irascible.

—*Ara preguntaré a la resta de la colla*— dijo, y se fue corriendo en búsqueda de algún compañero que quisiera seguirle. Llum intuyó que la diversión acaba de partir, me echó un último vistazo y salió tras él.

—¿Me acompañas a por café?

Sin necesidad de respuesta, nos pusimos en marcha en busca de la matinal bebida. La casa estaba prácticamente vacía. Nos sentamos en la isleta de la cocina a esperar que la cafetera alcanzara la temperatura y filtrara el grano molido.

—¿Has conseguido dormir algo?

—Lo suficiente como para estar en plenas facultades.

—¿Qué tal Tessa y el resto?

—Ella sigue durmiendo y los chicos creo que están fuera con Sussy y David, charlando. Tendrán ganas de ponerse al día.

—Entonces tenemos tiempo para que sigas explicándome y me pongas al día a mí también. ¿Te parece bien?

—¿Por dónde iba?

No sé si me lo preguntó para comprobar si había estado atento o porque realmente no recordaba el punto exacto. No me pilló desprevenido y le repetí su última frase. Ansiaba saber y mi cerebro me acompañaba como nunca.

—Por lo visto, los mercaderes no tienen tique de visitas todos los días. Según las necesidades del centro, los días pueden variar. Pero la información llegaba pronto a la zona. Tendríamos que permanecer casi una semana a la espera de intentar entrar y encontrar a la niña. Nadie sabía decirnos lo que hacían dentro del centro. Estaba claro que allí dentro había algo que querían proteger de miradas demasiado curiosas. No podía tratarse solo de las cuatrocientas personas que albergaba el hospital. No tendría sentido. Aunque, hoy por hoy, me lo creería todo. También nos indicaron puntos similares al Clínic en diferentes zonas de Barcelona. Gran parte de la información era de oídas, por lo que su fiabilidad es relativa, pero está bien saber qué se cuece en la ciudad. Pasamos los días de espera ayudando a Tessa a atender pacientes o mirando al conjunto del territorio del Clínic en busca de una imagen fugaz de María, confiando en la suerte.

Como puedes comprender, la alegría inicial de saber que estaba viva pronto dejó paso a la preocupación sobre su estado.

Diferentes miembros del grupo fueron incorporándose a la cocina. Todos se acercaban en silencio para no interrumpir el relato. Era poco probable que nadie dijera nada. Nos habíamos vuelto bastante aficionados a las vivencias de los nuestros y ya éramos todos oyentes adiestrados. Por desgracia, todas las historias eran interesantes. Tenían intriga, misterio, drama y terror. Pensándolo fríamente, eran mucho más atractivas que las de la época de mando y televisión.

—Terminaron por integrarnos en sus labores de búsqueda tanto de alimento y líquido como de cosas útiles para comerciar. Lo más solicitado eran los cargadores solares. La red eléctrica no funcionaba y los móviles servían de poco. Pero ese poco era muy codiciado. Muchos conservaban todos sus recuerdos en el teléfono, y ahora esos pequeños tesoros hacían más soportables las penurias que tocaba vivir. Las joyas seguían teniendo su mercado, por lo que también se vendían bien. Era increíble, pero durante las horas de búsqueda reinaba una tregua no pactada. Se veía movimiento en casi todos los edificios. Los niños corrían por los pasillos o se escabullían por huecos diminutos para acceder a los lugares que los adultos no alcanzaban. Era un caos que todos parecían saber administrar. Hasta nosotros empezábamos a sentirnos cómodos. Supongo que acabas acostumbrándote a todo.

Seguían apareciendo más compañeros del grupo y todos se quedaban a escuchar. Se servían alguna bebida y buscaban un lugar donde acomodarse o apoyarse. Éramos muy afortunados y en ese momento todos éramos conscientes de ello. Agradecer las pequeñas cosas que hacen la vida deliciosa era reconfortante. Como todo, era engañoso. Este tipo de placeres, al repetirse, dan una sensación de normalidad, de seguridad, de haber pasado ya lo peor, pero eso era poco probable, y llevábamos muy poco tiempo en ese mundo para saber con certeza cómo iban a ir las cosas. Por eso era importante valorarlas y ser conscientes de la fugacidad de todo. Hasta de la propia existencia. Teníamos que aprender a vivir el presente y a usar las experiencias pasadas para encarar un futuro incierto. Rubén continuaba con su explicación.

—Dedicábamos parte de la mañana a las tareas encomendadas. También nos integraron en el cuadro de guardias. No eran demasiado efectivas, ya que nosotros habíamos entrado y salido sin ser detectados, o al menos no habían demostrado lo contrario, como nos había pasado en otras ocasiones. Pero lo cierto es que les daba lo que necesitaban: una sensación engañosa de seguridad que les permitía dormir por las noches más de dos horas seguidas. Otro aspecto positivo era que todos los que vivían en el edificio se conocían y colaboraban. Esto favorecía otras facetas de la convivencia.

Rubén sonreía al recordar el grupo del edificio. Supongo que entablaron incluso cierta amistad. Nos contó que Tessa seguía

ayudando a todo aquel que lo necesitara. Esto daba un cierto prestigio al grupo, por lo que todos los vecinos se volcaron bastante en ellos y en su misión de encontrar a María. Confiaban en que el personal sanitario que había reaccionado al oír el nombre de la doctora Astir la habría avisado que alguien la buscaba y quizás ella intentaría dar señales de vida, como había hecho con el grupo de Esther al mostrarle una toalla con "Can Poble" escrito en ella.

—Pero no hubo manera de ver a María. La desilusión era evidente, tanto que la gente apartaba todas sus penurias para intentar animarnos. Uno de esos días, se me acercó una mujer y me agradeció nuestra presencia en el edificio. Me lo agradeció tanto, que incluso me incomodó. Por lo visto, había aumentado el caché de la comunidad. El mundo está muy loco. En ese momento, se me pasó por la cabeza que quizás Tessa acabaría siendo un activo demasiado valioso para dejarla escapar y nos harían rehenes.

Entendí su preocupación. Vivíamos en un estado en el que la línea entre la cordura y la locura era tan fina que a menudo pasaba desapercibida. Nosotros, en nuestra recién creada comunidad, también teníamos rehenes, el grupo en cuarentena. Era algo que Rubén y su familia desconocían y mejor seguir así. No era momento de añadirles preocupaciones. Todo a su momento.

Al localizar a Mar y Albert apoyados en una de las paredes de la cocina, Rubén les dedicó una sonrisa y prosiguió.

— El día previo al intento de infiltrarnos, Mar estaba de los nervios. Albert parecía tranquilo. Probablemente lo aparentaba para evitar causar más preocupaciones. Él era quien se jugaría más los huesos en la incursión. Mar insistió en acompañarle, pero no podíamos jugárnosla a que los guardias la reconocieran. Había pasado ya una semana, pero seguía siendo demasiado arriesgado. Y no queríamos perder la única oportunidad que se nos presentaba. No había discusión posible. Los residentes se cerraron en banda.

Todos miramos a Mar, como si ella fuera algo más cabezota de lo que podían ser sus padres. No era cierto. Sencillamente Mar llevaba peor la impotencia y, en este caso, no solo le preocupaba su hermana, sino que también se jugaba la vida su novio. Demasiadas posibles pérdidas en poco tiempo.

—Al fin llegó la madrugada del intento. Albert los ayudó a cargar los carros. Tessa también tuvo su momento de rechazo cuando intentó suplir a Albert. Con ella, la cosa era diferente. Los guardias no la conocían, pero ningún vecino estaba dispuesto a entregar una pieza tan valiosa. A mí no me gustaba que se aferraran tanto a su presencia. La tenían como si fuera su presa más codiciada. Tenía claro que no nos quedaríamos allí

para siempre, pero tampoco quería sacarlo a relucir en aquel preciso instante.

Una vez que estuvo todo listo, emprendieron camino. Los escasos doscientos metros que los separaban de la primera de las barreras que impedían la entrada se eternizaron. Rubén, Tessa y Mar subieron al puesto de observación. Habían tenido tiempo suficiente para detectar los mejores puntos del edificio y ver los diferentes posibles lugares de encuentro visual. Si la cola del primer día se les había hecho eterna, imaginé cómo les costó esta vez estar mirando a la espera de que sucediera algo y a la vez rezar a lo que fuera para que todo saliera bien. La quietud general en el día de los mercaderes era sorprendente. Por la noche, se podía haber liado la batalla campal más grande, pero cuando era el momento de comerciar, reinaba la calma. Supongo que todos sacaban algún provecho al mantener la paz por un rato. Rubén iba a proseguir, pero pensó que quizás sería mejor que esta parte la contara Albert, que fue quien la sufrió en primera persona. Se notaba que su relación era buena. No siempre es fácil tener complicidad con las personas que tus hijas traen a casa, pero tanto Albert como el patriarca de la familia eran gente fácil.

—Tú lo estás haciendo muy bien, Rubén. Los tienes a todos expectantes. Si te dejas algo relevante, ya lo agregaré, no te preocupes —le respondió amablemente Albert con una sonrisa. Albert no quería protagonismo y ya le gustaba oír en boca ajena el relato, como si la cosa no fuera con él. Así parecía todo más

ficción que cuando uno lo cuenta. Rubén le hizo caso y siguió con la historia que nos tenía a todos en vilo.

—Cuando le llegó su turno, los cachearon a conciencia. Comprobaron la documentación de la concesión. Inspeccionaron bastante por encima la mercancía. Vamos, que no se mancharon demasiado las manos en revolver todo lo que llevaban en los carros. Al pasar la puerta original de la parte trasera del hospital, se accede a un pasillo al aire libre con enormes ventanales a ambos lados. En todos ellos había gente armada controlando que no hubiera ningún incidente. En mitad del pasillo hay un puente cubierto que enlaza los dos edificios. Allí se escondían un par de metralletas de las de gran calibre. Son invisibles hasta que las tienes encima. Es imposible huir si se ponen a funcionar.

Antes de empezar a montar la paradita, la administración tenía que dar el visto bueno. Eso implicaba la revisión exhaustiva de los carros para comprobar la lista que llevaban los vendedores, a modo de inventario, que tenía que coincidir a la perfección con el contenido desplegado. El treinta y tres por ciento, a ojo de buen cubero, se lo quedaba la administración como comisión por permitirles vender. Al terminar la jornada y una vez valorado lo que se habían quedado, les pagaban con medicamentos o visitas médicas. Para realizar los pagos, les otorgaban una especie de tarjetas regalo para ser atendidos por un médico, según el tipo de consulta o la gravedad. El coste del servicio médico demandado

repercutía en el volumen de tarjetas de vista que se debía entregar. En un mundo que facilita las lesiones, las heridas, la malnutrición, las infecciones y demás, tener tarjetas suficientes podía suponer la diferencia entre la vida o la muerte. El acceso a las visitas médicas también estaba regulado por horario y número de pacientes. Atendían exclusivamente a los cien primeros, y los días impares. No parecía algo muy lógico, pero las cosas eran así.

Al fin terminó toda la burocracia y pudieron instalar su puesto de venta en el lugar indicado. Los guardias estaban atentos para que no hubiera conflictos ni robos entre los visitantes, pero poca cosa más. En el fondo, estaban poco pendientes de nada, como si al estar dentro, tras todos los controles, se supieran a salvo. Albert aprovechó esta circunstancia para moverse con cierta autonomía por la gran sala destinada a ellos. Tanto los médicos como el resto de los residentes del Clínic no tardarían en empezar a entrar en la sala. La ubicación que les habían concedido quedaba bastante alejada de la puerta principal de acceso. María podía entrar y no llegar hasta donde estaban instalados. Eso dificultaba acercase a ella o incluso verla, por lo que Albert intentó no parar de moverse, siempre buscando la manera de acercarse todo lo posible a la puerta. Los guardias aprovechaban y curioseaban en los tenderetes en busca de alguna ganga. También a estos les pagaban con vales médicos, aparte del equipamiento y la manutención. Solo necesitaban los vales

para comprar caprichos. Para los residentes en el hospital, era como vivir en esos hoteles en los que, al mostrar la pulsera, consigues lo que necesitas sin sacar la cartera. El mismo principio funcionaba en otros centros. Los vales se habían vuelto la moneda de cambio oficial de la zona.

Abrieron la puerta doble y los residentes empezaron a entrar. Por lo visto, para ellos era como ir de tiendas, una distracción que rompía la cotidianidad de los días de encierro. Algunos de los que paraban a comprar se comportaban como si te hicieran un gran favor por parar en tu puesto de exposición de material. La necesidad imperiosa de que les lamieran el culo flotaba en el ambiente. Pero también había otros que, a escondidas de los cuerpos de seguridad, intentaban ayudar de alguna manera.

El ambiente en la sala llegó a parecer al que se podría haber encontrado en cualquier mercadillo del pasado. La única diferencia era la ausencia de gritos de reclamo por parte de los vendedores ambulantes, pues la pena mínima por esta conducta era la expulsión y la prohibición de volver. Según la infracción cometida, la sanción podía afectar al individuo o bien a todo el grupo. Por ello no le dejaban mucha manga ancha al intruso al que ellos mismos habían facilitado el acceso. En uno de los escaqueos de Albert, uno de los guardias le prestó atención. Con aire distraído, fue mirando algo en un tenderete preguntando cualquier cosa en el siguiente hasta regresar al lugar que le habían destinado. Cuando el guardia lo alcanzó, ya estaba detrás

del mostrador. Aprovechó para venderle un cargador solar a su perseguidor.

En la cocina, todos soltaron una risotada. Los más cercanos a él, le palmeaban la espalda y lo felicitaban entre frases tales como «*ets un crac*», «*nano, ets la bomba*», «qué huevos», «*es necessiten pebrots i sang freda*»… Alabanzas que rápidamente se silenciaron para poder seguir con la exposición de los sucesos. Todos presentíamos que estábamos llegando al punto álgido de la narración y nadie quería perder detalle.

Cuando terminó la venta, se le acercó una de las chicas que lo habían ayudado a entrar y le susurró al oído: «Es el momento de ver a tu cuñada». Apenas terminó de hablar, le cortó la palma izquierda con un cuchillo. Un corte lo suficiente profundo y extenso para necesitar atención y puntos. Dejó que sangrara y goteara sobre el pasillo de tránsito para que, si algún vigilante los veía, no sospechara cuando se fueran a la sala de curas. Dejar pruebas del suceso ahorraría palabrería.

Antes de que pudiera acudir nadie, se lo vendó con un trapo. La palidez de su rostro por la impresión de lo inesperado evitó las preguntas al salir de la sala. No había motivos para sospechar que fuera una herida autoinfligida.

En el pasillo, los paró un soldado que parecía de mayor rango. «¿Adónde van?». «Lo llevo a que le curen». «¿Es tonto o algo parecido, que no puede ir solo?». «Se ha puesto blanco y le

tiemblan las piernas. He creído conveniente acompañarlo para que no se desmaye por el camino y lo deje todo perdido de sangre». «¡Maldito blandengue! Daos prisa en regresar. No queremos gente circulando. ¡RAPIDITO!». La última palabra, más parecida a un grito, ya la escucharon a sus espaldas.

Albert supuso que querríamos ver la herida de guerra, y levantó la mano en cuestión para mostrarla. Aún no estaba curada del todo. Mar lo cogía del otro brazo para darle apoyo y consuelo por el dolor sufrido y las molestias persistentes. Las aportaciones de este y las imitaciones de voces de Rubén le daban un toque humorístico al relato de unos hechos que, con toda seguridad, no habían sido gratos. Rubén prosiguió ya son imitar voces de guardias ni nada por el estilo. Su tono solemne auguraba lo peor.

—Aceleraron el paso, sin llegar a la imprudencia de correr. Mantenían la sumisión requerida: no mirar a los ojos a los que se consideraban superiores a los pobres desgraciados del exterior, no válidos para pertenecer al grupo selecto del centro. Es significativo que tantas veces se pueda convencer a algunos individuos de ser los escogidos y se los convierta en terroristas. Sin recurrir a la divinidad, se les había hecho creer que eran los únicos en merecer la subsistencia. Los demás somos meros espectadores que no tardaremos en desaparecer por falta de utilidad real.

Estas últimas palabras levantaron ampollas entre los presentes. Más entre los que conocían la situación por haber estado allí antes que ellos, con María. Ellos habían formado parte de esa gente despreciable, sin importancia, y a menudo todos parecíamos olvidarlo con nuestras actitudes ante los desconocidos.

—Fingir sumisión se cuenta entre las cosas más difíciles que me ha tocado hacer —intervino Albert con una media sonrisa, suavizando la tensión momentánea y devolviendo un poco de paz interior a los presentes.

—La sala destinada a las curas estaba repleta de gente a la espera: los cien escogidos del día, menos los ya despachados. Se situaron al final de la cola para esperar su turno. Como le habían advertido que debía darse prisa, la chica lo dejó allí. Le dio un último consejo: «Si quieres pasar pronto, procura sangrar delante de algún médico o enfermero. Suerte». Luego desapreció. Albert siguió las instrucciones. Cuando el primer enfermero se acercó a su zona, se destapó la herida y la apretó para que volviera a sangrar en abundancia y regresaran los sudores fríos. La suerte estuvo de su parte y se desplomó justo cuando el enfermero ya estaba a punto de pasar de largo. Todos suponíamos que el propio enfermero, al oír el golpe sordo de un cuerpo al caer inerte al suelo, debió actuar, porque Albert no tenía ningún recuerdo. Perdió la consciencia de verdad. Cuando

volvió a abrir los ojos, se encontraba estirado en una camilla y María le estaba tomando la tensión.

Cuando oí su nombre, mi corazón paró de repente. Me estaba temiendo lo peor, pero saber que Albert había podido localizar al fin a María me dio cierto respiro. La pausa dramática de Rubén en aquel momento también ayudó a centrarnos todos un poco en la magnitud de lo que vivieron en Barcelona. Cuando te lo cuentan en un relato, parece que todos seamos más capaces de abstraernos, como si no fuera real, pero por desgracia vivíamos aquella pesadilla en carne propia cada día. Albert nos sacó de nuestros pensamientos:

—Por suerte, no metí la gamba. Estaba débil pero lo suficientemente concentrado en mi misión para no expresar mi alegría de verla. Había también un enfermero junto a María. Creo que fue el que me socorrió del frío suelo. María no tardó en deshacerse del enfermero hábilmente y sin levantar sospecha con la excusa de que fuera a buscarle algo. *«Què hi fas aquí?». «També jo me n'alegro de veure't! He vingut a buscar-te».* Pero tuvimos que volver a guardar silencio cuando un compañero se acercó a hacerle una consulta sobre otro paciente. Intentamos que nuestras miradas cómplices no nos delataran. Os aseguro que es muy difícil contenerse, pero la sensación de peligro era tal en su rostro que no me atreví ni a pestañear.

Los presentes conteníamos la respiración. Saber que María no lo estaba pasando bien, a pesar de saberse sana y salva en un recinto fortificado, era duro de digerir. Personalmente, me la imaginé presa, sin libertad de movimientos ni casi de pensamientos, viviendo el día a día como un autómata, con la única consolación de pensar que su familia y sus compañeros del grupo de supervivientes de la Sagrada Familia estarían bien en Can Poble. Supuse que ver a Albert allí la intranquilizó mucho.

—Una vez zanjada la consulta del compañero, procedió a suturar, mientras hablaban en susurros para que nadie los escuchara, por muy cerca que estuvieran uno del otro —prosiguió Rubén.

—Para ser completamente fieles a la historia, pregunté por la anestesia y mi cuñada me acusó de débil. Todo por no querer malgastarla conmigo —bromeó Albert, viendo los semblantes tan serios de los presentes. Quería sacarle hierro al asunto, pero todos éramos conscientes que María no estaba con nosotros y que, por lo tanto, no habría final feliz a esa historia.

.

—Por lo visto, estaba completamente desconcertada de verlo allí. Cuando se enteró de que el resto de su familia permanecía fuera, aún alucinó más —dijo Rubén, confirmando mis sospechas—. No entendía cómo habíamos viajado hasta Barcelona tal y como estaban las cosas. Casi le empezó a pegar bronca, pero Albert se salvó de una de buena porque María no quería que nadie supiera

que se conocían, por miedo a las represalias en uno y otra. Albert le recordó que ella nos había dicho, a través del grupo de Esther, que pensaba ir a nuestro encuentro en un plazo de tiempo determinado. Entendió que, al pasar el tiempo sin que ella apareciera, nos preocupáramos y sin dudarlo mucho fuéramos a buscarla.

María se lamentó de la imposibilidad de comunicarse con el exterior. Los intentos anteriores habían pasado facturas demasiado elevadas para los portadores de mensajes. Ella tenía la sensación constante de que todos la vigilaban. No se estaba volviendo paranoica. Existía la política de premiar a quienes denunciaran delitos cometidos por cualquier residente o visitante. Y funcionaba. Al principio, la gente se lo tomaba a broma, hasta que llegaron las primeras denuncias, recompensas y castigos. La prudencia, la autocensura y la paranoia se instalaron para no desaparecer. De todas formas, María se arriesgó en un último intento para pasar información. Le dijo a Albert que intentaría pasarle un lápiz de memoria.

—Teóricamente, contiene toda la información recopilada hasta el momento sobre el virus de la infección. No lo hemos podido abrir por falta de medios.

Rubén sacó el *pendrive* de su bolsillo y lo dejó en la encimera. Todos queríamos tocarlo, conectarlo al ordenador y ver qué contenía, pero antes teníamos que terminar con la historia de

María y averiguar cómo había logrado pasar esta información y por qué no había emprendido camino con ellos. Como si me leyera la mente, preguntó:

—¿Lo abrimos ahora y dejamos la historia para otro momento?

El clamor popular lo llevó a continuar con lo que me interesaba saber lo antes posible.

—Albert le preguntó si podíamos hacer algo para sacarla de allí. Su respuesta me sigue resultando preocupante y desagradable. Dijo que era imposible. Es más, que, si consiguiera salir, la perseguirían hasta darle caza, y a nosotros nos esperaría la ejecución por ayudarla. No se podía desertar del centro. Si estaba allí es porque era una pieza necesaria, y no estaban dispuestos a renunciar a activos como ella. Cuando alguien es prescindible o comete una falta grave, lo expulsan, si tienen un buen día, o lo ejecutan, si es un día de estrés normal. También nos emplazó a venir aquí. Nos dijo que intentaría ponerse en contacto, pero no quiso asegurarlo para no preocuparnos.

—Ella está bien —añadió Albert—, no le falta nada imprescindible. Incluso tiene algunos lujos. Dentro no se está mal, siempre que no crean que puedes causar problemas ni llames demasiado la atención. Intenté convencerla por todos los medios para que se arriesgara a ser libre. No hubo manera. Ni al usar la baza de que nosotros no nos moveríamos de allí sin ella... Al revés, me dijo que tenía que convencer al resto de la familia

como fuera para salir de Barcelona lo antes posible. Que allí solo nos esperaba dolor, sufrimiento y posibles ataques violentos. Las oportunidades estaban en las afueras, alejados de los núcleos de población. Repitió mil veces: «Id con Jan». Defendía su postura con el argumento de que tu proyecto de finca autosuficiente convertía tu hogar en uno de los pocos lugares aptos para un nuevo principio. Y por lo visto, ¡no le faltaba razón!

Todas las miradas se dirigieron a mí. Me incomodaban tantos ojos escrutando mi reacción, cuando yo mismo estaba intentando digerir la información. María estaba presa. Quizás en una cárcel de oro, pero no dejaba de ser una rehén más de un grupo armado. No podía dejar de pensar en ella.

—*T'estàs posant com un tomàquet* —soltó Carlos de repente, con lo que incrementó el rubor en mi rostro.

—Le dijo a Albert que saliéramos lo antes posible de la ciudad. Que tomáramos la misma ruta que había tomado el grupo de Esther. Si el grupo había llegado hasta nuestra casa para informarnos sobre María y sobre sus planes de acudir a Can Poble, era el camino más seguro.

Rubén le dedicó una sonrisa a Esther, como máxima autoridad del grupo que un día se había presentado en su casa con noticias de su primogénita. Se lo notaba agradecido por ello. El grupo entero se sintió halagado por el reconocimiento. Estos pequeños detalles son los que facilitan la convivencia. Como decía l'Avi:

«Es guanya més amb una llepada que amb una mossegada». Durante años repetí esa frase hasta la saciedad a mis jefes de turno. Jamás fueron capaces de entender por qué lamer es más eficaz que morder.

La que se notaba con más ganas de abrir el *pendrive* era Tessa. De vez en cuando lo miraba de reojo. Yo no podía más que sonreír cada vez que la veía comprobar que continuaba en el mismo lugar. Rubén también vio sus ansias por saber y decidió terminar el relato lo más rápido posible con las últimas pinceladas de información.

—«Antes de irse, pase otra vez por aquí. Revisaremos y limpiaremos la herida de nuevo», le dijo María al ver acercarse a otro médico. La conversación se tenía que dar por concluida, pero con una mirada Albert le aseguró que seguiría estas instrucciones y volvería antes de salir del recinto. El hombre que se acercaba con cara de pocos amigos, de unos sesenta años, con bata blanca, llevaba unas placas de tipo militar colgadas del cuello. Dijiste que tenía pinta de estirado, ¿verdad, Albert?

—Es cierto, se notaba que llevaba toda la vida con un palo metido...

—¡Hay niños! —le chistó mi madre con una sonrisa desde el otro lado de la barra, ya en el salón comedor. A menudo no éramos conscientes de ello, pero los menores escuchaban todas nuestras historias sin perder detalle. Y quizás algunos detalles

eran demasiado preocupantes para oídos tan tiernos, por no mencionar algunas salidas de tono como esa última de Albert, que guardó silencio y no terminó la frase.

—Albert volvió obediente a la gran sala de ventas. Los guardias procuraban que las diferentes facciones no confraternizaran demasiado. El correcto funcionamiento del centro requería una clara distinción entre mercaderes, sanitarios, demás empleados, soldados y mandos. Eran grupos claramente diferenciados. Aunque, tradicionalmente, los médicos tampoco solían relacionarse demasiado con el resto del personal, ahora la normativa interna limitaba su libertad de compañía.

Por lo visto, los soldados se regían por normas todavía más estrictas. No se les consentía dudar al cumplir órdenes. Las faltas se pagaban con castigo físico. Los grados de tortura, de dolor, dependían de la infracción. La pena capital, vuelta a instaurar, se aplicaba en los casos más flagrantes. A los mandos ni se los veía ni se les mencionaba, como si fuera tabú hasta pensar en ellos. Aquella jerarquía tan dictatorial no podía llevar a nada bueno.

Un par de horas después, dieron por concluido el mercadillo. Mientras el resto recogía, Albert salió discretamente detrás de los últimos visitantes. En nada, estaba de nuevo en la sala de curas, tal y como María le había ordenado. Se sujetaba la mano por si alguien preguntaba. Al verlo entrar, María le indicó que

se acercara. Cuando lo ayudó a subirse en la camilla, le metió el *pendrive* en el bolsillo del pantalón, junto con una nota. Le pidió discreción con la mirada. Estaba segura de lo que hacía, pero se la notaba algo nerviosa y con miedo.

—Creo que más por nosotros que por ella misma —puntualizó Albert, para tranquilizarnos a todos un poco.

—En la nota, nos indicaba lo que hay en la memoria y nos rogaba que nos fuéramos. Que siguiéramos las instrucciones dadas a Albert. Nos pedía que partiéramos con urgencia. Albert le preguntó por Paco, su novio, pero ella no pudo extenderse. Le dijo que estaba allí y que ocupaba un cargo de relevancia. La sonrisa que acompañó la frase transmitía más amargura que alegría por el cargo de su pareja, pero nosotros nos quedamos más tranquilos de saber que estaba bien acompañada y protegida.

Supongo que mi cara en aquel momento, ante tal comentario, era un poema y una clara manifestación de intenciones. Intenté mirar hacia otro lado para disimular un poco, aunque era difícil porque la cocina estaba abarrotada de gente y no tenía mucha escapatoria.

—En cuanto le volvió a vendar la mano, el mismo médico que antes los había interrumpido llamó al soldado de la entrada para que lo acompañara a la salida. Aunque Albert no lo quiera reconocer, esto debió acojonarlo un poquito —dijo Rubén con una sonrisa socarrona dedicada a su yerno por derecho.

—Por suerte, no hubo demasiado ajetreo en la salida —se apresuró a añadir Albert—. El soldado me condujo hasta encontrar a mi grupo de acceso, que permanecía apartado, a la espera de mi llegada. Los soldados que custodiaban los carros sí que me miraron con desprecio. No les importó que les enseñara el vendaje. Me increparon para que acelerara el paso y saliera del edificio lo antes posible. Yo también tenía ganas de salir de allí. El ambiente era irrespirable, con tensión constante. No me gustaría estar allí a perpetuidad. Recorrer el pasillo a la inversa me resultó más angustioso que al entrar, ya que tenía la certeza de que había miles de balas preparadas para dejarme como un colador si sospechaban que escondía algo. Podían dispararte por la espalda sin que ni siquiera te enteraras.

—A mí, las dos monstruosas metralletas apostadas me habrían hecho caminar con tembleque de piernas. Mi yerno salió como todo un machote con un corte lastimero en la mano —interrumpió Rubén, dejando claro que su admiración por Albert era sincera, a pesar de poder bromear algunas veces.

Las carcajadas no tardaron en acudir, incluso antes de que el aludido pudiera decir nada. Hasta Mar se reía mientras le golpeaba el pecho cariñosamente. A él, no le quedó más remedio que reírse de sí mismo. Cuanto más lo conocía, mejor me caía.

—El camino de salida parecía más rápido, hasta que uno de los soldados se acercó a la carrera. En ese momento, todos los que

aún no habían traspasado la puerta quedaron inmovilizados, hasta saber lo que sucedía. El soldado se paró ante el grupo de Albert.

En este punto, todos contuvimos la respiración. Miramos a Albert, que se limitó a hinchar pecho, como un palomo en celo.

—Por lo visto, el dispositivo que le habían vendido, probablemente el que le vendió Albert… —la apreciación volvió a generar risas y comentarios— no funcionaba y reclamaba su cambio o la devolución del pago. Como tenían apuntado todo lo vendido y a quién, era cosa fácil. Deben hacerles el control de lo que tiene la población del centro a los que lo dirigen de forma gratuita. Solventado el problema, las puertas se volvieron a abrir para permitir la salida de los vendedores. Allí tenían que entregar la hoja de ventas bien cumplimentada y se controlaba que salieran todos los que habían entrado. La cosa se habría complicado si alguien hubiera visto la entrega del lápiz de memoria y de la nota y hubiera denunciado a María y a Albert. No quiero ni pensar qué habría pasado si los hubieran vuelto a cachear.

Por suerte, Rubén se apresuró a precisar que salieron sin más contratiempos. El resto del recorrido hasta la puerta del edificio, donde ya los esperaba Mar, fue casi tan rápido como lo que ella tardó en bajar los pisos hasta alcanzar la puerta lateral de la calle de Rosselló. Tras la explicación de Albert, se resignaron y

siguieron las instrucciones a regañadientes. María les instaba a que la retirada fuera rápida y discreta. Esa era la idea.

—Pero esa es otra historia —zanjó Rubén, cansado ya de tanta verborrea.

XLII: LA TENSIÓN

Necesitaba salir a pasear yo solo, poner en orden mi cabeza, analizar toda la información y empezar a priorizar cosas. Había demasiados frentes abiertos y tenía la sensación de no llegar a todo. Por un lado, estaba la historia que nos acababa de contar Rubén. En mi cabeza solo se barajaba una opción: estudiar cómo sacar a María del Clínic. Antes debía analizar todo lo oído y recordar mis conocimientos de la zona. Conocía bien el hospital por dentro, por desgracia, pero quizás no lo suficientemente bien. Mi mente no paraba de imaginar escenarios posibles, y todos eran demasiado fantasiosos. Ni yo era un héroe ni la situación era fácil como para banalizarla y fantasear. También estaba sobre la mesa el contenido del lápiz de memoria. Tessa lo estaba estudiando con mi portátil. Se le notaba el alivio inmediato de poder leer la información que María había custodiado con tanto esmero. Se había preguntado cuál sería su contenido durante todo el camino y ahora, por fin, podría saciar su curiosidad.

Por otro lado, era consciente que la situación en casa había cambiado. Ahora teníamos a la familia de Rubén allí y era probable que se instalaran en nuestra finca. Eran nuevos en nuestra comunidad, por lo que, según el protocolo establecido, tendrían que pasar por un proceso de aprobación por parte de la gente del pueblo. No estaba dispuesto a que les pusieran en

cuarentena ni nada de eso, con lo que tendría que elaborar muy bien mi discurso y tener buenos argumentos para flexibilizar dicho protocolo, que hasta el momento estaba claro que no acababa de funcionar.

Y, además, para acabar de poner a hervir mis neuronas, en pocas horas estábamos citados David, Sussy y un servidor para una reunión en el pueblo en la que presuntamente decidiríamos qué hacer con los visitantes puestos en cuarentena y con el espía infiltrado que seguía sin soltar prenda. Era consciente de que gran parte de los vecinos optarían por deshacerse del espía, una vez obtenida la información. Mi mente se negaba a utilizar las palabras matar, asesinar, liquidar o ejecutar, aunque por desgracia eran las opciones más certeras en la mente de muchos vecinos.

La reunión iba a requerir muchas ideas y diálogo. Antes de volver a encerrarnos, necesitaba estirar las piernas, recorrer la finca y respirar aire puro. Eso me ayudaba a meditar un poco y descansar la mente para estar lo más fresco posible, dentro de las posibilidades. Dije que salía a hacer la ronda de inspección. Sabía que poco iba a inspeccionar con tantas cosas pendientes en mi cabeza, pero para ello tenía a las perras, que se apuntaban siempre que podían. Como recibían premios o felicitaciones cada vez que detectaban algo o a alguien, para ellas inspeccionar a fondo era un juego. Siempre llevaba premios en los bolsillos, por si descubrían algo.

Sin darme cuenta, se hizo la hora de partir hacia el pueblo a la reunión programada. La idea era escuchar las opiniones de todos respecto a los visitantes del pueblo y, sobre todo, respecto al espía, para después decidir nuestra postura como grupo. Como ya había dejado clara mi opinión anteriormente, me autoconvencí para intentar permanecer a la escucha y pensar en todo lo que decían los demás. Sobre todo, en lo que diferían. Me tomaba estas reuniones en casa como una práctica para las reuniones que mantendríamos en el pueblo, en caso de haber opiniones dispares sobre temas de importancia. Lo que realmente importaba era lo que el grupo decidiera, aunque dentro de mí sabía que eso no era del todo cierto. No dudaría en oponerme a cualquiera que quisiera echar a un grupo con una embarazada a punto de parir por la acción de uno de ellos. Creo que los que me conocían lo intuían y los que empezaban a conocerme se lo podían imaginar. Tampoco estaba dispuesto a convertirnos en salvajes que matan a quien consideran sospechoso o peligroso.

Estaba seguro de que todos terminarían por decidir acoger a los visitantes en cuarentena. Intentarían poner todas las garantías posibles y asumirían de una vez que no existía, ni había existido nunca, una garantía cien por cien absoluta. Cuanto antes lo aceptáramos y nos preparáramos para los casos difíciles, mejor viviríamos o, al menos, con algo más de serenidad. Era imposible estar siempre seguros, sentirnos siempre a salvo.

Llegó la hora de marchar. Bajamos en bicicleta y sobre el lomo de Babieca hasta la finca de Mari Carmen. De allí, partiríamos con el carro tirado por los burros, con la yegua amarrada en la parte trasera por si alguien quería volver antes o después del resto.

Jorge y Pedro aprovecharon el viaje. Pedro quería bajar al pueblo para ver a sus compañeros de grupo y ensayar un poco, y aprovecharía para pasar un rato con Susana y Marcel. Jorge bajaba a buscar más piezas. Tenía un proyecto en mente junto con Marc. Ambos creían poder instalar una red de alarmas por el perímetro que quisiéramos controlar, pero necesitaban materiales que no sabíamos si íbamos a conseguir en el pueblo. Era la mejor idea propuesta hasta el momento, con lo que todos aplaudimos su iniciativa en su momento, aunque a mí me causaba cierto malestar pensar en incursiones a localidades vecinas para provisionarnos de material que ahora no teníamos.

De hecho, estábamos solo a unos diez kilómetros de un municipio bastante grande con todos los servicios, o así era antes de la infección. Ninguno de los presentes había vuelto, ni tan siquiera nos habíamos acercado en aquella dirección. Todo parecía peligroso, y dirigirse a lugares más poblados todavía más. Sería otro punto más a discutir, pero ya más adelante, cuando las cosas estuvieran un poco más tranquilas y pudiéramos debatirlo con calma, sin distracciones. Solo esperaba que Jorge tuviera

suerte y pudiéramos retrasar la discusión en casa para cuando otros temas ya estuvieran más encarrilados.

La gente llegaba puntual a la reunión. Nosotros tres nos repartimos entre los diferentes corrillos que se habían formado fuera del ayuntamiento. Seguía impresionándome el efecto que causaba Sussy. Esa mujer de pequeña estatura parecía ser una giganta, dadas las miradas de admiración de la concurrencia. La observaban y se deleitaban en su gracia, alimentada por la leyenda que crecía en la comunidad. Esa bella dama, modernizada a su voluntad, levantaba pasiones por donde pasaba. Pobre del incauto que la intentara privar de voluntad y libertad. No desearía tenerla como enemiga. Su dulzura podía llevar a engaño. Su discreción, a menospreciar su capacidad. Si sumaba las dos cosas, te podías dar por perdido. Estabas en sus manos.

Germán nos hizo entrar en la sala de reuniones. Nos sentamos tranquilamente, con demasiada parsimonia para mi gusto. No había motivos para ponerse nervioso, pero no podía evitar dar vueltas a todos los frentes que teníamos abiertos. Germán abrió la reunión con la lectura de los puntos del día: fundamentalmente, qué hacer con los refugiados y cómo proceder con el espía.

—Matarlo. —Se oyó la voz de un hombre. No pude identificar su procedencia, pero me soltó la lengua demasiado pronto. Mi intención de mantenerme en un segundo plano, calladito,

escuchando a los demás, se fue al traste al primer minuto de reunión.

—*M'agradaria...* —respondí con pretendida calma y buenos modales.

—Da igual lo que a ti te gustaría. Tus preferencias no están en el orden del día, ¿no? Pues eso, a callar. Empecemos por el primer punto como tiene que ser y dejemos los "me gustaría" para cuando toquen.

El agradable corte procedía de un hombre mayor. Casi seguro que era el mismo que sugería matar al espía, o al menos su tono de voz era prácticamente el mismo. Por lo que tenía entendido, aquel personaje había sido una especie de terrateniente en la época de la dictadura. Entonces hizo su fortuna, y gran parte del pueblo era de su propiedad. Eso le había dado poder y peso durante toda su vida. Ahora poco importaba lo que hubiera tenido, pero las costumbres arraigadas son difíciles de cambiar, por lo que le habían devuelto parte de su poder o, al menos, la oportunidad de exponer su opinión e influir en la toma de decisiones. Ese tipo de personajes siempre me resultaron atrayentes. La actitud que mantenía con ellos los irritaba sobremanera. Los trataba como al resto de humanidad y agregaba sonrisas y cinismo. Eso confundía sus argumentos y terminaban enrocándose en el de menor peso. Entonces alguien abría los ojos y dejaba de someterse a la tradición. De todas

formas, no parecía que este fuera a ser el caso. Era preferible callar, no insistir, dejarle con la sensación de haber ganado la batalla. Ese tipo de gente se confía con facilidad, acostumbrados a que todo el mundo las haga la pelota para conseguir algo, aunque en su fuero interno la gente los desprecie o envidie. La cuestión final es la misma. Tendría conflictos con él, pero cuando lo decidiera yo. No cuando él necesitara sentir que conservaba su posición. No le volvería a dar el gusto.

—Relájate un poco o, cuando quieras hablar, no podrás abrir la boca —me susurró Sussy al oído, después de dedicarme una preciosa sonrisa que consiguió distender mis mandíbulas. Al parecer, al causante le molestaron tanto el susurro como la sonrisa de la legendaria pelirroja.

Por mi parte, preferí ignorarlo y centrarme en lo mío. Me daba esperanzas que Germán siguiera utilizando la palabra *refugiados* en vez de *prisioneros,* como deseaban algunos, para referirse al grupo en cuarentena. La elección de palabras tiene un poder inmenso y Germán calibraba muy bien qué términos utilizaba todo el rato. Pensé que considerarlos refugiados era bueno también para Rubén y su familia. No tuve oportunidad en aquel momento de mencionar que teníamos visita en casa. En algún momento debería dar la información, pero si no encontraba la oportunidad idónea me callaría. Ya encontraría el momento de informar a la persona adecuada, en un ambiente adecuado, con las palabras adecuadas. Había elaborado en mi mente un buen

argumento: no podían olvidar que los primeros refugiados habíamos sido nosotros, la nueva comunidad que ahora habitaba mi finca, con el grupo de Esther al completo. Gracias a este grupo, ahora los vecinos del pueblo eran libres y tenían en sus manos el poder de decidir el futuro de otras personas necesitadas de su ayuda. No iba a permitir que lo olvidaran. Sus «salvadores» habían llegado de Barcelona y eran desconocidos. No sabíamos lo que habría sucedido sin ellos.

Germán prosiguió con la reunión. Expuso lo sucedido por la noche y los avances que habíamos tenido. Nulos, pero el resto aún no tenían conocimiento de ello. Germán sugirió la inocencia de unos y la necesidad de prudencia con otros. Se notaba la mano de su tía en sus argumentos y explicaciones. Comentó que a última hora del día se aplicaría pentotal sódico al espía.

—Ya tendría que haberse hecho —vociferó el terrateniente, o algo por el estilo. El desprecio que me provocaba en ese momento aquel personaje no me permite recordar las palabras con exactitud. Lo tuve claro: o bien encontrábamos la manera de redirigir la relación y que remara a favor del bienestar de la comunidad, o tendríamos que buscar algún mecanismo para disminuir su poder entre los vecinos del pueblo.

Germán, que lo conocía de sobras, le respondió muy educadamente y sin dar pie a más debate sobre el tema:

—La que ha tenido la idea y conducirá el interrogatorio lo ha decidido así. Ella es quien sabe mejor que nadie cómo funciona este compuesto químico y cómo y cuándo es mejor administrarlo.

Nos estábamos convirtiendo un poco en ensalzadores de las figuras femeninas de la comunidad. Era necesario y merecido, pero molestaba a algunos que añoraban unos tiempos que muchos no habíamos vivido. Recurrir a la figura de Sussy, como había hecho Germán en aquel momento, fue providencial y marcó un punto de inflexión en el devenir de la reunión. Ya no hubo más discusiones ni salidas de tono por parte de nadie. El temor que en el fondo Sussy provocaba le evitaba tener que defenderse. Si se ponía nerviosa, parecía más dulce. Molesta, era muy tajante con sus palabras, y si se enfadaba, no quedaba rastro de dulzura en su rostro. Germán no infundía el respeto y la precaución que generaba la presencia de Sussy, con lo que incluirla directamente en el plan a seguir era garantía de éxito y consenso.

A David parecía hacerle gracia todo aquello y no mostraba ni atisbo de molestia ante los comentarios del terrateniente. No paraba de mirar a unos y otros y de sonreír ante las reacciones. Era un tipo fácil, de los que se toma la vida con humor. Podría decirse que era un optimista nato, y seguía siéndolo a pesar de las experiencias vividas y de la situación actual.

Algunos de los presentes en la reunión querían asistir a los interrogatorios del espía. Supongo que da cierto morbo vivir en primera persona un interrogatorio como los vistos tantas veces en la gran pantalla. Germán le pasó el peso de la decisión a Sussy, que, sin pestañear, se negó rotundamente a tener compañía. Alguna boca se abrió, pero ningún sonido salió de ella. Esta vez me sumé a las sonrisitas de David. Nada ni nadie se permitía plantearse la posibilidad de discutir la decisión de Sussy.

La única vez que el terrateniente consiguió sacar a David de sus casillas fue cuando tildó de lerdos a los guardias. El grandullón no esperaba sentirse atacado. No era una alusión directa a él, pero las sensibilidades de cada uno son tan especiales como personales. En el fondo, el comentario del terrateniente era razonable. Le fallaban las maneras. Si con Sussy el pobre hombre se había sentido amenazado, la mirada de enojo poco meditada de David lo dejaron aterrado. La letalidad de ella era conocida por todos los presentes, pero el condicionamiento de años de educación machista volvía más temible al grandullón que a la pequeña mujer de pelo zanahoria.

La seguridad era un tema candente que preocupaba a todos, tanto presentes como ausentes en la reunión. Estaba claro que había mucho que mejorar y, en el proceso de mejora, corríamos el riesgo de ser invadidos por gente que detectara fácilmente nuestros puntos débiles defensivos. Pero no era motivo para tratar de lerdos a quienes intentaban velar por la seguridad de la

comunidad, mientras la mayoría se dedicaba tranquilamente a sus quehaceres o descansaba. El respeto a cualquier miembro de la comunidad tenía que prevalecer sobre todas las cosas. Muchas veces rencillas sin trascendencia llevan a venganzas devastadoras. Cuidar las pequeñas cosas es sencillo, pero difícil de recordar.

David se repuso más rápidamente de lo que yo esperaba y contestó muy educadamente para no calentar más los ánimos. Dijo que todos y cada uno de los que formaban el grupo de vigilancia ponía de su parte para solucionar los problemas detectados. De hecho, los cambios en las guardias ya eran detectables ahora, pero David afirmó que seguían trabajando en ello y que estaban abiertos a cualquier sugerencia, siempre que fuera bien meditada, planificada y ejecutable, desde la intención de sumar y no restar.

Sussy miraba a los presentes como si estudiara o planificara los siguientes movimientos. Costaba leer sus pensamientos en su mirada, pero estaba claro que le rondaba algo por la cabeza, sin saber si en positivo o en negativo. Estaba tranquilo: Sussy nunca se precipitaba, siempre sospesaba bien cada situación antes de actuar y tomaba decisiones con la cabeza fría y una seguridad apabullante, aunque su aparente fragilidad pudiera hacer pensar lo contrario.

Después de la parrafada, quedó clara la intención de mejora, pero las aportaciones debían ser positivas en vez de destructivas. Éramos conscientes de que nos costaría algo más de lo esperado entendernos, pero en cada reunión nos conocíamos mejor. En esta, el ambiente resultó estar más caldeado de lo previsto, pero salimos con buen ánimo, sabedores de que no se había tomado ninguna decisión a la ligera y de que todo, tarde o temprano, se podía hablar con calma.

XLIII: EL INTERROGATORIO

Nos fuimos al despacho próximo a la sala donde se realizaría el interrogatorio. Allí nos esperaba Antonia, que no pensaba pedir permiso para asistir. Sussy fue en busca del espía. David se había ido a revisar las posiciones y a comprobar que todos estuvieran atentos a su labor. Le había molestado tanto que los llamaran lerdos que quería asegurarse de que nadie volviera ni a susurrarlo, pero esta vez quiso testigos de su buen hacer. El terrateniente enrojeció cuando le ofreció que lo acompañara en la ronda. Cuando las excusas emprendían camino, nuestro gigante lo cogió por el hombro en una especie de abrazo envolvente. La figura del hombre quedó reducida a la mínima expresión. Sus pies casi parecían flotar mientras salía custodiado del ayuntamiento. Seguro que vivirían situaciones divertidas. Pincharía a David en la cena para que se recreara un poco.

La espera para el adecuado traslado del prisionero me permitió unos minutos de conversación intranscendente con Antonia, hasta que cometí el error de decir que el resto de los refugiados parecía buena gente, ajena a todo aquel despropósito de espionaje.

—Això encara s'ha de veure.

Antonia tenía un semblante serio. Su «esto está por ver» tan decidido me dejó claro que su sospecha de maltrato sufrido por las chicas seguía presente, y cada vez con mayor fuerza. Encontré que reaccionaba de forma exagerada. No tenía la certeza de que dicho maltrato fuera real ni de que proviniera de los compañeros de viaje. No tenía la intención de desmerecer su preocupación, pero empezaba a notar cierta obsesión. Antonia aprovechaba la mínima oportunidad para sacar el tema. Hasta su sobrino repetía sus palabras en las reuniones en las que no estaba convocada. Tendríamos que estar atentos al tema y, sobre todo, evitar alimentarlo para que Antonia no se equivocara tomando decisiones precipitadas y sin constatar hechos.

Vi claramente que no era el momento de hablar de nuestros visitantes en la finca. Había pensado comentárselo a Antonia antes de hacerlo público a todos los vecinos del pueblo, pero la prudencia encerró mis palabras hasta mejor oportunidad.

—*És tot qüestió de temps. Ho esbrinarem* —me limité a responder. Tiempo al tiempo. Lo que estaba claro es que teníamos que investigarlo bien antes de sacar conclusiones propias sin fundamento real, basadas solo en pálpitos.

Le sonreí y dirigí la conversación hacia Sussy, que iba a intentar averiguar todo lo que necesitábamos saber sobre Simone, sus planes y sus compinches. El prisionero y su pasotismo aparecieron en la sala. Nosotros y los guardias permaneceríamos

fuera. Sussy quería estar sola con él. El cuarto tenía circuito cerrado de vídeo y sonido. Podríamos enterarnos de lo que sucediera o revelase en directo. Como ya esperábamos, no abrió la boca. Era evidente que sabía que no lo íbamos a torturar. Eso le daba sensación de seguridad, de inmunidad, con lo que estaba más tranquilo de lo deseado y no cometía errores. Sospechaba que nos consideraba uno pobres pueblerinos indefensos y no me gustaba. Era peligroso parecer indefensos, ya que nos hacía más vulnerables a cualquier ataque. Era de suponer que el cabecilla, fuera quien fuera, enviaría a otros espías para averiguar los motivos de su tardanza e intentarían colarse de nuevo. Tener información era ahora más que nunca de suma importancia. Atajaría muchos problemas de toda índole. Sin recurrir al maltrato, era difícil convencer a un espía, al que no conocíamos de nada y con quien no habíamos entablado ninguna relación, de que ayudara a la comunidad en vez de destruirla. Los dilemas se apilaban, pendientes de meditación. Los miedos y agobios empujaban a encontrar una resolución inmediata al problema.

Lo devolvieron al agujero hasta que procediéramos con el químico. Las instrucciones seguían claras por parte de Sussy: nada de descanso. Era importante que el prisionero estuviera en vela cuanto más tiempo mejor. La falta de sueño y el cansancio jugaban a nuestro favor para que el químico fuera lo más eficaz posible.

Cuando nos disponíamos a dar este interrogatorio por concluido, Antonia volvió a sorprendernos. Hizo traer a una de las mujeres que supuestamente había sido agredida, o eso sospechaba ella. Como guinda, decidió dirigir ella el interrogatorio y pidió a Sussy que la acompañara. Sussy no tenía muy claro qué pintaba allí. Se limitaba a escuchar y a sonreír cuando la chica la miraba. Todo empezó como una conversación de lo más inocente con la refugiada. Antonia le preguntó si se encontraba a gusto, cómoda y esas cosas. Eso facilitaba que aclarara las dudas que rondaban por la mente de la alcaldesa. Antonia era una mujer hábil. Lentamente fue derivando la conversación hacia las marcas y señales que había observado en los brazos y en la espalda, detectadas durante el reconocimiento médico al que se habían sometido todos. La pobre se sentía avergonzada, como si la acusaran de autoinfligírselas. Debía haberlo pasado mal. Nuevamente Antonia mostró sus dotes y volvió a conseguir suavizar su rostro. La paciencia y las palabras amables de apoyo surtieron su efecto y empezó a explicar su periplo.

Nos repitió que el incidente la había sorprendido en una entrevista de trabajo, donde también se encontraba la otra chica, que, igual que ella, estaba marcada por supuestos maltratos. La nube de mosquitos envolvió toda la localidad y las dejó encerradas en el restaurante donde optaban a un puesto de camarera de sala. Se quedaron allí varios días encerradas.

—El propietario nos había parecido un hombre afable. Pero, cuando pasamos las fiebres y aún estábamos débiles, intentó forzarnos. Sara quiso ayudarme a sacármelo de encima. Entonces empezaron a caer bofetadas, puñetazos y patadas. Consiguió atarnos y amordazarnos. Nos violaba o nos pegaba, según el impulso o instinto que se le despertara. A cada una nos obligaba a presenciar las vejaciones a las que sometía a la otra. Estuvimos más de un mes en esa situación. Nos repetía que éramos unas desagradecidas, que nos había permitido vivir y lo mínimo que podíamos hacer era satisfacer las depravaciones de nuestro salvador, que le debíamos la vida. La primera vez Sara le contestó que aquello no era vida. Le dio tal paliza que estuvo tres días sin poder moverse del rincón que nos había destinado cuando no quería usar nuestros maltrechos cuerpos. Llegó un momento en que asumimos sus palabras como ciertas. Los golpes por resistirnos desaparecieron. Pero siguió golpeándonos para satisfacer el placer que sentía al someternos y causarnos dolor.

Escuchaba su relato con desolación. Un empresario de la restauración se había convertido en un sádico violador y maltratador. No dejaba de preguntarme si su cambio se debía a las circunstancias apocalípticas que vivíamos o si era algo latente en la profundidad de su oscuridad interior, a la espera de una oportunidad para aflorar.

—¿Cómo conseguisteis escapar? —le preguntó Sussy, a quien no le gustaba recrearse en el dolor y la vulnerabilidad que estaba demostrando la pobre chica.

—El hombre tenía un acuerdo con un grupo armado. Usaban el restaurante para almacenar y reunirse. Él se encargaba de atenderlos. Cuando aparecía alguien, nos encerraba bajo amenaza de recibir nuevas palizas. Oíamos los ruidos que generaban entre juergas, orgías y peleas. Llegamos a agradecer que solo él nos maltratara y que nos protegiera de los abusos de sus visitas. Nos convencimos de que éramos afortunadas.

La mujer paró un instante su relato. Recordar todo lo vivido no era plato de buen gusto para nadie. Y verbalizarlo aún menos. Pensé que era una mujer muy valiente por ser capaz de razonar y poner palabras a hechos que muchos querríamos olvidar y no hablar de ello en la vida. En cambio, ella no solo era capaz de hacerlo, sino que había reflexionado ampliamente sobre sus pensamientos en aquellos momentos tan duros vividos, los había interiorizado bien y los había aceptado como buenamente había podido, sin reproches sobre lo que podría haber hecho o no. No se sentía culpable de nada, se sabía víctima y no buscaba relatos ingenuos para plasmar la dureza de su experiencia. La admiré, desde mi profundo dolor ante su historia.

—Traían casi siempre combustible para el generador y algunos víveres —prosiguió—, principalmente para ellos. Pero el dueño

del restaurante siempre apartaba algo para vender a escondidas de sus amos. Al parecer, no era lo único que hacía a sus espaldas. Una noche como cualquier otra, quizás algo más tranquila de lo habitual, cenaron sin demasiado jaleo. Desde el cuartucho en que nos escondía, podíamos oírlo todo. Comentaban las diferentes rutas de reparto. Estaban muy enojados, ya que habían asaltado dos de sus transportes. Clamaban al cielo, no podían creer que alguien se hubiera atrevido a sisar sus mercaderías. Creían estar a punto de identificar al traidor que había revelado su posición. Llevaban tiempo buscando a la rata que vendía la información de sus envíos. Esa misma noche, habían conseguido atrapar a uno de los asaltantes. No tardaría en cantar. «En cuanto sepan el nombre, vendrán a decírnoslo», dijo uno de los presentes. Terminada la frase, sentimos un estruendo de copas y botellas de cristal. Al violador se le había caído una bandeja. «¿Qué te pasa hoy? ¿Tienes manos de mantequilla?», le espetaron. Él intentó justificarse, se le notaba muy nervioso de repente. Sara y yo nos temíamos lo peor.

En este punto, volvió a permanecer callada un rato. Antonia y Sussy respetaban sus tempos, le daban espacio para digerir el relato y favorecer su sensación de confianza y seguridad. La mujer pidió un poco de agua. Tenía la garganta seca de tanto hablar y de tanto recordar cosas que no eran gratas para ella y para su amiga. Sussy le ofreció un vaso de agua. Le preguntó si quería algo más, o un café o una infusión, pero ella rehusó con

amabilidad. Necesitaba proseguir con su relato. Ahora que había empezado, quería terminar de vomitarlo todo, sacarse de encima las losas que seguían pesándole como nunca y poder empezar de nuevo una vida que nunca sería la misma.

—Cuando iban por las copas y los puros, llamaron a la puerta. Al parecer, el propietario estaba empezando a retirar la mesa y se dirigía hacia la cocina. «Deja esto para después; ven y siéntate con nosotros». Él quiso irse con una excusa. «No lo voy a repetir». No fue necesario insistirle. «Creo que hoy terminaremos con el soplón», dijo el mismo que le había ordenado sentarse. Antes de dejar entrar al mensajero, le preguntaron qué le parecía la idea de cazar al pequeño ruiseñor. El pobre, empezó a tartamudear; balbuceaba palabras inconexas en busca de algo, una excusa o explicación, que no aparecía. El estruendo de un disparo puso fin a su incapacidad de comunicación. «Os dije que este imbécil terminaría inculpándose sin que hubiéramos averiguado nada». Todos se reían a costa de nuestro torturador. Se regodeaban con el estampado de sus sesos en la pared y alababan el arte del ejecutor. Continuamos en silencio todo el tiempo que siguieron cachondeándose y celebrando la eliminación del problema.

Me alegré de aquel final fatídico para su carcelero. No me hubiera gustado saber que seguía campando a sus anchas, quizás torturando a otras personas. Ya dicen que a cada cerdo le llega tarde o temprano su San Martín. Aquel hombre era un cerdo en

mayúsculas e incluso me hubiera gustado que su muerte fuera un poco más agónica, a manos de sus prisioneras, como en un acto de justicia poética. Supongo que, si todo esto fuera una película, el director habría optado por esta opción, pero por desgracia hablábamos de hechos reales, de vivencias sufridas en primera persona.

—Un par de ellos se quedaron en el local para que nadie lo saqueara —continuó—. Nos mantuvimos estáticas, en silencio, temerosas de ser descubiertas. La amarga sensación de que nuestro protector había muerto despertaba ira y miedo en nosotras. Éramos conscientes de lo absurdo de nuestros sentimientos, pero estaban allí. No sabíamos qué planes tenían como banda, pero fueran los que fueran, no serían beneficiosos para nosotras. Éramos conscientes de que teníamos una oportunidad única de escaparnos, ahora que todavía nadie sabía de nuestra existencia allí. Hasta altas horas de la madrugada no pudimos salir del cuartucho donde nos escondía aquel salvaje para no compartirnos. Los guardianes estaban completamente ebrios. Se hubiera podido caer el local y no habrían reaccionado. Conseguimos huir con provisiones suficientes para las dos.

—¿Cómo empezó a formarse el grupo que ha conseguido llegar hasta el pueblo? —preguntó Sussy tras una pequeña pausa.

—Antes de los primeros rayos de sol, habíamos llegado a las afueras del municipio. Ante el temor de que alguien se

despertara con las primeras luces, salimos casi a la carrera. Toda la mañana estuvimos alejándonos, siempre mirando hacia atrás por si alguien nos había visto y nos seguía. Nuestra desconfianza era máxima.

Antonia parecía menos interesada en la nueva cuestión que en las agresiones. Seguía empecinada en ver agresores dentro del grupo de refugiados actual y no se mordió la lengua. Hizo la pregunta a bocajarro, sin más.

—*Alguna de les agressions patides ha vingut d'algun dels membres del grup?*

—*No, tot el grup ens hem cuidat, ajudat i protegit* —contestó la muchacha, visiblemente sorprendida ante tal sospecha.

Que utilizara los verbos *cuidar*, *ayudar* y *proteger* era sintomático de que los hombres del grupo de refugiados en ningún momento habían dado indicios de un comportamiento sospechoso, reprochable o indicador de posibles conflictos. Esto pareció contentar a Antonia por el momento, que con un simple agradecimiento le comunicó que daban por concluida la entrevista y que ya seguirían con la historia otro día.

La chica no le dio importancia a la interrupción. Le venía bien no continuar recordando su calvario personal. Ya había vomitado la información más dolorosa. La que sí se molestó fue Sussy, aunque no lo demostró hasta que se llevaron a la refugiada para reunirla con el resto del grupo.

—¿A qué ha venido todo esto? Entiendo lo que buscas. Pero ¿para qué me necesitabas aquí? Si solo querías averiguar eso, era tan simple como preguntárselo directamente y no hacerme formular preguntas que carecían de interés para tus propósitos.

—Siento no haberte explicado lo que pretendía, pero a ti ya te conocen. Era más fácil que hablara de estas cosas si estabas presente. Toda la información es relevante. Pero, antes de continuar, teníamos que asegurarnos de no admitir a ningún depredador en la comunidad. Procuraré ser más clara en las próximas ocasiones.

A medida que Sussy oía sus palabras, su rostro se relajó un poco, igual que la presión en sus puños. Aceptó las disculpas. Las dos tenían una personalidad fuerte. Debían aprender a gestionarla para evitar enfrentamientos. Por suerte, las dos eran claras y muy capaces de argumentar sus posiciones. Desde la tranquilidad de la otra sala, las observaba y me quedaba claro que serían temibles oponentes, tanto si sus opiniones divergían entre sí como con la mía.

Salieron de la sala, todavía en tensión. Antonia se despidió:

—Nos vemos en el siguiente interrogatorio.

No esperó nuestra respuesta. Se fue en dirección a su despacho. Se le tenía que reconocer una gran capacidad de trabajo y de abarcar diversos proyectos a la vez. No paraba de tener reuniones, o se paseaba para observar a sus conciudadanos e

interesarse por su estado de ánimo. Se estaba convirtiendo en la lideresa indiscutible de aquel pueblo y era poco probable que pudiéramos tener alguien mejor. Pero yo no terminaba de tener claros sus planes con las fincas exteriores. De vez en cuando, enviaba a su sobrino a tomar notas y a preguntar sobre las producciones. No es que nos sintiéramos vigilados o controlados, pero es cierto que Antonia necesitaba saberlo todo sobre todos en todo momento. Esperaba que el deseo de entendimiento y cooperación fuera suficiente para sostener la estructura que intentábamos crear.

—¿Vamos a casa?

Es probable que no se entienda, pero esas palabras de Sussy y el conocimiento que comenzaba a tener de ella me hicieron volver a sentir un leve cosquilleo casi olvidado. Nadie que no haya tenido el placer de conocerla puede entender lo dulce, encantadora y coqueta que podía llegar a ser. Me tenía ganado. Ella era consciente de la admiración y el deseo que despertaba en mí.

Encontramos a David en la plaza. Hablaba con parte del grupo de seguridad. Ella lo miró y, con un gesto de manos, le indicó que nos íbamos sin aminorar la marcha. Él nos sonrió y continuó sus explicaciones. No pensaba partir en eso momento justo, con lo que volveríamos a casa Sussy y yo solos. Me gustaba la idea. No había tenido demasiadas ocasiones de estar a solas con ella

desde aquella noche de placer y me daba la sensación de que estaba desaprovechando todas las oportunidades que me brindaba el destino para acercarme más a la diosa pelirroja. Me convencí de no volver a caer en los mismos errores.

Sussy pasó de largo por donde estaban la carreta y los animales. Me quedé un poco sin saber qué hacer. No entendía nada, pero a la vez me fascinaba su capacidad para desarmarme siempre y no dejarme elaborar demasiados planes de intimidad.

—¿Pretendes que vayamos andando?

—Un ratito a pie y otro caminando.

Empezó a reír mientras avanzaba dando saltitos. Al parecer necesitaba sentirse niña un rato, sin preocupaciones ni pesares. No pude más que seguir sus pasos y ritmos. Sus deseos eran órdenes. Aumentamos la velocidad progresivamente, entre risas y disfrute infantil. Si en algún momento los vecinos nos habían considerado gente seria, sus expectativas se esfumaban con cada saltito. Algunos se animaron a imitarnos. Parecía una coreografía improvisada en las calles de nuestra comunidad. Cuando ella decidió que ya era momento de regresar, eligió la primera farola que encontró como barra para que ambos giráramos ciento ochenta grados. De vuelta sobre nuestros pasos, nos cruzamos con varios vecinos, que nos seguían el compás. Los niños entorpecían el baile al cruzarse entre las parejas que se formaban. El disfrute general era contagioso. Por un momento

desapareció toda duda o preocupación y vivimos el presente. Las sonrisas persistieron un buen rato.

Babieca agradeció que la sacáramos del corral. La montamos. Esta vez rebasamos los límites del pueblo. La gente nos sonreía al paso. El tránsito entre las fincas y el pueblo era escaso, pero existía. Volvía a ser como cuando paseabas por el campo o la montaña y te cruzabas con alguien. Lo saludabas y le deseabas buen día. Se recuperaban las interacciones sanas entre humanos.

Al alejarnos, tuvimos momentos más prolongados de intimidad. No hablábamos, simplemente gozábamos de las sensaciones, del relax y la tranquilidad. Al llegar al desvío que subía hasta la colina, donde habíamos vigilado el pueblo antes de la incursión, dirigió las riendas monte arriba. Llegué a ilusionarme en exceso. Babieca nos dejó en lo más alto. Contemplamos las pequeñas figuras desperdigadas en sus quehaceres. Nos sentamos a respirar la tranquilidad de la visión que nos ofrecía el mundo, mientras la yegua pastaba plácidamente. Permanecimos allí en silencio, descansando y disfrutando del espectáculo.

—¿Cenamos algo en el pueblo?

—Me parece buena idea. Avisaré a casa y averiguaré qué pretenden hacer los que ya están en el pueblo.

Con una sonrisa se volvió a estirar para disfrutar de los últimos rayos de sol. Estos bañaban su lindo rostro y otorgaban una inusual intensidad a su cabello, que casi se confundía con el

magnífico espectáculo de colores que nos ofrecía el astro rey. Poco después, desandamos el camino.

Nos reuniríamos con el resto de nuestro grupo que se había quedado en el pueblo con sus quehaceres. Picaríamos algo en el bar del pueblo. Nos iría bien fingir cierta normalidad yendo a tomar algo al bar, como hacíamos todos por separado antes de que la infección y el azar nos uniera como grupo.

Aquella noche, Sussy tenía la misión de aplicar el pentotal e interrogar al espía. Toda la comunidad estaría pendiente de los resultados. Mantener algo en secreto era una tarea inútil. Casi al salir de cada reunión, la gente ya sabía qué se había decidido. ¿Éramos unos cotillas o nos gustaba estar informados?

A la vuelta, me dejó llevar las riendas. Ella seguía delante. Se apoyaba sobre mi pecho, como si fuera un respaldo. Cuando el camino se volvió camino, se fue acurrucando entre mis brazos. Me sentí afortunado y experimenté la necesidad de proteger a quien probablemente terminaría protegiéndome a mí. Era bastante absurdo. No por ello dejé de disfrutarlo.

En el ayuntamiento, ya nos esperaban Antonia y su sobrino. Susy había decidido adelantar el interrogatorio. Quería hacerlo en ese preciso momento y nadie osó llevarle la contraria. Trajeron al prisionero, que no entendía el porqué de un segundo interrogatorio en tan breve plazo de tiempo. Lo ataron a la silla. Por primera vez, vimos el pánico reflejado en su rostro. En la

mesa, había varias jeringuillas con sus respectivas agujas y una botellita con el preparado listo para ser inoculado. Lo dejamos un rato para que observara y su mente jugara con sus temores. Sussy decidiría cuándo era el momento de empezar con la estrategia que tenía en mente.

—No, entro sola.

Antonia, que seguía sus pasos, se paró en seco. No le hizo ninguna gracia, pero no abrió la boca y aceptó. Se quedaría fuera, conmigo y con Germán, que seguiríamos la sesión desde los monitores de control.

—*Che cosa è tutto questo?* —preguntó Simone, indicando todo el material de la mesa. Con el uso de su idioma natal, demostró inseguridad por primera vez.

Ella lo ignoró. Preparó tres jeringas con diferentes dosis y dejó una cuarta con el émbolo preparado de tal manera que, si se la inyectaba, insuflaría aire en la corriente sanguínea y le provocaría la muerte. Repasó el material y salió de la sala como si le faltara algo para poder empezar. Las cuatro agujas le apuntaban. Aquella escenificación le aportaba suficientes pistas a su imaginación. Sussy pretendía condicionarlo y que se pusiera en la peor situación capaz de imaginar. No la volvimos a ver hasta pasados diez minutos. Apareció con una goma elástica para cortar la circulación y facilitar el acceso a las venas. También traía una libreta, un boli y una botella de agua. La

alcaldesa me interrogó con la mirada. No pude más que encogerme de hombros.

—¿Tienes ganas de hablar, o procedo?

—¿Qué es todo esto?

Ya era más de lo que había dicho hasta el momento.

—Tranquilo, si persistes en esta actitud, lo averiguarás pronto.

Simone alternaba la mirada de la cara inexpresiva de Sussy al grupo de inyecciones que lo apuntaban. No éramos militares ni estábamos preparados para estas cosas, pero se tenían que hacer. Aun así, persistía cierto residuo del nosotros que en algún momento habíamos sido.

—No puedo deciros nada.

—Podemos probar. Pero no tengo ganas de perder el tiempo. Escoge una de las cuatro.

—¿Cómo? ¿Para qué?

El sudor empezaba a resbalar por su frente. La seguridad aparentada hasta el momento se desmoronaba. Tengo que reconocer que a mí también me puso nervioso la situación. No sé si por el papel de ella o por el claro cambio de él. A Antonia se la veía satisfecha. Se notaba que admiraba a la pelirroja. La mirada de Germán se parecía más a la mía que a la de su tía.

—¿Qué queréis saber?

—Deja de hacer preguntas. Habla o escoge una.

Su tono calmado era suficiente. Era innecesario levantar la voz, gritar o insultar al reo. Sussy permanecía relajada, segura de sí misma. Simone se dio cuenta, por primera vez, que quien controlaba la situación era ella. Empezó a hablar.

XLIV: SIMONE

—Aproximadamente hace un mes, apareció un tipo con dos guardaespaldas. Era el hermano de mi jefe. Después de lo sucedido aquí, como comprenderás, quería venganza. Me enviaron para averiguar los cambios que se podían estar realizando en el pueblo. Cuando tuviera toda la información, tenía que hacérsela llegar.

—¿Por qué te precipitaste en vez de esperar?

—Porque los hermanos son inteligentes, pero ansiosos. No tienen mucha paciencia. Quieren la información antes de terminar la semana. Les importan poco las excusas. Cumples o te ejecutan.

—¿Dónde les tenías que dar la información?

—En el valle contiguo.

—¿Cuántos te esperan?

—No lo sé. Dos, quizás cuatro.

—¿Vendrá alguno de los hermanos a la cita?

—Dudo que ninguno de ellos arriesgue su pellejo por una información que cualquiera les puede llevar en poco más de una hora.

Antonia comenzaba a ponerse nerviosa. Ella también quería preguntar. Intentaba controlarse. Aumentaban sus desplazamientos, hasta que no pudo más y se encaminó hacia la puerta.

—Antonia, ¡NO!

Ni me miró. Volvió a colocarse delante de las pantallas. Intentaba controlarse. Le pasé una libreta y un boli para que apuntara las preguntas que quisiera hacer. En un principio, no le gustó mi gesto, pero cuando vio que yo cogía otra libreta y comenzaba a apuntar, ella hizo lo propio. Al que dejamos un poco aparte fue a Germán. También debía querer preguntar, pero no osaba imponer su voluntad. Terminé y esperé que ella concluyera.

—Germán, ¿puedes llamar a la puerta y entrarle nuestras preguntas, por favor?

La sonrisa de Antonia confirmó la instrucción. No se demoró. Por un momento, la llamada pareció contrariar a Sussy. Vio al chico con unos papeles, más nervioso que el propio Simone. Eso suavizó su expresión, y le dedicó una sonrisa que lo volvió torpe, casi tartamudo.

—Me ha... Te te te traigo… estas pregu… estos papeles.

Casi sin tiempo a que ella los cogiera, ya estaba de vuelta con nosotros, incapaz de mirarnos. Era probable que temiera

posibles comentarios sarcásticos. No se equivocaba. Pero su reacción dio que pensar al prisionero.

Tanto sus preguntas como las mías iban dirigidas a conocer más al grupo al que pertenecía, dónde estaban situados, qué planes tenían y cosas por el estilo. A Simone, cada vez le costaba menos hablar. Llegó un punto en que ya no hicieron falta las preguntas. Empezó a explicarnos su vida. Pronto se rompió. Le pedía disculpas y solicitaba nuestra ayuda, pedía refugio y protección.

Lógicamente, no nos podíamos fiar de él, y tardaríamos en hacerlo. Tenía mucho trabajo por delante, pero esa actitud era mejor que la anterior, desafiante y chulesca, que sacaría de sus casillas hasta al más tranquilo de los miembros de la comunidad.

Simone nos contó –para ser más exactos, le contó a Sussy– que todo había empezado con una despedida de soltero. Había venido desde Italia para la ocasión. Los demás invitados murieron en un accidente que sufrieron en el microbús que los llevaba de vuelta al hotel, todos borrachos después de ingerir alcohol durante más de doce horas. El accidente fue parte de una cadena de choques provocada por la invasión de los mosquitos. El enjambre entró por las ventanas rotas. Masacró y dejó seco a todo aquello que tuviera latido. Simone quedó sepultado bajo varios cadáveres de sus compañeros y permaneció semiinconsciente. Eso le salvó la vida, aunque no se libró de las fiebres y demás síntomas que provocaba el virus.

Lo rescató un grupo de saqueadores que recogía las pertenencias de los muertos en los vehículos. Quizás *rescatar* no sea el verbo correcto. Se limitaron a sacarlo y robarle la cartera, el teléfono y el reloj. Lo dejaron en medio de la carretera humeante por todos los fuegos que persistían. Sepultado habría tenido menos posibilidades de sobrevivir. Al menos, él se lo planteaba de esa manera. Sin explicarse cómo, entre delirios y visiones en las llamas, se fue arrastrando. No tenía muy claro el tiempo transcurrido. Se desmayó en varias ocasiones. En uno de esos despertares, se encontró rodeado. Las únicas palabras que pudo distinguir fueron: *luchador* y *cargadlo*.

Al recuperar la conciencia, se encontraba en una cama dentro de una celda. No había nadie cerca que respondiera a sus lamentos y quejas. Cuando pudo ponerse en pie, comprobó que la puerta estaba cerrada. Debía tratarse de una comisaría. El tiempo confirmó sus sospechas. La base de su jefe era una comisaría de los Mossos d'Esquadra. No sabía cuánto tiempo había permanecido allí encerrado. Pero, desde que se despertó por completo, pasaron al menos unas tres horas antes de que apareciera alguien, y no vino a por él. En la última celda tenían parte de sus provisiones. Era la caja fuerte del jefe, donde guardaba todos sus caprichos y pertenencias. Un par de horas después acudieron a buscarlo. Lo sacaron a rastras, debido a su debilidad y a la falta de paciencia de sus captores. Lo lanzaron al suelo, al lado de tres escalones que daban paso a un trono.

Sentado, un sombrero de copa con un hombre pegado. La primera impresión que provocaba no era la de tomártelo demasiado en serio. Pero, antes de que abriera la boca, el hombre hizo un simple gesto con la mano y uno de los que lo habían acarreado le dio una colleja lo bastante fuerte como para que su cabeza quedara mirando a sus pies. A cada intento de subir la mirada, una colleja. Hasta ese momento, no le habían dirigido ni una palabra. Cuando consideraron que estaba suficientemente aleccionado, lo devolvieron a su celda. Le trajeron agua y gachas. No volvieron a aparecer hasta el día siguiente, en que procedieron de la misma forma. Al tercer día, no hubo necesidad de marcarle el paso ni de enseñarle su destino final. La debilidad por la enfermedad y el miedo lo llevaron a obedecer. Aprendizaje por castigo. Efectivo, pero no muy recomendable: no te garantiza la fidelidad, y la acumulación del rencor puede volverse en tu contra. Sin levantar la mirada del suelo, escuchó las primeras palabras: «Ahora me perteneces. Si dejas de serme útil o intentas escapar, no cuentes con seguir respirando. Enseñadle sus tareas». Era lo único que necesitaba oír.

Por su descripción, el jefe me recordaba al actor escocés Gary Lewis. Lo acompañaba su hermano Viyuela, el que había atormentado a nuestra comunidad. Ambos presidían la sala, uno en su trono y el otro a sus pies, sentado en una minibutaca.

Su primer trabajo: limpiar letrinas y duchas. Aún con algo de fiebre, siempre necesitado de un punto de apoyo para no

desplomarse en el suelo, encharcado por la dejadez y falta de puntería ajena, esa fue su única ocupación durante las dos primeras semanas. No le estaba permitido hablar. Únicamente responder con exactitud a lo que se le preguntara y, a poder ser, con monosílabos. El exceso de palabras conllevaba una reprimenda física. El aprendizaje de la sumisión absoluta puede tardar más o menos, pero la insistencia y la falta de alternativas terminan por quebrar a cualquiera. Simone, en un país extranjero, sin nadie vivo conocido ni noticias de los suyos, era presa fácil para cualquier desalmado. ¿Quién iba a reclamarlo o a ayudarlo? Era prescindible y nadie lo echaría de menos.

Él mismo nos estaba explicando cómo conseguir ponerlo a nuestro favor. Necesitaba volver a sentirse persona y parte de algo bueno. Sentir humanidad en vez de sufrirla. Eso ayudaría a encararlo. Pero ¿cómo confiar en él? Esa era nuestra tarea pendiente.

La siguiente semana le tocó limpiar la cocina y los cacharros. Casi concluido el primer mes de cautiverio, le dejaron acompañarlos en las incursiones. Su función, mula de carga y chico para todo. Dada su predisposición demostrada a no causar problemas y a colaborar sin rechistar, cada vez le daban más responsabilidades. El siguiente paso, instruir a los nuevos.

—En ese punto te hacían partícipe de sus barbaries y te ligaban a ellos —reconoció Simone, que estaba roto—, como si firmaras

un contrato de sangre con el diablo. Poco a poco vas perdiendo el respeto por la vida ajena y solo te preocupa seguir respirando en el lado vencedor. No quieres volver a caer en desgracia. No puedes ser de nuevo uno de los que ahora te toca someter. Cuando comprueban que los escrúpulos se han extinguido, empiezan a tratarte como a un compañero, pero con reticencias. Antes de ser aceptado del todo, tienes que ser marcado a fuego, como el ganado.

Teníamos que ver la marca. Como si todos pensáramos lo mismo, Sussy le pidió que nos la enseñara. La llevaba en la espalda, indicando el lugar de la estocada final. Me recordó la novela *La letra escarlata* de Nathaniel Hawthorne. En vez de una *A* de *adúltera,* era una gran *B* mayúscula de trazos anchos, con cierto relieve de cicatrización. Podría haber sido de *bestias, burros, borregos, bárbaros* o *bastardos,* entre otras muchas posibilidades. Pero no. En teoría, era una beta, para que Simone recordara su lugar: siempre detrás de alfa, el Jefe. A él le servía para marcar su propiedad. A nosotros, para identificar a sus hombres. Las revisiones de los visitantes tendrían que ser más íntimas.

Las atrocidades eran una constante en el grupo. El respeto por la vida brillaba por su ausencia. Cuando Simone empezó a explicar el trato que recibían las mujeres, Antonia se volvió a tensar. Las vecinas del pueblo ya habían sufrido suficientes maltratos de sus captores y recordarlo no le era grato. Como lo identificara con

toda la sarta de barbaridades que se habían cometido en el pueblo durante su cautiverio a manos de aquellos desaprensivos, Simone tendría muy difícil que ella lo aceptara.

Cuando expulsamos a Viyuela y su grupo de desalmados de nuestro pueblo, buscó el auxilio de su hermano. Simone nos informó que su llegada desencadenó la ira en el campamento. Además, habían perdido a unos cuantos hombres, lo que era inaceptable.

—Se lo ha tomado como algo personal —sentenció el italiano.

—¿Quién?

—El jefe

—¿Cómo se llama?

—Jefe. Nunca pregunté su verdadero nombre. No creo que en mi situación nadie de vosotros lo hubiera preguntado…

El cinismo no le gustó a Sussy.

—Si vuelves a comportarte como un capullo, serás tratado como tal y tendrás que escoger una —le dijo mientras le indicaba las cuatro dosis de la mesa. La seriedad de sus palabras y de su rostro, acompañada por su postura, la envolvía de una especie de aura, un poder ante el cual él se sentía pequeño.

Estaba claro que nos teníamos que preparar muy bien y con urgencia. Pensar y recapacitar antes de dar los siguientes pasos.

Era necesario que todo el mundo tuviera claro que no podíamos limitarnos a esperar. La relativa tranquilidad que había sentido se estaba desplomando. Nos habían declarado la guerra. Ya esperábamos un intento de represalia por parte de los expulsados, pero en ningún momento nos habíamos planteado tener como enemigo a todo un clan. Todas las fantasías relacionadas con la creación de una comunidad, de un paraíso idílico y utópico, tendrían que aplazarse.

—El Jefe no aprecia mucho a su hermano, o esa es la impresión que tengo yo —prosiguió Simone—, pero la sangre es importante. Son hermanos y, por lo tanto, hay cierto instinto de protección. Por lo que sé, le había dado unos cuantos hombres para que se estableciera a cambio de un tributo. Su estrepitoso fracaso lo había cabreado más de lo habitual. Machacaba su autoestima. Pero ¡pobre del que se atreviera a reír o hacer una chanza con las gestas del hermano! Al primero le cortó una mano, al segundo le voló la cabeza. No hubo un tercero. Juró venganza. Recuperaría lo que consideraba de su propiedad o reduciría a escombros todo el pueblo.

Quedaban cristalinas sus intenciones y nuestro futuro en caso de no hacer nada para impedirlo. Estábamos todos en peligro y ni mejorando nuestro sistema de vigilancia conseguiríamos sentirnos seguros.

Simone ya llevaba tiempo con ellos. Participaba de las incursiones y obtenía algún capricho por su trabajo. Su forma de actuar llamó la atención del hermano. Era el único que le prestaba atención. Por norma general, los demás lo ignoraban. Conseguía pasar bastante desapercibido. Quizás como escudo de protección, se había vuelto casi invisible para sus compañeros. Ese fue el principal motivo por el que lo escogieron para infiltrarse. En principio el Jefe planificaba hacerlo a más largo plazo. Meditaba. El odio lo llevaba a calcular el máximo sufrimiento. Simone reconoció que aquel hombre sentía un placer enfermizo con el dolor ajeno. Lo bueno era que, aunque el Jefe requería venganza, no pretendía dedicar demasiado tiempo a ello. Tenía cosas más importantes de que ocuparse que de los errores de su hermano. Después de todo, este estaba sano y salvo, solo avergonzado y algo humillado, y tampoco habían perdido a tantos hombres en su fracasada expedición. Sobre todo, la humillación máxima era por haber necesitado ir con la cola entre las piernas en busca de la protección de su hermano, a quien en el fondo detestaba. Eso le dolía más que la derrota sufrida. La impaciencia lo había precipitado todo. Simone no logró rascar más tiempo al Jefe que hasta finales de la semana. Quedaban cinco días para pasar el informe.

—¿Por qué te has precipitado?

Llevaba tiempo esperando esa respuesta.

—Por la falta de tiempo.

—Podrías haber esperado a que bajáramos más la guardia.

—Llevo fingiendo con ellos más de una semana, que en este mundo es una eternidad. No estoy hecho para eso. Me puse nervioso con todas las preguntas y la palabra *cuarentena*. No vi otra opción. Aproveché la primera oportunidad que vi.

Había transcurrido un buen rato y ya contábamos con suficiente información. Tendríamos que asimilarla y, en el proceso, seguro que nos asaltarían nuevas preguntas. Sussy pareció opinar lo mismo. Dio por concluido el interrogatorio y salió de la sala. Los demás no nos pronunciamos, ya fuera porque nos parecía bien terminar aquí el interrogatorio o para no contrariarla.

XLV: LA CONFESIÓN

Era más tarde de lo que esperábamos. Debían estar esperándonos todos en el bar. Extendimos la invitación a nuestros acompañantes. Antonia rehusó amablemente: quería repasar la grabación. Germán confirmó su asistencia antes de que a su tía se le ocurriera pedirle algo.

Atravesaba las puertas del ayuntamiento cuando recordé que faltaba un tema por abordar con Antonia: teníamos unos nuevos residentes en mi finca. Tal y como se dibujaba el panorama, era preferible informar. Nos esperaban tiempos en que necesitaríamos confiar ciegamente en la comunidad, si pretendíamos repeler los próximos ataques. No fracasaríamos por nuestra falta de sinceridad. Además, tener más efectivos en nuestro bando siempre iba a nuestro favor. No podía arriesgarme más. Ahora el momento de tomar las riendas y no guardar más el secreto.

Me disculpé con Sussy y Germán. Les dije que necesitaba hablar un momento con Antonia a solas. Sussy, que interpretó a la perfección mis intenciones, cogió al chico por el brazo y me contestó:

—Te esperamos en el bar con los demás. No te demores.

Su sonrisa cómplice era lo único que necesitaba para afrontar la situación que planteara Antonia al saber de los nuevos residentes. La encontré en su despacho. Miraba mapas del pueblo y de las poblaciones cercanas. Aunque la puerta estaba abierta, golpeé con los nudillos en el marco de madera. Ella se giró algo sorprendida y contrariada por la interrupción.

—Hem de parlar.

Era evidente que no necesitaba esperar respuesta alguna, pero cierto protocolo educativo no estaba de más. Tras unos segundos de silencio, un poco tenso para mi gusto, procedí a contarle que habían llegado familiares míos. Tampoco era del todo cierto, pero no hacía falta pasar pruebas genéticas ni nada, y decir que eran familia resultaba más fácil. Por educación, me disculpé por no habérselo comunicado antes. Me escudé en la cantidad de frentes abiertos que teníamos y no haber encontrado un momento de paz para poder hablarlo tranquilamente. Antonia meditó un momento. Sopesaba mis palabras, mi entonación y mi postura. Me escrutaba. Calculaba sus palabras y las consecuencias de utilizar unas u otras.

—Entenc el retard en la informació. Però hauran de passar la quarantena igualment.

Era una mujer terca, difícil de doblegar. Aceptó y entendió mis disculpas por no haberla informado antes, pero no les perdonó la cuarentena. Parece que alegar que eran familia tampoco había

funcionado, pero estaba preparado también para esta situación. Le dije que aceptaba la cuarentena, pero sería en mi casa, bajo mi responsabilidad. Claramente, no le gustó que, al confirmar su orden, yo la modificara a mi conveniencia y sin intención de consultar. Para suavizar la tensión en el ambiente, que empezaba a incomodarme, saqué otro as de la manga que tenía guardado como último recurso: una comida juntos. Aprovechando que habíamos invitado a Susanna y a su amiga Pilar, con los críos, le ofrecí que se sumara también a la invitación para conocer a Rubén y los demás visitantes. Como seguía sin contestar, me excedí un poco más:

—*Vols que et passin a buscar?*

—*Sí.*

Esperaba algo más, pero esta fue la única respuesta. Algo poco común en Antonia, siempre comunicativa. No debía querer precipitarse. Tenía toda la noche y parte de la mañana para pensar en todo lo sucedido y las diferentes informaciones obtenidas. Estaba claro que era una persona lista, reflexiva y paciente, cuando necesitaba serlo. Me retiré pensando que no había ido mal, pero tampoco bien. Me quedó la sensación de haber cumplido, pero poca cosa más.

Como era lógico, cuando llegué al bar ya todos bebían cerveza y picoteaban. También estaba Pablo, que reía animadamente. Miré a Sussy. Aunque intentábamos estar por lo que teníamos

que estar, disfrutando de la conversación y la compañía, nuestras caras denotaban que no dejábamos de darle vueltas al interrogatorio. Entendí que no habían tocado el tema. Las estupideces que provocaban carcajadas lo confirmaban. Me interrogó con la mirada. Le contesté con un bien y me encogí de hombros. Ella suspiró y me dedicó una preciosa sonrisa de ánimo. Los demás, supongo que por prudencia, no quisieron preguntar. O tal vez, al ver nuestras caras, prefirieron seguir ignorantes un rato más.

Germán demostró capacidad de desconexión. Se le veía muy animado bebiendo cerveza. Entre pan, embutidos, quesos, aceite, tomate y ajos, nuestra mesa era un lujo. Se presentaba una cena tan deliciosa que no permitiría que nos arrebataran el momento. Estaba todo buenísimo y la gente se lo pasaba bien hablando de absurdidades. Para qué estropearlo, cuando el tiempo ya se encargaría de ponerlo todo a sitio o en jaque.

Al terminar, nos despedimos de los que se quedaban en el pueblo, que eran Pedro y Jorge. El primero quería ensayar más con su grupo, y el segundo no desistía en buscar piezas que se le resistían.

—Se me olvidaba. Mañana tenéis que pasar a recoger a Antonia. Se apunta a la comida.

Todos entendieron lo que eso representaba. Nadie añadió nada. Se forjó cierta tensión mal resuelta, que ni con la marcha a casa

se disipó. Esta vez monté solo. Los demás fueron en el carro. El camino fue algo más relajante. Las estrellas ya pintaban el cielo. Era una noche sin luna y despejada, por lo que las estrellas se extendían con una intensidad insólita meses atrás. La oscuridad y el relato de Simone empezaron a jugar con mi mente. Veía sombras meciéndose entre árboles y arbustos. Al llegar al cruce, Babieca quiso volver a lo alto. Sonreí a la oscuridad que me protegía. Aquellos momentos a solas con Sussy eran un tesoro para mí.

—¿Pensáis explicar cómo ha ido el interrogatorio? —David ya no aguantaba más.

La montura me daba cierta libertad y yo no había participado activamente en el interrogatorio, así que le cedí todos los honores a la diosa pelirroja. Sussy lo estuvo explicando todo con pelos y señales hasta que llegamos a casa de Gerardo, donde todos se quedaron a dormir. Superada la decepción de subir solo a mi finca, pude disfrutar de una calma que muy probablemente no tardaría en perderse durante una larga temporada.

La llegada a casa fue lenta y reconfortante. Me recibió Marc, que estaba de guardia, seguido de tres de las cuatro perras. Me preguntó cómo había ido la jornada, demasiado intensa a mi parecer, pero por lo visto muy plácida en casa. Lo, puse al día de todo en un tiempo récord. Hablamos de todas las posibilidades que se nos pasaron por la cabeza. Nuestra primera

preocupación era la visita de Antonia al día siguiente. La comunidad se podía romper antes de crearla y en vísperas de una invasión. Esperaba que el sentido común empezara a reinar en la sociedad que resurgiera.

Me preparé una infusión. A media ingesta, lo acompañé a hacer la ronda por la finca. Babieca andaba suelta, libre de cualquier sujeción. Esa noche aprecié la tranquilidad y los placeres que gozábamos con mayor intensidad. En mi mente se precipitaba la sensación de pérdida. Al terminar de dar la vuelta, tenía la cabeza demasiado repleta de ideas e información. Tocaba recapacitar y meditar con la almohada. No tardó en atraparme y caí en un profundo sueño.

XLVI: LA EMBOSCADA

La visita de Antonia a la hora de comer alteró la dinámica del día. Estábamos nerviosos. Éramos conscientes del peso de su opinión y del conflicto que se crearía si ponía problemas a que acogiéramos a la familia del que había sido el mejor amigo de mi padre. No sé si porque yo le había dado la noticia o porque tenía muy claro que no pensaba permitir tonterías, pero estaba tranquilo y seguro de la permanencia de la familia. Con la taza de café en la mano, buscaba pasar desapercibido para evitar conversaciones o, aún peor, que me mandasen algún quehacer.

Respiraba los aromas del despertar. Lo miraba todo, sin ser consciente de lo que veía, perdido entre pensamientos. Mi taza quedó sin sustancia y ello me indicó el arranque definitivo de ese nuevo día. Tenía previsto reconocer nuestra zona con Babieca. Ir más allá de todos los encuentros que se habían producido. Informé al matriarcado de mis intenciones y me autorizaron a ausentarme por un tiempo que no excediera las cuatro horas.

En cuanto aparecí en la zona donde guardábamos el arnés y la silla de montar, Babieca pareció entender que salíamos al mundo. Se le notaba la alegría ante la perspectiva de salir de la propiedad. Llevaba provisiones y material de primeros auxilios en las alforjas, y también una mochila a cuestas. Un fusil de caza, el

bastón y varios cuchillos completaban mi equipo. Nunca se sabía. La experiencia dictaba que, cada vez que íbamos a la barraca del pastor, en el antiguo campamento del grupo de Esther, encontrábamos a alguien. Hasta el momento, todos venían ex profeso a nuestra casa y en son de paz. No sabíamos si los siguientes también serían familia y amigos o, por lo contrario, unos completos desconocidos. Averiguar las intenciones de posibles visitantes ya no parecía una tarea tan fácil. Si Simone no acudía a la cita, era probable que nos atacaran abiertamente o que intentaran meter a algún otro infiltrado en el pueblo. Más si comprobaban que acogíamos a refugiados. De todas formas, si algo tenía más o menos claro por cómo había ido el interrogatorio, apostaba a que el Jefe iba a intentar terminar pronto con nosotros para pasar a dedicarse a sus quehaceres, en vez de a la *vendetta* de un hermano, a quien menospreciaba. Lo mejor era prepararse para cualquier opción que se nos pudiera ocurrir y retorcerla un poco, pensando siempre en el peor escenario posible. Quizás fuera la única manera de estar mínimamente preparados.

En estos pensamientos me encontraba cuando llegué a la cabaña, esta vez sin residentes. El camino a lomos de Babieca era todo un placer. Aparte, llevarla de expedición permitía recorrer grandes distancias de forma más discreta o menos ruidosa que con vehículos de motor. Cuidar de la equina me transportaba a

un estado de paz y calma. Comenzaba a crearse un vínculo entre nosotros, o eso me gustaba pensar.

No me podía demorar demasiado. Tenía que llegar antes que Antonia. Cuando en el pueblo supieran a qué hora subirían, me llamarían por el *walkie* para que calculara el tiempo necesario para adelantarme a su llegada.

El clan femenino de casa pondría en antecedentes a los recién llegados de cómo funcionaba nuestra alcaldesa. Mari Carmen y Pepita subirían antes con las niñas para que jugaran con el resto y ayudar en lo que fuera menester. Víctor se quedaría con Gerardo a terminar unas tareas en el campo. Habían hecho buenas migas. Víctor había descubierto una nueva pasión que ignoraba. Quedamos que subirían más tarde, cuando hubieran finalizado sus tareas. Seríamos muchos en aquella comida. El último en apuntarse a la comida había sido Pablo. Pasaba tanto rato con Jorge buscando piezas aquí y allá que no tenía sentido no invitarlo. Siempre había sitio para uno más y se podía hablar abiertamente delante de él.

El sonido del *walkie* me devolvió a la realidad. Informaban de la intención de Antonia de salir hacia casa aproximadamente en una hora. Las ganas de conocer a los nuevos miembros de la comunidad podían más que la paciencia de esperar hasta la hora de comer. Los que no habían podido acomodarse a su horario subirían a la hora que habíamos calculado.

Era el momento de volver, si pretendía llegar antes que las primeras invitadas. Las ansias no me gustaban, pero si realmente la expresión *nuevos miembros de la comunidad* había salido de boca de Antonia, sus intenciones no podían ser muy malas. Aunque mi mente intentaba impedirlo, en lo más profundo de mí escrutaba las posibles intenciones encubiertas de la alcaldesa. Buscaba en la oscuridad de la humanidad, incapaz de fiarme por completo de nadie.

Di un vistazo final para asegurarme de que no sucedía nada anómalo por los alrededores. Aparte de un bello paisaje, nada destacable. Un silbido de aviso y las tres perras acudieron. Las cuadrúpedas se habían aceptado muy bien unas a otras, a pesar de sus personalidades diversas. Tenían momentos de juegos en los que se perseguían sin importarles la raza. Ellas sí que se fiaban las unas de las otras sin malpensar.

Mari Carmen y Pepita llegaron justo después de que liberara a Babieca de todos los complementos que facilitaban la monta. Antonia había subido finalmente con ellas. Como era el que estaba más cerca, les abrí la puerta y fui el primero en saludarlas. Me sorprendió no ver a Germán con ellas. Antes de que llegara el resto de la familia y comenzara el protocolo de saludos y presentaciones, aproveché para preguntar por su ausencia.

—*El pobre ha pensat que la invitació no era extensiva a ell* — contestó Antonia. No me lo podía creer que a estas alturas

Germán no se sintiera invitado. Mi cara de perplejidad debió poner fin a su broma, entre risitas y sonrisas cómplices—: *Vindrà amb la resta dels nois. Pobret, ja està tot el dia amb mi. Necessita desconnectar una estona.*

Venía de buen humor. Era imposible no sonreír al ver su alegría. Esta vez la que más se reía, por no decir la única, era ella. Se reía con sus bromas, aunque en parte era cierto: Germán necesitaba liberarse un poco de su tía para hacer su vida y establecer sus propias relaciones sociales, sin estar pendiente de ella.

Las presentaciones y saludos fueron más rápidos de lo que me esperaba. Como el propósito de la visita era conocer a los nuevos, habíamos preparado la sala para la reunión informal. Empezamos con el picoteo de embutidos, aceitunas y pan con tomate. Las bebidas, a preferencia de cada cual. La comida se retrasaría bastante porque aún faltaba mucha gente por llegar y algunos ya sabíamos que apurarían hasta que el hambre hablara por ellos.

Se creó un ambiente realmente distendido. Se notaba que todos estaban a gusto, Antonia incluida. En ningún momento la conversación se convirtió en un interrogatorio ni se puso tensa. La familia de Rubén era una familia afable, de fácil trato. Esto favorecía congeniar con ellos. Hasta enseñaron la foto que nos habíamos hecho la última vez que habían venido de visita, aquella noche de luna llena que nunca olvidaré. Otra vida de

recuerdos mágicos. ¡Qué lejos quedaba todo aquello! No hacía tanto de aquella fotografía, pero tenía la sensación de que el recuerdo pertenecía a otra versión de mí mismo. Como si hubiera sucedido en un universo paralelo.

La conversación llegó a un punto en que, de no estar atento, no te imaginabas en el mundo que estábamos heredando. Hablaban de política. La charla se intensificó sin dejar de ser amigable, como habría pasado un año atrás. Cada uno tenía su propia opinión acerca de cómo debía encararse el resurgir de una civilización, con el pasado que arrastrábamos. Eran diversas, pero coincidían en que las decisiones importantes se debían tomar por consenso. Teníamos la oportunidad de crear una sociedad adulta, sin la supervisión que necesita la infancia. Parecía una reunión completamente atemporal. Como cualquier otra entre amigos.

A medida que la gente llegaba para la comida, saludaba y se distribuía por la sala, juntándose con quien cada cual tenía más afinidad. Terminamos formando diferentes grupos, la mayoría por edades e intereses compartidos. Eso llevó a que se trataran diversos temas al mismo tiempo. Por mi parte, me fui a jugar con los niños y las perras. Demasiado jaleo en casa, me iría bien un poco de inocencia y aire fresco.

Llegaron Víctor y Gerardo. Me sorprendió que Sussy y David no subieran con ellos. Lo harían con los que faltaban del pueblo.

Habían bajado a revisar las defensas y la seguridad. Era algo que no podía esperar. Teníamos tanto que hablar y que hacer que llegaba a ser abrumador. Suerte de los niños, que requerían de toda mi atención para poder seguirles el ritmo. Eso me abstraía de todos los problemas que teníamos sobre nuestras cabezas y me daba una falsa sensación de tranquilidad mental.

Nos enteramos de la llegada de los que venían del pueblo minutos antes de verlos. Se los podía oír cantar y reír casi desde la finca de Carlos. Habían empezado el aperitivo en el bar y ya subían más animados de lo esperado. La comida prometía ser animada y divertida. Todos eran conscientes de que oportunidades como esa estaban a punto de desaparecer durante una temporada, y ponían de su parte para pasarlo lo mejor posible.

Con los niños, preparamos una emboscada en el jardín. No me atreví a hacerlo fuera del recinto. A pesar de las risas, todos éramos conscientes de la fragilidad de nuestra felicidad. Todos llevábamos armas y no dudaríamos en usarlas en caso de sentirnos amenazados, por lo que no convenía crear situaciones peligrosas innecesarias.

En cuanto entró el carro, Aina y Oriol se escondieron debajo. Alba, Júlia y Carlos los esperaban donde estaba previsto que dejaran a los pasajeros. Carlos estaba en lo alto de un árbol, camuflado entre el follaje. Iban todos armados con globos llenos

de agua. Las hijas de Pepita se escondieron tras las puertas del granero. La sincronización y la paciencia podían conducirnos al éxito. Mi única función, ser la distracción.

Los recién llegados estaban tan animados que no fue difícil alterarlos un poco más. Lo suficiente para que no prestaran demasiada atención al entorno. Mi principal objetivo era Sussy. Todos habíamos coincidido en que era la más temible.

En cuanto todos los del carro tuvieron un pie en el suelo, un globo voló desde lo alto y explotó a un metro escaso del primero. Les cortó el paso momentáneamente. Todos se giraron sorprendidos. Carlos ya tenía otro globo amenazador. Las siguientes en acudir a escena fueron las niñas. Se pusieron justo al final del rastro de agua del primer aviso. Ambas apuntaban a diferentes objetivos. Alba sería la portavoz y Júlia no dejaría de apuntar a Sussy. Los hermanos saldrían de debajo del carro para cubrir posibles huidas. La misión, desarmar a la maestra de esgrima. Por mi parte, llevaba dos globos escondidos. Desvelaría mi papel en el momento en que lo ordenara Alba.

—*Seguiu les instruccions i no us mullarem.*

Esta amenaza despertó una carcajada general que Carlos atajó con otro charco algo más cerca de sus pies. Bueno, los mojó un poquito. Al retroceder, se encontraron con que les tocaban la espalda con la vara de entrenamiento y los amenazaban con las bombas de agua. Comenzaron a ponerse en situación.

—La gran mestra ha de posar la seva espasa al nostre servei.

Procuraron fingir que se resistían e intentaron un ataque a dos frentes. Por lo visto, la gran maestra no estaba dispuesta a renunciar a su espada. La consecuencia, todos mojados. Los niños no estaban para dudas. Cuando intentaron reaccionar de nuevo, Carlos volvió a advertirles, esta vez a dos manos. Sobrepasados, los adultos terminaron prometiéndoles lealtad a todos ellos y Sussy puso su espada a su servicio, como si fuera su samurái. Quedaron medio empapados, pero ninguno molesto de estar bajo el mando de unos niños a los que ya adoraban. Entramos en casa. Los que tenían ropa seca se cambiaron. Los que no, los vestimos entre todos.

Alargamos el aperitivo para los recién llegados, mientras terminaba de calentarse el estofado de verduras y carnes magras. Hacía el frío suficiente para disfrutar de algo tan delicioso, calórico y calentito.

Se adelantó la reunión que teníamos pendiente. La alcaldesa conoció en parte la forma en que intentábamos funcionar. Como era de esperar, se adaptó con rapidez. Hasta Germán se atrevía a dar su opinión abiertamente, y en este ambiente su tía no le dirigió ninguna mirada reprobatoria. Los dos se sentían cómodos con todo el grupo. Tanto a Tessa como a Rubén los comprometieron para trabajar en el pueblo impartiendo clases de meditación, concentración y mucha terapia para niños. Estaba

claro que ya los consideraban de fiar y miembros útiles para la comunidad. Venir recomendado seguía teniendo sus ventajas.

En cuanto al tema que a todos nos preocupaba, la mayor parte optaba por tener prudencia, pero utilizar a Simone de señuelo para tender una trampa a los receptores de la información. Eso tenía varios inconvenientes. Cada vez que salía el tema, se trataban de pasada. Lo más probable era que, en la emboscada que pretendíamos llevar a cabo, tuviéramos que disparar. La prueba la acabábamos de apreciar en la improvisada guerra de globos. Los emboscados no suelen quedarse quietos, aunque sepan que es un juego. Consecuencia, todos mojados. En el hipotético y poco probable caso de no necesitar usar fuerza letal, llevaríamos más intrusos a la comunidad. Estos, con claras y demostradas intenciones hostiles. Daba algo de vértigo, si te parabas a analizarlo. No parecía que el resto de los congregados quisiera profundizar en las posibles consecuencias de nuestras acciones, tanto las inmediatas como las de futuro.

El sol seguía su camino y, sin que nos diéramos cuenta, ya casi nos dejaba. La despedida fue repleta de cariño entre las nuevas amistades que se habían forjado alrededor de un estofado y un buen vino.

XLVII: EL ALUMBRAMIENTO

Sussy quería bajar al pueblo a preguntar un par de cosas que habían surgido en las conversaciones de la comida. La idea de volver a montar junto a la pelirroja fue motivo suficiente para que me ofreciera como voluntario para acompañarla. Pero en la bajada ella fue con el resto en el carro y yo, a la mía, contemplando el sol, que nos dejaba con la ilusión de ver amanecer. La esperanza de seguir con vida era lo más relativo que habíamos vivido la mayoría de nosotros.

Cuando llegamos, vimos a la médica correr hacia el ayuntamiento. Algo no iba bien con alguno de los refugiados. El asunto debía ser lo bastante delicado para hacerla acudir. Cuando entramos, intentaban localizar a Álex para que acudiera en su ayuda. Sin preguntar, hicimos la gestión por el *walkie*. Jaume lo iba a bajar en moto, priorizando la rapidez al ahorro necesario de combustible.

Por los nervios, el viaje, el estrés o por saberse en sitio seguro, Sonia, la refugiada embarazada, se había puesto de parto. El problema era que se esperaba que saliera de cuentas en poco más de un mes. Aumentaba la presión y la dificultad el hecho de que el niño viniera de nalgas. Por ello, la médica prefería contar con otras manos que supieran ayudarla. No tardamos demasiado en oír el motor que traía la única ayuda válida para la pediatra. La

pobre no tenía tiempo para nada más que dedicarse a su profesión. Con demasiados niños desamparados y adultos dedicados a trabajos manuales, volvía a ser peligrosa cualquier tipo de herida, infección o enfermedad, por lo que la gente acudía hasta por absurdidades. Un poco como antes. Estábamos paranoicos con la salud y los posibles focos de infección. El tiempo nos llevaría a acostumbrarnos y a convivir con normalidad en las nuevas circunstancias, hasta dejar el pasado atrás.

El primero en volver a casa fue Jaume. Nosotros no tardamos mucho más. Nuestra presencia no era de ayuda en el pueblo y Sussy resolvió rápidamente los cuatro temas pendientes de seguridad que quería zanjar con los que hacían turno de guardia. Estábamos sorprendentemente despejados. El parto prematuro que tenía lugar en esos precisos momentos había vuelto a despertarnos. Sussy y yo volvimos a desviarnos monte arriba. Babieca conocía a la perfección el camino, por lo que no hacía falta dirigirla. Una vez arriba, extendimos una manta en el suelo para resguardarnos de la humedad. Contemplamos el cielo estrellado y toda la extensión de monte que la altura nos permitía ver. No sé cuánto rato estuvimos allí, observando el mundo en silencio, escuchando la melodía que nos ofrecía la noche. La relación que tan mal había empezado ahora era de aquellas en las que puedes compartir horas de silencio, sin sentirte incómodo en ningún momento ni necesitar romperlo.

El estruendo de las campanadas rompió por completo la calma cómplice. Supusimos que anunciaban la llegada del nuevo miembro a la comunidad. Ambos nos miramos con sorpresa por el escándalo, que nos pareció inapropiado en la situación actual. No era conveniente llamar tanto la atención, aunque ya supieran que existíamos. Era mala idea ir anunciando nuestra presencia. Al menos, no más de lo que ya habíamos hecho.

Al terminar el repicar, en la distancia, vimos encenderse unos faros y luego las luces traseras de un vehículo que se alejaba tranquilamente. Estaba claro que se nos vigilaba constantemente y que la altura de la torre no era suficiente. Nos miramos y coincidimos:

—Aquí un punto de vigilancia permanente, ya.

Quizás hubieran confundido las campanadas con una señal de alarma, como si los hubieran detectado. Avisamos a casa y al resto de los compañeros que estaban de guardia para que estuvieran atentos. Nosotros nos quedaríamos a pasar la noche en el monte, compartiendo las horas de guardia. Babieca, libre de toda atadura, pastaba plácidamente. Ya teníamos ganas de relajarnos de la intensidad de los últimos días, pero, aunque era poco probable que aquella noche volvieran, más valía mantenerse vigilantes.

—No podemos quedarnos sin hacer nada, a la espera.

—Lo sé, pero primero tendremos que convencer a los demás y planificar bien.

Tener que llegar a consensos sobre lo que para uno es evidente resulta complicado, pero era la única manera de crear la sociedad que tantos años hacía que ansiaba. En la medida de lo posible, debía prevalecer la palabra meditada y consensuada. No podíamos actuar por impulsos, y los primeros actos no debían ser violentos.

Permanecimos despiertos durante tres horas, hasta que nos invadió el cansancio. Cambiábamos de turno cada vez que volvía a la conciencia el que descansaba. Al despertar, recordaba dónde estábamos, los dos acurrucados en una manta para mantener el calor de nuestros cuerpos, bajo la supervisión del firmamento. No siempre me resultaba fácil conciliar el sueño. El contacto constante y el olor de su piel extasiaban todos mis sentidos. Era difícil no enamorarse y mucho menos no desear a un ser tan cautivador.

El trino de los pájaros al saludar al sol nos despejó sin interrumpir el sosiego del despertar. Ella permaneció apoyada en mi pecho, mientras el mundo arrancaba un nuevo día.

Antes de ir al pueblo, teníamos que pasar por casa. Asearse, cambiarse y desayunar eran lujos de los que aún podíamos disfrutar y, en la medida de lo posible, no pensaba renunciar a ellos.

El camino nos envolvía con la neblina matutina que empapaba todo lo que tocaba. Cabalgábamos envueltos en la misma manta para no acabar calados y disfrutar de esos momentos manteniendo el calor en nuestros cuerpos. Babieca volvía sin que la dirigiéramos, al ritmo que se le antojaba. No teníamos demasiada prisa por volver a la realidad que se nos estaba planteando.

Al llegar a casa, Marc nos esperaba con todo el séquito de las perras. Ningún adulto había dormido demasiado esa noche. Todos quedaron preocupados al saber que había un coche observando, hecho que confirmaban que nos espiaban. También habían estado pendientes de los partes médicos, del estado de salud de la recién estrenada mamá y del primer niño que nacía en la nueva comunidad. Nos informaron que el parto se había complicado bastante. Madre e hijo estaban vivos, pero corrían peligro. Ella había perdido mucha sangre. Entre los vecinos que estaban despiertos, habían conseguido donaciones suficientes del mismo grupo sanguíneo. Creían que iba a recuperarse pronto. El bebé tenía problemas respiratorios, por lo que estaba débil y lo estaría cada vez más. Estaban adecuando un respirador para ayudarlo. Intentaban averiguar la causa, aparte de las complicaciones propias de ser prematuro.

Por suerte, pude trasladar la conversación hasta la cocina y preparar dos tazas de café. En cuanto Carlos y Oriol nos vieron, nos espetaron un «Buenos días, tortolitos» que me dejó sin

palabras. Los otros adultos allí presentes empezaron a reírse, animando a los niños a ser un poco más niños. Cada uno fingía besar a una pareja imaginaria. No me quedó más remedio que reír a mí también. Sussy se limitaba a sonreírles. A ella no se atrevían a dirigirle directamente sus bromas, así que todas terminaban siendo a mi costa.

—Ya esté bien de sandeces. En diez minutos, todos fuera. Hoy hay entrenamiento.

Las bromas se terminaron y los niños salieron disparados. El tono de Sussy era serio. La broma de los tortolitos no acababa de encajarle bien.

—Tú no te duermas en los laureles, que también va por ti.

Con la mirada me dio a entender que no permitiría mi ausencia. Se me había pasado por la cabeza, pero era importante estar lo mejor preparado posible y no era cuestión de desaprovechar las ocasiones que tuviéramos para ello. Tampoco convenía dar mal ejemplo a los menores, que ya practicaban en el jardín.

El entrenamiento fue suave. Como los niños seguían con sus burlas, se hizo más entretenido de lo habitual. En los combates, Sussy me permitió darles un poco de caña para procurar que se centraran, en vez de hacer tantos comentarios. Podía alcanzar más fuerza y longitud que los niños, pero ellos contrarrestaban magistralmente mi superioridad con horas de entrenamiento y depuración técnica. Conseguí vencerlos por los pelos. Estaba

convencido de que pronto iba a resultarme prácticamente imposible. En los combates, no había lugar a bromas.

Terminamos la clase con el tiempo justo para ducharnos y cambiarnos. Teníamos que volver a bajar al pueblo. Estaba haciendo más viajes al pueblo que en todo el tiempo que llevaba en la finca. Por suerte, la reunión de seguridad era poco formal y se encaraba a buscar soluciones, con lo que sería una reunión ágil. Se procuraba que las aportaciones sumaran, al menos que no fueran destructivas. Preferíamos ir al grano que discutir mucho rato. La reunión fue informativa y rápida. Los que no estaban de guardia, subieron al monte para visualizar el punto en el que habíamos visto las luces del coche. Se quedaron un par de vecinos para empezar los turnos de guardia. Se decidió que permanecieran ocultos. Lo importante era observar, no ser observados.

Uno de los vecinos, que cazaba por la zona, nos indicó varios puntos más alejados donde podríamos avistar el otro lado del valle, por donde pasaba la carretera de acceso. A la vuelta, los revisamos todos. Los nuevos puntos abarcaban un horizonte mucho mayor del que era posible abarcar sin salir del pueblo. Las vistas eran magníficas. Se podría detectar cualquier vehículo con mucha antelación.

Llegamos a casa a tiempo para comer. Fue una alegría para nuestros estómagos y para mi mente. Añoraba estar en casa,

tranquilo, sin tanto ajetreo arriba y abajo. No éramos tantos para comer como en otras ocasiones. Los miembros cada vez se dispersaban un poco más. Siendo pocos, pudimos hablar con calma sobre cómo proceder con Simone. Sin interrupciones y sin necesidad de establecer turnos de palabra, cada cual pudo expresarse libremente. En casa, la gente apostaba por utilizar al espía de señuelo. Esa opción solucionaba en parte qué hacer con él. Si no traicionaba a su antiguo grupo, ya fuera por miedo o por compartir sus ideas, no podríamos acogerlo. También era clave no permitir que escapara ninguno. Prisioneros o muertos, pero no fugados con pretensiones de destruirnos. Ya habíamos cometido este error una vez. No podíamos permitírnoslo más.

Lo que no creíamos conveniente en ninguna circunstancia era no hacer nada. Estábamos empezando algo bueno. Éramos conscientes de que vivíamos mejor que la gran mayoría. Compartir, dialogar, acoger, enseñar… y no queríamos que nadie nos privara de ello. Haríamos lo que fuera necesaria para no perderlo por imposición. No nos quedaríamos parados.

Siempre había defendido el consenso, la toma de decisiones conjuntas, el trabajo en equipo, pero en este punto lo tenía demasiado claro: los que nos vigilaban de cerca eran demasiado peligrosos para no tomárnoslo en serio y planificar bien un ataque por nuestra parte. Teníamos que convencer a los vecinos del pueblo que la inacción podría significar nuestro final. No tenía demasiado claro si acataríamos una decisión contraria.

Esperaba que, si llegaba a pasar, consiguiéramos solucionar los conflictos surgidos de los orgullos que sin duda heriríamos. Por eso no estaba nada mal que formáramos parte de los principales grupos de decisión de la comunidad. Encarar las reuniones teniendo clara la posición de todo el grupo nos daba cierta tranquilidad, difícil de sentir si uno solo se representaba a sí mismo.

Se notaba la preocupación en la cara de los presentes. El miedo se respiraba en la sala. El espía había abierto una brecha en nuestro sentimiento de seguridad y esta crecía con la certeza del conflicto cercano. La presencia de vigías en la lejanía nos recordaba lo que habíamos intentado olvidar. La nueva sociedad resultante ya no fingía ni escondía la crueldad. Incluso la premiaba. Las condiciones eran perfectas para que todo psicópata diera rienda suelta a sus instintos.

Después de comer y de un rato de relax en casa, emprendí el camino de vuelta al pueblo. Una vez más. Ahora tocaba reunirnos con Antonia para hablar de ello e intentar hacer frente común en la toma de decisiones. Lo importante para la mayoría era saber si nos podíamos fiar de Simone.

—No.

La escueta participación de Sussy en el debate dejó muy clara su postura. Antonia sonreía satisfecha. Se notaba que también la admiraba. No sé si el resto sintió temor por la leyenda que se

forjaba en las calles o le pareció suficiente su respuesta negativa. El caso es que nadie puso en duda a Sussy, que nos informó que pretendía interrogar a Simone de nuevo. Quería conocer la ubicación exacta del punto de encuentro. Estaba claro que no nos quedaríamos de brazos cruzados y que seríamos nosotros los que les emboscáramos, sin esperar a que ellos dieran el primer paso. Antonia se fue con ella, esta vez no por decisión propia sino por petición expresa de la interrogadora. Sussy le presentaría a Antonia como la máxima responsable de la comunidad. Con esa solemnidad, esperaban conseguir que traicionara al Jefe, aunque el miedo es un muro difícil de saltar. Las atrocidades sufridas y el conocimiento de las consecuencias de la traición podían hacer que se desmoronara al ver a sus compañeros, pero teníamos que arriesgarnos. Por el momento, Simone colaboraba sin necesidad de amenazas, según me contó Sussy. La estrategia de la pelirroja, sin embargo, iba más allá: «Más vale tener a Antonia siempre de nuestro lado. No la quiero como enemiga». Sussy tenía razón.

En cuanto Simone señaló el lugar, empezamos a recopilar mapas. Llamamos al grupo de los cazadores, quienes probablemente conocían mejor la zona. Aparecieron encantados de que solicitáramos su ayuda. Era fácil olvidar que todo el mundo necesita sentirse útil. Nos dieron detalles sobre la zona, la vegetación que podíamos encontrar para camuflarnos y los escondites que ellos utilizaban para acechar a sus presas.

Teníamos que inspeccionarla. Eso nos preocupaba a todos. Por primera vez íbamos a salir de la influencia inmediata del pueblo. Había que exponerse para tener alguna oportunidad de éxito. Tres cazadores acompañaron a un par de compañeros del grupo de seguridad, entre los que se contaba David, a fotografiar la zona para hacernos una idea visual. Se fueron a pie, monte a través, para evitar ser detectados.

Por mi parte, también abandoné la reunión. Me había comprometido con Marc para ir a los puntos más alejados donde queríamos poner vigías. Marc creía poder montar un sistema de cámaras de vigilancia controlable desde el pueblo o desde cualquier otro punto. Eso nos ahorraría exponer gente, con lo que consideré que era buena idea intentarlo, pero no informé a los demás de esta posibilidad, por si las moscas no era finalmente viable.

De camino a su encuentro, no me abandonaba la idea de que estábamos montando un estado policial. En el pasado, me habría parecido mal. Ahora, el mundo de fuera nos quería comer. Antes de la aparición de Simone, solo buscábamos oportunidades de mejorar, pero ahora solo nos centrábamos en la vigilancia y la estrategia de defensa y ataque. Supongo que la necesidad de sentir cierta seguridad nos hacía dedicar la mayor parte de nuestros esfuerzos a protegernos. Los sueños idílicos estaban a la espera de poder regresar.

Los niños se querían apuntar a la expedición. Por suerte, la que les prohibió insistir fue Inés, que así zanjó un tema que probablemente conmigo se habría alargado. El papel de tío divertido era el más agradecido, pero a la vez me costaba más imponer autoridad. Las matriarcas se encargaban de corregirme cuando veían que exponía demasiado a los niños. Los altercados con Carlos habían dejado muy claro al resto que los niños no podían salir de la zona controlada. Para ellos se habían terminado las expediciones hasta que alcanzaran una edad aún por determinar.

Una vez equipados, partimos en busca de los tres puntos nuevos de vigilancia. Esperaba encontrarlos a la primera. Normalmente me orientaba bien, pero había ido solo una vez, y guiado. No podíamos equivocarnos demasiado. Quizás tardáramos en encontrar cada punto exacto, pero todos estaban en la misma línea, alejándose en el horizonte de las crestas que creaban nuestro valle.

Encontramos el primero de los tres nuevos lugares de observación. La altura de la montura nos permitía ver más allá de la vegetación. En los puntos en que se abría, la inmensidad del mundo aparecía ante nosotros. Era para quedarse sin aliento. Marc miraba, tomaba notas y fotografías. Yo me limitaba a observar la lejanía en busca de los nuestros o de cualquier indicio de humanidad. Marc indicó el momento de partir. En la segunda parada, se repitió el proceso. Seguí sin ver más que naturaleza.

Marc intentó explicarme las medidas que tomaba, para qué las necesitaba y cosas por el estilo. Le prestaba atención, pero no me enteraba de nada. Estaba claro que él sí sabía de lo que hablaba y, si necesitaba explicarlo, allí estaba yo para escucharlo.

El tercer punto, el más alejado, también mostraba la magnificencia del planeta. Sabedor de todo lo que nos jugábamos, no pude reprimir cierta sensación de paz interior ante tales vistas. Ya terminábamos cuando pude ver a un grupo en un claro. Con mi anteojo y sus prismáticos, comprobamos que eran los nuestros. No les debía faltar demasiado para llegar a su meta. Frenamos el impulso de saludar y desvelar ambas posiciones a posibles observadores. Nos quedamos allí contemplando a nuestros compañeros. Aparecían y desaparecían entre los claros de la vegetación. Seguirlos no era difícil: trazábamos su recorrido imaginario cuando desaparecían y los buscábamos en el siguiente claro. No tardaban en reaparecer. En uno de estos avances visuales, en el extremo más alejado, en ese punto en que la visión empieza a perderse y muchas cosas pasan desapercibidas, aprecié el parpadeo momentáneo de un reflejo. Al dirigir la vista hacia ese punto, ya no había nada. Miré a Marc para comprobar si había visto algo, pero él seguía mirando al grupo. Le advertí y los dos nos pusimos a buscar. No se veía nada raro, ni rastro del reflejo que me había paralizado momentos antes. Por un momento, pensé que quizás había sido el reflejo del sol en alguna botella de cristal o algo parecido. A

punto estábamos de desistir, cuando los dos lo pudimos ver con claridad. No era una botella, sino unos prismáticos que ocultaban el rostro de un desconocido.

Instintivamente, nos escondimos para evitar ser vistos, si no lo habían hecho ya. Nuestros amigos se dirigían en su dirección. Caer en una emboscada, cuando preparábamos nosotros una, no era lo previsto. Una vez más la precaución resultaba clave. Sin precipitarnos, pensando bien cada acción, nos pusimos en contacto con ellos a través del *walkie*. A ellos les tocaría decidir si intentar capturarlos antes o permanecer ocultos. No podíamos discutirlo demasiado, quizás tenían la manera de interceptar comunicaciones si detectaban ondas de radiofrecuencia como las nuestras. No debíamos subestimar al rival ni sus posibilidades.

Seguimos en una posición resguarda, pero intentando no perder de vista ni a unos ni a otros. Dejamos de ver a los nuestros. No sabíamos qué decisión habían tomado. Los nervios de no saber, la incerteza y la posibilidad de que algo saliera mal nos tenían sin respirar. Observábamos dónde estaban los hombres del Jefe y los posibles puntos de huida o de ataque. Al poco, vimos a parte del grupo desandar el camino. Los que faltaban debían estar cubriendo la retirada o preparándose para atacar. No tenía

muy claro que atacar fuera una buena solución. Al revés, pensé que un ataque por nuestra parte ahora podría ser nefasto para nuestros intereses. En un mundo en que podía pasar de todo, aquellos hombres podían volver o no a su base sin necesidad de nuestra participación. Pero estaba convencido de que, si atacábamos y sus hombres no regresaban, el Jefe entendería que los culpables éramos nosotros, ya que constituíamos su objetivo. Actuar ahora equivalía a avanzar la emboscada un día. ¿Estábamos preparados para perder veinticuatro horas? Mi cabeza hervía.

Vimos al resto de nuestros compañeros cerrando la retaguardia. En este segundo grupo, distinguimos a David. Por un momento me relajé. No había ataque por nuestra parte. Nos retirábamos, sabedores de dónde se escondía al menos uno de los puntos de vigía enemigos.

Marc y yo tendríamos que permanecer allí, en nuestro punto de avistamiento, hasta que los desconocidos se movieran. Podían pasar horas o cinco minutos. Irnos sin ser relevados mientras los forasteros siguieran allí habría sido una irresponsabilidad. Aprovechamos para hablar sobre nuestra formación en uso de armas y estrategia de ataque y llegamos a la conclusión de que

nunca estaríamos preparados o, al menos, nunca consideraríamos estarlo lo suficiente. A estas alturas de la historia, pocos en la comunidad no habían practicado con un arma de fuego, cuchillos y la vara que simulaba una espada. Todos éramos conscientes de que, en caso de necesidad, hasta una pluma puede ser un arma letal si sabes dónde clavarla y encuentras la oportunidad. Pero nunca era suficiente. No éramos soldados entrenados, solo simples ciudadanos que intentábamos dar lo mejor de cada uno a cada momento.

No se fueron hasta que el sol estuvo a punto de desaparecer y nos regaló una paleta de colores brillantes, intensos, repletos de luz. Cuando los espían desaparecieron, nos quedamos un rato más para asegurarnos de que no regresaran ni fueran relevados. La claridad ya era escasa, casi nula, al llegar a casa.

XLVIII: LA MEMORIA

Durante la cena, volvimos a centrarnos en todo lo pendiente, en lo que sucedería o podía llegar a suceder. Al terminar, ya tenía suficiente del tema. En cuanto me fue posible, me fui a dar la vuelta con las perras y revisar la finca. Rubén se apuntó. Debía tener ganas de pasear o quizás le pasaba como a mí, que tanto hablar del tema le resultaba asfixiante, y solo el aire fresco y ejercicio de piernas lo devolvían a un estado relajado.

—¿Qué opinas de la situación de tu hija mayor? —le propiné de buenas a primeras. Si pensaba relajarse, no se lo puse fácil, pero por su reacción, vi que me pregunta tan directa no le molestaba. Al revés, intuí que necesitaba hablar de María y de su situación. Pensó un rato, como si buscara las palabras adecuadas.

—No sé qué pensar. Por una parte, sé que está viva y a salvo. Es más de lo que otros pueden esperar. Pero, por la otra, su imposibilidad de decidir me inquieta, en realidad la tienen prisionera. —Volvió a quedarse pensativo y añadió—: Esta es la cuestión que más me molesta. Como no puedo sacar a mi hija de allí, me estoy convenciendo de que tendré que conformarme con saber que está a salvo. Quizás en el *pendrive* que nos dio encontremos algunas respuestas. Hay muchos archivos. Muchísimos. Tessa sigue revisando las investigaciones sobre el

virus, pero no abarca a leerlo todo. Necesita más tiempo y mucha concentración.

Me había olvidado por completo de la memoria externa que habían conseguido sacar del clínico a riesgo de sus vidas. No tenía que olvidarlo de nuevo. Era importante, como mínimo lo era suficientemente para María. Le propuse a Rubén hacer una copia del contenido del lápiz de memoria y bajarla al pueblo para avanzar más rápido si teníamos más mentes pensantes estudiando los documentos.

Al llegar al punto más alejado de las fincas, las perras se pusieron alerta. Nosotros hicimos lo propio. Rubén había salido desarmado. Le cedí el bastón. Con el rifle preparado, nos acercamos hacia donde las perras indicaban. Al tercer paso, ellas empezaron a avanzar sigilosamente. Un conejo salió corriendo, perseguido por las perras hasta que lo perdieron en su supuesta madriguera. Sonreímos. No había estado mal ni la actuación de los animales ni la nuestra. Rubén no volvió a salir sin un arma. Cada día aprendíamos algo nuevo y nos volvíamos más conscientes.

En casa, fui directo a buscar a Tessa. Como era de esperar, estaba estudiando el virus que había diezmado a la humanidad. Llevaba muchos informes ya leídos, pero no llegaban ni a la mitad del contenido de aquella memoria. Le entregué otro *pendrive* con capacidad suficiente y le pedí que me hiciera una copia de todo

para repartir el arduo trabajo de lectura. Entonces fue cuando vi un archivo titulado «Llista de personal». Al abrirlo, aparecieron los nombres de todos los miembros de la plantilla del Clínic en la actualidad. Enseguida encontré a María y a Paco. Imprimimos el listado para revisarlo en busca de conocidos. Si hubiéramos tenido acceso a Internet, solamente con los nombres habríamos conseguido cualquier información sobre su vida. Nos habíamos acostumbrado a exponer nuestra intimidad al mundo. Ahora todo volvía a ser una incógnita.

Ya en el sofá, con una infusión en mano, hice una lectura más concienzuda. Hallé otros apellidos que me sonaban. Inés me confirmó que eran los hermanos de Anna. Jaume y ella no habían venido a cenar. Pensé en decírselo al día siguiente, pero mi madre me entregó el sombrero y me echó de casa. Todos me miraban como si esperar un día fuera una barbaridad. Estaba realmente cansado, pero ya nada de eso importaba. Fui con las dos perras más jóvenes y Babieca, a la que monté sin silla. Era un trayecto corto y estaba agotado como para ir ensillando y desensillando.

—¿Qué haces por aquí a estas horas? —fueron las primeras palabras que recibí como saludo al llegar a la finca de Carlos.

—En el *pendrive* hemos encontrado información interesante y positiva.

—¿Y no podía esperar hasta mañana?

—Al parecer no.

Entramos. Todos estaban en la sala. Unos veían una película y otros leían alguna novela. Me miraron encantados de verme y, a la vez, sorprendidos. No hay nada como la familia.

No me demoré demasiado en explicaciones y solté rápidamente que en el lápiz de memoria habíamos encontrado un listado de residentes en el Clínic en el que figuraban los nombres de los hermanos de Anna. La noticia causó furor. La alegría de Anna al saber que tenía familia sanguínea con vida y que estaban en un lugar protegido me confirmó que había hecho bien en no esperar hasta el día siguiente. Anna se quedó un poco preocupada al saber que en realidad estaban presos, sin poder decidir por sí mismos si permanecer allí o irse. Pero, como ellos desconocían la suerte que había corrido ella, era probable que estuvieran conformes con su destino. El exterior no era un lugar en el que apeteciera permanecer.

Ahora se sumaban dos personas más al rescate. Dentro de mí, la palabra rescate era la más idónea para describir nuestra misión a Barcelona. Nadie se atrevía a decirlo en voz alta, pero inconscientemente cada uno de nosotros estábamos preparando un asalto al Clínic en nuestra mente. Era un secreto, como si fuera la única manera de mantener la esperanza. Si se verbalizaba, otros podían descartar la idea, y ninguno conseguiría nada por su cuenta. En todo caso, ahora no era buen

momento para plantear nada. Teníamos previsto emboscar a los espías al día siguiente. No sabíamos cuánto tardaríamos en solucionar el problema que estaba por llegar ni si seríamos capaces de hacerlo, con lo que el reencuentro con María y los demás quedaba relegado a un segundo plano. El rescate de los del Clínico no era viable, de ello éramos todos plenamente conscientes, pero la idea rondaba las cabezas de todos los afectados por la situación.

Volví a casa exhausto. Por suerte, Babieca ya hacía el recorrido sola y no necesitaba que la guiase. Me metí en la cama respirando hondo. «Mañana será un día que marcará nuestras vidas para siempre», me dije antes de cerrar los ojos. Sabía que me quedaban pocas horas de sueño.

El encuentro fortuito con los súbditos del Jefe nos hizo madrugar a todos. Debíamos preparar la emboscada con tiempo. Simone tenía de plazo todo el día para llegar. Lo esperarían hasta que el último rayo solar cayera en esta parte de la Tierra. No sabíamos a qué hora aparecerían, y no queríamos encontrarlos por casualidad bajo ningún concepto.

Antes del amanecer, unos cuantos nos dirigimos al punto de la emboscada y otros dos, al punto de vigilancia más alejado para observar y dar avisos si era necesario. Simone iba custodiado en medio del grupo, atado con una cuerda que colgaba de la mochila de David. En cuanto nos acercáramos más, le

pondríamos una mordaza. Saber si nos sería fiel no era una prioridad y no nos la íbamos a jugar. La idea era intentar minimizar los riesgos de una situación que en un momento se podía descontrolar por completo.

El pueblo estaba en alerta. Solo existían dos grupos: los que podían luchar y los que no, ya fuera por sus pocos o demasiados años, por enfermedad o por estar al cuidado de estos. El resto estaba armado y preparado para acudir al lugar asignado con el fin de repeler posibles ataques. En casa, la situación era similar. Todos conocían su función y los pasos a seguir en cada situación. El tema de las posibles alternativas que teníamos se había convertido en una constante en las conversaciones.

Mucho antes de que llegáramos, nos avisaron de que el punto de encuentro parecía desierto. Nos alertarían ante cualquier novedad. Cuando los nervios nos dejaban disfrutar del camino, teníamos que reconocer que vivíamos en un entorno espectacular por sus formas y matices. Los árboles empezaban a tomar tonalidades otoñales. Cuando el cazador guía indicó que faltaba poco para alcanzar el lugar, nos detuvimos. La mayoría nos quedaríamos allí, a la espera de que hicieran las comprobaciones pertinentes. Nos íbamos a aproximar cuando nos confirmaran que no había movimiento cerca ni lejos.

Habían encontrado el sitio en cuestión. No cabía duda de que llevaban días pasando muchas horas en aquel lugar. Habían

dejado todas sus porquerías tiradas por la zona. También localizaron el sitio donde aparcaban el coche. Allí colocaron clavos con las puntas hacia arriba, bien disimulados para que reventara un neumático sin que se percataran de que caían en nuestra trampa.

El principal punto de interés era la carretera de acceso. Cuando los viéramos, tendríamos unos once minutos antes de que empezara el juego.

No teníamos una hora concreta. Cada uno debía permanecer en su posición. Cinco se quedaron custodiando al prisionero y protegiendo una posible retirada o la iniciación de un rescate. Eran nuestra seguridad. Los que nos quedamos en primera línea nos camuflamos alrededor del lugar que usaban como aparcamiento y del de su ocio de espera. Si no se sabía dónde estábamos, éramos casi ilocalizables.

La espera fue lo peor. La cabeza no dejaba de repetir todo lo que podía salir mal. Recordaba insistentemente lo que estaba en juego. Para empezar, la propia vida. El empeño en conservarla tenía que insuflarnos valor. Sabíamos que no tenían escrúpulos. Disparaban y preguntaban luego, si alguien quedaba en pie. En cambio, nuestra idea no era matarlos, sino capturarlos. De todas formas, ante la posibilidad de resultar heridos, antes nosotros que ellos.

Las horas pasaban con demasiada lentitud. Ya que estábamos preparados, cuanto antes sucediera todo, antes sabríamos el resultado. El único beneficio del tiempo de espera fue que los nervios y las inquietudes terminaron por desaparecer, aunque fuera por el aburrimiento. Escribir me ayudaba a pasar el rato, a aclarar sentimientos y miedos. Otros leían, dibujaban o escuchaban música con auriculares. Alguno hasta relajaba los ojos profundamente. Hasta que el sonido del *walkie* estorbó la calma. Sabíamos lo que nos iban a informar. Los nervios volvieron a galopar por la garganta, ahogando el tiempo.

—*Ja arriben, són dos cotxes. Canvi.*

¿Dos coches? Esperábamos solo cuatro personas, pero si se habían repartido en dos coches, podían ser el doble o más. Los nervios cedieron algo de terreno al miedo de ser superados. Contábamos con el factor sorpresa, pero, en ese momento, no tenía muy claro si sería suficiente. Quizás nos habían visto observarlos y traían refuerzos. Las especulaciones conseguían que dejaran de temblarme las piernas. Cada uno de nosotros estaba en su lugar, bien camuflado y atento a los acontecimientos.

El plan era que Simone no debía aparecer hasta unos minutos después de su llegada, como si llevara rato esperándolos, pero resguardado para que nadie lo encontrara. Esa era la idea o lo que pretendíamos que pensaran.

Primero oímos el sonido de los motores. La velocidad que llevaban nos hizo suponer que iban confiados, como si fuera rutina. Aparcaron los dos coches, uno detrás del otro. La rueda delantera del copiloto del primero no tardaría en dar muestras del pinchazo, según lo previsto en nuestros cálculos. Por suerte, esa parte del plan se cumplió. Los exabruptos del que se percató consiguieron que los cinco restantes se giraran para ver lo que pasaba. Se acordó de los muertos de no sé cuánta gente y empezó a sacar cosas del maletero. Las dejaba en el suelo de mala manera para buscar la rueda de recambio. A los otros no se los veía muy dispuestos a colaborar, hasta que la ira que acumulaba el único que hacía algo explotó en gritos contra sus compañeros. Los increpaba por su desidia y falta de colaboración. Tan furioso estaba que, cuando ya tenía la rueda en las manos, la volvió a tirar en el maletero y se negó a continuar. Por un momento pareció que el enfado lo iba a impulsar a coger el otro coche y largarse. Entonces dos de los compañeros, entre bromas, le dijeron que se encargaban ellos, que no se sulfurarse, que se le ponía cara de culo.

Como si esa fuera la palabra clave, apareció Simone, desatado y sin mordaza. Era consciente de que sería el primero al que eliminaríamos si nos parecía que les hacía algún tipo de señal. Le habíamos advertido que en todo momento un arma le apuntaría a la cabeza. Algo de miedo nos debía tener.

Cuando lo vieron, tuvimos la sensación de que prefería ser nuestro prisionero antes que volver a ser compañero de aquellos. Lo saludaron al estilo de unos matones de instituto que intentaran humillarlo por su falta de personalidad y estima. Claro está que la mente de cada uno actúa de un modo diferente ante situaciones de acoso. No siempre se encuentra el valor para pedir ayuda o enfrentarse al acosador. A veces resulta más fácil sumirse en las penumbras de la insignificancia impuesta. El pobre se limitó a bajar la cabeza en muestra de sumisión.

—¿Tienes la información? De lo contrario, el hermanito del Jefe te va a dar una buena paliza.

—Sí.

Su actitud era la que debía haber mantenido para sobrevivir entre el garrulismo violento.

—Ayuda a cambiar la rueda, que todavía tenemos que hacer otra parada y no tenemos tiempo que perder.

Acudió sin rechistar ni mirarlos a la cara. Estaba muy clara la posición que había tomado. Los que se quedaron sin hacer nada tomaron unas cervezas de la nevera que con tan mala gana había sido sacada del maletero. Luego se pusieron a hablar de lo mucho que iban a disfrutar de la recompensa por cumplir con los recados del hermanito. Este les había prometido sexo, drogas y alcohol. Todo un clásico.

Teníamos que actuar antes de que terminaran de cambiar la rueda. Los primeros, Sussy y yo. Ella por ser la más preparada y escurridiza. Yo porque era el otro lo bastante pequeño para esconderme donde estaba. Nuestra misión, capturarlos y protegernos con los que cambiaban la rueda. Estaba seguro de que Simone no dificultaría su rescate. Nuestro nuevo cómplice levantaba el coche con el gato. Los otros dos lo observaban satisfechos de no hacerlo ellos. Era el momento de actuar.

Salimos y los encañonamos por la espalda. Parecía como si tuvieran aprendida la lección. Se limitaron a levantar las manos y permanecieron en silencio sin que necesitáramos darles ninguna instrucción. Simone se incorporó y recogió las pistolas y cuchillos que portaban en el cinturón.

—*Senyors, si són tan amables...* —dije.

Sussy me miró como preguntándome si era tonto. No dio tiempo para más. Desenfundaron sus pistolas más rápido de lo esperado y uno consiguió disparar. El tiro impactó en el cuerpo con el que se protegía Sussy.

El siguiente proyectil le voló la tapa de los sesos al que había disparado. La sorpresa los confundió. Antes de que apareciera el resto del grupo, habían depuesto las armas. El escudo de Sussy se empezó a tambalear hasta caer de rodillas. Sangraba abundantemente por el pecho. No tenía muy buena pinta. Ella misma intentó taponar la herida. El niño que este había sido

reapareció al verse a las puertas de la muerte. Suplicaba salvación y lamentaba su suerte. Le lloraba a la muerte, que no tardó en presentarse.

Atamos a los ilesos. Amordazamos a uno que nos amenazaba y advertía de las consecuencias de nuestros actos. Lo típico: «No sabéis lo que hacéis ni con quién os la jugáis. Lamentaréis el día en que os cruzasteis en nuestro camino». Cosas así para nosotros y más específicas para nuestro miembro en pruebas. Seguía incordiando, era el único que no paraba de soltar improperios, poco claros por el trapo en su boca. Cansado de oír sus balbuceos repletos de ira, David lo cogió en volandas, lo metió en el maletero y lo cerró.

—Ya no lo aguantaba más.

Hasta el momento, habíamos estado en silencio. Sussy pasó el parte. Los demás custodiábamos a los prisioneros. Entre Simone y yo, terminamos de cambiar la rueda. No cesaban los golpes dentro del maletero.

En cuanto estuvimos listos, nos subimos a los coches. Descendimos hasta llegar al camino principal y lo cogimos en dirección a la comunidad.

Uno de los prisioneros iba en el maletero y los otros, distribuidos entre los dos coches que nos habían proporcionado. Todos atados de pies y manos y encapuchados. Lo último, por lo que habíamos visto en la ficción, aunque no estaba de más que no

vieran a los vecinos armados. Siempre existía el riesgo de fuga. Ya se había demostrado que no éramos infalibles ni mucho menos. Todos teníamos memoria y no estábamos dispuestos a cometer los mismos errores que en el pasado. Los vecinos estaban demasiado escarmentados y sabían lo que podía llegar a hacer el que se había considerado su dueño. Por eso no podían permitirse bajar la guardia. El comentario más oído entre la gente era que prefería morir luchando a revivir la experiencia del colegio. Todos los puntos de vigilancia se ocuparon las veinticuatro horas. Podían atacarnos al percatarse de que sus hombres no iban a regresar. Llevamos los dos muertos al crematorio. Allí los despojaron de todo lo que tenían. Otros revisaron los coches en busca de cosas de utilidad. A los prisioneros se los encerró por separado, sin sacarles las ataduras ni las capuchas. Únicamente se les desataron las piernas para no tener que cargarlos. El bocazas llevaría mordaza hasta que lo interrogáramos.

Pasamos a Simone a unas dependencias más cómodas, pero seguía sin tener permitido moverse. A los otros refugiados que habían llegado con él ya se los dejaba salir a la plaza, siempre custodiados, pero con medidas de seguridad más amables. Nuestra memoria también servía para no olvidarnos de la humanidad inherente en el ser humano.

La madre primeriza se recuperaba gracias a las transfusiones y a la compañía de su pareja, que no se separaba de ella ni de su hijo.

Este seguía luchando contra las dificultades respiratorias. Estaba claro que los recientes padres no arriesgarían la oportunidad que se les brindaba en la comunidad y ya todos los consideraban de fiar, como miembros de pleno derecho. Su hijo fue el primero en nacer en el pueblo en la nueva era y eso tampoco sería fácil de olvidar. Estábamos creando memoria histórica cada día.

XLIX: LOS PRISIONEROS

Con los prisioneros, seguiríamos el mismo proceso que habíamos aplicado con Simone al descubrir que era un espía. Estos no me producían la misma sensación. No sería tan fácil rehabilitarlos ni convencerlos de hablar, aunque el bocazas no dejaba de intentarlo. Iba a ser el primero en pasar por el interrogatorio. De lo poco que habían dicho en el bosque, me había quedado con la idea de que tenían que ir a otro sitio después de recoger al espía. Sería interesante averiguar dónde y para qué. Quizás algún almacén de provisiones. Especular servía de poco. Lo más importante era sonsacarles información sobre su guarida principal, cuantos efectivos tenían y qué planes de invasión sospesaban.

No nos habíamos dado cuenta de que la hora de la comida había pasado. Estábamos famélicos. En el bar, habían preparado una perola con *faves* a la catalana, butifarra blanca y negra y tocino. Estaba de escándalo. Casi nos hace olvidar todo el follón que se nos venía encima. Nos acabamos toda la perola y nos fuimos a dar una vuelta para bajar la comida, desde la plaza hasta la entrada principal. Queríamos controlar que todo estaba bien antes de regresar para interrogar la captura. Todos daban por hecho que la menuda pelirroja estaría a cargo de los interrogatorios. Sería interesante ver cómo se desenvolvía con

aquellos energúmenos. Y cómo la tratarían ellos. Aunque hubiera sido la primera en actuar en la emboscada que los había llevado al encierro, estaba convencido de que la menospreciarían y la tratarían como carne de presa. Podía imaginarme su actitud y hasta sus posibles frases, pero no tenía claro qué papel asumiría Sussy con cada uno de ellos. Era una mujer difícil de predecir.

En los puestos de vigilancia se respiraba cierta tensión. Saber que podíamos detectarlos con antelación no era motivo suficiente para bajar la guardia ni para controlar los nervios a flor de piel. Alguien sugirió que pusiéramos bandas de clavos como los usados por la policía en los controles para evitar fugas. El mismo concepto, pero de forma permanente. Se podían situar a un centenar de metros de la entrada del pueblo. De noche eran invisibles y de día, cuando les prestabas atención, ya era demasiado tarde. También se habían levantado barricadas para frenarlos o dificultar su avance. Esto nos permitiría replegarnos o huir hacia las fincas. La idea era que el mayor número de nosotros permaneciéramos juntos y a salvo. El lugar más seguro eran las fincas. Desde allí, era más fácil esfumarse. Corríamos el riesgo de perderlas, pero estaba convencido de que les saldría muy caro intentar conquistarlas. Llevaba unos días hojeando *La guerra de guerrillas,* escrito por el revolucionario Ernesto Guevara. No sabía si nos ayudaría, pero mal no nos haría. Conocíamos el territorio mejor que ellos. Jugábamos en casa y

teníamos mucho por lo que luchar. Ellos lo harían en beneficio del poder y el control del Jefe. Nosotros, para seguir viviendo libres y con dignidad.

Nos metíamos de lleno en una guerra. En el pueblo, eran pocos los que tenían formación militar. En caso de vernos superados, hacerles frente nos llevaría a la muerte. Por lo que explicaba Simone, entre nuestros enemigos, era raro el que no tenía algún delito de agresión y muerte a sus espaldas. Se les suponían pocos escrúpulos para eliminarnos sin ningún pesar. Segar una vida no es fácil, o no debería serlo. No podíamos dudar. Era incómodo hablar de ello, pero era necesario. La gente debía mentalizarse y tener muy claro todo lo que nos jugábamos. No era momento de tener dudas ni escrúpulos. Ni de cometer errores estúpidos por no estar centrados en lo que hacíamos. Nuestras vidas dependían de ello.

De regreso, encontramos a Marc, Jorge y Pablo. Debían estar hablando del sistema de vigilancia. Cuando nos acercamos a ellos, comentaban la posibilidad de usar drones. No era mala idea, pero no sabía si en el pueblo habría alguno. Mi duda quedó resuelta enseguida: tenían todo lo necesario tanto para montar el sistema de cámaras como para poner las máquinas a volar. Ya habían empezado a hacer prácticas. Nos pidieron que gestionáramos la búsqueda de vecinos que supieran manejarlos o con habilidad suficiente para aprender rápidamente.

Nos comprometimos a tramitarlo a través de Germán. Era como pedírselo a Antonia, pero sin molestarla. Cuando entrábamos en el ayuntamiento, Germán apareció como si nos diera la bienvenida. La consideró tan buena idea que él mismo se apuntó a aprender. Buscaría más vecinos. No creía que fuera difícil encontrar voluntarios capacitados, aunque veía improbable dar con alguien con experiencia. Nos informó que su tía nos esperaba en la sala de control de los interrogatorios, ansiosa por empezar.

Antes queríamos pasar a ver cómo estaba Simone y averiguar si podía darnos información acerca de los detenidos. Por cortesía, fuimos primero al encuentro de Antonia. Le pareció buena idea empezar por quien en esos momentos no pertenecía a ningún grupo. Estaba desamparado, aunque era evidente que prefería estar con nosotros. No le iba a resultar tan fácil ganarse a la comunidad. Menos ahora que nos sentíamos amenazados por sus antiguos compañeros, que lo habían torturado y humillado durante tantos meses. Mi disposición a integrarlo no había cambiado. Sobre los nuevos, prefería no pensar. Cada vez que lo hacía, lo primero que se me ocurría era ejecutarlos. Era un pensamiento en el que prefería no profundizar. No quería ser yo quien lo verbalizara. De todos modos, no era la decisión más urgente. Teníamos tiempo para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Simone nos dio escasa información, nada que no hubiéramos deducido nosotros mismos. Creía que nuestra mejor opción era el bocazas. Siempre hablaba de más. Ya teníamos intención de comenzar por él. No era mala estrategia usar su propensión a ser un bocachancla para condicionar a los otros.

Lo trajeron a la sala de interrogatorios, atado de manos, amordazado y encapuchado. Lo miramos unos minutos. Sussy me pidió, o más bien me ordenó, que entrara con ella. A Antonia pareció no gustarle, pero no dijo nada ni Sussy le dio más explicaciones. Al oírnos entrar, el bocazas dio un pequeño salto en la silla. Seguimos sin decir nada. Intentaba hablar, pero no se le entendía gran cosa. En síntesis, se cagaba en nosotros y juraba venganza. Cuando pareció calmarse, le sacamos la capucha. La luz lo cegó momentáneamente. Cuando vio a la pelirroja, sonrió, satisfecho de su interrogadora. No sabía lo que se le venía encima. Más le hubiera valido menospreciarme a mí. No habría estado demasiado equivocado. Pero prejuzgarla a ella era como ver Barcelona desde el cielo antes de aterrizar y decir que conoces la ciudad. Su repertorio de insultos, ahogados por la mordaza, iban dirigidos a ella en exclusividad. Cuando se cansó de escuchar sus estupideces, Sussy se posicionó detrás de él lentamente. Con un movimiento rápido, le estampó la cabeza contra la mesa. Nos sorprendió a los dos. Él comprendió de inmediato que la poli buena no era ella.

Estoy convencido de que Antonia, desde la sala de vídeo, sonreía satisfecha por la actuación de aquella mujer menuda que despertaba dulzura. Al bocazas, se le despertó el dolor y la indignación por ser golpeado por una chica, dentro de su cerebro de primate.

—Cuando estés dispuesto a hablar como una persona, te sacaremos la mordaza.

De su respuesta, pudimos entender que la consideraba practicante de la profesión que, según se dice, es la más antigua. La reacción no se hizo esperar. Su cara volvió a besar la mesa. Sussy intensificó algo la presión después del golpe.

—Veo que te cuesta comprender. Tranquilo, tenemos tiempo. El tuyo solo depende de lo útil que puedas ser. De lo contrario, queda espacio en el crematorio. Aún deben estar calcinando a tus compañeros. No hay problema en meterte para que les hagas compañía.

Cuando terminó de hablar, dejó de presionarlo contra la superficie de la mesa. Yo estaba estático, sin hacerme notar. Aún no sabía el papel que me tocaba jugar. El preso debía estar mordiéndose la lengua porque no se atrevió a volver a insultarla. Cuando la mano de Sussy dejó de tener contacto con su cabellera, se quedó unos segundos más saboreando la superficie metálica.

—¿Dispuesto a responder las preguntas?

El reo levantó la cabeza y la miró de una forma que a ella no le gustó, por lo que volvió a estamparle el cráneo. Al volver a incorporarse, solo asentía, sin emitir sonido. Le retiró la cinta americana de un tirón, dejándole la zona de la boca enrojecida por la irritación. Cuando iba a abrir la boca, Sussy le advirtió:

—Cuida las palabras que escoges. Él no es tan amable y no cree que seas de utilidad. Al menos, no por la información que puedas darnos. Piensa que servirías mejor a la humanidad en experimentos con el virus en busca de posibles curas. Ten en cuenta que, si te cortáramos la lengua, nos ahorraríamos oírte. Los interrogatorios pueden ser escritos. Porque sabes escribir, ¿verdad? Así que no descartamos dejarle trocearte un poco. No te preocupes, tiene una habilidad especial para conseguir que no pierdas la conciencia. Le gusta que aprecien su arte.

Yo seguía con cara de póquer, pero alucinaba con los comentarios. Yo era el torturador. No sé si era creíble, pero dejó de mirarla a ella para centrarse en mí. Confundió mis nervios con apremio. No sé por qué se me ocurrió sacar la navaja y mostrarle el filo. Estaba entrando en mi papel sin ser demasiado consciente de lo que representaba.

—¿Ya puedo? —le pregunté sin ni siquiera mirarla. Antes de que me contestara, agregué—: Podéis traerme las herramientas. Como ya os advertí, no tiene intención de colaborar. Es una pérdida de tiempo y sus improperios me causan migraña.

Ante mi asombro, pocos segundos después apareció uno de los vecinos que lo habían custodiado con un maletín antiguo de medicina. Por lo visto, todos se estaban tomando muy en serio aquella actuación. Comencé a sacar el instrumental: bisturís, sierra, martillos y tenazas. Comprobé que todo estuviera en perfectas condiciones para proceder con la tortura. Con cada comprobación, él abría más los ojos. Estaban a punto de salírsele de sus cuencas. Y yo empezaba a sentirme cómodo como actor.

—¿Qué queréis saber?

—¿Dónde ibais después de recoger a Simone?

—¿Qué os importa? —Su cabeza volvió a hacer sonar la mesa— ¡VALE! —le gritó antes del siguiente golpe—. Hay una granja gestionada por mujeres.

—¿Y?

—Nos aprovisionan de carne y leche.

—¿A cambió de qué?

—De ser protegidas en vez de sometidas.

Al minuto volvían a llamar a la puerta. Nos traían un mapa de la zona para que señalara el lugar. Antonia era muy diligente y desde su posición de mera observadora por video, reaccionaba antes que nadie. El preso nos mostró el punto exacto de la granja y nos dio toda la información requerida sobre sus ocupantes.

Curiosamente, cuando empezó a cooperar, ya no dejó de hacerlo y vomitaba información constantemente. Nos señaló también dónde estaba la base. Confirmó lo que nos había dicho Simone, su antiguo compañero. No sabíamos qué planes tenía el hermano, pero nos dejó claro que el Jefe no perdonaría el insulto que representaba la captura de sus hombres. Odiaba que lo contrariaran. Cuando las cosas no salían como él quería, se levantaba la tormenta, sin tiempo a refugiarse. En ocasiones, si su cabreo era importante, llegaba a dispararle al portador de malas noticias.

Estaba claro que nosotros podíamos comportarnos como animales o fingirlo, pero lo de los hermanos era sadismo en estado puro. Lo peor era que toda la información coincidía en que ambos disfrutaban con el sufrimiento ajeno. Eran unas malas bestias que estarían mejor a dos metros bajo tierra.

Teníamos cuarenta y ocho horas antes de que los echaran de menos. En previsión de que Simone no pudiera llegar a tiempo o no apareciera, les habían dado ese margen para regresar con o sin él.

Los otros interrogatorios fueron sencillos. Al tener la información, solo necesitábamos que la confirmaran. Además, como ya habían abierto la veda, se explayaban con sus apreciaciones. Solo hubo uno que parecía realmente intimidado y angustiado por su pertenencia al grupo. El Jefe estaba

amargando la existencia en la zona. Éramos de los pocos supervivientes organizados que no estábamos bajo su tutela. El Jefe estaba endiosado y convencido de que era el elegido, el indicado para gobernarnos a todos.

Al salir, nos interceptó Antonia. Iba acompañada de tres compañeros de seguridad. Tenía planes. Nos cogió tan de improviso que no supimos reaccionar. Había preparado uno de los coches de los prisioneros para que, si nos veían, nos confundieran con ellos.

—Tenéis que ir a la granja.

L: LA GRANJA

Sin rechistar, subimos al coche. Antes de darnos cuenta, estábamos enfrascados en una nueva misión que no habíamos debatido ni consensuado. Vimos aparecer a Germán. No era parte de la misión, solo venía a informarnos que Andreu, un chaval del pueblo que no salía nunca de su casa, sería quien controlaría los drones desde su habitación. Era muy bueno con ordenadores, mandos y coordenadas. No quería interacción social con nadie, le daba pánico salir al exterior y hablar con los vecinos, pero estaba dispuesto a colaborar con la comunidad.

Sin ser óptima, era la mejor opción. No le podíamos exigir nada más. Estaba enfermo, necesitaba ayuda psicológica y mucha terapia, que ahora no recibía porque no teníamos tiempo para eso. Intentaríamos ayudarlo, pero siempre he creído que el primer paso es estar convencido de poder superarlo. La capacidad del ser humano para hundirse y flagelarse es asombrosa e inagotable.

Antonia nos miraba desde el portón del ayuntamiento, a la espera de vernos partir. No tardamos en hacerlo. Llevábamos provisiones, armas y medios para comunicarnos. Nos acompañó el cazador que durante la mañana nos había servido de guía. Tenía mi edad y se llamaba Aitor. Era divertido, con ganas de

agradar. Sabía que era el mejor del grupo de los cazadores, y el resto lo confirmaba, pero no se vanagloriaba demasiado de ello.

Era extraño ir en el coche de los prisioneros, pero resultaba útil para acercarnos hasta la misma puerta sin recibir un tiro. El miedo que debían tener a esa gente nos debería dar acceso a la granja sin problemas. No tener que pasar por ninguna población reduciría los posibles encuentros desafortunados, o eso esperábamos. Parte del trayecto era por camino de tierra. Si nadie transitaba las calles asfaltadas, era de suponer que las de tierra estarían casi olvidadas, aunque era cierto que tanto las familias como el grupo de Esther habían llegado hasta nosotros por carreteras secundarias, caminos de romería y campo a través. Parecía la elección de toda la gente de bien para evitar encuentros indeseados que pusieran en riesgo su integridad física.

No tardamos en encontrar el desvío montaña arriba. Un cartel de propiedad privada nos indicó que habíamos llegado. Tocamos el claxon y empezaron a aparecer mujeres. Dos salieron de los cercados repletos de vacas lecheras. Otras tres, de la casa.

En sus rostros, se podía leer el hastío y la repugnancia que sentían ante la visita prevista. Pero no hicieron ningún gesto que se pudiera considerar un agravio o una amenaza. Se las veía resignadas a lo que les tocaba vivir, como si hubieran renunciado a que las cosas fueran de otra manera.

La tensión apareció en cuanto pudieron distinguirnos. Todos éramos desconocidos. La más cercana a nosotros dio el aviso al resto. Dos de las mujeres que salían de la casa volvieron a entrar para aparecer con un par de rifles cada una. Cuando alcanzaron a la otra que había salido con ellas, le entregaron una de las armas. Las dos que estaban más cerca no nos quitaban ojo de encima. Esperaban la llegada de sus compañeras empuñando una pala y una horca. No sabíamos qué hacer, si bajar o quedarnos dentro hasta que llegaran. Hicimos lo último. Lo importante era que se sintieran a gusto y con la sensación de que controlaban la situación. Probablemente así era.

Cuando cuatro de las cinco estuvieron armadas y listas para tirotearnos si lo creían necesario, sacamos las manos por la ventana intentando demostrar que no éramos peligrosos.

—Yo os cubro —nos dijo Aitor más serio de lo habitual. Era gratificante ver que se tomaba la seguridad muy en serio.

Bajamos los dos. Sussy siempre era una garantía tanto para entrar con buen pie como para salir sin los pies por delante. Nos presentamos y les contamos que teníamos presos a los integrantes originales del vehículo, quien habían confesado que se dirigían hacia su granja.

—Hem sabut de la vostra existència i del xantatge al que esteu sotmeses. Venim a oferir la nostra ajuda.

Escucharon atentamente mi ofrecimiento de ayuda, sin dejar de apuntarnos. De los cuatro rifles, uno apuntaba a Sussy, otro en dirección a Aitor y dos a mi posición. Me seguían sorprendiendo los prejuicios costumbristas que llevaban a considerarme la mayor amenaza. Tenía claro que era el más inofensivo de los tres. Por otra parte, si apuntaban al más inocuo, los que realmente sabían qué hacer podían actuar y salvar la situación.

El silencio empezó a volverse incómodo. No sabía si insistir más, pero consideré que lo había dejado todo bastante claro, con lo que les comuniqué que, si ya consideraban que estaban bien, nos iríamos sin más. Sabían dónde vivíamos y quedábamos a su disposición si se lo repensaban. Hice un amago de volver al coche, pero mi compañera seguía quieta, mirándolas.

—Nos iremos si realmente así lo deseáis. Pero antes queremos información sobre el Jefe. La próxima comunidad que va a atacar es la nuestra y no pretendemos permitírselo. Si nos podéis decir algo, cualquier cosa, que nos ayude a protegernos o a destruirlo, os estaremos muy agradecidas.

El odio a los hombres se hizo patente. Fue como si las palabras de ella fueran creíbles y las mías, un embuste tras otro. No bajaron del todo las armas, pero ya no nos apuntaban directamente. Era un avance mínimo, pero seguíamos enteros y parecían dispuestas a hablar con Sussy. Como siempre, y sin

saber describir exactamente cómo, la pelirroja conseguía lo que se proponía.

—Solo hablaremos contigo. Ellos tendrán que esperar aquí. Si intentan algo, se pueden dar por muertos.

No sé por qué, pero la situación me hizo sonreír. Eso molestó a la cabecilla, que me apuntó con su arma de nuevo. Sus compañeras parecían algo más despreocupadas.

—Perdonad, tiendo a sonreír cuando me pongo nervioso. Como hemos dicho, no queremos más problemas de los que ya nos están causando. Si pretendiéramos haceros daño, nos habríamos aproximado de otra manera. ¿No te parece?

No bajó el arma hasta que la pelirroja se interpuso entre la trayectoria de la que ostentaba el mando y un servidor.

—Métete en el coche, ya me encargo —me dijo Sussy.

Obedecí. Las armas descendieron en cuanto mi trasero estuvo en el lugar que al parecer le correspondía. Una de las chicas que había salido del granero abrió la cancela e invitó a Sussy a entrar. Se dio la vuelta con una sonrisa tranquilizadora.

—Esperad aquí. Todo irá bien.

La verdad era que nosotros dos no estábamos muy preocupados. Lo justo. Pero la conocíamos y sabíamos que podría solucionar cualquiera problema que se le presentara. Estuvieron reunidas

aproximadamente una hora. Hice un intento de bajar del coche, pero las tres mujeres que se habían quedado a vigilarnos levantaron rápidamente sus rifles. Volví a poner el pie en el interior y me disculpé con la mano.

—¿Hoy no quieres terminar el día de una sola pieza? —me dijo Aitor, riendo.

—No he entrado con muy buen pie.

—Eso, asoma otra vez el pie.

Seguro que nuestras guardianas pudieron oír las carcajadas esta vez, pero sus rostros eran completamente inexpresivos. No quería saber lo que debían haber pasado para tener ese comportamiento tan desconfiado. Ciertamente, era lo mejor que podían hacer. Nosotros teníamos la cuarentena y ellas, la restricción absoluta. Supuse que los únicos hombres que pasaban por allí debían ser los causantes de la desconfianza y la repugnancia que mostraban hacia el género masculino. Suficientes hombres ya desgarraban su vida como para arriesgarse con otros a los que no conocían.

Era evidente que este nuevo mundo aún nos iba a deparar muchas sorpresas. Temía que la mayoría no fueran positivas. Debíamos seguir con la política interior de agradecer y valorar lo que teníamos y luchar por lo que pretendíamos crear. Era un bonito sueño al cual ellas podrían sumarse, si así lo deseaban y nos demostraban que eran de confianza. No necesitábamos más

enemigos. Estábamos casi seguros de que Sussy conseguiría convencerlas de nuestras buenas intenciones o, al menos, de no intentar matarnos. Después de una hora, aparecieron de nuevo, más relajadas.

Volví a bajar el pie y me volvieron a apuntar. Esta vez la jefa les dio instrucciones de bajar las armas. Con cuidado, bajé el segundo pie. Una vez fuera, estiré un poco las piernas, como si lleváramos horas de viaje, mientras nuestra compañera sonreía. Las otras mujeres seguían mirándome con cierto desprecio.

—¿También puedo bajar? —Se oyó la voz de Aitor, que seguía dentro del coche.

—Baja. Nos invitan a cenar a todos.

La noticia nos cogió de sorpresa. Era lo último que esperábamos.

—Bien, empieza a ronronearme el estómago —contestó Aitor despreocupadamente. Aitor parecía encantado con la perspectiva. A mí me causaba cierta inquietud, pero no podía demostrarlo ni rechazar la invitación. Intenté contagiarme de la tranquilidad que demostraba ella y del entusiasmo de él. Las caras de las granjeras aún eran serias y de pocos amigos. Eso no ayudaba mucho a ponerse en el papel.

Cuando nos permitieron entrar, comprobamos lo que ya sabíamos por los interrogatorios. Era una granja de vacas lecheras y cría de ternera para el consumo. Desde que empezó la

crisis humana, los animales pastaban por los campos de alrededor. Daba gusto ver todos aquellos animales sanos pastando libremente.

Nuestra vida había cambiado, pero no tanto como para que una mesa repleta de comensales y comida no relajara el ambiente y consiguiera entendimiento. Nos prepararon unos entrecots de casi un kilo cada uno, acompañados de patatas asadas. Estaba todo brutalmente bueno. Se me pasaron todos los males. Éramos los únicos hombres de la mesa, y casi nos comportamos como animales hambrientos. Nosotros no teníamos ninguna granja lechera ni carne bovina. En casa tomábamos leche de cabra o de oveja. De momento, no podíamos producir para todos. Intentábamos implantar varias granjas, pero para tener éxito seguro habíamos comenzado con los animales pequeños y de fácil cuidado. Por eso fue tan grande el placer de volver a comer un pedazo enorme de carne. Fue todo un disfrute. No nos preguntaron el punto de cocción que preferíamos. La hicieron muy poco y nos sirvieron unas tejas calientes como platos para que cada uno la terminara de cocinar a su gusto.

—Muchas gracias. Está buenísima. La mejor en mucho tiempo. Ni cuando el mundo era mundo, era fácil encontrar carne tan sabrosa. Gracias por la invitación.

Todas me miraban, pero no hicieron ningún gesto que confirmara que me prestaban atención.

—Sí que está buena, sí —dijo Aitor mientras sonreía y se metía un gran trozo en la boca. Fue el único que me siguió la conversación e hizo otra aportación magistral con una sonrisa contagiosa—: Sussy, no sé de qué habéis hablado, pero espero que quieran ser nuestras amigas para poder volver a comer esta delicia.

—Tienen que hablar y pensar —respondió Sussy, con otra sonrisa contagiosa—, pero también deseo que decidan unirse a la comunidad.

Unirse a la comunidad. No tenía muy claro a qué se refería, pero ya le preguntaríamos luego en el camino de regreso. Desde el pueblo no podíamos garantizar la seguridad de la granja, nos quedaba lejos. Quizás Sussy pretendía destinar a gente del pueblo a defender esta posición también. Yo estaba en la inopia y no preveía salir de ella hasta poder hablar con la pelirroja con calma.

—Estáis muy convencidos de que vuestra comunidad sobrevivirá a la ira del Jefe —dijo una de las chicas más jóvenes, que fue la primera en hablar. Sentían temor por el grupo del Jefe y ninguna fe en que nosotros pudiéramos mejorar las cosas. Este comentario no me desmoralizó. Al revés.

—No lo estamos. Pero lucharemos todos juntos hasta el final. La gente no quiere volver a ser prisionera, esclava, ni del Jefe ni de nadie. No volveremos a renunciar a nuestra libertad.

Esto último pareció molestarla y motivarla a partes iguales.

—¿Qué pretendéis hacer?

—Plantarles cara, no amilanarnos.

Suerte que esta respuesta la dio Sussy. Estoy seguro de que, de lo contrario, el comentario no habría sido tan bien acogido. Necesitaban tiempo, era evidente. Pretender llevarnos bien en el primer contacto era demasiado optimista, pero parecía que con Sussy el camino ya estaba medio labrado. Renunciar a ser aliados tampoco era una opción válida ni para nosotros ni para ellas. Las cosas ya no eran fáciles antes. Ahora la desconfianza gobernaba las relaciones y dificultaba la cooperación. La existencia de grupos como el que ahora nos amenazaba no ayudaba a encauzar relaciones sanas entre grupos que, a priori, se podrían entender bien. Con paciencia, les demostraríamos que la comunidad tenía futuro para todos. No podíamos menospreciar el poder del miedo y todo lo sufrido. Supongo que nosotros tendríamos que asegurar nuestra independencia para que ellas se plantearan traicionar a su tirano.

Terminaríamos siendo amigos. Estaba convencido de ello o, mejor dicho, así lo deseaba. No obstante, no las veía muy dispuestas a luchar en la guerra que se avecinaba. La verdad, tampoco lo pretendíamos. Nos interesaba la información. Todo lo que nos pudieran decir sería bien recibido y luego, con calma, cuestionado. Nosotros también desconfiábamos de todo lo que

proviniera del exterior. Debíamos poner en tela de juicio e intentar verificar todo lo que nos dijeran.

El ambiente parecía relajarse a medida que los estómagos se llenaban. Las únicas que hablaban eran Sandra, la mayor y la portavoz oficial, y la más joven, que se llamaba Isabel. Las demás permanecían en silencio. Se las veía notablemente más tranquilas que a nuestra llegada. Isabel no paraba de preguntar cosas sobre la comunidad. Le contestábamos de manera que le gustara la idea, pero sin desvelar nada relevante o que pudieran usar para negociar mejores condiciones con el Jefe.

—Estáis invitadas a venir cuando queráis —les dije con la intención de que al fin me aceptaran y dejaran de despreciarme.

La invitación no despertó mucho interés ni entusiasmo. La velada transcurrió sin más. La sorpresa llegó cuando nos despedíamos:

—Os llevaréis con vosotros a Isabel.

No entendía el motivo y no pensaba preguntar. Sussy parecía controlarlo todo muy bien y no mostraba signos de sorpresa. A mi parecer, se precipitaba. Estaba dando carta blanca a gente que ni conocíamos. Pero era ella la que llevaba la negociación. Estaba claro que aquellas mujeres no escucharían nada que yo dijera. Aparte, habría sido una manera absurda de romper una posible relación cordial. El comentario siguiente me confirmó

que la pelirroja lo tenía todo bien atado y planeado, sin yo darme cuenta de nada.

—Sussy, pensaremos seriamente en la conversación mantenida.

Isabel, por su parte, se debatía entre la alegría de marcharse y la tristeza de abandonarlas allá. Pero no objetaría las instrucciones de Sandra. En cuanto estuvo lista, nos despedimos. Subió al coche junto a Aitor. Su equipaje era escaso, pero no sería un problema proveerla de lo que pudiera necesitar.

La vuelta de noche aún se hizo más extraña que la ida a plena luz. Habíamos informado de nuestro retraso por *walkie*, pero no de cuándo volveríamos. Cuando quedara poco, avisaríamos. Queríamos comprobar lo atentos que estaban en los puntos de vigilancia. Yo me moría de ganas de hablar con Sussy y que nos desvelara tanto misterio con Isabel y con los pactos zanjados en nuestra ausencia, pero no me pareció prudente hacerlo delante de nuestra invitada.

—¿Por qué te han enviado con nosotros? —le preguntó Aitor sin ningún problema. Él no se comía tanto la cabeza como yo y era más directo. Nos limitamos a esperar la respuesta. Bueno, en verdad, solo nosotros dos ignorábamos el motivo.

Sussy nos leyó las miradas y nos contó que Sandra siempre había mantenido a la muchacha escondida para que no fuera presa de los secuaces del Jefe. Sussy le había ofrecido refugio en el pueblo y se había comprometido que la protegería con su vida.

Estaba decidida a cumplir con su palabra. Sandra quizás no lo sabía, pero tener a Sussy de protectora era garantía de supervivencia.

Cuando faltaban un par de curvas para llegar, avisamos por radio.

—Os tenemos localizados desde hace un rato. La próxima vez avisad un poco antes para que no movilice gente en la entrada. Cambio.

—Entendido, disculpad. Cambio y corto.

En el coche nos sonreímos. Tenían razón, pero era necesario poner a prueba la vigilancia. De momento, habían pasado la prueba con nota. Nos acordamos de que ya se habían puesto las bandas de clavos. Solo había un lugar por donde pasar sin pinchar. Cuando llegamos, comprobaron que fuéramos nosotros. Preguntaron por Isabel.

—Es mi invitada —dijo Sussy. Inmediatamente apartaron los camiones que cerraban la entrada. Lo justo para que pudiéramos pasar antes de cerrar de nuevo.

Antonia nos esperaba en la puerta del ayuntamiento. Esa mujer parecía vivir allí. Le habían avisado de la llegada de la joven. Al vernos, no puso muy buena cara. Supongo que no le gustaba tener invitados sin su aprobación. Nos alivió que, en cuanto bajó la chica, desplegara la mejor de sus sonrisas. Se la presentamos oficialmente, sin añadir motivos ni ningún otro dato. Antonia

reclamó un informe detallado de la visita a la granja. Sussy asintió con la cabeza.

—Aitor, ¿puedes quedarte con Isabel hasta que terminemos de informar? —le pidió Sussy.

—Será un placer —respondió, encantado de ayudar, y añadió dirigiéndose a Isabel—: ¿Te parece bien?

Ella afirmó con la cabeza y una sonrisa. Aitor caía bien. Pensé que mucho mejor que yo. Lo tenía bastante asumido, no me importaba. A pesar de mis buenas intenciones, siempre despertaba cierto recelo.

Una vez en el despacho de Antonia, Sussy le contó todo lo sucedido y la conversación mantenida con Sandra. Yo escuchaba atentamente. Al parecer, solo habían visto una vez al Jefe. Confirmaron todo lo que ya nos habían dicho de él. Explicaron el acuerdo que no habían tenido otro remedio que aceptar. La otra opción era llevárselas como juguetes de sus hombres, por lo que el acuerdo, por muy inhumano que fuera, era mejor que nada. Pactaron aprovisionarlos de carne y leche una vez al mes. Los hombres que iban a buscar la mercancía no se estaban de nada y las violaban si les apetecía. Pero sabían que solo aparecían una vez al mes, como si eso fuera un consuelo. Temían que, si descubrían a Isabel, a la que siempre habían logrado esconder, ella también tendría que pasar por ello. Supongo que no habían visto otra salida. No obtuvimos mucha

información nueva, pero sí unas posibles aliadas. Les habíamos dejado uno de los *walkies* para que se pusieran en contacto con nosotros en caso de necesidad. También sabían dónde podían encontrarnos y que estaban invitadas.

—Pediré que preparen una de las habitaciones del ayuntamiento para instalar a Isabel.

—No, es mi invitada. Vendrá a las fincas con nosotros.

—¿Y la cuarentena? —preguntó la alcaldesa, sabiendo que la pregunta era en balde porque no había negociación posible cuando Sussy estaba decidida en algo. Estaba bajo su protección y era su responsabilidad. No hubo más comentarios al respecto. Nos despedimos de Antonia hasta el día siguiente.

Encontramos a Aitor e Isabel en el bar, sentados bajo los arcos de la plaza Major. Se les habían unido Pablo y otras personas. Todos escuchaban atentos a Aitor explicar la sabrosa cena que nos habían ofrecido. Cuando lo tachaban de exagerado, acudía a Isabel para que confirmara sus palabras. La presencia de una foránea alteraba la rutina de vernos siempre los mismos. Nos tomamos una cerveza con todos los que estaban allí y luego partimos hacia casa.

Avisamos de nuestra inminente llegada y de la llegada de una invitada para darles tiempo a preparar una habitación. Como siempre, las primeras en dar la bienvenida a la nueva inquilina fueron las integrantes de la manada canina. El resto de los

ocupantes no tardaron en aparecer. Los menores ya dormían, pero los demás hicieron todo lo posible para que Isabel se sintiera acogida y a gusto.

Momentos como este me hacían sentir orgullo de la comunidad que intentábamos construir. Lo esencial, el comportamiento de las personas. Isabel parecía bastante cómoda. Era una muchacha sociable. Seguro que antes de la infección era una chica alegre, abierta y de fácil trato. Ahora, como todos, tenía un escudo de protección muy necesario y comprensible.

Le dimos uno de los *walkies* para que se pusiera en contacto con sus compañeras en la granja. La dejamos sola para que hablara tranquilamente. La desconfianza instalada en nuestra vida y mi cabeza retorcida me hicieron pensar que todo podía ser un plan del Jefe para infiltrar a alguien más. ¿Quién mejor que Isabel? Una joven que parecía indefensa, a la que te sentías con el deber de proteger. Nosotros mejor que nadie sabíamos que las apariencias engañaban. Sussy era la prueba evidente de ello. Si habíamos cometido ese error, ya era tarde y tendríamos que asumir las consecuencias. De todas maneras, nuestro comportamiento con el mundo tenía que ser benevolente, sin llegar a ser idiota. Si actuábamos como el resto, no tendríamos futuro. No uno del que sentirse orgulloso. «Sé el cambio que quieres ver en el mundo». Era una frase trillada, pero más necesaria que nunca en nuestra corta existencia.

Cuando terminó de hablar, volvió a la sala con nosotros. La notamos preocupada.

—¿Estás bien?

—Sí. Pero me entristece que ellas estén allí y yo aquí. Se alegran por mí, pero no puedo dejar de sentir que las he abandonado. Explicarles la buena acogida y la cantidad de gente amable que hay en vuestra comunidad... —Hizo una pausa. Realmente estaba afectada. La abrumaba la culpabilidad de sentirse segura. Sabía lo que en pocos días tendrían visita del Jefe, molesto porque sus hombres no habían vuelto con la carne acordada. Temía la reacción de aquel desalmado por la desaparición de sus secuaces habituales. Sentía remordimientos por haber venido, aunque la decisión no había sido suya.

—No te preocupes. Creo que ahora estarán más centrados en nosotros que en sus otros asuntos. Seguramente se olvidarán de la carne.

Me miró con una sonrisa.

—¿Quieres decir que ahora estoy en mayor peligro que antes?

—Espero que no. Pero, si así fuera, la comunidad hará todo lo posible para protegerte a ti y a todas las personas que lo requieran.

Ella sonrió. Entendía que la seguridad era un concepto demasiado abstracto para confiar en él.

—No te preocupes, haremos lo necesario para que todo acabe bien para todos, incluidas tus compañeras —añadió mi madre.

Ella le sonrió, encantada con las buenas intenciones y la seguridad de Inés. Yo estaba acostumbrado a que me alentara a seguir con mis sueños e ideas. Me daba las fuerzas que necesitaba en los momentos en que me faltaban. Pero asegurar que todo iba a salir bien era demasiado. Teníamos que asumir que sufriríamos bajas. La granja estaba fuera de nuestros dominios. Sería difícil mantener la promesa de que iban a permanecer a salvo, y más si ellas no solicitaban ayuda. Tal como habían ido los acontecimientos, estaba seguro de que les costaría hacerlo. Tenía la sensación de que intentarían mantenerse al margen de lucha y permanecerían en ese estado de semiesclavitud y vejaciones constantes. Eran conscientes de que su situación distaba mucho de ser perfecta, pero también sabían que podían estar aún mucho peor.

Mi única esperanza, era que, para mantener a salvo a Isabel, nos avisaran si averiguaban algo que nos afectara a nosotros o relacionado con un inminente ataque. Después de toda una vida diciéndome que jamás intervendría en una guerra ni agrediría a nadie bajo ningún concepto, ya había matado, me preparaba para seguir haciéndolo y la guerra no tardaría en llamar a nuestra puerta. Huir y esconderse no eran opciones, excepto para poner a salvo a los niños, los enfermos y los mayores. El resto tenía claro su cometido: proteger nuestro estilo de vidas a toda costa.

—Una trashumancia.

—¿Qué dices? —me preguntó mi madre, que a menudo no seguía el hilo de mi mente.

—Pues eso, mamá. Podríamos hacer una trashumancia con todo el ganado de la granja e instalarlo dentro de la comunidad.

—No sé si Sandra querrá abandonar la granja —aclaró Isabel, que conocía mejor que nadie a sus compañeras—. Pertenece a su familia desde hace generaciones. Sus recuerdos y su historia están allá. Son sus animales y sus prados, y cada pared de esa casa encierra un recuerdo de su infancia o una anécdota de sus ancestros.

—Es probable, pero tener opciones nunca está de más. Además, cuando todo esto termine, podría regresar si así lo deseara. Aquí no se retiene a nadie contra su voluntad.

Eso provocó una sonrisa de Isabel. Era una muchacha alegre y agradecida. Se la notaba cómoda. La dejé con el resto de nuestra comunidad y salí con las perras para la ronda habitual de inspección. Eran rutinas que mejor no perder.

Durante la vuelta, pensaba en cómo gestionar la trashumancia. Proyectos así me motivaban mucho. Hablaría con Aitor. Este podía reunir a los cazadores para buscar una ruta segura para el traslado del ganado. Supuse que también querrían traer maquinaria. Podríamos montar un convoy. Teníamos vehículos

y combustible suficientes. En este caso, el gasto de carburante se compensaría con creces. La cuestión importante era estar preparados y planificarlo todo para minimizar los riesgos. Ser descubiertos a medio camino supondría la pérdida del ganado y probablemente de vidas humanas. Era consciente de que existían muchos riesgos y de que no era una decisión nuestra. Al parecer, la decisión correspondía exclusivamente a Sandra. Por mucho que me costara reconocerlo, entendía que no quisiera renunciar a sus raíces. Era prácticamente lo mismo que renunciar a la comunidad, pero con una carga sentimental mayor.

Tenía la esperanza de que, en sus próximas comunicaciones, Isabel les hablara de esa posibilidad. Siempre era mejor que lo planteara alguien de su entorno que unos desconocidos. Eran planes de futuro. Lo más apremiante ahora eran las próximas represalias y la supervivencia de todos nosotros.

En casa todos veían una película en silencio: *Juegos de guerra,* del año 1983, dirigida por John Badham. Se habían repartido entre los sofás y el suelo. El film los tenía absortos, con la mirada fija en la pantalla. Al reconocer la película, tuve como un *flash*. Poco tenía que ver con su contenido general. Sin proponérmelo, imaginé el argumento aplicado a la época previa a la infección. El abanico de posibilidades era inmenso. Tenía que hablar con Marc. Lo localicé en uno de los sofás. Estaba realmente metido en la película. No quise importunarlo. La buena salud mental de todos requería esos momentos de desconexión. Para no

olvidarme, me fui al despacho a apuntar todas las ideas. Como la película continuaba, seguí escribiendo nuestra historia. Probablemente, empeñarse en dejar constancia del principio de la comunidad y de este mundo de locos fuera una pérdida de tiempo, pero me ayudaba a aclarar y ordenar ideas y acontecimientos.

Cuando en la pantalla los créditos indicaron el fin del film, los espectadores empezaron a desfilar hacia sus respectivas camas. Marc se había percatado de mi intento de localizarlo y vino al despacho para preguntarme qué quería.

—Marc, els satèl·lits continuen en funcionament?

Por su respuesta, entendí inmediatamente que sabía lo que pretendía. Él había tenido la misma idea viendo la película. El quid de la cuestión sería cómo acceder a los satélites, si seguían en funcionamiento. Y tenía una idea para comprobarlo: hacerse con un teléfono vía satélite como conexión rápida. El problema era que no teníamos ninguno en la comunidad.

—Una cosa més per afegir a la llista de coses que cal buscar en futures expedicions.

Sonreía satisfecho. Él tenía claro que necesitábamos proveernos de cosas que nos faltaban y que, para ello, eran necesarias las incursiones. Yo seguía reticente a salir de nuestros dominios y exponernos a la locura del mundo exterior. Pero también era cierto que el acceso a los satélites nos pondría a la cabeza de la

tecnología y posiblemente en contacto con el resto del mundo. Las posibilidades que se abrían eran excitantes. Acceder a información representaba una gran ventaja. Si conseguíamos hacernos con uno de esos teléfonos, hasta podríamos fotografiar y vigilar a los causantes de la guerra inminente y a futuros atacantes. El Jefe no era el único que corría suelto, como era de esperar.

—De totes maneres hi donaré més voltes. Demà reuniré l'equip i segur que entre tots hi trobarem una solució.

Me gustaba su equipo: Jorge, Pablo y Marc. No sabía si habían incluido a alguien más, pero esos tres ya bastaban para idear lo que fuera en el campo tecnológico. La promesa de Marc de seguir dándole vueltas al asunto me animó. Tenía la esperanza de que hallaran soluciones a los diferentes problemas o ideas que se iban planteando. Todos colaboraban lo mejor que podían. La adversidad y los sufrimientos compartidos nos unían más que la prosperidad en la que habíamos vivido. Con voluntad y camaradería creciente, nos preparábamos para el desafío: nuestra comunidad contra el mundo. Parecía un reto absurdo, incierto e imposible de alcanzar, pero la gente se apoyaba para hacer la vida más fácil y a menudo, con esto ya basta.

Con esos pensamientos me fui a dormir. Tenía que madrugar para participar en las guardias. Me había ofrecido a hacerla en el punto más alejado, en el turno que empezaba justo antes de que

despuntara el nuevo día. Nunca había dormido demasiado, y ahora todavía menos. Los compañeros de guardia parecían agradecer que eligiera ese turno. No sabían que para mí era un verdadero placer: las vistas del amanecer tenían que ser espectaculares. Además, a muchos no les apetecía vigilar allí porque quedaba muy lejos de sus casas e implicaba largas caminatas. En cambio, yo, con Babieca, podía recorrer el camino en menos tiempo, y a lomos de la yegua todas las distancias resultaban rápidas, entretenidas e interesantes. Crecía mi conexión con ese magnífico animal. Crecía mi conexión con la madre naturaleza. Crecía mi conexión con mi mundo.

LI: EL PROGRESO

Me levanté con tiempo suficiente para tomar café antes de empezar la jornada en el observatorio. Preparé la mochila con algo para comer a media guardia. Las perras ya estaban fuera. Hacían compañía a David, que terminaba su turno. Nos tomamos una taza del brebaje matutino sin comentar nada, simplemente disfrutando de la calma previa al despertar de la comunidad.

Las perras se alteraron cuando empecé a preparar la montura. No iba a llevarme a ninguna de ellas y lo intuían. Eso siempre les creaba cierta frustración, pero no tardaban en sobreponerse, a la espera de demostrarme su alegría al regreso.

El mundo era distinto visto a lomos de Babieca. Te daba otra perspectiva. Cuanto más confiaba en ella, mejor se ordenaban mis pensamientos.

Pasé por todos los puestos de guardia y saludé a los compañeros. Era el camino más sencillo y no iba mal comprobar que todos estuvieran en los lugares asignados. Ellos tampoco tardarían en ser relevados. Me habían educado en el exceso de puntualidad. Nunca había intentado corregirlo, por lo que seguía siendo una constante en mis hábitos.

El paisaje del despertar no me defraudó en absoluto. En otras circunstancias, el gozo habría sido mayor. No por ello dejé de disfrutar del privilegio de ver amanecer.

Llegó mi reemplazo sin que hubiera sucedido nada destacable, sin presencia humana en el horizonte. Era probable que el Jefe y su banda aún ignoraran la suerte de sus compañeros. En cuanto lo descubrieran, no tardarían en dar muestra de ello. A esa conclusión habíamos llegado con la información sonsacada. La impulsividad del Jefe podía llevarlo por dos caminos: cometer un error que le llevara a su fin o quemar el mundo en su locura por conquistarlo.

Antes de regresar a casa, iba a pasar por el pueblo para presenciar los interrogatorios y seguir gestionando las defensas. Estaba previsto volver a interrogar a los prisioneros. Sussy había intentado desentenderse de la tarea. Ya había conseguido información y no le gustaba actuar de forma agresiva. Disfrutaba con los entrenamientos, la naturaleza y la soledad. Antonia no se lo permitió. Lo hizo con habilidad, alabando sus cualidades y destacando el respeto que le tenía la comunidad. Nuestra alcaldesa estaba fraguando una heroína, una salvadora a la que admiraran y tomaran como ejemplo a seguir. Alguien a quien temieran nuestros enemigos. No creo que a ella le hiciera mucha gracia, pero era una discusión infructuosa, por lo que optaba por la paciencia y la dejaba hacer.

Cuando tomé al camino principal, vi una figura humana a lo lejos. Tenía que ser alguien de casa. Aun así, convenía ponerse en alerta. Empuñé el fusil, atento al individuo hasta poder identificarlo. Era Álex. Bajaba al pueblo para visitar al recién nacido, que seguía muy débil. La madre, por lo visto, se recuperaba bien, dentro del desasosiego que saber que su bebé se debatía entre la vida y la muerte. La conversación no continuó mucho más. Se subió a Babieca y lo llevé hasta el consultorio médico. Yo seguí hasta la plaza del ayuntamiento. Ya adquirida la costumbre, Babieca se dirigió a la cuadra que de vez en cuando compartía con los burros.

Sussy no había llegado todavía. Antonia ya estaba en su despacho, si realmente lo había dejado en algún momento. No lo tenía muy claro. Podía no estar conforme con algunas cosas que hacía, pero tenía que reconocer que era incansable. Preferí no distraerla. Visitar los puntos de vigilancia, saludar a los compañeros, escuchar sus ideas o preocupaciones siempre era un tiempo bien invertido, con lo que no dudé en acercarme a ellos. Saludé a los que estaban en lo alto. Viendo que Sussy no llegaba, decidí subir. No lo hacía desde el día de la liberación. Los guardias allí parapetados camuflaban el temor a un posible enfrentamiento con bromas y las típicas bravuconearías. Sonreír e intentar transmitir calma y seguridad fue lo único que se me ocurrió. No sé si lo conseguí, pero ellos parecían agradecerlo. Era suficiente.

Las vistas desde el nido de águila eran espectaculares. Veías despertar a la comunidad. Las calles pobladas comenzaban a tomar vidas. Vi a Pablo, que se dirigía hacia el taller. Lo habían montado entre unos cuantos aprovechando el taller mecánico y descampados aledaños. Lo habían equipado con todas las herramientas que habían encontrado y que podían resultar útiles. Como para ellos todo podía llegar a servir, algunas zonas del taller se parecían más a una chatarrería. Defendían con vehemencia la futura utilidad de cualquier cosa. No entendía cómo alguien podía pretender convencerlos de lo contrario.

En el suelo del campanario, había una bandera roja.

—*I això?* —les pregunté mientras la señalaba.

—*Hem pensat que la podem utilitzar com a senyal de perill si fallessin els* walkies *o no volguéssim emetre senyals sonors.*

Era muy buena idea. Teníamos que instaurar banderas rojas en todos los puntos de vigilancia. En caso de no poder emitir señales sonoras, nos sería de gran utilidad.

—*Veus com és un senyal inequívoc?* —dijo uno de ellos indicando el sendero de acceso al pueblo, por donde aparecía la melena roja de Sussy. Conducía el carromato cargado con toda la infancia de las fincas. Todos reímos. No le faltaba razón. Les gustó que les reconociera el mérito de su idea. Uno de los jóvenes que se quería apuntar a las guardias, pero al que aún no

se le permitía por su edad, se ofreció voluntario para repartir las banderas rojas entre los diferentes puntos.

Baje de la atalaya para reunirme con Sussy y los niños. Alba parecía haber cogido el rol de portavoz del grupo. Se habían adaptado y adoptado muy bien entre ellos. Con el resto de los niños del pueblo también, pero se notaba cierta camaradería y un cuidado especial entre ellos. Había otros grupos igual de unidos. El cautiverio sufrido había creado lazos y fortalecido los existentes.

Hoy estaban especialmente emocionados. No tenían clase normal en el colegio, sino que asistirían a un curso de supervivencia. Los instructores formaban parte del grupo de los cazadores. Entre ellos estaba Aitor, que nos saludó animadamente. Los niños comenzaron a acumularse en la plaza, donde aguardaban que los monitores dieran por iniciada la sesión. Los dejamos allí, o más bien desaparecieron en cuanto tuvieron la oportunidad de reunirse con el resto de los niños. Como si nos hubiera estado vigilando, Antonia nos recibió en la entrada del ayuntamiento.

—Bona idea la bandera vermella.

Estaba claro que estaba al tanto de todo, incluso de las decisiones que se tomaban minutos antes. Pensé que quizás ya habían consultado con ella lo de la bandera roja. O simplemente el muchacho portador de las banderas había pasado justo antes de

nosotros por delante del ayuntamiento y la había informado. Fuera como fuera, a aquella mujer no se le podía esconder nada. Y yo no tenía intención de esconderle demasiadas cosas tampoco. Mejor tenerla como aliada que como enemiga.

—Sussy, ¿estás preparada?

—Siempre.

—¿Lo estarán ellos?

Las dos me miraron con cara de póquer, por lo que cerré la boca y emprendí el camino. El descenso a las celdas siempre me producía cierta desazón. Saludamos a los guardias que los custodiaban y nos fuimos a la ya bautizada como sala de interrogatorios. No era un nombre muy original.

—¿Cómo lo queréis hacer? —dije mirando a Sussy. Antonia también esperaba sus instrucciones.

—Entrarás tú conmigo. No merecen reunirse con nuestra alcaldesa.

Esto me hizo gracia, pero me cuidé mucho de demostrarlo. No quería ofender a ninguna de las dos. La estrategia no varió. El primer interrogado sería el bocazas. El cometido en esta ocasión era averiguar todo lo posible sobre el cuartel general del Jefe y sus otras posesiones: número de efectivos, armamento y defensas. Nuestro primer plan no era atacarlos, pero sí empezar

a planificar un posible ataque. Eso requería mucho tiempo, y cuando fuera el momento no lo tendríamos.

Como suponíamos, nos explicó todo lo que sabía. Los compañeros, al comprobar toda la información de la que disponíamos, no tardaron en hacer sus aportaciones. La fidelidad de aquellos hombres era muy cuestionable, y también los métodos empleados por el Jefe para conseguir tropas. Se nos acumulaban los datos. Tenían muchas comunidades subyugadas. Hubieran tenido la nuestra también si Viyuela no hubiera fracasado. Las posibilidades de crecer con otras comunidades eran asombrosas. Solo teníamos que eliminar al intermediario que las gobernaba. Éramos la más prolífera de las que teníamos constancia, principalmente porque éramos la única que no estaba bajo su yugo.

No podíamos precipitarnos. Estábamos en negociaciones con las vaquerizas. Primero ellas. Intentar abarcar demasiado podía poner el fin antes del principio. Paso a paso. Era difícil tener paciencia. La información es poder. Pero, al ver tantas posibilidades y también tantas injusticias, tenía la tentación de tratar de arreglarlo todo. Era para volverse loco. Marcar un principio y crecer con cabeza: esa era la manera de mantener lo conseguido.

Temíamos y ansiábamos el primer contacto real con el Jefe. Todo lo sucedido parecía casual o una jugada del destino, pero

ahora ambos bandos éramos conscientes de la existencia del otro. Confiar en la ventaja que representaba la información obtenida era ser un poco iluso. Mucho se tenía que hacer y mejorar para enfrentarse a un ejército que llevaba tiempo sometiendo y matando. Éramos una comunidad pacifista en el sentido de que no buscábamos conflictos. Pero, si estos nos encontraban, no pensábamos rehuirlos. No hay que molestar a quien desea vivir en paz.

Tampoco podíamos olvidarnos de la epidemia que había asolado el planeta. Teníamos el *pendrive* con toda la información del Clínic. Le habíamos dado una copia a la médica y otra a Antonia. Se había habilitado un ordenador en la biblioteca para que todo aquel que quisiera pudiera consultar los informes. Nunca se sabe quién encontrará algo que ha pasado desapercibido para el resto. Pero el momento no ayudaba a dedicarle el tiempo necesario. La amenaza de ser destruidos nos pesaba a todos y estábamos realmente ocupados en la defensa de nuestra posición.

Al salir a la plaza, nos sorprendió el vuelo rasante de un dron. La gente se agolpaba y buscaba al piloto, que estaba tranquilamente sentado en su cuarto. Los chicos reían satisfechos. A una señal de Pedro, el dron se dirigió hacia nosotros y permaneció estático a mi altura. Estaba equipado con varias cámaras. Por lo que me habían dicho, podrían tener varios en funcionamiento con equipamientos diversos. Eran capaces de transportar tanto armas como alimentos, lo único limitante era el

peso. Representa un gran éxito. Ahora tocaba formar a otros y construir más máquinas. El dron subió hasta que lo perdimos de vista. No volvió a aparecer, para desilusión de alguno que quería disfrutar más de la novedad.

Los chicos informaron que tendrían tres en funcionamiento esa misma noche. Estaban recogiendo material electrónico y de la juguetería. En breve, tendríamos el cielo invadido de máquinas voladoras. Pero, de momento, el único que podía manejarlos con fiabilidad era Andreu, que estaba eufórico por poder ayudar desde la seguridad y tranquilidad de su cuarto. No sabía si interactuar y ayudar a la comunidad, aunque fuera por medio de máquinas, ayudaría a la integración de Andreu o lo recluiría más en sus fobias. De todas formas, Marc y su equipo estaban completando la sala de monitores del ayuntamiento. Sería el centro neurálgico de la seguridad. Desde allí, se dirigiría todo, o esa era la idea.

El futuro llegaba a nuestras puertas, aunque hubiéramos arrancado como en la Edad Media.

LII: AARÓN

Pensaba en volver a casa. Sin tiempo a montar, oí a Sussy que me llamaba:

—Tengo que ir al punto más alejado. ¿Me acercas?

Cómo negarse. Fue a por algo de comida en el bar. Sin preguntar, vi que cogía bocadillos y cerveza para dos. Estaba alegre y aparentaba despreocupación.

Como de costumbre a lomos de Babieca, mantuvimos un silencio cómodo ya frecuentes entre ambos. Dejamos el camino principal y nos adentramos entre los árboles y arbustos. Sussy empezó a buscar un claro donde parar a comer. La intimidad estaba bastante garantizada, por lo que no quería separarse demasiado del sendero tradicional. Teníamos la suerte de vivir entre tanta belleza. El sol nos indicó el lugar. Extendimos la manta después de apartar el follaje caído. Estaba convencido de que íbamos a comer sin pronunciar palabra, pero esa no era su idea.

—Cuando dejamos a María en Barcelona, no vimos otra opción.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. Es un ejército bien organizado, como los de antes. No se están con tonterías y no son fáciles de engañar.

—¿A qué viene esto ahora?

—Empiezo a conocerte.

—Eso es bueno.

No podía parar de sonreírle. Estaba dándome una charla.

—Rescatar a María del Clínic es imposible.

—¿Quién ha hablado de ello?

—Te veo hablar con Rubén. Tal para cual.

—Aunque se me pasara por la cabeza, cosa que no confirmo, tenemos temas más apremiantes. Ahora no podríamos partir para Barcelona, sería una locura. Ahora tenemos que centrarnos en proteger nuestra comunidad, que es lo que nos garantiza vida en el futuro.

Me dejó por inútil, pero no por ello se calló. Era raro que estuviera tan parlanchina. Pensaba que la conocía muy bien, pero no dejaba de sorprenderme y de pillarme desprevenido.

—Salir de Barcelona no fue una tarea fácil. Cuando perdimos la protección de los centros religiosos, todas las personas que encontrábamos intentaban robarnos o matarnos, o simplemente nos rehuían por temor a que les hiciéramos lo mismo. Empezaba a ser lo normal. Moverse por ese nuevo mundo con niños, mayores y Susana embarazada fue de todo menos una travesía tranquila y segura. Dejas de confiar, nadie es lo que parece. Así

es como tienes que pensar. Desde la protección de la distancia o del escondite escogido, vimos cómo usaban de señuelo a cualquiera o simulaban situaciones para que la gente de bien acudiera al rescate. Así los atrapaban para matarlos o esclavizarlos. Hay que invertir mucho tiempo para avanzar una corta distancia. La ciudad que creías conocer esconde recovecos, entradas que te habían pasado desapercibidas. Desde los miradores de los tejados, cualquier francotirador puede limpiar la calle de humanos sin temer ser detectado a tiempo.

—Lo sé, Sussy. Bueno, no lo he vivido en primera persona, pero puedo imaginármelo por todo lo que me habéis contado vosotros y la familia de Rubén.

—No, Jan, ni te lo imaginas. Lo tienes que vivir para ser consciente de ello. La pestilencia de la putrefacción invade manzanas enteras. Como si la deshumanización no fuera suficiente, la nueva fauna de la ciudad no duda en convertirte en su presa. La enfermedad se respira en cada edificio. Las explosiones y los incendios son constantes, y nadie corre ya en tu auxilio. No puedes contar con nadie externo al grupo.

Se notaban el sufrimiento y la pena en su voz. Pero los dos sabíamos que nada de lo que dijera iba a evitar que, en cuanto terminara el problema del Jefe y la comunidad estuviera segura, intentáramos rescatar a María y a los hermanos de Anna. También estaba seguro de que se tenían que torcer mucho las

cosas para que ella misma no nos acompañara. No verbalizamos nada de esto. Mejor mantener estos pensamientos en el fuero interno de cada uno.

Poco a poco la conversación fue perdiendo el tono de advertencia sobre todo lo malo que nos podía suceder en el intento, para adquirir otro más de historia vivida. Era una historia no contada aún y a mí personalmente me interesaba muchísimo, así que puse toda mi atención a sus palabras e intenté no interrumpir demasiado, no fuera el caso que me quedara otra vez a medias.

—Justo antes de alcanzar Collserola, nos sorprendieron una osa enorme y su pequeño osezno. Fuimos incapaces de reaccionar. Ella nos miró durante un minuto, mientras su cría alcanzaba el linde del bosque. Cuando el osezno desapareció de nuestra vista, la osa se fue tras su cachorro, sin mirar atrás. Esperamos bastante rato antes de atrevernos a adentrarnos y seguir sus pasos. Queríamos pasar la noche rodeados de naturaleza. No volvimos a cruzarnos con ellos. Pero esa primera noche todas las sombras parecían osos. Ya sé que en Collserola no hay osos, supongo que eran del zoo, pero de repente caímos en la cuenta de la cantidad de animales no autóctonos que podíamos encontrarnos allá.

Sussy se reía. Recordar aquellas experiencias desde una posición segura era reparador. Sussy era un ser encantador. Le iba bien hablar y a mí, escucharla.

—Nos costó aclimatarnos, acostumbrarnos a los ruidos de toda la fauna que ya albergaba antes Collserola y de la nueva. No es como aquí, que la naturaleza te envuelve y te protege. El día que salíamos de su espesura, encontramos una enorme boa en una de sus fuentes. Tenía más del doble de mi tamaño. Podría haberme comido sin dejar rastro y nadie se habría enterado.

No pude menos que reír. Me vino a la cabeza el dibujo de la boa de *El principito.* Dudaba mucho que una boa pudiera acabar con su vida, y menos pillarla desprevenida. Sussy estaba atenta siempre a todo y no se paralizaba ante ningún peligro.

—Habrías hecho un pincho moruno con ella —le espeté, consciente de que nuestras risas eran audibles a distancia. Cualquiera que estuviera por la zona podría localizarnos con facilidad.

—Evitar pasar por las poblaciones no siempre nos pareció la mejor opción. Había tramos en los que quedábamos demasiado expuestos, sin refugio para ocultarnos o defendernos en caso de ser sorprendidos. El número tampoco nos ayudaba a camuflarnos con celeridad. Además, teníamos que reponer lo que consumíamos. El hambre y la sed eran las principales fuentes de problemas. Había que asegurar el abastecimiento. Como nos habíamos comprometido con María, lo primero era ir al encuentro de su familia. Por eso no cogimos el camino más directo para llegar a tu finca. La costa sigue siendo la zona con

más población, dispersa y con escasas ganas de compartir lo poco que tienen. Tuvimos pocas oportunidades de acercarnos lo suficiente para intercambiar información. En una de ellas, fuimos a un pueblo. En una huerta, distinguimos unas cuantas personas faenando. Nos recibieron a punta de escopeta. Pero luego vieron al grueso del grupo, que permanecía algo más lejos: los niños, Esther con su bastón y Susana con un panzón que parecía que llevaba gemelos. Eso les devolvió la humanidad y nos acogieron aquella noche. Para mayor fortuna, nos indicaron cómo llegar a nuestro destino. Nos facilitaron información de los principales puntos conflictivos y de cómo evitarlos. Pagamos la hospitalidad con trabajo durante buena parte de la jornada. Estoy convencida de que, sin su ayuda, no habríamos llegado, o no de la forma en que lo hicimos.

En aquel momento, pensé en Aarón. No sabía si Sussy llegaría a verbalizar cómo había perdido a su compañero del alma, pero si llegaba el caso, podría ser muy duro para ella.

—Cuando encontramos la casa de los padres de María, llamamos a la puerta como si nos esperaran. No era así y no respondieron. Intentamos asomarnos y comprobar si aún permanecían en su interior. El sol no tardaría en abandonarnos hasta el día siguiente. Si no estaban o no querían abrirnos, íbamos a necesitar encontrar refugio. Nos habían dicho que no era conveniente permanecer desprotegidos por las noches. Era entonces cuando salían los carroñeros bípedos. Estos no

preguntaban. Cogían lo que querían y, si intentabas impedirlo, no tenían ningún reparo en dejarte cadáver. Estábamos a punto de alejarnos, cuando Oriol reaccionó. Supongo que estaba cansado y convencido de que aquel era el lugar de descanso. Les gritó. Nos pusimos en alerta para vigilar las reacciones que sus gritos pudieran despertar. El niño volvió a levantar la voz: «¡Nos envía María!». Al tercer intento, nos pareció oír un ruido. Pocos segundos después, el sonido inconfundible del cerrojo al abrirse. Apareció Rubén, custodiado por el resto, armados con un pico, unas palas y un cuchillo jamonero.

Imaginé la escena. Siempre había pensado que la familia de Rubén era un encanto y que nunca podrían ser violentos, pero para los desconocidos, verlos con un cuchillo jamonero no debió ser agradable. No especificó quién ostentaba cada arma, pero en mi cabeza hice un dibujo exacto de aquella escenificación e imaginé a Tessa como la jamonera.

—Me sorprendió que nos permitieran pasar con tanta facilidad. No dejaban de blandir sus armas. Nos quedamos todos mirándonos en un patio previo a la casa. Nosotros no mostramos las nuestras, claramente muy superiores. Esther y los niños les explicaron por encima todo lo acontecido desde la infección. Eso terminó de convencerlos y nos invitaron a entrar. Nos explicaron que no solían abrir a nadie que no conocieran. Había diferentes grupos de saqueadores, ninguno amigable. No querían ser descubiertos ni que nadie aprovechara la ocasión para colarse.

Al estar casi en pleno centro de la población, todos los disturbios se centraban en las calles próximas. Pasamos un par de días con ellos. Allí recobramos fuerzas. Pero ellos no estaban en condiciones de acoger a nadie durante demasiado tiempo. En realidad, nosotros los proveímos de medicamentos y algún capricho de los que solíamos buscar: caramelos, pipas, pastelitos y cosas similares. Les explicamos el plan de María. Quizás cometimos el error de decirles que ella iba a intentar llegar por sus medios. De lo contrario, habrían venido con nosotros, que en definitiva era el plan de la doctora.

Me sorprendió que la llamara así. Su profesión era quizás lo menos relevante para mí. Sabía que María disfrutaba de su trabajo, al menos en la época en que podía ejercerlo con normalidad. Pero conocía poco de esa faceta suya.

—Creo que hicisteis lo correcto. Han llegado bien y eso es lo que importa. Estoy seguro de que ellos, dentro de lo que cabe, están más tranquilos. Pudieron verla y hablar con ella. Eso no habría ocurrido si os hubieran acompañado, viendo que María no llega.

—Es probable que tengas razón. —Me sonrió de nuevo, miró al cielo y absorbió el color que nos proporcionaba el sol—. Es momento de partir, o llegaré tarde a mi turno.

Se estaba tan bien en aquel lugar que daba mucha pereza ponerse en marcha. Ella se encargó de quitarme todas las excusas con un

golpecito suave de su delicada mano en la barriga. De la impresión, mi cuerpo se dobló como un resorte. Para colmo, ella se reía. Tuve que seguirla sin poder contenerme. Me había quedado sin escuchar de su voz cómo habían perdido a Aarón, pero intuí que no era el momento. Sussy solo quería sacarme de la cabeza bajar de nuevo a Barcelona.

Volvió el silencio. Las vistas a altura de grupa de la yegua nos obligaban a presenciar la majestuosidad del mundo que nos rodeaba. Solo interrumpieron nuestra marcha las paradas obligatorias para saludar a los compañeros de guardia en los diferentes puntos de avistamiento. Estaban todos encantados de hablar con alguien, aunque fuera un momento, a la espera de su reemplazo con ganas. Personalmente, las guardias me gustaban. En este nuevo mundo, tocaba vivir en comunidad. Mi propia casa ya parecía una. Acostumbrado a la soledad cotidiana, me iban francamente bien esas horas en las que podía pensar sin interrupciones, relajarme y disfrutar del tiempo conmigo mismo. En este sentido, Sussy y yo nos parecíamos mucho. Sussy buscaba bastante sus ratos de soledad. Quizás incluso más que yo. Yo tenía la sensación de que, antes de todo, no había sido tan solitaria, pero las circunstancias vividas le pedían tiempo a solas y no depender de nada ni de nadie.

El que se quedó encantado de nuestra llegada fue Miquel. Sussy le sustituiría. Debía tener unos diez años más que yo. Al principio me pareció un hombre serio, pero cuando empezó a

hablar, comprobé que era de los que convenía tener en cualquier reunión de amigos. Hay personas que tienen gracia, y él la tenía. Se le veía contento de estar vivo. Alegre, aunque las cosas estuvieran como estaban. Nos despedimos de muy buen rollo.

No tardaría en irme yo también. Tenía en mente hacer cosas en casa, pero por lo visto las sorpresas del día no terminaban allí. Sussy tenía ganas de tener compañía y de hablar. Como si siguiéramos en el pequeño claro del bosque, continuó explicando las etapas del camino hasta la finca.

—Supongo que te han comentado que nos equivocamos y fuimos a parar a otra finca, donde nos dieron a entender que era la tuya.

—Algo sé.

—Pues eso, nos equivocamos. Se hicieron pasar por vosotros y cometimos el grave error de confiarnos y creernos a salvo. Nos condujeron a un garaje completamente vacío y nos dejaron encerrados para que descansáramos de la larga travesía. Todos confundimos la situación. Nos sentíamos tranquilos, a salvo. Habíamos hablado tanto del encuentro contigo que en ningún momento dudamos de que fuerais tú y los tuyos. Las fantasías de Can Poble habían alcanzado cuotas de idilio.

Sonreí. Can Poble era un paraíso para mí y me gustaba que la gente hablara de mi casa como un lugar agradable, acogedor,

amable… Era vanidoso por mi parte, seguramente, pero Can Poble era mi proyecto y me sentía orgulloso de él.

—Fue tal el sentimiento de saberse al final del camino que Susana empezó a tener contracciones justo antes de la hora de cenar. Cuando entraron con varias cubetas con cubiertos, platos y vasos y una perola con potaje, ya la estábamos asistiendo, intentando alejar sus nervios de primeriza. Pude comprobar que es prácticamente imposible. Les pedimos sábanas limpias y agua caliente. Dejaron todo lo que portaban en la entrada y desaparecieron. Nos extrañó. Pero, como te decía, estábamos en tu casa, el lugar donde podía existir un futuro. Supusimos que iban en busca de lo solicitado. Al único que no le pareció normal la actitud fue a Aarón. No comentó nada por prudencia y para no aumentar los nervios crecientes de la parturienta. Intentaba reclamar mi atención cuando cuatro cañones de escopeta aparecieron por el marco de la puerta de acceso. Con la espada aún en su vaina, Aarón derribó a dos. Con una patada al primero, desequilibró al resto, que formaba en pelotón. David consiguió reaccionar rápido y los apuntó con la escopeta sin munición. Curiosamente no nos habían desarmado. Bueno, tú tampoco lo hiciste.

Tenía razón. Todo había ido muy rodado y la desconfianza inicial desapareció tan pronto como comenzaron a surgir los problemas.

—Yo ya estaba incorporada con la espada dispuesta. En cuanto Aarón los hizo entrar, los maniatamos a uno de los pilares y los amordazamos para darnos tiempo de huir de aquel lugar. El sueño se había torcido por completo. Les robamos las escopetas. Íbamos a llevarnos la comida, pero no nos fiamos. Podía llevar narcóticos o veneno. Nos asomamos al exterior. Todo parecía tranquilo. Aunque Susana estaba con las primeras contracciones, nos pareció más seguro exponernos a la oscuridad que quedarnos un minuto más allí, a la espera de ser sometidos. No era un lugar para resistir ni para enfrentarse a una fuerza desconocida en su propio hogar. La noche sin luna ocultó nuestra huida. Debíamos alejarnos lo máximo posible. Se reducía el tiempo entre contracciones, un recordatorio constante de que el momento del parto se acercaba inexorablemente. Las prisas y la necesidad de evadirnos de aquellos tipos parecían acelerar la llegada de Marcel.

No quería interrumpirla. Sabía que llegaríamos a la muerte de Aarón, pero no tuve claro si en aquel momento ya eran conscientes de que no era mi casa, o seguían pensando que era yo y que no era tan buena persona como presuntamente María les había contado.

—Nos adentramos en la espesura para dificultarles la búsqueda. Las contracciones comenzaron a ser tan dolorosas que teníamos que parar en su momento álgido. Los pequeños estaban aterrorizados. Pero, con todo el camino que ya llevaban a sus

espaldas, estuvieron a la altura. Ayudaban en lo que podían y, sobre todo, no causaban ningún problema más de los que ya nos venían persiguiendo. Lo peor era la sensación de descontrol. No sabíamos dónde estábamos ni adónde nos dirigíamos. No controlábamos ni el siguiente paso a dar. Se nos acumulaban los problemas: unos perseguidores y un parto que se precipitaba sin remedio. Nos limitábamos a alejarnos, sin valorar la situación. El tiempo se nos tiraba encima en forma de humanos perturbados. Mientras Susana pudiera dar un paso, seguiríamos en movimiento. Pedro y Álex le hacían de muletas, ya que a veces le flaqueaban las piernas. Así conseguíamos no parar, aunque en otra situación lo habríamos hecho al acudir el aviso de la cercanía del parto. Ellos la llevaban en volandas, mientras ella peleaba con el dolor y clavaba las uñas en sus muletas. Las dos horas de huida nos agotaron a todos.

Miré a Sussy. Tenía los ojos lagrimosos. Creo que nunca antes la había visto tan vulnerable, tan triste, tan desamparada. Y a la vez, enfadada consigo misma, como si se culpabilizara de todo.

—Oímos el ladrido de un perro a la distancia. Tuvimos la certeza de que era parte del grupo perseguidor. No nos planteamos ninguna otra opción. Incrementamos el paso, intentando mantener la distancia. No lo conseguimos. Nuevos ladridos confirmaron dos cosas: la primera, que nuestra primera conclusión era cierta; la segunda, que, por mucho que nos esforzábamos, la distancia se reducía. Necesitábamos distraerlos,

despistarlos o eliminarlos. No podíamos seguir huyendo simplemente. Aarón dictó la estrategia a seguir. Él iría a su encuentro, los localizaría e intentaría dirigirlos en otra dirección o ralentizar su marcha. El grupo seguiría hasta que Marcel decidiera hacer acto de presencia. Me arrepiento de no haber ganado ninguna discusión aquella noche.

Me moría de ganas de interrumpirla y consolarla, pero no osé. Su semblante denotaba necesidad de proseguir sus explicaciones para aliviar momentáneamente el pesar de su alma.

—Sin demasiados preámbulos, puso rumbo en su dirección. Pretendía llegar hasta ellos sin ser visto. Dejaría pistas falsas y borraría lo mejor posible nuestro rastro. La idea era entorpecer su búsqueda para ganar el mayor tiempo posible. Nuestra única opción para salir de aquella situación era que tuviera éxito en su cometido. Pocos pensamientos circulaban con claridad. Uno de ellos, la creciente preocupación por Susana y Marcel. Existían muchas posibilidades de que algo se complicara. Y Aarón corría el mayor peligro al enfrentarse él solo a nuestros hostigadores. Un sentimiento nació aquella noche y fue creciendo durante la travesía: el odio a la idea de ir a tu encuentro. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto la doctora? Todas nuestras fantasías se desmoronaban a marchas forzadas, con cada paso que nos alejaba de nuestro teórico destino.

Esta vez me miró. Su semblante era serio. Quedé petrificado. No había digerido aún la pérdida de Aarón y seguía culpándose y culpándome.

—Los ladridos se alejaban. Eso nos hizo pensar que Aarón había tenido éxito. Llegó un momento en que Susana volaba más que caminaba. Quedaba un rastro claramente visible del arrastre de sus pies. Lo disimulábamos lo mejor posible. La pobre intentaba no emitir quejidos, pero su rostro bañado en sudor denotaba el dolor creciente. Las contracciones, cada vez más constantes y persistentes. En uno de los pequeños descansos que nos obligaron a hacer el agotamiento y la necesidad de mantenernos agrupados, Esther mostró claros síntomas de estar prácticamente al límite de sus fuerzas. Pero yo estaba segura de que no pediría ayuda. Ya has visto cómo es. No le gusta causar molestias.

Por un momento, nos sonreímos con complicidad. La anciana se había ganado mi cariño y mi respeto. Por un momento, el rostro de Sussy también se relajó y continuó. Estaba orgullosa de su grupo.

—Sin dudarlo, y tras pedirle su consentimiento, David se la cargó a la espalda para que fuera lo más cómoda posible. Pero así David no podía defender al grupo en caso de ser necesario. Consideramos que la mejor opción era seguir agrandando la distancia. Al menos, mientras Susana aguantara. Ya daba pocos pasos por ella misma. Entre Pedro y Álex, la llevaban sentada en

una butaca creada con sus brazos. Yo solo pensaba en Aarón. Me maldecía por no haberle acompañado, pero Aarón no quería dejar al grupo indefenso. Nos habíamos llevado sus armas, pero no teníamos garantías de que no tuvieran más artilugios mortales. Aarón se llevó solo una. Las otras seguían en nuestro poder. Si nos alcanzaban, podríamos frenarlos un rato, pero si la cosa se alargaba, tendríamos serios problemas para repelerlos. La munición era claramente insuficiente.

Sussy paró el relato para beber un poco. No me miró. Seguía centrada en el horizonte, como si allí se dibujara todo el relato de sus experiencias vividas.

—Susana rompió aguas y la prioridad pasó a ser encontrar un lugar resguardado para ocultarnos y defendernos. Si agrupaba ambos requisitos, mejor. Pero el apremio dictaría el lugar. Marc y Jorge se adelantaron para hacer una búsqueda más rápida. Solo deseaba que encontraran un lugar adecuado pronto e ir a ayudar a Aarón. Sufría de pensar que no le quedara más remedio que enfrentarse él solo a saber a cuántos. Marc y Jorge no tardaron en regresar. Habían encontrado un lugar prometedor. Una pequeña cueva medio escondida por la maleza. Llevaba tiempo deshabitada. Acomodamos lo mejor posible a la parturienta. Encendimos un hornillo para hervir agua y desinfectar todo lo que necesitáramos. Álex estaba haciendo un curso acelerado de atención al parto. Taponamos la entrada para esconder la luz del calentador. Preparamos varias barricadas afuera con rocas,

ramas y troncos caídos. Nos fortificamos a la espera de lo peor. Pensábamos pasar la noche entre las trincheras improvisadas, resguardados de miradas indiscretas, pero con visión suficiente para detectar a quien se aproximara. Nuestras espaldas estaban protegidas por una pared vertical, por lo que el ángulo de vigilancia se limitaba a ciento ochenta grados. Cuando todo estuvo preparado para el parto y la defensa, salí al encuentro de mi compañero de armas.

En aquel momento, Susy esbozó una sonrisa de nostalgia. Le daba un aire tierno y místico. Fui consciente de lo mucho que apreciaba a Aarón y de lo mucho que le pesaba su muerte. Era su único anclaje al mundo de antes, y lo había perdido.

—Esperaba poder localizarlo sin ser vista y, entre los dos, evitar que encontraran el lugar donde nos esperaría el grueso del grupo. Álex y Esther se encargaban de que Susana estuviera lo más cómoda posible hasta que llegara Marcel. Ellos dos la asistirían en el parto. Marc y Jorge partieron en busca de rutas de huida y para averiguar las alternativas de las que disponíamos. Eso era tan importante como evitar que se acercaran. David y Pedro se encargarían de la seguridad. Compaginarían esta tarea con la vigilancia de los menores. Como te puedes imaginar, Pedro ya había dado muestras de su afecto por Susana. Eso le llevaba a estar más atento a su evolución que a lo que escondía la oscuridad. Las armas se repartieron entre los que iban en busca de respuestas y los que se quedaban a proteger al grupo. Eran

armas casi más altas que yo; solo me habrían entorpecido la marcha, con lo que cargué solo mi espada.

Sussy, siempre con su espada a cuestas, acarició el arma. Pensé que entre ella y su espada había una conexión similar a la mía con Babieca, de alguna forma.

—Los ladridos me indicaban la dirección a seguir. Me desplazaba con sigilo, pero sin perder demasiado tiempo en ello. Sobre todo, centraba mi atención en detectar formas o movimientos anormales. La oscuridad, que antes nos parecía nuestra aliada, ahora me dificultaba el encuentro de Aarón. Él fue quien dio conmigo. Sin hablar, fuimos al último punto donde los había visto. Creábamos rastros falsos y borrábamos nuestras huellas lo mejor que podíamos. Cuando los localizamos, comprobamos la diferencia de velocidad entre ellos y nosotros. Caminábamos a oscuras por un mundo que desconocíamos. Ellos, en cambio, tenían frontales que les iluminaban el camino y facilitaban el avance. No iban cargados para viajar ni tenían un bebé en camino. No solo la luz delataba su posición, también sus discusiones, por lo visto frecuentes. No se ponían de acuerdo acerca de si descansar, regresar a casa o continuar dando vueltas por el bosque. A nosotros nos servían las dos primeras opciones. La última era la que no deseábamos. Después de dar algunos gritos, decidieron descansar una hora. Estaban hartos de dar vueltas. Aprovechamos sus discusiones para preparar diversas trampas. No era probable que terminaran con su vida, pero

garantizaban lesiones, heridas y pérdida de tiempo. No sé cuánto rato llevábamos en ello cuando, a lo lejos, pudimos oír lo que parecía la llegada de Marcel. El niño tenía unos pulmones a prueba de insonorización. Ellos también lo oyeron, pero no cayeron de inmediato en que era un bebé.

Marcel seguía teniendo buenos pulmones. Yo lo había sufrido, y su madre aún más. Pero ahora, en el calor ya de su nuevo hogar, todo se lleva mejor, incluso el no dormir. Marcel había tenido una entrada al mundo algo convulsa y poco convencional, pero es que entraba en un mundo convulso y poco convencional. Llegaba a un mundo desquiciado y a la expectativa, sin sentir el calor de la seguridad con la que los demás habíamos acudido a este bello planeta.

—Aarón me envió de vuelta sin dejarme protestar —prosiguió Sussy, cabizbaja—. Él seguiría con el cometido inicial. Yo tenía que averiguar el estado de Susana y del bebé, si se podrían mover y continuar huyendo o, por lo contrario, debíamos plantarnos y defendernos hasta el final de los siete que iban a nuestro encuentro. Cuando llegué al campamento, ya habían regresado los exploradores. Comentaron que había varias vías de escape. Según cómo se situara el enemigo, podíamos salir en una dirección u otra. Susana permanecía recostada con el nuevo miembro en brazos. No era muy probable que quisiera moverse, pero las circunstancias exigían un esfuerzo. Antes de atreverme a preguntar, se me ocurrió transformar las ramas largas que

utilizábamos como parapeto en una camilla de arrastre. Dejaríamos un rastro claro, pero podríamos avanzar si a ella o a Esther les flaqueaban las fuerzas.

En otras circunstancias, el nacimiento de un bebé habría sido motivo de celebración. Una nueva incorporación al grupo. Esa noche, todo parecía sumar preocupaciones. No querría haber vivido aquellos momentos tan angustiosos, sin saber dónde ir ni a quién acudir. El grupo de Esther debió sentirse muy solo y desamparado.

—Un grito de dolor sonó en la lejanía. No lo identifiqué como un grito de Aarón, por lo que era de suponer que alguien había caído en una de nuestras trampas. Con un poco de suerte, eso los llevaría a desistir en la persecución, pero no fue así. Debíamos enfrentarnos a la realidad. Si habían resultado heridos en una de nuestras trampas, significaba que estaban acercándose. Teníamos que salir de inmediato. No podíamos perder ni un minuto. Pedí ayuda a Jorge para terminar el transporte. Estábamos a punto de trasladarla, cuando nos detuvieron unos disparos. Permanecimos a la escucha. Se repitieron. Aarón había entrado en contacto directo con nuestros perseguidores. No tardó en intercalarse el petardeo de las armas con los gritos de dolor y las maldiciones. Pero ninguno provenía de él. Necesitaba partir a su encuentro para que no fuera una lucha de uno contra siete.

Sussy se mordió el labio. Tenía mucha rabia contenida aún en su interior. Supuse que, con el paso del tiempo, había visualizado otros desenlaces si se hubieran tomado decisiones diferentes.

—El grupo se quedó finalmente en la cueva, que teníamos bien protegida. Estaban demasiado cerca para que fuera posible escapar sin disparar. La madriguera sería nuestra fortaleza. Fui a ayudar a Aarón. Antes de alcanzar el último lugar de reunión, los disparos cesaron. Lejos de calmarme, me puse más nerviosa. Me acordé a tiempo de la ubicación de las trampas. En dos de ellas, encontré a dos de los perseguidores muertos. Uno por un profundo tajo en la garganta y el otro por varios disparos. Sus frontales, aún encendidos, señalaban un rastro importante de sangre que se alejaba de la escena. Se podía distinguir con claridad que dos arrastraban a un tercero. Existía la posibilidad de que hubieran renunciado a cazarnos. Pero no había garantías de ello, por lo que tenía que seguir extremando las precauciones. La naturaleza tomaba formas de agresores imaginarios que alteraban todos los ritmos de mi cuerpo. A lo lejos, aprecié otra luz estática. Me dirigí a ella con premura, pero atenta a todo el entorno, tanto visual como acústico. La poca visibilidad de aquella noche me estaba desquiciando.

Sussy paró, como si se reprochara su falta de visión nocturna. La impotencia que debió sentir en aquellos momentos, cuando su avance era lento y más torpe de lo normal, le perseguía todavía ahora.

—Distinguí una figura humana apoyada en un viejo tocón. Era él —musitó entre dientes—. Estaba sentado, medio recostado en los restos de un roble. Cubierto de sangre, no sabía si propia o ajena. Mi impulso fue correr en su auxilio, pero me forcé a ir sigilosamente, extremando las precauciones. No parecía moverse. Cuando estuve lo suficiente cerca, comprobé que tenía el leve movimiento de respiración. La luz que había marcado el lugar aún escondía algo más. Un poco más lejos de Aarón, en el roble de enfrente, estaba el portador del frontal. Rígido, mirando en nuestra dirección. El sobresalto me llevó a abalanzarme. Estaba clavado, atravesado hasta la madera por la espada de Aarón. Descartada la amenaza, me centré en él. El crujir de hojas y ramitas bajo mis pies le devolvió a la conciencia. Empuñó un cuchillo para defenderse del próximo atacante. Estaba malherido. Tenía una entrada de bala en el estómago y una salida en la espalda. Intente taponar las heridas para evitar que se desangrara. Estaba desesperada, no podía abandonarlo. No podía permitir que se muriera desangrado y solo. Éramos amigos desde el parvulario. Él solo repetía que se habían ido, que estábamos a salvo. Yo sola no podía cargarlo, no hasta el campamento.

Se tomó un tiempo antes de proseguir. Evitaba que se cruzaran nuestras miradas. Estaba seguro que tenía los ojos empañados en lágrimas. Su voz era entrecortada.

—No sé cuánto tiempo pasó, si mucho o poco. Pero la providencia trajo a David. Tras un rato sin oír tiros ni gritos,

como no volvíamos, había venido a buscarnos. Él tiene más experiencia en primeros auxilios, por lo que se cercioró de que la hemorragia se hubiera frenado correctamente. No fue tarea fácil, incluso con el frontal del difunto. Con sumo cuidado, lo cargó en brazos, intentando no moverlo demasiado. Yo les abría camino, indicándole los puntos de dificultad para evitar traspiés que agravaran la situación. La alegría por la llegada del nuevo miembro del grupo quedó ensombrecida por la gravedad de las heridas de Aarón y la rapidez con que empeoraba. Una vida empezaba mientras otra llegaba a su fin. Pasamos la noche allí, recobrando fuerzas, con la esperanza de que consiguiera sobreponerse. No podíamos moverlo más. Nos mantendríamos en guardia, a la espera de su evolución. Los chicos fueron a recoger todo lo útil de los muertos. Principalmente, armas y munición. Aprovechamos para reponer trampas perimetrales.

Sussy volvió a detener su relato. Esta vez, la pausa fue muy larga. No sabía qué hacer, pero por suerte me mantuve en silencio, respetando sus tiempos y su asimilación de poner palabras al sufrimiento. Me miró. Su mirada estaba vacía. Ya no había lágrimas, solo recuerdos que la alejaban del aquí y del ahora.

—No podía creer todo lo que nos tocaba vivir. Hacía poco Aarón y yo hacíamos exhibiciones de esgrima en nuestro tiempo libre, y ahora se desvanecía en mis brazos. No quería entenderlo ni aceptarlo. La esperanza en su recuperación duró hasta su último aliento. Lo enterramos con las primeras luces. Para consolarme,

me repito que no murió solo y ensayo mil argumentos más. Pero eso no me alivia. Sigo echándolo mucho de menos. Fue y será siempre un gran amigo. Luego partimos sin rumbo fijo. Lo único claro, alejarnos de aquellos que habían matado a mi amigo. Es decir, de ti y los tuyos. Luego encontramos tu casa verdadera y el refugio pastor. Os estuvimos espiando muchos días. Realmente, tus rondas nocturnas de vigilancia eran muy poco eficientes.

Acompañó estas últimas palabras con una preciosa sonrisa, repleta de cariño y añoranza. Y añadió una frase que me emocionó por el peso que llevaba implícito:

—Creo que tú y Aarón os hubierais llevado bien.

Respiré aliviado. Lo que había presentido como rencor hacia mí no era más que reproche a sí misma por no haber sabido defender mejor al grupo y a su amigo. Sería algo con lo que cargaría toda su vida y nada de lo que yo pudiera decirle iba a aliviar su culpa.

—Es muy peligroso recorrer los ciento dieciocho kilómetros que nos separan de Barcelona. Ya perdí a Aarón. No quiero perder a nadie más.

Su mirada había recobrado la fuerza típica suya. Ahora era una mirada penetrante, seria pero a la vez dulce y reconfortante. Le di la mano. Era mi forma de demostrarle que entendía su sufrimiento, pero no debió bastar, porque ella prosiguió con sus argumentos:

—Ahora la comunidad corre peligro, por lo que no es posible emprender ninguna aventura y tú no lo consideras prioritario. Pero estoy segura de que, tarde o temprano, lo será para ti. No quiero que te montes películas fantásticas de cuentos de hadas. El mundo exterior, si puede, te come vivo sin dejar constancia de tu paso.

Nos quedamos un rato en silencio. Yo meditaba sus advertencias y la comprendía mejor. Comprendí su hostilidad inicial y su necesidad de tenerlo todo bajo control con calma, sin precipitarse. Sussy era quizás la que más valoraba la seguridad que les ofrecía la finca, a pesar de ser la que mejor se desenvolvía en el mundo exterior. No osé preguntar por los cuatro maleantes que habían quedado con vida. Aarón solo había dado caza a tres de ellos, con lo que los otros cuatro debían seguir vivos en una finca no muy lejana. Podían representar un peligro. Su mirada, vacía, tampoco admitía más preguntas por mi parte, por lo que me reprimí.

Miré el reloj. Era hora de partir. Me había comprometido con Aitor para probar un nuevo camino en caso de necesitar una posible retirada más veloz desde el pueblo hasta las fincas. Aitor me había comentado cómo acceder al sendero medio oculto por la maleza sin perderme. Me advirtió que era algo más difícil, pero viable. Demorarme más podía complicarlo.

Nunca sabía cómo despedirme de ella. En esta ocasión, aún se me hizo más extraño. Después de que compartiera conmigo todo aquello y de la evidente emoción de ambos, me daban ganas de abrazarla y prometerle que todo mejoraría. Pero no lo hice. Solo me incorporé. Le expliqué mis planes y le pregunté si necesitaba algo. Le deseé buena guardia. Babieca se quedaría con ella para que pudiera regresar con prontitud.

LIII: LOS PREPARATIVOS

Era interesante inspeccionar un nuevo camino más directo desde las fincas. Era día de comprobar hasta qué punto podían sorprendernos por la retaguardia. Me pareció relevante. Pero no sabía lo que Aitor podía considerar posible y, si se tenía en cuenta mi habilidad para dar rodeos inútiles, la empresa podía ocuparme el resto de la jornada y terminar en la casilla de partida.

Los puntos más peliagudos eran aquellos en que el camino se aproximaba a la cornisa. No estaba vallado, como exigía la naturaleza. No sufría de vértigo, pero tampoco me ilusionaba despeñarme. No por ello dejé de aproximarme a mirar para comprobar la profundidad. Comprendí que era imposible salir con vida si se saltaba al vacío sin paracaídas. No sé por qué eso me dejó más tranquilo. Lo que quedaba del camino era sencillo. Descendía progresivamente en dirección a las fincas. Los desvíos estaban claros, gracias a las instrucciones que había recibido. No tardé en ver el prado que pretendía ser la continuación de la urbanización de Víctor y Pepita. El nuevo sendero nos ahorraba retroceder. Desde el punto en que me encontraba, se podía rodear el descampado por el bosque que delimitaba la parcela y pasar a todas las fincas.

Por esa parte del bosque, más espesa, el avance era algo más lento. También resultaba más fácil esconderse de posibles

miradas. No me adentré demasiado. Caminé por el linde, observando la finca de Gerardo. Vi gente trabajando en los frutales. Desde la distancia, no podía distinguir quiénes eran. Podía ser cualquiera. La gente del pueblo ayudaba en los campos y en todas las tareas agrícolas. Todos colaborábamos en algo y todos teníamos acceso a alimentos de primera necesidad y algún que otro capricho.

El camino a la finca desaparecía a medida que la naturaleza ocultaba el horizonte. Las voces de la familia me indicaron que me acercaba a la finca de Carlos. La frondosidad no me permitía ver lo que sabía que existía. Me abrí camino sigilosamente, guiándome por las voces. Al apartar unos matorrales, apareció el vallado metálico parcialmente cubierto por setos. Era la parte de atrás. Podía oírlos, pero no verlos. Seguí recorriendo el perímetro en busca de algún acceso. En el lateral más cercano a la casa, la valla estaba desnuda en algún punto. Eso daba visibilidad a ambos lados. En uno de estos puntos, Georgina me localizó y me reconoció de inmediato. Mi atuendo era inconfundible. Me saludó con alegría y avisó al resto de la familia. Eduard salió de la casa con una escopeta. Me gustó el recibimiento de mi tío. Completé la vuelta hasta alcanzar la puerta.

Me invitaron a tomar una cervecita fresca. La elaboración de cerveza artesana se extendía por toda la comunidad. Unos la preparaban con mayor acierto que otros. Mi tío y mi primo eran

de los mejores, mal me está decirlo. Ya tenían experiencia previa elaborando alguna cerveza en casa y ahora habían mejorado su receta hasta lograr verdaderas delicias para paladares exigentes. La conversación, idéntica a la que podríamos haber tenido en el pasado. Todos buscábamos temas distendidos, sin importancia. Ya hablábamos de cosas serias cada vez que nos reuníamos para debatir la situación y los cambios constantes de nuestra relación con el mundo exterior. No tardé en partir. Quería ver mi finca desde este nuevo camino más agreste con luz diurna.

Al adentrarme y desaparecer en la espesura, la sensación fue rara. Casi como si hiciera algo malo. Como en casa no estaban los niños ni la mayor parte de los residentes, no supe que había llegado hasta encontrarme de morros con la valla trasera. Las perras debían estar dentro, ya que no había rastro de ellas. Seguí el mismo procedimiento utilizado un rato antes. Todo el contorno estaba muy tupido, quedaban pocos espacios para los posibles mirones. Rara vez iba por aquella zona de mi finca. Demasiadas zarzas y arbustos. Las sendas de los animales eran escasas y estrechas. No era un sitio muy agradable para pasear con las perras, ya que después tocaba desenredar toda la naturaleza que se les metía en el pelaje.

En el tramo en el que podía ser más visible, anduve a gatas. Comprobar la facilidad con la que cualquiera podía acercarse me hizo estremecer. Hasta que no estuve en la cancela, no me localizaron. Las primeras fueron las perras, seguidas de David,

que salió detrás de ellas. Hablamos un rato fuera antes de entrar. Le di detalles del camino y los desvíos, lugares factibles para esconder alimento y armas, dónde podíamos preparar posibles emboscadas y dónde nos las podían tender. Lo había ido apuntando en el cuaderno, fiel compañero junto a la pluma, siempre cargada con tinta verde y otra carga de repuesto. Me convenía compartirlo cuanto antes para no confundir lugares ni errar en la información. Cuando terminé de vomitarle todo lo relevante, le expuse mi preocupación por la facilidad con la que cualquiera podía acercarse a las fincas. Ya lo habíamos comentado antes y se trabajaba en ello. Pero comprobarlo personalmente lo hacía más apremiante y real.

David recopiló toda mi información y se puso manos a la obra trazando rutas y marcando puntos en los mapas que teníamos a nuestra disposición. Avisó a Marc. Entre los dos lograrían dar forma a lo que yo había vomitado sin más. Todos teníamos nuestra función, aunque variaban a medida que reuníamos más información y nos formábamos mejor.

El grupo de cazadores trabajaba duro. A parte de traer carne de presa a menudo, se encargaban de la formación en armas de tiro. Entre las vecinas del pueblo habían surgido muy buenas tiradoras. Alguno había osado decir que, en el momento de la verdad, el sector femenino del grupo de expertas no sería capaz de hacer lo necesario. Tuvieron que parar a una de ellas, que pretendía arrancarle la lengua para no tener que volver a oír

sandeces como esas. Ya habían aguantado suficiente y habían demostrado su valor con creces como para soportar que dudaran de ellas aludiendo a estereotipos anclados en un pasado que siempre quedaba lejos, pero ahora más que nunca. Las otras se limitaron a sujetar a la compañera y hacer callar al provocador, conocido de sobras por sus comentarios poco afortunados. Le prohibieron dirigirles una sola palabra hasta que fuera capaz de disparar y acertar como ellas. No volvió a abrir boca. Como tirador le quedaba mucho por aprender, y como hombre todavía más.

Por su parte, Pedro desplegaba todos sus talentos al servicio de la comunidad. Aparte de enseñar música, tocar con el grupo y practicar esgrima, aprendía a camuflarse cada vez mejor y a perfeccionar las emboscadas. Se le daba francamente bien. Solía practicar con nosotros. Nos las preparaba cada vez más elaboradas. Eso nos iba bien para permanecer siempre alertas. Y aprovechaba para instruir a más de uno en el arte de camuflaje y detección.

La familia de Rubén también se había apuntado a diversas actividades. Mar y Albert estaban en las guardias, pero lo que más les interesaba era inspeccionar. Cuando no les tocaba turno de vigilancia, se dedicaban a hacer lo que yo había hecho esa tarde, pero por todo el territorio. Rubén empezaba a encontrarle el gusto a la esgrima e impartía cursos de taichí. Tessa, por su parte, no paraba de estudiar el *pendrive* y facilitar ayuda

psicológica, principalmente a los niños, pero siempre estaba dispuesta a ayudar a quien lo necesitara. Llevaba el caso de Andreu, el chico de los drones, sin estarle demasiado encima. Al muchacho le costaba aceptar la terapia y era mejor ir poco a poco, pero con paso seguro. Nos confirmó lo que ya sabíamos todos: estaba entusiasmado con llevar el proyecto, aunque seguía con muchas dificultades para relacionarse y no mostraba intención alguna de salir de su habitación.

Había también el grupo dedicado a los drones, a establecer un perímetro con alarmas, a mejorar la videovigilancia… Y como no, seguíamos con las labores del campo y de suministro de alimentos. Estaba claro que no teníamos todo lo que necesitábamos. La lista de suministros que pretendíamos conseguir de fuera iba en aumento. Nadie esperaba lograrlo pronto. No había dudas de que ahora no era el mejor momento para ausentarse de la zona controlada y segura. Teníamos mucho más de lo estrictamente necesario para la vida. No por ello estábamos dispuestos a renunciar al progreso ni a conformarnos.

Nos entrenábamos, preparábamos a nuestra infancia para sobrevivir por su cuenta o, al menos, tener el máximo de oportunidades que les pudiéramos facilitar. La militarización ralentizaba el proyecto inicial. Nos dedicábamos a preparar el ataque del Jefe y los suyos casi a tiempo completo. Lo único que no se había descuidado era el mantenimiento del alimento y la formación de los niños. Los proyectos se encaraban a la defensa

y la detección. Las demás cuestiones se habían suspendido a la espera de tiempos de paz.

Seguíamos sin noticias de los invasores. A través del *walkie*, en una conversación con Isabel, Sandra nos informó que no habían vuelto a pasar por la granja. Era raro y Sandra no parecía aliviada, sino más preocupada. Todos creíamos que nos habíamos convertido en el problema principal del Jefe, pero quizás estaba enfrascado torturando otras poblaciones. Ya debía saber que sus hombres no iban a volver. Tenían dos misiones en principio sencillas: recoger a Simone y traer carne y leche de la granja. Quizás el Jefe sospechaba que lo habían traicionado y que habían huido, por lo que los estaría buscando. O era consciente de que había sido capturados y preparaba su revancha. Pensábamos que era un hombre poco acostumbrado a tolerar retrasos y desatender sus asuntos. Debía estarle hirviendo la sangre. O no. Su demora me preocupaba. Hubiera preferido que se precipitara a que planificara.

Teníamos que organizar las defensas para adaptarlas a las diferentes posibilidades de ataque que alcanzábamos a imaginar, pero eso no garantizaba en absoluto que acertáramos con sus planes. Podía atacar por muchos frentes y de formas muy distintas. Era imposible abarcarlo todo. Avanzarnos a cualquier tipo de escenario no nos dejaba tiempo para lamentarnos.

¿Existiría la posibilidad de dialogar? Este mundo ya me había demostrado en muchas ocasiones que las circunstancias podían hacer reales cosas antes impensables. Nos preparábamos para la guerra. Era lo que más temíamos, pero toda la información obtenida demostraba que el diálogo era una opción con muy pocas oportunidades. Solo podrían aceptar algún tipo de acuerdo si se veían en desventaja. Por mi parte, si llegaba ese momento, no sería partidario de confiar en su palabra. Estaría siempre a la espera de su traición o sus represalias.

Al entrar en la cocina, mi mente se distendió del todo. En casa estaban cocinando. Por lo visto llevaban todo el día preparando diferentes platos y guardándolos en potes para conserva. No sabíamos cómo podían salir las cosas, y tener comida preparada de larga duración era una buena medida de prevención. Toda la casa olía a comida. No se podía decir qué fragancia predominaba. Esos aromas estupendos me recordaban diversos platos y consiguieron activar mi estómago, deseoso de que llegara el momento de sentarse a cenar.

Hoy sería una noche especial, culinariamente hablando. Nos habían preguntado qué preferíamos cenar de todo lo preparado. Nos iban a reservar una ración de lo que pidiéramos. Se habían apuntado todos los que vivíamos en las fincas, hasta Gerardo. Entre otros platos, había *civet* de jabalí y unos cuantos estofados con carnes variadas o solo de verduras, potajes diversos, caldos, salsas, potes con verduras hervidas, como alcachofas, patatas,

judías, zanahorias, col, coliflor, tomates y alguna cosa más que seguro me dejo.

En la cocina sonaba *Árbol torcido* de Macaco. Me inclinaba al relax y a la meditación. Había mucho que pensar. Cada par de horas, una especie de impulso recorría toda mi espina dorsal y me incitaba a no esperar, a atacarlos directamente en su base de operaciones. Necesitaba centrarme, dejar reposar las ideas y planificar. Precipitarnos sería un error mortal. Podría dedicar mi tiempo a estudiar y apuntar todo lo que se nos había ocurrido, pero, sobre todo, lo que nos faltaba. Nunca me había molestado ser desorganizado. No me resultaba fácil dejar de serlo, pero las circunstancias lo exigían. El primer asunto a encarar era cómo repeler ataques al pueblo y localizar a los invasores con suficiente tiempo para que no nos cogieran de improviso.

Las perras anunciaron la llegada de Sussy. Venía seguida por el carro, guiado por Víctor y cargado con el escuadrón infantil. No entró en casa. La pelirroja se quedó en el jardín con algunos más. ¡Qué difícil es centrarse cuando la mente está pendiente de otras cosas que suceden justo delante de tus narices! Se habían puesto a hacer taichí. Los veía desde mi mesa de trabajo. No podía dejar de mirar a la maestra de esgrima. Ella estaba a lo suyo. Yo debía hacer lo mismo. Me esforzaba por bajar la cabeza a los papeles, pero una y otra vez esta volvía a levantarse, como si no debiera perdérmelo. Sin duda, era magnífica. Verla aprender esta nueva disciplina era un placer para los ojos y para la mente.

Al terminar la sesión de taichí, pude concentrarme. No volví a levantar la cabeza del escritorio hasta que Carlos me avisó de que ya estábamos todos. Seguía sorprendiéndome gratamente cuántos y cuán diversos éramos. *Feiem goig*, que solía decir mi padre. Creo que, si él hubiera estado con nosotros, coincidiría conmigo: daba gusto vernos todos reunidos en aquella aparente normalidad. Fingimos que todo iba bien.

Los platos llegaban a la mesa. Todo tenía un aspecto fabuloso. Daban ganas de catarlos a medida que desfilaban. Era una buena noche para abrir unas botellas de vino. Aún quedaba alguna caja. Habíamos racionado bastante el vino, solo para días especiales. Podía ser la última noche en mucho tiempo en que estuviéramos tantos reunidos, con lo que hoy tocaba.

En cuanto descorché la última botella de Faust que nos quedaba, el *walkie* silenció todos los otros sonidos y las conversaciones.

—*Veiem llums a l'horitzó* —nos informaban desde el punto de avistamiento más elevado—. *És un vehicle. Es desvien, s'allunyen.*

No hacía mucho tiempo que vigilábamos esa posición, pero era el primer vehículo que detectábamos allí de noche. Ya habíamos visto algún otro vehículo de día, pero no se acercaban nunca en nuestra dirección. Sabíamos que había vida allí fuera, pero ahora siempre resultaba motivo de alarma. La tensión se apoderó de la cena, aunque no nos privó de ponernos las botas y disfrutar el

manjar. Lo que no disfrutamos tanto fue el Faust. El susto limitó la ingesta de vino. Lo justo y preciso para saborearlo y acentuar la cena, pero nunca demasiado para mermar facultades.

Como tenía que volver a hacer guardia en el puesto alejado en el horario que comprendía el amanecer, no tardé en retirarme. El resto se quedó hablando de todo y de nada. Por momentos se ponían serios y comentaban lo que estaba por acontecer, las preocupaciones y miedos. Pero me fui a la cama con buen sabor de boca al ver sonrisas entre mi pequeña gran comunidad.

LIV: LAS PRESENTACIONES

El descanso fue reparador, pero ya hacía demasiado tiempo que no disfrutaba de los sueños. Parecía una eternidad. Me costaba mucho dormir profundamente. Solo dormitaba a ratos. El despertador interrumpió el silencio reinante. Llum apareció de debajo de la cama en cuanto mi primer pie tocó el suelo. Baño, cafetera y puerta. Era lo único que pasaba por mi cabeza. El aroma de café no tardó en apoderarse de la cocina y de mi mente. El primer sorbo me supo a gloria.

—Luces en el horizonte —interrumpió el *walkie*, como si viviera de nuevo la escena de anoche. Esta vez, pero, el mensaje siguiente era diferente—: Una caravana de una veintena de luces.

Continuó llegando información. Los cálculos indicaban que podían albergar a un centenar o varios de personas, según el tipo de vehículos de que se tratara. Desperté a todos quienes podían ser necesarios en primera instancia. El *walkie* no dejaba de transmitir preguntas, que el pobre que estaba de guardia intentaba contestar. Me tocaba relevarlo y ya estaba preparado para salir, así que me dirigí a cumplir mi turno con celeridad.

Todos estábamos en marcha. El corazón nos iba a mil, pero el resto del cuerpo aparentaba calma. Sabíamos lo que podía suceder y cómo actuar en consecuencia. Nos habíamos

entrenado, habíamos planificado y pensado todas las posibles acciones del Jefe. Creíamos estar preparados. Las que no hubiéramos previsto poca planificación podían tener. Llegado el momento, tendríamos que adaptarnos. Es decir, verlas venir y, a partir de ahí, construir.

Los compañeros que fui encontrando en sus puestos estaban igual de alterados. Al que yo iba a sustituir, la excitación no le permitía moverse del lugar hasta saber lo que pasaba. Faltaba media hora para concluir su guardia y, con lo que estaba sucediendo, era difícil hacerlo cambiar de idea. Acepté su compañía.

Sin duda, la caravana se dirigía hacia nosotros, recorriendo la carretera principal. Ya la veíamos desde dos de los tres puestos. No tardaría en alcanzar el restante. Seguíamos siendo invisibles para ellos, o eso pretendíamos, pero debían suponer que los vigilábamos.

—Se han parado en el merendero.

A unos ochocientos metros antes de llegar al pueblo, había una explanada junto a la carretera. En otra vida, cuando la gente se podía permitir el lujo de hacer turismo, senderismo y paseos en familia, servía de aparcamiento para los que iban de ruta por la zona. Lo llamábamos el merendero, aunque el nombre carecía de sentido en nuestro mundo actual.

Comenzaron a bajar de los vehículos. Eran furgonetas y turismos, un par de motos y un viejo camión Ebro de los pequeños. Siempre me habían gustado. Era un vehículo resistente, fiable y fácil de adaptar a cualquiera necesidad. En el caso que nos ocupaba, era claramente una llave maestra, un ariete que prometía abrirse paso ante cualquier dificultad. No creía que les resultara fácil derribar nuestras barricadas, pero estaba claro que no se rendirían al primer tropiezo.

Cada vez había más personas en la explanada, todas armadas con pistolas, metralletas o escopetas. Era muy probable que su capacidad de fuego fuera muy superior a la nuestra. Tendríamos que resistir. La resistencia era nuestro punto fuerte. Podíamos permanecer sitiados sin demasiados problemas durante muchos días, semanas, incluso meses. En el tiempo que llevábamos, aún no habíamos salido a por nada del exterior.

El dron no tenía alcance suficiente para llegar a ellos, por lo que no teníamos más información de la que nos proporcionaban los prismáticos. De todas formas, las luces de los vehículos en marcha dejaban claro que les importaba poco ser descubiertos. No parecía que ninguno de los presentes ostentara el mando. Todos parecían soldados. Como en las películas, me los esperaba harapientos, sucios y gesticulando encolerizados. Por el contrario, eran personas normales. Cualquiera de ellos podría haber sido uno de nosotros.

Cuando empezaron a apilar leña, quedó aún más claro que no pretendían pasar desapercibidos. No tardaron en formar una gran montaña de leña, como las hogueras que solíamos hacer en Sant Joan, en aquel viejo mundo nuestro que nos parecía ahora tan lejano e irreal. Una vez encendida, la columna de humo se podía ver a kilómetros. En el campamento improvisado, reinaba una calma que me molestaba. Nosotros, nerviosos y a la expectativa, mientras ellos parecían prepararse para un desayuno de barbacoa.

A estas alturas de la madrugada, toda la comunidad debía estar despierta y en sus puestos, a la espera de instrucciones. Estábamos todos alerta, con comunicaciones constantes, esperando sus movimientos e instrucciones de cómo proceder nosotros. Pero llegó mi cambio de guardia y todavía no se habían movido del lugar de aparcamiento ni se había aproximado nadie más. En ningún momento vimos a Viyuela ni al Jefe ni a nadie que coincidiera con la descripción de los mandamases de la banda.

Cuando llegó Miquel para el reemplazo, me llevé al compañero conmigo. Pretendía quedarse, empalmar tres turnos, pero necesitaba descansar o, cuando fuera necesario de verdad, no rendiría. Bajamos juntos al pueblo. Él se fue a su casa. Yo me dirigí a la oficina de Antonia. En el ayuntamiento, ya estaba reunido el consejo.

El debate estaba servido: ¿cómo proceder con los intrusos a las puertas de nuestra casa? Era una tentación acercarse, pero no tenía sentido exponerse. Algunos pensaban que se nos presentaba una oportunidad única de emboscarlos y liquidarlos a todos. Sería un golpe demoledor para sus filas, pero nuestras bajas podían ser importantes. La euforia de la agresividad disminuyó a medida que se decían las virtudes de permanecer a la espera. Probablemente lo que esperaban era que nos precipitáramos, con nuestra nula experiencia real. También podía ser que nunca nadie hubiera osado desafiarlos y que su exceso de confianza fuera una oportunidad. Estaba convencido de que era así, pero no creía conveniente aprovecharlo. Ese defecto perduraría y se presentarían mejores ocasiones. Nuestros enemigos reales eran los hermanos y, por el momento, no se los veía y no sabíamos si los esperaban.

En las fincas, todos estaban en guardia, vigilantes para no ser sorprendidos por ese flanco, menos accesible pero igual de peligroso. Nos iría bien un grupo de drones en esa zona, pero con el material del que disponíamos, nuestro piloto no podía llegar tan lejos. Tenía suficiente alcance como para adentrarse unos cien metros fuera del linde del pueblo. Nuestra tecnología no daba para más, pero si alguien intentaba acercarse, protegido por la arboleda o callejeando por la parte deshabitada del pueblo, con las máquinas sería más fácil localizarlo. Habían trabajado en

ello, haciendo varias adaptaciones para repeler posibles ataques. Pronto veríamos si eran efectivas y daban resultado.

El *walkie* resonó de nuevo:

—*Confirmat: no tenen cap dona a les seves files.*

Era bastante de prever que no contaran con mujeres entre sus soldados si solo las visualizaban al género femenino como pedazos de carne. No sabían lo que se perdían. Nuestras filas estaban repletas de mujeres y nuestra arma más mortífera estaba sentada junto a mí. Ante la noticia, el semblante de Antonia se ensombreció. No entendía que se indignara por lo que hicieran ellos. Ya sabíamos que no eran gente demasiado civilizada. Pero su inquietud parecía ir por otros derroteros. La preocupaba lo que les había podido suceder para que ninguna estuviera allí. Se le comenzaba a notar cierta ansiedad por estar allí parada, en el Ayuntamiento, cuando claramente quería estar en otro lugar o haciendo algo de más utilidad. Sin esperar posibles reacciones, se levantó y miró a Sussy para indicarle que la acompañara. Estaba claro que iban a interrogar de nuevo a los prisioneros. Sussy tiró de mí, por lo que la seguimos los dos. Germán cerraba la comitiva. Entramos directamente en el cuarto de Simone.

—Tus compañeros ya están a las puertas.

—No son mis compañeros —se justificó ante el ataque directo de Antonia.

—¿Por qué no hay mujeres en sus filas?

No quería contestar. Sabía que la respuesta no iba a gustar. Temía que se le culpara de ello.

—Contesta.

—Di la verdad y no te pasará nada —medié. A la alcaldesa no le gustó mi participación, pero la cuestión fue que funcionó. Cogió aire y nos explicó el concepto que tenía el Jefe de las mujeres. Únicamente esperaba de ellas que sirvieran para sexo, cocina y limpieza. No hacía falta que cumplieran con todos los requisitos. Pero si se negaban o se rebelaban, las ejecutaba en el acto. Tampoco me extrañó y no entendí por qué Antonia necesitaba aquella información. Se la veía encendida, pero no se permitiría el lujo de perder los estribos en público. Entendí que al haber pasado por malos tratos y vejaciones cuando estaba presa, junto con las demás mujeres del pueblo, esas actitudes tan predecibles le hacían perder su racionalidad. Supongo que a mí me pasaría lo mismo.

Salimos del cuarto y nos fuimos a la sala de vigilancia. De momento, solo recibíamos la imagen de los tres drones. No mostraban nada más que la naturaleza que nos rodeaba.

Las retransmisiones por *walkie* se habían reducido por miedo a que fueran interceptadas. La última había sido justo antes de hablar con Simone para informar que se había unido un coche

más. Solo se podían usar los *walkies* en caso de un cambio significativo de la situación.

Desde casa bajó Marian para informar que las compañeras de la granja habían recibido la visita de los nuevos representantes del Jefe. Las habían interrogado hasta asegurarse de que no sabían nada de la desaparición de sus compañeros. Querían descartarlas antes de atacarnos. Por lo visto estaban todas bien.

Cuando faltaban unos veinte minutos para el mediodía, el *walkie* se volvió a activar:

—Es mobilitzen. Dos cotxes marxen en direcció contrària. Els altres venen cap al poble.

Empezaba su ataque. La campana sonó y todo el mundo se dirigió a su puesto. Antonia permanecería en el ayuntamiento para ver y oír lo que pasara y poder tomar decisiones teniendo una visión conjunta de todo el panorama. Nuestro lugar era en la puerta de entrada. De día, las trampas de clavos de la carretera serían inútiles con total seguridad. De las fincas no teníamos noticias desde la aparición de mi tía, que ya estaba de regreso. La falta de comunicaciones en principio indicaba que todo estaba correctamente, sin incidencias ni percances.

—Se paran a retirar las bandas de clavos —informó otra voz.

En breve los tendríamos a la vista. Aparecieron justo después de que llegáramos a nuestra posición. Abría la comitiva el Ebro,

escoltado por las motos y seguido del resto, en una fila perfecta de a dos. Recordamos a los compañeros que teníamos que permanecer tranquilos y que no podían disparar hasta recibir la señal acordada. Mantener la calma era primordial para llevar a cabo la estrategia que más nos convenía.

Los drones permanecían en lo alto. Dos, dentro del recinto, ofreciendo una panorámica de todo el pueblo y de todos los puntos de acceso directo. El otro estaba a la máxima distancia de recepción, a suficiente altura para no verlo si no mirabas a las nubes. Esperábamos que pasara desapercibido.

No podía apartar la mirada de la comitiva que se nos acercaba. Las motos tomaron la delantera. Se aproximaron hasta unos cincuenta metros de nuestra barrera de entrada. No hicieron nada. Simplemente miraban, sin bajarse. No tardó en llegar la comitiva faltante, menos los dos coches misteriosos que habían salido del merendero en dirección contraria. El camión permaneció en el lugar central. Los demás aparcaron en los laterales, dejando un carril de acceso. Nadie bajó de los vehículos ni se apagaron los motores. No sabíamos a qué esperaban, pero allí nos encontrábamos todos, sin mover ni un dedo ni casi respirar. Notaba la impaciencia crecer entre los compañeros.

La primera ráfaga de metralleta de un motorista que impactó contra uno de nuestros camiones que formaban la barricada casi precipitó nuestra respuesta o que nos tiráramos de cuerpo al

suelo. El miedo gritaba desde lo más profundo de la garganta para incitar a huir o descargar toda la munición contra ellos. Lo único que no exigía el instinto era permanecer a la espera y actuar en consecuencia, que era lo que una mente fría debería dictar a cada músculo del cuerpo.

Los disparos eran claramente intimidatorios. El hecho de que todos los impactos fueran a parar al único lugar donde no había nadie indicaba que era un aviso o una provocación. Nuestro enemigo real no había llegado. Ellos no eran nada más que unos mandados. Cada uno debía tener sus motivos para estar allí. Lo que faltaba por ver era si los hermanos eran suficientemente poderosos como para que murieran por ellos.

El *walkie* sonó de nuevo:

—Viene una limosina Hummer custodiada por los dos vehículos que se habían ido.

Esto sí cuadraba más con lo que se podía esperar del Jefe. Ahora empezaba su ofensiva en serio. Vi claro que se debían comunicar entre ellos de alguna manera, ya que empezaron a bajar de sus vehículos. Se pusieron en fila junto a los motoristas. Eran más de cien personas dispuestas a matarnos y a rendir pleitesía a los que llegaban en la Hummer. A alguno se le notaba cierta inseguridad. Supongo que no todos eran tan mala gente como nos querían hacer creer, pero en la vida siempre es mejor elegir el bando correcto si esperas un juicio justo.

Todos esperaban al Jefe para empezar. La tensión era palpable, masticable. La seguridad en que todo saliera bien empezaba a menguar. Todos debíamos estar pasando por lo mismo. Los compañeros cuchicheaban, sin dejar de prestar atención a la amenaza que tenían delante. No me atrevía a preguntarle a Sussy lo que pensaba. Prefería quedarme con la incógnita. Ella, como si notara mi ansiedad, me dio un pequeño golpe de cadera cariñoso en un intento de infundirme ánimos.

No tardaron en llegar a través del pasillo dejado por su ejército. El coche que iba en la cabecera esquivó el Ebro y se colocó en un lateral, seguido por la Hummer, que se quedó atravesada entre estos. El coche de retaguardia aparcó en el lado contrario. De este tercer vehículo bajaron dos viejos conocidos: los dos que habían conseguido escapar junto con Viyuela. Uno de ellos era aquel al que yo le había amputado los dedos de una mano en casa de Víctor. Parecía que había pasado una eternidad, pero su recuerdo seguía muy vivo en mi mente. Se apresuraron a abrir las puertas de la limusina. Bajaron un par de hombres corpulentos. Debía ser el cuerpo de seguridad oficial. Después descendieron primero Viyuela, el torturador de la comunidad, y luego el Jefe. Ese era el verdadero enemigo, la mente enferma que debíamos amputar para dar una oportunidad a la comunidad. El hermano menor hizo un intento de ser el protagonista de la fiesta, pero el Jefe lo frenó con una colleja, humillándolo delante de todo su ejército. Si algún miembro de la comunidad aún sentía

miedo por su figura de autoridad, recordando todo lo sufrido siendo prisioneros suyos, lo perdió en ese mismo momento. Quedó a la vista que era un ser mediocre, gris, sin poder real más allá del que había ostentado y gestionado mal durante el cautiverio de todos los vecinos.

Nuestra posición era aventajada, siempre que no nos superaran. Ellos no tenían dónde esconderse, salvo detrás de su propio transporte. Estábamos en un punto más elevado, gracias a los muros construidos con andamios y chapa. Los camiones atravesados y diversas barricadas impedirían llegar al combate cuerpo a cuerpo de forma inmediata. Tendrían que sudar mucha sangre antes de superar las defensas. La mejor manera de luchar contra sus armas de fuego era con fuego propio. Su esencia más primaria nos serviría para mantenerlos a distancia y crear el caos entre sus filas.

El conflicto estaba servido. Las fichas, colocadas en el tablero, preparadas para empezar una partida que se profetizaba bélica. En breve sabríamos si íbamos a conseguir resguardar nuestra independencia y nuestra libertad.